Emiliano J. Crespo

MEMORIAS DE UN CIRUJANO

Segunda edición consolidada a cargo de
Gonzalo Ortiz Crespo



homo HISTORIA



Gonzalo Ortiz Crespo (Quito, 1944). Periodista, escritor y diplomático es autor de libros de ensayo, historia, periodismo y de tres novelas. Realizó estudios superiores en Letras, Sociología, Desarrollo Económico y Relaciones Internacionales en las universidades Central y Católica del Ecuador y en el Instituto de Estudios Sociales de La Haya (Países Bajos). Ha sido embajador del Ecuador en Colombia (2023), asesor político de cuatro ministros de Relaciones Exteriores (2019-2023), concejal de Quiito por elección popular (2002-2008), vicealcalde de la capital (2009), secretario general de la Administración Pública (1989-1992) y secretario nacional de Comunicación (1988-1989).

Fue uno de los fundadores del diario Hoy, gerente nacional de noticias de Ecuavisa, director de noticias de Telesistema, editor general de la revista Gestión y director para América Latina de la agencia internacional de noticias IPS, lo que le llevó a vivir en Costa Rica y Uruguay. Profesor universitario con 30 años de experiencia, fue subdecano de la Facultad Economía de la PUCE y decano de la de Ciencias Internacionales, Diplomacia y Comunicación de la UIDE.

Subdirector de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Ha recibido condecoraciones de los gobiernos de Brasil, Portugal, Francia y España.





MEMORIAS DE UN CIRUJANO

Memorias de un cirujano
Emiliano J. Crespo

© Edición original: Hijos de Emiliano Ortiz Crespo, 1963-1982
© De esta edición consolidada: Gonzalo Ortiz Crespo, 2025
© Del epílogo: Albacea de Efraín Jara Idrovo, 2025
© Universidad del Azuay - Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-670-90-8
e-ISBN: 978-9942-670-91-5

Cuidado de la edición: Cristóbal Zapata
Diseño y diagramación: Juan González Calle
Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Universidad del Azuay
Av. 24 de Mayo 7-77 y Hernán Malo
www.uazuay.edu.ec
(+593 7) 409 1000

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Abril de 2025

Emiliano J. Crespo

MEMORIAS DE UN CIRUJANO

Segunda edición consolidada a cargo de
Gonzalo Ortiz Crespo

Epílogo de
Efraín Jara Idrovo

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora

ÍNDICE

Presentación, por Francisco Salgado, Rector de la Universidad del Azuay 21

Prólogo a la segunda edición, por Gonzalo Ortiz Crespo 25

PRIMERA PARTE
MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

Dedicatoria 55

Prólogo a la primera edición, por el P. Miguel Sánchez Astudillo S. J. 57

CAPÍTULO I 65
Mi nacimiento. —Erupción del Sangay. —Profecía de mi padre. —Mi ciudad natal. —Cómo era Cuenca a la época de mi nacimiento.

CAPÍTULO II 68
Elogio de mi padre. —Su noviazgo y matrimonio. —Nacimiento de las primeras hijas. —La estrechez económica obliga a mi padre a viajar a Guayaquil y Tenguel.

CAPÍTULO III 72
La Hacienda de Tenguel. —Motín de los peones contra el Administrador Valenzuela. —Valentía de mi padre, que es nombrado administrador. —El río Tenguel. —Canalización de su curso. —Moralización y disciplina en la Hacienda. —Padre apresa personalmente al asesino Puertas.

CAPÍTULO IV 75
El administrador Donoso y su prisión. —Torturas que querían imponerle los peones. —Castigo que sugirió Pedro Yagual. —

Una canoa hacia el mar y un hombre condenado a muerte. —Valentía de Margarita Borbor.

CAPÍTULO V 79
Visitas de mi padre a Cuenca. —El viaje de toda la familia a Tenguel. —El camino a Naranjal. —Tempestad en el mar. —Peligro de naufragio.

CAPÍTULO VI 83
Las virtudes y abnegación de mi madre. —Aprendizaje de la doctrina cristiana. —Necesidad del cultivo de la memoria. —Métodos antiguos y modernos en la enseñanza. —El libro de texto.

CAPÍTULO VII 89
La belleza de mi madre. —Los poderosos vínculos que unen a la madre y al niño. —El psiquismo infantil. —Mi ingreso a la escuela de los Hermanos Cristianos. —Pase a la escuela de don Ezequiel Crespo. —Mi viaje a Balao. — Algunos recuerdos sobre mi madre.

CAPÍTULO VIII 93
Otros recuerdos de mi infancia. —Uso por igual de las manos diestra y siniestra. —Ventajas que para el cirujano tiene el ser ambidextro. —Reclusión de los leprosos de "El Jordán" en el lazareto de Cullca. —Impresión horrible que me produjo el paso de esos enfermos. —Origen de la lepra en el Azuay. —Intercambio de enfermedades entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

CAPÍTULO IX 98
Incidente en la escuela de los Hermanos Cristianos. —Feliz consecuencia del mismo. —Simples lecturas sobre las ciencias. —Mi permanente inclinación por ellas. —Elogio de Julio Verne, el mejor amigo de mi infancia. —Si yo fuera un cursi de la literatura...

CAPÍTULO X 104
Recuerdos de la Costa y su paisaje. —El montubio. —La labor médica de mi padre en Balao. — La impertinencia de míster Quitail y otros episodios. —Equitación en asnos y alazanes.

CAPÍTULO XI 108
La Ensenada de "Corralito". —En canoa por el mar. —Las tijeretas y el alcatraz. —Top, mi perro de Terranova que no quiso crecer. —Pérdida y hallazgo de Top en el río Balao. —El extraordinario instinto de los canes.

CAPÍTULO XII 112
Mi regreso a Cuenca para ingresar a secundaria. —Recuerdos sobre mi abuelo, mis tíos y mis padrinos. —Coincidencias familiares. —La luna y su romántico reinado. —Mi preparación para la Primera Comunión. —Concordancia entre la Ciencia y la Fe.

CAPÍTULO XIII 120
Más sobre mi abuelo, don Simón Crespo y Rodríguez. —Retrato de un hidalgo de Castilla. —"Taita", "papá" y "papi". —El buen tabaco de Loja. —Los fósforos y el yesquero. —El rosario familiar. —Piadosos enigmas en mi infancia.

CAPÍTULO XIV 124
Mi ingreso a secundaria, al Colegio Seminario Conciliar. —Cómo se hacían entonces los estudios secundarios. —Superioridad de aquel plan de estudios al actual. —Sistema de calificaciones. —Mi conducta escolar. —Los látigos de Zambrano. —Implantación del "camarote".

CAPÍTULO XV 132
Mis recuerdos infantiles de las luchas políticas del Ecuador. —Caída del presidente Luis Cordero y ascenso del general Alfaro al poder. —La rebeldía de la católica Cuenca contra el sectarismo liberal-radical. —El doctor Peralta interfiere el nombramiento de mi padre como pacificador de Cuenca.

CAPÍTULO XVI 136
El general Leonidas Plaza es nombrado pacificador. —El 23 de mayo de 1896 Plaza huye disfrazado de monja. —Marcha de Antonio Vega sobre Cuenca. —El 5 de julio de 1896. —Conservatismo de mi familia. —Los jefes liberales prisioneros. —Nobleza de Antonio Vega con el doctor Peralta. —Nuevo asedio de

Cuenca por las tropas alfaristas el 22 y 23 de agosto de 1896. —La sangrienta y heroica resistencia de la ciudad católica. —"La serpiente en la Universidad".

CAPÍTULO XVII 141
La época heroica de Cuenca. —Hidalguía de los vencedores. —Nuevo asedio de Cuenca por las tropas alfaristas el 22 y 23 de agosto de 1896. —Entronizamiento del liberalismo masónico durante seis décadas. —¿Qué pasa ahora con los legisladores católicos?

CAPÍTULO XVIII 147
El Seminario. —Edad requerida para iniciar los estudios secundarios. —El doctor Nicanor Aguilar, profesor del primer curso. —El profesor de gramática media, canónigo Vintimilla. —Mi inevitable enfermedad antes de los exámenes. —Diagnóstico retrospectivo.

CAPÍTULO XIX 150
El canónigo Juan María Cuesta, profesor del tercer curso. —Llegada a Cuenca del batallón "Quito" y del tristemente célebre general Manuel Antonio Franco. —Persecuciones, violencias y terrorismo contra la juventud católica y sus dirigentes. —Los aduladores del sicario.

CAPÍTULO XX 154
Clausura del Colegio Seminario. —Mi viaje a Azogues a rendir mis exámenes del tercer curso. —Tomo como profesor de Literatura al doctor Francisco de Paula Correa. —Exámenes de cuarto año en el "Benigno Malo". —El anciano profesor de matemáticas, doctor Ramón Ulloa. —Su visita a mi madre, que había sido su alumna.

CAPÍTULO XXI 159
Clases de Física con el profesor Bernal. —Retorno al Colegio Seminario. —El sabio sacerdote doctor Joaquín Martínez Tamariz, profesor del séptimo de secundaria. —"Pilatillo, acuérdate de Pilatos!" —Mi grado de bachiller en el Colegio Nacional Be-

nigno Malo. —Fiestas con este motivo. —Consejos de mi padre sobre el alcoholismo.

CAPÍTULO XXII 164
Breves recuerdos sobre mis compañeros de Colegio. —Mi pelea con Miguel Díaz Cueva. —El insigne Remigio Tamariz Crespo. —Vicente Nieto. —Rafael Abad. —Manuel Arce. —Virgilio Mora Parducci. —Alfredo Vera. —Luis Abad Piedra. —Luis Peña Jaramillo. —Manuel M. Ortiz.

CAPÍTULO XXIII 170
Recuerdos sobre Alberto Carrasco, mi mejor amigo. —Sus experimentos de física. —Su vocación religiosa. —Elogio de su meritísima familia. —Una Santa Teresa de Jesús ecuatoriana: la madre Leticia de Jesús Carrasco.

CAPÍTULO XXIV 174
Mi primo hermano Humberto Cordero Crespo. —Una excursión al Cojitambo. —Los murciélagos. —Dos clases de bromistas. —Elogio de Octavio Cordero Palacios, insigne humanista azuayo. —¿Quedará en la avenida Solano un sitio para levantarle un monumento?

CAPÍTULO XXV 179
Mi viaje a Balao en las vacaciones. —Tiro al blanco sobre un lagarto y acierto. —Mi buena puntería. —En mi ausencia, mi madre me matricula en Medicina y en Derecho. —Oposición de mi madre a que yo estudie Medicina. —Las clases de primer año de Derecho con el doctor Octavio Díaz. —Mi firme vocación por la Medicina.

CAPÍTULO XXVI 185
De cómo se hacían en Cuenca las extracciones dentarias. —El maestro Manuel Ushca, patriarca de los peluqueros. —La llave de Garangeot. —El maestro Ushca me extrae una muela, sin anestesia. —Mi fingido valor en presencia de mi tío, doctor Darío Astudillo. —Un cura dentista.

CAPÍTULO XXVII 189
El general Franco es reemplazado por el general Julio Andrade. —Caballerosidad y cultura de este jefe liberal. —Su afición al ajedrez. —Su infausto asesinato. —La cátedra de Anatomía en 1902. —Dificultades para la conservación de cadáveres. —Deficiencias en la enseñanza de Anatomía y Química. —Los exámenes del primer año de la Universidad.

CAPÍTULO XXVIII 195
El segundo curso de Medicina. —La cátedra de Fisiología con el ilustre Miguel Moreno. —Elogio de aquel sabio médico y poeta. —Deferencias que conmigo tuvo. —Su trágica muerte. —Influencia de la Histología de Ramón y Cajal. —Deficiencia en las enseñanzas de Fisiología, Histología Normal y Patológica.

CAPÍTULO XXIX 201
El tercer año de Medicina. —Profesorado del doctor Luis Carlos Jaramillo. —Influencia de los novísimos descubrimientos de Luis Pasteur y Claude Bernard. -—Los doctores Ramírez y Nicolás Sojos, notables clínicos azuayos. —El profesor de Terapéutica en cuarto año, doctor Manuel Farfán y sus conocimientos. —Gratitud a mis profesores de la Universidad del Azuay. —Mi grado de Licenciado en Medicina.

CAPÍTULO XXX 206
La familia de mi hermana Raquel. —Su trágico fallecimiento. —Intervención del doctor Paul Rivet. —Dolorosas consecuencias de esa muerte.

CAPÍTULO XXXI 212
La obstetricia en Cuenca a comienzos de siglo. —La señorita Manuela Mogrovejo, notable comadrona. —La epidemia de fiebre puerperal en 1905-1906. —Cómo se realizaba un parto en aquella época. —Trapos, esteras y trozos de bayeta. —El doctor Rivet y la práctica de los lavados vaginales post-partum. —Funestas consecuencias de esa práctica en Cuenca.

CAPÍTULO XXXII 218
La Catedral Nueva. —Su primer constructor, el santo obispo León. —El doctor Justo León. —Bondad de estos dos piadosos hermanos. —La piedra que puse cuando niño en los cimientos de la Catedral. —Mi fe y los embates del materialismo.

CAPÍTULO XXXIII 223
Recuerdos sobre el general Antonio Vega Muñoz. —Breves datos sobre su carrera militar. —Su oposición al liberalismo. —Su infame asesinato. — Una décima y un artículo en su honor.

CAPÍTULO XXXIV 230
La poesía en el Azuay. —¿Por qué Cuenca ha producido tantas figuras intelectuales de primer orden? —"El Liceo de la Juventud". —Mis primeros versos en la Revista Cuencana. —El "Círculo Católico Literario". —Lo antiguo y lo moderno en la poesía. — Es falsa la incompatibilidad entre la Medicina y la Poesía. —Recuerdos sobre los Cordero Dávila.

CAPÍTULO XXXV 238
Mi primera operación quirúrgica en Balao. —El profesor del quinto año de Medicina, doctor Nicolás Sojos. —Mis últimos compañeros en la Facultad. —La suerte del médico no mercantilista. —Recuerdos sobre la preparación de exámenes finales en Cuenca. —Añoranza de los tiempos pasados.

CAPÍTULO XXXVI 244
La vieja Casa de Ejercicios de Cuenca, junto al Sagrado Corazón. —Sus silenciosos ocupantes. —El fraile del pardo sayal. —Recuerdos de los Ejercicios Espirituales de 1906, predicados por el padre Aguirre y su influencia en la sociedad. —D. Daniel Toral Malo, varón ejemplar. —Espuelas y cilicios. —La nueva Casa de Ejercicios. —Freud y el sacramento de la confesión.

CAPÍTULO XXXVII 250
Nuevas vacaciones en Balao. —Una mujer misteriosa. —El lipoma colosal extraído en secreto. —Dificultades y éxito de aquella operación. —El valor de los montubios. —La mulata herida.

CAPÍTULO XXXVIII 255
El sexto y último curso en la Facultad de Medicina: estudios de Clínica Quirúrgica y Medicina Operatoria. — La enseñanza de Obstetricia con el doctor Manuel Palacios. —Mi grado de doctor en Medicina el 22 de julio de 1908 y mis intentos de dejar el vicio del cigarrillo.

CAPÍTULO XXXIX 259
Mi viaje a Balao antes de trasladarme a Europa. —Elogio del arriero y de la mula que mantuvieron la comunicación de Cuenca con el resto del mundo. —Los tambos en el camino. —Almofrejes, pellones, fiambre y cucharas de palo. —Zamarras y ponchos de aguas. —Cómo viajaban entonces las mujeres y los niños. —Los viajes de hoy y los de ayer. —¡Y la vida se pasa como un soplo...!

CAPÍTULO XL 264
Práctica médica en Balao. —Mi padre dispone que viaje a Francia y me asigna una pensión mensual. —El viaje de Balao a Guayaquil. —Recuerdos de la navegación por el río Guayas. —Los bufeos.

CAPÍTULO XLI 268
Mi llegada a Guayaquil. —Inquietud y desasosiego por el próximo viaje. —Los últimos días en el puerto. —Despedida de mi padre. —La partida hacia Europa.

SEGUNDA PARTE
ESTUDIOS EN PARÍS Y PRÁCTICA PROFESIONAL EN EL ECUADOR

CAPÍTULO I 277
PARÍS, HACIA 1909
París, foco de la ciencia médica. —El cirujano Tuffier y su discípulo Dujarier. —El Instituto Pasteur: curso de microbiología, bacteriología parasitología microscópica y técnica histológica. —Excursión a Teille: el profesor Calmette. —Homenaje a mi padre, el doctor Emiliano S. Crespo Astudillo. —Hispanoamericanos en París.

CAPÍTULO II 295
MIS ESTUDIOS DE ANATOMÍA TOPOGRÁFICA Y DISECCIÓN EN L'ECOLE PRATIQUE
El profesor Poirier y su ayudante Rouviere. —Trabajo de disección con mi compañero el doctor Ortega. —Deficiencias en la enseñanza de anatomía y disección en Cuenca por la mala conservación de los cadáveres. —Cursos de técnica operatoria con el profesor Lecene. —Los "casos" del abdomen o del tórax. —Un colega sefardita en nuestra práctica de disección. — Hacia la gran federación hispánica.

CAPÍTULO III 301
ESTUDIOS EN EL HÔTEL DIEU, EL HOSPITAL DES ENFANTS MALADES, EL HOSPITAL SAINT ANTOINE Y LA CLINIQUE BAUDELOCQUE
El eminente profesor Paul Reclus y sus técnicas de anestesia. — Los cirujanos Kirmissou y Broca. — El doctor Sabanant. —El pediatra Marian. —El clínico Dieulafoy. —La lección inaugural del profesor Vidal. —El cirujano Hartmann. —El profesor Lejars. —El profesor Maltuev y su asistente Roux. —Trabajo de laboratorio con los doctores Taillandier y Goiffon.

CAPÍTULO IV 317
CURSO DE HISTOLOGÍA NORMAL Y PATOLOGÍA EN EL INSTITUTO PASTEUR
El armenio doctor Manuelian, profesor de Histología. —Técnicas histológicas. —Mi compañero, doctor Boloña, llega a ser ministro del doctor Ayora. —Aprendizaje con el anatomo-patólogo doctor Lateux. —Sus anécdotas. —"Mas si en mengua o escándalo resulta, más honra la verdad quien más la oculta". —Necesidad de las biopsias.

CAPÍTULO V 321
PASTEUR Y SU OBRA
Un pueblo víctima de la ira de los dioses. —Hechiceros y brujos. —Las epidemias. —Van Leeuvenhocch y Spalanzani. —Un genial intruso: Pasteur. —Medicina preventiva, medicina curativa, esterilización. —Lord Lister, discípulo de Pasteur. —La

pasteurización. —Fin de la doctrina de la generación espontánea. —Los microbios o bacterias: las enfermedades infecciosas. —Pasteur, decano de la Universidad de Lille. —"La casualidad no favorece sino a los espíritus preparados".

CAPÍTULO VI 332
EL DECANO LANDOUZY Y EL PROFESOR HARTMANN DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARÍS
Landouzy testigo ocular de la obra de Pasteur. —Ultraje que le infiere un alumno. — Sugerencia del Prof. Hartmann para castigar al hechor. —Baño obligado en la Fontaine Médicis. — Necesidad del respeto a los profesores como base de la disciplina. — El funesto "derecho de tacha", una de las causas de la crisis de nuestra Universidad. — El mal de las huelgas estudiantiles. — El incrédulo profesor Rogers, decano sustituto. — Alexis Carrel, el sabio biólogo más notable del siglo XX.

CAPÍTULO VII 339
RIVALIDADES ENTRE LAS FACULTADES O ESCUELAS FRANCESAS
El profesor Nicolás, de Nancy, elegido para suceder a Poirier. — Los estudiantes de París deciden boicotearle y tiene que renunciar. —La ciencia es ciudadana de todas las naciones. —Caso análogo con el profesor Doyen que no puede dictar clases en la facultad. —Los alumnos extranjeros nos beneficiamos de las enseñanzas de este gran cirujano, de fama universal. —Su clínica en la Rue de Piccini. —Un brindis con champagne finalizaba sus operaciones. —Sus descalabros económicos por sus amoríos. — Doyen, héroe del bisturí y del florete.

CAPÍTULO VIII 345
MICROBIOLOGÍA, PATOLOGÍA TROPICAL Y PARASITOLOGÍA. CURSO DE MEDICINA COLONIAL EN LA FACULTAD DE PARÍS
Los profesores Brumpt y Blanchard, Burz y Langeron. — Utilidad fundamental de mis estudios en París para el progreso de las ciencias médicas en el Azuay. — El anquilostoma duodenal, el necátor americano y otros parásitos. —Su descubrimiento en Cuenca a mi regreso de París. —Reacción de un prestigioso maestro. —Estudio del anquilostoma duodenal: su tratamiento.

—La entamoeba histolytica de Schaudinn. —Una ameba cuencana descubierta en París. —Tratamientos de la amebiasis y del absceso hepático.

CAPÍTULO IX 379
MIS ESTUDIOS DE OBSTETRICIA
La Obstetricia, tabú para los estudiantes de Cuenca. —Doña Manuelita Mogrovejo, benemérita comadrona del Azuay. — Las escuelas parisienses de obstetricia de los doctores Baudelocque y Tarnier. —Los profesores Pinard y Bard y sus agregados Dres. Couvelaire y Brindeau. —Innecesaria tendencia moderna a la operación cesárea. —Prácticas antiéticas en la tocología. —Ilicitud del aborto. — Años después encuentro al doctor Couvelaire Pinard, hijo y nieto de los famosos profesores.

CAPÍTULO X 389
TIEMPOS DE PARÍS
Lister y la cirugía antiséptica. —Bergmann y la asepsia. —Normas de asepsia y antisepsia que se usaban en París hacia 1909. —Guantes de caucho de Chaput. —Autoclave de Chamberlan. —Procedimientos a seguir para una operación aséptica. —Experimento en la piel rasurada de un conejo. —Una falta grave: tomar objetos sépticos luego de haberse desinfectado. —La salud del paciente es la suprema ley del médico. —"Más vale basura hervida que agua cernida".

CAPÍTULO XI 399
ENFERMEDADES VENÉREAS
El autor introduce en Cuenca, a su regreso de Francia, el uso de inyecciones endovenosas. —También introduce el neosalvarsán como tratamiento contra la sífilis. —Un sifilítico no debe casarse mientras no esté curado. — El método Janet para tratar la blenorragia que aprendí en el Hospital Necker. —El gran descubrimiento de la penicilina por Fleming no logra vencer el mal venéreo. — La sífilis "decapitada". —La promiscuidad sexual. —Triste avance de las enfermedades venéreas entre la juventud. —Las "damas de paso", vectores del mal. —Necesidad de volver a la educación cristiana. —Aforismo de Ricard.

CAPÍTULO XII 409
EL HIPNOTISMO. CURSO EN LA PITIÉ
El doctor Babinski, neurólogo y psiquiatra. —El hipnotismo un fenómeno natural. —Algunos casos de mi práctica terapéutica: un hermano salesiano, un empleado del Tambo, un ministro de la Corte de Justicia, una señora. —Anestesia por hipnotismo. —Devuelvo la paz a un hogar, luego de la pena por la muerte de un hijo. —Un joven licenciado temeroso de su grado de doctor. —Otro caso de un doctor en Derecho.

CAPÍTULO XIII 419
RECUERDOS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA
El rector, doctor Honorato Vásquez, me entrega el nombramiento de catedrático de la Facultad de Medicina. —Méritos de ese insigne patriota. —Su amor a la Virgen. —El expresidente Luis Cordero. —El rector doctor José Peralta. —El Deber contra La Razón. —El nuevo rector ordena retirar todas las imágenes, pero consiente en mantener la de la Virgen de la Universidad. —Conferencias heterodoxas de Peralta sobre la Biblia. —Sin embargo, respeta mis creencias. —El rector Remigio Crespo Toral. —Sus inmensos merecimientos. —"La muerte de los genios".

CAPÍTULO XIV 430
EL PROBLEMA ECONÓMICO. RETORNO AL ECUADOR
Mi primer consultorio en Guayaquil. —Recuerdo de mis amigos doctores Teófilo Fuentes Robles, Miguel H. Alcívar y Abel Gilbert. —Mi regreso a Cuenca: el amor a las "dos madres". — Ejerzo el profesorado y la medicina durante cuarenta y dos años en Cuenca. —Mi valor para la cirugía y mi timidez para cobrar honorarios. —El fracaso económico se compensa con la satisfacción moral.

CAPÍTULO XV 436
UNA VÍA AL ORIENTE (1946-1947)
La carretera Paute-Méndez-Morona, mi preocupación como presidente del Consejo Provincial del Azuay y como diputado a la Asamblea Constituyente. —La vía proyectada por el coronel

Víctor Proaño. —Labor del padre Albino del Curto. —Importancia de la vía interoceánica. —Conveniencia de alcanzar el Morona con una vía carrozable. —Oposición a mi proyecto de decreto en pro de la vía Paute-Méndez-Morona. —Cómo logré que se apruebe el proyecto. —Con el presidente Velasco Ibarra visitamos la vía en construcción. —El presidente pone el "ejecútese" al proyecto. —Maniobras para desvirtuarlo y demorar la construcción de la carretera. —Los mezquinos intereses personales predominan sobre lo nacional.

CAPÍTULO XVI 452

UN VUELO HACIA EL ORIENTE (1950)

Oposición del ministro de Educación al colegio fiscomisional de Macas. —El ministro de Defensa apoya un viaje de inspección al Oriente. —Maravilloso vuelo en un avión piloteado por el coronel Edmundo Carvajal. —Vista aérea del Oriente. —Aterrizaje en Sucúa. —Viaje a caballo de Sucúa a Macas. —Riqueza de aquella zona. —Contemplo una erupción del Sangay. —Macas y Sucúa. —Difícil retorno por una vía aérea no usual. —Aterrizaje en Riobamba. —Panorama aéreo del callejón interandino. —Entrevista con el presidente Galo Plaza. —Inauguración del Colegio Salesiano en Macas. —Tributo de admiración al coronel Edmundo Carvajal.

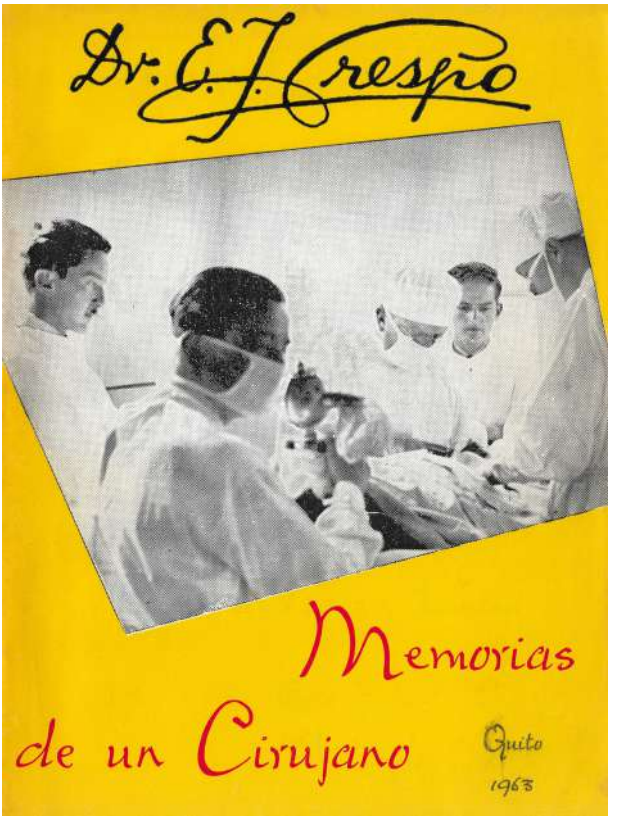
CAPÍTULO XVII 466

UNA GIRA MARAVILLOSA POR SUDAMÉRICA: PERÚ Y CHILE

Once alumnos del séptimo año de medicina me piden presidirles en un viaje de estudio hasta Buenos Aires. —En avión a Guayaquil y por barco a Puerto Bolívar y Hualtaco. —Importancia de Puerto Bolívar. —Huaquillas y Tumbes. —Aridez de la costa peruana. —Lima: visita a los hospitales Obrero (servicio de neurocirugía) y Arzobispo Loaiza. —El Museo Antropológico. —Mí primera visita a Lima en 1930. —El Callao. —Vuelo a Tacna. —Arica. —Viaje por tierra. —Mi exalumno doctor Zúñiga, personaje destacado en Antofagasta. —Vuelo a Santiago. —Una ciudad de tipo europeo con excelentes vinos. —El Instituto de Neurocirugía. —El doctor Asenjo y sus operaciones.

CAPÍTULO XVIII 486
CONTINUACIÓN DE LA GIRA: ARGENTINA Y BOLIVIA
De Santiago a Buenos Aires en tren. —Visión del Aconcagua. — La pampa argentina. —La gran manifestación obrera del 1° de mayo en Buenos Aires. —San Martín y "San Perón". —Mejoras para los obreros. —El doctor Ivanissevich, ministro de Educación. — Parrillada en El Tigre. — Parques y monumentos de Buenos Aires. —Nuestro embajador doctor Alberto Puig Arosemena. —A La Paz por tren. —El castellano de Jujuy y Azuay. —El habla española en el sur y el norte del Ecuador. — La Paz a 4000 metros de altura. —Nuestro embajador don Hugo Moncayo. —Tiahuanaco. —La clínica oftalmológica del doctor Landa. — El presidente Urriolagoitia. —El lago Titicaca. —Puno. —El Cuzco. —Ollantaytambo, Sacsayhuamán, Machu Pichu. — El terremoto del Cuzco. — Con mis discípulos ofrecemos nuestros servicios profesionales a las autoridades y asistimos a los heridos. — Retorno a Lima y Quito.

A MANERA DE EPÍLOGO 517
Presentación de la Segunda Parte de *Memorias de un cirujano*, por Efraín Jara Idrovo



Portada del primer volumen de *Memorias de un cirujano,* Quito, 1963

PRESENTACIÓN

Francisco Salgado,
Rector de la Universidad del Azuay

El doctor Emiliano J. Crespo (1885-1971), figura clave de la historia de la medicina de Cuenca por sus aportaciones científicas en nuestro medio, escribió un emotivo recuento de su vida bajo el título de *Memorias de un cirujano,* publicado originalmente en tres volúmenes, dos propiamente autobiográficos y otro consagrado a los trabajos científicos.

El primero, que recoge sus memorias de niñez y juventud, apareció en 1963, en edición realizada por sus hijos. El segundo, que rememora sus estudios en París y su práctica profesional en el Ecuador, vio la luz en 1982, de manera póstuma, editado por la Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, ese momento presidido por el gran poeta Efraín Jara Idrovo.

Años después, el doctor Luis A. León, médico, investigador e historiador de la medicina, quien había recopilado los estudios científicos del doctor Crespo publicados en revistas médicas o presentados en congresos de la especialidad, facilitó una selección a los hijos del doctor Crespo quienes la publicaron en 2001, con un prólogo del propio doctor León, como tercer volumen de *Memorias de un cirujano* seguido del subtítulo "Estudios científicos".

El presente libro reedita los dos primeros volúmenes, en una edición preparada por Gonzalo Ortiz Crespo, reconocido escritor e historiador, nieto del autor, con la colaboración de su hermano, el destacado arquitecto e historiador Alfonso Ortiz Crespo.

Celebramos la reedición de esta autobiografía por tratarse de un importante documento cultural y antropológico, dada la abundante, diversa y valiosa información que nos ofrece de los distintos temas y geografías que visitó este inquieto médico e intelectual, más allá de las opiniones de orden político, religioso

o moral vertidas por el autor, siempre sujetas a discusión, a una revisión crítica.

La Universidad del Azuay se une así al rescate de la memoria de este ilustre galeno cuya vida constituyó un hito en la historia médica del Azuay. Ese giro, que él, junto a sus colegas y alumnos efectuaron en la primera mitad del siglo XX fue clave para alcanzar el nivel de excelencia médica que hoy tiene Cuenca.



Retrato fotográfico del doctor Emiliano J. Crespo, en su graduación de médico, a los 23 años. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN CONSOLIDADA

Gonzalo Ortiz Crespo

EL JOVEN MÉDICO QUE PERDIÓ EL TITANIC

Los instrumentos que había mandado a fabricar no llegaban.

Era todo el equipo de cirugía, con sus bisturíes, pinzas, tijeras, separadores, trépanos, desenclavadores y su copiosa provisión de agujas e hilos quirúrgicos. El de laboratorio, con su hermoso microscopio, sus retortas, matraces, pipetas, tubos de ensayo, frascos de Erlemmeyer, placas de Petri, agujas y espátulas de platino, papeles filtrantes y batería de colorantes, reactivos y materiales para fabricar los medios de cultivo. El de oftalmología, con los lentes de distinta graduación para optometría y los aparatos para iluminar y examinar iris, córnea y fondo del ojo. El de obstetricia y ginecología, con sus fórceps y sus campos estériles. El de anestesia, con sus máscaras de Oberlane, bocados y tanques. Y, sobre todo, el autoclave, aparato decisivo para esterilizar los equipos que usaría en su práctica médica.

El joven médico —que ya tenía otros implementos comprados, como batas, gorras y guantes de caucho, y estaba encajonado los libros que llevaría—, había encargado el instrumental con suficiente tiempo, pero, aunque alguna parte ya la había recibido, la mayoría no acababa de llegar.

Le preocupaba, porque el conocido hacendado y exportador de cacao, señor Morla, se le había acercado semanas antes y le había propuesto que, ya que los dos volvían al Ecuador, él a sus negocios en Guayaquil y el joven médico a ejercer su profesión después de sus estudios en París, viajasen juntos y fuese su médico de cabecera a lo largo de la travesía.

Hacerlo, pensaba el médico, le permitiría cuidar profesionalmente la vida de un paciente, pagar su pasaje, vía Nueva York, y

además ganarse unos justos honorarios.

Como atractivo adicional, el señor Morla le dijo que atravesarían el Atlántico en primera clase en un buque magnífico y en ocasión muy especial: el viaje inaugural del más moderno y lujoso trasatlántico construido por el hombre, el Titanic, de la White Star Line. A bordo, el médico podría usar todas las modernas instalaciones: piscina, cancha de squash, baños turcos y eléctricos, bares, salones y restaurantes… todo de gran lujo, como había referido la prensa desde semanas antes.

El médico aceptó la propuesta, agradeciendo al cacaotero su invitación, cuyas tierras había conocido de niño, en Balao, junto a su padre. Sobre el nuevo trasatlántico le comentó que sí, que había leído de lo fabuloso que era y los muchos avances que tenía en lo relativo a la seguridad, con esclusas y mamparos accionados a distancia, que podían aislar cualquier perforación del casco.

Por eso, comentaron los dos, el dueño de la White Star Line, Bruce Ismay, había afirmado, que al Titanic "ni Dios lo podría hundir", por la tecnología tan avanzada y superior que poseía. "Un exceso de soberbia", reflexionó el joven médico.

Pero, el asunto no era ese: el doctor puso una sola condición para poder viajar. Explicó a su invitante que no le sería posible acompañarle si no tenía todo su instrumental médico, que aún no estaba completo. Lo había encargado a las fábricas especializadas y faltaban por llegar muchas piezas.

No tenía por qué decírselo, pero él estaba muy satisfecho de sus encargos, lo más moderno y mejor al momento. Había comprado el equipo ahorrando franco a franco a lo largo de sus cuatro años de estudios en París, gastando lo menos posible y aunque los 200 dólares que le enviaba su padre, también médico, desde Guayaquil, cada mes, casi se consumían enteros en alimentación, vestido, vivienda y pago de los cursos privados que tomaba, en cambio se había propuesto no gastar ni un *sous* de las remesas que le mandaba su madre de los alquileres de su casa de Cuenca.

Morla aceptó la condición y estaba pendiente de las noticias. Aunque tal vez no sabía de los sacrificios de su compatriota,

Morla sí comprendía que el joven médico cuencano representaba un agudo contraste con tantos otros jóvenes ecuatorianos en París, hijos de sus amigos y parientes, todos "gran cacao", que llevaban una vida de lujo, francachela y desperdicio. "Digno hijo de su padre", al que había conocido como médico en Balao, se decía para sus adentros.

Pronto se supo que el Titanic, procedente de Southampton, zarparía los primeros días de abril de ese año de 1912 desde Cherburgo a Nueva York. Los dos puertos se sitúan frente a frente en las costas del canal de la Mancha. Nadie quería perderse ese viaje, en especial algunas de las personas más ricas del mundo, que ya tenían sus boletos para embarcarse ya sea en el puerto inglés ya en el del continente.

Morla había hecho las reservas y, al acercarse la fecha, advirtió al joven médico que esperaba que todo se hubiera solucionado, ya que deberían entregar sus equipajes en la estación de Orsay, máximo hasta el día 9 de abril, de donde saldrían la mañana del 10, en el llamado "tren marítimo", a Cherburgo. Era, le había explicado Morla, un tren de primera clase que los llevaría al pie del barco, al que accederían por la pasarela especial.

Años después, conocí a ese joven médico que estuvo dispuesto a embarcarse en el Titanic… y que no lo hizo porque no completó su instrumental: fue mi querido abuelo Emiliano Crespo Astudillo, a quien le oí contar la anécdota en alguna de las agradables charlas en su casa, cuando, ya retirado, vivía con su mujer, mi abuela Lola, en Quito.

Su autoclave, el primer autoclave que llegó a Cuenca, tiene en bajorrelieve la fecha de su fabricación: 22 de abril de 1912. Exactamente una semana después de que se hundió el Titanic.

Lo que no retuvimos ninguno de sus nietos es el nombre completo del señor Morla y tampoco supimos si este llegó a embarcarse en el Titanic. En todo caso, el apellido del cacaotero no consta ni en la lista de los 1.518 muertos ni en la de los 705 sobrevivientes, tras el trágico hundimiento del famoso trasatlántico.

Quien hizo alguna vez la búsqueda en esas listas, mi primo

Hernán Jaime Crespo Bermejo, se preguntaba si tal vez estaría entre los pocos muertos no identificados, pero concluimos que no, porque los investigadores señalan que lo más probable es que estos fueran pasajeros de tercera clase, parte de los pasajeros transferidos a última hora en Southampton, provenientes de otros trasatlánticos que no pudieron zarpar por falta de combustible, dada la huelga de los mineros de carbón que afectaba esos días a Inglaterra.

Morla, por contraste, tenía su reserva en primera clase, de la que murieron, en proporción, menos pasajeros. Espero que la falta de médico acompañante le haya hecho desistir y que aquel personaje haya sido don Darío Morla, quien murió en su cama en París el 9 de julio de 1931, a la edad de 95 años.[1]

El doctor Crespo (se me hace raro referirme así a mi abuelo, pero lo voy a hacer en aras al estilo académico) se salvó de morir en una de las tragedias marítimas más grandes de su época y la más famosa, pues, como es de sobra conocido, en ese fatídico viaje inaugural el buque chocó con un iceberg a las 11:40 de la noche del 14 de abril y, en menos de tres horas, a las 2:20 del 15, se hundió irremisiblemente.

Entre las causas del alto número de víctimas estuvieron la escasez de botes salvavidas y el hecho de que los primeros en usarse no se llenaron completamente —aplicándose, además, la política de "mujeres y niños primero", por lo que no se dejó embarcar a hombres, aunque hubiese espacio en los botes—. Todo, debido al exceso de confianza en que el inmenso buque resistiría, porque sus esclusas le hacían supuestamente insumergible.

Entre las víctimas, que fueron de todas las clases sociales, también estuvieron numerosas personalidades, incluyendo los millonarios Benjamin Guggenheim, Isidor Strauss y John Jacob Astor IV.

Ese joven médico que no se embarcó, había nacido en Cuenca el 22 de julio de 1885, hijo del doctor Emiliano Crespo Astudillo

[1] https://gw.geneanet.org/ferneche?lang=es&n=morla&oc=0&p=jose+antonio+dario

y de doña Mercedes Astudillo Chica, su prima hermana. Como padre e hijo tenían igual nombre y los mismos apellidos y, además, los dos eran médicos, el hijo siempre usó la jota (inicial de su segundo nombre, José), por lo que firmaba Emiliano J. Crespo Astudillo.[2]

Antes de proseguir, quisiera decir que a este abuelo mío lo conocí, le quise y me deleité siempre con su manera de ser y su cariño. Como residía en Cuenca, la mera expectativa de su llegada a nuestra casa de San Marcos, en Quito, nos llenaba de alegría y no se diga su presencia, su conversación y su afecto. Mi madre, que le tenía un infinito amor y una profunda admiración, cuya casa dejó a los 23 años cuando se casó con mi padre en 1940, nos transmitió a todos sus hijos esa admiración y afecto.

La Cuenca en que nació Crespo Astudillo era una pequeña ciudad de 20.000 habitantes, situada en la hermosa llanura bañada de cuatro ríos (Tomebamba, Yanuncay, Machángara y Tarqui) que la distinguen. Su economía se basaba, en ese 1885, en la producción agrícola, en haciendas de tamaño medio y grande en la propia provincia del Azuay y en las vecinas del Cañar (recién separada como provincia), El Oro y la Amazonía, que se controlaban desde Cuenca.

La principal producción artesanal eran los tejidos de algodón, en especial las llamadas cotonas (actualmente más conocidas como guayaberas), que se enviaban a Guayaquil y, a través de ese puerto, a la costa del Pacífico colombiano y a Panamá. Con las cotonas, y a los mismos mercados, iban los sombreros de paja toquilla, trenzados en Cuenca y sus pueblos circunvecinos con paja traída desde la Costa, aunque esta artesanía no estaba ni de

[2] Emiliano José Crespo Astudillo (Cuenca, 1885-Quito, 1971) fue hijo de Emiliano Crespo Astudillo (1862-) y Mercedes Astudillo Chica (1856-). Su madre era prima hermana de su padre, hija de Remigio Astudillo y Ochoa (1828-) y Manuela de la Chica y Cortázar. A su vez, su padre fue hijo de Simón Crespo Rodríguez (1825-1908) y Amalia Astudillo Ochoa (1827-1902). Por su parte, los padres de Simón fueron Pedro Jesús Crespo Orellana (1796-1846) y María Juana Rodríguez Neira (1802).

lejos tan desarrollada como lo sería después.

También había mucha artesanía en cerámica, hierro, pero su comercio era reducido por el aislamiento, ya que no había carreteras, y la única vía de comunicación con el mundo era una infernal trocha de mulas que bajaba a Naranjal, pueblo desde el que se accedía al golfo de Guayaquil.[3]

El doctor Crespo tuvo dos hermanas mayores: Raquel y Ángela. Para poder sostener a su familia, el padre se trasladó a Guayaquil, donde trabajó en una botica, tal como lo había hecho en Cuenca desde estudiante, y empezó a ejercer la medicina. Pronto fue contratado como médico de la inmensa hacienda cacaotera de Tenguel, de propiedad de Jacinto Caamaño, en la cual, no mucho tiempo después, debido a su influencia y autoridad sobre los peones, logró salvar la vida del administrador y su esposa cuando aquellos, enfurecidos por los malos tratos, asaltaron la casa principal.

El doctor Emiliano Simón protegió a la pareja hasta que pudo huir a Guayaquil, y ante los ruegos del dueño, aceptó ser él el administrador. En realidad, como Emiliano José cuenta en estas Memorias, su padre fue "administrador, médico y tenedor de libros" de Tenguel. Era muy buen matemático y tenía conocimientos de ingeniería, así que, entre otros beneficios para la hacienda, diseñó y construyó un canal para que el río Tenguel, que describía muchos meandros y se desbordaba fácilmente, siguiera una dirección rectilínea y menos amenazadora hacia el mar.

Luego de unos años, el padre dejó Tenguel y se estableció en Balao, ejerciendo la medicina y convirtiéndose, de hecho, en médico de todas las haciendas cacaoteras, las de "los Seminario,

---

[3] Ese aislamiento no era exclusivo de Cuenca. Lo mismo había sucedido con Quito durante siglos, aunque para la fecha de nacimiento de mi abuelo, ya había la carretera Quito-Riobamba y el tramo de ferrocarril en la Costa, construidos por García Moreno y que empezaba a ser rehabilitada por el presidente José María Plácido Caamaño y lo seguiría siendo por los gobiernos del Progresismo, luego del descuido de los años del dictador Ignacio de Veintimilla. Pero para entonces, aún había que transmontar la cordillera y bajar a la Costa a lomo de mula.

los Morla, los Molina, los Cabrera, etc.", como cuenta en estas *Memorias de un cirujano*.[4]

Siempre conservó hermosos recuerdos de la Costa, sus ríos, sus huertas de cacao, su gente: los de su primera infancia y los que acumuló cuando, a los ocho años de edad, volvió a pasar dos años en Balao con su padre, quien fue su maestro y le preparó tan bien que a los 10 años estuvo listo para rendir el examen de primaria e ingresar al Colegio Seminario San Luis, en una época en que no había edad mínima para ingresar a secundaria.

Esta vez, el niño Emiliano José vivió en Cuenca con sus abuelos paternos, Simón Crespo Rodríguez (nacido en 1815) y Amalia Mercedes Astudillo Ochoa (nacida en 1827), quienes, al igual que sus tíos y tías, le prodigaron cariños y cuidado. Sus abuelos (tatarabuelos de quien escribe esta Introducción) habían tenido 10 hijos, Emiliano, el médico, era el quinto.[5]

El tatarabuelo Simón era agricultor, propietario de una pequeña hacienda en Chuquipata, donde se pasaba toda la semana, según los cálidos recuerdos de su nieto en estas memorias.

Emiliano cursó los estudios secundarios con éxito y en octubre de 1901, es decir a los 16 años de edad, inició sus estudios de Medicina (combinándolo con un primero y único curso de Derecho, pues su madre, aprovechando que había ido a Balao de vacaciones, le matriculó en las dos carreras, ya que ella no le gustaba que estudiase Medicina).

Tras seis años de estudios se graduó de doctor en medicina el 22 de julio de 1908, fecha de su vigesimotercer cumpleaños. Pasó un año en Balao, ejerciendo la medicina junto a su padre y, también, en vez de su padre, pues este se tomó tres meses de

---

[4] Crespo, Emiliano J., *Memorias de un cirujano. Primera Parte: Memorias de niñez y juventud,* Ediciones Quitumbe (Quito, 1963), p .31.

[5] Belisario (1847), Gertrudis (1848), Luz (1849), Alejandrina (1854), Emiliano (1855), Mercedes (1860), Adelina (1864), Leopoldina (1867), Octaviano (1870) y Victoria (1872). Esta última casó con el doctor Octavio Cordero (1870-1930) y fueron tronco de una familia entre cuyos vástagos están los escritores Susana Cordero de Espinosa, Simón Espinosa Cordero, Eliécer Cárdenas y el historiador Rafael Cordero Aguilar.

vacaciones en Guayaquil.

Los dos, padre e hijo, compartían el mismo sueño: que el joven fuera a París, donde las ciencias médicas eran las más avanzadas del mundo. El padre y la madre hablaban francés y tenían suscripciones a revistas francesas, y desde que Emiliano José se inclinó por la medicina, su padre le había prometido enviarle a estudiar a Europa. Aquello se concretó luego de ese año en Balao, y viajó a París, ciudad a la que llegó en julio de 1909.

EL MODERNIZADOR DE LA MEDICINA EN EL AZUAY

Con el amor por su padre que su hija Lola sembró, ella y todos los hermanos de quien esto escribe tuvieron la mayor alegría, cuando, jubilado, tras 42 años de docencia universitaria y ejercicio profesional de la medicina en su ciudad natal, y tras una estadía de un año en Guayaquil, él y su esposa, Lola Toral Vega, fijaron su residencia en Quito.

Era 1956. El autor de esta introducción tenía 12 años y se fascinó al tener por fin a los abuelos cerca. Los habían visitado en Cuenca en un par de ocasiones, pasando alegres días de vacaciones, con los primos y las primas que aún vivían en esa ciudad (Ledergerber Crespo y Crespo Vega).

Pero otra cosa era tener a los abuelos en la misma ciudad. Poco después, también la familia Ledergerber se establecería en Quito. Más tarde también lo haría la familia Crespo Vega, siendo Arturo el último de los Crespo Toral en dejar su ciudad natal.

Con sus ahorros y el producto de la venta de sus casas en Cuenca, el doctor Crespo y su esposa compraron al doctor Benjamín Carrión un pequeño edificio en la calle Vargas, frente al colegio Mejía, de cinco pisos con sendos departamentos para arrendar.

Con ellos llegaron los dos últimos tíos, que aún vivían con sus padres: Hernán, que empezó sus estudios de arquitectura en la Universidad Central, y María Clara, estudiante de secundaria que entró al colegio de las mercedarias.

Desde entonces, muchas veces sus nietos oyeron de los labios del abuelo muchas anécdotas sobre cómo implantó la medicina moderna en el sur del Ecuador. Cuando crecieron, cayeron en cuenta de lo que los historiadores de la medicina afirmaban con rotundidad: que Emiliano J. Crespo fue uno de los más importantes pioneros de la medicina moderna en el Ecuador. Como dijo el doctor César Hermida, uno de esos historiadores, su presencia marca "un antes y un después" en la historia médica del Azuay:

> Bien está que se recuerde al científico, al pionero de los grandes logros en las varias ramas de la Medicina comarcana, como para decir lo que está consignado en nuestra Historia de *La Medicina en el Azuay* y que ahora lo repito a frase llena: la evolución de la Medicina Científica tiene dos etapas: antes del doctor Crespo y después de él; cosa que también lo dice el doctor Leoncio Cordero en este estudio, con la autoridad que él tiene ganada.[6]

Fue él fue quien introdujo la asepsia y la antisepsia en la zona, el primero en realizar operaciones quirúrgicas complejas en abdomen, pelvis, tórax, cabeza, cuello (antes, la llamada cirugía consistía en hacer punciones o extirpar tumores superficiales); el primero en anestesiar con éter; en poner inyecciones intravenosas, en administrar sueros, en realizar exámenes de laboratorio para identificar a los patógenos que podían tener sus pacientes y combatirlos adecuadamente.

Fue quien estableció el quirófano y fundó las dos salas de cirugía, la de hombres y la de mujeres, del hospital *San Vicente,* el único hospital público de Cuenca, pues no existían.[7]

---

[6] Hermida Piedra, César, "Evocación del maestro", en *Emiliano J. Crespo, un hito en la Historia de la Medicina del Azuay* (Cuenca, Municipalidad de Cuenca y Sociedad de Historia de la Medicina, Capítulo del Azuay, 1981), p. 8.

[7] Crespo, Emiliano J., *Memorias de un cirujano. Segunda parte,* Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, 1982, p. 76.

Y, algo que incluso es más asombroso, fue el primer médico en Cuenca en atender partos, pues antes los hombres estaban prohibidos de brindar asistencia y, si se llamaba a un médico, este debía permanecer en cuarto aparte y solo intervenir en caso de peligro de muerte, pero sin que pudiera ver a la zona genital de la parturienta.

Antes del doctor Crespo, y durante siglos, como en otras partes del mundo, los partos eran atendidos por una comadrona, que se subía a la cama, con su ropa de todos los días y apenas lavadas las manos y con las uñas sucias, se metía debajo de las cobijas y maniobraba casi en la oscuridad. De allí la frecuencia de infecciones transmitidas por esas manos y esa ropa, tanto a la parturienta como al recién nacido, causa principal de la cantidad de muertes materno-infantiles.[8]

Es que la asepsia y la antisepsia eran tan desconocidas hasta entonces que las infecciones eran comunes, sin que se supiera que nacían de la falta de reglas elementales de higiene, llegando a veces a verdaderas epidemias de muertes, como las infecciones puerperales de 1906, que mataron a decenas de madres de todos los estratos sociales en Cuenca. Entre las víctimas estuvo una hermana de Emiliano, joven madre de tres niños.[9]

En los partos, igual que en las operaciones, se actuaba sin cautela, y la labor revolucionaria del doctor Crespo fue resistida, incluso con burlas y denuestos, cuando hablaba de la existencia de microbios. Hubo un médico que dijo que él creería en los microbios "cuando vea uno amarrado a la pata de la cama del doctor Crespo".

Era tan común la falta de higiene que un médico cuencano de entonces se ufanaba de llevar siempre un hermoso bisturí con cacha de carey, que lo doblaba como una navaja, lo guardaba en un

---

[8] *Op. cit.,* pp. 110-111.

[9] Fue Raquel Crespo Astudillo, de 26 años de edad, esposa del doctor Miguel Cordero Dávila. Uno de esos tres hijos fue Luis Cordero Crespo, del mismo nombre de su abuelo el presidente de la República, y quien fue alcalde de Cuenca; muy querido tío segundo de los nietos de Emiliano.

no menos hermoso estuche de cuero de Rusia y lo llevaba siempre en el bolsillo interior del pecho de la americana,[10] de donde lo sacaba para operar, solo limpiándolo con un pañuelo, ¡con su pañuelo! Luego aprendió al menos a hervirlo.

Pero había médicos que protestaban porque se hirviera los bisturís cuando se sacaba pus. "¡Pus mismo vamos a sacar!", vociferaban, implicando que al tratarse de materia infecta no importaba hacerlo con instrumental sucio.[11]

Hubo algún médico —"y no de los malos", según apunta en estas *Memorias*— que para operar vestía la ropa más vieja y sucia, porque no quería que sus buenos vestidos "se mancharan con sangre, pus u otros líquidos orgánicos procedentes de las heridas".[12]

Él, en cambio, fue el primero en todo el sur del Ecuador en operar aplicando todas las reglas de la asepsia y antisepsia. Tras lavarse concienzudamente las manos, muñecas y antebrazos hasta los codos, y limpiarse uña por uña con un limpiauñas metálico, frotándose todo con un cepillo esterilizado previamente, sumergía sus manos y antebrazos primero en una solución antiséptica y, a continuación, en alcohol de 90 grados.

Luego, se vestía con gorra, mascarilla, bata, guantes de caucho y zapatillas, todo esterilizado previamente. Solo así entraba al quirófano. Esa indumentaria y esos procedimientos causaron inmensa sorpresa, y aun escándalo, en la Cuenca de entonces. Hubo médicos que dijeron que eso lo hacía solo para teatralizar la operación, impresionar a los parientes del enfermo… ¡y así poder cobrar más!

El colmo fue cuando un médico procuró infectar exprofeso ciertos materiales de cura, no para causar daño al enfermo, sino para que se vea que "no pasa nada" y que todo lo que hacía el doctor Crespo Astudillo eran "puros aspavientos".[13]

---

[10] *Op. cit.,* p. 93.
[11] Ibíd.
[12] *Op. cit.,* p. 94.
[13] *Ibíd.*

Como explicaba a sus nietos, y lo dice en estas Memorias, él siempre procedía bajo la noción de que todo lo que no ha sido exprofesamente esterilizado debe rechazarse como contaminado (séptico), porque las bacterias van a penetrar en la piel cuando hiciera cualquier incisión y provocarían graves infecciones. Esto que hoy es tan fácil de comprender, en aquella época, en Cuenca y seguramente en todas partes del mundo a donde llegaba por primera vez la medicina científica, era ocasión de sorpresa, mofa o incluso, como ya dije, escándalo.

El primer parto que atendió en Cuenca fue el de una señora que había tenido dos partos terribles, perdiendo su primer hijo y sufriendo al dar a luz el segundo una fiebre puerperal de la que se había salvado por milagro. Oyendo del éxito de las operaciones del doctor Crespo, el marido, desesperado, acudió a consultarle si podía atender a su mujer, que estaba cerca del parto.

El caballero le confió que él y su mujer habían consultado previamente a sus confesores, quienes les habían dado permiso para que le propusieran atender a la mujer en ese su tercer parto. Con la confianza que le daban sus conocimientos, garantizó al caballero que el parto sería seguro y que ni su mujer ni su hijo correrían riesgo alguno, y que solo si fuese estrictamente necesario, practicaría la cesárea, como lo había hecho varias veces en París.

Siendo el primer parto que iba a atender en Cuenca, se preparó cuidadosamente. Cuenta en estas memorias que sabía que de su éxito dependía el futuro de su profesión en la sociedad cuencana. Por eso, y para animar al padre, que seguía con dudas y reservas, le dijo que no le cobraría honorarios.

Preparó también a la paciente, estableciendo ejercicios de gimnasia materna, relajamiento y respiración. El día del parto tenía instrumental y medicinas listas para cualquier eventualidad. Pero el parto fue muy bueno, el niño nació vivo, la parturienta no sufrió demasiado, el puerperio fue tranquilo y la convalecencia rápida. La noticia se regó rápidamente en Cuenca y fue una de las bases de su fama. Por eso, a lo largo de cuatro décadas y media, trajo a más de 10 000 niños al mundo.

Solo que los padres, a veces, no sabían de qué manera expresar el agradecimiento al galeno, y a los pocos días, llegaban con el pedido de que fuera el padrino del niño que llegó al mundo en sus manos. Con la vena poética y el humor sardónico que tenía, compuso entonces un verso: "Malhadado destino/ de esta horrible profesión:/ por la noche comadrón, / a la mañana padrino".[14]

Otro escándalo se produjo por las inyecciones intravenosas del doctor Crespo (endovenosas, decía él), pues nadie las había administrado en Cuenca y los médicos tradicionales opinaban que causarían la muerte. Cuando se vieron los magníficos resultados de sus tratamientos (por ejemplo, con neosalvarsán para los sifilíticos), algún médico, que ni siquiera era alumno de él, sacó un folleto en el cual, dándose de conocedor, afirmaba que, para poner inyecciones de este tipo, había que ponerse gorro, mascarilla, bata y guantes.

Fue el primero en emplear el termocauterio, que trajo de París, y se desconocía en Cuenca.[15]

También fue el primero en usar escayola de yeso para reducir las fracturas. Con los moldes de férulas que había traído de París preparaba las escayolas con varias tiras de paño limpio, a las que disponía en varias capas y embebía en una lechada de yeso de buena calidad, que se proveía en las fábricas de estuco, elemento que servía para los cielorrasos.[16]

Fue el primer médico en el país, y ya no solo en Cuenca, en identificar y hacer conocer numerosos parásitos que afectaban a la población ecuatoriana de Sierra y Costa.[17] Su ojo clínico y sus

---

[14] Citado por Leoncio Cordero, "Emiliano Crespo Astudillo, un hito en la Historia de la Medicina en el Azuay", en el folleto del mismo título, *op. cit.,* p. 19.

[15] *Ibíd,* p. 22

[16] Ibíd., 20. Hoy, aunque se enyesa cada vez menos, pues hay sistemas inmovilizadores con sujetadores de velcro, las tiras para enyesar ya vienen impregnadas con su propio yeso y solo requieren sumergirse en agua y escurrirse.

[17] Él mismo Crespo enumera los nemátodos, los platelamintos: los protozoos, *las tricomonas,* etc. (*Op. cit.,* 73). También fue él quien las dio a conocer en el medio azuayo las *lambias* o *giardias* y las tricomonas, así como los huevos de nemátodos, ascárides lumbricoides y cestodos (Crespo, *op. cit.,* p. 107)

exámenes le permitieron descubrir, antes que nadie, que había parasitismo intestinal (anquilostomo) en el litoral ecuatoriano, el cual muchas veces se confundía con paludismo por la anemia que producía, y que requería un tratamiento diferente pues, medicar como palúdicos a quienes no lo eran no conducía a mejora alguna y, al revés, muchos serranos que lo adquirían en la Costa volvían a la Sierra solo para morir.

Esta tesis no fue aceptada de inmediato por sus colegas guayaquileños pues incluso en el Primer Congreso Médico Ecuatoriano, en el que presentó un trabajo sobre parasitismo en el país, un eminente médico guayaquileño, de fama no solo nacional sino internacional, cuyo nombre no revela, se dedicó a refutar la tesis, sosteniendo que había disentería de origen palúdico.

Al doctor Crespo le fue difícil convencer a este médico y a otros, bastante necios, que seguían tratando de paludismo a estos anquilostomáticos, cuando con el tratamiento que él recomendaba, con vermífugos y suplementos de hierro y otros remedios contra la anemia, producía una rápida mejoría.[18] Solo al ver la consistencia de sus buenos resultados se fueron convenciendo. Tanto que un siguiente Congreso Médico, los galenos reunidos resolvieron recomendar a las universidades de Quito y Guayaquil establecer la cátedra de Parasitología, como la que ya dictaba en Cuenca el doctor Crespo.

No eran los únicos reacios a toda innovación y adelanto. En Cuenca no se conocían ni se había oído hablar de las amebas y se trataba a una de sus peores manifestaciones, el absceso hepático, por lo demás muy común en el Azuay, con un método bárbaro: quemar la piel, con un pedazo de tela a la que se aplicaba un barniz irritante, que producía una inflamación que se aliviaba con un tal "ungüento amarillo" y se tapaba con otro trozo cualquiera de tela. "¿Qué se pretendía con estas bárbaras maniobras? Pues, simplemente atraer la inflamación del órgano afectado hacia

[18] *Op. cit.,* pp. 76-87.

la superficie o contrarrestar una inflamación con otra inflamación",[19] lo que se llamaba curar por "revulsión".

Este método, por supuesto, no servía sino para hacer sufrir más al paciente. Si este no moría y el absceso se hacía notorio debajo de la piel, los médicos de la época se disponían a operar. Su vívida narración es un cuadro tragicómico, que invito a leer en estas *Memorias.*

Aunque, dice Crespo en este libro, a los médicos connacionales "no hay que criticarlos mucho… porque aún grandes médicos y cirujanos europeos habían practicado tales métodos".[20]

Estos relatos los hacía "no por un espíritu de crítica mordaz, sino por hacer ver cómo era la práctica quirúrgica en esos tiempos y para que las generaciones médicas actuales y del futuro puedan hacer una comparación entre los métodos de entonces y los de hoy".[21]

Que este atraso debía ser superado para bien de los ecuatorianos lo sabía al llegar a especializarse en Francia en julio de 1909.

Sus estudios en París fueron muy completos. Estudió con los alumnos de Pasteur. El gran sabio había fallecido tres lustros antes, en 1895, pero dejó una pléyade de investigadores médicos en el Instituto Pasteur, que él estableció y dirigió, y a donde el joven médico cuencano encaminó sus pasos.

En estas memorias se pueden seguir las etapas del joven médico en su especialización, su entrega absoluta al estudio como muestra desde el inicio, pues como el curso en el Instituto Pasteur comenzaba en octubre, no quiso desaprovechar el tiempo y consiguió ingresar a dos hospitales para practicar con grandes cirujanos.

---

[19] *Op. cit.,* p. 91.

[20] *Crespo, op. cit.,* p. 100. Por cierto, el doctor Crespo recomendaba el tratamiento con emetina, la punción del hígado (con el método de Rogers de Calcuta) y, si el absceso no cedía, la extirpación del hígado (hepatotomía).

[21] *Ibid.*

Así, esos dos primeros meses en París, agosto y septiembre de 1909, se pasó en esos dos primeros hospitales, practicando la cirugía y soltando la lengua en el francés, idioma que ya sabía por enseñanza de sus progenitores.[22]

El método científico. La microbiología. El origen germinal (por entes vivos microscópicos, que denominó microbios o bacterias) de las enfermedades infecciosas (los patógenos) y de procesos como la descomposición y la fermentación (lo que echó por tierra la teoría de la generación espontánea). La necesidad de la antisepsia (sistematizada por el británico Joseph Lister). La medicina preventiva (hasta entonces inexistente en el mundo), empezando por la vacunación preventiva contra las enfermedades infecciosas. El "horno Pasteur", antecesor de la autoclave (desarrollado por Charles Chamberland, discípulo de Pasteur).[23] La pasteurización para impedir la descomposición rápida de la leche y otros líquidos. La vacuna, en la versión de bacterias de la enfermedad debilitadas a propósito (y aplicaciones exitosas contra enfermedades como el cólera aviar, el carbunco, la rabia). Estos y otros fueron los avances de Louis Pasteur que estudió tanto en la teoría como en la práctica el joven médico llegado del Ecuador.

Allí, en el Instituto Pasteur —cuyo director era el doctor Roux, antiguo alumno, colaborador y hombre de confianza de Pasteur e inventor, él mismo, del suero antidiftérico—, realizó los cursos de microbiología, bacteriología, micología, parasitología microscópica y técnica histológica.

Sus profesores fueron sabios de la talla de Borrel; Méchnikov, microbiólogo ucraniano y francés descubridor de la fagocitosis, Premio Nobel de Medicina en 1908; Laveran descubridor del

---

[22] Precisamente su padre, cuando estudiante de medicina, había pedido a su prima Mercedes que le enseñase francés, que ella dominaba por haberlo estudiado desde niña, como interna, en el colegio de las madres de los Sagrados Corazones. Cuando la chica preguntó a su confesor si debía hacerlo, este le dijo "Si quieres cambiar alumno por novio, dale nomás clases". Y así sucedió.

[23] El horno Pasteur emplea calor seco para esterilizar, mientras el autoclave utiliza vapor de agua a alta presión y a mayor temperatura.

plasmodio del paludismo, otro Premio Nobel de Medicina; los hermanos Nicolle, uno de los cuales, Charles, también recibió el premio Nobel de Medicina; Sabureaud, inventor de los medios de cultivo para la parasitología microscópica; Calmette, del Instituto Pasteur de Lille, inventor de sueros antiofídicos y de la vacuna contra la tuberculosis, llamada B.C.G. (Bacilo Calmette Guérin), y otros muchos grandes investigadores, célebres por sus trabajos y descubrimientos.

En estas memorias seguimos sus pasos en el aprendizaje y práctica de todas las especialidades de la cirugía, tanto en la École Pratique como en la Facultad de Medicina y como asistente de los más afamados cirujanos de París. Hizo especializaciones en traumatología, histología y, en especial, la obstetricia. Como él dice: "Tres meses de trabajo práctico en el Baudelocque, asistiendo a partos … y operaciones obstétricas, tres meses de lecciones clínicas y maniobras obstétricas y tres meses de asistencia a la consulta, me parecieron suficientes para mi perfeccionamiento".[24]

Asistió también a las conferencias públicas y a las operaciones del famoso doctor Eugene-Louis Doyen, médico cirujano de extraordinaria competencia profesional y fama mundial, pero rechazado como maestro por la Facultad de Medicina de París por no haber sido alumno de ella.[25]

Volvió a la Facultad de Medicina para seguir el extenso curso de Medicina Colonial, como se llamaba la referida a las enfermedades que solo había en las colonias de Francia. El doctor Crespo explica que también se la conoce como "Medicina Tropical", aunque no solo tratara de enfermedades de los trópicos, o como "Medicina Exótica", es decir de fuera de Europa. En todo caso, en ese curso, el joven médico se dedicó muy consistentemente

---

[24] *Ibid,* p. 41.

[25] El doctor Crepo dice en el libro que Doyen no había estudiado en la Facultad de París pero que no recuerda si lo había hecho "en la universidad Lyon, Lille o Nancy". Pero fue en Reims. *Le scandaleux Docteur Doyen ou la tragédie solitaire d'un surdoué* — Medica — BIU Santé, Paris (parisdescartes.fr)

al estudio de esas enfermedades y continuó con la parasitología, que luego le sería muy útil en el Ecuador, así como técnicas de laboratorio con el doctor Langeron.

A lo largo de su estancia, viajó a todos los países de la Europa occidental, para ver a cirujanos famosos y asistir a congresos. Finalmente llegó la hora de volver a la patria, lo que hizo más avanzado el año 1912, cuando su instrumental estuvo completo.

Al llegar a Guayaquil y, aunque siempre se había propuesto retornar a Cuenca, parientes, amigos y colegas le pidieron quedarse.[26] Así que abrió un consultorio, con muy buen éxito.

Pero su madre le pedía repetidamente que fuese a Cuenca, así que, luego de unos meses, y ya en 1913, decidió visitarla. La voz se corrió, es posible que el rector de la universidad hubiera animado a algunas personas, lo cierto es que ochenta caballeros de Cuenca salieron a recibirle montados en sendos y briosos caballos, dándole una bienvenida triunfal.[27] Al atravesar el puente de El Descanso, una lluvia de rosas blancas cayó sobre él.[28] Allí le esperaba un coche, que le condujo hasta Cuenca, mientras los jinetes cabalgaron a sus dos lados, haciéndole calle de honor.

El joven cirujano llegó abrumado de tanto homenaje a la casa de su madre. Subió al segundo piso y en la sala de la casa la abrazó y recibió sus besos, sus lágrimas y sus caricias. Había muchas otras personas en esa sala, parientes y amigos, que le daban la bienvenida. Entre ellos se abrió paso el insigne poeta y diplomático doctor Honorato Vásquez, rector de la Universidad de Cuenca, y, junto con sus parabienes, le extendió su nombramiento como profesor de Cirugía de la Facultad de Medicina de la universidad.

---

[26] Crespo, *op. cit.,* p. 162. Menciona, entre ellos, a los doctores Teófilo Fuentes Robles, Miguel H. Alcívar y Abel Gilbert. Este último trabajó con él como ayudante en el Hospital General y desde entonces trabaron "una amistad imperecedera".

[27] *Op. cit.,* p. 163.

[28] Este detalle no lo cuenta en sus memorias, pero me lo relató varias veces mi madre. Y, además, que quien envió a los peones de su hacienda con las rosas fue una antigua enamorada del abuelo que, durante su estadía en París, se había casado con otro. No sería caballeroso de mi parte revelar su nombre.

Emiliano estaba en un compromiso, pero "el amor a las dos madres —la dulce madre por la naturaleza y la madre ciudad natal— me indujo a aceptar el honor y la carga del profesorado", cuenta en sus memorias.[29] Su madre estaba sola, había muerto una de sus hijas y la otra, casada, vivía con su marido e hijos. Así que Emiliano J. se sintió obligado por su ciudad y por su madre a cambiar de planes y cumplir su verdadero anhelo inicial, el de vivir y trabajar en Cuenca. Abrió su consultorio en esa ciudad y como parte de su cátedra estableció un verdadero quirófano moderno en el hospital público y abrió en él dos salas de cirugía, una para hombres y otra para mujeres, para atender a los pacientes.

Desde entonces, Crespo Astudillo viviría de su sueldo de profesor y de sus honorarios de la práctica privada de la medicina, pues nunca cobró sueldo en el hospital, a pesar del ímprobo trabajo que implicaba, ya que siempre lo consideró como una extensión de su tarea docente.[30]

Practicó y enseñó la cirugía, la ginecología, la obstetricia, la pediatría, la urología, la gastroenterología, la ortopedia, la traumatología, la otorrinología, la oftalmología, la proctología y muchos otros campos quirúrgicos y clínicos, que hoy son coto de especialistas.

Nunca vio en la medicina un negocio, y aun en su práctica privada muchas veces cobraba honorarios simbólicos o, de plano, no los cobraba, si veía que su paciente era una persona de escasos recursos.

No puedo dejar de mencionar aquí un factor esencial de la vida de Emiliano J. Crespo: su matrimonio. Según contaba su hija Lola, al verle soltero, su madre le insinuó que visitara al hogar de don Daniel Toral Malo y Lola (Dolores) Vega Larrea, que tenían "unas hijas preciosas" y de sólida formación cristiana. En efecto, pocos meses después, se casó con Lola (Dolores) Toral Vega, diez años menor que él.[31]

---

[29] *Op. cit.,* p. 163

[30] *Op. cit.,* p. 165.

[31] Leonor María de los Dolores Toral Vega (Cuenca, 1895-Quito 1980) fue hija de Daniel Toral Malo (1859-1953) y María Dolores Vega Larrea (1871-1959). Los padres de Daniel

Ella fue siempre su respaldo. La mujer serena, que educaba a sus hijos y apoyaba al esposo, en medio de las contradicciones que tuvo que sufrir, como pionero de la medicina, y habría de acompañarlo hasta su muerte.

Fue un hogar feliz, al que arribaron 14 hijos, de los que 13 llegaron a la edad adulta, cada uno con una vida profesional muy destacada. A septiembre de 2024, cuando se escribe este prólogo, vive María Clara, la última de los 13.

Sus matrimonios dieron fruto en una muy amplia y hermosa prole: sus 13 hijos les dieron a Emiliano y Lola 76 nietos y, a septiembre de 2024, ya eran 547 sus descendientes directos, es decir, hijos, nietos, bisnietos, tataranietos y chuznietos.

En el cuadro de la siguiente página constan los hijos, con sus nombres, fechas de su vida, nombre de sus cónyuges y número de descendientes directos de cada estirpe.

Como dato curioso quisiera añadir que ni la abuela ni la madre de quien esto escribe eran las primeras hijas, pero recibieron el nombre de sus madres, así que mi madre fue la tercera de esta trilogía de Dolores, llamadas afectuosamente Lolas: Vega, Toral y Crespo.

Gracias a los amplios conocimientos médicos de Emiliano Crespo y a sus permanente estudio y actualización, pudo servir al país como profesor e investigador de varias materias de las que dio clases en la Universidad de Cuenca (Anatomía, Patología Externa, Urología, Clínica Quirúrgica y Medicina Operatoria). Enseñó por primera vez en el país la cátedra de Parasitología y Bacteriología.[32] Fue además Decano de la Facultad de Medicina por varios períodos; miembro del Consejo Universitario y vicerrector y rector encargado de la Universidad de Cuenca.

---

fueron Tomás Toral y Sánchez de la Flor (Quito, 1823-Cuenca, ?) y Teresa de Jesús Malo y Valdivieso (1827-1915). Los padres de Dolores fueron Adolfo Vega Garrido (1848-1881) y Rosa Larrea García (1846-1923).

[32] Cordero, *op. cit.,* p. 26.

Nombre	Fecha de nacimiento	Fecha de fallecimiento	Cónyuge	Nro. de descendientes directos
Raquel	29.07.1914	11.08.1998	Alberto Ledergerber Herrmann	121
Emiliano	27.08.1915	14.01.1978	Maruja Russo	36
Lola	18.04.1917	16.01.2016	Luis Alfonso Ortiz Bilbao	49
Arturo	9.02.1919	8.03.2003	Alicia Vega Toral	109
Daniel	14.12.1921	24.08.1989	Dora Crespo Pareja	48
Jorge	6.05.1923	6.08.2017	Laura Romo Rivera	8
Rodrigo	6.12.1924	21.04.2020	Rosa Fabara Núñez	33
			De su hija Lucía Crespo Crespo	15
José	19.12.1926	25.07.2021	Mercedes Dávila Cajas	25
Teresita	30.10.1928	15.02.2014	Jorge Salvador Lara	29
Jaime	27.06.1930	10.07.2021	Maritza Balderrama	8
Eduardo	4.10.1931	26.02.2021	Inés Correa Escobar	23
Teodoro	1933	1935		1
Hernán	8.12.1937	23.03.2008	Esther Bermejo Canals	10
María Clara	3.08.1941		Gonzalo Correa Escobar	34
			Número de descendientes directos	549
			Menos 2 Ortiz Sosa que pertenecen a dos estirpes	-2
			Número total de descendientes directos	547

Entre sus miles de pacientes estuvieron habitantes no solo de Cuenca sino del sur del Ecuador, pues realizaba giras por las comarcas rurales del Azuay, Cañar y Loja. A la capital de esta última se trasladaba todos los años durante unas semanas para atender a sus pacientes.

El ámbito de actuación de Emiliano J. Crespo no se limitó a la medicina, pues, comprometido con su ciudad y su país, desempeñó importantes dignidades públicas. Fue el primer presidente del Consejo Provincial del Azuay; miembro de la Asamblea Constituyente de 1946-47, diputado por su provincia en 1950-51, y presidente del Partido Conservador del Azuay por varios períodos.

Como primer presidente del Consejo Provincial del Azuay, fue impulsor de carreteras y obras de riego, y su principal empeño fue la construcción de la vía Paute-Méndez-Morona, de cuya importancia habla en estas memorias. Fue también de los primeros en impulsar lo que hoy es el complejo hidroeléctrico Paute.

También fue un notable escritor. En sus años mozos participó en la segunda etapa del «Liceo de la Juventud» y, ya de profesional, fue un destacado conferencista, articulista y poeta. Fue director del *Diario del Sur,* del que fue columnista, y recogió su trabajo lírico en su libro "Poemas".

Como relata el rector de la Universidad del Azuay en la presentación de este volumen, el doctor Crespo redactó su autobiografía a las que tituló «Memorias de un Cirujano», que hoy se reedita bajo los auspicios de la Universidad del Azuay. Se lo hace sin el tercer tomo dedicado a sus trabajos científicos, que son artículos y ponencias en numerosos congresos de medicina, tanto en el Ecuador como en el exterior. En el Perú, por ejemplo, presidió las sesiones del Congreso de Cirugía en Lima en 1948. Tanto en el terremoto de Ambato de 1949 como en el de Cusco, en 1951, donde se hallaba de gira con un grupo de estudiantes, organizó brigadas médicas para atender a los heridos y, en ambos casos, el primer banco de sangre, para poder salvar vidas.

En 1955, cuando se retiró, luego de largos años de servicio como catedrático universitario, su universidad y el país le rin-

dieron homenajes. La Universidad de Cuenca le entregó su medalla al mérito. La facultad colocó una placa en su corredor de ingreso y un retrato al óleo en el Salón de Decanos. El Consejo Provincial inauguró su galería develando su retrato. La Junta de Asistencia Social (predecesora del Ministerio de Salud) designó con su nombre el pabellón de quirófanos. El gobierno nacional, presidido entonces por del doctor José María Velasco Ibarra, le otorgó la Orden Nacional «Al Mérito», en el grado de Comendador y el papa Pío XII, la Orden de San Gregorio Magno.

El doctor Emiliano Crespo Astudillo falleció en la ciudad de Quito, el 25 de abril de 1971. El Concejo Cantonal de Paute resolvió poner su nombre a la plaza principal de la ciudad de Sevilla del Oro, una de las más antiguas del Ecuador. Y más tarde, la Municipalidad de Cuenca erigió una estatua de cuerpo entero que se yergue airosa en la avenida Huayna Cápac, frente al hospital.

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Como se ha dicho, las *Memorias de un cirujano* aparecieron en tres volúmenes con una distancia de 20 años entre sí (1963, 1982, 2001). En esta nueva edición, en un solo volumen, se incluyen los textos del primero y segundo tomos, pues el tercero no es propiamente de memorias sino de estudios científicos.

Se escaneó el texto y se lo levantó mediante un programa de reconocimiento óptico de caracteres, trabajo del que se hizo cargo mi hermano Arq. Alfonso Ortiz Crespo, habiendo sido editado posteriormente a fin de dejar el texto tal como lo escribió su autor, corrigiendo en lo posible las erratas, un trabajo conjunto de los dos.

Se reproducen en este volumen la dedicatoria de sus 13 hijos al publicar ellos el primer tomo con ocasión de las bodas de oro matrimoniales el 18 de octubre de 1963. Ese volumen apareció en Ediciones Quitumbe, un emprendimiento editorial del doctor Jorge Salvador Lara, yerno del doctor Emiliano Crespo, quien dirigió la edición, y fue impreso en los talleres gráficos de la editorial “Fray Jodoco Ricke”.

También se conserva en estas páginas el hermoso prólogo a ese volumen escrito por el gran humanista y sacerdote jesuita P. Miguel Sánchez Astudillo S.J.

Se ha eliminado, sin embargo, la presentación del segundo tomo, publicado en 1982 por el Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, porque resulta repetitiva al tratarse la presente de una edición en un solo volumen.

Reitero que en esta edición no se incluye el tomo de "Estudios Científicos", producto de la recopilación realizada por el historiógrafo de la medicina ecuatoriana, doctor Luis A. León, ilustre investigador que también prologó aquel volumen. Aunque contiene "numerosas investigaciones y aportes invalorables de Crespo Astudillo a las Ciencias Médicas, hechos a lo largo de su fructífera existencia", como se dijo en su momento, no son escritos del género de las memorias recogidas aquí.

Esas *Memorias* quedaron, pues truncas en el sentido de que no cubren en detalle toda la vida de su autor, pero no hay duda de que configuran un todo coherente y digno de leerse y releerse, porque nos permiten entender, desde dentro, la dimensión de la vida del pionero de la medicina moderna en el Azuay y de un hombre que quiso servir a su lugar natal y al país entero desde la política, el periodismo y las artes.

En la presente edición, consolidada en un solo tomo, se ha modernizado la ortografía, por ejemplo, suprimiendo la tilde de los pronombres demostrativos (este, ese, aquellos) y del adverbio solo y, en cambio, poniendo tilde en las mayúsculas que la requieren.

Se han añadido notas explicativas marcadas como "Notas del Editor". Muchas dan información sobre los personajes mencionados en el texto, en tanto que otras puntualizan algún aspecto indispensable.

La edición en un solo volumen significó también un reto con relación a la extensión de la obra, considerando, además que se decidió introducir algunas fotografías. Por ello, se decidió suprimir dos capítulos del segundo tomo que más que memorias eran ensayos sobre temas puntuales (la situación del indígena y

el pudor femenino, que aparecen como XV y XVI en la primera edición), con lo que se logra, también un texto más centrado en la autobiografía del autor.

Esperamos que esta segunda edición, en las prensas de la Casa Editora de la Universidad del Azuay, haga honor a la memoria de tan preclaro personaje.

Quito, septiembre de 2024



Antigua Escuela de Medicina, actual Museo de la Universidad de Cuenca, c. 1935.
Foto: José Salvador Sánchez. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)


F.t SANCHEZ

PRIMERA PARTE

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

DEDICATORIA

El largo paso del tiempo permite que las raíces se hundan más profundamente en las secretas fuentes de la vida y que, en lo alto, las ramas suban, inmensas, hacia el cielo, cuajadas de flores y frutos como estrellas. Así, a su sombra, los grandes árboles, ven brotar los hijuelos que pugnan por crecer tan altos y fructuosos como sus padres, y se multiplican las generaciones, poblando el paisaje de riqueza, aromas y colores.

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer les entregó un tesoro que es la fuente de la vida, el amor; norte y sustento de los pasos, de las batallas y de los pensamientos; el amor "que mueve el sol y las demás estrellas". Los que saben de ese tesoro y mirándose a los ojos mutuamente, con las manos entrelazadas, hacen el viaje trascendente de la existencia, encuentran que, a la orilla, está el Padre, esperándoles para siempre.

A nuestros padres, este jubileo de los cincuenta años de amor, flores y frutos sazonados, queremos sus hijos, como el mejor tributo, ofrecerles un libro: el libro testimonio de cómo, en amor, las raíces se han hundido muy profundamente y las ramas están tan altas que casi ya llegan a Dios.

Raquel, Emiliano, Lola, Arturo, Daniel, Jorge, Rodrigo, José, Teresa, Jaime, Eduardo, Teodoro, Hernán y María Clara Crespo Toral.

18 de octubre de 1963



Retrato fotográfico de Emiliano J. Crespo, probablemente en su grado de bachiller, a los 17 años, 1901. (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Fondo de fotografía patrimonial, Fondo fotográfico doctor Miguel Díaz Cueva, código 9746)

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

P. Miguel Sánchez Astudillo S. J.

ENDOGRAFÍA DE UN HOMBRE DE BIEN

Tengo la fortuna de presentar un libro delicioso: *Memorias de un cirujano,* del doctor Emiliano Crespo Astudillo. Es, a mi juicio, lo mejor de su producción hasta el presente.

Sus *Poemas,* impresos en 1957, están muy bien, desde luego. Y las famosas "Décimas" en que con picaresco donaire ha comentado durante años el momento político, son estupendas; no sé qué tenga el Ecuador otro decimista de su categoría.

Pero, como conjunto, ninguna cosa le ha salido tan bien lograda, tan irresistiblemente interesante como este simpatiquísimo libro de memorias. A buena hora lo publica el médico-escritor. Cumplida ya ubérrimamente la misión de su vida; después de una brillante carrera de profesional, catedrático y político; cuando le siguen ya ardientemente, para bendecir y continuar sus trabajos, trece hijos, sesenta y un nietos, cuatro biznietos;[33] el día mismo de cumplir sus bodas de oro matrimoniales, y a los setenta y ocho años de edad —casi doblada la edad que señalaba Leonardo como buena para consignar por escrito los recuerdos— nos ofrece el autor como regalo de jubileo, este retrato de su vida mirada desde dentro. ¿No me sobra razón con todo eso, para llamar a este libro, como lo llamo, endografía de un hombre de bien?

No es el presente sino el primero de los tres volúmenes que el autobiógrafo proyecta. Comprende sus vivencias de infancia y juventud. Seguirá un segundo volumen, con remembranzas de su formación científica en Europa, y al fin un tercero, con las andan-

[33] Ver cifras actualizadas del número de descendientes en el prólogo de Gonzalo Ortiz Crespo *(N. del E.).*

zas de su carrera profesional.[34] No serán los tomos futuros, suponemos, compilación de datos exclusivamente personales. El primero no lo es, desde luego: la necesidad de encuadrar los hechos propios le obliga a referirse a los variadísimos acontecimientos públicos que los circundan. Ortega tenía indudablemente razón: yo soy yo y mi circunstancia.

LAS *MEMORIAS,* COMO GÉNERO LITERARIO

El género de memorias tiene un encanto único. Constituye el producto literario más explícitamente humanístico, puesto que no pretende justamente otra cosa que revelar un hombre. ¿No decía Bossuet que *le plaisir de l'homme c'est 'homme*? Por eso cuantos sentimos como él, saludamos con júbilo la aparición de estas obras confidenciales.

Pero tan exultante expectación impone al autor un arduo compromiso. No puede defraudar al lector, y el lector de Memorias tiene exigencias máximas. No de arte precisamente, ni de genialidades o trascendentalidades, sino de algo que cuesta más que eso porque es más precioso que todo: la absoluta sinceridad.

Las memorias falsas repugnan tanto como una mala confesión. Son pura hipocresía: simplemente estúpidas, bajas. Nadie te obliga a confesarte, pero si te confiesas resuélvete a hacerlo de veras, no en comedia.

Mi entusiasmo, pues, para las memorias que lo son de verdad. Para las seudomemorias, para las mentiras disfrazadas de intimidad, mi protesta, mi desprecio y mi indignación.

El libro que introduzco encierra memorias auténticas, y ese es su profundo valor. A través de sus 200 páginas entramos en contacto con un hombre, conocemos un alma ¿qué mejor premio para quien profese que un alma es lo más bello de la vida?

No es precisamente un superhombre ni un alma sublime lo

---

[34] Ese tercero no apareció, pues su autor no terminó de escribirlo. Sin embargo, como tercer volumen se publicó una selección de sus estudios científicos *(N. del E.).*

que aquí encontraremos. Tendríamos entonces cuadernos de gigantografía. Y lo que tenemos no es sino algo mucho más ejemplar porque más llano: un jirón verdadero de antropología.

Muy inteligente aparece desde luego este hombre. Observador de primera clase, y constantemente reflexivo. La honradez total parece ser su más congénita aspiración. Y aparece sobre todo como un cristiano profundo. La fe se le ha hecho connatural, y al leerle adivina uno el ambiente que se respiraría en su hogar.

OTRAS VIRTUDES

Después de este mérito fundamental de la obra, o más exactamente, coexistiendo con él como la pulpa con el sabor que en ella se encarna, hay en estas memorias un conjunto suculento de dones.

La amenidad ante todo. Capítulos como el 9, 21, 24, son pasajes de una novela de aventuras —¡qué bien había asimilado a Julio Verne el infantil lector!— con la ventaja de contar realidades, en vez de cuentos.

Los episodios de "Taitico Simoncito", y más todavía el de la enorme piedra que el niño de siete años enterró, con su corazón, en los cimientos de la grandiosa catedral, rezuman ternura e ingenuidad. Se acusa el autor de haber sido un ingenuo incurable toda la vida. ¡Ojalá tuviésemos todos pecado tan saludable! Porque él lo tiene se lo aceptamos todo de buen grado. Ni el más agrio mozalbete se irritará de que este noble anciano cante las loas de sus tiempos lejanos. ¿Qué cosa más humana y natural?

¿Y los eufemísticos "zambranos" de la escuela, su periódica enfermedad de "examinitis", la caída de un joven bohemio en la acequia nocturna, la pelea jocosa —jocosa para nosotros, épica para él— con Miguel Díaz Cueva? El capítulo 24, de cómo se sacaban las muelas en la Cuenca de entonces, hace reír con ganas: el maestro Ushca y su formidable gatillo quedan inmortalizados en este aguafuerte inolvidable. Y el capítulo 35, sobre sus "intenciones" de dejar el cigarrillo, nos recuerda el dicho de que dejarlo es efectivamente tan fácil que Fulano lo ha dejado ya más de cien veces.

Los elogios de sus profesores de medicina interesan menos al profano. Pero salvan con eso mismo una importante ley de sicología literaria: el hombre es tan propenso al cansancio que no resiste sin interrupción ni aun el interés narrativo; hay que hacerlo decaer un tanto de rato en rato, para que luego lo valore mejor.

Los curiosos de la historia aplaudirán con especial fruición en este libro la cantidad de datos desconocidos que contiene. Por ser contemporáneo a los hechos que narra, recoge el autor justamente aquellos pormenores anecdóticos que no pasan a los esquemas de las obras históricas.

El capítulo 16, por ejemplo, nos entera de que el general Leonidas Plaza Gutiérrez, el 23 de mayo de 1896, huyó de Cuenca disfrazado de monja (¡menuda monja que saldría! ¿qué habrá hecho entonces con sus barbas magníficas el apuesto general?) La salvación del doctor José Peralta por el magnánimo Antonio Vega, contrasta luego con la participación del salvado en el asesinato de que fue víctima el salvador.

Naturalmente, el doctor Emiliano no simpatiza con Peralta lo más mínimo: por eso, como colofón de ese relato, se deleita contándonos el agudo chiste de la "serpiente de la Universidad". Especial interés despiertan los datos directos sobre personajes tan venerados como el periodista León Vivar, o el ferviente poeta Miguel Moreno, a quien encuentran muerto, no se sabe de qué manera, en el aljibe de su casa. Y ver los nombres del P. Alberto Carrasco y la madre Leticia,[35] no puede ser sino gratísimo para quien comparte cordialmente los sentimientos del autor hacia ellos.

Mas no es un rosario de hechos lo que el cirujano ha ensartado en su libro. Se advierte en él en seguida la vocación de un gran

---

[35] Se refiere a la madre Leticia de Jesús Carrasco de los Sagrados Corazones (Cuenca, 9 de diciembre de 1892-Quito, 28 de abril de 1973). Fundadora, maestra y directora del Colegio de los Sagrados Corazones de Rumipamba, en el norte de Quito (1920-1950), fue luego maestra en el colegio de la misma congregación en el centro histórico de Quito en los años 1950, volvió luego a Rumipamba en los sesenta, como catequista de niños y adultos y consultora de las exalumnas, hasta su muerte a los 82 años, en olor de santidad *(N. del E.)*.

reflexivo: casi nunca deja de filosofar, rápida pero certeramente, sobre los detalles que ofrece.

La política se lleva la mejor parte de sus reflexiones. No es él de los que piensan que es ella tan sucia que no cabe sino preterirla. No, precisamente porque es sucia la política, hacen falta en la patria buenos barrenderos que procuren adecentar sus calles.

¿Y EL ESTILO?

Un "gracias" muy expreso merece el doctor Emiliano por un pormenor de composición: los capítulos de sus *Memorias* son todos brevísimos, de tres a cinco páginas, y además van precedidos siempre de un compendio.

Toda una filosofía del libro se encierra en este simple detalle. ¿Pero he dicho estilo? ¿Hay verdaderamente un estilo en estas *Memorias*?

Sin duda que la prosa fluye felicísima, entregándonos sin esfuerzo sus dones narrativos. ¿Mas es esto el producto de un modo hábil, mañosamente sutil de presentar las cosas, de calcular los efectos de cada epíteto? ¿Se advierte empeño alguno por bruñir una imagen, por lograr el balanceo rítmico de las frases, la cadencia sonora de los párrafos? Eso sería estilo.

Pero nada de eso hay en todo el libro. No hay sino la simple lealtad del hombre con la cosa. Un decir los hechos con las palabras exactas que los hechos demandan, sin prolijidades de acrobacias estéticas. Lo que hay es el candor total. El mismo secreto sin secreto que tenía Jenofonte en su *Anábasis,* Chaucer en sus "Canterbury Tales", Don Juan Manuel en "El Conde Lucanor".

No hay sino la naturalidad misma. Con igual motivo que al *Manon Lescaut,* habría dirigido Sainte-Beuve a estas *Memorias* su pregunta, elogio supremo: "¿Cabe llamar a esto un estilo? No, hablando en sentido propio, no tienen estilo estas *Memorias,* como no lo tienen la naturaleza, la humanidad, la vida".

* * *

"Sí. ¡Pero menudas flores las que honrando a su tío ha esparcido el sobrino en este prólogo!"

Me parece oír ya este comentario, de parte de algún lector malicioso que ha observado el "Astudillo" que como segundo apellido llevan autor y crítico.

Pero no hay nada de eso, y ya puedes arriar de tus labios la picante sonrisa, lector ignoto. Se trata de mera coincidencia, como la que va de Juan Pueblo a Juan Seguro.

Cierto que los Astudillos han resultado siempre gente andariega. De Cuenca salieron mis mayores hacia El Oro, en donde yo nací, como salieron los del doctor Emiliano también hacia la Costa. Pero de allí a concluir parentesco ninguno hay mucho trecho.

Compartiera yo las aficiones genealogistas de Robles Chambers, y me daría a subir por mi árbol genealógico hasta esclarecer el asunto. Pero ni de niño me atraía el adánico deporte de trepar árboles, y a mala hora estoy ya para comenzar.

Me cruzo, pues, de brazos, repitiéndome la sabiduría castellana: "El hombre es hijo de sus obras, no de sus apellidos".

¡Sin que esto suponga desdén alguno por un hipotético parentesco con el autor! Todo lo contrario. Tan amartelado estoy de los primores del doctor Emiliano, que de permitir las leyes una adopción de abajo arriba, de menor a mayor, este mismo momento me iba yo a él para declararlo con máxima efusión mi tío adoptivo.

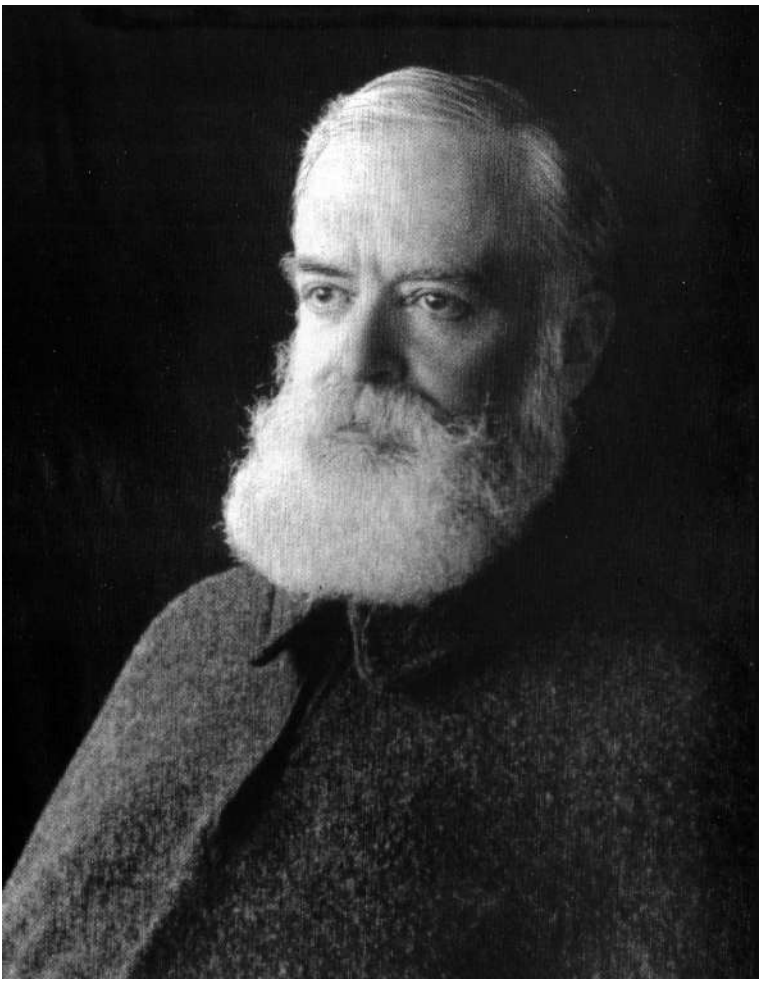
Oh, qué buen sobrino sería yo, y con qué unción besaría entonces la mano que ha escrito este libro, diciéndole en ferviente transporte:

—¡Dios lo bendiga, querido y grande amigo, por estas páginas tan nobles, tan humanas y tan cristianas que nos ha dado usted en sus Memorias!

Quito, octubre de 1963



Recuerdo de Primera Comunión de Emiliano J. Crespo, Cuenca, 1896. (Colección privada)



Retrato fotográfico del doctor Emiliano Simon Crespo Astudillo, padre del autor de estas memorias, ca. 1930. (Colección privada)

CAPÍTULO I

Mi nacimiento. —Erupción del Sangay. —Profecía de mi padre. — Mi ciudad natal. —Cómo era Cuenca a la época de mi nacimiento.

Era la madrugada del 22 de julio de 1885. Una mujer se debatía en sus dolores para echar al mundo un nuevo ser. Resonaban sordamente los bramidos de un volcán y llovía ceniza sobre la ciudad: se trataba del Sangay, cuya erupción de aquel día había sido de las más terribles. Agotada se hallaba esa mujer y sus fuerzas iban disminuyendo. El esposo sufría a su lado en el temor de ver perecer a la madre y al niño que esperaban. Médico distinguido, sabía los peligros y temía los resultados.

Por fin llegó el anhelado infante, pero no prorrumpió en el vagido que anuncia al mundo la llegada de un nuevo mortal. Su cuerpecito inerte y flácido, yace sobre el lecho. El padre toma al niño, que se halla en estado de muerte aparente, y lo agita en sabias maniobras para volverlo a la vida. Insiste en ellas largamente. Por fin, se escucha un débil sollozo y el pequeño cuerpo toma consistencia. Sus manecitas se agitan. Sus labios cárdenos se colorean. Y su piel toma un tinte de vida. ¡Se ha salvado!

Vuelve el padre a tomarlo en sus brazos y profetiza:

—Este niño será cirujano. ¡Yo trabajaré y haré dinero para enviarle un día a Europa a recibir las sabias enseñanzas de los grandes maestros!

Esta escena, propia del nacimiento de un predestinado para grandes obras, fue la de mi llegada al mundo. ¡Escenario digno de un insigne guerrero, o de un sabio incomparable, se desarrolló para mí! ¡Lástima grande que en la evolución de mi vida no haya podido corresponder a semejante entrada en la tierra de los vivos!

Nací en Cuenca, ciudad mediterránea, recluida en un repliegue de los Andes y medio aislada, entonces, del resto del país por la falta casi absoluta de medios de comunicación. Situada en una hermosa llanura, Cuenca del Ecuador ocupa el mismo sitio de

la antigua Tomebamba, o Tumipampa, del tiempo de los incas, antes de los cuales había sido un asiento cañari. En ella vio la luz de la vida el famoso Huayna-Cápac, cuando su padre Túpac Yupanqui se estacionó allí, antes de proseguir su conquista de los puruhás y de los shyris. Fue destruida por Atahualpa, sin que de la bella Tumipampa quedara piedra sobre piedra, cuando la lucha entre los dos hijos de Huayna-Cápac, a cuya muerte los cañaris tomaron el bando de Huáscar, en el dividido Tahuantinsuyo.

El 12 de abril de 1556 fundó en aquel mismo sitio, el capitán Gil Ramírez Dávalos, la ciudad de Cuenca, por orden del virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, y le puso ese nombre en recuerdo de la ciudad de Castilla la Vieja, donde había nacido dicho virrey. Eligió el fundador ese lugar por hallarse surcado por cuatro ríos, ser una extensa y amena llanura, llena de colorido y de floridos valles, y tener cuanto es necesario para la vida urbana.

Conserva hasta hoy esas características mi ciudad natal, pero es ahora más importante que la de España; y aunque es la tercera del Ecuador, entre Quito —la segunda ciudad en población— y Cuenca, hay todavía una gran diferencia, pues aquella tiene más de doscientos mil habitantes y esta solamente unos cincuenta y cuatro mil.[36]

A la época de mi nacimiento, Cuenca era una bella urbe de costumbres patriarcales, muy religiosa y llena de poesía. Parece que el hallarse rodeada de campos tan amenos, regada por sus ríos caudalosos y límpidos, ha contribuido a inspirar a sus habitantes ese sentimiento poético que tanta fama le ha dado, con sus vates de imperecedera gloria.

Villa tranquila, como todas las interandinas de aquel entonces, sus calles estaban surcadas por acequias, único medio de drenaje de que se disponía en esos tiempos. La grama, hierbecilla que todo lo invade cuando no se lo impide, bordeaba esos arroyuelos con franjas de verdor. Las casas eran de un solo piso, o, a lo más, de dos. Tenían amplios y hermosos patios: al primero, general-

[36] Recuérdese que el libro es de 1963. Sesenta años después, Quito tenía 1 763 275 habitantes y Cuenca 361 524, según el Censo Nacional de 2022 *(N. del E.)*.

mente un bello jardín, seguían el traspatio y la huerta. El clima benigno de la ciudad permitía aquel sistema de construcción, sin que los claros y abiertos corredores de arquitectura colonial, que circundaban los patios, fuesen motivo de frío.

La nomenclatura de las calles era distinta. La que hoy se llama Benigno Malo, por ejemplo, se llamaba entonces Boyacá; la Gran Colombia, en donde se hallaba la casa en que yo nací, Santander. Solamente la calle Bolívar ha conservado su nombre, pues fue siempre la principal y la mejor cuidada, aunque la gente del pueblo la llamaba "El Carretero" sin duda porque fue la primera cuya pavimentación permitió el rodar de coches y carretas.

No había en aquellos tiempos alumbrado público. Y en las noches oscuras, cada propietario tenía la obligación de colocar en su balcón, o sobre la puerta de calle, un farolito con una vela de sebo, o una bujía esteárica. En la semioscuridad del crepúsculo, un agente de policía municipal pasaba con un silbato, de timbre peculiar, llamando al vecindario a cumplir la obligación de encender los faroles, y alternaba las pitadas con el característico grito de "¡Alumbradooo!"

Sin duda por eso la luna gozaba en Cuenca de un enorme prestigio. Las noches iluminadas por el pálido astro eran recibidas con grande entusiasmo, y su contemplación era una bella costumbre que, desde la implantación de la luz eléctrica, ha desaparecido casi por completo. Ahora se ignora a la plateada Diana en las ciudades, y solo en los campos se aprecia aún su belleza y poesía.

¡Cuánto ha cambiado todo! El Puente del Vado, joya colonial que resistió siglos, fue arrebatado por las corrientes del enfurecido Tomebamba. Estructuras de hormigón armado ponen su prosaísmo sobre el río nativo. Los bombillos de luz eléctrica iluminan la ciudad y sus hermosos alrededores, eclipsando la luz apacible de la luna y quitando todo el encanto y la poesía de las antiguas noches cuencanas. ¡Y hasta la música afrocubana ha reemplazado los cantares familiares de los viejos paseos iluminados por la luna!

CAPÍTULO II

Elogio de mi padre. —Su noviazgo y matrimonio. —Nacimiento de las primeras hijas. —La estrechez económica obliga a mi padre a viajar a Guayaquil y Tenguel.

Mi padre, don Emiliano Crespo Astudillo, había contraído matrimonio con mi madre, doña Mercedes Astudillo Chica, cuando aún era estudiante de medicina en la Facultad de Ciencias Médicas, anexa al Colegio Nacional de San Luis Gonzaga.

En ese mismo Colegio Seminario, entonces regentado por los jesuitas, había cursado mi padre los estudios secundarios, bajo la dirección de sabios profesores como los padres Menten y Sodiro, que le inculcaron un firme amor a la ciencia, y los entonces estudiantes de la Compañía de Jesús Federico González Suárez y Abelardo Moncayo, que en Cuenca realizaban sus años de magisterio previos a los estudios de Teología.

Tenía mi padre un gran genio para las ciencias matemáticas y físicas, y apenas terminados sus estudios en el Colegio había sido designado profesor del mismo en las indicadas materias. Gozaba entonces de la fama de primer matemático de la ciudad de Cuenca, fama que yo comprobé ser justa cuando, años después, llegaron a mis manos magníficos cuadros de geometría analítica dibujados por él.

Como profesor de Física mi padre manejaba el entonces casi rudimentario gabinete del Colegio y, como al mismo tiempo estudiaba medicina, llegó a identificar al microscopio la larva de la *Taenia solium,* haciendo ver el embrión *exacanto* de ese *cestode*,[37] en ciertos cuerpos llamados por el vulgo quinua que abundan en la carne muscular del cerdo. Eso, allá por los años de 1882, o 1883, había constituido una gran novedad científica, que atrajo la atención de todos los médicos del Azuay.

---

[37] *Hexacanto* u *oncosfera* es un estado larvario de los cestodos *(N. del E.).*

Hombre de aquellos en cuya personalidad caben no una actividad sino muchas, hombre polifacético de aquellos que había tantos en tiempos pasados, mi padre fue enciclopédico en sus conocimientos. De gran ilustración, no actuó como aquellos profesionales que solo se dedican a su especialidad. Además de matemático y físico, era insigne dibujante: algunos de sus cuadros perduran todavía entre sus familiares. Fue también notable escritor. Como buen morlaco, no podía excluirse de su alma la poesía: en él anidaba ese sentimiento que sublima las acciones de nuestra vida, que es canto en la felicidad, sollozo en la desgracia, coloridos celajes en medio del yermo. Ya en el Colegio Seminario de San Luis mi padre había integrado la famosa "Academia Literaria de San Luis Gonzaga", dirigida por el célebre padre Teódulo Vargas, a quien se debe mucho de la raigambre que el culto de la Virgen María tiene en Cuenca. Y cuando Julio Matovelle era presidente de dicha academia, allá por 1873, y Miguel Moreno y Honorato Vásquez eran sus consejeros, mi padre constaba entre los miembros efectivos, junto con Cornelio y Remigio Crespo Toral, José Peralta, Rafael María Arízaga y otros compañeros suyos, futuras figuras dirigentes de la sociedad, de la cultura y de la política en el Azuay y en la Patria.

Fue poeta mi padre, y escribió muchos poemas. Sin embargo, queda muy poco de lo que él produjo. Apenas conservo una poesía didáctica suya, que tuvo muy buena acogida del público lector, y fue impresa en varias revistas de la época. Se intitula *Las ciencias,* y en ella va haciendo el elogio de cada una de las ramas del saber humano. Son octavas reales, que comienzan con estas dos estrofas que guardo en la memoria:

Cual estrella que en noches tormentosas
rasgan el velo del abismo oscuro,
ahuyentando las brumas tenebrosas
que enlutan el cristal del cielo puro;
así las ciencias que, antes, misteriosas
yacían en sudario inmenso, impuro,

surgen del negro caos de ignorancia
difundiendo la luz con arrogancia.

Y la superstición de faz ceñuda,
dueña hasta entonces del cerebro humano,
se esconde de la luz; pero, sañuda
y proterva y falaz, con arte insano
sus espirales de serpiente anuda
y asecha con traición al soberano;
aunque su infecto, ponzoñoso diente
sobre el duro diamante es impotente".

Su prima hermana, doña Mercedes, hacia el año de 1880, acababa de salir del colegio de los Sagrados Corazones, poco tiempo antes establecido en Cuenca por don Gabriel García Moreno, y allí había aprendido el francés, que lo poseía a la perfección. Mi padre, entonces estudiante universitario, tenía ya algunas nociones del bello idioma galo y había solicitado de su prima que le ayudase a perfeccionar aquel lenguaje. La escrupulosa muchacha, ante tal pedido, creyó necesario consultar el asunto con su confesor, y el viejo sacerdote, con la experiencia de sus años, le había dicho:

—Si quieres pasar de maestra a novia, dale nomás clases de francés a tu primo.

Sin duda el pronóstico no repugnó a la espiritual muchacha, pues el amartelado pariente perfeccionó su francés y se cumplió la profecía del fraile; al poco tiempo propuso matrimonio el joven y logró ser aceptado. Tal es la historia del noviazgo de mis padres.

Se habían casado poco después y pronto llegó a alegrar aquel naciente hogar la primera hija, a la que llamaron Raquel, preciosa niña llena de méritos físicos y morales, bello botón de rosa que perfumó con el aliento de sus virtudes el ambiente familiar. Dos o tres años después nació Angela, la segunda hija. Mas para entonces la estrechez económica se había vuelto apremiante y se agudizaba cada mes más.

Mi padre, por esos años, apenas ganaba, como profesor de física en el Colegio de San Luis, unos treinta pesos sencillos, que en la moneda oficial de la época representaban solamente 24 sucres. Tenía además un sueldo adicional de 15 sucres por su trabajo en la botica La Salud, de Miguel Moreno, médico ilustre no solo por sus altos conocimientos en la profesión, sino también por su dominio en los gayos campos de la poesía. Poeta muy sencillo y popular, seguidor de Antonio José de Trueba, el doctor Miguel Moreno, con sus seguidillas y endechas, enfloreció la literatura patria de esos tiempos.

Cuando en 1885 llegué al mundo, como primogénito varón de aquel paupérrimo hogar, el problema económico se planteó en forma mucho más aguda. Éramos ya tres hijos y, aunque mi padre se había graduado entonces de doctor en Medicina, sus recursos no bastaban en ningún modo para el sustento de su familia.

¡El imperativo de la ausencia se hizo más rudo! Cuando apenas tenía yo seis meses de edad, mi padre se vio obligado a tomar el camino de la Costa para ir a desempeñar en Guayaquil, como médico y farmacéutico que era, el cargo de representante de la botica de Barbotó.

Poco después pasó a la hacienda de Tenguel, de don Jacinto Caamaño, como médico de dicha propiedad, la más extensa y poblada de la Costa en aquellos tiempos.

CAPÍTULO III

La hacienda de Tenguel. —Motín de los peones contra el administrador Valenzuela. —Valentía de mi padre, que es nombrado administrador. —El río Tenguel. —Canalización de su curso. —Moralización y disciplina en la hacienda. —Mi padre apresa personalmente al asesino puertas.

Pronto se hizo mi padre, en Tenguel, acreedor al cariño y reconocimiento del señor Caamaño, dueño de la hacienda, y como poseía grandes conocimientos en contabilidad, recibió también el cargo de contador de aquella propiedad.

Los peones de allí, igualmente, llegaron a tener por mi padre verdadero culto y se sometían siempre a sus consejos y amonestaciones. Gente bravía, casi salvaje e indómita, no trepidaban en cometer un crimen si lo juzgaban necesario; pero respondían con generosidad cuando se les hablaba al corazón.

Era administrador de la hacienda un señor de apellido Valenzuela, hombre inepto para conducir un rebaño de forajidos y muy poco dedicado a sus obligaciones. Por no sé qué motivo llegó a malquistarse con sus súbditos. Una noche brillaba la luna en el cenit cuando estalló un motín en la hacienda. Cincuenta o sesenta peones, armados del imprescindible cuanto temido machete, asaltaron la casa de habitación de los empleados. Y al grito de "¡Muera Valenzuela!", comenzaron a dar de machetazos la puerta de entrada.

Mi padre, que vivía en una casa situada en la margen opuesta del río Tenguel, se despertó con el ruido y, vistiéndose rápidamente, acudió al lugar del suceso para salvar la vida del administrador y de su señora, doña Elena Reyna.

—¡Valenzuela, a la cazuela! —¡repetían, en incesante y frenético martilleo, los montubios asaltantes; pero no obstante el estado de furor y de embriaguez en que se hallaban, al primer requerimiento del doctor Crespo le abrieron paso. Llegó junto a

la puerta y llamó a los despavoridos esposos que se hallaban en el último rincón de la casa, en un estado de terror imponderable. Después de varias llamadas logró el doctor Crespo que le contestaran de adentro y, entonces, les dijo:

—Salgan no más. ¡No tengan miedo, que yo respondo de la vida de ustedes! ¡Salgan!

Así fue y los amotinados respetaron a los dos viejecitos esposos que, uno a cada lado del doctor Crespo y de brazo con este, pasaron en medio de aquel rebaño de fieras sin recibir un solo rasguño.

Al día siguiente salieron los dos esposos para Guayaquil, sin poder soportar más el peligro que encerraba su permanencia en esa hacienda, habitada y servida por fieras.

Y, efectivamente, parece que todos los criminales más temibles de la Costa ecuatoriana, perseguidos por la justicia se habían asilado en esa comarca.

El propietario de Tenguel, después de este suceso, llegó al convencimiento de que la persona más indicada para administrarla era el doctor Crespo y, así, le dio ese cargo. De modo que durante varios años mi padre fue médico, administrador y tenedor de libros de esa enorme hacienda.

El río Tenguel, como todos los de la costa ecuatoriana, era un río indisciplinado. Describía en su trayecto sinuoso innumerables curvas, hasta el extremo de que, desde cada una de ellas se veía, a corta distancia, la siguiente. Era una verdadera sierpe. Todo esto contribuía a hacer demasiado larga su extensión y perjudicaba los intereses de la hacienda. El doctor Crespo, que era además excelente topógrafo, se propuso enderezar el cauce del río y trazó él mismo el nuevo lecho. Sin desmayar en el esfuerzo abrió el canal y, desde entonces, el río Tenguel siguió un curso completamente rectilíneo —que no sé si conserve aún—, con inmensa economía para los propietarios de la hacienda.

No obstante su inmensa compasión para con los pobres peones y sus familias, que vino a aliviar muchísimo su situación, el doctor Crespo logró establecer la moral y la disciplina en la

hacienda. Afecto y respeto eran las normas de conducta que se establecieron en ella. Mi padre, hombre al mismo tiempo fuerte y sagaz, amable y enérgico, llegó a ser el ídolo de los peones.

Una noche vino un policía de la hacienda a denunciar que en lo más tupido de la huerta de cacao que cercaba a la propiedad, en la casa de un peón que allí habitaba, se habían reunido unos cuantos para jugar a los dados. Ese juego estaba prohibido por orden del mismo propietario señor Caamaño. Mi padre, provisto de una linterna sorda y cubierto con un poncho, se fue hacia esa casa. Llegó a ella y subió sigilosamente la escalera, de aquellas que sirven en la Costa para las casas de los peones, y que solo constan de unos palitos fijos por dos largos maderos. Entró en plena oscuridad en la pieza en donde estaban reunidos los jugadores, pues éstos, al escuchar el crujido de la madera producido por los pasos del que subía, apagaron las luces. Una vez que calculó hallarse muy cerca de ellos, mi padre abrió la puertecilla de la linterna sorda que llevaba y, enfocándola en cada uno de los jugadores, fue anotando en su cartera sus nombres. Al día siguiente fueron sancionados los transgresores del reglamento de la hacienda.

Otra ocasión vino un hombre a denunciar que, asimismo, en la casa que quedaba en el centro de la huerta de cacao, acababa de perpetrarse un crimen. Un peón, de apellido Puertas, acababa de asesinar a otro de nombre Cabezas, con un pequeño cuchillo de cocina que penetró por el hueco supraclavicular izquierdo e hirió el corazón. Mi padre logró capturar personalmente al agresor, que se negaba a ser apresado por cualquier otro y que se entregó mansamente al doctor Crespo. Este lo despachó al día siguiente a Guayaquil, bien resguardado. Le siguieron causa criminal en el Puerto y le condenaron a reclusión mayor extraordinaria en las islas de Galápagos.

¡Muchos años después fue Puertas quien asesinó al gobernador de esas islas, don Manuel Cobos!

CAPÍTULO IV

El administrador Donoso y su prisión. —Torturas que querían imponerle los peones. —Castigo que sugirió Pedro Yagual. — Una canoa hacia el mar y un hombre condenado a muerte. —Valentía de Margarita Borbor.

De entre los episodios que me refería mi padre, relacionados con la vida en Tenguel, hay uno, sobre todo, que se ha quedado indeleblemente grabado en mi memoria y que impresionó mi niñez.

Mucho tiempo antes de que mi padre llegase a ocupar el cargo de administrador de la hacienda de don Jacinto Caamaño, esta propiedad había sido administrada por un señor de apellido Donoso. Viéndose este obligado a aplicar severas sanciones a algunos de los forajidos que formaban la peonada, se malquistó con ellos y una noche la casa de la hacienda fue asaltada. El administrador, arrastrado hacia el centro de la plaza o gran patio, fue atado allí a un poste de la luz y rodeado por los peones enfurecidos, que comenzaron a deliberar acerca de la suerte que debía correr ese "patrón cruel y abusivo".

Las más diversas opiniones se cruzaron en aquel sanedrín nocturno y despiadado. Unos opinaban por "bajarle el pescuezo" inmediatamente; otros, más crueles, deseaban ejercer sobre él una más cruenta venganza, cortándole coyuntura por coyuntura; éstos pensaban que sería mejor quemarlo allí mismo, rodeando para eso el poste al que estaba atado con una buena cantidad de paja, viruta y leña; aquellos premeditaban arrancarle los ojos, cortarle la lengua, cercenarle las orejas y los labios y dejarle allí atado para que las moscas y más repugnantes insectos propios del lugar le fuesen devorando poco a poco.

En estas deliberaciones se hallaban cuando asomó un montubio de gran influjo, que añadía a su valor un talento poco común, y que, por ese motivo, era quien definía todos los asuntos importantes y dirimía toda controversia o malentendido. Pedro Yagual

—tal era su nombre— se informó de lo que estaba ocurriendo y entonces habló:

"Yo no creo —dijo— que debemos atormentar así a un hombre. No sería valiente ni de gente de pelo en pecho servirse de medios tan crueles y hacer nosotros mismos el papel de verdugos. Eso es inhumano y al mismo tiempo ruin. Yo opino por hacer con él lo siguiente: le atamos de pies y manos, desnudo, y lo colocamos en el fondo de la canoa de la hacienda, cortamos la amarra y dejamos que la corriente del río se lo lleve al mar. Allí flotará durante más o menos tiempo y una ola más fuerte que las demás se encargará de volcar la canoa. Ya sabemos qué harán los tiburones con él..."

La opinión de Yagual fue aceptada de inmediato, por parecer la mejor. Además —pensaron todos— así no quedaría rastro del crimen y no se verían obligados a ocultar los restos del infeliz administrador.

Todo se efectuó en la forma proyectada y la canoa, portadora de un ser humano reducido a la inmovilidad por las ataduras, descendió lentamente siguiendo los innumerables zigzags del río Tenguel... Eran tantos los bucles que este describía, antes de su canalización, que la canoa, que fue abandonada a la corriente a las doce de la noche o una de la madrugada, no llegaba aún a la desembocadura a las cuatro y media de la mañana.

Había cerca de la boca del Tenguel una casa denominada "Maturín", cuyo cuidado se había confiado a un sujeto llamado Borbor. La mujer de este solía salir muy temprano a la margen del río y, sentada en una balsa atada a la orilla, se dedicaba a lavar ropa. Doña Margarita, recién llegada aquel día a su sitio de trabajo, vio que la canoa de la hacienda bajaba lentamente a merced de la corriente. Alarmada por eso, llamó a su marido y le dijo:

—Vete a agarrar la canoa de la hacienda que se va a la deriva. ¡Hombre de Dios, apúrate! ¡Apúrate o se perderá la canoa!

Borbor, no sin repugnancia, se arrojó al río y alcanzó a nado la embarcación. Su sorpresa fue grande cuando, al querer izarse sobre la borda, vio en el fondo a un hombre desnudo y atado de

pies y manos. Reconoció al administrador de la hacienda, y cuando este le narró todo lo ocurrido, Borbor, viendo el peligro de retaliación en que se ponía si salvaba al señor Donoso, quiso dejar que continuase la canoa su trágica y lenta marcha hacia el golfo.

—Patrón —dijo Borbor al consternado ocupante de ese bajel de la muerte— yo no puedo salvarle porque después seré asesinado por los demás peones. ¡Siento mucho dejar que siga usted su viajecito hacia alta mar!

Y en seguida trató de regresar a nado a la orilla. Pero su mujer, que observaba que su marido hablaba con alguien, y que creía adivinar unas súplicas salidas desde el fondo de la barquilla, comprendió la tragedia y valerosamente se arrojó también al río. Llegó a nado hasta la canoa y de un vistazo se dio cuenta de la terrible y desesperada situación de aquel pobre señor, condenado a la peor de las muertes. E increpando a su marido por lo despiadado de su conducta, le afeó tan terrible egoísmo y logró convencerle de que debía salvar a ese desdichado.

Llevaron entre ambos la embarcación a la orilla y desataron a Donoso. Mas cuando este rogó que se lo condujese a lugar seguro, Borbor se negó rotundamente, pues había resuelto dejar que la canoa continuase su marcha hacia el mar, a fin de que sus compañeros no se dieran cuenta de su acción.

Se limitó a llevar a Donoso a la orilla izquierda del río y le abandonó, en uno de esos manglares tan intrincados y terribles, librándolo a su propia suerte.

Después de las más inimaginables peripecias, hambriento y con su cuerpo destrozado, el administrador Donoso llegó, al cabo de muchos días, a un lugar vecino de la población de El Pasaje y de allí pasó enseguida a Guayaquil.

Donoso, como condición previa a su liberación, había prometido no relatar el hecho terrible, ni volver a la hacienda, a fin de que Borbor no fuese víctima de la venganza de los desalmados peones de Tenguel. Ya en Guayaquil, fue generoso en retribuir a Margarita Borbor por su acción.

Tal fue el ambiente en el que tuvo que ejercer mi padre el

cargo de administrador. Pese a ello, logró inspirar cariño, respeto y disciplina a todos aquellos facinerosos, en cuyo corazón aún encontró mi padre una chispa de pundonor y gratitud.

CAPÍTULO V

Visitas de mi padre a Cuenca. —El viaje de toda la familia a Tenguel. —El camino a Naranjal. —Tempestad en el mar. —Peligro de naufragio.

Yo no pude gozar de mi padre en los primeros años de la vida. La pobreza, esa madrastra que atormenta a los hijos a quienes adopta en mala hora, le obligó a salir de Cuenca cuando yo tenía apenas seis meses de edad. Él venía frecuentemente a visitarnos, pero su permanencia era corta, de modo que yo, hasta los cuatro años, no estuve nunca mucho tiempo a su lado.

En 1889 mi padre resolvió trasladar toda la familia a Tenguel. El viaje se hizo por el antiguo camino a Naranjal. Esa vía a la Costa era un desfiladero lleno de curvas estrechas, cuestas empinadísimas, descensos horripilantes y tremedales en donde las cabalgaduras se hundían hasta los ijares. En esa ruta, solo el mulo, con su instinto extraordinario, se aventuraba y orientaba de modo admirable. Había rocas enormes y resbaladizas, por las cuales se debía subir y bajar.

Y al verlas, el viajero creía que aún para la mula, pese a su inteligencia y tino insuperables, sería imposible pasar. Echar pie a tierra, como aconsejaba el temor, era también, entonces, imposible, pues no había sitio para poner la planta.

—¡No se baje, señor! Dele látigo, ¡espolee a la bestia!, gritaba, en tales trances, el arriero. Y cerrando los ojos y afianzándose a la cortísima crin de la cabalgadura se lanzaba uno al más terrible acaso. Luego, cuando se dejaba atrás el peligro y se volvía la vista, quedaba uno sorprendido y horripilado de haberse lanzado a semejante aventura.

La famosa travesía de Molleturo y el no menos afamado "Empedrado", eran extensos tramos de camino que en invierno se volvían casi intransitables y en verano adquirían una remota apariencia de ruta. Por esa vía viajamos. Yo era todavía un mo-

cosuelo de cuatro años y fui llevado cargado por delante, por un robusto arriero llamado Manuel Muñoz, de Sayausí, quien me prodigó en la travesía todos sus cuidados. Desde entonces han quedado grabadas en mi memoria la admiración por el arriero y el asombro ante la seguridad de piso de la mula, aquel híbrido tan menospreciado que camina con un tino extraordinario por lugares inverosímiles, inaccesibles para cualquier otra cabalgadura.

Otro acontecimiento, de aquel mismo viaje, que ha dejado en mí imborrable recuerdo fue el siguiente: al cuarto día llegamos a Naranjal, población muy activa y comercial, que quedaba junto al río del mismo nombre. Después de un breve descanso en aquel pueblo, pasamos hacia el puerto o embarcadero, que quedaba algunos kilómetros más allá, en un lugar denominado "La Revesa", o "La Concordia". Allí dejamos las acémilas y nos embarcamos en una lancha que nos condujo a una enorme barcaza de vela latina, a la que subimos y en la que nos alojamos debajo de una cubierta o ramada.

Era la hora crepuscular. Todo había tomado un tinte de solemnidad y tristeza. El capitán, propietario de esa chata, llamado Abelardo Navarro, ordenó, en cuanto subimos a bordo, virar y ponernos en marcha. La pesada nave descendió lentamente, por el río de Naranjal, hasta que salimos al mar y comenzamos nuestro viaje hacia el sur, rumbo a Tenguel.

La noche se manifestaba cargada de presagios. Los vientos arreciaban y la nave se balanceaba pesadamente sobre las aguas. Pronto la tempestad se desencadenó con todo su furor. El rugido de las olas era espantoso y el bamboleo de la barca aumentaba de momento en momento. El viento maullaba entre las jarcias y los mástiles de la embarcación. Las olas, al levantarla, la dejaban caer como agobiada, a plomo, y parecía que chocaba contra alguna roca submarina, crujiendo y amenazando despedazarse.

Nuestro anciano tío, Andrés Crespo, que nos acompañaba, dijo entonces en forma solemne:

—He viajado a Chile, a Colombia y a México, y jamás he

sufrido una tempestad igual. ¡Estamos perdidos! ¡Hagamos todos el acto de contrición!

Mi padre reprobó tales palabras en cuanto tenían de desalentadoras. Hombre de acción, subió sobre el techo de la ramada y, luego de lanzar gritos pidiendo socorro, hizo varios disparos de revólver, para llamar la atención. Pero los tiros casi no se oían, en medio del tronar de la tempestad.

—Navarro, ¿qué es de la canoa de salvamento? —preguntó entonces.

—Doctor —contestó este—, ¡hace rato que se arrancó el cabo de la canoa y ésta se fue en el mar!

Tal vez se me calificará de mentiroso si refiero el hecho siguiente: al escuchar las palabras del capitán, un marinero, de aquellos cholitos de nuestra Costa, fornido y valiente, le pidió permiso para ir en busca de la canoa y, una vez autorizado, se arrojó al mar cabalgando en una tabla.

Entre tanto, la tormenta arreciaba. Algunas olas pasaban ya sobre cubierta, inundando la nave. Al trastorno general, producido por la tempestad, se agregaba ahora el rodar de la carga en la cala y aún el de las maletas y valijas en el camarote o ramada.

Todos se hallaban consternados. Mas una hermanita mía, Raquel, la mayor, que apenas tenía unos 10 u 11 años, dijo con su dulce voz:

—No teman. Yo soy hija de María. Por mí se han de salvar —y pidió a todos rezar el rosario.

Mientras se recitaban las preces la tormenta llegaba a su colmo la embarcación crujía más y más y parecía que iba a despedazarse. Pero en la última plegaria de la letanía, una ola monstruosa alzó a inmensa altura a la nave y la arrojó a distancia. Después... todo quedó inmóvil: había encallado en un banco de lodo.

En adelante las cosas cambiaron y, sosegados ya los ánimos, pudimos todos entregarnos a un sueño reparador. Al día siguiente, con la claridad de un bello sol matinal, observamos que la chata estaba encallada en un inmenso arenal. El mar había desaparecido. Tan solo a lo lejos se veía un rollo de espuma que se iba acercando lentamente. ¡La marea crecía!

De esa tormenta conservo en la memoria el cuadro más fiel. No obstante la tierna edad que entonces tenía —cuatro años— ha quedado profundamente guardada en mi recuerdo.

Pero sobresale, entre todas aquellas, la del marinero: ¡cuando subió la marea y el barco fue rodeado nuevamente por las aguas, vimos llegar muy campante, con la canoa perdida, al marino que se lanzara en su búsqueda la tarde anterior!

CAPÍTULO VI

Las virtudes y abnegación de mi madre. —Aprendizaje de la doctrina cristiana. —Necesidad del cultivo de la memoria. —Métodos antiguos y modernos en la enseñanza. —El libro de texto.

Por la ausencia de mi padre, fue mi madre la única persona que me educó durante los años más tiernos de mi vida.

Mujer incomparable por su talento, sus virtudes y su ilustración debe decirlo: también por su modestia —ella guio mis primeros pasos y a ella debo todo lo bueno que puedo tener. Tal vez fue algo exagerada en el cuidado que tenía de guardar mi inocencia —mejor dicho, mi ignorancia en materia sexual— su escrúpulo iba hasta el extremo y sus cuidados no me abandonaron nunca. Por eso, hasta que ingresé al colegio secundario, era yo un ignorante completo en ese sentido, y tal vez por esa razón el choque con la realidad fue más brusco.

Por lo demás, mi madre fue mi maestra, altamente capacitada y llena de ternura para mí. A los tres años ya sabía yo un breve catecismo de memoria. Aún no aprendía a leer, pero ya recitaba todas sus respuestas, enseñadas por mi madre. La bendita doctrina cristiana, en esa forma semiversificada y de monótona cadencia, la supe desde entonces y eso permite que hoy, a los setenta y más años, todavía la recuerde con una fidelidad asombrosa. Mi madre también escribía versos. He aquí, por ejemplo, una glosa, admirablemente compuesta por ella, de la conocida estrofa mariana que hasta hoy se canta en Cuenca:

Ave, dichosa María,
del Cielo, puerta y camino,
aurora del Sol Divino,
luz y claridad del día.

El arcángel San Gabriel,
lleno de luz y alegría,
saludó a la Virgen pura:
Ave, dichosa María.

Y fue por predilección
Madre del Verbo Divino,
y para todos los hombres
del cielo, puerta y camino.

Y cuando el sol matutino
vuelve a anunciar su salida
el cielo a ti se asemeja,
Aurora del Sol Divino.

Tú eres, oh Virgen María,
la luz en nuestras tinieblas,
y por eso te llamamos
Luz y claridad del día.

Fundado en ese aprendizaje de memoria y en otros recuerdos que tengo de mis primeros estudios, he formado un criterio personal y muy distinto del que prevalece en la enseñanza oficial de mi país. Se ha querido, so pretexto de "combatir el memorismo", hacer que el niño nunca aprenda al pie de la letra las materias que le son enseñadas.

Creo sinceramente que el niño y el adolescente deben estudiar de memoria todas las ciencias que deben aprender.

Es una pésima práctica el evitar que así las aprenda. Este concepto lo he afirmado después con la lectura de las sapientes obras pedagógicas de Pierre Mille, especialmente su libro intitulado *Le Bel Art d'Apprendre.* "El niño —dice— es esencialmente memorista. Querer que el niño sea razonante y no memorista es como querer poner el arado delante y no detrás de los bueyes".

En efecto, el infante tiene la tarea de aprender el idioma ma-

terno, tarea que la desempeña a satisfacción, pues ya en el segundo año de su vida ha adquirido numerosas palabras y a los 6, 7, 8 o 10 años tiene un vocabulario extensísimo, que le permite expresar todas sus ideas y pensamientos.

La lógica y la gramática general nos enseñan lo mismo. La mente humana comienza por captar una inmensa serie de ideas que son las llamadas por Aristóteles y los escolásticos "especies sensibles", que se fijan en la memoria, o "ideas". Sobre esas ideas, por comparación entre ellas, forma el niño sus juicios elementales y después sus raciocinios. Para llegar a razonar se necesita, pues, tener primero una gran reserva de ideas —y por consiguiente de palabras—, nombres de cosas, verbos que las relacionen entre sí, pronombres, artículos, preposiciones, etc., etc. Mas ¿cómo se ha formado esa reserva, ese "stock" de ideas y palabras? Mediante la memoria, y solo mediante ella. Un objeto se llama con su propio nombre, no por un razonamiento de la mente infantil, sino porque sí. Porque así lo recuerda, porque así le han enseñado. Una mesa es mesa porque el uso le ha consagrado ese nombre.

Por consiguiente, no se puede pedir al niño razonamientos. Pero si nociones grabadas, por decirlo así mecánicamente como en su memoria o retentiva. Mille quiere que se aproveche de esa maravillosa facultad de niño para hacerle aprender nociones tan difíciles y engorrosas como la tabla pitagórica, por ejemplo.

Ahora, a los setenta y más años, y después de haber ejercido el profesorado más alto de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad del Azuay; después de haber visto pasar durante cuarenta y dos años a los alumnos de esa Facultad que iban a entrar ya de lleno en el ejercicio profesional, me ha firmado en esa convicción. He podido comparar la preparación de los estudiantes de hace veinte años, por ejemplo, con los de los de época reciente, y he formado un juicio muy desfavorable para estos últimos, que han seguido en primaria y secundaria los métodos modernos, es decir aquellos en que se pospone la memoria, o mejor dicho se la combate, so pretexto de "abolir el memorismo".

No solamente han olvidado esos alumnos todo lo que apren-

dieron en primaria y secundaria, sino que aún de los estudios de Medicina recuerdan muy poco. Yo creo que la memoria, como toda otra facultad humana, sea espiritual o corporal, necesita de constante entrenamiento o ejercicio para desarrollarse y para mantenerse activa. La memoria se ejercita, se educa, se cultiva, y mientras más trabaja en recordar mediante el estudio, más se agudiza y se afirma. Si el que quiere ser atleta debe hacer muchos ejercicios musculares, quien quiere ser sabio debe estudiar mucho y hacer ejercicios de memoria. No es cierto que se fatiguen esas facultades. No es cierto, tampoco, que cuando se obliga al niño a estudiar muy pronto, es decir antes de la llamada "edad escolar", se le perjudica y se corre el peligro de que pierda sus aptitudes. El trabajo mental bien conducido y metódicamente distribuido es para el infante un gran adiestramiento que repercutirá favorablemente, durante toda su vida, en sus conocimientos.

Pero esa deficiencia que he observado en los estudiantes que han seguido los métodos modernos de estudios, no debe, tal vez, atribuirse exclusivamente a la falta de aprendizaje al pie de la letra, en los años de la infancia, porque hay otro factor de las más funestas consecuencias, y es el de haberse abolido el libro de texto en la enseñanza. Ese método debe ser denominado simplemente "crimen de lesa civilización". Suprimir el libro en la enseñanza es desconectar al hombre de todas las fuentes del saber. Si el género humano ha progresado tanto desde el Renacimiento, es precisamente porque la imprenta —el célebre invento de Gutenberg— ha permitido la difusión del libro. ¿Quién puede enseñar mejor que el libro de texto? Él es el resultado de estudios profundos y de consultas prolijas en toda la bibliografía especializada, además de los conocimientos personalmente adquiridos por el autor, por propia experiencia.

¿Qué maestro se halla tan capacitado para dar al alumno una cabal enseñanza de toda la materia que le está encomendada enseñar? ¿Qué profesor podrá asegurar que posee toda la ciencia y la enseña sin omisión ni error?

Volver al texto y al estudio de memoria en la enseñanza pri-

maria y secundaria creo un deber de la docencia ecuatoriana, y es de esperar que, estudiando el motivo del fracaso —o por lo menos de la declinación en el nivel de intelectualidad ecuatoriana, que se palpa claramente— se remedie ese mal, restituyendo a sus cauces antiguos el sistema educativo.

Por otra parte, ¿quién no podrá comprobar el descenso que ha experimentado el nivel cultural del Ecuador? Antes, determinadas ciudades o comarcas eran un semillero de grandes talentos. Verdaderas constelaciones o pléyades de hombres ilustres brillaban en ellas. Hoy no se podrá encontrar igual fecundidad en esas mismas ciudades, en donde solo como excepción resplandecen ahora alguna que otra luminaria intelectual.



Retrato grupal en un paseo familiar. Desde la izquierda, en la fila de atrás, Julio Enrique, Jesús e Inés Toral Vega; Gabriel Carrasco; María Esther Toral Vega; Carlos Vega Hacha, Adolfo Toral Vega, Emiliano Crespo Astudillo. De pies, delante de Inés, Raquel Crespo Toral; delante de Adolfo, Emiliano Crespo Toral, y sentada a la izquierda, con sombrerito, Lola Crespo Toral, los tres primeros hijos de Emiliano. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO VII

La belleza de mi madre. —Los poderosos vínculos que unen a la madre y al niño. —El psiquismo infantil. —Mi ingreso a la escuela de los Hermanos Cristianos. —Pase a la escuela de don Ezequiel Crespo. —Mi viaje a Balao. —Algunos recuerdos sobre mi madre.

Esa señora, que tenía 30 años como mi padre cuando vine yo al mundo, y a la que mi nacimiento casi le cuesta la existencia, era una mujer bella, pero no con una belleza deslumbrante, sino con aquella que más denota inteligencia y corazón que rasgos fisonómicos perfectos. Tenía un cabello negro, de un brillo de azabache, tan largo que le llegaba hasta la rodilla y caía en amplias ondas sobre su espalda, en forma de catarata, cuando lo dejaba suelto. Una frente amplia unos ojos muy expresivos; mejillas sonrosadas; y labios ligeramente abultados. Era el conjunto el que despedía algo así como un hálito de simpatía pura y señoril.

Como el último hijo a quien tuvo que amamantar, puesto que con la ausencia de mi padre ya no vino otro al mundo, yo me crie a sus pechos y recuerdo aún que, a los dos años y medio, me acercaba de cuando en cuando a ella para pedirle que me diera de mamar. Después de gustar embriagado el delicioso jugo, volvía yo al juego, porque era ya personita que podía correr. No voy a hacer en este momento una apología de la lactancia materna, pues eso lo haré más adelante, cuando relate mis experiencias de la vida médica; pero sí diré ahora que el vínculo que se establece entre madre y niño, cuando este es nutrido por aquella, es algo tan fuerte y profundo que no cabe ponderarlo. Hoy se ha demostrado que hasta el psiquismo del niño y del adulto queda definitivamente estructurado cuando el hijo recibe de su madre aquello a que tiene derecho, y que la madre jamás puede ser reemplazada en la vida del niño, ni siquiera por la mujer más santa y comprensiva.

Supongo que los demás niños, aquellos que fueron destetados

en edad menor, no recuerdan nada de ese acto tan trascendental en la vida. Yo lo recuerdo perfectamente, al igual que otros episodios ocurridos en mis primeros años.

Los pediatras modernos han demostrado con estadísticas de lo más convincentes que los cinco primeros años de la vida, y especialmente el primero, son los que establecen el psiquismo del niño. Esos infantes, a quienes abandonan sus madres, entregadas a sus compromisos sociales, y que son criados por nodrizas o "nurses", desligados de todo vínculo afectivo, están predestinados —tal vez— a la locura o a la criminalidad. Y en muchos delincuentes, si se examinan bien sus antecedentes familiares, se encontrará, probablemente, carencia de sentimientos afectivos hacia la madre, que les abandonó y a la que no conocieron.

La mía fue, pues, mi maestra o preceptora: ella me enseñó las primeras letras y me dio las iniciales nociones de religión y de moral. Ella implantó en mi espíritu esos sentimientos de nobleza, hidalguía y altruismo, así como el anhelo de cumplir con el deber, que he procurado siempre conservar.

Ella me enseñó la manera de hablarle a Dios, con la misma confianza que a un padre, e imprimió en mi espíritu aquella fe inconmovible que, al través de las vicisitudes y embates de la vida, jamás se ha quebrantado y es el fundamento de mi confianza infinita en el Creador, hasta alcanzar con ella verdaderos milagros que he presenciado en mi vida.

Mi educación la hizo ella principalmente, porque solo por pocos años, esporádicamente distribuidos en mi existencia, gocé de la compañía de mi padre. A los cuatro viajé con la familia a Tenguel, como acabo de relatar, y allí viví unos dos años. Luego volvimos a Cuenca. A los siete ingresé en la Escuela San José de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y por causa de un incidente que relataré luego, tuve que egresar de ella antes de terminado el segundo grado. Salí de esa escuela y entré en la municipal, del señor Ezequiel Crespo, competentísimo y bondadoso maestro que tuvo para mí verdaderas deferencias y fue, indudablemente, uno de los factores más poderosos de ese despertar anheloso por

la adquisición de las ciencias que se verificó en mí, en forma verdaderamente inexplicable y febril.

Tenía yo ocho años, más o menos, cuando nuevamente mi padre resolvió llevarnos a la Costa. Había dejado ya sus cargos en la hacienda Tenguel y se había trasladado a Balao, en donde ejercía la profesión médica. A ese ejercicio libre añadía los cargos de médico de todas las magníficas haciendas que rodeaban a esa población, pertenecientes a los Seminario, los Morla, los Molina, los Cabrera, etc. Durante el año y medio de permanencia nuestra en ese pueblo, fue mi padre mi maestro, y gracias a sus sabias enseñanzas pude ingresar al Colegio Seminario de Cuenca, a los diez años, para lo cual volví solo a mi ciudad natal y habité en casa de mis abuelos paternos, como relataré en su lugar.

Apenas dos años y medio, o tres, viví, pues, en compañía de mi padre, y el resto de tiempo, hasta la edad de veintitrés años, en que me gradué de doctor, fue mi madre mi preceptora, mi guardián y mi cariñosa y abnegada consejera. Cuanta dedicación tenía para conmigo esa santa señora. Cuánto cariño y cuántas deferencias minuciosas me prodigaba. Era yo, indudablemente, su mayor afecto, tanto por ser su último hijo, cuanto por ser el único varón de la familia.

¡Ah, esos bellos días de mi infancia y de mi juventud al lado de mi madre incomparable! ¡Ah, cómo se me representan llenos de alegría sencilla y candorosa, de dulzura y de tranquilidad! ¡Cómo los añoro y cuánta nostalgia tengo de ellos! Bendita esa madre a quien todo lo debo, tanto en lo material como en lo espiritual. Su memoria se me presenta especialmente cuando elevo mi corazón al cielo y recito esas preces que ella me enseñó y que conservo intactas en mi mente.

¡Pobre madre mía! Cuántos dolores tuvo durante toda su existencia. En su más tierna infancia perdió a su madre. Su padre se ausentó del país poco tiempo después. Ella y sus dos hermanitos quedaron solos en el mundo. Felizmente don Gabriel García Moreno, entonces primer magistrado de la República, concedió dos becas: una para ella y otra para su hermana, en el Colegio

de los Sagrados Corazones, recién fundado en Cuenca. Allí se formó ese espíritu selecto, bajo la sabia y santa dirección de esas religiosas beneméritas, que elevaron a la mujer cuencana a un altísimo nivel de cultura y de ética, que le ha dado tanto prestigio en el Ecuador como modelo de esposa y madre de familia.

Después, cuando egresó de ese plantel, tuvo que soportar la pobreza en los años de juventud. En ese tiempo ocurrió aquel gracioso episodio de que he hablado ya, cuando su primo hermano, prendado de sus méritos e inteligencia, le solicitó primero las clases de francés, idioma que ella dominaba, y luego pidió su mano. Pasó pues mi madre de maestra a novia y de novia a esposa, en cortísimo tiempo.

Bellos habían sido los primeros años de matrimonio, en los que nacieron mis dos hermanas mayores: Raquel y Ángela Crespo Astudillo. Nací luego yo y, como relaté, poco después mi padre tuvo que salir de Cuenca para buscar el pan en la Costa, pues la remuneración era muy escasa para el sostenimiento de la familia. Desde entonces comenzó nuevamente el sufrimiento para mi madre. Tenía por su esposo un cariño sin límites y su ausencia constituyó para ella un tormento que le acompañó hasta los últimos días de su vida. Con ligeros intervalos, vivió siempre lejos de mi padre. A esa amargura se unió la muerte de su hija mayor, mi hermana Raquel, casada ya con el doctor Miguel Cordero Dávila y madre de tres niños, arrebatada por la muerte a la edad de 26 años. Fue tan hondo el dolor de mi madre que una grave neurosis le tuvo enferma por más de tres años. En fin, esa mujer ejemplar estuvo condenada al sufrimiento durante toda su vida y no nos es dado revelar todos sus dolores. No obstante, ella nunca dejó traslucir sus penas y jamás causó voluntariamente un sufrimiento a las personas de familia que le rodeaban.

CAPÍTULO VIII

Otros recuerdos de mi infancia. —Uso por igual de las manos diestra y siniestra. —Ventajas que para el cirujano tiene el ser ambidextro. —Reclusión de los leprosos de "El Jordán" en el lazareto de Cullca. —Impresión horrible que me produjo el paso de esos enfermos. —Origen de la lepra en el Azuay. —Intercambio de enfermedades entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Hay ciertos recuerdos que se fijan en la memoria con caracteres indelebles. Son generalmente los que provocan emociones violentas, tanto agradables como desagradables. Una de las impresiones más agradables de mi niñez es la siguiente:

Cuando mi madre quiso enseñarme a escribir observó que yo usaba con más frecuencia y habilidad la mano izquierda que la derecha. Entonces me indicó que hiciese lo contrario, porque todo el mundo es diestro y no zurdo. Sin embargo, mi padre le recomendó que no me impidiese el ejercicio de la izquierda, porque mejor sería que tuviese igual habilidad con ambas manos.

—¡Los cirujanos ambidextros son los mejores! —dijo.

Yo nací, pues, zurdo, y por educación llegué a ser diestro. Pese a ello, conservo bastante mi habilidad natural en la mano izquierda, y ello me ha sido de gran utilidad en la cirugía. Hay autores que recomiendan ensayar la mano izquierda, sobre todo para que en el curso de una operación no tenga el cirujano que hacer movimientos del cuerpo que pudiesen ser peligrosos para la asepsia. Yo tengo la costumbre de usar ya la derecha, ya la izquierda, en el curso de mis intervenciones quirúrgicas y cuando las circunstancias lo exigen.

Otras veces, intencionalmente, he resuelto operar solo con la izquierda. He hecho, así, prostatectomías por el método de Freyer-Marion, con el mejor resultado. Nunca olvidaré el beneficio que me hizo mi padre al dar ese consejo a mi mamá y al hacerme

ambidextro, porque en la vida profesional me ha sido esa propiedad de gran beneficio.

Es interesante anotar que todo movimiento instintivo lo realizo con la mano izquierda: arrojar una piedra, dar un golpe, etc. En cambio, para la escritura, tengo mucho mayor tino con la derecha.

Un recuerdo de la segunda especie, de los desagradables, lo mantengo, también, imborrable. Era el año de 1889, más o menos, cuando se resolvió hospitalizar a los leprosos en el lazareto de Cullca. Hasta entonces, esos pobres enfermos vivían en un lugar muy apartado de la provincia del Azuay llamado "El Jordán", en el cantón Paute.

Parece que la lepra era desconocida en el Azuay hasta antes de la guerra de la independencia y que un batallón colombiano, que se acantonó en la plaza de Cuenca, dio de baja a varios soldados leprosos. Esto lo oí de labios del doctor Remigio Crespo Toral, tan competente en asuntos de historia.

Fueron esos soldados quienes propalaron la lepra en Cuenca y en otros lugares de la provincia. Entonces, para aislar a esos enfermos e impedir la propagación del mal, se los envió a "El Jordán".

Allí vivían en libertad y se multiplicaban, con el consiguiente resultado, hasta que un señor llamado Mariano Estrella, padre del doctor Ángel María Estrella, profesor de química en la Facultad de Medicina, y abuelo del coronel Estrella Arévalo, que llegó a ser alcalde de mi ciudad, y de un notable médico-dentista —el doctor Rafael Estrella— que falleció hace pocos años, tuvo la afortunada idea de construir un edificio para hospitalizar allí a esos infelices. Una vez todo listo, y habiendo llegado a Cuenca las madres dominicanas de la Inmaculada Concepción, que vinieron con el objeto de hacerse cargo de ese leprocomio, se resolvió traer del Jordán a todos los enfermos.

Ya puede suponerse la terrible tragedia de las familias que habían formado los leprosos en ese lugar, al ver arrebatar de su lado ya a un padre, ya a una madre, ya a una hija o un hijo, que habían sido víctimas del terrible mal de Lázaro.

Pero esos enfermos eran conducidos primero a la ciudad de Cuenca, para que sean examinados por un médico municipal, a ver si en realidad sufrían de lepra, porque muchas veces cualquier llaga o infección cutánea era confundida con el terrible mal, y se recluía sin razón, para toda la vida, al infeliz paciente. Tal había sido, por ejemplo, el caso de una señora Espinosa, que había permanecido recluida doce años en el leprocomio y que, en una revisión médica, fue dada de alta por no haberse contagiado. Cuando pasaban por las calles de Cuenca aquellos cortejos más fúnebres que los que acompañan a los muertos, toda la gente se alarmaba y, desde lejos, huía lanzando gritos. Venían casi siempre, aquellos desventurados, medio embozados en unas mantas y con las caras medio cubiertas con paños. Iban generalmente a caballo, y escoltados a respetuosa distancia por agentes de policía.

—¡Los *llashacos*! ¡Ya vienen los *llashacos*! —¡eran los gritos entre fúnebres y aterrorizados que se oían entonces en las calles de Cuenca—. Yo era un infante de tres o cuatro años cuando los oí, y aquellas escenas me impresionaron de tal manera, que llegué a tener por los lázaros un miedo cerval, que ha influido en toda mi vida.

Sin embargo, en el ejercicio profesional he tenido algunas veces que enfrentarme con enfermos de esa índole, sobre todo cuando ejercía, además de mi cátedra de cirugía, la de bacteriología, en la Escuela de Medicina del Azuay. Entonces tenía que practicar forzosamente, además del examen clínico del paciente —buscando las anestesias, los tubérculos o lepromas y las mutilaciones— el examen bacteriológico de las secreciones nasales, en donde se encuentran los bacilos de Hansen en abundancia. ¡Qué amargo es para el médico encontrar positivos esos exámenes y tener que dar el dictado, ante la autoridad de policía sanitaria, de reclusión perpetua de esos infelices, mil veces más desgraciados que los tuberculosos, sifilíticos y otros crónicos que no son jamás encarcelados para toda la vida!

¡La lepra, terrible mal que desde los tiempos bíblicos ha horrorizado a la humanidad, y que ha exigido siempre el aisla-

miento absoluto de los enfermos, que la Escritura denomina "inmundos", y que eran arrojados fuera de las poblaciones, con un cencerro al cuello, con la obligación de gritar ellos mismos su mal ante el imprudente viajero o transeúnte, que se aventuraba cerca de ellos, sin darse cuenta! ¡La lepra, que en la Edad Media invadió toda Europa y que solo mediante medidas tan drásticas como las descritas fue controlada! ¡La lepra, que fue importada a América por los conquistadores, pues no hay prueba alguna de que ella haya existido en el Nuevo Mundo!

El descubrimiento de América trajo intercambios muy dignos de consideración entre el Viejo y el Nuevo Mundo, aún en materia de enfermedades. Así, parece que la sífilis no existía en Europa y fue llevada allá desde el primer viaje de Colón y diseminada por los marinos que le acompañaron. La viruela, en cambio, no existía en América, y así se explican las terribles epidemias que la asolaron, diezmando la raza indígena. La fiebre amarilla fue importada a las Antillas por los buques negreros, que transportaban esclavos desde el África; posiblemente su vector, el *estegomia calopus,* fue también importado en los mismos barcos.

Indudablemente el peor *donativo* que nos hizo la vieja Europa fue el de la lepra, que en ciertos países como Colombia y el Brasil es un verdadero flagelo, pues ataca a un considerable porcentaje de la población. Su misma influencia terrorífica ha impedido durante mucho tiempo el estudio detallado y concienzudo de ella, su epidemiología, su transmisión de individuo a individuo, y, por consiguiente, de las medidas profilácticas que deben tomarse frente a ella. Se creía durante mucho tiempo que no era contagiosa sino hereditaria. El descubrimiento por Hansen del agente patógeno manifestó ya la naturaleza infecciosa del mal. Su larguísimo período de incubación o de latencia —que dura a veces 25 o 30 años— es un factor de errores al respecto. Pero su contagio está demostrado de un modo irrefutable en innúmeros casos. En cambio, se ha observado que el aislamiento precoz de los niños nacidos de madre leprosa les libra de ser víctimas de la enfermedad.

Siglos de siglos han transcurrido desde que la lepra comenzó a amargar la existencia de la humanidad, y solo ahora se cree que ya se ha descubierto algún medicamento de acción definitiva contra ella. Pero, asimismo, es necesaria una larguísima observación para poder definir como curados a esos enfermos, porque es engañosa en gran número de veces la limpieza obtenida. Entre nosotros, los leprocomios son pudrideros de enfermos, nada más. Es despiadada la actitud de la sociedad frente a esos míseros seres humanos. Se los recluye juntos los unos con los otros. Es de saber que ningún enfermo se cree tal y se horroriza en la compañía de otros más avanzados en la mutilación, la ceguera, la deformidad.

La acción de la autoridad debe ser no solo la de aislar al enfermo como medida profiláctica para los demás, sino también de asistencia efectiva y humanitaria para ellos mismos. Rodearles de comodidades y someterles a tratamiento efectivo, para curar, o por lo menos para paliar su mal.

CAPÍTULO IX

Incidente en la escuela de los Hermanos Cristianos. —Feliz consecuencia del mismo. —Simples lecturas sobre las ciencias. —Mi permanente inclinación por ellas. —Elogio de Julio Verne, el mejor amigo de mi infancia. —Si yo fuera un cursi de la literatura...

Otro incidente de mi niñez merece ser relatado: concurría yo a la Escuela "San José", de los Hermanos Cristianos. Mi madre acostumbraba enviarme, a las cuatro de la tarde aproximadamente, alguna colación. El portador —un tal Juan Zárate, que hacía de paje— era un hombre de pésima catadura, muy mal vestido y tonto por añadidura. El hermano, nuestro profesor, se sentaba en el fondo del aula y la puerta de ésta quedaba en una pared de al lado, de modo que el hermano no podía ver a quien, desde afuera, se acercase a la puerta.

Una tarde oí que llegaba ese paje. Uno de los compañeros, entonces, me dijo en voz alta:

—Crespo, ¡ahí viene tu padre!

Yo, naturalmente, me sentí injuriado y me disgusté con aquel muchacho. Mas el hermano, que no veía quién era, exclamó:

—No sea mal educado, Crespo. ¡Salga a recibir a su padre!

La caída de un rayo sobre mí no me hubiera herido más que aquella frase del profesor: lloré toda la tarde y, cuando regresé a casa, referí entre sollozos de indignación lo sucedido. Esa noche tuve horribles pesadillas en que los hermanos desempeñaban los papeles más terribles. Una de ellas fue la siguiente: yo estaba tendido en el suelo y dos hermanos, provistos de una sierra de trozar árboles, situados uno a cada lado mío, me cortaban en dos. Fue un acontecimiento grave en la familia, en el que tomaron parte deliberativa, además de mi madre, mis tías. En esa reunión se resolvió que no volviera yo a la escuela de los Hermanos Cristianos y que fuera a la del señor Crespo.

Mas cuando llegó mi padre a Cuenca, para llevarnos a la Cos-

ta, una tía mía le aconsejó que fuera conmigo donde los hermanos, so pretexto de comprar útiles escolares en la procuraduría, para que vean los profesores y los niños "quién era mi padre".

Este episodio de mi vida, tan insignificante, tuvo sobre ella un resultado permanente y muy feliz: en la procuraduría compró mi padre muchos materiales de enseñanza: libros, cajas de dibujo, reglas, compases, etc. pero, sobre todo, un objeto que tuvo para mí especial importancia: era un libro intitulado *Simples lecturas sobre las ciencias.* Cuando vino a mis manos aquel libro se definió mi afición, mi cariño, mi fervor por las ciencias físicas y naturales. Desde entonces, nada ha habido para mí más grato que todo cuanto a ellas se refiere.

Apasionado perceptor de todo lo que es bello, he admirado la obra del hombre, que en el curso de mis setenta y más años ha crecido en forma verdaderamente asombrosa: yo he seguido sus pasos y creo que, en el tiempo en que de ella me doy cuenta, la ciencia humana ha realizado un progreso tan extraordinario que bien se puede comparar, con ventaja, a todo el desarrollo que experimentó en los milenios que nos han precedido.

Las ciencias físicas, en especial la astronomía, la biología, la arqueología y la paleontología, van abriendo, van ensanchando el horizonte de los conocimientos humanos y asombran cada vez más la mente del hombre. Desde lo infinitamente pequeño: el átomo; hasta lo infinitamente grande: el universo. Tanto el protón y el electrón cuanto las innúmeras galaxias son ya percibidos y estudiados en sus admirables manifestaciones. El universo de nuestros abuelos ha dejado de ser una bóveda tachonada de luminarias, para hablarnos desde su infinita magnitud de miríadas de millones de años de luz. Y la ciencia electrónica nos dice de seres vivientes ultravisibles, y la física nos habla de microcosmos de configuración idéntica a la de los sistemas planetarios.

Todo ha evolucionado: todo se ha amplificado en los dos sentidos, del espacio y del tiempo, y las dimensiones de estos son inconmensurables. Todo escapa al presente: el presente parece no existir, pues si la rotación de los electrones, por su rapidez, no

puede ser percibida por nuestra imaginación, esas galaxias que nos enviaron sus rayos hace cinco mil millones de años pueden ya no existir, confundiéndose su flujo en lo infinito con la velocidad de la luz, y tal vez desmaterializándose.

Mas, ¿de dónde vienen y a dónde van esas prodigiosas manifestaciones de energía? ¿Quién las formó? ¿Fueron ellas resultado de un acaso inverosímil? ¿Todo ese conjunto de fuerzas y de materia existió por siempre o tuvo un origen remotísimo? La solución de estos abrumadores problemas no la encontrará la razón pura... Es necesario una causa extrínseca, un poder infinito que haya producido el macrocosmos y el microcosmos.

Esa fuerza omnipotente, esa inteligencia omnisciente que han creado, que han establecido y regulado con leyes sapientísimas la existencia del cosmos, ¿qué son sino Dios? Desde niño admiré ese esplendor magnífico de la naturaleza y vi como única solución a los problemas que se planteaban ante mi asombro, por la propia observación o por la lectura de aquel libro que en mis manos puso mi padre, la necesidad de creer en Dios, tal como mi madre me lo enseñaba.

Y siempre tuve el anhelo de cantar a Dios, aun cuando nunca hallé palabras para su loanza. Así, siempre quedé mudo e impotente cuando mi atrevimiento me decía que alabe al Creador. Sea, pues, mi silencio, mi mejor oblación al Ser Infinito, Causa de las Causas.

Simples lecturas sobre las ciencias: yo devoré aquel libro. Tal vez por eso he sido, desde mi más tierna infancia, un estudioso de la naturaleza y por eso opté, cuando joven, por el aprendizaje de la medicina, única ciencia que se ofrecía entonces a la mirada curiosa del amante del saber. Pero la medicina que, con su anatomía humana, su fisiología y hasta su misma patología, se dice que ha conducido a muchos a la incredulidad, al ateísmo, a mí me ha llevado en cada día, y a cada momento, a creer más en Dios y a reconocer su obra que se manifiesta en todo. Una célula, lo más pequeño, es ya un prodigio de sabiduría. ¿Cómo no dar fe de Dios?

Tal vez, también, por ese amor a la ciencia, desde mi más

tierna edad acogí con un fervor imponderable las obras de Julio Verne, de las cuales, hasta la edad de once o doce años, había leído más de sesenta o setenta. Ninguna otra más atractiva para mí, en la niñez, que la lectura de esos libros que han despertado tanto entusiasmo. Julio Verne es un profeta en el terreno científico, cuyos sueños se van cumpliendo en forma tan precisa que parece que el autor no anunciara sino que relatara, como si ya hubiesen existido en su época, todos los adelantos de la mecánica, de la física y aún de la química. Genio poderoso y admirable el de ese autor que previó la aviación, la navegación submarina, los viajes interastrales, el helicóptero y aquel vehículo universal que en tierra es automóvil, nave en el mar, avión en el aire y submarino en las profundidades del océano, vehículo que, si hasta hoy no se ha logrado, pronto será, sin duda, una realidad existente.

Sin embargo, Julio Verne no llegó a la Academia Francesa y pese a ser, en mi concepto, mejor novelista que Alejandro Dumas, su amigo, se le negó la entrada en ese centro reservado para "los inmortales". Julio Verne es un verdadero novelista, aún en el sentido puramente literario. Nadie como él para caracterizar a sus personajes con gran chispa y humor y para mantener sus caracterizaciones desde el principio hasta el fin de sus novelas. Yo tengo para Julio Verne una especie de veneración, porque fue el mejor amigo de mi infancia, a quien debo los momentos más gratos de mi vida de admirador de la ciencia. Con él he viajado a los espacios interplanetarios y he visto a la Tierra, desde ellos, como una esferilla rodeada de un halo translucido, igual, según me imagino yo, a la aureola de un bienaventurado: es decir, llena de belleza y espiritualidad y, claro, muy distinta al antro de protervia, infamia y dolor que es.

Si yo fuese un cursi de la literatura, como abundan actualmente, denominaría a ese insigne precursor como "San Julio Verne" y así, tal vez, lograría ocupar un puesto culminante en la cultura patria. Pero me contento con expresar en términos sencillos mi admiración para ese insigne escritor que echó en mi espíritu el anhelo por las ciencias, que perdura en mí hasta hoy. Me digo

yo: si Julio Verne viviera aún, ¡cuánta inspiración tuviera en los modernos descubrimientos, que sobrepasan aquello que la más brillante imaginación hubiera podido columbrar en los tiempos en que él auguró tantos maravillosos inventos...!

Pero dejemos al gran sabio y escritor tranquilo en su sepulcro, no sin antes depositar sobre este la guirnalda de mi admiración y mi gratitud imperecederas.



Otro retrato grupal en un paseo, esta vez en las orillas de un río, ca. 1920.. Aparecen, desde la izquierda, Blanca, Inés y Jesús Toral Vega, Emiliano Crespo Astudillo, de pies, a su lado, su hija Lola Crespo Toral, Adolfo, María Esther y (sentado en el árbol) Marco Antonio Toral Vega. Sentado a los pies de su padre, su hijo Emiliano Crespo Toral. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO X

Recuerdos de la Costa y su paisaje. —El montubio. — La labor médica de mi padre en Balao. —La impertinencia de míster Quitail y otros episodios. —Equitación en asnos y alazanes.

De mi vida en la Costa tengo recuerdos muy bellos. Fue en uno de esos pueblecitos del trópico, incrustados en medio del follaje multicolor de los cacaotales, los cafetales y platanales, en donde pasé algunas temporadas de mi existencia. Nosotros gozábamos de grandes preeminencias por el cariño y el respeto que inspiraba mi padre, quien era un semidiós en aquellos lugares, porque no se limitaba al papel del médico acertadísimo y benévolo, sino que propendía al adelanto material del lugar y era el consultor en todo asunto de trascendencia o de gravedad, incluso en el seno de las familias.

El llamado montubio es gente sencilla, agradecida y generosa. Su índole es buena de natural y le falta apenas un poco de cultivo para constituir un elemento de alta valía para el progreso del país.

Vivíamos en Balao, pueblo meridional de la provincia del Guayas, situado en una zona de gran fertilidad. Magníficas haciendas lo circundaban. Sus propietarios, generalmente, no residían en ellas, sino que vivían en Europa, mientras que empleados o administradores cuidaban las propiedades.

Colón, San Rafael, La Asunción, Las Mercedes y La Libertad quedaban en la orilla izquierda del río Balao; La María, San José y Balsillar quedaban en la orilla derecha. Mi padre era no solamente el médico de la población, sino también el de todas aquellas haciendas. Dos días a la semana visitaba las de la margen derecha y otros dos días las de la izquierda. Algunas de ellas, como Las Mercedes y La Libertad, quedaban a mucha distancia de la población, pero todas las visitas, las lejanas y las cercanas, se hacían a caballo. En los meses de verano la labor era relativamente fácil y hasta distraída, y mi padre despachaba su

trabajo en pocas horas. Pero en el invierno las cosas cambiaban radicalmente. Los viajes se volvían fastidiosos y llenos de peligro. Las lluvias torrenciales de la estación transformaban los caminos, llamados "mangas", en verdaderos torrentes de agua y barro, que llegaban al ijar del caballo. Los mosquitos, en densas nubes, transformaban los recorridos en verdaderas odiseas. Por otra parte, el paludismo se volvía pandemia, porque el zancudo, su vector, abundaba en forma imponderable.

Mi padre, siempre cumplidor de sus deberes como eminentemente responsable de su misión médica, nunca dejó de visitar todas aquellas haciendas y, cuando era necesario, aún fuera de los días señalados para ese objeto, viajaba sin protesta.

En la hacienda La Libertad, la más distante, era administrador un irlandés, llamado míster Quitail. Un día de invierno, volviendo mi padre de la visita a las haciendas, refirió a mi madre que ese administrador estaba mal, con una de esas disenterías vacilares, febriles y generalmente malignas.

—Le he prescrito calomel —dijo—, que en mi práctica es el mejor medicamento para esa enfermedad. Le he recetado en dosis altas, de un gramo diario, dividido en tres sellos. Si con esa medicación no mejora, temo mucho por su vida.

Por la noche, a las 12 o 1 de la mañana, oímos golpes insistentes a la puerta de la casa. Llovía torrencialmente y apenas llegaba a nuestro oído el ruido de los golpes. Mi padre preguntó en alta voz quién era y qué deseaba. Contestó, desde abajo, un sujeto que llamaba diciendo:

—Doctor, doctor, el señor administrador de La Libertad le manda un caballo para que vaya en el acto a verle!

—¿Está muy grave?, preguntó mi padre.

—Sin duda, doctor, respondió el peón.

Mi padre, no sin lanzar algunas interjecciones —le queda al médico por lo menos el derecho de proferirlas, en esos casos, en términos no muy ajustados a las reglas de cortesía—, se levantó de la cama, se vistió apresuradamente y, poniéndose polainas, poncho de aguas y funda en el sombrero, bajó y montó a caballo.

Daba lástima verlo partir en esa noche de tormenta y perderse en la manga llena de fango, mientras la lluvia tropical, de aquellas que llegan precedidas de un mugido atronador causado por el torrencial aguacero en los bosques y huertos de cacao de los alrededores, caía implacablemente.

Mi madre y todos nosotros quedamos muy preocupados por lo que podía ocurrir con mi padre en ese viaje nocturno, lleno de asechanzas y de incertidumbres. Al día siguiente, por la tarde, llegaba mi padre y desmontaba del caballo, completamente cubierto de barro. Subió a la casa y arrojando toda su indumentaria invernal, con gran énfasis preguntó a mi madre:

—¿Para qué crees que me ha hecho viajar ese gringo estúpido?

—Indudablemente se sentiría muy mal", contestó mi madre.

—No, hija —dijo él—: apenas me vio llegar junto a su cama me informó:

—¡Doctor, le he mandado llamar para decirle que desde la primera oblea que tomé me siento mucho mejor...!

¡Impertinencias como ésta tiene que soportar el médico con frecuencia!

Mi padre tenía un botiquín para atender a los enfermos del pueblo. Unas veces despachaba él personalmente al volver de su recorrido diario de enfermos. Otras veces era mi mamá quien hacía ese menester.

Un día observé que mi padre despachaba unos papeles o papeletas con medicamentos. Cosa era esa muy usual, pues no se divulgaban aún los sellos y cápsulas que ahora sirven para ese objeto. Para explicar al enfermo —que era un montubio— cómo debía tomar el medicamento, mi padre sacó unos papelitos de azúcar que tenía guardados allí y poniendo en un vaso un poco de agua abrió el papelito, lo vació en el vaso y después de disolverlo mediante una cucharilla, agitando el agua se lo tomó. Mientras realizaba toda esa maniobra iba explicando al enfermo cómo tenía que hacer para tomar el papelito. Intrigado por ese procedimiento pregunté a mi padre por qué hacía eso.

—Te imaginas —me respondió— ¡cuánto son de ignorantes

estas gentes! Un día había prescrito asimismo el medicamento en forma de papelitos. El enfermo, cuatro días después, vino a verme nuevamente. Le pregunté cómo se sentía y me respondió textualmente: "Doctor, me siento igual. El papelito que tomo sale enterito en la deposición". Ese es el grado de ignorancia de estas pobres gentes. Desde ese día, cuando receto estas papeletas, tengo que hacer todo lo que has visto para evitar que se traguen el papel sin abrirlo...

De las penalidades que sufre el médico, sobre todo el de una ciudad pequeña o de un pueblecito, todos los profesionales podemos dar testimonio por experiencia propia. En el curso de esta sencilla relación o narración, tendremos oportunidad de relatar algunas de las muchas peripecias que yo he sufrido en mi vida. No adelantemos conceptos. Unos, hechos desagradables y hasta dolorosos; otros, casi humorísticos y picantes, el médico tiene que resignarse a muchos sucesos que no solo fastidian y hacen sufrir, sino que provocan, a veces, una risa de compasión hacia sí mismo.

Por ahora solo diré que para mí era una dicha acompañar a mi padre en sus visitas médicas a las haciendas cercanas a Balao, montar a caballo en esos excelentes alazanes que se multiplican en la costa ecuatoriana y que son de una raza extraordinaria, probablemente de origen árabe. Su piel finísima y altamente sensible les da una agilidad muy grande. Es innecesario y hasta peligroso usar espuelas cuando se cabalga uno de esos potros.

Sin embargo, para mí, cuando niño, había otra equitación más agradable: la cabalgadura en el asno, que en el litoral pierde toda su testarudez y lerdura proverbiales. Nosotros éramos los dueños de todos los asnos de la localidad, pues no había uno que se asomase cerca de nuestra casa que no fuese acto continuo equitado por nosotros. Estábamos tan diestros en dominarlos que montábamos a pelo y sin que un ronzal cualquiera lo sujetara. Solo llevábamos una varita o bejuco y con él dirigíamos al burrito y lo azuzábamos cuando era necesario. Así recorríamos largas extensiones sin que nadie reclamara por el abuso de propiedad que perpetrábamos cada día con impunidad descarada.

CAPÍTULO XI

La ensenada de "Corralito". —En canoa por el mar. —Las tijeretas y el alcatraz —Top, mi perro de Terranova que no quiso crecer. —Pérdida y hallazgo de Top en el río Balao. —El extraordinario instinto de los canes.

"Corralito": así se llama o se llamaba una pequeñísima península que el Golfo de Guayaquil había formado a algunos kilómetros de la desembocadura del río Balao. Las arenas del mar, amontonadas por la acción de las olas, se habían alzado por encima del nivel de éstas. Unos pescadores la descubrieron un día y varios de ellos construyeron allí sus casuchas de caña. En el aguaje, el mar subía más y unía su caudal al de la ensenada que se formaba detrás del islote o península; de modo que el oleaje batía los postes o columnas, y desde arriba se veía el agua agitada bajo los pies.

Lugar de veraneo y convalecencia, "Corralito" era cada año nuestro refugio en los días cálidos de ese estío tropical, que absurdamente se domina "invierno", solo porque es la estación lluviosa. Pilotear una canoa era nuestro mejor deporte, y llegamos mi hermana y yo varias veces a pleno mar. Era una verdadera hazaña la de esa hermana mía, valerosa y hasta temeraria. En cierta ocasión mi madre la buscó por todas partes y no la encontró. Cuando salimos a la playa, la vimos a lo lejos en una canoa, remando contra el oleaje agitado. Fue un momento de grave preocupación para todos. Así fue como, cuando llegó a la playa, recibió una grave reprimenda de parte de mi madre.

No había para nosotros mayor felicidad que la de salir a buscar en la arena almejas, jaibas y cangrejitos, de esos que abundan en nuestra riquísima playa. Puede decirse, además, que cada gota de agua lleva en sí miríadas de pequeños seres de diversas formas y tamaños.

En nuestra imaginación infantil, otro motivo de sorpresa era la abundancia de aves marinas, zancudas y palmípedas, que poblaban a ciertas horas el cielo y la playa de Corralito: el vuelo majestuoso de las tijeretas, que se mecían en la altura con elegancia suma y simulaban grandes signos ortográficos suspensos del espacio. Hacían a veces, unas tras otras, grandes formaciones aladas, y parecían obedecer a un jefe, que las encabezaba, para lanzarse de golpe todas ellas, sumergirse en el mar, y salir después a flote cada una con su pez en el pico.

Los alcatraces, enormes palmípedos, son tal vez las más grandes de las aves marinas que pueblan nuestras costas, con una envergadura de dos y medio a tres metros, y un pico gigantesco provisto de una enorme bolsa membranosa, especie de reservorio para alojar la pesca. En su fealdad hierática, esos colosos del cielo marítimo tienen cierta belleza un tanto cómica. Mas algo digno de nuestro asombro era lo siguiente: los alcatraces son también insignes pescadores y desde lo alto se arrojan al mar de cabeza y salen a flote después, con una presa en el pico; pero junto a cada uno de ellos, vuela un avecita pequeña, cuyo nombre no recuerdo, que le escolta y está lista para el momento en que el alcatraz lanza el pez al aire para recibirlo en sus fauces abiertas y su bolsa colectora: entonces, con gran ligereza, esa pequeña ave se apodera del pez y escapa a comérselo muy tranquilamente. El alcatraz vuelve a pescar para, de nuevo, ser defraudado por su inseparable satélite. Ni un signo de desagrado se manifiesta, sin embargo, en su solemne talante. Eso me ha parecido admirablemente expresado, aplicado a la especie humana, en un adagio popular que he oído después: "El vivo vive del tonto, y el tonto de su trabajo", o, también, "Nadie sabe para quién trabaja".

El vuelo de las aves, a orillas del mar, toma un aspecto muy distinto del ordinario: mecidos por la fuerte brisa marítima, esos volátiles casi no tienen necesidad de batir sus alas, y así se mecen plácidamente en el espacio con majestuosa calma, pendientes de sus alas extendidas. Para tomar tierra se posan frente a la dirección del viento y así se muestran muy airosas al tocar el suelo.

Es curioso cómo hasta esos repugnantes volátiles, llamados entre nosotros gallinazos y en otros lugares zopilotes, hacen proezas y filigranas en los vientos del borde del mar.

Para nosotros, al fin de semana o en las vacaciones que nos daban nuestros padres —quiénes eran también, mientras permanecimos en la Costa, nuestros preceptores— no había, pues, mejor recompensa que el ofrecimiento de salir a "Corralito". Buen lector de Julio Verne, en cuyas novelas figura casi siempre un perro dotado de gran instinto, fidelidad y abnegación, yo ansiaba poseer uno y fue grande mi dicha cuando un amigo de mi padre me trajo un pequeño can, muy tierno, asegurándome que era de una magnífica raza de Terranova.

Puse todo mi cariño en ese animalito y esperé verle crecer hasta alcanzar el tamaño magnífico que poseen los de esa raza. Por desgracia, el perrito no creció y se quedó como un vulgar ratonero, chiquitín, feo y lanudo. Yo le puse el nombre de Top, que era el del perro de *La isla misteriosa,* de Julio Verne.

Top me resultó mal educado, destrozaba las sillas de la casa raspándolas con las uñas antes de acostarse en ellas.

Pero yo le quería mucho porque era muy adicto a mí y no se separaba un momento. Un día noté que Top no aparecía por ninguna parte. Yo no quería manifestar tristeza ni decir nada a mis padres, pero sufría inmensamente. Al fin no pude contenerme y comencé a llamar al can a grandes voces y, al ver que no asomaba, lloré amargamente. Mi madre quería consolarme, pero no lo lograba. Pasaron muchos días y yo explicaba la desaparición de Top por algún envenenamiento propinado por cualquier vecino.

A los ocho o diez días de la desaparición del perrito, fuimos un día a bañarnos en el río Balao. Había un lugar muy bonito para el baño, porque tenía un remanso excelente y era bastante apartado del pueblo. Se llamaba "La Fruta del Pan", por un gigantesco árbol de esa especie, que allí había. Quedaba, tal vez, a un kilómetro de distancia. Estábamos en lo mejor del baño, hundidos en el agua hasta el cuello, nadando y zabullendo en las tibias aguas, cuando de repente oímos un aullido angustioso, que procedía del

otro lado del río. No sabíamos a qué perro atribuir esos ladridos y, cuando menos lo pensábamos, vimos que Top, el mismísimo Top, tantos días atrás perdido, se arrojaba valientemente a la corriente y venía nadando hacia nosotros. Para mí fue motivo de gran júbilo la reaparición de mi amigo perdido, el cual, cuando salimos a la orilla, me asaltó a brincos, abrazos y hasta besos, después de un gran revuelco en la arena.

Supe luego que Top había sido confinado en una hacienda muy distante, llamada "La Jagua", a unos cuarenta o más kilómetros de Balao. Mis padres lo habían regalado a unos montubios que habitaban en ese lugar, con la consigna de llevárselo guardado dentro de un saco de cáñamo, de modo que no viera el camino.

Sin embargo, el perrito no pudo soportar la ausencia de su amo y escapó del cuidado de sus carceleros, cortando con los dientes la cuerda o cabo que lo sujetaba. Huyó cauteloso y abriéndose paso al través de las malezas, saltando o sorteando zanjas, huyendo de otros canes que lo perseguían, inventando, en fin, una ruta, recorrió esas decenas de kilómetros y llegó precisamente al lugar en donde nos bañábamos ese día. Instinto prodigioso, olfato excelente, o, tal vez, captación de ondas, la verdad es que no se halla una explicación plausible para esas admirables muestras de un sentido de orientación y de esa fidelidad que hace que un can vuelva desde lugares apartadísimos hasta su amo.

En el semblante de mis padres leí una emoción indisimulable. Yo, que aún ignoraba el asunto, no supe cómo explicar por qué se llenaron de lágrimas los ojos de mi madre cuando me vio regresar triunfante con mi perrito al lado. Tampoco pude comprender por qué se me ofreció que el perrito no volvería a perderse.

CAPÍTULO XII

Mi regreso a Cuenca para ingresar a secundaria. — Recuerdos sobre mi abuelo, mis tíos y mis padrinos. —Coincidencias familiares. —La luna y su romántico reinado. —Mi preparación para la primera comunión. —Concordancia entre la ciencia y la fe.

Mediante la enseñanza que me dio mi padre en Balao me encontraba ya en capacidad de ingresar en secundaria. La familia debía permanecer algún tiempo más en la Costa y se resolvió que yo volviese a Cuenca para entrar al colegio. El viaje se efectuó en septiembre de 1895.

Llegué en casa de mis abuelos paternos, don Simón Crespo y Rodríguez y doña Amalia Astudillo y Ochoa. Ellos y mis tías y tíos me acogieron cariñosamente e hicieron de mí el sobrino preferido.

Había sido en aquella casa donde llegué a la vida diez años antes. Era de un solo piso, de estilo antiguo y con grandes patios empedrados, de los cuales el primero era un extenso jardín, en el que se alzaba un enorme pino de tazas superpuestas, de aquellos que se denominan botánicamente "araucarias". Ese pino había sido sembrado por las manos venerables de aquel viejecito que tanto me quería, y era objeto de las permanentes atenciones de mi abuelo. También había sembrado un níspero, un limonero y una magnolia, a los que igualmente prodigaba sus afanes. Las otras plantas, en cambio —bellos rosales en torno de cada árbol, gladiolos y azucenas, madreselvas y violetas— eran mimadas por mis tías, y daban magníficas flores que, en ramos y ramilletes, iban a perfumarlos altares de la vecina iglesia de Santo Domingo, de la que eran devotas esas virtuosas y bellas mujeres, de luengas cabelleras rubias y onduladas, santas jóvenes que conservaban la tradición castellana de virtud y de fervor cristianos.

La mayor de mis tías era doña Luz Crespo de Crespo, una dama alta, blanca, de rizados cabellos, en cuya frente se leía el talento, y que era algo así como la consultora y consejera de la

familia. Ella y su esposo, don Andrés Crespo, apuesto militar de alta graduación, edecán de su primo el presidente Luis Cordero Crespo, de continente marcial, barba cerrada y ojuelos picarescos, habían sido los padrinos de mi bautizo, celebrado, según me lo refirieron y lo he visto después en la partida respectiva, en el templo parroquial de San Francisco, al día siguiente de mi nacimiento. El cura, un doctor Ormaza, blanco y rollizo sacerdote que durante varios decenios dirigió esa parroquia, me había impuesto los nombres de José Simón Emiliano Remigio. Mi mujer, menor a mí con diez años, había sido también bautizada por el mismo párroco.

Esta coincidencia me hace recordar otra, en relación con mi nacimiento. Cuando yo vine al mundo, como primogénito varón en mi familia, mi padre, el doctor Emiliano Crespo Astudillo, nacido el 20 de julio de 1855, tenía treinta años y dos días. Treinta años y dos días había tenido, también, mi abuelo, don Simón Crespo Rodríguez, cuando nació mi padre, su primer hijo varón. Y, cosa curiosa, yo tenía treinta años cuando nació el ahora doctor Emiliano Crespo Toral, primer varón de entre mis hijos. Además de esto debo consignar que mi padre fue médico, médico he sido yo y médico es mi primogénito varón, al igual que dos de sus hermanos menores, el uno pediatra y el otro laboratorista.[38] Cuando hay una gran veneración por un padre, los hijos quieren seguir sus pasos en la vida y aman intensamente la profesión y oficio del padre querido. Las demás son coincidencias que nada significan cuando aparecen en la vida de un hombre ordinario, como yo, pero que en la de un genio cobrarían grande interés.

Fui, pues, según dije anteriormente, el nieto y el sobrino predilecto de mis abuelos y tíos, respectivamente, y gozaba de especiales distinciones entre los numerosos nietos de aquella vieja familia castellana. Para mí había dulces y confites y, en los días de ayuno, yo me regalaba concurriendo a la mesa de mi mamá,

[38] Fueron los doctores Rodrigo y Daniel Crespo Toral *(N. del E.)*.

que hacía la colación anticipada, y a la de mis tías, que cumplían el genuino ayuno romano. De ese modo, el mío era totalmente opuesto al que prescribe la Santa Madre Iglesia, aunque, de verdad, no estaba aún obligado a él por mis cortos años.

Esa casa solariega de mis abuelos estaba situada en la "Calle de Santander", ahora denominada "Gran Colombia", entre las hoy llamadas "Tarqui" y "General Torres", frente a la del señor Miguel Peña, que entonces era de mi tía Luz. Por el centro de esa calle —como por el de todas las vías longitudinales de mi ciudad nativa, es decir las que van de oriente a occidente— corría una abundante y bulliciosa acequia, que al llegar a la cuadra inmediata se perdía en el subsuelo, pues ya se había empezado allí una alcantarilla. Tales acequias, único sistema de limpieza y drenaje, que en aquellos remotos tiempos era el medio de liberar a las poblaciones de detritus malsanos, no existían en las calles transversales, o sea aquellas que van de Norte a Sur. Y no se crea que estos arroyos, que han desaparecido con la moderna canalización, existían solo en mi ciudad natal, o en otras del Ecuador o de América: cuando años después viajaba yo por Suiza vi, con asombro, que en Berna había también una profunda acequia en una de sus calles principales y —no me avergüenzo de decirlo— sentí una profunda satisfacción al comprobar ese detalle. "Mal de muchos…"

Hoy, la vieja morada de mis abuelos, enajenada y parcelada, forma un conjunto de casas más modernas, pero éstas han perdido todo el encanto de las antiguas mansiones, que daban tanta peculiaridad y atractivo a la vieja y española ciudad de Cuenca. Esta ha conservado, en cambio, su trazo primitivo. Los fundadores de ciudades del siglo XVI, cuando tenían que hacerlo en despoblado y no utilizaban los asientos indígenas, trazaban las calles a cordel, en forma perfectamente rectangular, semejante a verdaderos tableros de ajedrez. Así fue trazada Cuenca, puesto que, como lo dijimos al comienzo, ya no quedaban vestigios utilizables de la antigua Tomebamba. Así se explica la orientación de sus calles, de sur a norte y de oriente a occidente.

Si bien Cuenca era, ya para entonces, una villa bastante adelantada al compararla con otras que se hallaban en análogas condiciones de aislamiento y proscripción, carecía, como he referido ya en otra parte, de alumbrado público. Cada propietario debía prender su farol y quien no lo hiciese así estaba condenado a pagar una multa diaria de un peso. Muchas personas del pueblo, sin embargo, en cuanto se alejaba el policía municipal que anunciaba la hora de encender las bujías, y se perdía a lo lejos el sonido de su musical y melodioso llamamiento, se apresuraban también a apagar la llamita apenas perceptible del vigilante farolillo.

Pero las noches de luna no era obligatorio "prender la luz". Selene llenaba con sus resplandores las calles y patios de la ciudad de Don Gil. Éramos entonces grandes admiradores del astro de la noche. Hoy el alumbrado eléctrico ha hecho olvidar a los humanos ese satélite fiel, compañero de la Tierra, generoso con su luz pálida que plateaba los muros de las casas y regaba su melancolía sobre nuestros anhelos y sobre nuestros desvelos, confidente, testigo y cómplice, muchas veces, de nuestros románticos y castos amoríos.

Era costumbre, en esos bienhadados tiempos, que las familias y sus amistades saliesen a los campos aledaños a gozar de los rayos de la luna. Había sobre todo un sitio de predilección para esos paseos nocturnos, que era el "Puente del Vado". Allí los jóvenes y las chicas, acompañados de los sones de la guitarra, cantaban yaravíes típicos de nuestra sierra. En esas noches quedaba suprimida una costumbre que era de regla y de tono: que la gente de viso saliese precedida por un paje o una sirvienta que alumbrase las calles con un gran farol de dos velas esteáricas. La luna las volvía inútiles, y el gran astro nocturno imponía, así, su romántico y pálido reinado. Y al son de la vihuela, hombres y mujeres de cada grupo familiar, formando coros, cantaban hermosas coplas y melancólicas endechas, de temas generalmente locales.

Yo era un chiquillo entonces y me embelesaba al escuchar las voces de mis tíos Octaviano, Victoria y Leopoldina. También formaba parte del coro una sirvienta, dotada de una bella voz de soprano, llamada Teresa Mora. ¡Qué cantos, Dios mío, tan dul-

ces y melodiosos, tan llenos de sentimiento! Ellos han quedado grabados en mi memoria y al recordarlos una profunda emoción invade mi espíritu y me llena de saudades y nostalgias.

Las poesías de Miguel Moreno o de Honorato Vásquez eran las letras más socorridas de aquellos melodiosísimos cantares, que se alzaban en la noche, a orillas del Tomebamba. Un grupo empezaba, de pronto:

Crie una paloma hermosa,
mi esperanza y mi ilusión;
mas ella huyó veleidosa.
¡Ay, paloma! ¡Ay, corazón!

Yo formé en el pecho mío
un nido para ti, infiel,
y tú lo dejas vacío.
¡Ay, paloma! ¡Eres muy cruel!

Vuelve, vuelve, te lo ruego,
por nuestro soñado Edén,
por mi amor ardiente y ciego
y por el tuyo también...

Y otro grupo, desde el otro lado del puente, respondía, a veces con aquellos versos de don Antonio de Trueba, el poeta español tan gustado en aquellos años de fin de siglo:

Al salir el sol dorado
esta mañana te vi,
cogiendo, niña, en tu huerto,
matitas de perejil.
Y por verte más de cerca
en el huerto me escondí
y sabrás que eché de menos
mi corazón al salir.

Dámelo, perejilera,
que te lo vengo a pedir
ese corazón ardiente
que me quitaste al partir.

La luna, desde un cielo límpido, contemplaba esos grupos de cantores y parecía resplandecer más al verse admirada por todos. En ocasiones, todos los grupos parecían ponerse de acuerdo para hacer un largo silencio y contemplarla. Y, de pronto, otra vez brotaban las melodías:

El valle de la vida
tiene dos puertas:
dichosos los que salen,
tristes los que entran,
que de entrada a salida
mucho se pena.

Ay, hija de mi alma,
cuantos pesares,
tendrás antes que llegues
al fin del valle...

El río Tomebamba añadía sus sonoros acentos a los cantares sencillos de los moradores de sus riberas. Entonces, como una nota de arrepentimiento por haber entonado los poemas de don Antonio de Trueba, todos volvían a cantar a Miguel Moreno:

Palomita, paloma,
paloma blanca,
llévame por los aires
de la esperanza...

¡Recuerdos inefables de mi remotísima infancia, cargados de poesía y de sentimiento, cuán gratos sois para mí corazón! Tenéis

la virtud de hacer florecer en mí nuevas flores: ¡ay, cómo perfumaban el ambiente, en esas noches preñadas de encanto, tantos jazmines, violetas y arirumbas! Sobre ellas pongo yo, ahora, como una aureola nostálgica, el iris del tiempo pasado....

Tenía entonces, sí, la edad de 10 años, edad apropiada, en aquella época, para hacer la primera comunión. Se creía que para realizar un acto tan trascendental en la vida espiritual era necesario que el niño se diera perfecta cuenta de lo augusto de semejante acto. Fue muy posteriormente cuando el pontífice máximo Pío X reformó esa costumbre y juzgó mejor permitir que el niño, apenas tenga uso de razón y sepa distinguir el pan eucarístico del ordinario, se acerque al altar a recibir el augusto sacramento de la eucaristía, y difundió, además, entre los fieles, el hábito de la comunión frecuente. Antes dominaba en la Iglesia un criterio muy riguroso que tenía, según la opinión de los teólogos, mucho de jansenismo.

Mi preparación para la primera comunión fue encomendada por mis tías a un padre dominico muy virtuoso y austero y, además, profundo teólogo, el padre Alberto Piedra. A él debo mucho de la fe y las convicciones religiosas, que no me han abandonado en el largo curso de mi existencia. Tanto a mi madre, que inculcó en mi alma las primeras nociones de religión, como a ese benemérito sacerdote que me las amplió y afirmó, debo el haber triunfado en mis creencias sobre los innumerables embates que he tenido que soportar en mi vida, especialmente los que se me han presentado en los estudios de medicina —que en mis años de Europa eran de rudo materialismo—. Se creía entonces que un biólogo, un médico, no podía jamás ser creyente. Yo siempre he pensado lo contrario, pues mientras más se ahonda en los misterios del organismo humano, mientras más se conocen su estructura y sus funciones, menos se puede creer que sean resultado del acaso, y en todo se encuentra un plan infinitamente sabio y providente. Negar a Dios es, para el médico sincero y no prevenido, un absurdo y un criminal desconocimiento de la providencia omnipotente y omnisciente.

A los diez años, en la iglesia de Santo Domingo, recibí, pues, por vez primera, el Sagrado Cuerpo de Cristo. Me acompañaron a la mesa eucarística mis amados abuelos paternos y mis inolvidables tías. Era aquel el día en que se celebraba la festividad de la Inmaculada Concepción.

CAPÍTULO XIII

Más sobre mi abuelo, don Simón Crespo y Rodríguez. —Retrato de un hidalgo de Castilla. —"Taita", "papá" y "papi". —El buen tabaco de Loja. —Los fósforos y el yesquero. —El rosario familiar. —Piadosos enigmas en mi infancia.

En el interior de su casa solariega mi abuelo, don Simón Crespo y Rodríguez, solía usar un poncho negro de paño, con ribete de reata de seda, unas veces gorra de terciopelo con borla lateral y otras un sombrero muy fino de paja toquilla. Para salir a la calle, sobre su terno, generalmente negro o de color oscuro, se cubría con hermosa capa española, de aquellas que se usaban entonces, que tenían un revés de terciopelo a rayas de varios colores y que eran muy elegantes. Caía desde el cuello hasta las muñecas una sobrecapa o muceta de igual tela y color, así como eran iguales los ribetes.

Mi abuelito pasaba muchos días en su hacienda de Chuquipata entregado a sus labores agrícolas. Él en persona cultivaba su huerto de frutales y hortalizas muy seleccionadas y delicadas. Él en persona solía trazar el curso del agua del riego, llevándola hacia las plantas con un cariño paternal. Al fin de la semana retornaba a su casa de Cuenca y era una dicha verlo llegar cabalgando en uno de sus buenos alazanes y trayendo en las alforjas deliciosas frutas y mil otros regalos para la familia. Sus hijas y nietos lo circundábamos apenas bajaba del caballo, procurando ser cada cual el primero en abrazarle, y besar sus venerables canas de plata bruñida.

De alta estatura y de cuerpo algo inclinado por los años, su fisonomía era la de un hidalgo de Castilla. Sus ojos, de un azul claro. Su nariz, bastante aguileña. Su bigote, recortado a plomo sobre el labio superior, conservaba aún el color rubio primitivo entremezclado con las nacientes canas. En todo aquel conjunto había algo así como un halo de majestad amabilísima que, ha-

ciéndole muy respetable, le daba al mismo tiempo una afabilidad extraordinaria.

En esos buenos tiempos de Dios a los padres y abuelitos ni siquiera se les llamaba "papá", mucho menos "papi", como ahora, sino "taitito", palabra derivada seguramente del quechua "taita", con el diminutivo español *ito*. "Taitito Simoncito" era, pues, la manera como llamábamos a ese respetable y queridísimo anciano, objeto de toda nuestra afección y de todo nuestro respeto. Mis primos Cordero Crespo, que residían en la ciudad de Azogues, llegaron un día con la novedad de tratar al abuelito de "papá Simoncito": eso nos pareció un desacato que reprobamos indignados, y continuamos tratándole de "taitito", con toda dignidad...

Ya dije que indudablemente era yo el preferido entre los nietos, aunque parece que cada uno de mis primos y primas creía lo mismo respecto de su propia persona. Mas quizás yo sí tenía razón en mis pretensiones, porque cuando íbamos de vacaciones a la querida hacienda, mientras a la noche a todos los demás primos se servía agua de raspadura con el exquisito pan que se labraba allí mismo, a mí me daban una taza de café con leche idéntica a la que se servía a mis abuelos. Tal vez aquello no era una distinción ni muestra de preferencial afecto, sino que, como durante más de un año viví yo en la casa de esos queridos ancianos, lejos de mis padres, se me consideraba, por su ausencia, como digno de especial tratamiento. Los demás tenían muy cerca de ellos a sus progenitores y, por consiguiente, no sufrían en ese sentido.

Mi abuelito era gran fumador. Fumaba de ese tabaco criollo que se elaboraba en Loja y que venía en forma de mazos gruesos, largos y oscuros, envueltos en tiras de fibras vegetales. Tenía una cuchilla o máquina especial de picar —una especie de palanca plana de segundo orden, que poseía un filo cortante y se articulaba sobre un tabaco en su extremidad, por medio de un gozne—. Él, en persona, ejecutaba la labor de picar su tabaco, que reunía en considerable cantidad en hermética caja, para que no se perdiera su exquisito olor. Tenía también unos pequeños blocks de papel especial, muy fino y amarillo, que llamaban "de trigo",

cortado en rectángulos de tamaño apropiado para envolver esa picadura y hacer un cigarrillo de tamaño normal.

Los enhacendados y campesinos en general, para encender sus cigarrillos, no usaban fósforos o cerillas que, con los vientos del campo, se apagaban instantáneamente volviéndose muy difícil encender o "prender", como se decía entonces, perdiéndose así la mayor parte de una cajita. Ellos tenían otro medio más práctico, que era un instrumento llamado "yesquero" y que consistía en un tubo de plata, oro, o metal amarillo, según las capacidades económicas de cada uno, tubo que por un extremo se tapaba con un pequeño cono del mismo metal atado a él por una cadenita, y que en la parte inferior tenía un ganchito, en donde se enganchaba una mecha, de sustancia muy combustible, forrada de sutil tejido que la mantenía unida. Esa mecha pasaba por el interior del tubo saliendo por el extremo opuesto, y cuyo exceso se arrollaba. Para obtener el fuego se empleaba entonces el pedernal y el eslabón de fino acero. Teniendo en la mano izquierda el pedernal, junto a la yesca, y con la derecha el eslabón, se hería con este a aquel, haciendo saltar chispas que, al caer en la yesca, la encendía instantáneamente, produciendo un fuego que ni el más fuerte viento apagaba. Mi abuelito, sin embargo, en vez del vulgar pedernal usaba unos bellísimos prismas de cristal de roca, que eran mi admiración, procedentes de alguna cantera de las vecindades de la hacienda. Mientras sostenía en sus labios el cigarrillo ya liado, con golpes maestros hacía saltar las chispas que prendían fuego a la yesca, con el consiguiente asombro de los chicos circundantes.

Ese santo varón, modelo de todas las virtudes, presidía el sacramental rosario nocturno cuando estaba en casa. En su ausencia, era la bonísima abuelita quien nos hacía rezar. En el dormitorio tenían mis abuelos un altar, y en él un Crucifijo acompañado de la Santísima Virgen de Dolores, de San Juan y la Magdalena. También había, sentado sobre un fragmento de columna, un *Ecce Homo* bellísimo, cuyo cuerpo estaba cruzado de foetazos y su cabeza coronada de espinas. Un precioso mantel de lino cubría la mesa que soportaba las imágenes. Ante ese altar nos arrodillá-

bamos mis abuelos, mis tías, mi madre y nosotros, y recitábamos con la mayor devoción el santo rosario.

Después de la Salve y antes de la letanía, el venerable abuelo nos hacía rezar un "ofrecimiento", que comenzaba así:

¡Oh, María, sacra aurora,
Templo de Dios y Sagrario,
yo te ofrezco este rosario,
Madre, Reina y Protectora.
Por él alcanza, Señora,
de nuestras culpas perdón,
Salud del papa, y unión
entre príncipes cristianos,
victoria contra paganos
y de herejes conversión...

Recuerdo que, para mí, en los primerísimos años de mi vida, había muchos misterios en esa oración. No entendía, por ejemplo, ese "sacrorora", y mucho menos ese "sinderectes conversión", pues así habían captado mis infantiles oídos "Sacra aurora" e "y de herejes conversión", en las preces del venerable abuelo. Me fue necesario llegar a la adolescencia para rectificar, yo mismo, los enigmáticos vocablos en su sentido verdadero.

He procurado siempre, a lo largo de mi vida, mantener la práctica del rosario en familia, aprendida en aquellos lejanos días de permanencia con mis amados abuelos.

CAPÍTULO XIV

Mi ingreso a secundaria, al Colegio Seminario Conciliar. — Cómo se hacían entonces los estudios secundarios. —Superioridad de aquel plan de estudios al actual. — Sistema de calificaciones. —Mi conducta escolar. —Los látigos de Zambrano. —Implantación del "camarote".

Pocos meses después de cumplidos los diez años —pues en esa época no había la exigencia de que el educando tuviera tal o cual edad— ingresé al Colegio Seminario Conciliar de Cuenca, regido entonces por el insigne rector doctor Joaquín Martínez Tamariz, canónigo de la Catedral.

Para mí, el ingreso a secundaria fue un acontecimiento. Aunque medio montubio por la permanencia de dos años en un pueblecito de la Costa, lo cual acentuaba mi natural timidez y retraimiento, yo había cifrado grandes ilusiones en el estudio del colegio y había aureolado de especial dignidad la calidad de estudiante. El encuentro con un tan considerable número de alumnos, entre los cuales abundaban aquellos que hacían gala de mala educación y se mostraban amigos de hacer sufrir a los más pequeños y más débiles que ellos, no pudo sino causarme una profunda impresión. No pocos compañeros, al comienzo, me tomaron como sujeto de sus bromas de mal tono, y se encantaban en fastidiarme. Quizás influía en ello, además, mis buenos modales, que contrastaban con los de aquel grupo, empeñado en utilizar un lenguaje incorrecto y un vocabulario soez, y, tal vez también, la diferencia que había entre su modo de vestir y el mío, en el cual mis padres habían puesto especial empeño, lo cual debía originar, probablemente, alguna envidia y malevolencia. Pronto, sin embargo, logré imponerme gracias a mi dedicación al estudio.

El plan del colegio secundario se llevaba, en ese tiempo, en la forma siguiente: había tres años llamados de "Humanidades", en los que se estudiaba gramática castellana, gramática latina, histo-

ria universal y del Ecuador, geografía universal y patria, aritmética, catecismo, urbanidad, etc.

Desde el cuarto año de estudios, éstos se especializaban del modo siguiente: literatura e historia de la literatura, el cuarto año; matemáticas, algebra, geometría y trigonometría, en el quinto; física, química y ciencias naturales, en el sexto; y, en el séptimo, filosofía e historia de la filosofía. Desde el quinto año se estudiaba, también francés o inglés.

Tal plan de estudios me ha parecido siempre mejor que el que rige actualmente, porque ahora, al estudiar todas las materias divididas en muchos años, y simultáneamente muchas asignaturas, hay dos causas de embrollo para el alumno: la primera es que no se forma un solo cuerpo de doctrina y quedan descoyuntadas todas las materias; y la segunda, que se establece una confusión en la mente del estudiante por la dedicación a muchas materias al mismo tiempo. Yo no sé si tenga razón, pero, de hecho, me parece que el resultado de los dos sistemas fundamenta mi idea: antes, los estudiantes sabían mucho más de lo que saben ahora, y lo he podido comprobar durante más de cuarenta años de cátedra universitaria.

Sea de ello lo que fuere, yo recuerdo haber hecho progresos reales en el estudio. Sin embargo, el resultado del examen del primer año de gramática, llamado "Ínfima", fue para mí bastante mediocre, porque como era tan niño y huraño, en el momento de sentarme a rendir la prueba comencé a llorar de un modo inconsolable y, aunque entre lágrimas contesté lo mejor que pude, la votación fue de una primera y dos segundas.

Las calificaciones se hacían antes usando unas bolitas que llevaban escritos los números 1, 2, 3 y 4, habiendo tres bolitas de cada número. Correspondían las primeras a la mejor calificación, las segundas a "buena", a "regular" las terceras y los cuatro a "mala". Cada profesor recibía una bolita de cada número y depositaba en una bolsa de terciopelo la que creía conveniente. El secretario extraía de la bolsa las tres bolitas y enunciaba la votación. Con aquel sistema resultaban una serie de matices en las

calificaciones: “tres primeras” era el máximum; “dos primeras y una segunda” era algo menos, y así sucesivamente.

Aquellas dos segundas que recibí en el primer año de colegio me sirvieron para poner mayor empeño en el estudio y, además, para mostrar un poco más de valor en las pruebas escolares. Desde ese día creo que nunca volví a tener segundas en mis exámenes ni grados. Me place confesar —aun a riesgo de atentar contra la modestia— que todas las posteriores calificaciones, desde el colegio hasta la universidad, fueron “primeras”.

También procuré ser un muchacho de conducta ejemplar. Sobre todo, jamás comprendí cómo los alumnos podían ser altaneros e insolentes con sus profesores y superiores. “¿Para qué estamos aquí?”, me preguntaba. Y yo mismo me respondía: “Estamos para aprender, y estamos voluntariamente. Y son los profesores y superiores quienes nos enseñan y nos vigilan por nuestro aprendizaje y buen comportamiento”. “¿Por qué sublevarse y causarles disgustos?”, continuaba preguntándome. Y, en mi diálogo interior, una voz secreta me respondía: “Es grave ingratitud proceder en forma poco caballerosa y aún indigna con los maestros”. Evité, pues, hacer coro al infaltable grupo de muchachos díscolos, que procuraban volverse insoportables y hacían gala de mala educación.

Pero tampoco caí en el pecado opuesto del adulo y la lisonja. En contraste con el grupo antes citado, había otro, pues muchos niños y adolescentes vivían en torno a determinados maestros y, por supuesto, gozaban del favor de éstos.

Recuerdo, por ejemplo, a Manuel María Borrero, mimado de los profesores del Seminario. Había en esos grupos inclusive algunos estudiantes que hacían el papel como de “detectives” en medio de los demás, y que llevaban enredos y chismes, o los creaban, ante los profesores y autoridades del colegio. Jamás llegué a conocer si lo hacían por propia iniciativa o impulsados por los superiores. Lo que recuerdo es que siempre me repugnó esa falta de solidaridad y en algunas ocasiones fui víctima de mi proceder decente, porque cuando algún superior solicitó de mí una

información, cuando se requería investigar una falta en la que tomó parte un buen compañero, preferí ser castigado antes que hacer el infamante papel de espía o de soplón.

Pero muchas veces, ni siquiera una conducta intachable precautela al alumno contra un abuso de autoridad por parte de los superiores. La suerte del alumno que procura mantener su altivez y dignidad es a veces harto triste: por un lado, recibe la hostilidad del grupo de compañeros que hacen una especie de profesión con la mala conducta; y de otro, es víctima de la antipatía de los profesores que no encuentran en él un incondicional. Todos le juzgan, entonces, engreído, y se requiere mucha voluntad y carácter para imponer, a unos y a otros, la propia valía, por pequeña que ésta sea.

Era vicerrector un sacerdote muy inteligente, gran orador sagrado, poeta y hombre ilustradísimo. De ordinario era bueno y generoso, pero había días en que venía con un carácter insoportable. Una mañana —yo estaba todavía en primer año— este superior, al momento de subir a la capilla, ordenó en alta voz:

—Crespo ¡quédese usted!

Yo bien sabía que tales órdenes tenían por objeto castigar a los muchachos que cometían alguna falta en los llamados "tránsitos"; pero como yo no me sentía culpable creí más bien, en mi ingenuidad, que iba a ser premiado por mi buen comportamiento. Una vez delante del santo vicerrector, con otros compañeros también detenidos en igual forma que yo, aquel me dijo:

—¡Muestre la mano, Crespo!

En la suya, el profesor ocultaba un látigo de varias colas. Solo entonces me di cuenta, con enorme sorpresa, de que no iba a ser premiado, como tan candorosamente creía, sino castigado, y haciendo un esfuerzo para vencer mi temor pregunté a media voz:

—¿Por qué desea usted castigarme, señor doctor? ¿Qué falta he cometido?

—Muestre la mano, le digo —replicó el sacerdote—. No tuve otra cosa qué hacer y extendí humildemente la diestra, recibiendo en ella tres foetazos bien aplicados. Pero como no podía convenirme con tanta injusticia, puesto que mi conciencia no me

decía nada al respecto, antes de salir del local volví a inquirir del vicerrector por qué me había pegado. Entonces, el me respondió:

—Usted, Crespo, es muy orgulloso y pedante. Con su sombrerito de pajilla puesto de lado se cree un gran personaje. Le he castigado para que deje de ser soberbio.

Desde aquella ocasión, cuantas veces pasaba cerca del jupiteriano vicerrector, llevaba la mano humildemente al sombrerito y, tomándolo por la falda, lo levantaba un poquito sobre la cabeza. Muchas veces el tonante maestro ni siquiera se dignaba contestar.

En ese tiempo se castigaba a los estudiantes con látigo. Había un hombrecito, de apellido Zambrano, que fabricaba unos látigos estupendos con cierto órgano del buey que, por lo duro y elástico, no tiene rival entre los otros de ese cuadrúpedo, por lo que llevaba el látigo el nombre propio de aquel órgano. Mas como esa denominación era poco decente de exhibirse, se había designado a aquel instrumento de castigo con el nombre de su fabricante, y se le llamaba "zambrano". En el colegio en que estudiaba yo, todos los superiores y profesores estaban provistos de un "zambrano" que, suspendido de un clavo en la pared, junto al asiento del profesor o del inspector, hablaba a los alumnos con más elocuencia que todas las amonestaciones juntas.

Era la mano, que había que extenderla ante el indignado superior, el sitio preferente para recibir esos azotes. Pero cuando la falta era más grave, el látigo se estrellaba contra las espaldas; y eran las posaderas las que sufrían cuando la falta era gravísima. "La letra con sangre entra", decía el adagio o aforismo dominante en esos buenos tiempos. Y había ocasión en que la mala lección se castigaba con uno, dos y hasta tres latigazos bien propinados. No se consideraba, por cierto, infamante tal castigo: este es un criterio moderno, aplicado a una realidad de hace sesenta años.[39] No se ha sabido jamás que alguien haya quedado infamado por haber recibido una o más buenas azotainas; en cambio, sé

[39] Es decir, de fines del siglo XIX *(N. del E.)*.

de muchos hombres ilustres que han culminado por sus méritos, cuyas espaldas y asentaderas habían sido visitadas muchas veces por el instrumento de castigo antes nombrado. Sé, también, que en países más adelantados que el Ecuador, continúa usándose el látigo en escuelas y colegios. Parece que el Espíritu Santo dice en el Libro de la Sabiduría: "El padre que no hace uso de la vara, no merece el nombre de padre". Por eso, en el hogar y en la escuela, el "zambrano" ocupaba lugar de honor, y no creo que haya habido un solo alumno de esos tiempos que hubiese dejado de recibir algunas caricias de ese temible artefacto.

No defiendo, por cierto, su uso actual. Han cambiado teorías y costumbres. Pero sí considero que es absurdo recriminar a aquellos tiempos con criterios actuales. Cuando vino el liberalismo al Ecuador se proscribió, en verdad, el uso del látigo en la escuela, en nombre de la dignidad humana y de los derechos del hombre. No había que "infamar" a los niños, se dijo entonces. Pero, en nombre de la misma dignidad y de los mismos derechos, se puso en boga otro instrumento de tortura, tan cruel y peligroso como el látigo: el llamado "camarote". Era este una especie de jaula estrecha y oscura, en la que se encerraba al muchacho, dejándole en inmovilidad absoluta, pues era tan reducida que apenas entraba un alumno. Muchas veces caía este, con camarote y todo, recibiendo fuertes contusiones. ¡Hoy, también el "camarote", traído por el liberalismo, ha sido desechado por inhumano y denigrante!

El muchacho penetraba en él y se mantenía de pie, los brazos y manos pegados al cuerpo. En la parte superior delantera había una especie de atril, en la puerta del camarote. Allí se colocaba el libro del alumno, dizque para que este siguiera estudiando. Ya es de calcular cuánta incomodidad sufriría el pobre castigado, sobre todo cuando la sanción duraba dos, tres, cuatro o más horas, cosa frecuente entonces. Ocasión hubo en que el portero se olvidó de que había un encerrado en el "camarote" y salió del local del colegio para volver al día siguiente y encontrar al infeliz castigado, casi moribundo, dentro del maldito aparato que había caído al suelo. Esa "conquista del liberalismo" duró muchos años, pero

fue también suprimido, no dejando en pos de sí ningún sistema de sanción que le sustituyese.

En la actualidad son las notas mensuales las que sancionan al alumno, pero sancionan más a los padres de familia, puesto que los niños no se preocupan tanto de las calificaciones. En cambio, los padres padecen las consecuencias. Es de creer que el castigo corporal, convenientemente administrado, tiene mucho que hacer en la educación de los niños. Así, no hace mucho tiempo, en Francia se creía, por parte de autoridades pedagógicas reconocidas, que al niño hay primero que amaestrarlo *(dressage),* tal como se hace con los animales, porque el niño no reflexiona suficientemente, y las sanciones de orden moral no actúan en la medida necesaria sobre su voluntad. Por eso, todo lo que es estímulo de orden espiritual tendría poca influencia sobre el ánimo del niño. Esta es la razón para que en algunos países, inclusive de los más adelantados, se use todavía, aunque en forma muy limitada, la sanción corporal a los alumnos.



Retrato grupal en un paseo. Desde la izquierda, Cornelio, Raquel, Julio Enrique, Leonor y María Esther "Matesha" Toral Vega. Leonor Palacios de Vega (con vestido marinero blanco). No se reconoce a quienes están en el barril o detrás de él. Luego están Jesús Toral Vega, Tomás "Tochito" Vega, Emiliano Crespo Astudillo y su esposa Lola Toral Vega. Aunque está movida, la siguiente persona probablemente es Dolores Vega Larrea y el último, Daniel Toral Malo, estos dos, suegros del doctor Emiliano. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO XV

Mis recuerdos infantiles de las luchas políticas del Ecuador. — Caída del presidente Luis Cordero y ascenso del general Alfaro al Poder. —La rebeldía de la católica Cuenca contra el sectarismo liberal-radical. —El doctor Peralta interfiere el nombramiento de mi padre como pacificador de Cuenca.

El mes de mi viaje a Cuenca desde Balao, cuando cumplidos mis diez primeros años resolvieron mis padres que ingresara a secundaria, fue el de septiembre de 1895. Cuatro meses antes se había producido el llamamiento al general Eloy Alfaro para que ingresara al Ecuador y se hiciera cargo del Poder. Para entonces, ya yo me daba cuenta precisa de los acontecimientos políticos. Recuerdo cuanta bulla causó aquel asunto o "affaire" de "la venta de la bandera", que trajo como consecuencia la dimisión del mando por parte del presidente constitucional, el doctor Luis Cordero Crespo, primo hermano de mi padre, y de quien había sido edecán mi padrino don Andrés Crespo.

En realidad, fueron los conservadores —y me es doloroso confesarlo— quienes causaron la caída de aquel presidente católico y precipitaron, así, el advenimiento del Partido Liberal-Radical, único usufructuario de aquella caída. Los conservadores habían decretado la oposición a don Luis Cordero Y, resueltos a apoderarse del mando, habían preparado una revuelta, que debía estallar el 10 de abril de 1895. En esa fecha el presidente de la República, sus ministros y altos funcionarios debían concurrir a la Catedral de Quito a una ceremonia religiosa de Semana Santa. Los conspiradores debían, entonces, detenerle, con todas las autoridades. Para ello, los conservadores habían sobornado un batallón, pero la víspera del golpe cometieron la imprudencia de repartir a la tropa varios barriles de aguardiente, y los soldados se habían lanzado ebrios a las calles, anticipando el golpe. Inmediatamente reaccionaron los cuerpos de tropa fieles al Gobierno. El

propio presidente, dando pruebas de valor, salió también a combatir, junto con sus dos hijos, Luis y Miguel. Los conspiradores fueron derrotados, pero el doctor Luis Cordero tuvo escrúpulos sobre su popularidad, y sobre si debía continuar en el mando, ante la oposición de conservadores y de liberales. Temeroso de ser la causa de un grave derramamiento de sangre, terminó por dimitir la Presidencia. Él era un hombre de alta cultura, un poeta de singular sensibilidad y no tenía ningún empeño en perpetuarse en el mando, en motivar, tal vez, sangrientos combates.

Alfaro, siempre en acecho fuera de la República, experimentado en revueltas y conspiraciones, en las cuales jamás había dejado de participar durante más de quince años, fue sorprendido con la llamada al Ecuador que le hacía una Junta de Notables constituida en Guayaquil. Lo cierto es que el eterno pretendiente a la Presidencia de la República, favorecido por la situación interna del país obtuvo, al fin, cuando menos lo esperaba, el éxito en sus ambiciones, para las que le habían ayudado varias Logias de América, y penetró al Ecuador.

Cuando llegué a Cuenca, pronto me di cuenta cabal de la situación, pese a mi corta edad: el terror se había enseñoreado de la ciudad, y eran el doctor José Peralta, Arsenio Ullauri y sus secuaces, quienes oprimían al pueblo, católico por convicción y por confesión, y a todos aquellos ciudadanos que no comulgaban con sus ideas ni podían soportar sus abusos. ¡Cuenca nunca pudo someterse a la férula de esos sicarios!

Un espíritu de rebeldía palpitaba en el corazón de aquel pueblo valeroso y heroico, y la revolución germinaba en él. El 3 de diciembre de 1895 se debeló, por parte de las autoridades, una conspiración en inminencia de estallido. Como consecuencia de esa tentativa frustrada se desató sobre la ciudad el más terrible alud de persecuciones, abusos y extorsiones. Varios de los más destacados ciudadanos tuvieron que huir del lugar. Hubo confiscaciones de bienes, prisiones y encarcelamientos, algunas veces acompañados de torturas materiales, como la aplicación del famoso "Cepo Pérez", monstruosa invención de espíritus sádicos,

cuya sola descripción espeluzna. ¡Jamás se habían aplicado en el Ecuador tales procedimientos, fuera de toda norma y de todo sentimiento de humanidad! Cuenca vivió meses de terrible angustia y zozobra, bajo la férula de Peralta, Ullauri y otros, como un tal Ezequiel Sánchez, un Manuel Peralta y varios más, seres infames que surgieron con la invasión liberal como sabandijas ponzoñosas.

En tales circunstancias, don Eloy Alfaro, conocedor de esa situación, resolvió mandar a Cuenca una persona de influjo para que, estudiando todos los hechos, pacificase la comarca. Consultó con don Darío Morla, notable ciudadano guayaquileño, sobre cuál sería esa persona, y este indicó al general Alfaro el nombre de mi padre, a quien recomendó por su talento, su ilustración, sus grandes méritos morales y cívicos, y por su prestancia en su ciudad natal, por pertenecer a una de las más antiguas y distinguidas familias de Cuenca.

El día menos pensado fue llamado mi padre a Guayaquil, y dejando de lado sus obligaciones profesionales, acudió al puerto y se entrevistó allí con Alfaro. Este le pidió como un especial favor que aceptase la designación que en él hacía y los plenos poderes que le confería para ir a Cuenca y pacificar a la ciudadanía, tan alarmada y convulsionada por la situación política. Mi padre, no obstante ser totalmente opuesto a Alfaro, y solo en vista de la situación anómala de su país natal, aceptó tan arriesgada empresa, no sin exponer estos puntos de vista al general. Partió de inmediato para Cuenca, a donde llegó en enero de 1896.

Al principio fue muy bien acogido. Las autoridades liberales apoderadas de la ciudad le tributaron los honores del caso. La ciudadanía pareció respirar, después de tanta opresión. Sin embargo, las credenciales no llegaban: como mi padre debía pasar primero por Balao antes de marchar a Cuenca, el general Alfaro le había prometido enviar las credenciales directamente a Cuenca. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no llegaban?

El doctor José Peralta, "el genio del mal" en la política alfarista, según se le ha llamado, había intervenido de por medio. Ente-

rado de la designación de mi padre y sabedor de la falta de credenciales, voló a entenderse directamente con Alfaro: indispuso ante él a mi padre, calificándole de uno de los peores enemigos del régimen, perteneciente a una familia de revolucionarios. Mas como la carta había sido ya despachada, de común acuerdo con los empleados de Correos logró que en Cuenca fuese interceptada, impidiendo así que llegasen las credenciales a su destino. Hermanos masones los dos, Alfaro y Peralta encontraron en ese expediente la manera más fácil de librarse de aquel elemento al que calificaron, desde entonces, como "reaccionario", y que sin embargo tanto hubiera ayudado al establecimiento de un modus vivendi entre el nuevo régimen y la católica Cuenca. La persecución empezó de pronto en la ciudad, y mi padre tuvo que viajar de incógnito a Guayaquil, por un camino extraviado, llamado La Quebrada Honda, ayudado por el señor Arcesio Pozo, entonces gobernador de la provincia del Cañar. De paso haré notar que este caballero, fervoroso alfarista al principio, al igual que su padre don Félix María Pozo, observando después cómo actuaba el liberalismo machetero se separó de él y pasó a militar en las filas del Partido Conservador, llegando a ser presidente del directorio provincial en el Azuay.

Mi padre llegó a Guayaquil y logró entrevistarse con el general Alfaro, llamándole la atención por no haber cumplido su palabra de enviarle las credenciales, dejándole así totalmente desautorizado. Pero Alfaro se limitó a explicarle que le había enviado el paquete con tales documentos, y que si no lo había recibido era seguramente "porque debía haberse extraviado". Trató luego de satisfacer a mi padre con explicaciones más o menos especiosas, pero dejó las cosas como estaban. Nunca más volvió a ver mi padre a quien en tal forma le engañó.

CAPÍTULO XVI

El general Leonidas Plaza es nombrado pacificador. —El 23 de mayo de 1896 Plaza huye disfrazado de monja. —Marcha de Antonio Vega sobre Cuenca. —El 5 de julio de 1896. —Conservatismo de mi familia. —Los jefes liberales prisioneros. —Nobleza de Antonio Vega con el doctor Peralta. —Nuevo asedio de Cuenca por las tropas alfaristas el 22 y 23 de agosto de 1896. —La sangrienta y heroica resistencia de la ciudad católica. —"La serpiente en la Universidad".

Fracasada, por las interferencias del doctor José Peralta, la designación de mi padre como pacificador de Cuenca, don Eloy Alfaro designó, entonces, para este cometido, al general Leonidas Plaza Gutiérrez. Este llegó y, como nuestra familia residía entonces en Balao y la casa nuestra se hallaba desocupada, se alojó en ella. Lo primero que hizo Plaza fue declararse en público, ante la numerosa gente que más que nada por curiosidad se aglomeró al pie del balcón desde donde hablaba, como "discípulo de Peralta". Esto causó la peor impresión en la ciudadanía porque, pese a su innegable talento, por sus arbitrariedades y sectarismo antirreligioso el doctor José Peralta se había convertido en el personaje más odiado por el Azuay. Fácilmente se comprenderá que la presencia de Plaza en Cuenca no apaciguó los ánimos en lo más mínimo sino que, por el contrario, los exasperó en grado máximo.

El 23 de agosto de 1896 hubo bullas en Cuenca: se anunciaba una revolución que debía estallar al toque de las campanas de San Blas, capitaneada por varios conservadores. Plaza, en vez de preparar a sus hombres para enfrentar la revuelta, solamente pensó en huir y, disfrazado de monja, entre gallos y medianoche, tomó por el camino a Naranjal. Lamentablemente irrumpió entonces a la ciudad un forajido, llamado León Valles Franco, con cuatrocientos soldados alfaristas. Ante su presencia, los jefes liberales que aún quedaban —entre ellos el odiado Peralta,

Ullauri y otros— creyeron tarea fácil mantener el dominio de la situación.

Pero las cosas se complicaron para ellos porque, para esa época, el general Antonio Vega se había levantado en armas en la provincia del Chimborazo, a la cabeza de un valiente grupo de patriotas que anhelaban la caída de Alfaro y de su dictadura. Vega se hallaba acompañado por don Pedro Lizarzaburo y por un señor Costales. Tuvo dos o tres combates con tropas del Gobierno, enviadas para enfrentarle, y logró triunfar. Pero no sé por qué incidente, aquellos jefes se disgustaron con el general Vega y este resolvió volver sobre Cuenca para tomarse la plaza. Le acompañaban apenas ochenta jóvenes guerrilleros.

El asalto a Cuenca tuvo lugar desde la madrugada del 5 de julio de 1896. Vega había destacado como avanzada a un caballero de apellido Guillén, a la cabeza de unos tres o cuatro soldados. Pero las tropas liberales le tendieron una emboscada y Guillén cayó prisionero. Sin fórmula de juicio, apenas con la consulta de Ullauri y Peralta, León Valles lo hizo fusilar y ordenó arrojar su cadáver al desagüe de la letrina de la Policía. ¡Tal era el calibre moral de aquellos mandones!

Al medio día la lucha estaba generalizada. El pueblo cuencano, alborozado ante el valiente ataque del general Vega, su caudillo, participó de inmediato en el combate. Hombres y mujeres se lanzaron a las calles, con toda clase de armas. Desde las ventanas se arrojaba agua hirviente a los soldados alfaristas. Ají y ceniza eran lanzados a sus ojos. Se levantaron barricadas para impedir el fácil movimiento de los soldados liberales. A media tarde la victoria era completa y la ciudad quedaba liberada. Se echaron a vuelo las campanas de todas las iglesias. Y se empezó a curar a los heridos y a recoger a los muertos.

Uno de éstos —a quien se le encontró con el rosario en la mano— había sido el gobernador liberal del Azuay, don Luis Malo, caballero vinculado a una de las familias más aristocráticas de Cuenca pero que se había afiliado al alfarismo, permitiendo en su administración toda clase de desmanes, razón por la

cual era odiado del pueblo. Entre los jóvenes que acompañaron a Antonio Vega durante toda su expedición, y que había combatido valientemente en la toma de Cuenca, se hallaba un tío mío muy querido, Octaviano Crespo, hermano de mi padre.

Todos los miembros de la familia Crespo Astudillo eran fervientes conservadores y apoyaban en forma práctica y efectiva la causa de Antonio Vega. Muchos de ellos habían conspirado desde el primer día de la dominación alfarista. Recuerdo haber visto, en un cuarto casi abandonado de la casa de mi abuelo, y bien disimulados, muchísimos rifles y cápsulas que allí se guardaban y que, durante la noche, transportaba dentro de sus vestidos una sirviente muy valiente, llamada Rosario Heras, pero a la que la gente le conocía con el nombre de Rosario Crespo, por el apellido de mi familia, a la que servía. Octaviano Crespo fue perseguido muchas veces, con encarnizamiento, por los liberales, apoderados del mando de la plaza, pero él siempre logró escapar saltando una pared situada en lo más remoto de la enorme casa, y pasando así a la de la familia Jerves, varios de cuyos miembros lucharon también, en compañía de Antonio Vega, valerosísimamente. Me refiero a Roberto, Eloy y Antonio Jerves, que participaron asimismo en la heroica acción del 5 de julio.

Al terminar ésta, todos los sobrevivientes de la guarnición liberal cayeron prisioneros. Entre los presos estaban León Valles y José Peralta. El primero, para huir, se había disfrazado de indio, con ropa de bayeta y poncho. Se había amarrado un pañuelo a la cara y estaba irreconocible. Nadie hubiera dicho que era él. Sin embargo, su huida fracasó. Años después este facineroso sujeto fue sometido a los jueces ordinarios por el asesinato del valiente periodista cuencano, Víctor León Vivar, y condenado a reclusión mayor extraordinaria, pero ésta no llegó a cumplirse. Sin embargo, la Justicia Eterna, que nunca olvida crímenes y delitos, permitió que León Valles Franco, algún tiempo más tarde, fuese asesinado por muchos de sus antiguos conmilitones liberales, declarados ya para entonces enemigos del propio Eloy Alfaro.

Yo recuerdo que, al saber la prisión del doctor José Peralta, el

pueblo, congregado en torno al grupo de vencedores que le conducía hasta el lugar destinado a cárcel, pedía a gritos que fuese entregado, para satisfacer en él sus venganzas por los atropellos que había cometido, sin cuento ni medida. En un momento parecía que la multitud lograría su propósito de arrebatar al prisionero. Entonces Antonio Vega, con la gallardía y nobleza que le caracterizaban, desenvainando su espada vencedora se interpuso entre el pueblo amotinado y Peralta, afirmando en alta y enérgica voz que primero pasarían sobre su cadáver antes que apoderarse de aquel. Tanto era el dominio que Vega tenía sobre sus paisanos, que todos respetaron su pedido y Peralta logró salir con vida de tal trance. Años después, este hombre, que debía su vida al general Vega, no supo corresponder a esta magnanimidad: en 1906 el doctor José Peralta fue uno de los principales factores del asesinato de aquel bizarro caudillo llamado Antonio Vega.

El tiempo "al golpe de sus alas va borrando de la mente del hombre los recuerdos". ¿Quién pudiera creer que haya habido cuencanos que hayan querido enaltecer la memoria de Peralta, erigiéndole monumentos y dedicándole plazas o calles en aquella misma ciudad ultrajada tantas veces y en forma tan inaudita por ese "genio del mal"? Habiendo hombres mil veces más acreedores del recuerdo y de los homenajes de sus conciudadanos, entre los mismos que fueron —como él— rectores de la Universidad de Cuenca, ¿cómo se pudiera creer que el único que ha tenido la suerte de la estatua sea José Peralta?

Mientras Benigno Malo, Luis Cordero Crespo, Honorato Vásquez y tantos otros insignes maestros y rectores van siendo olvidados, el doctor José Peralta figura en el patio de la Universidad azuaya en un busto de bronce. Es el más grande absurdo que aquel hombre, tan odiado por Cuenca y los cuencanos, tan sectario en sus actuaciones, tan antirreligioso en sus escritos, tan inclinado al mal pese a su talento, tenga ese monumento. Con razón un ingenioso hombre público del Azuay, viendo que se erigía esa estatua y cómo la Virgen de la Universidad se encuentra colocada en la parte alta del edificio dijo, ante el regocijo y asen-

timiento de todos: “Bien está que se ponga a Peralta en ese lugar: a la estatua de la Virgen Santísima le faltaba una serpiente para hollarla”. Desde entonces, mucha gente, para referirse al busto de Peralta, dice, simplemente, “la serpiente en la Universidad”.

CAPÍTULO XVII

La época heroica de Cuenca. —Hidalguía de los vencedores. —Nuevo asedio de Cuenca por las tropas alfaristas el 22 y 23 de agosto de 1896. —Entronizamiento del liberalismo masónico durante seis décadas. —¿Qué pasa ahora con los legisladores católicos?

Desde el 5 de julio hasta el 23 de agosto de 1896 fueron días de gloria para Cuenca. Muchacho de apenas once años, participaba yo intensamente de todos los sufrimientos y de todos los goces de aquellos magníficos días, la época heroica del Azuay. Como hemos referido ya, las fuerzas derrotadas por Vega y sus ochenta valientes y patriotas jóvenes sumaban alrededor de seiscientos hombres: doscientos, que constituían la guarnición de la plaza antes del 5 de julio, y cuatrocientos, con los que llegó Valles por la noche.

El magnífico triunfo del general Vega fue victoria de Cuenca. La felicidad más grande se apoderó de todos sus habitantes, quienes cantaban a grandes voces los himnos patrióticos, que se improvisaban por todas partes.

Vega nombró jefe civil y militar de la ciudad al doctor Rafael María Arízaga, quien expidió decretos sabios y prudentes para gobernar a la provincia del Azuay. Al abuso y al desmán, que dominaban antes del 5, sucedieron la más absoluta calma y la más bella normalidad. Reinaba un espíritu de generosidad e hidalguía por todas partes y jamás se supo que alguien hubiese saciado sus venganzas con los sicarios caídos. Aquellos fueron, en verdad, días de oro para la ciudad de Gil Ramírez Dávalos. Porque Cuenca fue, y ojalá lo sea aún, una ciudad verdaderamente cristiana y su lucha tenaz e infatigable fue un combate por su religión, por sus creencias y nunca por ambición u otras miras rastreras y egoístas. Cuenca fue la última ciudad en donde se luchó con

heroísmo y del modo más tenaz. Cuenca fue la mártir de su fe y por eso las fuerzas coaligadas del mal hicieron de ella su víctima preferida. Por eso se quiso que Cuenca retrocediera en la marcha hacia la civilización, y durante el régimen liberal permaneció prácticamente abandonada, sin que se hiciera nada efectivo para hacerla progresar.

Mas poco duró la bella situación de esos días para mi católica provincia. El 22 y el 23 de agosto de 1896 fue objeto de un asedio por parte de las fuerzas de Alfaro. Así como había sido atacada por el sur, es decir por Girón, un año antes, así lo fue nuevamente, pues las fuerzas alfaristas vinieron de nuevo por la provincia de El Oro. Tres mil hombres la atacaron: las fuerzas veguistas, en cambio, contaban apenas con ochocientos. Sin embargo, la resistencia fue heroica. Las balas de los sitiados hicieron unas mil bajas en el ejército alfarista. Los campos y las lomas del Cebollar, situados al N.O. de la ciudad, quedaron sembrados de cadáveres de negros esmeraldeños, que formaban el grueso del ejército atacante.

Dura, durísima fue aquella jornada del heroísmo azuayo. Y si no hubiese sido por la defección de unos trescientos pauteños que al mando del coronel Andrade se retiraron del modo más incomprensible, quién sabe si en vez de la triste derrota las fuerzas azules hubieran obtenido una nueva victoria.

Por cierto, también las balas alfaristas segaron muchas vidas de lo más granado de la juventud cuencana: Antonio Harris Morales, joven y distinguidísimo médico, hijo de noble familia; Carlos Alberto Córdova Toral, adolescente de diez y ocho años de edad, de lo más alto de la sociedad cuencana; José Cordero Bravo, un doctor Almeida y muchísimos otros jóvenes, que eran esperanza de la patria, cayeron heroicamente en aquella jornada.

La resistencia duraba aún hasta las tres de la tarde del día 23 de agosto cuando Alfaro envió parlamentarios para intimar la rendición de la plaza. Agotadas las municiones y pertrechos, el bando conservador tuvo que capitular. Así terminó aquella resistencia tenaz de la capital azuaya. Cuenca se rindió al gobierno

masónico del montubio manabita, que tan infausta dominación implantó en el país.

En aquellos tiempos, nadie creía que la dominación del liberalismo masónico pudiera perdurar por años de años, y se creía muy cercano el triunfo definitivo del catolicismo en el Ecuador. Hoy, cuando han transcurrido más de sesenta años, observamos con asombro cómo logró implantarse el sectarismo, durante más de medio siglo, en este católico país.

Cierto que el liberalismo ha ido poco a poco decayendo por su propio peso, pero en lugar de ser eso una ventaja ha ocurrido lo contrario, porque a medida que aquel declinaba, el socialismo y el comunismo, procreados por él, han ido creciendo.

Quiero, en este momento, hacer una reflexión, aún a riesgo de cometer un grave anacronismo en este relato: escribo estas líneas cuando, tras un lapso de más de sesenta años, las llamadas "derechas" han obtenido, al fin, un triunfo en el país, llevando al Capitolio a uno de sus hombres, el doctor Camilo Ponce Enríquez. Ha ocurrido esto gracias a que un verdadero repúblico, el doctor José María Velasco Ibarra, logró la sin igual conquista del derecho al sufragio libre, después de largas décadas de dominio de las "instituciones" que trajo consigo el liberalismo machetero: el laicismo en la enseñanza, el matrimonio civil y el divorcio en la vida familiar, y el fraude electoral en la política. Pues bien, pese a que hemos esperado doce lustros para este día tan ansiado, ahora no sabemos aprovechar el triunfo. Se observa una laxitud inexplicable en el bando católico, y sus representantes en el Congreso, pese a ser mayoría, se muestran tímidos, ineficaces, indolentes, se sienten acobardados ante la imperiosa obligación de restaurar las instituciones cristianas, especialmente la enseñanza religiosa, que el liberalismo abolió.

Un elemental sentido de democracia debería establecer la plena vigencia del derecho de los padres de familia —que me tocó en suerte ayudar a establecer en la Constitución, como legislador que fui en 1946— a dar a sus hijos la educación que a bien tuvieren. Si una mayoría de padres de familia, en un país

católico, solicitasen instrucción religiosa para sus hijos, ¿con qué facultades podría el Gobierno denegar tal pedido, garantizado por la Constitución? En este sentido se presentó al Congreso de 1955 un proyecto de ley, por parte de un valeroso grupo de jóvenes, pertenecientes a ARNE (Acción Revolucionaria Nacional Ecuatoriana), organismo político fundamentado en principios católicos, en el cual militan algunos de mis hijos. La autoridad eclesiástica, conocedora de que se iba a tratar el asunto en el Congreso de 1956, ordenó recoger firmas entre los padres de familia católicos. 100 000 firmas se presentaron a la Cámara de Diputados y ... sin embargo, un sentido de "prudencia" inexplicable permitió que el asunto no sea considerado, y se eludió sistemáticamente incorporarlo en el orden del día. ¡Y han sido especialmente los legisladores conservadores los que han manifestado mayor cobardía! Ellos, los llamados por tradición y deber a defender la religión y sus derechos, han sido los que se han mostrado más tímidos, más renuentes, para afrontar ese magno problema que confronta el país. ¡Y se ha desperdiciado una oportunidad, probablemente sin igual en el futuro, que la Providencia nos había deparado —pues contábamos con amplia mayoría en las Cámaras— para alcanzar ese anhelo de más de medio siglo! ¡Cuán terrible responsabilidad la de estos "apóstoles" teorizantes, que han claudicado tan villanamente, olvidando los principios que hemos sostenido con tantas dificultades y sacrificios durante décadas, y cediendo el paso ante los adversarios y deteniéndose ante las barricadas enemigas en el momento decisivo en que bien podían haberlas abatido!

Volviendo a tomar el hilo de la narración diré, pues, que el Liberalismo se implantó definitivamente en el Ecuador. Innumerables abusos se perpetraron a diario en Cuenca, en nombre de la bandera roja entonces triunfante, durante muchos años. Mas siempre permanecía latente en el pecho de los azuayos ese sentimiento de rebeldía, que solo mucho tiempo después llegó a extinguirse, cuando se comprendió que el triunfo del liberalismo había sido total. Mientras tanto, Antonio Vega Muñoz encarnaba

ese espíritu, y mientras él vivió no perdimos jamás la esperanza de una pronta restauración de nuestras ideas.

Ya veremos cuál fue el triste epílogo de esa lucha permanente de nuestro rebelde espíritu. Pero no volvamos a adelantarnos al tiempo.



Tres hermanas Toral Vega en su juventud: María Esther (que después casó con Carlos Vega Hacha), Jesús (futura esposa de Manuel Vega Hacha) e Inés, que desposó con Gabriel Carrasco Carrasco. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO XVIII

El Seminario. —Edad requerida para iniciar los estudios secundarios. —El doctor Nicanor Aguilar, profesor del primer curso. —El profesor de gramática media, canónigo Vintimilla. —Mi inevitable enfermedad antes de los exámenes. —Diagnóstico retrospectivo.

Niño de diez años ingresé al Colegio Seminario, que no por llevar ese nombre se hallaba destinado a la preparación de jóvenes para el sacerdocio, sino que era un plantel de enseñanza secundaria seglar, como cualquier otro. La edad mínima de ingreso al colegio no se hallaba entonces fijada por ley alguna o reglamento. La capacidad mental del alumno era la única norma para la aceptación. Por este motivo, en esos tiempos, el doctorado se obtenía muchas veces a los 21, 22 o 23 años, lo que constituía una enorme ventaja. Hoy, forzosamente, el ingreso se hace después de los doce años cumplidos —ésa es la llamada edad escolar— y la coronación de los estudios tiene lugar después de los 25 años. Se ha empleado una gran parte de la vida solo en prepararse para ella. Más de un tercio de la existencia humana media, queda invertido así.

En el primer año —llamado entonces clase ínfima de gramática— fue mi profesor el insigne literato doctor Nicanor Aguilar Maldonado, sacerdote que había realizado gran parte de sus estudios en el Seminario de San Sulpicio de París y había permanecido también en Roma. Hombre de gran erudición humanística, era, además, magnífico prosista, inspirado poeta y elocuentísimo orador sagrado.

Yo era un niño tímido, como lo he referido ya al relatar el llanto en que prorrumpí el día del examen final, desde la primera pregunta. Sin embargo, entre sollozo y sollozo, logré dar aquel examen bastante aceptable, lo que me valió la votación de una primera y dos segundas.

No me explico por qué durante toda mi vida he sido un poco

retraído y nunca me ha gustado entrar en confianza con mis superiores. Desde el primer año de colegio observaba cómo varios de mis condiscípulos establecían gran amistad, y hasta cierta familiaridad, con determinados maestros: jamás se me ocurrió a mí proceder de igual manera. Me parecía que el decoro personal sufriría mengua con esa actitud. Y no me arrepiento de haber obrado así. Sea esta la oportunidad de referir que en la misma forma procedía siempre en lo que respecta a mis producciones literarias: nunca las sometí a nadie. No pasaba lo mismo con mis compañeros que tenían por mentor al insigne Aguilar, y cuyos escritos en prosa o verso, al pasar por el laminador del ilustre clérigo, quedaban transformados. Yo he preferido siempre que mis producciones adolezcan de defectos más o menos graves antes que someterme a una crítica demoledora primero, y luego reconstructora, en la que solo queda una mínima parte de la propia originalidad.

Aguilar fue maestro de varias generaciones literarias de Cuenca. El presidió durante muchos años la agrupación juvenil denominada "Círculo Católico del Azuay" que, en competencia con el "Liceo de la Juventud" presidido en su nueva época por Miguel Cordero Dávila bajo la superior dirección del doctor Luis Cordero Crespo, dio lo mismo que este una gran floración literaria, de la que hablaremos después.

En el segundo año de humanidades, llamado entonces clase media de gramática, fue nuestro profesor el doctor Manuel María Vintimilla, canónigo honorario de la Catedral de Cuenca que después ascendió hasta el deanato. Si bien no poseía las dotes literarias y oratorias de Aguilar, era sin embargo magnífico profesor y muy apreciado por los estudiantes.

Hombre serio, sin afectación, se captaba el cariño de sus alumnos. Tenía —recuerdo yo— un sistema de castigo muy singular que consistía en hacer que el discípulo que había cometido alguna falta, o había traído una mala lección, saliese a media clase y se mantuviese con los brazos extendidos en cruz cierto número de minutos. A veces se añadía a esto la colocación de un ladrillo en cada mano, lo cual constituía ya un pequeño suplicio. Algunas veces

obligaba al alumno a cargar una de las banquetas que había como supernumerarias en la clase: cuando había varios estudiantes castigados en esa forma. el salón presentaba un aspecto semejante a una procesión de Viernes Santo con los "pasos de la Pasión de Cristo".

Nunca vi a aquel profesor emplear el látigo, que tan activo se hallaba en manos de otros superiores. Yo guardo por él recuerdos muy cariñosos, porque siempre fue muy considerado para conmigo. Fue durante toda su vida sacerdote de conducta muy austera y vivió muchos años. Falleció hace apenas cinco o seis.

En el examen final de ese año obtuve la calificación de tres primeras, es decir sobresaliente, que tuve la fortuna de nunca perderla en adelante en el colegio secundario.

Ignoro por qué motivo, en los últimos meses del año lectivo, sufría yo casi siempre una larga y febril enfermedad que me obligaba a permanecer en cama. Ese año, cuando llegaron los exámenes, ya hacía mes y medio que yo me hallaba en el lecho. Un distinguido amigo de la familia vino un día a verme y me dijo que debía levantarme para rendir el examen. Así lo hice, y luego de obtener una brillante calificación quedé bueno y sano. Tal vez esas febrículas tan prolongadas no reconocían otra causa que el temor a los exámenes.

Una de esas enfermedades, por lo menos, debió ser verdadera, según he podido presumir después. Recuerdo que en esa ocasión hubo un fenómeno bastante singular en mi dolencia: un médico que me visitó, al tomarme el pulso me dijo:

—¡No tiene usted fiebre!

Pero cuando me puso el termómetro, encontró 39 grados centígrados. Esto me ha permitido hacer un diagnóstico retrospectivo, puesto que hubo en esa enfermedad una marcada discordancia entre el pulso y la temperatura, lo cual es bastante característico de la fiebre tifoidea. Yo debí haberla padecido en aquella ocasión, sin que nadie hubiese caído en cuenta.

CAPÍTULO XIX

El canónigo Juan María Cuesta, profesor del tercer curso. — Llegada a Cuenca del batallón "Quito" y del tristemente célebre general Manuel Antonio Franco. —Persecuciones, violencias y terrorismo contra la juventud católica y sus dirigentes. —Los aduladores del sicario.

En el tercer año, llamado entonces "Suprema de Gramática", fue mi profesor otro insigne clérigo, el canónigo Juan María Cuesta. Gozaba de fama de gran orador sagrado, era literato y poeta. De regular estatura, delgado, de perfil aquilino y ojos muy inteligentes, su presencia era muy simpática. Vestía con mucha elegancia, pero sin afectación. Tenía carácter vivo y, cuando montaba en cólera, muy a menudo saltaba el breviario de entre sus manos e iba a estrellarse contra una banca o una pared. Entonces blandía el látigo con estupenda maestría: yo puedo certificarlo por lo que relaté ya. Era además vicerrector del Colegio, dignidad bien merecida. Presidía a ciertas horas del día los "tránsitos". Se denominaba así el tiempo destinado a los estudios, que era como una preparación para la entrada en clases. El alumno estudiaba en esas horas la lección que daría al profesor en la clase subsiguiente.

El doctor Juan María Cuesta nos enseñaba, además del latín, gramática castellana, geografía, etc., y algo de francés.

Para esto teníamos un pequeño folleto llamado *Ortología francesa.* Pero el verdadero estudio de esa lengua se hacía en el cuarto año, junto con literatura e historia de la literatura. El mismo profesor nos daba lecciones de métrica castellana y nos obligaba "a producir", es decir a escribir algo, ya en prosa, ya en verso.

Entonces llegó a Cuenca el batallón "Quito" y se alojó en el local del Colegio Seminario. En estos tiempos era costumbre ocupar con las unidades del ejército, que se movilizaban de una

ciudad a otra, los locales de colegios o escuelas católicos, las casas destinadas a ejercicios espirituales, etc. Con el batallón "Quito" llegó también a Cuenca el general Manuel Antonio Franco, precedido de su fama de hombre violento, abusivo y cruel. Alfaro había pensado que para dominar a Cuenca era necesario enviarle un sicario como ese, su afamado lugarteniente.

Desde que llegó Franco a Cuenca se estableció el terror. Persecuciones, allanamientos domiciliarios, confiscación de bienes, flagelaciones, etc. —cuanto hoy sería considerado imperdonable muestra de violencia— ocurrieron bajo el mando despótico de ese inicuo militar. Se alojó, naturalmente, en un local religioso: nada menos que en la Curia Diocesana, como para corroborar esa costumbre del liberalismo machetero que dominó durante tantos años en el país, hasta mediados del segundo decenio de este siglo XX.

A varios jóvenes de Cuenca, especialmente a los que habían combatido con Antonio Vega en sus campañas libertarias contra el despotismo radical, apresó Franco y los tuvo en el mismo local del batallón "Quito", es decir en nuestro Colegio Seminario. Baños helados a la madrugada o a medianoche y, para algunos jóvenes como los señores Vega y Alvarado, látigo y más látigo. Tales fueron los métodos empleados por Franco para domeñar la altivez ingénita de los cuencanos.

Pero nunca faltan aduladores alrededor de los déspotas y tiranos. En Cuenca los hubo también, mas eran siempre individuos pertenecientes al bando liberal. Un hecho que parece anecdótico ocurrió en ese tiempo con uno de aquellos aduladores. Hay que saber, como antecedente, que Franco trajo de Quito cocinero propio, y que no aceptaba comidas o bebidas en Cuenca, por temor de ser envenenado: así suelen ser, generalmente, los hombres que se imponen por la fuerza.

Un día, un doctor Belisario Reyes, personaje inolvidable por su especialísima figura, pues usaba tacones altos en sus puntiagudos zapatos, y hacía resaltar la finura de su piel con blanco de albayalde, sobre el que resaltaban unos ojos grandes y aterciope-

lados, siendo dueño, además, de una magnífica barba que le llegaba hasta el pecho y que mantenía siempre bien limpia y peinada, con la cual se hacía perdonar su atalaje feminoide, lo mismo que con su donjuanismo proverbial, que dejó muchos recuerdos vivos y palpitantes en algunas honorables familias, empleando para tal objeto el "método del cuclillo"... Un día, pues, este buen doctor penetró con paso mesurado y ligero en la casa de la Curia, habitada por el terrible Franco. El visitante llevaba bajo su amplia capa —de las bellas capas españolas que se usaban en ese tiempo en Cuenca— algo muy escondido. Llegado que hubo a la presencia del temible general, extrajo de esa noble indumentaria un platito de cristal que contenía tres magníficos higos pasados en azúcar, de los que en esos buenos tiempos preparaba una señora de lo alto de la sociedad que había caído en pobreza y que, siendo excelente repostera y confitera, supo sortear la indigencia con esa industria.

Los higos eran de un aspecto apetitosísimo, de aquellos que con solo mirarlos inducen a la boca a llenarse de saliva. "Hacerse agua la boca", suele decirse en tales ocasiones, para describir ese reflejo. Extendió el doctor el plato y los higos hacia el prepotente y temible general, y le dijo:

—Mi general, estos higos pasados los he elegido yo mismo entre los muchos de una bandeja, por ser exquisitos. Se los traigo como una muestra del cariño que desde que le conocí he sentido por usted. Sírvaselos, estimadísimo general. Son deliciosos.

Franco miró los higos con marcado recelo y, como respuesta, dijo:

—Bueno, doctor. Pero sírvase usted el uno.

Protestó el acicalado visitante, pero mientras más emotivas eran sus protestas, más se marcaba en el semblante de Franco una mueca de sospecha y hasta de ira. Tuvo, pues, que comerse el primer higo el obsequioso doctor, mas cuando lo hubo acabado, Franco exclamó:

—Bien, ¡ahora sírvase el otro!

Ya se puede calcular cuáles serían los sentimientos del dadi-

voso doctor, pero ante la orden terminante de Franco no tuvo más remedio que "servirse" el segundo higo. Por último, el general le exigió comerse el tercero. Aquellos exquisitos higos pasados en azúcar, bellamente escarchados por el confite que los recubría, no debieron saber a mieles, sino a hieles muy amargas, al aduladorcito doctor, que en terminándolos se vio obligado a salir de donde el déspota con el rabo entre las piernas.

Este hecho no es una anécdota sino un suceso real de la historia de esos tiempos de terror, intrigas y sospechas del alfarismo machetero. ¡Ni qué decir que con la ocupación del Colegio Seminario quedó, de hecho, suspendida la enseñanza en ese establecimiento!

CAPÍTULO XX

Clausura del Colegio Seminario. —Mi viaje a Azogues a rendir mis exámenes del tercer curso. —Tomo como profesor de literatura al doctor Francisco de Paula Correa. —Exámenes de cuarto año en el "Benigno Malo". —El anciano profesor de matemáticas, doctor Ramón Ulloa. —Su visita a mi madre, que había sido su alumna.

Suspendidas definitivamente las clases en el Seminario, por la llegada de Franco y la ocupación que hizo, *manu militari,* de diversos locales religiosos, entre ellos el de nuestro colegio, se decretó prácticamente su clausura, a fines del año lectivo de 1898. Teníamos, pues, que rendir los exámenes de tercer curso en otro establecimiento, si queríamos ganar el año.

Como por entonces existía una profunda rivalidad entre el Colegio Nacional de San Luis y el Seminario, los alumnos de este temíamos ser examinados en aquel. Felizmente había ya en la vecina ciudad de Azogues el colegio "Juan Bautista Vásquez", y me trasladé allá para rendir mis pruebas de fin de año. Era rector de ese establecimiento el doctor Miguel Heredia Rodas, notable hombre público cañarense, caballero culto, honorable y benévolo que, por añadidura, estaba casado con una tía mía, hermana de mi madre, doña Mercedes Crespo de Heredia.

Cuando llegué a casa de este señor tuve la mejor acogida, y las mejores calificaciones en mis exámenes en dicho colegio, pues temeroso de que se me exigiese mucho para demostrar especial justicia con un pariente del rector, no dejé de prepararme lo mejor que pude. Hubo un detalle importante que me ha obligado a recordar ese episodio, y es que el doctor Heredia me preguntó si había estudiado algún idioma extranjero. Le manifesté que el francés, del cual había recibido lecciones en un curso preparatorio. Entonces el bondadoso rector me insinuó que diera también un examen en esa materia. Lo rendí y obtuve calificación sobresaliente, porque mis conocimientos de esa lengua, aunque

insuficientes, no eran pocos, pues en mi casa lo hablaban con frecuencia mis amados padres. No hay que olvidar que el enamoramiento entre ellos se debió, precisamente, a unas clases de francés que mi padre había recibido de su prima. Aquel examen de idiomas rendido en Azogues tuvo dos consecuencias para mí: la una favorable, pues de ese modo quedaba exonerado de nuevos estudios de idiomas; y la otra, desfavorable, porque no me perfeccioné en francés, que hubiera estado obligado a estudiar un año más, en cuarto curso, y que con el tiempo me iba a ser de gran necesidad cuando viajé a Europa.

Con la clausura del Seminario perdí también la oportunidad de realizar mis estudios de Literatura con el insigne profesor doctor Nicanor Aguilar, que había sido trasladado de la clase "Ínfima de Gramática", a la de literatura. No podía haberse hecho mejor cambio, dadas las altísimas prendas literarias y humanísticas que adornaban al eximio maestro.

Además de la literatura castellana y de historia de la literatura, hubiera sido él quien nos enseñe un año más de francés, lengua que poseía perfectamente tal como un idioma materno, por su larga permanencia en Francia.

Repugnando matricularme en el Colegio Nacional de San Luis, después llamado "Benigno Malo", por la prevención mutua que teníanse entre sí los dos colegios, y hallándose clausurado el Seminario, tuve que aprovechar de un período de "libertad de estudios", decretado por aquel tiempo, el cual consistía en que cualquier alumno de secundaria podía realizar sus cursos en su propia casa, sin concurrir al colegio, y rendir sus exámenes, ganando así uno o más años.

Para eso mi padre me aconsejó que viese como profesor de Literatura al sabio sacerdote doctor Francisco de Paula Correa, gran conocedor del latín y del griego, humanista insigne. Había sido profesor del Colegio "Benigno Malo", pero entonces se hallaba suspenso *in sacris*[40] por disposición del administrador

[40] Significa que no podía ejercer como sacerdote *(N. del E.)*.

apostólico de la Diócesis de Cuenca, doctor Benigno Palacios Correa—, no obstante lo cual me dictó sus magistrales enseñanzas, mediante un pequeño estipendio que se le pagaba.

Con esa preparación pude presentarme a exámenes de cuarto año en el "Benigno Malo" y ser calificado con "sobresaliente" en literatura castellana e historia de la literatura.

La libertad de estudios terminó ese año y me vi forzado a ingresar al Colegio Nacional para estudiar Matemáticas, en el quinto curso. Llegamos en masa todos los condiscípulos del clausurado Colegio Seminario, y tuvimos que sostener en el Nacional áspera lucha de competencia con los antiguos alumnos de este. Claro que esa contienda fue benéfica para muchos de nosotros, porque, estimulados por la rivalidad existente, tuvimos que superarnos. Eso me fue muy conveniente y al cabo de tres meses logré escalar al primer puesto, mientras muchos alumnos del nacional bajaron a lugares inferiores.

Era nuestro profesor de Matemáticas un venerable anciano, el doctor Ramón Ulloa. Sabía mucho de su materia y sus lecciones eran magníficas. Pero el viejecito era físicamente muy desaventajado. Sobre todo, vestía con demasiado descuido y su aseo personal dejaba mucho que desear. Usaba siempre levita, especie de casacón de amplias faldas, de corte recto, que hoy ya no se conoce. No usaba medias ni calcetines, y sus canillas prietas y delgadas asomaban sobre la caña de sus botines. Muy raramente hacía uso del gran pañuelo de yerbas que llevaba en sus bolsillos, por lo que no era extraño ver asomar por las ventanas de sus narices repugnantes excrecencias.

Todo ello contribuía para que los alumnos tuviesen muy poco respeto por sus venerables canas y no perdiesen oportunidad de jugarle muy malas pasadas y lanzarle graves bromas y pullas. Yo procuré siempre guardar para ese maestro todo respeto y consideración, y alguna vez tuve hasta que intervenir con energía para evitar que las bromas y chanzonetas de los otros discípulos llegan a un nivel rayano en el desacato. Recuerdo que en el mes de mayo, como había aún en el Colegio Nacional la buena costumbre de hacer a la

Virgen los honores que le son debidos, llegado el día de la fiesta de Nuestra Señora, en la clase de Matemáticas adornaron los alumnos todo el local con banderolas y cadenas de papel de colores, y pusieron grandes ramilletes al pie del cuadro, que quedaba justamente sobre el pupitre del profesor. Después de las preces y los honores de estilo, se le ocurrió al más malcriado de la clase prender fuego a toda esa papelería. Cuando menos se pensaba, estuvo el profesor rodeado de un círculo de fuego y, aterrorizado, le era imposible salir de él. Los alumnos celebraban con grandes aplausos y risotadas esa escena salvaje, que ponía al venerable maestro en situación desesperada. Entonces salté yo a la plataforma, en donde se hallaba asediado por las llamas, y pisoteando los papeles incendiados los apagué cuanto pude y saqué al maestro de tan apurado trance.

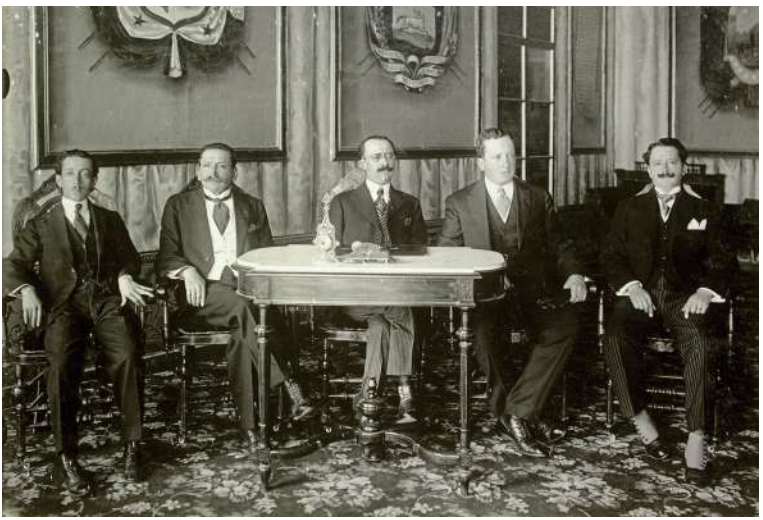
El buen anciano nunca llegó a castigar de obra a los alumnos, y solo les amonestaba con estas palabras:

—Ustedes se burlan de mí ahora, pero yo me reiré de ustedes en el examen final. Reirá bien quien reirá el último.

Rira bien qui rira le dernier, dicen también los franceses. Mas ni cuando llegaron los exámenes finales se cumplió la amenaza del sabio viejecito. ¿Temía, tal vez, reprobar a los alumnos de mala conducta y que éstos volviesen a fastidiarle un año más? No creo que ésta haya sido la razón para su benigno proceder, sino más bien la bonhomía fundamental de este magnífico maestro.

Después de terminadas las pruebas finales vino un día el doctor Ulloa a nuestra casa y felicitó a mi mamá, muy fervorosamente, por la educación que me había dado y por mi competencia como alumno. Recordó también, en esa ocasión, las grandes dotes intelectuales de mi madre, pues él había sido su maestro, cuando ella era muy niña, ya que en aquellos remotos tiempos las escuelas de niñas habían estado exclusivamente bajo la dirección de hombres de probada virtud y competencia. Antes de terminar su visita, hizo notar el doctor Ulloa que las buenas disposiciones mentales y afectivas se heredan, y que yo era un digno vástago del hogar Crespo Astudillo.

¡No pudo menos que halagarme tan estimulante opinión!



Retrato oficial de los miembros de la Junta de Beneficencia de Cuenca, antecesora de la Asistencia Social. Desde la izquierda, doctores José J. Andrade, secretario personero; Octavio Díaz, vocal (delegado de la Corte Superior); D. Alfonso Ordoñez Mata, presidente (gobernador del Azuay); Emiliano J. Crespo, vocal, y Roberto Abad R., tesorero. Hacia 1921-1922. Foto Manuel Jesús Serrano. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO XXI

Clases de física con el profesor Bernal. —Retorno al Colegio Seminario. —El sabio sacerdote doctor Joaquín Martínez Tamariz, profesor del séptimo de secundaria- —"Pilatillo, ¡acuérdate de Pilatos!" —Mi grado de bachiller en el Colegio Nacional Benigno Malo. —Fiestas con este motivo. —Consejos de mi padre sobre el alcoholismo.

El año siguiente estudié física con el profesor Bernal en el mismo Colegio Nacional. Mantuve mi buena situación en ese año, y tuve motivo, porque amaba la física. Desde niño había estudiado esa materia, lo mismo que la zoología, que fue para mí otra ciencia preferida, así como la astronomía o cosmografía, de la que también tuvimos algunas clases. Dedicado, pues, al estudio de las ciencias vi terminarse el siglo XIX y empezar el actual. El liberalismo seguía adueñado del poder, en el que continuaría largas décadas.

Cuando llegué al séptimo año de segunda enseñanza tuve la suerte de volver al Colegio Seminario —desocupado ya por las tropas— y especialmente de ser alumno de uno de los más sabios sacerdotes que ha tenido Cuenca, el doctor Joaquín Martínez Tamariz. Nunca podré ponderar los méritos de este insigne clérigo que honró a su país mucho más que otros hombres públicos de cuya memoria se ha hecho tanto aplauso.

Martínez Tamariz era un hombre de vastísima ilustración y un verdadero mecenas de las letras azuayas. Como filósofo y teólogo pocos hubieran podido rivalizar con él. Yo tuve el alto honor de ser discípulo de este sabio maestro y de ser distinguido por él. Rector del Colegio Seminario durante muchísimos años, ilustró también la cátedra de filosofía. Bajo su dirección se educaron los clérigos más virtuosos y sabios de esa generación. Sabía estimular muy hábilmente a la juventud mediante galardones y diplomas, y era un entusiasta difusor de la buena literatura. Se

preocupaba mucho de la moralidad de los alumnos, pues conocía los peligros que tienen los jóvenes en edad escolar. Solía repartir, generosamente, como un obsequio a sus discípulos, las leyendas del padre Luis Coloma, y especialmente ese maravilloso cuento intitulado "Pilatillo", que resume de un modo magistral la tragedia del joven inexperto que sale al mundo y se arroja ciego y confiado en el mar de su inexperiencia, llegando cuando menos lo piensa a los niveles más bajos de la orgía y de la embriaguez. "Pilatillo, acuérdate de Pilatos!": cuánto beneficio hacía en nuestra vida de estudiantes esa divulgación de obras de tantas enseñanzas como eran las del insigne jesuita español, llamado justamente por Menéndez y Pelayo "el Cervantes del siglo XIX".

Recuerdo aun patentemente la fisonomía del admirable maestro —y excelente amigo de sus alumnos— doctor Martínez Tamariz, cuando dictaba sus clases. Nos alentaba a la discusión razonada y científica con su mirada penetrante y sus palabras, mientras un ligero temblor hacía oscilar lateralmente su cabeza. Maestro de tal categoría merece la estatua con igual o tal vez mayor derecho que muchos conductores de juventudes del Azuay. ¡Bendita sea su memoria!

Después de seguir su curso, me presenté al examen de filosofía en el Colegio Seminario, en el que obtuve la máxima calificación. Gracias a ello estuve en capacidad de rendir mi grado de bachiller, que tuvo lugar en el Colegio Nacional "Benigno Malo", porque así lo exigía la ley de Educación que entonces se implantó. Presidió ese grado el doctor Tomás Abad, vicerrector del plantel y profesor de filosofía. El jurado o tribunal examinador se componía para ese examen de cinco profesores.

Mi padre, que vino de la Costa para ese objeto, concurrió a la prueba y a la investidura. Yo me sentí orgulloso de su presencia y también del buen desempeño mío, que para el autor de mis días era el mejor galardón de su incansable y abnegadísimo trabajo. Fue día de fiesta en la familia, fiesta completa porque a la felicidad de mi éxito se agregaba la dicha de la presencia de mi padre en el hogar. Tuvo lugar mi grado de bachiller el día 22 de julio de

1901, justamente cuando yo cumplía los 17 años.

Mi padre tenía de mí el mejor concepto, tanto en lo intelectual como en lo moral, y ese criterio lo ratificó con mi grado. Toda mi educación había sido hecha, es cierto, por mi madre, puesto que aquel vivió muchos años en el Litoral, según he referido, ejerciendo su profesión de médico, y solo por dos ocasiones estuvimos acompañándole temporadas más o menos largas, por un año y medio cuando vivimos en la hacienda de Tenguel, y por casi dos años en Balao. No tuvo, por tanto, él, tiempo propicio para darme los innumerables consejos que un padre amante suele proporcionar a sus hijos. Pero recuerdo que una de las recomendaciones que con mayor intensidad me hacía era la siguiente:

—Te aconsejo, hijo mío, que nunca tomes licor.

Este consejo lo he guardado con bastante escrúpulo, por lo menos en sentido lato. No tomar licor en absoluto es algo muy difícil en la sociedad actual. Lo que sí puedo asegurar es que nunca he tenido afición para el alcohol en ninguna de sus formas. Jamás he sentido esa necesidad, que he observado en muchos señores, que nada pueden hacer sin tomar una o más copas de whisky, coñac, ron o aguardiente. Nunca he sentido apetito, sed por el licor, y si algunas veces lo he tomado en mi vida ha sido en circunstancias en las que era imposible sustraerse totalmente a las exigencias de las amistades.

Yo doy gracias a la venerable memoria de mi señor padre por haberme puesto en guardia contra la embriaguez, pues, como él me decía, la mayor parte, el mayor número de crímenes que se cometen en el mundo se hacen bajo el funesto influjo del alcohol. No es este el momento de hacer una homilía sobre ese tema. Solamente debo acentuar lo siguiente: casi todo ebrio es hijo de ebrio. Rara vez, rarísima, se sustrae un hijo al mal ejemplo de un padre alcohólico. El mío, a Dios gracias, no fue un ebrio, y tal vez a ello se deba que yo no lo haya sido. Su consejo me puso en guardia. Yo he sido testigo en mi vida de muchos ejemplos palpitantes de cuanto acabo de afirmar. No es necesario que un padre de familia sea un alcohólico consuetudinario. Basta con

que tenga la costumbre de menudear copas en la vida ordinaria. El hijo, desde muy tierno, ve esa costumbre de su progenitor y le imita, como imita todo niño las virtudes y defectos de sus padres.

Este preámbulo sirva para relatar un hecho bastante festivo de mi vida, ocurrido con ocasión de mi grado de bachiller. Cada alumno debía hacer en tal oportunidad una invitación a sus profesores, condiscípulos y más personas relacionadas. Cada uno de mis compañeros de aula hizo, pues, lo que pudo, para cumplir con esa costumbre. En mi caso, ocurrió lo mismo.

El amigo Alfredo Vera, distinguido estudiante costeño, que había seguido varios de sus cursos en Cuenca, rindió un examen previo al grado de bachiller con excelente calificación. El festejo de su grado fue de lo más lucido y generoso. Abundaron los manjares en su mesa, el vino, las cervezas, el coñac se prodigaron hasta el punto de que a eso de la media noche todos los muchachos estábamos, como se dice, bastante "alumbrados". Hubo cantos y baile en esa fiesta, y se prodigaron los decires, las anécdotas y los chistes. En este estado nos hallábamos, ya bastante avanzada la noche, cuando llega uno de los compañeros y me dice:

—¡Crespo, tu papá te busca!

Se me hizo difícil creer que mi señor padre hubiese venido a buscarme. No obstante, al oír que me esperaba, salí inmediatamente haciendo todo el esfuerzo posible para no dejar traslucir mi estado, algo propasado de copas. Mi sorpresa fue grande cuando al llegar cerca de la puerta de calle encontré a mi respetable padre de pie, mientras en torno a él había unos seis o siete mozos arrodillados en el suelo, todos ellos condiscípulos míos, impetrando del autor de mis días que "no me castigara". Por cierto, yo expresé mi extrañeza y amonesté a mis compañeros para que no prosiguieran llevando a cabo un acto tan singular. Mas ellos estaban seguros de que mi padre no dejaría de castigarme.

Papá me dijo que mi mamá estaba muy preocupada porque no había llegado yo a casa hasta una hora tan avanzada de la noche, y me insinuó que volviésemos enseguida. Así lo hicimos, mas

mis compañeros nos siguieron, llenos de un enorme cariño, que el estado de alegría en que se hallaban llevaba a la hipérbole. Recuerdo que, en una acequia que había en la calle Mariscal La Mar, de aquellas que corrían por el centro de las vías, un amigo cayó de hinojos, ¡mientras el agua "cantarina" le subía hasta el pecho!

Una vez que llegamos a casa y nos despedimos de ese cariñoso séquito, al entrar en el dormitorio de mis padres me acerqué al lecho de mamá y le saludé con el respeto de siempre, aparentando, eso sí, toda la serenidad y naturalidad posible, cosa bastante difícil dado mi estado. Luego me despedí y entré en la pieza contigua, donde tenía mi dormitorio. Entonces pude escuchar que mi padre decía:

—Es admirable el comportamiento de Emiliano. Si hubieras visto el estado en que se encontraban todos sus compañeros a consecuencia de lo que habían tomado, te asombraras de que nuestro hijo se encuentre tan sano y en sus cabales.

No tuve tiempo de regocijarme interiormente porque ninguno de mis padres hubiese notado mi "chuma", que les hubiera llenado de consternación. Apenas oí esas palabras, tuve que lanzarme a un vaso de noche para arrojar todo el contenido fermentado de mi estómago, con el mayor cuidado y el mayor silencio que me fue posible.

¡Me ratifiqué, entonces, en mi decisión de cumplir al pie de la letra los saludables consejos de mi padre!

CAPÍTULO XXII

Breves recuerdos sobre mis compañeros de colegio. —Mi pelea con Miguel Díaz Cueva. —El insigne Remigio Tamariz Crespo. —Vicente Nieto. —Rafael Abad. —Manuel Arce. —Virgilio Mora Parducci. —Alfredo Vera. —Luis Abad Piedra. —Luis Peña Jaramillo. —Manuel M. Ortiz.

Considero un deber hacer recuerdo de mis compañeros de secundaria, en especial de algunos que me fueron particularmente queridos, o con los cuales tuve alguna vinculación especial. Entre otros, fueron condiscípulos míos, desde el primer año de colegio, los siguientes: Antonio Díaz, Miguel Diaz Cueva, Remigio Tamariz Crespo, Vicente Nieto, Rafael Abad, Manuel Arce, etc.

Manuel Antonio Díaz, muchachito débil y pequeño, de constitución enfermiza, tenía sin embargo un gran talento. Él ocupó durante tres o cuatro años el primer puesto en la clase. Yo mismo fui víctima de su inteligencia: una ocasión pidió oposición conmigo y me planteó una frase latina para que la conjugara. Fue para mi tan difícil esa prueba, que después de algunos ensayos me eché a llorar, y caí de mi primer puesto, cosa que miré como la más terrible humillación. Desde entonces procuraba alejarme en toda circunstancia de Manuel Antonio Díaz. Ese muchacho hubiera sido un grande hombre si por su situación económica misérrima no se hubiese visto obligado a dejar los estudios. Algunos años más tarde había entrado al Ejército como soldado. Sé que, por desgracia, tuvo un trágico fin.

Miguel Díaz Cueva era un chico muy inteligente y simpático. Un día tuvo conmigo un incidente: me dijo algo que yo tomé por gravísima injuria. Se refería al físico de un tío mío, pero en aquella edad todo lo que atañía a un pariente mayor se consideraba como el peor insulto, que había que lavar con sangre. Indignado, le di un golpe en la boca.

Era en el momento de los llamados "tránsitos", y estábamos

cuidados por un bedel muy terco. Durante todo el tiempo que transcurrió, Miguel Díaz Cueva, aprovechando que el bedel se paseaba dándonos la espalda, me hacía señas terriblemente amenazantes, que significaban poco más o menos "después de clase me pagas".

Los compañeros se dieron cuenta de eso y, en cuanto el doctor Juan Cuesta terminó su conferencia y rezamos el Ave María para salir del aula, nos rodearon todos ellos y nos incitaron a la pelea. Con la puerta cerrada y rodeados de esos espectadores tan ansiosos de vernos batirnos, dejamos nuestras americanas y nos arremangamos las camisas.

—Pega tú primero, me dijo él.

—No, pega tú, le respondí. Frase absurda, que yo no me explico ahora, y que sin embargo se hallaba en boga en esos tiempos, con la intención sin duda, de demostrar caballerosidad. Mi adversario quiso, en efecto, pegarme, mas yo logré arrojarlo al suelo, cogiéndole por el cuello. Sin ningún escrúpulo cabalgué, entonces sobre él y comencé a darle de golpes. Alguno de los buenos amigos le haló por detrás y, una vez en pie, cayó sobre mí y me dejó la cara cruzada de rasguños.

Esa batalla trajo como consecuencia una enemistad de cuatro años. No cruzábamos palabra. Mas cuando llegó la época de graduarnos de bachilleres, los resentimientos desaparecieron y los rencores se aplacaron: él me invitó a la fiesta en su casa y yo hice lo mismo en mi fiesta. Todo volvió a la normalidad y a la cordialidad.

Miguel Díaz Cueva fue uno de los altos valores entre los hombres públicos del Azuay. Ciudadano integro y honradísimo, de temperamento recio, fue como jurisconsulto un hombre ejemplar y en los cargos públicos que desempeñó obró siempre con gran honorabilidad. Estricto y severo con sus subalternos, a quienes condujo siempre por el camino recto y el buen cumplimiento de sus deberes, se refiere que cuando fue gerente de Monopolios del Azuay llegó un día un alto funcionario de ese ramo y, viendo que la venta de aguardiente había disminuido perceptiblemente, le

observó que debía procurar que en las cantinas se estableciesen atractivos para los clientes, entre otras cosas "una victrola" y "alguna chica simpática". Eso indignó al doctor Díaz, el cual protestó manifestando que un hombre honrado jamás podía entrar por ese camino, Y echó su renuncia por la cara al necio funcionario. Fue ministro de la Corte Superior de Justicia de Cuenca, director de la Asistencia Pública, etc. Murió joven y dejó una familia modelo de virtudes cívicas y sociales.

De Remigio Tamariz Crespo no creo necesario hacer la más ligera semblanza. ¿Quién no conoce al gran poeta laureado, al hábil prosador, al orador elocuente? Después de los ases de la inspiración cuencana como Remigio Crespo Toral, Honorato Vásquez, Miguel Moreno, Luis Cordero, etc. … puede decirse que Remigio Tamariz llevó en Cuenca, por mucho tiempo el cetro de la gaya ciencia. En el campo político fue uno de los más destacados hombres de derecha. Fiel a sus creencias, fue entusiasta dirigente en ese sector de la opinión ciudadana y participó también en aquellos movimientos armados con que Cuenca luchó durante mucho tiempo contra el liberalismo radical imperante. Cuenca nunca se sometió de buen grado al alfarismo machetero ni al placismo cobarde y enmascarado que tantos males han traído a la patria. Por uno o dos períodos, Remigio Tamariz Crespo fue posteriormente presidente del directorio provincial conservador. También una muerte prematura sustrajo a su país natal uno de sus más auténticos valores.

Vicente Nieto, oriundo de la parroquia de Palmas, en el cantón Paute, fue un excelente estudiante. Hombre afable y comprensivo, recibió la estimación general de sus condiscípulos. Optó por la jurisprudencia y figuró destacadamente en su tierra natal por sus obras en beneficio de ella. El Concejo Municipal de ese cantón ha galardonado a ese buen ciudadano designando la plaza principal de Palmas con su nombre impoluto y patriótico.

Rafael Abad, bueno cuando muchacho, bueno cuando adulto, bueno ahora cuando ya es provecto. Sobre él no han pasado los años y se le ve todavía decurriendo por las calles de su urbe

natal con la misma apostura de sus jóvenes años. Es muy grato encontrar a un condiscípulo cuando tantos otros han franqueado las puertas del más allá, y solo en la memoria subsisten sus imágenes queridas, mientras en el cementerio quizás ya no existan sino puñados de polvo mezclados con otras cenizas anónimas.

Manuel Arce optó por mejor camino y después de su bachillerato se dedicó al comercio de sombreros de toquilla, siguiendo el ejemplo de su padre. Enriqueció viajando al exterior para colocar su mercadería, y ahora es una de las firmas potentes. Construyó su casa en una de las esquinas del parque Calderón. Aún se le ve robusto y bien conservado.

Virgilio Morla Parducci era el rico de la clase. Muy inteligente e ilustrado, de gran educación, Morla poseía una buena biblioteca que participaba con sus amigos más íntimos. Fue siempre un modelo de corrección. Graduado de doctor llegó a ser el gerente de los negocios de su acaudalada familia. Reside actualmente en Guayaquil y es muy considerado y respetado.

Ya he hablado de Alfredo Vera. Era él uno de los más entusiastas aficionados a la Literatura, y juntos dirigimos una revista, llamada Sombras, que tuvo especial influencia en los círculos estudiantiles. En ella se publicaron muchos de nuestros ensayos iniciales en el campo de la poesía y del relato.

Luis Abad Piedra fue otro de mis condiscípulos, desde el primer año de colegio. Era una persona muy jovial y simpática, a quien le agradaba embromar a todos y en todo instante. Preocupado siempre de su vestido personal, nadie pensó que tomaría el rumbo que tomó. Poco después de su bachillerato, en efecto, ingresó al seminario, cosa nunca sospechada por nosotros, y llegó a ser un excelente sacerdote. Falleció, después de una carrera de virtud y laboriosidad, a consecuencia de una enfermedad cardíaca.

Luis Peña Jaramillo fue uno de mis mejores condiscípulos. Hasta hoy conservamos esa amistad sincera e inalterable. Vivíamos en la misma calle Boyacá que hoy se llama Benigno Malo. Su señora madre, doña Zoila Jaramillo de Peña, distinguidísima

matrona cristiana y que formó un hogar muy honorable, tuvo dos hijos sacerdotes y una monja. Fue muy buena amiga de mi madre y nuestras relaciones familiares siempre fueron cordiales. Luis Peña, al terminar su bachillerato, optó por la agricultura y es hoy uno de los más solventes y honorables propietarios rurales del Azuay. Íbamos casi siempre juntos a clase del Colegio Seminario. Hombre probo y generalmente considerado en Cuenca, es todo un caballero, como lo demuestra en todos los actos de su vida. Para él, mis más cariñosos recuerdos.

Otro amigo sincero mío fue Manuel María Ortiz y Ordoñez. Algo mayor que yo en edad, estaba en el séptimo año de colegio cuando llegué al primero. Las comunes aficiones científicas nos unieron. Recuerdo esos paseos por los alrededores de Cuenca, en los que el tema constante de nuestras charlas eran las ciencias naturales, la física y la astronomía. Muy hábil de manos, construía él aparatos de física, como una perfecta máquina de Whimshurt, en ese tiempo recién inventada, y que al funcionar producía una chispa de 15 centímetros. Sus cuadros, con pájaros perfectamente emplumados —pues luego de dibujarlos, iba pegando en ellos las plumas naturales de las aves que cazaba: un cernícalo, unos cuantos gorriones, colibríes y otros volátiles de nuestra ornitología cuencana— eran modelos de naturalidad y belleza. Buen escritor, inspirado poeta, Manuel Ortiz fue uno de los jóvenes más destacados del "Liceo de la Juventud", que refundó Miguel Cordero Dávila, y tuvo por director general al ilustre viejo Luis Cordero Crespo. Ha publicado varios libros de poesías, como *Faunia,* en cuyos magníficos versos canta a los seres animados del reino de la zoología, especialmente de la entomología, con tanta originalidad y espíritu que sorprende que en seres tan apartados de nosotros en la escala zoológica haya podido encontrar una fuente tan pura de inspiración. Uno de esos libros ha merecido el honor de un prólogo de nuestro máximo valor de la intelectualidad ecuatoriana, el padre Aurelio Espinosa Pólit. Como matemático y físico, Ortiz Ordóñez ha gozado siempre de muy merecida fama. Por eso ha ocupado durante muchos

años la cátedra de Física en el Colegio “Benigno Malo” y después la de matemáticas en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Cuenca, en donde ha sido también vicerrector durante varios períodos.

CAPÍTULO XXIII

Recuerdos sobre Alberto Carrasco, mi mejor amigo. —Sus experimentos de física. —Su vocación religiosa. —Elogio de su meritísima familia. —Una Santa Teresa de Jesús ecuatoriana: la madre Leticia de Jesús Carrasco.

Desde el quinto año, que lo cursé en el Nacional, según he referido, fui condiscípulo de Alberto Carrasco. Y hago especial mención de él porque desde entonces ha sido mi mejor amigo. Bastante mayor que yo, y adelantado en estudios en el Seminario, dejó dos o tres años de estudiar por no pasarse al "Benigno Malo", que entonces era considerado como un foco de irreligión y sectarismo. Mas viendo que no había probabilidad de que se reabriera el Seminario, tuvo que ingresar en el Nacional.

Para mí se me vuelve algo difícil hablar de ese excelente amigo. Joven de virtud acrisolada, muy serio y poco amigo de las bromas de mal jaez, poseía un carácter suave y era incapaz de enfrentarse con aquel grupo de muchachos díscolos, que nunca falta en todos los colegios. Estos, por lo mismo que se daban cuenta de ello, procuraban molestarle en todo momento. Varias veces tuve que intervenir en su favor y debí emplear, en ciertos casos, medidas violentas.

Les gustaba, en especial, decirle cosas nada correctas en materia de castidad, lo cual le causaba profundo desagrado. Era entonces cuando intervenía yo verdaderamente irritado. Una vez habían escrito en el muro de la grada una frase de lo más procaz. Yo la vi y procuré impedir que Carrasco la leyera, interponiéndome entre él y el muro. Y no me avergüenzo de haber procedido así.

Nuestra amistad, que ya tenía sus fundamentos porque nuestras casas de habitación eran contiguas y nuestras mamás muy amigas, se afirmó e intensificó extraordinariamente. Uno de los motivos de mayor acercamiento con Alberto Carrasco fue nuestra común afición a la física. Con él, insigne experimentador y con

una gran habilidad manual, hacíamos una mar de experimentos. Yo admiraba su destreza para construir todo género de aparatos de física y su capacidad para llevar adelante una serie de inventos de lo más interesantes y pintorescos.

Una ocasión fabricó, valiéndose de carrizos, un aparato que, con un movimiento que le imprimía una palanca, hacía que subiese el conjunto a una altura muy superior a la del tejado de una casa de dos pisos. A tan curioso sistema agregó un tallo de cobre con punta de platino, al que conectó un alambre de cobre aislado. Nuestro deseo era ver qué sucedía cuando pasara por el cenit una nube tempestuosa. El día fue propicio para el experimento, pues se preparaba un gran aguacero y rayos y truenos llenaban el ambiente. Tomó la palanca y la puso en movimiento y surgió ese conjunto de carrizos, elevándose a grande altura. De repente, desde el extremo inferior del alambre, saltó una enorme chispa eléctrica, que felizmente no tocó a ninguno de los dos. El venerable padre de mi amigo, el doctor Santiago Carrasco, que había oído el chasquido de esa chispa, bajó indignado y ordenó a su hijo que deshiciera inmediatamente aquel dispositivo que, en nuestro concepto, había dado el mejor resultado, pero que en el del venerable caballero encerraba el mayor peligro. Así perdimos la oportunidad de continuar con el experimento y de que nuestros nombres hubiesen sido glorificados con el honroso calificativo de "mártires de la ciencia".

Cuando bachilleres, cada uno tomó distintos rumbos. El ingresó al Seminario Mayor, para seguir la carrera sacerdotal, y yo opté por la medicina. Con rumbos tan distintos tuvimos poca oportunidad de vernos con frecuencia. El alcanzó la gracia del sacerdocio y le nombraron cura de almas en una parroquia cercana a Cuenca, la de San Joaquín, en donde vivió pocos años. Pero Alberto Carrasco tenía un constante anhelo de perfeccionamiento espiritual, y resolvió entonces ingresar a la Compañía de Jesús. Su ilustre padre sufrió mucho con esta resolución y le rogó insistentemente que esperase un corto tiempo para realizar ese ideal: los pocos años que restaban de vida a ese anciano ejemplar.

Este, al fin, tuvo que acceder al deseo de su amadísimo vástago e hizo el magno sacrificio de desprenderse de él. Alberto ingresó, pues, en la insigne orden de San Ignacio de Loyola y se sometió a todas sus instituciones. Hizo un noviciado en compañía de novicios menores a él: sus misas las celebraba dentro del claustro.

Incansable experimentador, ha inventado una serie de aparatos de física para enseñar a sus alumnos. Con gran facilidad ha construido receptores y transmisores de radio. Recuerdo que, en los inicios de esta especialidad, hizo un receptor fabricado con galena. Ahora trabaja una mar de cosas con transistores, sabe de heterodinos y más técnicas que para mí son, por desgracia, un verdadero latín. Tiene inventos en realidad geniales y será una gran lástima que queden en el anonimato y el desconocimiento por falta de recursos económicos para desarrollarlos.

Pero la mejor invención de este amigo queridísimo es la de haber encontrado el camino del cielo, por sus virtudes sacerdotales, su espíritu inmaculado, su humildad heroica. Las suyas son alas de blancura que le transportarán al más alto de los cielos, al cielo empíreo de los justos, al cual no se llega por años de luz, sino por una trayectoria luminosa de virtud.

Me glorío de haber realizado yo también una gran invención —un gran encuentro— pues hallé algo tan inestimable como es un amigo verdadero, de la categoría de Alberto Carrasco. Sé que me recuerda en sus misas y oraciones, y tengo así mucha probabilidad de que me arrastre en pos de él, a ese su cielo. ¡Dios quiera que lo consiga!

No perderé esta oportunidad de hablar algo sobre esa familia privilegiada de los Carrasco. Tres religiosas y un jesuita produjo ese hogar formado por santos, el doctor Santiago Carrasco y Arriaga y la ilustre dama doña Mercedes Carrasco. Una de estas beneméritas religiosas fue la madre Victoria de Jesús, de los Sagrados Corazones, modelo de virtudes silenciosas y recatadas, que falleció hace algún tiempo dejándonos el perfume de su santidad. La que aún vive, gracias a Dios, y vive para felicidad de cuantos la conocemos y nos honramos con su amistad,

es la madre Leticia de Jesús Carrasco, también de los Sagrados Corazones. Ella es el alma de su comunidad y de su colegio. Es la consejera de muchas exalumnas que miran en ella un ser providencial que ilumina sus sendas, y que ha estampado en sus espíritus un profundo sello de virtud y honor. Monja sabia, se le diría, pues además de ser insigne maestra es magnífica escritora y también inspirada poetisa. Yo la he calificado de "Teresa de Jesús ecuatoriana", y no creo estar equivocado. Si un día llegan estas memorias a sus manos y lee estas líneas, quiero que sepa que estos conceptos son apenas una mínima parte de la elevadísima opinión que tengo de sus méritos.

No dejaré de nombrar a los otros hermanos Carrasco: a Rafael, a Antonio, a Gabriel. El primero de ellos, probo abogado, tiene también la gloria de ser padre de dos jóvenes jesuitas. Antonio, joven médico y estimadísimo amigo que falleció hace mucho tiempo, en la plenitud de sus facultades y en actuante robustez intelectual, era una promesa tanto por sus conocimientos, cuanto por su altruismo y su dedicación a los pacientes. Víctima del tifus exantemático en la villa de Cañar, su infestación fue de lo más grave, como ocurría siempre en esos lugares. En aquella época nadie salvaba de esa enfermedad y todos perecían. Se observó después que los enfermos de tifus que eran trasladados a lugares más bajos, como Azogues o Cuenca, salvaban con frecuencia. Seguramente la altitud, con su presión atmosférica reducida y la consiguiente deficiencia de oxigenación, obligaba a trabajar exageradamente al músculo cardíaco, y los pacientes de tifus solían fallecer por complicaciones del corazón. Gabriel Carrasco fue un notable ingeniero de gran habilidad y dedicación, que ocupó cargos técnicos de gran importancia. Hombre rectilíneo y virtuoso, hombre incorruptible y de una sola pieza, fue apreciado por todos los cuencanos y dejó la ruta de la vida cuando más necesarios eran sus conocimientos que habrían seguido beneficiando al país. Sus numerosos amigos y la sociedad cuencana en general lamentaron su fallecimiento prematuro.

CAPÍTULO XXIV

Mi primo hermano Humberto Cordero Crespo. —Una excursión al Cojitambo. —Los murciélagos. —Dos clases de bromistas. —Elogio de Octavio Cordero Palacios, insigne humanista azuayo. —¿Quedará en la avenida Solano un sitio para levantarle un monumento?

De entre los amigos que tuve y que no fueron de mi curso, sobre los que necesariamente debo hablar, figura entre todos, con mayores características de afecto, Humberto Cordero Crespo, primo hermano mío, con quien tuve la más sincera camaradería y verdadero afecto. Desde muy niños nos reuníamos en vacaciones en la hacienda de nuestro abuelo, don Simón Crespo y Rodríguez, situada en Chuquipata. Juntos hacíamos nuestras excursiones a los campos, cerros y comarcas vecinas.

Una vez visitamos el Cojitambo, picacho muy elevado que domina la región. Había allí unos yacimientos carboníferos y nuestro deseo era traer a la hacienda muestras de ese material para emplearlas en experimentos variados. La excursión se realizó desde muy tempranas horas del día, cuando aún el sol no asomaba por el horizonte. Componían esa caravana Octaviano Crespo, Leoncio Cordero, hermano de Humberto, este y yo. Llevábamos varias acémilas para conducir el producto de nuestra excavación.

El Cojitambo parece haber sido roto por algún sismo, pues si por un lado tiene una vertiente inclinada y accesible, por el otro se halla cortado verticalmente: al pie de esa faz se amontonan rocas y piedras que en confuso montón se han aglomerado allí, como producto del derrumbamiento de la mitad del monte.

Esa aglomeración ha dejado dentro una caverna muy profunda y extensa, que los indígenas del lugar denominan "Mashujutco" (*mashu:* murciélago; *jutcu:* agujero, cueva). Su entrada es suficiente para el paso de un hombre. Penetramos en ella y avanzamos en un trecho considerable. De pronto, sentimos un

zumbido de alas y a la luz de una linterna percibimos legiones de volátiles que pasaban sobre nuestras cabezas y se arremolinaban en forma alarmante. Eran murciélagos, que desde tiempo inmemorial habían hecho allí su morada.

La gente ignorante atribuye a ese quiróptero un papel de mal agüero, como a todo ser nocturno. El que habita en nuestros campos, y se aloja en desvanes y otros lugares a donde no llega el sol, es un inofensivo insectívoro, más bien útil a la agricultura, pues libra de plagas los sembrados. Parece que sus excrementos forman un magnífico abono y que en algunos otros países se favorece el desarrollo de colonias de tales avechuchos. Nosotros no teníamos la superstición de que hablo, pero de todas maneras el contacto con esos feos mamíferos volátiles no era deseable ni soportable. Entonces corrimos hacia la salida y, ¡oh pavor!, desde el lugar a donde habíamos llegado vimos esa entrada reducida a tan pequeño tamaño que nos pareció imposible escapar por ella. La explicación era que habíamos entrado muy adentro y que, como en la oscuridad no se ven puntos de referencia ni hay perspectiva, creíamos estar cerca y veíamos desproporcionadamente pequeño el agujero por el cual habíamos penetrado.

Luego de haber salido de ese antro, hicimos nuestra excavación y logramos extraer una buena cantidad de lignito, que es el carbón de piedra que hay en ese filón. Antes de regresar a la hacienda ascendimos a la cumbre del Cojitambo y gozamos de un bello y amplísimo panorama de las dos provincias de Azuay y Cañar.

Cuando terminada su secundaria fueron a Cuenca Leoncio y Humberto Cordero, para ingresar a la Universidad, nuestra amistad —especialmente con el segundo— se intensificó. Teníamos inclinaciones científicas análogas y nuestras conversaciones versaban casi siempre sobre temas de física, astronomía y ciencias naturales.

Humberto Cordero tiene un ingenio exquisito. Es de aquellas personas que, en el curso de la conversación y con gran naturalidad, emiten bromas y anécdotas de lo más gratas e ingeniosas. Parece que es una facultad hereditaria, porque su padre, don Justo Cordero, era asimismo un hombre saladísimo y ameno. Entre

los bromistas hay por lo menos dos géneros: los unos, parece que han hecho profesión de graciosos y llegan muchas veces a fastidiar a sus interlocutores: generalmente son los primeros en reír de sus propias ocurrencias a mandíbula batiente. Los otros, son más discretos, y cuando emiten un chiste permanecen serios y dejan que sean los demás los que los festejen. Justo y Humberto Cordero pertenecen a este segundo grupo y, en consecuencia, son verdaderos ocurrentes u ocurridos, como nosotros les llamamos, de un modo impropio.

Esa amistad sin sombras ha perdurado y perdurará, pues aunque alejados materialmente por las rutas diversas de la vida y aún por el espacio, porque él reside en Cuenca y yo ahora en Quito, y por las actividades propias y respectivas de nuestras profesiones —él, abogado y excelente topógrafo, y yo, médico-cirujano—, nuestro mutuo afecto no ha declinado y, cuando alguna vez volvemos a encontrarnos, nuestra conversación gira espontáneamente hacia esos antiguos temas, renovados hoy por los estupendos avances que la ciencia ha hecho en los tres o cuatro decenios que han transcurrido desde nuestra última entrevista del pasado. Nuevos vínculos de parentesco se han atado entre nuestras familias: un hijo de Humberto, René Cordero, ha esposado a una nieta mía, María Luisa Ledergerber Crespo, y de ese matrimonio ha venido al mundo, al tiempo en que escribo estas páginas, una bisnietita para mí, una nietita para Humberto.

Excelente abogado y topógrafo, honorabilísimo ciudadano y padre de una de las familias más numerosas del Azuay —tiene quince hijos vivos— Humberto Cordero Crespo es uno de esos cristianos que honran al país.

Cuando Leoncio y Humberto Cordero terminaron sus estudios de secundaria, se trasladaron a Cuenca para ingresar en la Universidad. Se alojaron, entonces, en casa de mis abuelos, en donde residía también Octavio Cordero Palacios, esposo de una de mis tías, Victoria Crespo. Allí, los Cordero y yo, pudimos conocer de cerca y tratar en la intimidad familiar a Octavio Cordero, admirar su personalidad multifásica y aprovechar, también, de su grande

sabiduría en casi todas las ramas del saber humano. Profundo conocedor del griego y del latín, tradujo en hexámetros, adaptados al castellano, las Odas de Horacio. Del inglés tradujo — y su versión fue una de las más exquisitas y emocionantes— "El Cuervo", de Edgar Allan Poe. Matemático insigne, fue asignado en el Colegio Benigno Malo como profesor de Topografía y formó así un brillante grupo de topógrafos, entre los cuales se han distinguido Gabriel Carrasco, Humberto Cordero, Manuel María Ortiz, un señor Ordóñez, etc., etc. Lo interesante es que una vez graduados esos alumnos, y por permiso especial del Ministerio de Instrucción Pública, ellos constituyeron un jurado o tribunal ante el cual Cordero rindió sus exámenes y se graduó en la materia que él mismo había enseñado. Habilísimo y genial para la rima, compuso un memorándum de Trigonometría en verso, para el uso de sus discípulos. Así facilitó el recuerdo de una mar de teoremas y corolarios de esa poco grata ciencia, y sus alumnos no tenían que hacer grandes esfuerzos de memoria para recordarlos, acudiendo a su mente en el momento oportuno y necesario las reglas del caso. Para muestra, y por no tener presente otra en la memoria, va la siguiente:

Si partes el cateto
Por la hipoteno,
Del ángulo apartado
Tendrás el seno…

Lingüista, paleógrafo y gran investigador, se aventuró por las profundidades de la etnología nacional y, fundándose casi exclusivamente en la toponimia del Azuay y del Cañar, pudo determinar, en su libro "El quechua y el cañari"[41], cuáles eran las voces del idioma de los primitivos habitantes de esa comarca.

Casi nada ha hecho Cuenca por enaltecer la memoria de ese

[41] Octavio Cordero Palacios, *El quechua y el cañari. Contribución a la historia precuencana de las provincias azuayas,* Universidad de Cuenca, Cuenca, 1981 *(N. del E.).*

genial inventor auténtico —según lo reconocen muchos hombres de ciencia— del famoso "Metaglota", o máquina destinada a traducir automáticamente los idiomas, que hoy —con los descubrimientos de la electrónica— sería algo muy práctico y de uso general. Su situación económica, siempre estrecha aún para satisfacer las más premiosas necesidades de su numerosa familia, la mezquindad de nuestro ambiente, y la falta absoluta de estímulo para las grandes iniciativas, dejaron en olvido, y relegado a la memoria de unos cuantos íntimos de Cordero, aquel descubrimiento que quizás hubiera dado al país una notoriedad y un renombre entre todos los del mundo civilizado.

Nada ha hecho Cuenca, hemos dicho, y solo en la memoria de los que le conocimos muy de cerca, y en la de alguno que otro científico del Azuay, vive y palpita el recuerdo sobre el genio de Octavio Cordero Palacios, de quien quiero hacer mención, siquiera sea de paso, en estas mis íntimas memorias, como recuerdo y homenaje a ese hombre de ciencia y de hermoso corazón. Porque Cordero era modesto en su grandeza —como todos los verdaderos grandes hombres—, naturalísimo y sencillo en su arrebatadora charla amena, subyugante y didáctica, sin ostentación pero llena de galanura. Árbol cargado de abundantes y maduros frutos, que los dejaba caer generoso para todos los que pasaban por su lado.

Muchas otras facetas de la personalidad de Octavio Cordero no las tocamos, pues saldríamos del límite de este modesto libro. Quede su estudio para sus biógrafos, especialmente para esos que tuvieron la felicidad de conocerle de muy cerca, como el notable polígrafo Víctor Albornoz. Pero quizás uno o dos de los geniales rasgos que apunto en este capítulo no han sido conocidos por él, pues no los menta en su biografía.

Cuenca tiene tal abundancia de hombres ilustres que, para erigir un monumento a cada uno de ellos, tal vez sus plazas y sus avenidas no tuvieran suficiente cabida. En la Solano se van levantando estatuas a esos hombres. ¿Quedará un sitio para Octavio Cordero Palacios?

CAPÍTULO XXV

Mi viaje a Balao en las vacaciones. —Tiro al blanco sobre un lagarto y acierto. —Mi buena puntería. —En mi ausencia, mi madre me matricula en medicina y en derecho. —Oposición de mi madre a que yo estudie medicina. —Las clases de primer año de derecho con el doctor Octavio Díaz —Mi firme vocación por la medicina.

Ese año fui a pasar las vacaciones junto con mi padre, en Balao.

De entre los innúmeros viajes que en mi adolescencia y mi juventud realicé desde Cuenca al Litoral, este ha quedado especialmente grabado en mi recuerdo. Viajaba con mi padre desde Naranjal, por el río del mismo nombre, en una lanchita a vapor. La marea estaba en vaciante cuando llegamos cerca de la desembocadura en el golfo de Guayaquil. Las orillas del río se habían quedado en seco y sobre el extenso banco de lodo, sembrado aquí y allá de manglares, enormes saurios reposaban, tendidos sobre sus vientres, con las inmensas fauces desmesuradamente abiertas.

—¡Dispara! —me dijo mi padre, entregándome su revólver Colt e invitándome a ensayar la puntería sobre uno de esos caimanes tendidos a la margen.

Yo nunca había ejercitado el tiro al blanco. Sabía, sin embargo, que para matar a uno de esos reptiles, impropiamente llamados "lagartos" en la costa, era preciso que la bala penetrase en sus cuerpos por un sitio llamado "codillo", es decir por encima del hombro.

Apunté al bicho y, sin muchos titubeos, disparé. El saurio se deslizó lentamente hacia el río y se hundió en las turbias aguas. Todos pensamos que el impacto, si lo hubo, apenas le había despertado de su habitual somnolencia. Cuál no sería mi sorpresa cuando, después de algunos minutos, vimos salir a flote al enorme animal, tendido sobre su dorso y mostrando el blanco vien-

tre, que empezó a deslizarse a merced de la corriente. ¡Estaba muerto!

Había, sin duda por casualidad, acertado a ponerle la bala en el codillo, es decir en el único punto vulnerable, en donde carece de escamas duras e impenetrables. Todos me felicitaron por mi estupenda puntería.

Recuerdo que después, en otras ocasiones, también he acertado el tiro al blanco, no obstante no haberme ejercitado jamás en ese deporte. Un día, muchos años más tarde, habiendo sido llamado de urgencia a atender en la parroquia de El Tambo, del cantón Cañar, a una joven que, en tránsito para Guayaquil, había sufrido las consecuencias de la altitud —mal de las montañas— en ese tiempo en que aún no había carreteras a la Costa y en que el viaje se hacía a lomo de mula hasta Huigra, trepando penosamente por la cordillera, me trasladé a dicho lugar y asistí a la paciente en la hacienda de un señor González, en la que hay una hermosa laguna. Lograda la completa mejoría de la enferma, un grupo de amigos presentes en la hacienda se dedicaron a hacer tiro al blanco sobre una botella que había sido arrojada a la laguna y que flotaba a medias, dejando ver apenas su cuello. Por exigencias de ellos también hice un disparo y logré hundir la botella, cosa que mis amigos no habían conseguido.

Cuando regresé de Balao, mi madre me había matriculado en dos facultades: la de Jurisprudencia y la de Medicina. Me hallaba yo en la oportunidad de elegir la ruta definitiva de mi vida, siguiendo una u otra de aquellas facultades universitarias.

Mi madre era opuesta a que estudiara Medicina. Tenía ella tres razones para adoptar esa actitud: la primera, que me consideraba de un carácter o temperamento nervioso y creía que yo no podría afrontar las graves responsabilidades de esa profesión; la segunda, que creía que mi mentalidad era más apta para las altas disciplinas filosóficas y éticas que para las obligaciones de la medicina; y la tercera, era una razón de orden moral: había oído a un sabio obispo —el ilustrísimo Miguel León— que un médico logra muy difícilmente la salvación de su alma. Por todos estos

motivos, ella quería inducirme a que estudiase Jurisprudencia y no Medicina. Me había matriculado, sin embargo, en ambas facultades para dejarme en libertad de elegir. Me rogó, de todos modos, que concurriese a algunas clases de Derecho para ver si me agradaba aquel estudio. Así lo hice.

Era profesor de Ciencia Constitucional un insigne jurisconsulto, el doctor Octavio Díaz. Sus conferencias eran insuperables y me encantaban. Las seguí con toda dedicación, para dar gusto a mi madre, pero no logré vencer mi natural inclinación hacia la Medicina. Preferí a esas bellísimas clases los trabajos nada atractivos del anfiteatro que, en ese tiempo, por razones que expondré oportunamente, no tenían el menor atractivo y sí, en cambio, muchos motivos de repugnancia y frecuente ocasión para las más desagradables emociones. Ahora juzgo que las lecciones recibidas en la Facultad de Derecho no me fueron inútiles: un íntimo e irrenunciable sentimiento de justicia ha sido consustancial conmigo, a tal punto que en las ocasiones en que, largos años más tarde, he concurrido a la Cámara de Diputados como representante del Azuay, he sido designado presidente de la Comisión de Justicia. Cuando vine en 1947[42] como diputado a la Asamblea Nacional Constituyente, que elaboró la actual Carta Constitucional de la República, afloraron a mi memoria, como por encanto, muchos de los conocimientos aprendidos en ese curso jurídico que con tanta luminosidad dictara el doctor Díaz.

Pero la vocación es algo que no puede vencerse, y mi vocación era la de ser médico, y sobre todo, la de cirujano, y a ella me sometí con todas las veras de mi alma. Con la pena no disimulada de mi mamá, opté, pues, por esa carrera. Probablemente influyó mucho en mi decisión el cariño y la admiración que tenía por mi padre, médico altamente científico, clínico insuperable, de un ojo diagnóstico siempre acertado. Veía en él el gran modelo que yo debía seguir. Aparte de ello, siempre me he sentido más atraído

[42] En realidad, 1946. La nueva Constitución se promulgó el 31 de diciembre de 1946 y rigió hasta el 25 de mayo de 1967 *(N. del E.)*.

por las ciencias físicas y naturales que por las filosóficas. Ingresé por tanto a la Facultad de Medicina, y fue ese el paso más decisivo de mi vida, del cual no me arrepiento. Es preciso recordar que en ese tiempo los médicos ocupaban en Cuenca un segundo plano, ya que la jurisprudencia era la profesión más admirada. Se necesitaba una fuerte dosis de abnegación para optar por la medicina. Y a ella me dediqué sin vacilar.

Más de cincuenta años después, cuando al cumplir cuarenta y dos años de cátedra universitaria, el Gobierno Nacional y las instituciones médicas y científicas del país, así como la Universidad del Azuay, me rindieron un homenaje, que conmovió las fibras más hondas de mi ser, al echar la vista hacia atrás no pude por menos que encontrar mi vocación, mi ideal de ser médico, como la gran fuerza que me había mantenido y animado. En el discurso de agradecimiento, entre otras muchas cosas que dije, y que ya no recuerdo, porque aparte de las anotaciones que hice para guiar mi oración exclamé otras muchas, resultado de la emoción del momento, constan las siguientes frases sobre este motivo, que ahora me es grato consignar:

> Este día, de inmenso alborozo para mí, es el día que no esperé y que va a ser el mejor de mi vida. En la brega diaria, intensa y muchas veces dolorosa, el único impulso que nos anima y nos obliga a marchar hacia adelante es el del deber. No miramos jamás un galardón ni una recompensa. Esa recompensa y ese galardón radican en el fondo de nosotros mismos. Es la satisfacción de llenar a cabalidad la misión que nosotros mismos, y algún sino extraño y superior, nos impusimos. Hay una luz que ilumina y es nuestra guía; una luz que nos indica el camino que debemos recorrer, una luz que nos señala la ruta y nos conduce hacia un fin. Esa luz es la vocación, el impulso intimo que nos encasilla en determinada actividad y no nos abandona jamás. Llamémosle ideal. Es el nombre que más le cuadra y compete. Y en mí, la vocación y el ideal han sido siempre la medicina y la cirugía...

Ideal... Amada finalidad, adorada objetividad de nuestros anhelos. Cuando te revelas a nuestras miradas espirituales y nuestro ser te comprende, eres una fuerza irresistible y fascinadora que nos lleva por sobre todos los obstáculos, aunque dejemos en el camino parte de nuestra propia vida, algo de nuestro propio ser. Ideal bendito y sublime, el de la Medicina, tú has sido el objeto de nuestro amor; nos has alentado y has calmado nuestros dolores; nos has arrebatado sobre tus alas por sobre todo lo escabroso, lo mezquino, lo innoble. Vocación querida, diosa vestida de luz y coronada de lauros inmortales, cuánto te hemos amado. Eres una sacerdotisa del culto de nuestro amor, personificada y concreta en la Medicina, en la Cirugía, en la profesión de estas ciencias...



El doctor Emiliano Crespo en una fotografía con la jerarquía eclesiástica, probablemente captada en ocasión de la coronación de la Morenica del Rosario, diciembre de 1933. Aparecen sentados, Mons. Daniel Hermida, Mons. José Félix Heredia, Mons. Domingo Comín, N.N., Mons. César Antonio Mosquera Corral, N. N. En la fila de personajes de pies se destaca, en el centro, con lentes redondos, Remigio Crespo Toral y a su lado, siguiendo hacia la derecha, el doctor Miguel Cordero Crespo. Después de los dos religiosos, que no se ha logrado identificar, están el doctor Emiliano Crespo Astudillo y su yerno, Alberto Ledergerber. (Archivo fotográfico Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO XXVI

De cómo se hacían en Cuenca las extracciones dentarias. —El maestro Manuel Ushca, patriarca de los peluqueros. —La llave de Garangeot. —El maestro Ushca me extrae una muela, sin anestesia. —Mi fingido valor en presencia de mi tío, doctor Darío Astudillo. —Un cura dentista.

Por aquella época tuve que hacerme extraer una muela, que se había convertido en mi pesadilla. Cuando yo era niño y aún adolescente, las extracciones dentarias las hacía, por lo general el barbero. Había uno que otro dentista empírico —no graduado—, pero la gente confiaba más en el maestro Manuel Ushca. Era este un indígena grueso y de talla regular, no muy cobrizo, como todos los de su raza, sino algo pálido. Su piel estaba llena de los vestigios del acné. Acostumbraba, de cuando en cuando, darse sus temporadas de bebida de aguardiente. Tenía su peluquería en una de las tiendas del Colegio Seminario es decir en el lugar más céntrico de la ciudad. Era el peluquero más afamado por la habilidad del corte. No está por demás decir que fue una especie de patriarca de los peluqueros: de ese taller salieron los Miguel Correa, los Jacinto y José Antonio Güiracocha, y otros sucesores muy afamados de aquel "grande hombre".

El único instrumento que empleaba para sus extracciones, ese taumaturgo de los molares humanos, era la famosa llave de Garangeot, denominada también "gatillo" por la gente profana. Consistía en un tallo de acero que llevaba en una extremidad un mango de madera, colocado en cruz con relación al tallo, y en la otra se podía adaptar, en unas ranuras apropiadas, unas uñas muy curvas que pivoteaban alrededor de un pequeño eje. Las uñas formaban ángulo recto con el tallo.

Instrumento poderoso y aún brutal, en el que se adaptaba magistralmente el principio de la palanca, se aplicaba la extremidad del tallo, lateralmente, a la encía, y la punta de la uña a la base de la

corona dentaria: un movimiento de rotación dado al mango o empuñadura multiplicaba su fuerza en la uñeta de un modo seguro. No había incisivo, canino o molar que se resistiese a esa fuerza terrible, pues o salía la pieza dentaria, o se rompía si se hallaba corroída por una caries. A veces se fracturaba el borde de la mandíbula.

Para mayor consternación del cliente, la extracción se hacía sin anestesia. De modo que era algo heroico ir a donde el maestro Ushca, propietario universal de los molares y dientes de Cuenca.

Un día, torturado por un dolor de muela —una odontalgia, como se llama técnicamente—, que no me permitía comer, dormir ni vivir en fin, resolví hacer mi peregrinación a donde el insigne cuanto temible don Manuel Ushca. Era un segundo gran molar el que debía ser erradicado de mi desdichada boca. Cuando llegué a la barbería, el maestro se hallaba muy ocupado cortando el pelo a un cliente. Me detuve en la puerta, para esperar allí mi turno, mientras terribles latidos me golpeaban como martillazos en la pobre mandíbula inferior.

Así me hallaba cuando vi acercarse por la misma acera a un tío mío muy respetable, el doctor Darío Astudillo, tanto más digno de veneración cuanto que era no carnal sino tío abuelo y un señor que, por su probidad como abogado y por todos sus antecedentes familiares, gozaba de la consideración y el respeto de toda la sociedad cuencana.

Al verme allí, y en actitud adolorida, se acercó y después del saludo mío, muy respetuoso, me preguntó:

—¿Qué haces aquí, querido sobrino?

—Vengo a hacerme sacar una muela —le respondí con la ingenuidad que me ha caracterizado.

—Ah! —me contestó, entonces—, eso no es cosa sencilla, así que voy a acompañarte!

Tan amable declaración agravó mi sufrimiento, porque yo me proponía no poner trabas de ningún género a la expresión de mi dolor, y dejar que mis lamentos, en el instante crucial de esa operación tan temida, se escaparan sin medida.

Cuando llegó el momento me senté en la silla del holocausto:

vi el instrumento de suplicio que se acercaba a mi boca y penetraba en ella, y sentí cómo se aplicaba a mi desdichada encía y se fijaba en mi adoloridísimo molar. El arrancón que produjo ese gancho cruel fue terrible. Pero yo no dejé escapar el menor quejido, no obstante sentir un cataclismo en mi mandíbula y en mi cerebro.

Pasado ese momento catastrófico, mientras hacía buchas con agua alcoholizada, mi tío se expresó asombrado de mi valentía con ditirambos dignos de un héroe de *La Ilíada:*

—¡Hombre! —me decía—, eres valientísimo: ¡no has prorrumpido en un solo ay! Y la muelaza es enorme. ¿No sentiste dolor?

—Yo soy así —le manifesté—. He reflexionado que siempre, en casos parecidos, los quejidos y contorsiones no sirven de nada. El grito —le dije— es una defensa, una llamada de auxilio, que cuando se trata de un accidente cualquiera hace acudir al primer individuo que pasa por allí. Al tratarse de una acción benéfica y necesaria, el grito y la contorsión no tienen objeto y es mejor no producirlos.

"Sobre todo —añadí para mis adentros— si hay espectadores y éstos son personas respetables e influyentes como usted".

¡Todo lo cual demostraba que yo era un solemne petulante!

Para terminar este relato, y a propósito de extracciones dentarias, debo recordar que en Cuenca y en todas partes solían surgir hábiles personas que se dedicaban a ellas. Tal fue el caso de un magnífico sacerdote que llegó a tener en mi ciudad, muchos años después, una fama merecida como dentista empírico. Era habilísimo y mejor que muchos profesionales, con la particularidad de que su trabajo era gratuito y puramente caritativo. Al principio trabajaba con un instrumental muy reducido, pero viendo que su clientela crecía, ocurrió a adquirir otro mucho más completo. Jamás lo esterilizaba por ebullición, no solamente porque esa práctica aún no estaba extendida, sino porque temía que se deteriorase. Anestesiaba localmente y extraía con una destreza incomparable. Según él aseguraba, nunca se le produjo ninguna

infección. Recuerdo haber visto en el umbral de su ventana innúmeros pedacitos de carne, que la hacían asemejarse en pequeño a la percha de una carnicería: ¡eran los que quedaban allí cuando el santo sacerdote limpiaba, por frotación sus fórceps!

CAPÍTULO XXVII

El general Franco es reemplazado por el general Julio Andrade. —Caballerosidad y cultura de este jefe liberal. —Su afición al ajedrez. —Su infausto asesinato. —La cátedra de anatomía en 1902. —Dificultades para la conservación de cadáveres. —Deficiencias en la enseñanza de anatomía y química. —Los exámenes del primer año de la Universidad.

Después del terror que impuso Franco en Cuenca con sus abusos, arbitrariedades e infames procedimientos —como aquel de bañar a las cuatro de la madrugada a los jóvenes que se hallaban prisioneros en el cuartel del batallón Quito, y de la latigueada a dos muchachos muy decentes, Alfonso y Francisco Vega Alvarado, que ni siquiera tomaron parte activa en los movimientos revolucionarios que siempre tuvo esa ciudad rebelde al alfarismo—, la llegada del general Julio Andrade, en 1901, dio un respiro a la ciudadanía. Andrade, hombre culto en medio de los forajidos y macheteros que componían el ejército alfarista, había sido designado comandante de armas del Azuay en reemplazo del odiado general Franco. Y, en contraste con este, fue magnánimo, generoso y humano; se conquistó la amistad de muchas personas de ambos bandos y tanto él, como su distinguida esposa, la Sra. Elisa Thomas, se relacionaron con la gente de la mejor sociedad cuencana. El general Andrade no cometió abusos, como su antecesor, y si mantuvo en prisión a los que Franco había dejado en la cárcel, poco a poco les fue dando libertad.

Un hecho curioso debo relatar, por haberlo oído de labios de un tío mío, el doctor Remigio Astudillo Chica. Este caballero era un campeón del ajedrez y como el general Andrade se preciaba de ser también muy aficionado y competente en aquel juego, logró que algún amigo le presentase a mi tío, para tener el gusto de distraerse de las funciones oficiales sosteniendo partidas de ajedrez. Habían comenzado, pues, a jugar partida tras partida y

cuál la sorpresa para Andrade al ver que iba dando mate a Astudillo una vez tras otra, entusiasmándose cada ocasión por ganar a un as del noble juego.

Algún día Astudillo propuso una nueva partida, pero apostando.

—¿Cuál sería el valor de la apuesta? —había preguntado el general.

—Si yo pierdo pago a usted cien sucres, y si yo gano, me hace un servicio que yo quiero pedirle —había sido la respuesta de mi tío.

Andrade, seguro de su triunfo, habíase abstenido de oponer inconvenientes y la partida se había ido desarrollando lentamente. Parecía que el jefe militar iba a ganar cuando, de improviso, Astudillo había gritado:

—¡Mate!

Andrade, sorprendido, se negaba a dar crédito a cosa semejante, no teniendo al fin más remedio que convencerse de la realidad.

—Bueno, mi general. ¡A pagarme la apuesta en el acto!

—¿Y cuál es el favor que usted pide, doctor?

—Que dé libertad al doctor Vicente Alvarado, que está preso desde la época de Franco, mi general.

Fiel a su palabra, Julio Andrade había consentido, no sin expresar el trabajo que le costaba acceder a tal pedido, y había dado la orden inmediata para la excarcelación de aquel sacerdote. Luego siguieron jugando otras y otras partidas, y ganando casi siempre el general, con todos los visos de una ganancia correcta, porque Astudillo era tan hábil que en cierto modo guiaba con sus jugadas las del adversario y le hacía ganar cuando él quería. Posteriormente, las veces en que tenía algo que pedirle, asimismo, con la mayor sagacidad y fingiendo muchísima contracción y preocupación en el curso del juego, Astudillo ganaba.

Un día el general Andrade comprendió toda la estratagema de su adversario y terminó por declarar:

—Doctor, usted es habilísimo jugador y me ha tenido enga-

ñado, pero feliz de poder jugar, durante mucho tiempo. Puedo decirle que, con todo su grado de doctor, usted es mucho más general que yo". (La cortesía de Andrade se refería, desde luego, al ajedrez).

Dejó, pues, este jefe liberal, en el Azuay, una estela de simpatías. Era un hombre educado, cultísimo y sagaz. En él se adivinaba desde el primer momento al caballero. Nada tenía que ver con León Valles, Manuel Antonio Franco ni con el mismo Leonidas Plaza. Aquellos por sus modales y este por su fuga nocturna en la víspera del 23 de mayo de 1896, disfrazado de mujer, y por el estado inmundo en que dejaron sus oficiales y asistentes la casa de mi padre, que les fue dada gratuitamente —según he referido ya— y bajo cuyos entablados dejaron grandes hacinamientos de inmundicia, manifestaban a la legua su procedencia, su falta absoluta de la más rudimentaria educación. En los dos primeros eran notorios, además, su terrible crueldad y su matonismo estúpido y descarado.

El general Julio Andrade era un ave rara entre los cuervos de Alfaro: una especie de mirlo blanco. Y esos cuervos, que se devoraron mutuamente, no podían dejar vivo a ese ser excepcional que despertaba tantas simpatías por su humanitarismo y su sentido de comprensión. Un soldado, como él, que tenía lástima de los heridos, sean o no de su partido; que trataba caritativamente a los prisioneros; que hizo cuanto pudo para evitar el bárbaro suceso del arrastre de los Alfaro y sus cómplices; un hombre, en fin, que no aprobaba los crímenes de sus compañeros de armas, tenía que morir, indefectiblemente: tenía que ser eliminado como lo fueron los enemigos del radicalismo sanguinario y machetero, los que querían introducir bondad y cultura en esas mesnadas de aventureros semitroglodítas y casi antropófagos.

Mientras me hallaba en Europa llegué a conocer su muerte, es decir su asesinato. Siguiendo la técnica criminal, tantas veces ensayada, de dar a ciertos hechos delictuosos apariencias de accidentales —y ya que no habían podido atribuirle suicidio, como habían hecho años atrás con el general Antonio Vega— los asesi-

nos de Andrade habían dejado caer un armario sobre su cadáver, para decir que su muerte se debía al impacto del golpe producido por aquel mueble al caer. Su asesino, por alguna causa excepcional que escapa a nuestro humano conocimiento, se libró al morir de la maldición divina de que "quien a cuchillo mata a cuchillo morirá".

Pero continuaré relatando el desarrollo de mis estudios universitarios, iniciados en octubre de 1901. Por causa de no sé qué circunstancias políticas, la cátedra de Anatomía tuvo ese primer año de medicina una serie de profesores, lo que repercutió necesariamente en la enseñanza. En abril de 1902 fue, por fin, designado profesor de la materia, en forma permanente, el doctor Ignacio Malo Tamariz, gran anatomista.

Desgraciadamente, la enseñanza de Anatomía resultaba puramente teórica porque la disección, fundamental para su aprendizaje, no podía hacerse en forma correcta. Los métodos de conservación del cadáver no eran eficaces. Como veremos en otro capítulo, se empleaba entonces la llamada *hidrotomía* que, mediante una inyección o infusión continua de agua por la carótida, pretendía lavar la sangre del árbol circulatorio. Después se introducía una solución de hiposulfito de soda, que se empleaba con el objeto de impedir la corrupción del cadáver. Mas ya sea porque el agua de la hidrotomía infiltraba los tejidos e impedía la penetración del hiposulfito, o ya porque este producto no tenía valor alguno antiséptico, lo cierto es que el cadáver no duraba más de tres o cuatro días y había que mandarlo a inhumar cuando apenas había comenzado la disección.

Por este motivo, y por no haber tenido prácticamente profesor de Anatomía sino del mes de abril hasta junio, por el cambio de tres o cuatro médicos poco versados en la materia, es lo cierto que cuando llegó el fin del año escolar, no éramos nada competentes en esa difícil ciencia. El profesor Malo, pese a que era versadísimo en ella, y uno de los mejores anatomistas que ha tenido Cuenca, nos aconsejó que estudiásemos mucho el último mes, porque no estábamos bien preparados para los exámenes.

El libro en el que estudiábamos era la *Anatomía* de Le Fort,

un autor francés. Mas no obstante haber puesto todo empeño en ese estudio, no llegamos a abarcar toda la materia y el examen se venía encima.

Voy a referir ingenuamente lo que sucedió entonces conmigo, aun exponiéndome a la burla de algún lector. Lleno de preocupación hice, la víspera del examen, una plegaria a la Virgen y le pedí que el lugar en donde abriera el libro, ese fuese el del tema que me examinarían los profesores al día siguiente. Abrí el libro y ante mi vista apareció el capítulo del corazón. Lo estudié, como puede imaginarse, muy bien y con todo ahínco. El día del examen era yo quien debía presentarse primero a la prueba. El profesor me preguntó:

—¿Qué es anatomía?

Contesté la definición lo mejor que pude. Luego me preguntó sobre las partes en que se divide esa ciencia y por fin me dijo:

—Hable de la angiología.

La definí. Entonces el profesor expresó:

—Bueno, ahora describa el corazón.

No puedo ponderar el gusto que experimenté ni el entusiasmo con que entré a hablar de ese órgano tan importante y tan bien estudiado por mí el día anterior. ¡Es lógico pensar que no di tiempo al profesor para más preguntas y que mi votación fue sobresaliente!

Esta narración puede dar una idea de cuanto sabía yo de anatomía. En el fondo de mi conciencia, aquella manera de pasar el año no me satisfizo absolutamente. Por eso, cuando años más tarde fui a Europa, hice profundos estudios de la materia, comenzando por la disección prolija y repetida de todas las regiones del organismo.

Simultáneamente con anatomía se estudiaba entonces química, ciencia para mí bastante ingrata. Tuvimos como profesor a un joven maestro, el doctor Ángel María Estrella, que gozaba fama de excelente químico. Por desgracia, parece que acostumbraba rendir culto a Baco muy a menudo. Por ese motivo concurría poquísimas veces a clase. Ya se puede deducir cuán poco aprovecharíamos de esa ciencia los alumnos. La deficiencia en tal es-

tudio me pesa hasta hoy, química es y ha sido siempre una rama fundamental de todos los conocimientos y ahora ha tomado un desarrollo extraordinario, que la vuelve indudablemente una de las más importantes ciencias.

Sin embargo, de lo poco que estudiamos, los exámenes de química fueron brillantes. Yo me pregunto ahora si los profesores de entonces, que generalmente eran los responsables de nuestra poca preparación, no procurarían que luzcamos nuestros conocimientos en lo poco que nos habían enseñado, a fin de manifestar su capacidad docente ante los demás examinadores.

CAPÍTULO XXVIII

El segundo curso de medicina. —La cátedra de fisiología con el ilustre Miguel Moreno. —Elogio de aquel sabio médico y poeta. —Deferencias que conmigo tuvo. —Su trágica muerte. —Influencia de la histología de Ramón y Cajal. —Deficiencia en las enseñanzas de fisiología, histología normal y patológica.

En el segundo año de medicina se estudiaba fisiología. Tuvimos la suerte de que en ese año se cambiara el texto, dejando el viejo Beclara, obra hasta entonces excelente, pero que no traía los últimos conocimientos de aquella ciencia que tanto progresó en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. El nuevo texto fue Viault y Joliet, magnífica obra que nos enseñó la fisiología en forma profunda y muy moderna para entonces. Además, también ese mismo año se estudiaba la histología, y fue Ramón y Cajal nuestro maestro, mediante su incomparable obra, ya clásica.

Profesor de fisiología fue el doctor Miguel Moreno, insigne poeta y gran médico. Fue para nosotros, y especialmente para mí, una verdadera suerte tener tan ilustre maestro.

Hombre sumamente religioso, consideraba la cátedra como un deber primordial. Nunca faltó ni llegó atrasado a la hora de clase. Muy competente en la materia, sus conferencias y lecciones eran magníficas. Espiritualista, combatía con gran fervor las doctrinas materialistas que se deslizaban necesariamente en los textos. Cuando llegábamos a un capítulo o tema, escabroso bajo el concepto vitalista, suspendía la lección, entonces, puesto de pie, impetraba las luces del Espíritu Santo con un *Veni Creator Spiritu,* pronunciado con voz solemne. Modestísimo en su comportamiento aún en clase, su misma virtud inspiraba respeto y veneración. En el curso de sus lecciones nos hacía admirar a los grandes biólogos y fisiólogos como Spallanzani, Claudio Bernard, etc., cuyas experiencias tenían entonces una novedad intensa.

Miguel Moreno era un espíritu dulce y sencillo. Nunca quiso

ostentar sabiduría y sus lecciones fluían con la suavidad de un arroyo cristalino.

En medio de su sapiencia, sin embargo, cuando llegaba a algún pasaje del texto en donde se hacían experimentos de física moderna o se enunciaban principios de esa ciencia, el doctor Moreno, conociendo sin duda mi afición por la física, solía generalmente pedirme que diera yo a mis condiscípulos una explicación o conferencia sobre esa materia. No obstante mis protestas sinceras y vehementes, bajaba él de la plataforma en donde tenía su pupitre y me instaba a que subiera a ocupar su puesto. Y mientras daba la explicación que él me pedía, acostumbraba pasearse por el recinto de la clase con la cabeza inclinada y la mano dentro de la solapa de su levita.

Guardo patente en mi imaginación su austera y venerable figura que, por lo enjuta y pálida, era la de un asceta. De color bastante oscuro, cabellos negros y lacios, frente amplia con grandes entradas, ojos negros de mirada a la vez dulce y penetrante, nariz recta, labios finos, usaba gran bigote negro, que descendía por sus mejillas. Vestía, siempre de negro, gran levita de largas faldas rectas. Esa prenda de vestir, que ahora ya no se usa, y que en francés se llamaba "redingote", de la que no queda ni recuerdo y apenas, en ocasiones, es vista en cromos del pasado, era en los tiempos en que yo estudiaba muy usada sobre todo por las personas mayores y de valía. Recuerdo que alguna vez la usé para ciertas concurrencias solemnes. La levita exigía casi siempre llevar sombrero de copa, llamado entonces en Cuenca —y creo que en todo el Ecuador— con el nombre de "buche", sin que lograse nunca adivinar el porqué de esa denominación. También el hongo era usado con la levita.

Miguel Moreno era un santo, además de sabio y poeta. Solía hacer en la vecina iglesia de Santo Domingo largas visitas al Santísimo. Encorvado sobre el reclinatorio en que oraba, permanecía horas enteras en dulce coloquio con Jesucristo. Cuando uno se acercaba al lugar donde hacía su plegaria, se le oía un cuchicheo, musical pero ininteligible, que no dejaba de emocionar. Apasio-

nado devoto del Santísimo Sacramento, fue él quien construyó el templo de El Cenáculo, como monumento de desagravio a Nuestro Señor, vilmente hollado en el misterio de la eucaristía por la soldadesca alfarista, en el templo de San Felipe de Riobamba, el día 4 de mayo de 1897. Ese templo, bello y airoso en su arquitectura, lleva una cúpula altísima sobre la cual se levanta un copón broncíneo, coronado por una cruz, hoy día iluminada por la luz eléctrica. Es un monumento que perpetúa el desagravio por el atentado sacrílego y que, al mismo tiempo, conserva el recuerdo imperecedero del sabio médico, inspiradísimo poeta de los Sábados de Mayo, y santo varón, probado por la desgracia muchas veces. Moreno vio morir tempranamente a su joven esposa dejándole tres hijos pequeñuelos: desde entonces se refugió más aún en Dios, y él, que siempre fue modelo de piedad, empezó a dedicar todas sus horas libres a la oración en su templo preferido.

Es en aquella época cuando yo, que era desde muy niño amante de la poesía, dediqué al querido maestro un soneto, que aún recuerdo entre las brumas de la edad pasada, tan llena de fervor estético y que ha dejado honda huella en mi espíritu, hoy cansado y adolorido tras la larga brega. Intitulé el soneto "A Miguel Moreno, poeta del dolor", y dice así:

Poeta del dolor, llevas en tu alma
la augusta soledad del cementerio
y buscas, del santuario en el misterio,
la sola fuente de salud y calma.

La fe es remedio que el dolor ensalma,
Por eso, al son del místico salterio,
cantas tu pena. En el futuro imperio
tuya será la victoriosa palma.

El Señor te conserve siempre erguido
de tus pesares en la cruel balumba:
tus tiernos hijos morirán si mueres.

Te reclama la vida de esos seres,
polluelos de paloma cuyo nido
tejiste al borde mismo de la tumba.

No di a conocer al amado maestro esa humilde producción de mi novel lira, que se publicó tiempos después en la "Revista Cuencana", órgano de publicidad del Liceo de la Juventud del Azuay, al que pertenecí desde los catorce años.

Al acercarse el término de ese año escolar, mi venerado y querido profesor tuvo aún para mí otra deferencia que nunca olvidaré.

—Oye, hijito —me dijo—, tú estás perfectamente preparado para rendir las pruebas finales. Te presentarás a examen el primero de julio. Pero te pido un favor: tus compañeros darán sus exámenes en uno de los últimos días de ese mes. Hasta tanto, tú vas a darles clase, a repasarles durante todo ese tiempo.

Para mí fue una declaración emocionante. Traté de excusarme de esa tarea que, pese a ser altamente honrosa para mí, podía ser un motivo de desagrado para mis compañeros.

Él mismo, sin embargo, se dirigió a ellos con palabras llenas de afecto y les expresó los motivos de su determinación. Lo hizo con tal tino que ellos se manifestaron satisfechos.

Algunos años después, cuando me hallaba en París, recibí la infausta nueva del fallecimiento trágico de Miguel Moreno. Había en su casa una profunda cisterna, un "pozo artesiano" de aquellos entonces en uso que solían tener de 18 a 20 metros por término medio. Un día había desaparecido Miguel Moreno de su casa. Le buscaron todos sus allegados con grande zozobra, sin atinar ninguno a imaginar dónde podía hallarse. A alguien, por fin, se le ocurrió pensar que podía haber caído al pozo: se le buscó y allí fue encontrado, desgraciadamente. Toda la sociedad quedó consternada. El pueblo —especialmente los menesterosos que recibían de él los más generosos auxilios— lloró su desaparición. Después de suntuosos honores fúnebres, sus despojos mortales fueron depositados en un nicho del Cenáculo. El trágico

accidente privó a la patria de un auténtico valor. Y allí reposa Miguel Moreno, junto a Jesús Sacramentado, el amor de sus amores.

Para terminar estos recuerdos sobre el segundo curso de la Facultad de Medicina diré que la histología por Ramón y Cajal fue una revelación en aquellos tiempos. Todo era nuevo allí, todo despertaba nuestra admiración, pero lo que más impresionó al mundo científico fue su teoría de las neuronas.

El estudio del sistema nervioso dio, gracias al ilustre sabio español, un paso gigantesco, tanto en lo que se refiere a la estructura de la sustancia gris como al funcionamiento admirable de la célula nerviosa.

Desgraciadamente, en el Ecuador todos aquellos conocimientos se adquirían de un modo puramente teórico, libresco. No teníamos un laboratorio de fisiología docente ni experimental. No había tampoco en dónde practicar la histología normal ni patológica.

En aquel año ejercía yo, al mismo tiempo que seguía mis estudios, el cargo de profesor en el Colegio Nacional "Benigno Malo", enseñando aritmética, geografía e historia. Varios de mis alumnos eran contemporáneos míos. Uno de ellos había sido, inclusive, mi condiscípulo, pero cursaba aún la segunda enseñanza porque había ingresado en el Seminario, del que salió cuando observó que no tenía vocación sacerdotal. Recuerdo que aquel día primero del mes de julio me hallaba formando parte del tribunal examinador de mis alumnos cuando llegó el portero de la universidad para avisarme que acababa de ser llamado para dar, a mi vez, mi examen de fisiología. Pedí permiso al presidente del tribunal, y mis alumnos, dándose cuenta de que iba a presentarme a una prueba igual a aquella por la que ellos pasaban, vinieron todos en pos de mí y formaron una especie de barra en el local universitario. Cuando fui calificado con tres primeras hubo un estallido de aplausos y de vítores: prorrumpían en ellos mis alumnos que, al rodearme felicitándome, me suplicaban que les diese igual calificación.

Libre ya de mis exámenes, tanto de los que debía rendir como

de los que debía tomar, cumplí fielmente con la petición del doctor Moreno, ayudé a mis condiscípulos a repasar la materia y tuve el gusto de acompañarlos en sus exámenes, que se realizaron a finales del mes.

CAPÍTULO XXIX

El tercer año de medicina. —Profesorado del doctor Luis Carlos Jaramillo. —Influencia de los novísimos descubrimientos de Luis Pasteur y Claude Bernard. —Los doctores Ramírez y Nicolás Sojos, notables clínicos azuayos. —El profesor de terapéutica en cuarto año, doctor Manuel Farfán y sus conocimientos. —Gratitud a mis profesores de la Universidad del Azuay. —Mi grado de licenciado en medicina.

En el tercer año de medicina se estudiaba entonces patología general, patología interna, bacteriología y parasitología. Profesor de todas esas materias fue el joven médico doctor Luis Carlos Jaramillo. Indudablemente era el profesor más joven de la Facultad. Sumamente entusiasta para la enseñanza, hacía todo lo posible para suplir las deficiencias materiales de entonces con su contracción al estudio. Poseía un microscopio con un buen juego de objetivos, materias colorantes, etc., y nos enseñaba algunas técnicas de bacteriología. Aún vive ese amable y gentil maestro a quien debo una gratitud y una amistad imperecederas.

Claro está que dado el tiempo nada se podía hacer en materia de práctica verdadera de laboratorio.

Para entonces, ya los descubrimientos de Luis Pasteur estaban asombrando al mundo científico. Se sabía ya que las enfermedades infecciosas eran debidas a la invasión del organismo por ciertos agentes minúsculos que poseían la facultad de elaborar sustancias venenosas, llamadas "toxinas", y que eran la causa de la infección y el medio de transmisión de ella. Todos los médicos de entonces conocían esos descubrimientos: sin embargo, nadie los tomaba en cuenta en la práctica y algunos hacían burla de ellos. Si eso ocurría en la misma Francia, calcúlese lo que pasaría en el Ecuador.

De ninguna manera quiero desprestigiar a los médicos de Cuenca en aquella época. La Medicina mundial no fue hasta Pasteur y Claudio Bernard otra cosa que resultado de la experiencia

paciente y laboriosa. La clínica llegó a un grado muy elevado de perfección, de modo que tan solo por las nociones que daban los sentidos, es decir, de un modo que pudiéramos llamar organoléptico, el médico deducía lo que estaba realizando en el fondo del organismo. La inspección, la percusión, la palpación, la auscultación daban como hasta hoy datos que el facultativo debía aprovechar para llegar al diagnóstico.

Pero, el laboratorio clínico, el gabinete radiológico, los instrumentos tan perfeccionados que auxilian al clínico en su investigación, no llegaban todavía hasta nuestro medio y puede decirse que aún en Europa y Estados Unidos todavía no existían o estaban aún en mantillas muchos de los medios actuales de investigación científica.

Por consiguiente, no debemos culpar a los profesionales sino al tiempo aquel las deficiencias en los medios de investigación que ahora son tan triviales y de los cuales no puede prescindir la profesión médica.

Sin embargo, había hombres que culminaban en la clínica por su magnífica intuición de los fenómenos orgánicos. Ya en tiempos de mi padre, cuando él era estudiante, se había destacado un doctor Ramírez como insigne profesor:

—¡Era un verdadero Trousseau![43], decía mi padre cuando hablaba de él.

En la época en que era yo estudiante en la Facultad de Medicina del Azuay culminaba como clínico el doctor Nicolás Sojos, hombre serio, docto y acertadísimo en el diagnóstico. Él supo definir, antes que nadie, el tifus exantemático en el país. Ya hemos hablado en otro lugar de su triunfo, aún sobre bacteriólogos que se trasladaron de Guayaquil a Cuenca para hacer el diagnóstico de una epidemia que arrasaba los campos y dejaba despobladas las aldeas indígenas.

---

[43] Armand Trousseau (Tours, 1801-París, 1867) fue un médico francés que alcanzó un enorme prestigio en su época. Publicó diversas obras sobre medicina clínica y terapéutica que tuvieron gran repercusión en el siglo XIX *(N. del E.)*.

Después del curso de patología general e interna venía, en el cuarto año, el estudio de la terapéutica. Fue mi profesor el doctor Manuel Farfán, notable médico que también poseía el don del ojo clínico, pero que adolecía a la vez de un grave defecto: el de llevar el capricho y la testarudez en sus opiniones a increíbles extremos. Yo conservo buenos recuerdos de él, pero como se dice que "amor no quita conocimiento" debo reconocer esa grave deficiencia, impropia de un científico. Además de profesor, el doctor Manuel Farfán era médico del único hospital que ha habido y hay hasta ahora en Cuenca, el San Vicente de Paúl.

No reconocía el doctor Farfán la existencia de los microbios patógenos, así que no había en su sala profilaxis alguna y él mismo era un modelo de descuido en las visitas que pasaba a los enfermos. Tenía la costumbre de raspar con la uña las lenguas "suburrales" o secas de los pacientes. Nunca usaba, como tampoco usaban entonces los demás médicos, una blusa o mandil para visitar las salas.

En aquel tiempo no había todavía especialidades y el médico de hospital las ejercía todas. Así hacía el doctor Farfán, pero en la sala Santa Ana, que era la que hoy denominamos de ginecología, solo él y la obstetra señorita Cisneros podían entrar: los estudiantes quedábamos afuera porque estaba prohibido transponer el dintel de ese lugar vedado. Jamás hicimos, pues, un examen ginecológico ni obstétrico. Aún sobre los métodos ordinarios de examen nunca recibimos una lección formal y no sabíamos distinguir un murmullo vesicular de un soplo tubario, o de un estertor crepitante. ¡Nunca lo hubiéramos logrado si nos hubiésemos limitado a seguir al doctor Farfán en sus visitas de hospital!

Pero en donde culminaba ese maestro era en cirugía —la única cirugía que entonces se practicaba en Cuenca, limitada a incisión de abscesos, de abscesos hepáticos sobre todo, extirpación de quistes y amputaciones—. Pero para aquello se empleaba primero una serie de métodos empíricos, como la aplicación de vejigatorios de cantáridas y de sedales en la región del hipocondrio derecho, con el intento de atraer hacia afuera la inflamación.

Obvio es pensar que así no solamente se agravaba muchas veces el estado del paciente sino que se añadían nuevas infecciones y que, por el tiempo que transcurrían en esas prácticas, muchas veces el paciente moría.

Yo soy muy agradecido de todos mis maestros de la Facultad de Medicina del Azuay, sin excepción alguna. A ellos debo el fundamento de mis conocimientos científicos porque, no hay que negarlo, la teoría la estudiábamos generalmente muy bien, utilizando los autores de medicina que se iban renovando, aún en la remota Cuenca, y que los profesores tenían el cuidado de mantener al día. Si, por contraste, la práctica fue deficiente, eso no se debió a culpa de ellos, fue una manifestación de la época.

Sin embargo, todos reconocíamos esa deficiencia, y el anhelo de llenar aquellos vacíos era, en varios, un fuerte impulso para viajar al exterior. ¡Ah, si pudiésemos ir a Francia, centro de todos los conocimientos más modernos de esa época! ¡Ah, quién pudiera realizar ese sueño! ¡Quién lograra romper la barrera de imposibilidad que no nos permitía adquirir más conocimientos, que nos impedía hacer un verdadero aprendizaje científico, tal como se veía que lo hacían en Europa los ilustres maestros que escribían esos textos tan amados por nosotros, tan repasados con fruición una y otra vez!

Por eso cada uno de nosotros, simples estudiantes provincianos, procuraba adquirir las obras más modernas de medicina. Recuerdo que por entonces llegó a nuestras manos la gran obra de Brouardel[44]. ¡Con cuánta devoción y alegría la bebimos, y cómo ella nos ilustró admirablemente sobre las últimas adquisiciones de la humanitaria ciencia!

Al terminar aquel cuarto año rendí el examen previo al grado de licenciado en ciencias médicas, prueba entonces obligatoria

---

[44] Paul Camille Hippolyte Brouardel (1837-1906) fue un patólogo, higienista y miembro de la Academia Nacional de Medicina francés. En 1879 se convirtió en profesor de medicina forense en la Facultad de Medicina de París y sucedió a Auguste Ambroise Tardieu como decano de la medicina forense francesa. De 1884 a 1904 fue presidente del Comité Consultivo de Higiene, y en 1899 fue elegido presidente de la Asociación Francesa para

y que solamente hace pocos años se suprimió. Para presenciarlo vino mi padre a Cuenca y trajo todo lo necesario para festejarme, de la mejor manera. Como en todos los exámenes que hasta entonces había presentado, mi éxito fue también completo en este. Tuve pues la dicha de triunfar en presencia de mi amado ausente, que recibió con gran satisfacción la votación, enunciada por grave secretario:

—¡El estudiante señor Emiliano Crespo ha sido aprobado con cinco votos de primera clase!

Una bella fiesta familiar y social se realizó para festejar ese acontecimiento de mi vida universitaria.

---

el Avance de las Ciencias (AFAS). Estuvo a la vanguardia en temas como la seguridad alimentaria, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, el abuso infantil, el alcoholismo y la decencia pública. Con el médico Ernest Mosny fue coautor del *Traité d'hygiène* de varios volúmenes, y con Augustin Nicolas Gilbert y Joseph Girode, publicó el *Traité de Médecine et de Thérapeutique* (1895-1902) *(N. del E.)*.

CAPÍTULO XXX

La familia de mi hermana Raquel. —Su trágico fallecimiento. — Intervención del doctor Paul Rivet. —Dolorosas consecuencias de esa muerte.

Pero es necesario que haga ahora un paréntesis en el relato de mi vida estudiantil para dar sitio al triste recuerdo de un acontecimiento familiar muy doloroso: mi hermana mayor, Raquel Crespo de Cordero, joven madre de tres hijos, falleció en octubre de 1906, víctima de una infección puerperal que le atacó después de su último alumbramiento.

Raquel tenía solo veinte y seis años. Su hogar era feliz. Su esposo, Miguel Cordero Dávila, modelo de virtudes familiares y cívicas, notabilísimo hombre público, buen escritor y poeta, orador parlamentario de merecida fama, pertenecía a una familia privilegiada por el talento. El doctor Luis Cordero Crespo fue su padre, y su madre una insigne matrona de la sociedad cuencana, virtuosa e inteligente, doña Jesús Dávila Heredia de Cordero, que había fallecido algunos años antes.

El noviazgo de mi hermana Raquel —la primogénita de nuestro hogar, mujer llena de virtud, belleza y educación— fue, al estilo de la época, lleno de poesía delicada y romántica: versos en lujosas tarjetas, ramos de flores todos los días, sentidas serenatas al caer de la tarde. Después de su matrimonio fue más feliz todavía. Miguel Cordero la adoraba y en su hogar se respiraba la dicha. Ambos se amaban con amor intenso y cristiano. Y dos bellos infantes ponían en aquella casa una nota aún más intensa de alegría.

Mi hermana dio a luz su tercer hijo —Miguel Cordero Crespo, hoy alto prelado de la Iglesia cuencana— en el mes de septiembre de 1906. El parto fue normal, asistido por una comadrona, la señora Mercedes Cárdenas, quien empezó a efectuar en la joven madre los tristemente célebres lavados vaginales, puestos

de moda por el doctor Paul Rivet, médico militar de la Segunda Misión Geodésica Francesa, que entonces se hallaba en Cuenca. Yo impugné varias veces a la señora Cárdenas su modo de llevar a cabo aquel lavado, pues si bien hacía hervir el agua durante tiempo suficiente, por exceso de precaución la buena comadrona la filtraba por un paño, muy limpio en apariencia, pero no esterilizado. Desde el tercero o cuarto día mi hermana fue sacudida por un terrible escalofrío y luego le abrasó una intensísima fiebre. Ese estado febril se estableció en forma muy alarmante y continuó mucho tiempo sin desaparecer. Fue llamado de inmediato para atenderla el doctor Paul Rivet, que fue objeto de gran admiración en Cuenca, por traer, según se pensaba unánimemente, los últimos conocimientos de medicina.

El doctor Rivet fue formulando varios diagnósticos sucesivos. Unas veces decía que era una fiebre tifoidea, otras un estado bronquial, y así en adelante. La enferma, entre mejorías aparentes y agravaciones, continuaba muy delicada. Hasta que una semana después de dar a luz, su estado se manifestó por fin bastante halagüeño.

Desde antes del alumbramiento tenía yo proyectado viajar a Balao, a visitar a mi padre, aprovechando de las vacaciones, pero había ido postergando la partida en vista de la gravedad de Raquel. Su mejoría me animó a partir, pero no quise hacerlo sin consultar previamente con el doctor Rivet. El notable facultativo me dijo que ya la enferma estaba fuera de peligro y que podía viajar sin temor ni preocupación y dar la buena noticia del nacimiento de su nuevo nietecito. Con tal autorización me ausenté de Cuenca y llegué junto a mi padre.

Pero las noticias que llegaban de Cuenca, sobre todo las cartas de mi madre, no eran del todo satisfactorias: unas veces se nos halagaba con la mejoría de mi hermana, en otras se nos alarmaba con su agravación. Así pasaron muchos días. Las cartas de mi mamá daban datos bastante prolijos sobre la salud de Raquel y describían muy inteligentemente sus síntomas. Mi padre, que era notable clínico, leía con alarma esas cartas que le parecían

cada vez portadoras de peores nuevas. Poco a poco, a través de la correspondencia familiar, había ido formulando su diagnóstico. Hasta que un día no pudo más y me dijo:

—Vámonos, hijo, a Cuenca. Tu hermana tiene un flemón del ligamento ancho, consecuencia de la infección en el parto. Vámonos pronto a ver si podemos salvarla.

Realizamos, en efecto, el viaje, llenos de preocupación. y tras cuatro días de marcha, en su mayor parte a lomo de mula, llegamos a Cuenca. Nos apeamos de nuestras cabalgaduras al pie mismo de la casa en donde vivía Raquel. La primera noticia que tuvimos fue que había experimentado una notable mejoría. Pero papá, sin hacer caso de ello, quiso de inmediato hacer un prolijo examen. Rápidamente dejó su indumentaria de viaje. Lavó y desinfectó sus manos con gran escrupulosidad y subió para proceder. Raquel se hallaba postrada en el lecho, disneica, con una facies cianótica. Cuando hubo terminado se volvió a nosotros y nos dijo:

—Hay un enorme absceso en el ligamento ancho derecho.

Había pues comprobado la certeza de su diagnóstico, formulado de lejos solamente con la lectura de las cartas de mi madre. Indicó que el enorme flemón se palpaba tanto por la vía abdominal como por el tacto vaginal.

—Llamen al doctor Rivet —ordenó entonces mi padre.

Llegó el facultativo francés, escuchó a mi padre, practicó a su vez nuevo examen, confirmó el diagnóstico del médico recién llegado y se asombró de su precisión, más aún cuando pudo comprobar que ya había sido formulado por mi padre en Balao, a través de las noticias recibidas sobre el estado de la enferma.

Mi padre confirmó también la presencia de una enorme congestión en uno de los pulmones.

Se planteó entonces el problema del tratamiento. Mi padre pidió encarecidamente al doctor Rivet que operara a Raquel. Una colpotomía podía haber salvado a la enferma, quizás una mínima incisión abdominal extraperitoneal que hubiera permitido llegar hasta la colección y drenarla, salvando así la vida de una joven

madre. Rivet se excusó manifestando que no era cirujano e insinuó que mi padre debía operarla. Pero este adujo igual motivo para abstenerse de intervenir y, por otra parte, no se sentía con fuerzas para realizar la operación. No había en ese tiempo vacunas ni antibióticos. Se resolvió, pues, no operar y se planteó enseguida cuál sería el tratamiento, para lograr que el absceso evacúe espontáneamente. El doctor Rivet aconsejaba que se pusiera una bolsa de hielo en el abdomen. Mi padre argüía que ello podía causar una congestión del pulmón izquierdo, hasta entonces sano. Promovida la discrepancia, mi padre no vaciló en oponerse a tal medida. Se llamó entonces al doctor Miguel Cordero Dávila, esposo de mi hermana, y se le puso al tanto de la situación. Miguel, después de hondo y angustioso cavilar, se expresó así:

—Emiliano, yo tengo de ti el más elevado concepto como insigne médico, pero el doctor Rivet trae la ciencia más reciente, tiene la leche en los labios, como suele decirse. Por eso yo creo que debe hacerse con mi amada enferma lo que disponga el doctor Rivet.

En efecto, se aplicó desde ese momento la bolsa de hielo en el vientre de la paciente, cuyo estado pulmonar continuó agravándose. Una mañana expulsó por vía rectal una enorme cantidad de pus, más eso no le mejoró. Su neumonía continuó cada vez más grave, y falleció una mañana. Su muerte fue dulce como la de una paloma. Antes de expirar llamó a mi madre y a su esposo y les dio palabras de aliento y de fe. Recomendó a sus hijos al cuidado de ellos, confiada en el cariño de ambos para sus tres bebecitos, Luis, Raquel y Miguel. Su muerte fue la de una santa. Ella misma la había anunciado poco tiempo antes, en unas sencillas estrofas dedicadas a su esposo, dos de las cuales aún recuerdo con lágrimas en los ojos:

Mi corazón es leal
y por su latir comprendo
que ya se acerca mi fin
y te he de dejar sufriendo.

Para entonces yo te pido,
te pido por compasión
que vayas de tarde en tarde
a visitar el panteón.

Esas estrofas, que las habríamos mirado como un delicado brote de romanticismo de mi hermana, fueron un anuncio inexplicable de la prematura muerte de esa mujer buena, sensible y virtuosísima, modelo de madres y de esposas.

Un hogar sumido en profundo duelo; un esposo joven en la desesperación; tres niños pequeños en la orfandad... Dramas análogos se produjeron en muchísimos hogares. La fiebre puerperal, en aquellos días, se cebaba en las vidas más valiosas, epidemia inexplicable que cegaba, como si fueran flores, jóvenes madres, víctimas del cumplimiento de su deber conyugal...

El fallecimiento de mi hermana consternó a toda la sociedad de Cuenca. Un clérigo ilustre, el doctor Nicanor Aguilar, dijo:

—Ha fallecido la mujer más buena y culta de Cuenca.

Ya se puede calcular el sufrimiento que la muerte de mi hermana produjo en toda nuestra familia. Primogénita del hogar de mis padres, mujer angelical y de una virtud verdaderamente heroica, fue la hija más cariñosa y comprensiva, sacrificada y llena de prudencia y discreción.

Mi madre sufrió tanto que estuvo postrada casi dos años. Con Raquel se fue la felicidad de nuestro hogar. Si mi madre había padecido mucho desde su infancia, según he relatado ya anteriormente, este fue uno de sus más grandes dolores y su pena alteró la marcha normal de la familia. Yo tuve que acompañarla a la Costa, al lado de mi padre, resuelto casi a sacrificar mis estudios. Felizmente después de algún tiempo recuperó ella la salud y pude volver a Cuenca a continuarlos.

Hasta el día del fallecimiento de mi hermana mi padre nos visitaba con bastante regularidad, pero desde entonces no volvió más a Cuenca y solo volvíamos a verle cuando viajábamos nosotros, ya a Balao, ya a Guayaquil, en donde teníamos la inmensa

alegría de verle.

Si la pérdida de un ser querido, no obstante su terrible intensidad, va atenuándose lentamente al golpe de las alas del tiempo, no sucedió lo mismo con la de mi hermana Raquel, pues la presencia de sus tres huerfanitos hacía resaltar cada vez su definitiva ausencia.

Miguel, su esposo, sufrió con la mayor intensidad la desaparición de Raquel; pero, joven aún y lleno de emotividad, después de algunos años de viudez se sintió inclinado a nuevos amores y pretendió la mano de una bella y virtuosa dama. de la más alta sociedad. Hago mención de esto para que se pueda aquilatar la nobleza de sentimientos de mi madre y su prudencia y discreción incomparables, pues informada ella de esta situación y sabiendo que mi cuñado había solicitado la mano de la indicada dama, fue un día a visitarla y le expresó su agrado por las nuevas nupcias de su yerno, que había tenido tanto acierto en la elección de su nueva esposa, y le ofreció sus servicios desinteresados y su amistad. Esta delicadeza de mi madre fue de tan buen efecto que los hijos del nuevo matrimonio, imitando a sus hermanos de padre, llamaban “abuelita” a mi mamá.

CAPÍTULO XXXI

La obstetricia en Cuenca a comienzos de siglo. —La señorita Manuela Mogrovejo, notable comadrona. —La epidemia de fiebre puerperal en 1905-1906. —Cómo se realizaba un parto en aquella época. —Trapos, esteras y trozos de bayeta. —El doctor Rivet y la práctica de los lavados vaginales post-partum. —Funestas consecuencias de esa práctica en Cuenca.

Como acabo de relatar, la obstetricia y la ginecología, en esos tiempos, eran ejercidas solamente por parteras o comadronas, unas tituladas y las más empíricas. Entre las primeras figuraba con justicia en tiempos remotos ya, la señorita Manuela Mogrovejo, persona cauta, delicada y muy competente. Ella ayudó a llegar al mundo a muchísimos cuencanos y no se contó nunca que en sus manos una mujer haya contraído la infección puerperal. Muy aseada y metódica, atendía y ayudaba con sus consejos y su experiencia a las parturientas, les daba ánimo y procedía, en general, con orden y discreción en ese acto tan sublime como peligroso. Lo cierto es que no ha llegado a nuestros oídos la noticia de ninguna catástrofe tocológica, como se presentaron muchas después que ella falleció.

En el año de 1905-1906 hubo en Cuenca, como acabo de indicar en el capítulo anterior, una terrible "epidemia" de fiebre puerperal, que arrebató innumerables vidas de mujeres, tanto de entre la gente rica o acomodada como del pueblo. Sería difícil dar una explicación acerca del motivo de la aparición de esa epidemia, o mejor dicho sería difícil explicar cómo no apareció antes, dadas las condiciones en que se atendía entonces a las mujeres que daban a luz.

El parto, en aquellos tiempos, se realizaba bajo cobijas. La mujer, en decúbito dorsal, los muslos separados, pero cubierta de mantas y sábanas, veía a la comadrona encaramarse frente a ella, en la misma cama, a la cual subía con sus vestidos y zapatos

de calle. Por debajo de las frazadas penetraban y salían, de esa especie de túnel, las manos de la partera, que apenas habían sido sometidas, a veces, a un ligero lavado con jabón y solución de sublimado pero que, en todo caso, forzosamente se reinfectaban al contacto con esas ropas de cama, terriblemente contaminadas.

El parto era entonces un acto oculto y misterioso. La recámara en donde tenía lugar era una especie de cueva oscura, confinada, sin aire ni luz. Motivos de pudor, por una parte, y prejuicios sobre los efectos funestos de "resfrío" y de "pasmo" por otro, obligaban a cerrar todo resquicio por donde podía penetrar el aire y tapar toda ventana por donde entrara la luz. La cama misma de la paciente debía estar cubierta con un toldo de tela espesa que la gente pobre sustituía, en sus "tiendas", con esteras, dispuestas en torno del lecho en forma de un verdadero cajón. Allí actuaba la matrona como dueña y señora. El médico solo era llamado alguna vez junto a una parturienta cuando la obstetriz se declaraba impotente, en algún caso grave, generalmente distócico.

Para mayor estupefacción nuestra, hay que saber que la gente del pueblo guardaba trapos viejos, muchas veces sucios, trozos de bayeta y, en general, todo guiñapo inservible, para hacerlos servir de paños de la enferma. Esto se observaba también en aquella *sui géneris* especie de gentes enriquecidas por la suerte pero no educadas. Las familias decentes tenían ya de reserva gran cantidad de trozos de tela vieja, bien lavada y aplanchada. Los apósitos asépticos eran desconocidos, lo mismo que el empleo de algodón hidrófilo estéril.

No obstante semejantes prácticas, la fiebre puerperal era muy rara y se denominaba "sobreparto". Mas en el año citado se presentó en forma grave y causó los estragos de que hemos hablado. ¿Cuál fue la causa de esa epidemia que arrebató muchas valiosas vidas como la de la señora Esther Montesinos de Jaramillo, doña Julia Toral de Tamariz, mi hermana Raquel y otras más? ¿Por qué en manos de la benemérita señora Mogrovejo nunca se vio cosa parecida? A posteriori me he planteado yo el problema de aquellas fiebres puerperales que, con diversos síndromes, ya sep-

ticémicos, ya piogénicos, ya de localización anexial o pélvica, fueron una secuela casi obligatoria de todo parto en esa época.

Yo no sé si la explicación que voy a aventurar será acertada; la emito sin declararla irrefutable.

Antes, la comadrona se limitaba después del parto de la enferma a un somero aseo de la vulva. No hacía lavados vaginales ni antes del alumbramiento ni post partum. Con la llegada del doctor Paul Rivet, el afamado médico francés y posteriormente sabio antropólogo de renombre universal, se pusieron en práctica las duchas vaginales. Recuerdo que un joven facultativo cuencano se adhirió a él y llegó a ser su *alter ego* en la asistencia médica en Cuenca, Rivet había prescrito el método de los lavados vaginales, y debió indicar indudablemente todas las precauciones de asepsia y antisepsia, que debían tomarse para llevarlos a cabo. Efectivamente, realizados con agua esterilizada, irrigador flameado, manguera y cánula hervidas, manos aseptizadas como para una operación quirúrgica, órganos genitales externos bien desinfectados y procedimientos asépticos no violados inconscientemente, esos lavados no ofrecen peligro; pero puestos en manos ignorantes, como las de la generalidad de las obstetrices de ese tiempo, tituladas o no, esas irrigaciones vaginales se constituyeron en agentes de infección uterina y de muerte. Las comadronas solían filtrar el agua hervida en paños sucios, la vertían en recipientes no flameados, sin darse cuenta cometían terribles faltas, no sabían ni siquiera lavarse correctamente las manos ni limpiarse las uñas. Ni qué decir que ni obstetrices ni tocólogos usaban aún guantes estériles.

Arma de dos filos el lavado vaginal *post-partum,* según se halle en manos inexpertas o no. Innecesarios en absoluto en los partos normales y en todo caso en que no había manipulaciones en el interior del útero, esos lavados serían la terrible arma de la muerte, que se ensañó en lo más florido de la sociedad, cual es en todas partes la mujer que ejerce su sagrado ministerio de madre.

¿No es probable que esa práctica, antes desconocida en Cuenca e introducida por Rivet, haya sido la causante de tan terrible

epidemia, con su mortalidad consiguiente? Años más tarde, a mi regreso de París, combatí sin piedad esa costumbre, puesto que durante mi práctica en las Clínicas Baudeloque y Tarnier aprendí a no emplear esos lavados sino cuando era necesario llevar a cabo una irrigación intrauterina, es decir en casos muy contados y con precauciones tan rigurosas como para la más delicada operación quirúrgica.



Los profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca posan en las gradas de ingreso a su facultad. Adelante los doctores Francisco Estrella M., José Mogrovejo Carrión., Honorato Loyola, Leopoldo Dávila C.órdova; atrás, los doctores Emiliano J. Crespo Astudillo, Miguel Heredia Crespo, Alfonso Malo Rodríguez., Luis Carlos Jaramillo,



David Díaz Cueva y Ricardo Márquez Tapia. Foto: Manuel Jesús Serrano, 20 de diciembre de 1922. (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Fondo de fotografía patrimonial, Fondo fotográfico doctor Miguel Díaz Cueva, código 14030)

CAPÍTULO XXXII

La Catedral nueva. —Su primer constructor, el santo obispo León. —El doctor Justo León. —Bondad de estos dos piadosos hermanos. —La piedra que puse cuando niño en los cimientos de la Catedral. —Mi fe y los embates del materialismo.

¡La Catedral Nueva! Así denominamos los cuencanos el hermoso y monumental templo cuya construcción se halla a punto de terminar.[45] Ella será una de las basílicas más notables de América Latina. Monumento de fe y amor de un pueblo creyente y de honda raigambre hispánica y cristiana, esa Catedral —como la de Colonia— sobresale por encima de todos los edificios de la ciudad. Cuando se acerca uno por el norte, lo primero que se destaca en el horizonte de Cuenca es la Catedral y, si se llega por el sur, ella forma el fondo de la vía, con sus inmensas cupulas azuladas que parecen haber pedido al cielo su color magnífico.

La Catedral Nueva es el orgullo de los cuencanos. Tiene una gran cripta que por sí misma es ya un templo. Sus columnas se elevan majestuosas en la nave central a una altura augusta y sublime. Las ventanas tienen el magnífico decorado de vitrales construidos en la misma ciudad por artífices españoles, establecidos definitivamente allí. Los motivos de esos vitrales son autóctonos: el Señor de la Buena Esperanza, la Dolorosa del Colegio, Santa Mariana de Jesús y el Hermano Miguel se muestran allí sublimes y acogedores.

Fue el ilustrísimo obispo León quien tuvo la iniciativa de construir ese templo. Hubo en Cuenca dos hermanos eminentes por su ciencia y su virtud, ambos sacerdotes: los doctores Miguel

[45] En efecto, la catedral nueva fue consagrada en mayo de 1967. Sin embargo, el cabildo eclesiástico solo se trasladó a ella en 1970. Todavía continuaron haciéndose obras, como el recubrimiento de las cúpulas y la construcción de las torres, hasta los años noventa *(N. del E.)*.

y Justo León. Tuve el honor de conocer y admirar a los dos. El primero llegó a la dignidad episcopal.

El doctor Miguel León era un hombre sabio y de gran virtud. Fue prelado de gran celo y, por eso, se malquistó con el clero curial, que consiguió de Roma la suspensión del obispo. El pueblo, sin embargo, continuó reconociendo y respetando las heroicas virtudes del prelado suspenso y, si en el campo de la jurisdicción diocesana no acudía a él, todos los días su casa era invadida por innumerables fieles que venían a pedirle sus consejos y bendiciones.

Su hermano, el doctor Justo León, era la encarnación misma del significado de su nombre. Unía a su gran virtud y su talento e ilustración en ciencias eclesiásticas, una sencillez de niño. De él se refieren anécdotas muy festivas. Por ejemplo, la siguiente: una mañana, a las cuatro de la madrugada, el santo sacerdote iba, como de costumbre, camino de la Catedral Vieja, en donde solía celebrar su tempranera misa cuotidiana. Pero ese día topó con un trasnochador que, con su guitarra en las manos y al son de sus acordes, cantaba unas coplas entonces muy en boga, de tema exótico, que decían:

Cuando todo estaba en calma
y me halagaba el olvido
siento de nuevo en el alma
fuego de amor encendido.

Al oírle, el doctor Justo León se le acercó y le dijo:

—Hijo mío, ¡cómo a estas horas en la calle, ofendiendo al Señor con esos cantos profanos?

—Señor doctor Justito —contestó el borrachín, risueñamente—, no son cantos profanos: son cantos de amor a Dios. Soy un hombre que se había apartado de su servicio y se había olvidado de Dios, pero hoy vuelvo a Él y siento en mi alma el fuego del divino amor".

Dicen que el doctor Justo se hizo repetir la copla hasta apren-

derla de memoria y que esa tarde, en la distribución vespertina llamada "Escuela de Cristo", enseñó desde el púlpito, a las numerosas beatitas, las coplas y su música, haciendo que todo el pueblo allí congregado cantase a voz en cuello: "Fuego... Fuego... Fuego de amor encendido...!" ¡Tal era la ingenuidad de aquel santo sacerdote!

Esta historia y algunas otras no tienen, por cierto, otro fundamento que la opinión de candor y sencillez que la gente tenía del doctor Justo León. Él fue un insigne profesor de teología moral y, en ese tiempo, en que se daba a la memoria su verdadero valor, exigía a los alumnos tanta precisión que hasta los numerales de los parágrafos les exigía, pidiéndoles por ejemplo:

—¡Diga nono!

El pobre examinado tenía entonces que recitar el párrafo noveno, sin una falta.

La figura ascética de Justito León pasaba por las calles de la ciudad, en su tránsito diario a la misa matinal y a los oficios de las dos y media de la tarde, con la augusta cabeza inclinada sobre el pecho, mientras todos los transeúntes se acercaban para saludarle respetuosos.

Su muerte fue un acontecimiento social doloroso. Su cadáver fue velado en la capilla misma de la Casa Episcopal, que era de propiedad de los hermanos León y en cuyo patio un hermoso ángel de mármol simbolizaba la virtud heroica.

El cadáver, revestido de los paramentos sacerdotales de oficiante, tenía un rostro de pálida cera e irradiaba santidad sublime. No se habían alterado sus facciones y más bien habían adquirido caracteres divinos. La gente pasaba por la capilla ardiente en tumulto, aplicando sobre los vestidos del cadáver varios objetos piadosos y, algunas personas, arrancando leves fragmentos de esas vestiduras, como reliquias venerables. Algún día se promoverán, indudablemente, las causas de canonización de esos dos hermanos, a quienes algunas personas que los conocieron veneran como a santos.

Años más tarde, cuando se iban a terminar las columnas que

sostienen el arco de la puerta falsa de la Catedral Nueva, un escultor que debía hacer los capiteles, tuvo la feliz idea de esculpir en ellos dos hermosos leones. A la entrada del grandioso templo están, pues, vigilantes, esos dos símbolos de los santos hermanos que fueron para Cuenca dechados de santidad y de bondad caritativa.

Por instrucciones del obispo León trazó los planos de la Catedral Nueva un redentorista francés, el hermano Juan, notable arquitecto.[46]

Alguna de las piedras de sus gigantescos cimientos es mía. Era yo alumno de la Escuela Municipal del recordado maestro don Ezequiel Crespo y tenía unos siete u ocho años cuando tuvo efecto una minga, en la que tomamos parte profesores y alumnos de esa escuela. Recuerdo cuánto esfuerzo me costó conducir desde el apartado lugar de Todos los Santos una piedra, que a mí me parecía más grande y pesada que la de Sísifo, pero que en realidad debió ser muy pequeña para que, a esa edad, hubiera yo podido conducirla desde tan lejos.

Allí, confundida entre las innumerables que forman los cimientos de esa basílica, empotrada en la argamasa de arena y cal, apretujada por sus vecinas y soportando proporcionalmente el enorme peso de esa obra gigantesca se halla esa piedrecita, humedecida con mi sudor, como un modesto documento de mi fe de niño. ¡Que ella sea ante los ojos del Huésped Divino, que allí se aloja en forma de hostia leve, una constante plegaria! Y probablemente lo ha sido, puesto que durante las siete décadas de mi vida y en medio de un mundo que se vuelve cada día más ateo y materialista, se conserve

---

[46] Juan Bautista Stiehle (Dächingen, 1829-Cuenca, 1899) fue un religioso redentorista y arquitecto alemán que vivió gran parte de su vida en Ecuador. En 1885 se le encargó trazar los planos para la nueva catedral de Cuenca, cuya construcción dirigió hasta su muerte. Este religioso también tuvo a su cargo los proyectos arquitectónicos de la iglesia de San Alfonso de Cuenca y de la basílica menor del Señor de los Milagros de Buga (Colombia). Además, fue el arquitecto de numerosas casas de Cuenca, dándoles una fisionomía de gusto francés. Con él nace el llamado "afrancesamiento" en las construcciones del Centro Histórico de Cuenca *(N. del E.)*.

incólume mi fe: esa fe que bebí con la leche materna y que, no obstante haber sido yo un apasionado de la ciencia en todos sus aspectos, no se ha conmovido, mucho menos sucumbido hasta hoy.

Recuerdo que cuando me hallaba en París y disecaba un cadáver en el Anfiteatro de Anatomía de la Facultad de Medicina, muchas veces algún colega me increpó diciéndome que un médico científico moderno no puede ya creer en el alma inmortal.

—¿En qué lugar del organismo ha encontrado usted esa alma humana en la cual cree? me preguntó irónico.

Yo he respondido siempre a objeciones de ese estilo. Cada vez que profundizo más en las entrañas de la materia organizada, cada vez que escruto en los tejidos más complejos del cerebro o de la médula espinal, de los niervos que vivifican todas las células del cuerpo humano, admiro más la sabiduría de Quien construyó ese organismo tan perfecto, esa célula tan compleja en su estructura. No es preciso imaginar que las manos de Dios trabajaron allí, en cada cuerpo, como las de un artífice humano, pero basta con que haya leyes naturales para que ellas exijan la existencia de un Legislador omnisciente y omnipotente.

Y porque así, de firme y sólida ha sido mi fe, muchas veces he pensado: "¿Y ello, a qué se ha debido?". Sinceramente creo que a las oraciones y enseñanzas de mi idolatrada madre. Pero también, estoy seguro, a la oración silenciosa, firme y sólida de aquella piedrecilla que, de niño, con esfuerzo ímprobo, coloqué en los cimientos de esa gran fábrica religiosa, orgullo de Cuenca, que desafiará a los tiempos: ¡la Catedral Nueva!

CAPÍTULO XXXIII

Recuerdos sobre el general Antonio Vega Muñoz. —Breves datos sobre su carrera militar. —Su oposición al liberalismo. —Su infame asesinato. —Una décima y un artículo en su honor.

El año de 1906 fue aciago para Cuenca no solamente por la muerte de dignísimas matronas, víctimas de la epidemia relatada en capitulo anterior, sino también por el asesinato de Antonio Vega Muñoz, héroe legendario, efectivo valor de nuestra historia, el último defensor de nuestras creencias y principios católicos en el campo de batalla.[47] Su desaparición dejó en su ciudad natal y en todo el Ecuador una herida tan profunda e incurable que hasta ahora la sentimos los que hemos visto y seguimos palpando la tragedia de un país entregado desde entonces al sectarismo masónico, que demolió nuestras más caras y fundamentales instituciones.

Antonio Vega Muñoz, vástago de una de las familias más notables de Cuenca, era aun físicamente un modelo de gallardía y apostura. Había estudiado milicia en Chile y ascendido en el Ecuador hasta el grado de coronel. Tomó parte en la Restauración, campaña gloriosa que bajo el mando del general Salazar se hizo contra la dictadura de Ignacio de Veintimilla. Vega actuó en las jornadas más importantes de entonces, como fueron la toma de Quito el 10 de enero de 1883, y la de Guayaquil, el 9 de julio de aquel mismo año. Don José María Plácido Caamaño le nombró comandante general de la plaza de Cuenca, cargo que desempeñó también durante las presidencias de don Antonio Flores Jijón y del doctor Luis Cordero Crespo.

---

[47] Antonio Vega Muñoz (1856-1906), valioso militar cuencano, caudillo conservador del Azuay, fue hijo de Antonio Vega Dávila y Victoria Muñoz Cárdenas, y primo hermano de otros dos personajes históricos: Francisco Febres-Cordero Muñoz (que llegó a los altares como Hermano Miguel) y Alberto Muñoz Vernaza, historiador, diplomático y empresario *(N. del E.)*.

Durante la presidencia de Caamaño tomó parte Vega en la campaña de Loja, que dirigió y en la que combatió, teniendo como adversario a Luis Vargas Torres, al que derrotó y trajo prisionero a Cuenca. Vega no intervino en el proceso seguido a aquel jefe revolucionario liberal y se encontraba ausente de Cuenca cuando fue fusilado.

Antonio Vega Muñoz fue siempre magnánimo y generoso con sus enemigos cuando los veía derrotados, y salvó la vida de varios de ellos, librándolos personalmente cuando el pueblo, en varias ocasiones, quiso sacrificarlos. ¡Algunos de esos mismos enemigos así favorecidos por Vega que los libró de la muerte fueron sus asesinos!

Hemos hablado ya algo sobre las jornadas del 5 de julio y del 22 y 23 de agosto de 1896, en que Antonio Vega, el caudillo valeroso, combatió con diversa suerte a los ejércitos de Alfaro. En la primera de aquellas fechas salvó a Peralta y a Ullauri de la muerte.

Después del 23 de agosto Vega tuvo que expatriarse y vivió ya en Lima, ya en Panamá, hasta que se apaciguaron los ánimos y volvió a su tierra nativa, dedicándose al cultivo de su "entable"[48] en Gualaquiza, pues fue uno de los más activos colonizadores de esas tierras orientales.

Jamás Cuenca se conformó con el llamado "régimen liberal" y siempre estuvo en disposiciones de combatirlo. El año de 1906 Antonio Vega fue incitado por el doctor Gonzalo S. Córdova,[49] famoso liberal y placista, enemigo entonces de Eloy Alfaro, para realizar un movimiento revolucionario contra el dictador, y recibió el ofrecimiento de armas y hombres para ese objeto. Parece que fue una premeditada maniobra, sobre la cual Vega, siempre

---

[48] Así se llama en Ecuador a una forma de cultivo (generalmente de caña de azúcar) en que se disponen las plantas en grupos longitudinales, con pasadizos entre uno y otro, como formando tablas en las llanuras *(N. del E.)*.

[49] Gonzalo S. Córdova (Cuenca, 1863-Valparaíso, 1928), político liberal, presidente del Ecuador entre el 1 de septiembre de 1924 y el 9 de julio de 1925, cuando fue derrocado por la Revolución Juliana *(N. del E.)*.

recto y sincero, no pudo sospechar nada, menos pensar que podía ser una traición.

Con unos cuantos jóvenes patriotas —entre los cuales, quién lo creyera, hubo después algún impío y hasta masón— inició Vega el movimiento y se reunió con ellos en un lugar llamado El Tagual. Allí recibió una carta de Gonzalo Córdova en que le indicaba que pasase a la hacienda de Ayancay, de propiedad de ese sujeto, y que allí recibiría las armas y hombres ofrecidos. Vega accedió a esa insinuación y cuando se hallaba ya en Ayancay fue rodeado por las fuerzas alfaristas, a órdenes del general Páez, de lo que solo se dio cuenta cuando éstos rompieron los fuegos. Vega resistió hasta que se le agotaron las escasas municiones que tenía y al fin izó bandera blanca y se rindió al enemigo. Al día siguiente fue conducido preso y a pie a Cuenca, en medio de los jóvenes que cayeron junto a él. A la entrada de la ciudad fue asesinado vilmente, para lo cual se había planeado todo, inclusive cierto movimiento de despeje que hizo la tropa que le conducía. Cuando sonó un tiro, Vega cayó muerto.

Los sicarios alfaristas dieron inmediatamente la noticia aleve de que aquel jefe, tan honesto, leal y firme en sus convicciones católicas, se había suicidado. Pero el examen médico legal realizado por cinco médicos de los más honorables probó que las heridas que presentaba el cadáver en el cráneo y comprometían el cerebro eran producidas por un arma de fuego de gran calibre y precisión, y que el proyectil había penetrado y salido del cráneo por una dirección totalmente opuesta a la que hubiera llevado una bala de revólver. Además, el revólver que se arrojó junto al cadáver de Vega era viejo y fuera de uso. Es necesario insistir, por otra parte, en que Vega estuvo completamente desarmado cuando cayó prisionero.

Todo, incluso el proceso, demostraba que era un asesinato y no un suicidio, pero los jueces venales y cotizados dieron su fallo en el sentido que más podía halagar al gobierno liberal.

Yo fui testigo de la consternación que produjo en Cuenca el inaudito crimen. Toda la gente lloraba por la muerte del hombre más querido del pueblo. Porque es preciso saber que Antonio

Vega era casi adorado en su ciudad. Hombre generoso y decentísimo, era munífico y magnánimo. Durante su comandancia general se conquistó el cariño de las multitudes.

Desde lo más encopetado de la sociedad hasta el último menestral lloraron y quisieron a Vega, que había llegado a ser el símbolo de la hidalguía cuencana, expresada en el lema del escudo de la ciudad: "Primero Dios y después vos". Su muerte trágica, a manos de los sicarios a quienes él no había vacilado en salvar la vida años antes conmovió a la ciudadanía. Nuestros poetas lamentaron, con sentidos versos, la desaparición del héroe legendario. Aún yo, siempre amante de la verdad y de la poesía, me atreví a componer en su honor unas décimas, de entre las cuales recuerdo las siguientes:

Antonio Vega Muñoz,
El Bayardo ecuatoriano,
que luchó contra el tirano,
por su patria y por su Dios.
Aquel que condujo en pos
del país la rebeldía,
fue modelo de hidalguía
y salvó con propia mano
a su contendor villano
cada vez que le vencía...

El ilustre Antonio Vega
cae en infernal celada,
sabiamente preparada,
y prisionero se entrega.
A pie, desarmado, llega
a la nativa ciudad
—le custodia una unidad—.
Suena un disparo certero
que traspasa el cráneo entero
y allí le deja sin vida...

…

Mas le condena: "¡Suicida!"
La pérfida autoridad...

Los años pasaron, el crimen quedo impune, la verdad parecía olvidada o muerta. Hasta que medio siglo más tarde llegó la hora de la apoteosis para el héroe. Es entonces cuando creí de mi obligación unir mi voz, una vez más, en homenaje de aquella ilustre víctima, y escribí el artículo "Un monumento a Antonio Vega Muñoz", con fecha 10 de agosto de 1959, que dice así:

A los cincuenta y tres años de la trágica muerte de uno de sus más ilustres hijos, quiere Cuenca inmortalizar en el bronce su prócera figura.

Sacrificado a su ideal pereció ese héroe digno de la apoteosis, a las puertas de su ciudad natal, el 10 de diciembre de 1906.

Paladín de la causa del bien, tenaz luchador por su patria y por su religión, cayó Antonio Vega bajo el plomo alevoso de los sicarios de la impiedad, y un silencio de muerte ha dominado, durante medio siglo, en esta infeliz nación, víctima preferida del liberalismo masónico.

Si Gabriel García Moreno cayó bajo el machete de un Rayo, por orden de la masonería internacional y como venganza de su administración cristiana y de haber consagrado la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, Antonio Vega fue también víctima de esa funesta organización, por ser caudillo irreductible y pertinaz de la defensa de la religión de sus mayores y de las libertades públicas, villana y cruelmente conculcadas por Alfaro y sus secuaces.

Antonio Vega Muñoz, militar de escuela, hombre íntegro en sus convicciones políticas, héroe de muchas victorias, derrotado algunas veces por el número y armamento de sus adversarios, pero nunca vencido, se sintió siempre llamado por

la voz del deber a la defensa de su patria y a la salvación de las instituciones cristianas que unánimemente reconocía y acataba el pueblo ecuatoriano, contra las exacciones y los abusos de un tiranuelo intonso y feroz.

Cayó Vega a las puertas de su ciudad natal victimado por los enemigos de la religión y de la patria, que consideraron necesaria su inmolación para acabar con la vigorosa resistencia de un pueblo cristiano y viril; de una juventud valiente que muchas veces se sublevó contra la tiranía.

Muerto Vega, ¿se acabó el patriotismo?

Muerto Vega —y sin embargo de que el país está viviendo un tiempo de verdadera democracia—, soportamos aun humildemente unas leyes inicuas que están minando las bases mismas de nuestra nacionalidad... La fatídica sombra de Eloy Alfaro gravita sobre el Ecuador por más de medio siglo como mancha indeleble y funesta.

Muerto Vega, el último de los patriotas altivos, soportamos mansamente la imposición de un grupo vociferante y audaz que nos consterna con sus gritos y sus asonadas, y ni siquiera recordamos nuestros deberes de restaurar las instituciones católicas que fueron los fundamentos de nuestra nacionalidad hispánica y cristiana...

Cuanta sangre se vertió en el país a consecuencia de la transformación de 1895, cuya última escena se realizó el 10 de diciembre de 1906. ¡Cuántos millares de compatriotas cayeron, ya en los campos de batalla, ya en las encrucijadas a las que les condujeron sus verdugos!

Víctimas y victimarios han transpuesto ya los umbrales de la muerte. Pero quedan las leyes inicuas que éstos nos dejaron. Quedan y rigen aún esas leyes que condenan a la niñez y a la juventud que se educan en los planteles oficiales, a la irreligión, al ateísmo. Esas leyes que están conduciendo a buena parte de la juventud hacia el marxismo y la están transformando en agente del soviet y de la antipatria; quinta columna infame de una potencia extraña, que está minando

nuestra nacionalidad.

Cuenca puede tachonar sus lugares públicos de cien monumentos a sus literatos, sus poetas, sus jurisconsultos, sus legisladores; pero tiene especial obligación de erigir a Antonio Vega Muñoz una estatua en tributo del culto y la ferviente admiración que por él guarda como a su héroe legendario, *caballero sin miedo y sin tacha,* magnánimo y generoso para con sus enemigos, ídolo de sus partidarios y verdadero Bayardo de nuestra lucha por la integridad de los principios católicos.

Levántese, pues, su estatua con toda la gallardía, la elegancia en el porte, la simpatía dominadora en el semblante, la apostura que le destaca entre todos sus contemporáneos y, sobre todo, ojalá se vea en su estatua el valor, la intrepidez. indomable que caracterizó a ese héroe digno de la epopeya...

Ojalá, al surgir en el ambiente material su monumento, resurjan también en la patria ecuatoriana la altivez y el arrojo que hacen tanta falta para la reivindicación de nuestros derechos y la restauración de las instituciones cristianas.[50]

[50] Aparecido en *El Debate,* Quito, 10 de agosto de 1959, n.º 47.

CAPÍTULO XXXIV

La poesía en el Azuay. —¿Por qué Cuenca ha producido tantas figuras intelectuales de primer orden? —El Liceo de la Juventud. —Mis primeros versos en la Revista Cuencana. —El "Círculo Católico Literario". —Lo antiguo y lo moderno en la poesía. —Es falsa la incompatibilidad entre la medicina y la poesía. — Recuerdos sobre los Cordero Dávila.

Cuenca ha brillado siempre por su intelectualidad y ha merecido el nombre de "Atenas del Ecuador", porque en ella ha tenido siempre la poesía lugar preferente entre las letras y las artes. Quizás la amenidad de sus campiñas, lo azul de su cielo y el rumor de sus ríos haya inspirado a sus hijos. Sea de ello lo que fuere, desde tiempos remotos el alma morlaca ha expresado en dulces y cadenciosos poemas sus sentimientos. Puede decirse que todo cuencano hace versos y la poesía ha encontrado en mi ciudad algo así como una Arcadia.

¿O se deberá esto a un ancestro de talento importado, de sus primeros pobladores españoles? ¿O al sentido artístico de los antiguos cañaris? ¿O será, acaso, porque el Azuay nunca ha sido una provincia muy rica en cuanto a su producción agrícola, pues la variabilidad de su meteorología —con sus sequías, sus heladas, o sus excesos de lluvia siempre imprevistos— echan a perder sus cosechas y la población, que vive en constante escasez, se ve obligada a desviar sus actividades hacia otros medios de trabajo, aguzando así la mente? En verdad, no lo sé; pero recuerdo que mi padre decía siempre que la comparación de Cuenca con Atenas se debía, entre otras cosas, a que la península helénica tenía en su capital la parte más árida e improductiva desde el punto de vista agrícola.

¿Sería posible enumerar todos los cuencanos que han brillado ya por la ciencia, ya por el arte poético, la literatura, la oratoria, etc.? No lo creo, ni lo intento. Pienso que con citar algunos nom-

bres habré cumplido con mi deber. Fray Vicente Solano es, sin duda, la figura mayor. Y tras él vienen, como cepas de valiosos sarmientos, unas cuantas familias ilustres, en las que la cultura es tradición, ejercicio y herencia. El expresidente doctor Luis Cordero Crespo es un verdadero patriarca de las letras cuencanas, que aparecerá acompañado en la historia de la literatura nacional por sus hijos Luis, Miguel y Gonzalo Cordero Dávila, por sus nietos Luis Cordero Crespo, Gonzalo Cordero Crespo, Remigio y Rafael Romero y Cordero, por sus sobrinos Octavio y Alfonso Cordero Palacios, y por un sinnúmero de parientes más, nacidos de su tronco o vinculados a él. ¿De dónde recibió el numen el doctor Luis Cordero Crespo? Quizás sea demasiado atrevimiento, pero me siento fundadamente inclinado a decir que le vino a través de la madre, pues él es el primer Cordero en nuestras letras, y la literatura azuaya conocía ya a algunos Crespo, tañedores de la mágica lira. Otra figura recia como un roble es Remigio Crespo Toral, acompañado de su hermano Cornelio. ¿Y qué decir de los Arízaga, José y Rafael, sus hijos Rafael María y Manuel Nicolás? ¿Y de los Cuesta? ¿Y de los Moreno? ¿Y de los Aguilar? ¿Y de los Romero León? Junto a ellos habría que colocar las figuras solitarias de Benigno Malo, Mariano Cueva, Julio María Matovelle, Honorato Vázquez, etc.

Uno de los centros que más contribuyó a fomentar ese sentido literario y poético del Azuay fue el "Liceo de la Juventud". Había sido fundado en la penúltima década del siglo pasado por el ilustre Matovelle, teniendo por director a Luis Cordero Crespo, y de él habían salido muchos escritores y poetas de gran fama, entre ellos el mismo Remigio Crespo Toral, Miguel Moreno y Honorato Vásquez. Desaparecido el Centro algunos años, fue reorganizado en 1900, siempre bajo la dirección general del venerable Luis Cordero, pero teniendo como presidente efectivo a su hijo Miguel, mi cuñado.

El "Liceo de la Juventud del Azuay" fue, también en su segunda etapa, un semillero de escritores y poetas. De él salieron Juan Iñiguez Vintimilla, Alfonso Andrade Chiriboga, Manuel

Guillén, José Rafael Burbano Vásquez, Agustín Cuesta Vintimilla y su hermano Ricardo, Alfonso Malo Rodríguez tan hábil para los sonetos, Francisco Martínez Astudillo, Manuel María Ortiz, Gonzalo Cordero Dávila y cien otros.

Los miembros del Liceo nos reuníamos regularmente cada semana. En sus sesiones se leían trabajos en verso y prosa, obligatorios y voluntarios. Había además una sección de improvisación, con tema que se señalaba en ese momento. Proficua en sumo grado fue su labor. Búsquese los nombres de los poetas y prosistas que ilustraron Cuenca en la primera veintena del presente siglo, y serán raros aquellos que no hayan pasado por el Liceo de la Juventud.

Tuve la suerte de ingresar muy joven a ese círculo literario. Mirando retrospectivamente creo, con sinceridad, que los pocos éxitos que haya obtenido con mi modesta pluma y mi inhábil palabra los debo en gran parte al entrenamiento que en el Liceo recibí. La "Revista Cuencana" fue su órgano de publicidad. Allí pueden verse las primicias literarias de sus socios. Algunas incipientes producciones mías se encuentran también allí. Yo era entonces casi un niño, y "El agave", el soneto "A Miguel Cordero Dávila" y otras estrofas de poco valor, así como unas dos leyendas mías, en verdad infantiles, "La crucecita roja" y "Cómo se paga un favor" constan en esa revista.

Simultáneamente con el Liceo se fundó en Cuenca otro centro de entrenamiento juvenil: fue el "Círculo Católico Literario", cuyo director fue el gran clérigo Nicanor Aguilar, de quien he hablado ya en otro capítulo. Coexistiendo las dos agrupaciones, era comprensible que se establezca, como en efecto ocurrió, una cierta emulación entre los socios de ambas. Perteneció al "Círculo" un joven que después llegó a culminar en las letras azuayas: Remigio Tamariz Crespo, sobrino del poeta laureado Remigio Crespo Toral.

Por aquellos tiempos se publicaba también en Cuenca *La Unión Literaria,* revista que ha hecho época en las letras ecuatorianas, porque en ella veían la luz magníficos artículos y poemas

de los mejores escritores nacionales.

Un clima de esa naturaleza, propicio al cultivo de las letras, no podía producir sino opimos frutos. No creo que haya habido después floración semejante en las letras azuayas. Han surgido, sin duda, nuevos valores: allí está Remigio Romero y Cordero, allí César Andrade y Cordero, allí César Dávila Andrade. ¿Pero dónde encontrar, ahora, una generación como aquella a la que me he referido, tan valiosa no solo por su calidad sino por su número? Reconozco la calidad extraordinaria de los valores actuales, pero me temo que sean figuras aisladas, lo que tal vez acreciente su mérito, mas entonces vivíamos todos en un verdadero ambiente literario, pensábamos en la belleza, soñábamos con ella.

Por cierto, en la evolución natural de todo, la poesía también ha tomado un nuevo giro. Hoy lo que nosotros considerábamos clásico ha quedado atrás. El romanticismo no tiene su antiguo prestigio. Y siendo yo un septuagenario, encuentro que ahora tanto la preceptiva como lo conceptual se encuentran fuera de mis alcances, fuera de mi manera de concebir las cosas.

El arte poético ha quedado completamente abandonado. Cada uno de los vates actuales peca deliberadamente contra las reglas de nuestra preceptiva, ya anticuada. El soneto, por ejemplo, que se consideraba antes la forma perfecta en la poética, y de una rigidez inviolable, por tener que hallarse necesariamente compuesto de versos endecasílabos, constar de dos cuartetos y dos tercetos, con una rima para los primeros y otra para los segundos, y que debía resumir su contenido con un pensamiento cumbre y hermoso en el décimo cuarto endecasílabo, hoy es muchas veces deformado y merece ese nombre por la presencia material de los catorce versos.

Otra condición *sine qua non* de la poesía del pasado era su comprensibilidad. Yo siempre he creído que la belleza debe ser captada y comprendida a primera vista, porque ella no puede ser objeto de elucubraciones y de procesos mentales complicados. Lo bello no necesita del silogismo, del raciocinio. La belleza penetra directamente en nuestro ser, como la luz del sol, como el

colorido de la naturaleza. Antes, todo cuanto era oscuro, inaccesible a la mente, falto de la diafanidad de la verdad, no era poesía. Hoy, en cambio, si bien lo que se llama poesía puede llegar a tener, inclusive una forma más o menos sonora, es, generalmente, de un fondo tan oscuro, de un contenido tan complicado, que muchas veces no se alcanza a comprender.

Quizás eso se deba a que los nuevos moldes que se han forjado escapan a nuestra cerebración aferrada a las normas de la escolástica aristotélica. Mis versos, en manos de jóvenes educados bajo los nuevos cánones, si los hay, deben parecer seres fósiles, paleontológicos, arcaicos en el fondo y en la forma, quizás objeto de comentarios burlescos. ¡No me importa!

Yo me declaro incapaz ante un cuadro o un poema modernista. Y si alguna vez los encuentro con algo de belleza es porque se han salido de sus presuntos cánones y se han aproximado a las normas sencillas del clasicismo. Confieso que admiro a quienes admiran el modernismo, y que hasta me siento acongojado de no poder sentir emoción ante él. Desearía sentirla, en verdad, para participar del entusiasmo de cuantos me rodean en la contemplación de esas obras de arte actuales y que aplauden esas muestras que en mí no producen sino turbación.[51]

El arte, para mí, debe representar lo bello y no lo monstruoso. Yo llamo a la pintura moderna "producción teratológica", es decir, de monstruosidades. Se pinta lo feo, lo anormal, aquello que es excepción en la naturaleza. ¿Cómo puede esto entusiasmar? ¿Cómo puede producir un sentimiento íntimo de euforia? A veces dudo de que el aplauso ferviente que brota de quienes encuentran tales "bellezas" sea sincero. Indudablemente hay entre los cortesanos del arte actual muchos "esnobistas"; pero no puedo desconocer que los hay también quienes de buena fe y con sinceridad se entusiasman ante esas producciones. Debo expre-

[51] Con su gran sentido del humor, el autor, Emiliano J. Crespo, decía frente a un cuadro moderno: "Yo lo haría peor… y cobraría menos" *(N. del E.)*.

sar mi admiración, hasta mi envidia para estos últimos. Pero los otros, los que siguen la moda sin saber por qué, no son sino exponentes de ese género por desgracia tan frecuente en la especie humana: ¡la manada!

Ya es tiempo de que lo diga: para mí la poesía jamás ha constituido una ocupación permanente, en el sentido de ser un profesional de la versificación. He sentido siempre lo que, en mi opinión, es la poesía. Me he emocionado siempre ante la belleza. Pero la inspiración no siempre ha brotado en mí, como brotan las puntadas de las manos de un buen sastre. Ha venido de tiempo en tiempo, ha sido avara y no pródiga, quizás por eso mi producción poética no es abundante, como la de aquellos que se dedican a "hacer versos" en forma habitual. Un episodio familiar, amable o doloroso; un paisaje pleno de belleza; una figura humana cara a mi espíritu; un acontecimiento singular, ésos han sido los temas de mi poesía.[52]

Otro es el caso de los versos epigramáticos, especie de caricaturas métricas de muchísimos personajes de la política nacional, que he ido forjando a lo largo de mi vida, porque no he dejado pasar las circunstancias dignas de un humorismo inofensivo sin que las comente en estrofas risueñas, generalmente décimas y ovillejos, para las que, según dicen, tengo especial aptitud. Algunas veces se han publicado en periódicos de Cuenca o Quito; quizás algún día pueda publicarlas en una recopilación, con algún comentario previo explicativo de cada una, que dé a conocer el ambiente y la ocasión.

La carrera profesional que adopté, y para la cual he tenido vocación verdadera, la medicina, y especialmente la cirugía, parecen a la mayoría de las personas incompatibles con la poesía. Y sin embargo, no es así. Quizás en ciertos medios demasiado prosaicos y mercantilistas predomine ese criterio. Pero nada impide

---

[52] La obra poética del autor se recogió en el volumen titulado Poemas (Quito, 1957) *(N. del E.)*.

que el curar las dolencias ajenas sea tan lleno de sublimidad y tan abundante en sentimientos nobles, de exquisito espiritualismo. El médico puede y debe ser un Buen Samaritano para con sus semejantes. ¿Y qué mejor fuente de inspiración que esa parábola, que traduce lo mejor de la sensibilidad del hombre en sus relaciones con el hermano sufrido y desvalido? Uno de mis poemas lleva, precisamente, ese título, y pretende interpretar cuanto acabo de decir.

Médicos y poetas de gran inspiración fueron Miguel Moreno y César Borja Lavayen, para solo citar dos en nuestra literatura, el uno en Cuenca y el otro en Guayaquil. Frecuentes son los casos de los médicos escritores en la literatura universal contemporánea. Sin embargo, ese prejuicio relativo a la incompatibilidad entre la poesía y la medicina ha hecho enmudecer varias liras en nuestro país. Mi hijo Emiliano, por ejemplo, joven cirujano, ortopedista y traumatólogo, ya afamado, escribió hasta los veinte años poemas tan bellos e inspirados que me hacían esperar de él, a más de las satisfacciones que me ha dado con sus numerosos éxitos en su profesión, grandes momentos de ventura con su producción literaria: pero dejó de escribir desde su salida a Guayaquil, por comprender él la opinión que al respecto se tiene en esa capital del comercio ecuatoriano.

Quiero terminar este capítulo sobre la poesía en el Azuay con algunas referencias a la ilustre familia Cordero Dávila, cuyos padres, el viejo doctor Luis Cordero Crespo —hombre genial y multifásico, gran poeta, científico y lingüista, notable botánico, que llegó a ocupar la primera magistratura del país— y doña Jesús Dávila de Cordero —ilustre dama del estrado azuayo— tuvieron la satisfacción de ver continuadas sus propias calidades espirituales en sus tres descendientes varones, sobre todo, pero también en las mujeres. Luis fue un gran tribuno, de elocuencia incomparable, cuyos discursos casi siempre improvisados, arrebataban a las masas. También fue un poeta inspirado y original, algo rubendariano. Quizás fue un verdadero genio, a quien por desgracia quebrantó la muerte en pleno vigor intelectual y físico.

Miguel, además de poeta, fue un orador parlamentario de gran fuste, que en muchos Congresos Nacionales hizo oír su voz siempre convincente. Hombre de gran virtud y piedad, hombre entusiasta, además, a él se debió el renacimiento del "Liceo de la Juventud", según he referido ya, y gracias a él surgieron, por tanto, los miembros de esa gloriosa pléyade de escritores y poetas que iluminaron las letras cuencanas en la primera veintena de este siglo. "Joven mecenas del saber cuencano" me permití llamarle, en aquel soneto publicado en la "Revista Cuencana", una de mis primeras escaramuzas literarias.

Y Gonzalo, el tercero de los Cordero Dávila, otro poeta insigne, dejó una obra literaria grande y fina, felizmente ya publicada, toda llena de un encanto dulce y soñador. Gonzalo fue un santo. La muerte le arrebató en plena juventud. Estaba maduro para el cielo, pues su vida ejemplar ha dejado honda huella en Cuenca. Pero su muerte nos contristó enormemente. Murió cantando a María, Reina del Cielo. Aún resuena en mis oídos esos cánticos admirables, que más parecían de un hombre pleno de vitalidad que de un moribundo, y que solo se extinguieron cuando su alma dejó el cofre terrestre para subir al Creador.

CAPÍTULO XXXV

Mi primera operación quirúrgica en Balao. —El profesor del quinto año de Medicina, doctor Nicolás Sojos. —Mis últimos compañeros en la Facultad. —La suerte del médico no mercantilista. —Recuerdos sobre la preparación de exámenes finales en Cuenca. —Añoranza de los tiempos pasados.

La crisis nerviosa que la muerte de mi hermana mayor produjo en mi madre obligó, como he referido ya, a llevarla a Balao para que tome algún descanso. Aquel período de obligadas vacaciones, pues los cursos habían comenzado ya en la Universidad, tuvo sin embargo para mí una importancia extraordinaria como definitorio de mi verdadera vocación profesional, pues fue entonces cuando mi padre hizo conmigo una prueba.

He de indicar que mi mamá, que como ya he contado había tratado años antes de que yo siguiera la carrera de derecho, se oponía ahora a que dentro de la medicina escogiera como actividad principal la cirugía. Sencillamente no le parecía conveniente, por creer que mi temperamento no era propicio para las emociones que esta actividad cruenta puede causar.

Con este antecedente, conviene ahora saber que acudió al consultorio de mi padre, durante aquella permanencia mía allí, un hombre al que había necesariamente que amputar un brazo, por una gangrena producida por grave traumatismo. Mi padre, entonces, con el objeto de probar mi valor y mis aptitudes, quizás también con la secreta intención de orientarme hacia la cirugía que él anhelaba vivamente que practicase, me indicó, sin más, que yo debía llevar a cabo esa amputación y que él se limitaría a administrar el anestésico. En efecto, procurando revestirme de la mayor serenidad, hice la operación mientras mi padre administraba el cloroformo al paciente. No había entonces en Balao persona alguna que pudiera servirme de ayudante, así que me arreglé en la intervención para no necesitarlo. Y felizmente mi

técnica no resultó mala.

Cuando regresamos a casa oí que mi papá decía a mi madre:

—Ya ves cómo Emiliano no solamente es competente y preparado, sino también sereno y valiente. Ha hecho la amputación con gran destreza y sangre fría.

Todos estos rasgos manifiestan el gran cariño de mi padre para mí y el empeño que tenía por mi futuro éxito profesional.

Al volver a Cuenca reinicié mis estudios. Insigne profesor de clínica interna fue el doctor Nicolás Sojos, y allí, en el quinto año de Medicina, pude apreciar sus grandes conocimientos. A él debo mucho de lo que sé en este ramo, el más importante de la ciencia de Hipócrates. Porque, sobre la base de su enseñanza, han constituido para mí los conocimientos adquiridos en Europa un inapreciable tesoro que me ha dado en la vida profesional muchísimo provecho.

Cuando llegamos a ese año no éramos sino cuatro los alumnos y todos reconocían en mí la primacía en la clase, lo que no dejaba de halagarme. Hasta que llegó a ser nuestro compañero, mediante la libertad de estudios que entonces había, un afamadísimo estudiante, Alberto Corral Jáuregui, miembro de distinguida familia de Cuenca, notable además por el talento y la virtud. También los otros hermanos de Adolfo, Pío Vicente y Nicanor, gozaban de merecida reputación como excelentes alumnos.

Cuando llegó Adolfo a mi curso hubo una especie de deserción de mis condiscípulos que antes me rodeaban con cariño y consideración. "A rey muerto, rey puesto", parecía decirme desde el fondo de mí la voz del desengaño. Me vi, pues, en el caso de agotar mis recursos a fin de recuperar mi prestigio.

Recuerdo que una vez en que se trataba en clase del bacilo de la tuberculosis se discutía el problema del unicismo y multicismo de este agente patógeno. Muchos días duró la discusión, en la que interveníamos de un lado Adolfo Corral y de otro yo. El profesor se pronunció también en contra mía. Al fin pareció finiquitada la polémica, pues había quedado solo frente a toda la clase. Felizmente en aquellos días había llegado la famosa obra de Brouardel, cuyo elogio hice en páginas anteriores, y solamente en un

ejemplar que se encontraba en manos de un estudiante amigo mío, superior en un año, el carísimo Carlos Alberto Cuesta Vintimilla. Fui un día a su casa, a raíz de la discusión, y le pedí me prestara el codiciado libro, que ya antes habíamos hojeado con deleite, por ser entonces la última palabra de la ciencia. Estudié con especial detenimiento el capítulo relacionado con la etiología y patogenia de la tuberculosis, y tuve la suerte de comprobar allí que la opinión del autor era exactamente la que yo había sostenido en clase. Lleno de felicidad llevé la obra a la Facultad y, abierta en la página pertinente, la coloqué sobre el pupitre del profesor, sin decir nada a nadie.

—¿Qué es esto? —¿exclamó sorprendido, cuando llegó y encontró el volumen en su escritorio.

—Doctor —le dije—, es la obra de Brouardel que acaba de llegar. Sírvase leer el párrafo que se refiere al tema de nuestra discusión sobre el agente de la tuberculosis.

Lentamente y en voz alta leyó el profesor, de inmediato, ese capítulo, y con gran honradez científica expresó:

—Nos ha ganado, Crespito. ¡Hay que reconocerlo!

Este pequeño incidente tuvo la virtud de devolverme el buen concepto de los compañeros.

Pese a aquella emulación inicial, la amistad con Adolfo Corral Jáuregui fue siempre sincera y cordialísima. Aquel excelente caballero, ciudadano patriota, católico integral y modelo de virtudes familiares y sociales falleció, lamentablemente, hace pocos años. Murió pobre, no obstante haber ejercido siempre con gran acierto su profesión, con una numerosísima clientela, y dejó una muy digna familia, que vivía decorosamente sin embargo de sus escasos recursos económicos. Yo tuve la pena inmensa de verle fallecer, víctima de una neoplasia con graves metástasis.

En medio de aquella pesadumbre reflexioné varias veces sobre la suerte del médico no mercantilista en el Ecuador, especialmente en la Sierra, y muy en particular en Cuenca. Casi todo profesional pasa horas amargas y muere pobre, como ocurrió con el doctor Corral Jáuregui. Hay que notar que los médicos

cuencanos, por lo general, solemos mirar la profesión como un sagrado ministerio y no como un medio de lucro: es esa una tradición que se mantiene felizmente y que seguimos todos con gran rigor. Si se averiguara a cuál rama pertenecen los médicos azuayos, a la de la medicina-servicio o a la de la medicina-negocio, no vacilaría en afirmar que todos pertenecen a la primera, para honra de la cuencanía. En mi ciudad, un enorme porcentaje de clientes no paga, por la pobreza en que vive la provincia, o paga poquísimo. Y los honorarios de los médicos son muy moderados.

A Dios gracias, debo manifestar que en Cuenca gané siempre lo suficiente para sostener mi numerosa familia de catorce hijos y educar a los trece que vivieron, manteniendo mi hogar con decoro, aunque nunca dejaron de faltar las estrecheces. Sin embargo, si aquel mismo trabajo lo hubiese desarrollado yo en la Costa, hoy día estaría archimillonario. Y es que en Cuenca, felizmente, la medicina no tiene ni ha tenido ese aspecto mercantil que se observa, con pena a indignación en otros lugares.

Volviendo ahora a hablar de mis condiscípulos de aquel año, diré que dos de ellos, los doctores Roberto Carvallo y Manuel Jesús Serrano, viven y trabajan aún, el uno en el Litoral y el otro en Cuenca. Cada vez que me encuentro con esos dos buenos amigos me siento feliz de recordar con ellos esos hermosos días de Universidad, en que estudiábamos juntos con tanto ahínco, ya en la casa de cualesquiera de nosotros, ya en las campiñas que rodean a la ciudad. No hay edad más feliz en la vida que aquella en la que, al abrigo de la munificencia paterna, podemos dedicarnos exclusivamente al estudio, mientras miramos en una vaga lejanía el futuro, todo lleno de bellas perspectivas y todo halagador: triunfos profesionales, éxito por todas partes. Me place declarar que jamás pensé en lo económico: era el servicio de la humanidad, la dedicación a la ciencia la única meta de nuestras ilusiones de aquellos días.

Recuerdo que a veces, cuando alguno de nosotros se hallaba en dificultad de comprender el contenido de algún capítulo, to-

dos nos empeñábamos en descifrar sus verdades. Cuando aquello ocurría se producían momentos de auténtica felicidad:

—Ahora sí, una carcajada de gusto —¿decíamos, y reíamos a todo pulmón.

Costumbre antiquísima ha sido en Cuenca que, al acercarse el mes de julio con sus exámenes finales, los muchachos se dispersasen por los alrededores, y ya a la sombra de un árbol, ya a la margen de un río, ya recostados en una pradera, estudiasen y estudiasen en los libros de texto. Generalmente salíamos en grupo y luego nos dispersábamos, cada uno por su lado. Estudiábamos, entonces, intensamente y, algo más tarde, antes de regresar a la ciudad, nos sometíamos por turno unos a otros, en una especie de juego de preguntar y responder, el cuestionario de cada una de las materias. Nuevo motivo de gran felicidad y, a la vez, ejercicio efectivo y siempre interesante.

Aquellas salidas de estudio arreciaban al fin del año, coincidiendo con los exámenes finales, porque siempre suele haber más empeño en estudiar al fin del curso lectivo que a lo largo de los dos primeros trimestres.

Cuando vuelvo la vista al pasado, ya remoto para mí, y recuerdo esa bella época siento una añoranza plena de melancolía. ¡Todo lo que se deja atrás es tan hermoso! El pretérito se reviste de un colorido lleno de poesía, esmaltado de matices, irisado por la fantasía. ¡Yo recuerdo esos bellos tiempos con una sensación de dolencia interna, inexplicable y amarga!

¡Colegio! ¡Universidad! Vosotros fuisteis para mí fuentes de goces y satisfacciones inmensas, porque a la dicha del estudio y de la asimilación de tantas ciencias, cada una más grata a la mente, se unía ese optimismo del futuro, ese horizonte de color de rosa y esa especie de inconsciencia de lo que es la vida.

La primavera se engalana siempre con hermoso follaje, espléndidas flores, exquisitas melodías y gratos aromas. Es una comparación vulgar y trivial la que se hace de la juventud con la primavera; sin embargo, nada hay más exacto, porque después viene el estío, con sus candentes arenas, que le queman a uno

los pies, sus luchas tenaces y sin tregua bajo el sol calcinante del combate por la existencia. Y por fin el invierno, la vejez, cuando todo queda deshojado y seco, bajo la nieve de los desengaños; ¡frío y marchito todo lo que era antes belleza, colorido e ilusión!

CAPÍTULO XXXVI

La vieja Casa de Ejercicios de Cuenca, junto al Sagrado Corazón. —Sus silenciosos ocupantes. —El fraile del pardo sayal. — Recuerdos de los ejercicios espirituales de 1906, predicados por el padre Aguirre y su influencia en la sociedad. —Don Daniel Toral Malo, varón ejemplar. —Espuelas y cilicios. —La nueva Casa de Ejercicios. —Freud y el sacramento de la confesión.

¡Casa de Ejercicios...!: ¡casa antigua y llena de recordación para quienes hemos vivido en ti un septenario de emociones ...!

Junto al viejo templo del Corazón de Jesús —edificio colonial y respetable que el furor reconstructivo de estos tiempos demolió y reedificó, quitándole todo su atractivo y su arquitectura hispánica, con su rotonda respetable y airosa—, hay una viejísima casona de un solo piso, de paredes uniformes y techumbre arcaica, enmohecida por los líquenes.

Al franquear su pórtico, he ahí un inmenso patio, en el cual crecen la grama y el hinojo, rodeado de amplios y enladrillados corredores, cuyas baldosas han sido desmoronadas por las pisadas de innúmeros penitentes de todos los tiempos.

¡Pilares vetustos y balaustradas semirrotas!

Voces argentinas de diminutos batracios imitan campanillas de cristal y suben al cielo desde aquel inmenso patio.

Puertas bajas, pintadas de un verde ya medio descolorido por la acción de los años, dan acceso a cuartos de fríos pisos recubiertos de esteras, junto a cuyas paredes se alinean tarimas de carrizo cubiertas también de tapices de totora. Todo es allí humilde y pobre. Y en aquellas paredes, enjalbegadas de yeso, se leen mil inscripciones allí dejadas por muchas generaciones de hombres arrepentidos, llenos de propósitos de enmienda.

El refectorio es amplio, con mesas toscas de inconmensurable longitud, delante de las cuales corren sobre el piso, a través de primitivos rieles, los carros en que se distribuyen las sobrias viandas.

Hay en todo el conjunto un ambiente de penitencia y de dolor. Parece que allí se han vertido mares de lágrimas. Allí sin duda se han hecho propósitos y juramentos de perpetua virtud.

Por los amplios portalones decurren muchos hombres, silenciosos y reconcentrados, que desenmarañan sus conciencias de años enteros de pecado. Taciturnos, sus miradas no ven el exterior porque están introvertidas hacia el pasado de sus propias almas. Quizás son, en el fondo, inextricables las redes de malicia y debilidad que intentan desenvolver...

Pasan los unos al lado de los otros sin cruzar una mirada. La curiosidad ha cerrado sus ojos para todo lo terreno. Y mientras ellos deambulan silentes, el coro de pequeños habitantes de la grama continúa salmodiando sus rosarios de cristal, en dulce retintín.

¿Ves decurrir por esos claustros a un fraile de pardo sayal? Su semblante austero vela a medias una cogulla que deja al descubierto la nariz pronunciada y aquilina. Inclinado no sé si por el peso de los años o por el de la contemplación y la heroica virtud pasa el franciscano: de sus ojos modestos se escapan raudales de caridad. ¿Quién es él? Es el padre Aguirre, ¿no lo sabes? El insigne padre Aguirre, famoso orador sagrado, hijo de Cuenca, honra de Cuenca, honra nuestra y de todo el Ecuador. Hombre público de gran valía, insigne escritor, admirado por todos sus contemporáneos, dotado de palabra elocuente, que derramó en incomparables períodos de sacro contenido por muchos países de América y Europa, este hombre dejó los honores del mundo para desnudar su espíritu de toda vanagloria y revestir su cuerpo con el sayal de la penitencia, de la humildad y la mortificación.

Hoy en él solo queda la elocuencia mística, sencilla y arrobadora. Ella arrebata las almas hacia la luz eterna y arranca a los corazones endurecidos cálidos sollozos de contrición, clamores firmes de enmienda.

Antes subía a las tribunas del foro y del parlamento: hoy sube a la cátedra del Espíritu Santo en el púlpito de modesto templo. Sin hacer alardes de imaginación, sin revestir sus palabras de vanos oropeles, sin cubrir sus frases de florescencias u hojambres,

sabe hacer llegar su voz al corazón de todos cuantos le escuchan. Y es admirable cómo en sus palabras sencillas y en su voz suave infunde una inspiración tan arrebatadora que quien le escucha cree hallarse junto a Cristo, oír el timbre mismo del Rabí de Judea, difundiéndose en raudales de caridad por el ambiente e infiltrándose en los más recónditos pliegues del alma.

¡Ejercicios espirituales de 1906, nunca podré olvidaros!

Allí, en esa casona hoy ruinosa y semidesvencijada, y entonces simple, arcaica y austera, experimenté muchas de las emociones más intensas de mi vida. ¡Juventud, edad de ilusiones y de esperanzas, en ese recinto, en ese templo, alejado del bullicio ciudadano, escuchaste la palabra de ese insigne apóstol, e inclinada sobre el viejo reclinatorio, apartando ese dorado velo de anhelos y falaces esperanzas, vertiste lágrimas cálidas y abundosas, lavaste mi corazón en las aguas vivas y frescas de la promesa divina!

Concurrieron a esos ejercicios espirituales muchos hombres de Cuenca, muchos personajes del Azuay, algunos de ellos apartados por largo tiempo de toda práctica religiosa, algunos extraviados por las sendas de la incredulidad y del ateísmo.

Recuerdo que durante los seis días primeros el egregio predicador nos hizo palpar la miseria de nuestra vida, la horrible faz del pecado, las tremendas verdades de los novísimos o postrimerías. El sexto día nos habló del Infierno y sus penas eternas con tanta elocuencia y trazando cuadros tan aterrorizadores que nos sentimos abismados en la angustia.

Mas el séptimo día, el ilustre hijo de Francisco de Asís desplegó ante nuestras miradas el grandioso y arrebatador cuadro de la misericordia divina, y presentó a María como su dispensadora maternal y tierna. La dulce María, María la del Cielo (como la denomina Rafael Núñez), *Mater Misericordiae, Consolatrix Aflictorum, Auxilium Cristianorum,* fue presentada ante nosotros en forma tan conmovedora, tan tierna, tan dulce, que todos los oyentes no solo derramábamos lágrimas de ternura, sino que era un único sollozo el que llenó los ámbitos del templo, brotando de todos los pechos y de todas las gargantas.

Yo había llevado a la Casa de Ejercicios un libro, "Diferencia entre lo temporal y lo eterno", del padre Nieremberg, que una piadosa señorita, altamente ilustrada en materia religiosa, doña Teresa Cordero Dávila, me lo había prestado. Algunos de sus capítulos me conmovieron e impresionaron profundamente, ¡Ah, si los propósitos que hice en esa época juvenil, al borde de mis primeros 21 años, los hubiera guardado en la larguísima trayectoria de mi vida! Mucho tiempo, muchísimos años se pierden, y si la edad madura no viniese en auxilio nuestro a hacernos reflexionar y meditar sobre el futuro eterno, cuán lamentable sería nuestra situación ante ese Dios, si inmensamente misericordioso, también soberanamente justo.

Entre los ejercitantes hubo algunos caballeros que desde esa remota fecha observaron una vida santa y ejemplar. De uno de ellos, de don Daniel Toral Malo, puedo dar testimonio, por haberme en la vida acercado a él por íntimos vínculos familiares, que fue un ejemplo permanente de virtudes cristianas, un modelo de piedad y un paradigma de santidad hogareña y social. Desde ese año de 1906, hasta su fallecimiento a la avanzadísima edad de 92 años, fue uno de los hombres más venerables de Cuenca, y su familia, troquelada en su molde, es respetada en los más altos círculos sociales.[53]

Esa amada Casa de Ejercicios Espirituales ha sido ocupada varias veces por batallones llegados a Cuenca en tiempos del crudo liberalismo. El taconear de las botas, el crujir de las espuelas, el sonido de los sables reemplazaba, entonces, al leve pasar de las cuentas del rosario, al silencioso ir y venir de frailes y penitentes, al rumor de las oraciones y al seco golpe de las disciplinas. Cuando la casa volvía nuevamente a su legítimo dueño la Curia

---

[53] Daniel Toral Malo (1859-1953), casó con María Dolores Vega Larrea en junio de 1891, y fueron padres de Daniel (1892-1918), Adolfo (1892), Inés (1894), Lola (1895), Rosa Elena (1897), Jesusita (1898), María Esther (1900), Leonor (1901), Marco Antonio (1902), Julio Enrique (1905), Raquel (1907), Luis Humberto (1909), Blanca (1912) y Cornelio (1914). *(N. del E.)*.

Diocesana, era nuevamente destinada a su fin religioso, y allí solían hacer sus retiros los sacerdotes.

En aquellos remotos tiempos, muchos de los que ingresaban a esos vetustos claustros llevaban en sus equipajes instrumentos de penitencia, como cilicios y pequeños látigos provistos de puntas de acero, que se los aplicaban secretamente, pero que se denunciaban, a veces, por la sangre derramada. Tiempos hermosos, aquellos, en que la carne y los apetitos eran doblegados, y que contrastan con los actuales, en que todo es epicureísmo semipagano, afán de bien pasar y bien vivir, en que el alma es esclava del cuerpo y es este el sumo dictador todos los días.

Hoy aquel edificio, la Casa de Ejercicios por antonomasia, se halla cerrada definitivamente al público. Pero la generosidad y munificencia de un acaudalado personaje de Cuenca ha regalado a la ciudad una magnífica y señorial construcción, provista de todas las comodidades modernas. Parece que ya no predomina ese espíritu de penitencia y mortificación de los pasados tiempos. Hoy, hasta para convertirse se busca el confort moderno, y se piensa que hasta para orar hay que estar cómodos, pues de otra manera, se dice, el espíritu no puede reconcentrarse ni enfervorizarse para hablar con Dios.

No han desaparecido, sin embargo, del mundo, los antiguos usos de la ascética cristiana. Simplemente se han reducido a pequeños pero selectos grupos: ya no son todos los pecadores arrepentidos los que, como antes, someten sus carnes a torturas materiales, sino santas religiosas que se disciplinan en el interior de sus celdas, monjes y frailes que calzan cilicios sin que nadie lo sepa, y que con sus sufrimientos pagan las culpas de los pecadores, en una especie de voluntario ofrecimiento para detener la justicia divina. Es el misterio maravilloso de nuestra fe cristiana, que se denomina con el nombre de la Comunión de los Santos, es decir la solidaridad de todos los creyentes. ¿A dónde iría a parar el mundo si las oraciones, sufrimientos y disciplinas de eremitas, monjes y religiosas no sirvieran como de pararrayos para detener el enojo del Altísimo?

¡Ejercicios espirituales! En el recinto de esas casas en donde

el recogimiento y el silencio tienen su morada; en donde se sustrae el hombre de todo anhelo material y de toda preocupación terrena; en donde a solas consigo mismo y con Dios hace cada uno el análisis de su vida, estudia los puntos flacos y las deficiencias de su conducta que el ambiente social moderno no permite reconocer; en donde una voz autorizada y casi mística habla sin ambages ni rodeos de las verdades primordiales y llama a la conciencia a replegarse sobre sí misma para considerar un pasado lleno de abismos; en el recinto de esas casas, digo, quizás se halle la única verdadera solución a los problemas que el mundo contempla ahora: el odio, la dispersión, el caos, el confusionismo.

Aún los ateos e incrédulos, como Freud, miran el examen de conciencia y la confesión católica como algo bienhechor para lo que ellos creen, en todo caso, simples enfermedades del alma. Examen y confesión han sido, sin que lo sepamos, una especie de psicoanálisis que limpia el subconsciente de todas sus fallas inconfesables, y devuelve al espíritu la paz anhelada y la felicidad. No ha necesitado la Iglesia católica esperar veinte siglos para saber las complejidades abismales del espíritu humano, ni ha requerido llamar con términos nuevos verdades antiguas, hoy día sabidas a medias y distorsionadas por la ciencia materialista. El católico cree sinceramente que el sacerdote puede desatar los terribles nudos que torturan el alma, que en nombre del Hacedor Supremo no solo puede sino que está obligado a perdonar los pecados. El católico sabe que ese retiro, ese examen de conciencia, esa confesión son infalibles medicinas para curar todas las dolencias del corazón.

Y es en esas casas de ejercicios espirituales; en el silencio, la calma y el recogimiento donde el alma atormentada puede profundizar en el subconsciente y desentrañar las hondas raíces de pecado y de tormento que le angustian; descubrir con ojos tranquilos su propio abismo. ¿Qué lugar más apropiado que cualquiera de esas casas para solucionar los mil problemas psicológicos que, llámense como se llamen, seguirán aquejando al hombre sobre la tierra?

CAPÍTULO XXXVII

Nuevas vacaciones en Balao. —Una mujer misteriosa. —El lipoma colosal extraído en secreto. —Dificultades y éxito de aquella operación. —El valor de los montubios. —La mulata herida.

Nuevamente debí viajar a Balao, a visitar a mi padre que seguía ejerciendo allí la profesión, durante mis vacaciones. Ya en anteriores ocasiones había yo observado en aquel pueblo una mujercita que pasaba por delante del consultorio, cubierta siempre con una gran manta negra que se abultaba grandemente a los dos lados de la cabeza y el cuello. Yo no podía explicarme esa originalidad, y tampoco le presté gran atención.

Con mi viaje, mi padre salió a Guayaquil, a tomar a su vez algún descanso de su pesado trabajo profesional, y me dejó en su lugar, pidiéndome que le reemplazara un par de meses. Ya se comprenderá cuánto me esforcé para desempeñar ese cometido de un modo digno y satisfactorio.

Pues bien, un día observé que entre los numerosos enfermos que se hallaban de espera en la salita estaba esa mujer. Cuando le llegó su turno y le invité a que pasara al gabinete de consulta, me pidió muy misteriosamente que la atendiera al último, es decir cuando hubiese despachado a todos los demás.

Atendí, entonces, a todos los pacientes y cuando por fin entró ella me explicó que intencionalmente había procedido así porque quería que nadie supiera qué era lo que ella tenía.

—Yo sé, doctorcito —me dijo—, que usted no permanecerá aquí en el pueblo, y por eso deseo confiarme a usted para que me cure. Pero, eso sí, le ruego encarecidamente que guarde el secreto de mi mal.

—No necesita hacerme esa recomendación, señora, —le contesté—, todo médico tiene el deber de guardar el secreto profesional. Usted debe permanecer tranquila por ese lado. ¿Qué es lo que usted tiene?

Al oír esto se tranquilizó y, entonces, sin decir palabra, se quitó la negra manta y pude ver un enorme tumor que gravitando sobre su hombro izquierdo ocupaba todo el espacio que quedaba entre este, el cuello y la cabeza. Examiné cuidadosamente ese tumor y pude comprobar que se trataba de un gran lipoma. La piel se deslizaba fácilmente sobre él, sin adherencias. Varios lóbulos se percibían a la palpación.

Cuando ella me preguntó si era curable, le contesté que sí, pero que era necesaria una operación.

—Opéreme, entonces —repuso.

—Un lipoma tan grande no puede ser intervenido sin anestesia", le expliqué. "Aquí en Balao no hay ahora anestesiador[54] para que actúe en una anestesia general, y tampoco hay novocaína ni adrenalina para anestesia local".

—Opéreme no más, —suplicó la mujer—. Yo aguantaré sin quejarme.

—No lo creo posible, señora —le repliqué—. Y a lo mejor se pone usted a gritar desaforadamente y se hace un bullón en el pueblo. Usted misma expresa que no quiere que nadie se entere del asunto.

—No, doctor. Yo le prometo que no diré un ay. Yo sé bien lo que aseguro —concluyó.

—Está bien —le respondí—, y le cité para el día siguiente, a una hora en que no tendría yo ocupación y no habría nadie en casa, porque la condición más imperiosa que ella puso fue ésa: que nadie vea ni sepa de lo que se trataba.

Todas mis objeciones habían sido, pues, vanas. Y allí me encontré, resuelto a realizar la intervención más singular: sin ayudante, sin anestesia, sin instrumental completo.

A la mañana siguiente la mujercita del lipoma llegó con toda puntualidad. Mi asepsia se redujo a hacer hervir los instrumentos, a desinfectar al yodo, previa rasura, la parte o región operatoria. Sin mesa de operaciones, hice tender a la mujer en un diván,

---

[54] Luego se extendería el término "anestesista" *(N. del E.)*.

embroqué la tintura de yodo y limité la zona que debía abarcar la intervención con gasa extraída de paquetes estériles de Johnson & Johnson.

La enorme incisión no produjo un movimiento ni una crispatura en la paciente. La laboriosa disección al bisturí o a la compresa de la piel no causó en ella el más leve cambio de posición. Ni la aplicación de pinzas hemostáticas sobre los vasitos que sangraban, ni las ligaduras con que reemplazaba las pocas pinzas de mi rudimentario arsenal, para poder seguirlas usando conforme avanzaba la operación.

Una vez disecada la piel en dos fuertes colgajos laterales y cuando emprendía en la disección profunda —respetando los vasos superficiales y profundos del cuello, así como los nervios de la región, cosa prolija y laboriosa— me pareció que era extremada la actitud estática de la paciente y me angustié pensando que hubiese caído en lipotimia.

—¡Señora! —le llamé, y no obtuve ninguna respuesta.

Suspendí entonces la operación y me puse frente a ella, para poder verle la cara. Tenía los ojos profundamente abiertos. Sin decir nada, se limitó a hacerme un guiño.

—¡Todo va bien! —le dije sonriendo, y continué mi trabajo, procurando no descuidar ningún detalle.

Para terminar, suprimí a las tijeras el exceso de piel que a ambos lados quedaba, a fin de que se coapten perfectamente los dos bordes de la herida, puse en el ángulo inferior un hacecillo de crines para el drenaje, limpié toda la herida y apliqué al último un apósito de fortuna. La operación estaba concluida.

Por sus propios medios se incorporó entonces aquella extraordinaria mujer, se levantó y acercándose a una de aquellas escupideras que se usaban entonces, escupió.

—Gracias, doctorcito —me dijo—. Dispense usted que no haya podido contestarle cuando me llamó, porque tenía la boca llena de saliva.

Ningún comentario sobre el dolor, ningún engreimiento por su valentía. Consideré tan extraordinaria aquella actitud de esa

montubia que sospeché pudiese tener alguna anestesia especial anterior a la intervención, para lo cual hice un examen estesimétrico, pero la sensibilidad era perfecta tanto al dolor como al tacto y al calor. ¡Creo que más sufrí yo en aquella operación que ella!

En un nuevo viaje a Balao, antes de mi partida para Europa, me encontré frente a un caso parecido. Recuerdo de una mulata cuyo marido o amante le había destrozado el cuero cabelludo a machetazos. Su cabeza era una maraña de sangre, coágulos y cabellos rizados en tirabuzón. Tenía ocho enormes heridas entreabiertas, por las cuales, después de rasurada y lavada la región, se veía un cráneo que a trechos estaba también comprometido en su tabla o lámina externa. La labor de suturar todas esas heridas fue larga y dolorosa. Se empleaban entonces alfileres ordinarios, que se pasaban mediante un portador especial, para aproximar los dos labios de la herida, y cuando se habían colocado los necesarios se entrecruzaba sobre ellos un hilo, describiendo el número ocho sobre los tallos que sobresalían de la piel junto a las cabezas y las puntas. Entre esos extremos y la piel de fuera de la herida se colocaban trozos de gaza doblados para evitar lastimaduras. Era una sutura denominada enclavijada y se la empleaba entonces muy comúnmente, y hay que confesar que no era mala. Para retirarla, cuando se había cicatrizado la herida, bastaba cortar los hilos o simplemente quitarlos y, luego, con suma facilidad, tirar de los alfileres, tomándolos con unas pinzas por las cabezas, en sentido contrario a la dirección de su inserción. Todas estas maniobras tuve que realizar ocho veces para suturar las ocho heridas de aquella infortunada mulata. Ella las soportó con verdadero estoicismo, sin anestesia ninguna. Apenas, algún momento, se escuchaba algo así como un leve estertor.

Así son esos montubios: el sufrimiento físico les deja impasibles. Soportan los dolores con extraordinario valor. Pensando en esa característica del campesino costeño uno se explica sus peleas a machete limpio, en las ocasiones en que se hallan excitados por el aguardiente, por ejemplo, en los días de fiesta o en las noches de los sábados, cuando han recibido sus jornales de

toda la semana. Se comprende también cómo cuando han sido mordidos por una víbora en un dedo o un artejo, apoyan el pie o la mano en un tronco cualquiera y a sangre fría, al parecer casi sin reflexionar, "se vuelan" esa pequeña extremidad herida, prefiriendo la amputación de propia mano antes que el emponzoñamiento general del organismo, y la muerte.

CAPÍTULO XXXVIII

El sexto y último curso en la Facultad de Medicina: estudios de clínica quirúrgica y medicina operatoria. —La enseñanza de obstetricia con el doctor Manuel Palacios. —Mi grado de doctor en medicina el 22 de julio de 1908 y mis intentos de dejar el vicio del cigarrillo.

En Cuenca no había un cirujano que pudiese ser, con propiedad, profesor de clínica quirúrgica y medicina operatoria, materias del sexto y último año de estudio en la Facultad médica. Todos nuestros profesores eran buenos clínicos, pero no externistas. Así que nuestro profesor de clínica externa y técnica quirúrgica fue un buen médico recién graduado, pero que nunca había hecho cirugía, el doctor José Mogrovejo Carrión. Todo el año estudiamos la materia en forma teórica, usando el texto de Chalot,[55] y en el examen final se me pidió que hiciese unas ligaduras de varias arterias, que realicé con muy buen éxito.

La obstetricia la estudiamos por un autor llamado Auvart, cuyo libro era bueno y que nos sirvió igualmente para el aprendizaje de la teoría. También las clases del profesor doctor Manuel Palacios fueron buenas, pero por desgracia —no sé si por un mal entendido sentimiento de pudor o por falta de casos apropiados para la enseñanza práctica— jamás vimos un solo alumbramiento normal y menos aún uno distócico. Ya he referido cómo los alumnos no tenían entrada en la sala de exámenes ginecológicos, en donde el médico del hospital se encerraba con la obstetriz, considerando una falta monstruosa que algún estudiante presen-

[53] Probablemente se refiere al *Tratado elemental de Cirugía y Medicina Operatorias* del doctor V. Chalot, profesor de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Toulousse, traducido de la tercera edición francesa por el doctor Gil Saltor y Lavall, catedrático de Patología y Clínica Quirúrgica en la Facultad de Medicina de Barcelona (Barcelona, José Espada Editor, 1899) *(N. del E.)*.

ciara esos exámenes. Llegaba ese sentido de pudor, entonces, a tales extremos, que el facultativo que tenía que sondar a una enferma retencionista, no la descubría, sino que guiado por el tacto solamente y con reparos que no es del caso mentar, así a ciegas introducía la sonda en el meato. Es de suponer cuántas equivocaciones habría con ese procedimiento, tal vez menos púdico que el que se realiza a plena luz y bajo el control de la vista.

El texto de Auvard, traducido al castellano, fue, pues, en realidad, la única base de nuestros conocimientos de obstetricia, tanto sobre la fisiología como sobre la patología del acto de la maternidad. Algo sabíamos sobre "presentaciones" y "posiciones". Y apenas, sobre un viejo maniquí de gamuza, el profesor de la materia nos enseñaba versiones, aplicaciones de forceps, etc. Mas todo se iba de la memoria, dado lo rudimentario de la enseñanza. Si confiados en lo aprendido así hubiéramos osado atender un parto, seguramente hubiera fracasado la infeliz parturienta puesta en nuestras inexpertas manos.

Todo ello no hacía sino aumentar nuestro anhelo de buscar fuentes más abundantes y perfectas de conocimiento, a fin de aumentar los que ya teníamos y completarlos. Viajar al exterior era la única forma de lograrlo, mas eso es presentaba aún como un sueño hipotético.

El día 22 de julio de 1908, fecha en que cumplía yo mis veintitrés años, rendí mi grado de doctor, en el que obtuve también la mejor calificación: cinco primeras, equivalentes a "sobresaliente". La alegría de ver culminados mis estudios no fue sin embargo completa porque mi amado padre no pudo venir a Cuenca desde Balao, para presenciarla.

Quiero ahora referir un detalle al parecer insignificante: desde seis meses atrás había dejado de fumar, porque quería preparar bien mi doctorado y creía yo que el tabaco quita la memoria. Logré, a duras penas, durante ese lapso, cumplir con mi promesa de no probar un cigarrillo. Pero durante todo el tiempo que duró el grado, lo que más me preocupaba era el deseo de fumar. Por eso, en cuanto se terminó el examen y antes de recibir la votación o

calificación, ya había salido yo desesperado a fumarme el primer cigarrillo.

Yo he observado que el deseo de fumar no se extingue nunca y persiste siempre. Tal ha sido, por lo menos, mi triste experiencia. Yo creo que quien haga un propósito firme de no fumar tendrá que soportar toda la vida esa necesidad insatisfecha. Yo fumé desde los once años de edad y he dejado muchas veces el cigarrillo, pero solo por algún tiempo; mas jamás he dejado de sentir la necesidad de fumar.

Cuando yo era niño y vivía toda la familia en Balao, veía a mi padre fumar magníficos cigarros habanos o esmeraldeños, que solía guardar en un arca especial. Una vez que salió a visitar a sus enfermos del pueblo, yo me sustraje uno de aquellos excelentes puros y, acostado en la hamaca en que acostumbraba él hacer su siesta, encendí ese cigarro y comencé a aspirar el humo perfumado. Pocas bocanadas había dado cuando sentí los efectos que el fumar provoca en los neófitos. El famoso mareo me atacó de un modo terrible: vi que todo giraba en torno mío y fui víctima de la más solemne náusea. Mi madre, alarmada por ese estado mío, mandó a buscar a mi padre, pues jamás imaginó cuál podía ser la causa de semejante estado. Vino él y al percibir el olor que despedía mi boca comprendió inmediatamente la causa. Entonces me dijo:

—Hijo querido, has fumado. Yo no quisiera que tú contraigas ese vicio y te encarezco que no fumes nunca. Te harás esclavo de un hábito necio del cual yo mismo hubiera deseado librarme.

Al escuchar a mi padre hice el propósito firme de obedecerle, pero después, cuando volví a Cuenca e ingresé al colegio, el mal ejemplo de mis compañeros y ese deseo propio de los adolescentes de manifestarse hombres hechos y derechos, me indujeron a fumar y fumar.

Recuerdo que una ocasión pasaba las vacaciones en la hacienda de mi abuelo y se me habían agotado todos los cigarrillos que llevé clandestinamente. Una tía mía comprendió, por mi desazón, que algo me pasaba y yo le expresé la causa. Ella, entonces, me

proveyó de unos cigarrillos de aquellos que mi abuelo preparaba él mismo. Posteriormente debe haberle contado, porque fue una sorpresa grata para mí cuando, desde el día siguiente, empecé a encontrar en mi bolsillo un macito de tabacos: ¡mi buen abuelo había comprendido mi problema y se compadecía de mí...!

Es este un motivo de agradecimiento para con ese amable y querido viejecito, cada vez que el recuerdo aflora a mi memoria. Sin embargo, me pregunto si esa vez, al no obtener tabaco, hubiera logrado quizás dominar ese naciente vicio ¡que después me ha esclavizado toda mi vida!

CAPÍTULO XXXIX

Mi viaje a Balao antes de trasladarme a Europa. —Elogio del arriero y de la mula que mantuvieron la comunicación de Cuenca con el resto del mundo. —Los tambos en el camino. —Almofrej, pellones, fiambre y cucharas de palo. —Zamarras y ponchos de aguas. —Cómo viajaban entonces las mujeres y los niños. —Los viajes de hoy y los de ayer. —¡Y la vida se pasa como un soplo...!

Graduado ya de médico y cirujano, a Dios gracias con los mejores certificados y calificaciones, lleno de ilusión y de entusiasmo, fui una vez más a la Costa para visitar a mi padre y preparar desde allí mi salida a Europa, dorado anhelo que estaba próximo a realizarse.

No sé por qué, pero ese viaje se ha grabado en mi recuerdo más que los otros, quizás tal vez por la idea de que pronto partiría, lo que me llevó, casi mecánicamente, a poner las miradas en cada curva del camino, en cada matorral, en cada nuevo panorama, como si fuese esa la primera vez que los veía, o como si estuviese seguro de que iba a ser la última.

Creo haberlo referido ya, pero no importa repetirlo: Cuenca estaba unida con Naranjal, pequeño puerto sobre el Golfo de Guayaquil, por medio de un camino de herradura que más que camino era vereda practicable solamente para el pie del arriero y para el casco inteligente de la mula.

No obstante esa incomunicación, llegaban a Cuenca, por allí, todos los adelantos del mundo exterior, y la ciudad no se hallaba más atrasada que las otras urbes del Ecuador. Es que la actividad e iniciativa de sus hijos hacía que lleguen hasta ella mobiliarios elegantes y cómodos, pianos verticales y de cola, etc., casi por un milagro de fuerza e industria del arriero.

Varias veces, en este viaje que realizaba a Balao antes de mi traslado a Europa, pude contemplar aquel espectáculo verdaderamente admirable y hasta sublime de unos cuantos cíclopes que en dos filas sostenían, mediante fuertes cañas de guadúa, ya un

piano de cola enorme y pesado, ya un cajón formidable que Dios sabe qué contendría, y que surgían en lo alto de una loma o a la vuelta de una curva, de espaldas al sol poniente, como un grupo de titanes, conduciendo ese magnífico instrumento musical o aquellas cajas hasta el interior de la Sierra.

En la capital del Uruguay se levanta un monumento a la carreta por haber sido ella el factor del progreso de ese país. Cuenca debe, en cambio, un monumento al arriero y a la mula, que han sido durante tres siglos y medio los únicos medios que le comunicaron con el resto del mundo y le mantuvieron en el papel de ciudad civilizada. Quede esta sugestión escrita aquí para el futuro.

En el trayecto del camino, cuyo recorrido demoraba cuatro días, había de trecho en trecho unas casitas llamadas "tambos", que marcaban el término de las etapas o jornadas, tal como en el tiempo de los chasquis incas. ¡Qué posadas eran esas, Dios mío! Apenas un techado de paja brava o de teja, unas paredes de simple adobe sin revestimiento alguno y luego la madre tierra, sin pavimento de ningún género. En los mejores tambos había unas tarimas de carrizo, pero, por lo general, no las había. Era necesario, entonces, llevar camas, es decir colchones, almohadas, sábanas y mantas para todos los viajeros. Era preciso, también, llevar toldos mosquiteros, de los que se usaban en la Costa para preservarse de la picadura del mosquito, y que en estos viajes servían también para preservarse de la lluvia que, generalmente, atravesaba la mal conservada techumbre de los tambos, y contra el frío. Todos estos implementos solían llevarse en enormes almofrejes, que eran grandes sacos de cuero, perfectamente impermeables, atados con correas o betas.[56]

Quien no tenía la precaución de llevar cama se veía obligado a poner la silla de montar en el suelo, a guisa de almohada, tender

[56] En efecto, según el Diccionario de la Lengua Española de la RAE, almofrej es una "funda, de jerga o vaqueta por fuera, y por dentro de anjeo u otro lienzo basto, en que se llevaba la cama de camino" *(N. del E.)*.

el poncho de aguas en plena tierra, acostarse sobre él y taparse con los otros ponchos. Algunos hacían algo peor o mejor —según se mire— que era tender en el suelo los sudaderos de las cabalgaduras, así como los pellones, es decir esos enormes cojines doblables que se empleaban para poner sobre las sillas de montar y ablandar en algo la dureza de ellas.

Había también que llevar fiambre, el cual consistía en provisiones de boca preparadas de antemano, que después de mal calentar se servía cada viajero. No se podía confiar en hallar comida preparada en los tambos. A veces se conseguía que cocieran unas papas, unos choclos, quizás hasta unos huevos, todo lo cual se aderezaba con sal, ají y quesillo: entonces había que bendecir tan buena refección.

Vajilla no la había en esos lugares, cuando más unos platos de barro cocido o unos viejísimos de hierro esmaltado, llenos de abolladuras, desportillados y torcidos, así como los jarros, de lata o fierro enlozado. Las cucharas eran de palo o de peltre. No hay que decir que cualquier persona que se preciaba de sí misma llevaba también su propia vajilla y cubiertos para el viaje.

La indumentaria para el camino estaba constituida por poncho de lana y poncho de aguas, de caucho; pantalón de montar y zamarras;[57] funda impermeable para el sombrero, un par de buenas espuelas cuando la cabalgadura podía soportar su acción. Cuando se suprimían las zamarras había que usar unas buenas botas rodilleras y polainas altas.

¡Como se ve, un viaje por nuestra cordillera era toda una empresa, que forzosamente había que afrontarla!

Al viajar con señoras y niños, como era necesario en un traslado familiar a la Costa o en un retorno a Cuenca, la cosa resultaba más difícil, puesto que ellas necesitaban mayores cuidados. Las señoras montaban a gancho y no a horcajadas como hoy. Para lograrlo se necesitaba mucha práctica y buen equilibrio, razón por la cual las señoras solían ser magníficas amazonas.

---

[57] En el norte de la Sierra es más común hablar de zamarros *(N. del E.)*.

El arriero, genio benéfico, se ocupaba de todo. Aguerrido para esos viajes, tenía que entenderse en todos los menesteres: cuidar a las bestias, que por las noches se dejaban sueltas en el campo; buscarlas al día siguiente, ensillarlas y acompañar a los viajeros en todo el trayecto. Junto a las señoras solía ir al lado de la cabalgadura un "estribero" a pie, que atendía en todo momento a la viajera y la sostenía en los pasos peligrosos. Los niños eran llevados por jinetes que los conducían por delante.

Casi todos los arrieros eran personas amables, buenas y sacrificadas. Mas ¡ay del viajero! cuando el arriero no reunía esas condiciones. Había algunos que, una vez lejos del poblado, extremaban sus exigencias y se hacían pagar el doble de lo estipulado. Lo más grave, sin embargo, era tener algún caso de emergencia, un accidente a alguno de los viajeros, por ejemplo. Lejos de cualquier sitio poblado y sin ningún elemento, como se solía estar en la mayor parte del viaje, la situación se volvía a veces desesperada. Había que aguzar el ingenio para encontrar alguna solución. Por estos motivos, había personas que se proveían también para estos viajes de un botiquín con los medicamentos de uso más frecuente.

Aventura que había que afrontarla irremediablemente solía ser cada viaje en esos tiempos. Pero aventuras que no dejaban de tener sus encantos: los bellos paisajes, las puestas de sol, las noches lunadas, el idioma de la naturaleza y hasta la misma incomodidad y el peligro, que aguerrían a las gentes. Quizás ahora, cuando todo se ha transformado, y el automóvil, el tren o el avión han vuelto tan fácil la movilidad y acortado las distancias, los viajes se hayan vuelto poco atractivos. Parece que el hombre busca la aventura y el peligro; le agrada enfrentarse con la naturaleza y desafiar sus asechanzas. Por eso ahora, como un sustituto en los hombres actuales de la antigua tenaz lucha con la naturaleza, han cobrado tanto relieve los deportes, que tienen también sus eventualidades y sus azares: regatas, *ski* acuático, *ski* en las altas montañas; y el alpinismo y el andinismo, en los cuales sus adeptos se juegan la vida en cada ascensión.

Se me debe perdonar esta digresión, pero la he considerado necesaria para que se comprenda, por parte de las generaciones actuales desvinculadas de esos medios primitivos de locomoción y transporte, cuánto esfuerzo y lucha teníamos que sostener en esos pretéritos tiempos, y se asombren, en especial, de cómo una ciudad como Cuenca, tan aislada del resto del mundo, tan mediterránea, pudo alcanzar un grado tan notable de cultura y relativa comodidad.

A solas con sus pensamientos viajaba cada miembro de las caravanas de viandantes de entonces. Yo iba, también, al lento paso de la cabalgadura, pensando en el futuro, que se me abría halagüeño y lleno de ilusiones, por el viaje a Europa; pero también triste por haber dejado en Cuenca a mi amada madre, cuya despedida me llenó de sufrimiento. Los cuatro días de viaje pasaron como un soplo. ¡Igual me parece ahora que han pasado los setenta y más años de mi vida!

CAPÍTULO XL

Práctica médica en Balao. — Mi padre dispone que viaje a Francia y me asigna una pensión mensual. —El viaje de Balao a Guayaquil. —Recuerdos de la navegación por el río Guayas. —Los bufeos.

Permanecí en Balao algunos meses. Mi padre, que había proyectado enviarme a Europa, no quería que yo llegase en invierno, por lo grave que sería ir del calor del trópico al frío invernal de los países templados, de muy marcadas estaciones.

Los meses de permanencia en el alegre pueblo costanero me sirvieron a la vez de descanso y de práctica profesional, porque mi padre quiso una vez más darme la oportunidad de ejercer, y así lo hizo. Aún salió a Guayaquil una temporada, a tomar un ligero descanso, para dejarme a cargo de todas sus obligaciones médicas en Balao y en las haciendas de los alrededores.

Indudablemente para un médico recién graduado y sin la práctica necesaria es problema bastante grave enfrentarse con una clientela tropical. Yo tenía un poco de temor, pese a las experiencias anteriores que apenas se habían reducido a la labor de consultorio, con uno que otro caso grave que he dejado relatado: ahora, en cambio, todo el peso del medio extraño recaía sobre mí, y toda la responsabilidad de ser yo, en verdad, durante ese período, el médico del lugar. Pero creo que no lo hice mal y mi padre se manifestó siempre muy contento de mi preparación.

Fueron meses llenos de encanto los que pasé junto a mi padre, que tenía para mí un amor y una ternura incomparables. Era maravilloso vivir junto a él, tanto por su afecto cuanto por su delicioso trato. Departir con él era lo más agradable, porque tenía una conversación muy amena. Poseía también una gran ilustración, debido a su educación clásica con profesores de la talla de González Suárez y otros, y a su insaciable afán de lectura. Así es que pasábamos momentos sabrosísimos, hablando de ciencias

tanto físicas como naturales, de medicina y de otros tópicos muy variados. Ya he referido cómo era mi padre casi universal en sus conocimientos y, además de científico, literato y hasta poeta.

Durante ese período extremó sus deferencias para conmigo y veía con pena, propia de su intenso amor paternal, cómo se acercaba el momento de mi partida.

Todo lo dispuso y previno con amor. Recuerdo que me asignó una pensión mensual de S/ 200,00 cantidad que en ese tiempo representaba algo importante, pues nuestro sucre se cotizaba casi a la par del dólar, aunque luego bajó a cincuenta centavos, y en moneda francesa a dos francos cincuenta; pero, además, me dio mil sucres en libras esterlinas, es decir en piezas de oro que valían entonces S/ 10,00 cada una.

Esas cien monedas, colocadas en un cinturón especial de viaje, que se llevaba dentro de la ropa exterior y sobre la camiseta, tenían como fin ser guardadas en reserva en un banco de París, apenas llegase yo a esa capital. No debían invertirse en nada mientras no resolviese yo el regreso. Allí precautelarían cualesquier emergencias, sea una enfermedad mía o la necesidad de realizar un viaje intempestivo a la patria. Las comunicaciones eran difíciles entonces; el correo era exclusivamente marítimo y duraba meses; y para algo urgente no había más remedio que utilizar el cable trasatlántico, más caro en aquella época que ahora. Por todo ello, ninguna precaución era excesiva y en todo veía yo la exquisita previsión paternal.

El 1º de julio de 1909 debía yo tomar pasaje en un barco de la *Pacific Steamer,* compañía inglesa que hacía sus travesías por la costa del Pacífico. Nos trasladamos pues a Guayaquil con la debida anticipación. Se viajaba entonces desde Balao en balandras o botes de vela, porque los viajes de vapor eran muy raros. Yo recuerdo haber realizado varios de esos viajes en aquellos esquifes que merced al viento volaban sobre el mar con una rapidez que no envidiaba a los barcos de vapor, sobre todo cuando la brisa marítima era favorable.

El bote ofrecía especial encanto, porque se tenía al mar, desde

él, a un palmo de la borda y se gozaba de su magnificencia como en un abrazo delicioso, mientras se sentía y saboreaba su hálito salino y yodado.

Ver las olas que se levantan a proa, admirar su masa líquida y transparente, escrutar a veces los secretos que ellas guardan —actinias, peces, crustáceos y quelonios—; mirar cómo algunos de esos huéspedes del mar se acercan y nos miran con ojos asombrados desde el elemento líquido y que la única barrera que de ellos nos separa es el aire, porque este es para ellos algo infranqueable y deletéreo; hundir las manos en las salobres linfas; saber que si se mantiene la barquilla en arriesgado equilibrio sobre las aguas es debido solamente a la pericia y sangre fría del piloto, que capea la marejada con mayor destreza que un torero a la res; sentir cómo las olas se pulverizan al chocar contra el casco y nos azotan con sus espumarajos el rostro; ver cómo las velas de hinchadas formas grávidas arrastran a la nave y cómo ésta abre un surco que se prolonga a lo lejos, como si un arado gigantesco roturara el océano...; ¡ah, todas ésas y otras emociones daban tan particular encanto a aquel viaje que me parece haberlo realizado hace muy poco!

Si el viento sopla de popa, la marcha de la navecilla es rectilínea; y si llega por babor o estribor, nuestros marinos viajan a la bolina, es decir haciendo grandes bordadas. Las orillas manglarosas del río Balao se abren frente al mar como si intentaran abrazarle. En frente se ve la silueta brumosa de la isla Puná. Nuestro botecillo se dirige ahora hacia ella y marcha en línea recta como si quisiera abordarla.

Mas cuando ha ganado el canal de Jambelí que bordea la costa de la isla, toma hacia el norte para dirigirse al estuario del Guayas.

La brisa del mar tiene la virtud de abrir el apetito de un modo extraordinario. El desayuno tomado en casa al comienzo de la mañana apenas nos ha dejado un recuerdo y esa característica sensación del hambre nos incita con mayor urgencia. Mi padre, sin embargo, lo ha previsto todo y de una panzuda cesta saca las provisiones de boca en una abundancia halagadora. La impres-

cindible cerveza se alinea al fondo en botellas taponadas aún con los gruesos corchos de alcornoque, ahora sustituidos por tapitas metálicas. Rompemos los alambres que estrangulan el cuello de esas botellas y se cruzan sobre los tapones, y bebemos. Abrimos las latas de conservas y repartimos su contenido en apetitosas galletas de las mejores marcas. Allí el caviar, las anchoas, el atún, los pickles estimulantes del hambre, la mostaza y más condimentos que sazonan el ágape principesco con que mi padre ha querido despedirme en este viaje a Guayaquil.

Repetidamente los espumantes vasos de cervezas sacian nuestra sed. Mi padre tenía la teoría de que el único medio de evitar el mareo es llevar el estómago lleno, y eso es muy cierto. Yo lo atestiguo pues entonces no sentí el menor estrago. Apenas empiezan sus desagradables efectos la ingestión de alimentos, regados con un buen vino o con excelente cerveza ahuyenta el mareo y restaura el bienestar: ¡es una regla de oro que aprendí en aquel viaje de labios de mi venerado padre!

Como obligatorios acompañantes de la nave, a babor y estribor, se ve saltar en elegante curva unos cetáceos pequeños que abundan en nuestros mares y que son llamados "bufeos" por nuestros marinos. Se trata de verdaderos delfines a los que la imaginación montubia les da la buena intención de salvar a los náufragos, a los cuales sacarían a la orilla a hocicazos. Se les atribuye también una fuerte enemistad con los tiburones o escualos, a los que, según dicen, combaten disputándoles la presa con el buen deseo de salvarla. Yo no sé qué de verdadero haya en esa creencia, pero me temo que, si es real, el bienintencionado auxilio de esas marsopas guarde tanto peligro para sus favorecidos como la sumersión o los dientes de los tiburones.

Solo diré para terminar que el viaje de Balao a Guayaquil se realizó sin contratiempos y que guarda en mi memoria indelebles recuerdos.

CAPÍTULO XLI

Mi llegada a Guayaquil. —Inquietud y desasosiego por el próximo viaje. —Los últimos días en el puerto. —Despedida de mi padre. —La partida hacia Europa.

Entraba la noche cuando llegamos a Guayaquil, la que, vista desde la ría, tiene un encanto nocturno particular. En aquella época, la iluminación de la ciudad era de gas, y sus farolas, de grande intensidad, formaban un cordón luminoso que desde lejos semejaba un gran rosario de cuentas de oro, o un collar de brillantes, que se tendía a lo largo del malecón y ascendía luego hasta el cerrito de Santa Ana.

Yo no sé por qué siempre que he llegado a Guayaquil he sentido algo inquietante, doloroso. Ignoro si pase lo mismo con todos los que se hallan al término de sus viajes, sobre todo cuando este es aún desconocido. Lo cierto es que en aquella ocasión, tal vez por lo imprevisto del futuro, me encontraba sobrecogido: quizás esa sensación de entonces no hace sino repetirse en mi ánimo cada vez que regreso al puerto.

Los días que precedieron a mi partida, no obstante haber deseado siempre muy vivamente salir a Europa, fueron de enorme inquietud. La separación de mi madre, que duraba ya unos nueve meses, la próxima despedida de mi padre y el temor de lo incierto, en esa ausencia que nadie sabía cuánto iba a durar, eran motivos más que suficientes para inspirarme esa angustia, ese desasosiego.

Por otra parte, debo contestarlo, nunca me había enfrentado ante la vida. Jamás me había servido yo mismo en los múltiples menesteres ordinarios: todo me había sido ofrecido por delante, hasta las pequeñas obligaciones cuotidianas que, en lo sucesivo, debían correr íntegramente a mi cargo.

Mi padre, siempre preocupado por mi comodidad y seguridad, había escrito a su buen amigo, don Darío Morla, quien con

su familia residía desde algún tiempo atrás en París, pidiéndole que me atendiese. Y me había instruido que, en caso de necesidad, acudiese a aquel señor para pedirle apoyo y protección. Ello era para mí motivo de tranquilidad, pero no dejaba, por eso, de angustiarme ante el futuro.

Permanecí en Guayaquil algunos días, hasta que todo se halló preparado: adquirido el pasaje, gestionado el pasaporte y llenados los demás requisitos. Residían entonces en el puerto dos parientes muy queridos para nosotros: los doctores Darío Rogelio y Benigno Antonio Astudillo. Ambos eran estimabilísimos y nos recibieron con gran cariño. Darío Rogelio, especialmente, fue de una amabilidad y gentileza incomparables. Él y su bella y distinguidísima esposa, doña Leticia Ochoa de Astudillo, que actualmente residen en Nueva York, fueron siempre más que hermanos con nosotros. Los días pasados en Guayaquil fueron, por eso, llenos de encanto.

Pero a medida que se acercaba el día de la partida ya iba sintiendo más y más intensamente la pena de dejar a los míos. Mi dolor se acrecentaba al pensar que mi viaje aumentaría la distancia que ya me separaba de mi madre. También el dejar a mi hermana, a mis sobrinos y cuñados, a quiénes tanto quería, eran motivos de mucha pena para mí. Solo la presencia de mi padre, acompañándome en aquellos momentos, era un consuelo que, por otra parte, bien pronto había de terminar.

Cuando uno se ausenta hacia un país lejano se plantea una grave incógnita ante el espíritu: ¿Volveré algún día a la patria y al seno del hogar? Si regreso ¿encontraré a todos los seres queridos que dejo hoy? ¿Será venturoso el viaje? ¿Tendré dificultades, algún accidente quizás? Es tan incierto el porvenir que no podemos estar seguros de lo que ocurrirá después de un instante, menos, mucho menos de lo que pasará en días o en años.

Esas y otras preguntas se me presentaban a la mente, insistentes, durante aquellos días. Más de una noche dormí mal, dando respuestas, a cual peor, a cada uno de esos interrogantes. Y la pena me carcomía el espíritu.

Al fin, ya todo listo, llegó el vapor en que debía hacer la travesía. Uno de los primeros días del mes de julio de 1909 fuimos a bordo mi padre y yo. Estuvo conmigo hasta el momento mismo de la partida. Un abrazo, de lo más tierno y efusivo, nos separó finalmente. Las lágrimas inundaron mis ojos, sin que lo pudiera impedir. Honda, terrible angustia me asaltó en aquel instante. Cada vez que recuerdo aquellos momentos vuelvo a sentir una profunda conmoción interior. Paso a paso bajó mi padre la escala del barco, como que quisiera prolongar aquellos últimos momentos en que ni siquiera estábamos juntos, y con paso ágil saltó a la lancha que debía conducirle a Guayaquil. Desde lejos me enviaba, sin cesar, sus despedidas, y aún me parece ver, a la distancia, su pañuelo agitándose en blancos mensajes de nostalgia y estímulo. Luego ya no le vi más. El buque lanzó sus roncos alaridos de despedida y empezó a navegar.

Cuando quedó atrás el estuario del Guayas y llegamos a la altamar sentí en toda su plenitud la realidad del momento: atrás quedaban el hogar, la patria, los recuerdos; en adelante, pasado el mar, tendría frente a mí la vieja Europa, millones de seres desconocidos, unos arduos estudios por realizar y, en toda hora, una inmensa gratitud hacia mis padres Y una ilimitada confianza en Dios.



Los doctores Luis Carlos Jaramillo León y Emiliano J. Crespo Astudillo, decano y subdecano de la Facultad de Medicina, junto a un grupo de estudiantes de la Facultad.



Foto: Manuel Jesús Serrano, 20 de junio de 1923. (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Fondo de fotografía patrimonial, Fondo fotográfico doctor Miguel Díaz Cueva, código 14040)

SEGUNDA PARTE

ESTUDIOS EN PARÍS Y PRÁCTICA PROFESIONAL EN EL ECUADOR



ADMINISTRATION
de
l'Assistance Publique
A PARIS

Hôpital Broca

SERVICE
de
GYNÉCOLOGIE ET DE CHIRURGIE ABDOMINALE

Le Dr S. POZZI, Professeur à la Faculté de Médecine de Paris, Chirurgien de l'Hôpital Broca, Membre de l'Académie de Médecine, certifie que Monsieur le Docteur Crespo (Gonzalo) (E. Cuenca (Equateur))

a suivi son service, qu'il a assisté à l'examen des malades et à ses opérations, depuis le 21 août 1909 jusqu'au 1er mars 1911

Signé : S. Pozzi



UNIVERSITÉ DE PARIS - FACULTÉ DE MÉDECINE

Travaux pratiques de Médecine opératoire

M. le Docteur Crespo

a suivi pendant le deuxième semestre de l'année scolaire 1909-1910 un cours pratique de médecine opératoire sur la Chirurgie d'Urgence

Paris, le 27 juin 1910

Professeur agrégé à la Faculté de Médecine

Dos diplomas del autor de estas memorias. En el de arriba se certifica que el doctor Crespo practicó en el servicio de Ginecología y Cirugía Abdominal del Hospital Broca desde agosto de 1909 hasta marzo de 1911. En el de abajo, la Facultad de Medicina de la Universidad de París certifica que en el segundo semestre del año escolar 1909-1910, Crespo siguió un curso práctico de cirugía de urgencia.

CAPÍTULO I

PARÍS, HACIA 1909

París, foco de la ciencia médica. —El cirujano Tuffier y su discípulo Dujarier. —El Instituto Pasteur: curso de microbiología, bacteriología, parasitología microscópica y técnica histológica. —Excursión a Teille: el profesor Calmette. —Homenaje a mi padre, el doctor Emiliano S. Crespo Astudillo. —Hispanoamericanos en París.

Cuando llegué a París en julio de 1909, eran las ciencias médicas francesas tal vez las primeras del mundo.

El espíritu galo tan inteligente, tan inquieto y emprendedor, intuía en la naturaleza y realizaba notables descubrimientos sin poseer siquiera elementos materiales muy perfectos. Hoy todos los laboratorios de investigación médica del mundo poseen instrumentos de gran perfección y precisión. Los investigadores franceses inventaban ellos mismos sus instrumentos o adaptaban a sus necesidades, otros ya existentes.

Sea de ello lo que fuere, es verdad que en los diez primeros años del siglo presente París era el foco más luminoso de la ciencia médica, pues si no todos los adelantos de las diversas ramas fueron franceses, a la "Ville Lumière" acudían de todas partes los sabios a exhibir sus descubrimientos. París para las ciencias médicas era, como para todas las actividades de la mente humana, una exposición universal permanente.

Así París atraía hacia sí a todos los hombres de inquietud científica del planeta. Acudían allí todos aquellos médicos que deseaban perfeccionarse: unos, a abrir sus ojos; otros, a las nuevas disciplinas de la ciencia, porque esos años fueron de una evolución fundamental en que pasó la medicina, de un arte puramente empírico y hasta supersticioso, a ciencia fundamentalmente investigadora y experimental. Entre otras, dos figuras máximas

francesas se agigantaron, en las ciencias biológicas: Claudio Bernard, eminentísimo fisiólogo,[58] y Luis Pasteur, simple químico y "genial intruso" en el hasta entonces *hortus conclusus* de la medicina.[59]

El primero había penetrado en el organismo humano para estudiar sus funciones fundamentales. El segundo había hecho conocer al mundo a esos enemigos que, ocultos en su propia pequeñez, causaban la enfermedad y la muerte. Ambos habían transitado por rutas verdaderamente científicas, basadas en la experimentación. La medicina dejó de ser un juego de azar y una superstición.

El Instituto Pasteur, que en las guías turísticas casi no figura, y está ubicado en la Rue du Docteur Roux, antes Rue Dutuas, fue construido cuando aún vivía el ilustre sabio de su nombre, gracias a fondos reunidos con donaciones, como la que hizo el zar de Rusia, agradecido por la maravillosa curación de dieciocho mujiks mordidos por un lobo rabioso, que realizó Pasteur mediante su vacuna antirrábica; y otras dádivas del pueblo francés agradecido.

Varios pabellones dedicados a diversas investigaciones se levantan en su recinto. Allí, innumerables sabios pasan su vida en busca de las causas de los males que aquejan a la humanidad y a encontrar muy poderosos medios, ya de prevenirlos, ya de combatirlos. Su labor, inmensamente humanitaria, se realiza en el silencio de los laboratorios, lejos del bullicio del mundo.

Cuando yo llegué a París, mi primer empeño fue el ingresar al curso oficial de ese Instituto. El doctor Ismael Carbo Cucalón, que había seguido el año anterior ese curso y habitaba en la misma pensión de familia que yo —Pensión Saint Martin, Rué

---

[58] Claude Bernard, biólogo teórico, médico y fisiólogo francés. Fundador de la medicina experimental (1813-1878) *(N. del E.)*.

[59] Louis Pasteur, químico y microbiólogo francés (1822-1895) a quien se debe la pasteurización, la vacuna contra la rabia y la explicación del origen microbiano de las enfermedades infecciosas *(N. del E.)*.

Leopold Robert y Boulevard Monparnasse— me dio informes sobre la manera de obtener mi matrícula para ese objeto. Se iniciaba en el mes de octubre, y mientras lo esperaba me dediqué a visitar algunos hospitales, como el Beaujon, en el servicio del gran cirujano Tuffier,[60] a quien seguí en sus visitas a las salas de enfermos y en sus magníficas operaciones quirúrgicas. Yo conocía un libro suyo de *Petite chirurgie* (Cirugía menor)[61] desde mis estudios en Cuenca.

No me avergüenzo de contar que para mí fueron una verdadera revelación esas operaciones tan amplias de cirugía abdominal, ginecológicas y torácicas que vi realizar con mano maestra a ese insigne cirujano. Era, como ya lo he citado en otros lugares de estas memorias, muy partidario de la anestesia por el éter y también de la raquianestesia (raquianestesis) en ese tiempo en que la mayor parte de los operadores de París preferían todavía cloroformo. En verdad lo digo, la concurrencia al Beaujon fue para mí como si un telón se descorriese ante mi vista, como espectáculo desconocido y magnífico. Yo sabía ya teóricamente lo que era una intervención de alta cirugía, con sus preliminares de asepsia y anestesia, su técnica propiamente dicha en el curso del acto quirúrgico todo entero y los cuidados postoperatorios. Pero veía ejecutar en un quirófano de los más perfectos a un cirujano de la talla de Tuffier y con un equipo tan adiestrado, lo que fue un espectáculo de una perfección y de una grandeza incomparables. En el mismo servicio de este cirujano, conocí a su discípulo Dujarier,[62] quien había publicado ya su obra de *Chirurgie de membres* y era, a su vez, jefe del servicio quirúrgico del Hospital Boucicaut. Me invitó a visitar su hospital y le vi trabajar con igual perfección que su ilustre maestro.

---

[60] Théodore-Marin Tuffier (1857-1929) fue un cirujano francés, pionero de la cirugía pulmonar y cardiovascular y de la anestesia raquídea *(N. del E.)*

[61] *Petite chirurgie pratique, par Th. Tuffier et P. Desfosses. París, 1903 (N. del E.)*

[62] Charles Dujarier (1870-1931), cirujano francés, inventor del vendaje epónimo para la inmovilización total del miembro superior *(N. del E.)*

Ese hospital había sido donado a la villa de París por la viuda del propietario del "Bon Marché". Era, aunque no muy grande, un establecimiento moderno y muy perfecto en esa época y uno de los poquísimos que tenían religiosas por enfermeras. En cuanto a sus preferencias de anestesia compartía las ideas de su maestro ese joven cirujano.

Los dos meses de vacaciones —agosto y septiembre— los destiné a concurrir al "Beaujon" y al "Boucicaut" asiduamente.

Cuando se inició el curso del Instituto Pasteur, al que me había inscrito, era director el doctor Roux, antiguo alumno, colaborador asiduo y hombre de confianza del sabio Pasteur.[63] Ya había descubierto el suero antidiftérico que lleva su nombre asociado al de Bhering.[64]

Tenía una fisonomía aquilina, con su nariz ganchuda y sus ojos penetrantes. Usaba constantemente gorra de terciopelo negro. Su presencia en los laboratorios en que se realizaban nuestros trabajos inspiraba respeto y afecto a la vez.

El sabio Metchnikoff era una gran figura material y científica.[65] Con su gran barba, blanquísima y crespa, que descendía hasta el pecho, sus cabellos igualmente albos y que le cubrían la nuca y bajaban hasta los hombros y sus ojos claros y límpidos como los de un niño, el sapiente anciano se atraía todas las miradas y conquistaba el aprecio de todos los alumnos. Había descubierto lo que entonces era aún una novedad: la fagocitosis; es decir la propiedad que tienen los leucocitos —o glóbulos blancos— de apoderarse de las bacterias y englobarles en su protoplasma, para digerirlas (etimología: de *fagos:* comer; *citos:*

---

[63] Émile Roux (1853-1933), médico, bacteriólogo e inmunólogo francés. Cofundador con Louis Pasteur del Instituto Pasteur, quedó de director a la muerte del sabio *(N. del E.)*.

[64] Émile Roux y Emil von Behring (1854-1917) descubrieron el método de inmunización pasiva contra la toxina diftérica durante un brote de difteria en Europa en 1880. Roux fue, como se dijo en la nota anterior, colaborador directo de Pasteur *(N. del E.)*.

[65] Iliá Ilich Méchnikov fue un microbiólogo ucraniano y francés, Premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1908. Respetamos la manera en que el autor escribe su apellido. Pasteur le acogió en su instituto y le nombró subdirector *(N. del E.)*.

célula). Así esos leucocitos desempeñan un inmenso papel en la defensa del organismo. Son guardianes celosos y eficaces. Muchísimos de ellos perecen en la demanda; pero aún en ese caso, han servido para limitar el proceso infeccioso. Los glóbulos de pus son, pues, los cadáveres de esos heroicos soldados muertos por salvar al organismo a que pertenecen.

Metchnikoff nos dio numerosas conferencias sobre aquellos problemas en los cuales era especialista, poniendo, aún en casos al parecer de pequeña importancia, gran empeño. Así, por ejemplo, en su acento extranjero que daba al francés cierto atractivo, habló del bacilo búlgaro como de un microbio benéfico y excelente para cultivarse en el intestino y combatir a microbios patógenos del tractus intestinal. El "kumir" y el "kéfir" fueron preconizados por el sabio ruso como excelentes alimentos procedentes de ese bacilo: el uno con leche de vaca y el otro con leche de yegua.

Merece especial mención algo de lo cual Metchnikoff se *ufanaba y enorgullecía infantilmente:* su pomada preventiva de la sífilis. Era una mezcla de vaselina o lanolina con calomel que él consideraba como infalible para impedir la infección por el famoso espiroquete de Schauding. Aplicaba localmente al órgano de inmediato o después de poco tiempo de las relaciones sexuales y bien distribuida en superficies y repliegues mediante un suave masaje libraba al delincuente y de un modo seguro de la contaminación avariósica. Él, que fue el primero en lograr inoculaciones positivas de sífilis al mono, comenzó ensayando en ese cuadrumano su pomada, con resultados excelentes. Después la aplicó al hombre y nos refirió casos de experimentación en sujetos que fueron intencionalmente donde sacerdotisas de Venus con lesiones infectantes de sus genitales como placas mucosas y que, después del contacto venéreo y a veces horas después, se aplicaron la famosa pomada y se liberaron de la contaminación no obstante haberse practicado algunos de esos héroes pequeños rasguños en el miembro viril. El sabio Metchnikoff se gloriaba más que de sus maravillosos descubrimientos de ser el inventor

de esa pomadita de calomel, tanto primaba en él el espíritu de un benefactor.

Cito estas dos conferencias como demostración de que ese sabio ilustre ponía tanto empeño en cosas, al parecer, baladíes. Pero en otros terrenos sus lecciones eran eminentemente admirables. Por ejemplo, cuando nos hablaba de la diaperesis, fenómeno previo que permite a los glóbulos blancos atravesar las paredes de los vasos capilares para enfrentarse con sus enemigos. Claro que esta era para nosotros una conferencia cumbre por ser él un descubridor de tan poderoso medio de defensa contra la infección, especialmente la piógena, con sus signos de la inflamación precursora: calor, rubor, tumor, dolor, debidos a la vasodilatación bocal. Mucha más admiración tuvimos cuando esa conferencia fue seguida del experimento que demostraba ante nuestros ojos el fenómeno en el mesenterio de una rama bajo el microscopio.

Ese gran sabio nos dio muchas otras conferencias todas de gran importancia, sobre temas entonces palpitantes como el índice opsónico, las cadenas laterales de Herlich, etc., el bacilo búlgaro y la lactobacilina.

El sabio Borrel[66] que nos dio conferencias muy interesantes sobre temas de microbiología, fue nuestro director inmediato, cuyo preparador —que se entendía más directamente con el grupo en que trabajaba— fue el doctor Legroux. A su vez, Borrel, después de que yo regresé al Ecuador y cuando la Alsacia y la Lorena fueron reincorporadas a Francia después del triunfo de la primera guerra sobre Alemania, había sido designado profesor de la Universidad de Estrasbourg.

Jean Nicolle, fue otro eminente sabio que, entre varias cosas, había descubierto el papel de los piojos del cuerpo en la transmisión del tifus exantemático —*pediculus vestlmenti*—.

---

[66] Amédée Borrel (1867-1936), médico y microbiólogo francés. Colaborador directo de Pasteur. Se le llama "el último discípulo de Pasteur" *(N. del E.)*.

Charles Nicolle,[67] su hermano, que hacía entonces trabajos en el África sobre enfermedades tropicales y quien, para darnos sus conferencias importantísimas, había venido a París por algún tiempo.

Marchoux, Pinoy, Dujardin, Beaumez, Besretka y otros muchos sabios, grandes investigadores que se habían hecho célebres por sus trabajos y descubrimientos. Especial mención debo dar a Laveran,[68] el famoso descubridor del hematozoario o plasmodium del paludismo, fijando así la verdadera etiología y patogenia de la hasta entonces denominada "malaria" y que atribuía al "miasma" propagado por el aire, la más extendida de las endemias del mundo. Era ya Laveran un viejecito venerable que ocupaba, no obstante su ingénita modestia, uno de los puestos más culminantes en el Instituto Pasteur.

Mr. Legroux era nuestro adiestrador directo en todos los trabajos prácticos en uno de los grupos de alumnos que se formaron desde que se inició el censo del Instituto Pasteur para la mejor docencia. Muy joven y simpático, era ya un sabio importante y nos enseñó a la perfección las técnicas microbiológicas.

En un libro de esta índole sería imposible entrar en detalles y tratar de la obra que se realizaba en ese magnífico curso. Hacerlo sería más propio de una obra didáctica y, además, ahora ya no tendría interés, puesto que esas técnicas han entrado en la práctica diaria de los laboratorios de microbiología y también en los laboratorios clínicos, sin contar otras técnicas que posteriormente han sido introducidas.

---

[67] Charles Nicolle (1866-1936), médico y microbiólogo francés, fue director del Instituto Pasteur en Túnez. Fue el descubridor del papel de los piojos en la transmisión del tifus. Recibió el premio Nobel de Medicina en 1928. Aparentemente, en el texto se deslizó un error al confundirse el trabajo de los dos hermanos.

[68] Charles Louis Alphonse de Laveran (1845-1922), médico y naturalista francés, ganó el premio Nobel de Medicina en 1907 por su descubrimiento del plasmodium del paludismo. Se había unido al Instituto Pasteur desde los años 1890, donde era director del Servicio Honorario, y donó la mitad del dinero recibido por el Nobel para establecer en el Instituto Pasteur un laboratorio de medicina tropical *(N. del E.)*.

Cada uno de los alumnos de ese curso había recibido al comienzo un equipo completo de investigación: microscopio con tres objetivos —dos a secas 7 y 5— uno de inmersión 1/12 al aceite de cedro. Cuatro oculares entre los cuales había uno compensador. Estativa con condensador de Abbe y más accesorios. Ese microscopio se compraba bajo la dirección de los mismos profesores del Instituto. El mío es un Leitz muy bueno. Una repisa de colorantes de lo más completa. Vidriería con tubos de ensayo, matraces, frascos de Erlemmeyer, placas de Petry, agujas de platino y espátula del mismo metal, pipetas graduadas, papel filtro y papel Chardin, etc., etc. Diversos materiales para fabricar los medios de cultivo, como gelatina, agar-agar, etc.

A cada alumno le fue señalado un espacio en las amplias mesas destinadas al trabajo, con su lámpara para iluminación, un mechero de Bunsen, su lamparita de alcohol, etc. Así mismo, se nos proveyó de gran cantidad de tubos de vidrio para la fabricación de pipetas, que son tan necesarias.

Sería ímproba labor relatar todo lo que se nos enseñó en ese curso del instituto y no creo del caso relatarlo. Básteme decir que toda la técnica bacteriológica y microbiológica nos fue transmitida a perfección. Después de las magistrales conferencias de esos príncipes de la ciencia, los trabajos prácticos nos eran enseñados hasta que lleguemos a la perfección técnica. Un alumno de ese curso del Instituto Pasteur salía perfecto laboratorista.

¡Y qué bien tan grande ha hecho ese instituto al mundo! Cómo concurren a él y lo siguen gentes de todos los países de la tierra; gentes de los cuatro puntos cardinales, de todas las razas, de todos los idiomas y regiones. Ha sido y es un foco que irradia la luz de la ciencia a todos los continentes y naciones. Había en aquel curso que yo seguí: escandinavos, eslavos, anglosajones, hindúes, japoneses, filipinos, mexicanos, argentinos, uruguayos, rumanos, serbios, griegos, finlandeses, siameses, chinos, árabes, egipcios y tres ecuatorianos, etc., etc.; en fin, de todos los tipos étnicos y de todos los matices y pigmentos. También concurría un sacerdote católico que venía desde

el Asia, en donde era misionero y, a la vez que adoctrinaba y administraba los sacramentos, hacía también gran beneficio como médico gratuito y celoso entre sus catecúmenos y aún los infieles, sirviéndole eso como un gran medio de atraer nuevos hombres a la religión.

Había también varias damas: una rumana, una griega, una canadiense y una argentina: ésta se hallaba encinta y concurría junto con su marido, notable médico de Buenos Aires.

En el Instituto Pasteur no solo nos enseñaron bacteriología, sino también parasitología microscópica; así como la micología, que ya era altamente científica gracias a los estudios de Sabureaud y a sus medios de cultivo, que nos eran enseñados por su propio inventor.[69]

Complementariamente se nos enseñó también la técnica histológica, muy necesaria para estudiar en los tejidos infestados las bacterias y los parásitos.

Varias excursiones hicimos con algunos profesores del Instituto. Una de ellas era para buscar mosquitos vectores de gérmenes en un bello lugar vecino a París, le Château de la Reine Blanche.[70] Otra fue a Lille para visitar el Instituto Pasteur de esa ciudad. Allí tuve el honor y el agrado de conocer al profesor Calmette, que fue otro de los discípulos de Pasteur.[71] Se dedicaba entonces a descubrir y preparar sueros antiponzoñosos, como antivipéridos, que eran su descubrimiento y resultaron sumamente

---

[69] Raymond Jacques Adrien Sabouraud (Nantes, 1864-París, 1938), médico francés especializado en dermatología y micología. Inventó un método diferencial para el cultivo de hongos con un medio de bajo pH y elevada concentración de azúcar. Este medio es llamado *ágar glucosado de Sabouraud* en su honor. Se hizo famoso por su conocimiento sobre enfermedades del cuero cabelludo, a su clínica acudían pacientes de todo el mundo atraídos por su fama en este campo. Fue coautor de una enciclopedia de ocho volúmenes titulada *Nouvelle Pratique Dermatologique (N. del E.)*.

[70] El Castillo de la Reina Blanca, en el distrito 13 de París, data del siglo XIII. Esta residencia, a dos pasos de la Manufacture des Gobelins, es una antigua casa solariega real, construida por la viuda de san Luis, rey de Francia, la reina Margarita de Provenza *(N. del E.)*.

[71] Léon Charles Albert Calmette (Niza,1863-París, 1933) médico, micólogo, bacteriólogo e inmunólogo francés, e importante miembro del Instituto Pasteur *(N. del E.)*.

eficaces contra las mordeduras de diversas especies de víboras y las picaduras de otros animales ponzoñosos. Había en ese Instituto un gran serpentario en cuyas jaulas se veían serpientes de todas las especies venenosas conocidas, cuya ponzoña se obtenía arrojando a esos ofidios, que habían sido mantenidos en prolongado ayuno, pedazos de algodón estéril. Esas serpientes, al clavar en ellos sus caninos, les inoculaban su veneno, que después era extraído de esos algodones y en diluciones más o menos extendidas eran inoculados, previa atenuación, al principio, a los caballos destinados a ser inmunizados y a proveer después del suero antivipérido de diversas clases; ya contra las ponzoñas neurotropas, ya contra las hematotropas ya, en fin, sueros mixtos que tenían ambas propiedades.

Fue Calmette el primero en llegar al éxito en esa materia. Después se fundó en el Brasil el Instituto Butcantam, destinado especialmente a la elaboración de aquellos sueros.

Calmette es también el descubridor, junto con Camille Guérin, del B.C.G. —Bacilo Calmette- Guérin—, una forma atenuada del *Mycobacterium bovis,* que hoy —casi universalmente admitido como vacuna— está realizando la inmensa y admirable labor de preservar a los niños y, en consecuencia, a la humanidad, del terrible flagelo de la tuberculosis. Me parece que cuando le visitamos en Lille había ya comenzado sus experimentos con el bacilo bovino para adaptarlo a la vida humana, habiéndole previamente atenuado por muchísimos pasos sucesivos hasta volverlo inocuo, pero logrando que conserve su poder inmunizante.

La B.C.G. ha provocado ásperos desacuerdos en los medios científicos. Se le ha acusado de efectos nocivos y hasta mortíferos. —El caso de Alemania conviene citar— Todavía hay espíritus reaccionarios que la combaten tenazmente por un capricho inexplicable tal vez, o por aquello de aferrarse a lo que una vez sostuvieran y no querer cantar la palinodia. Mas ante las estadísticas, ¿quién puede levantarse? Y si ellas demuestran la notable eficacia inmunizante de esa vacuna, todo lo que digan esos "ma-

gísteres" debe ser despreciado y archivado.[72] Calmette, algunos años después de mi regreso al Ecuador, pasó a ser, el director del Instituto Pasteur de París, al fallecimiento de monsieur Roux (le *Docteur Roux,* como se le nombra en los medios adictos a la Facultad de Medicina de París, tan celosa de guardar ella sola el derecho de conferir títulos de *Profeseur*).

Debo rendir en este capítulo un homenaje a mi amado padre doctor Emiliano S. Crespo Astudillo, pues al hablar de los sueros antivenenosos descubiertos por Calmette, he recordado un "tratamiento" muy eficaz de las "mordeduras de víboras" que mi padre inventara y describiera en un folleto que lleva ese título.

En la zona sur de la provincia del Guayas y especialmente en Balao, Naranjal, etc. hay dos especies de víboras muy ponzoñosas: son la "equis rabo de hueso", muy pequeña, y la otra "equis". De estas, la primera es la más peligrosa por lo tóxico de su ponzoña; no pasa tal vez de treinta a treinta y cinco centímetros. Los efectos de su mordedura son más graves que los de la otra. Se producen en el individuo mordido por ella hemorragias múltiples muy graves por todos los lados vulnerables del organismo afectado, como las encías inflamadas, las cicatrices gingivales de extracciones anteriores, a veces epistaxis y hemorragias oculares, etc. También se forman grandes hematomas subcutáneos.

Yo supongo que, además de una gran fragilidad vascular, ese veneno es también hemolítico. La terminación habitual de un caso no tratado convenientemente o mal tratado es la muerte.

Mi padre había visto y atendido gran número de esos pacientes que arrojaban sangre por la boca, procedente, a veces, de las encías inflamadas que presentaban enormes hematomas subcutáneos en los miembros o la pared del abdomen, que arrojaban

---

[72] El propio Pasteur fue atacado, e incluso insultado, por quienes se oponían a las vacunas. Ciento cincuenta años después, el mundo volvió a ver la oposición a las vacunas (incluso de mandatarios en ejercicio como el de Estados Unidos, Donald Trump, y el de Brasil, Jair Bolsonaro), a pesar de que estas permitieron disminuir de manera radical la mortalidad del virus SARS-CoV-2 y controlar la pandemia por Covid-19 *(N. del E.)*.

sangre por las narices, etc.

La primera medida, inmediatamente después de la mordedura, era la de cauterizar al hierro rojo o incandescente la herida producida por los dientes de la víbora. También llevaban los trabajadores del campo una barrita de lacre que derretían a fuego y hacían que sus gotas fundidas cayeran en la herida. Por fin hubo un valeroso sujeto que mordido en el dedo gordo del pie se lo voló de un machetazo, eliminando así, con ese método, todo el veneno inoculado por la serpiente.

Pero el medicamento que mi señor padre instituyó era una mezcla de vino tinto de mesa —vino burdeos— con alcohol etílico en la proporción de 3 a 1; es decir, tres cuartos de botella de vino por un cuarto de alcohol, más 15 c.c. de percloruro de hierro líquido, que hacía tomar al enfermo a grandes tragos hasta conseguir una embriaguez profunda.

Yo llegué a emplear igual medicación como mi padre cuando le reemplacé en Balao y él partió para Guayaquil a tomar un descanso. Los éxitos fueron constantes, aun cuando ya la intoxicación se hallaba bastante avanzada.

Puede decirse que esa medicación era de un efecto curativo infalible; sobre todo, cuando el momento de comenzar a aplicarla no era muy lejano del momento del accidente.

Como se ve, el paciente se hallaba ya con síntomas de grave intoxicación cuando se empleaba el tratamiento, sin embargo, sanaba casi siempre.

Esa medicación fue adoptada por muchos médicos rurales por su excelente resultado.

Al curso del Instituto Pasteur asistimos cuatro ecuatorianos, los tres por primera vez y el cuarto por segunda, pues el año anterior también lo había seguido, era el doctor Ismael Carbo Cucalón, guayaquileño. Los otros tres éramos el doctor Francisco Boloña, igualmente porteño, el doctor José Miguel Ortega, y yo, cuencanos. Obtuvimos todos gran provecho, pues sabíamos muy bien todas las técnicas microbiológicas.

Yo conocí allí a muchos otros hispanoamericanos, entre los

cuales fue el doctor Miguel Jiménez López, colombiano, uno de mis mejores amigos.[73] Hombre de fisonomía tétrica, muy enjuto de carnes, muy moreno de piel, parecía muy reconcentrado. Muy inteligente, pero de pocas palabras. A su retorno a su patria, figuró mucho en la política y llegó a ser ministro de Gobierno de Reyes. Había varios otros colombianos, como un doctor Forero, un doctor Páez, doctor Uribe, y otros más, incluso un hermano de Jiménez López.[74]

Un venezolano muy amigo mío y del paisano Ortega fue el doctor Dino Pou, que después había llegado a culminar en su patria en biología hasta determinar ciertas especies de parásitos animales, a los cuales se les dio su nombre. Dada la afluencia de médicos y demás profesionales en aquellas ciencias anexas, como veterinaria, farmacia, laboratorio, que acuden de todo el mundo a los cursos anuales del Instituto Pasteur, ya se puede deducir el inmenso beneficio de esa institución que irradia su saber a todos los continentes y a todas las naciones.

Su sabio e ilustre fundador, no solo en los descubrimientos que realizó en su vida y que son de un valor inapreciable, puesto que arrancaron el oscuro velo que ocultaba ese maligno reino de los infinitamente pequeños enemigos de la especie humana, enseñándonos, además, eficaces modos de combatirlos; sino que, en la marcha del tiempo se prolonga su actividad benéfica en ese Instituto y varios otros que llevan su nombre y sus métodos. Puede decirse que Pasteur vive en espíritu y vela por la salud de la humanidad desde esos laboratorios siempre activos y vigilantes; para mí es simbólica esa presencia del sabio cuyo sarcófago reposa en un sótano del Instituto. Una cámara modesta tapizada de mosaicos; un túmulo bello pero sin ostentación, una lámpara

---

[73] Miguel Jiménez López (Paipa, 1875-Bogotá, 1955), médico y político colombiano. Fue dirigente conservador y ministro de Gobierno de los presidentes Jorge Holguín y Pedro Nel Ospina. También fue senador, presidente del Senado y embajador en Alemania *(N. del E.)*.

[74] El hermano médico de Miguel fue Celso Jiménez López. Los dos hicieron juntos la carrera en la Universidad Nacional y ambos fueron a París entre 1908 y 1912 *(N. del E.)*.

votiva que se quema día y noche. Eso es todo.

En el centenario del Instituto, yo tomé la palabra en la sesión solemne que la Facultad de Ciencias Médicas y la Universidad de Cuenca celebraron en su honor. Es comprensible la emoción con que hice el panegírico del más grande benefactor de la humanidad: en uno de los acápites de esa conferencia que dictaba como profesor de esa Facultad, hice un paralelo sobre la tumba de Pasteur, genio de la salud, y la tumba de Napoleón, en Los Inválidos, genio de la guerra: mientras el uno ocupa un sótano de su propio instituto y se halla rodeado por los laboratorios que trabajan por el bien de la especie; el otro, dentro de mármol suntuoso y de brillantes cúpulas, se rodea de generales y mariscales, todos ellos inspirados de furor bélico y, un poco más allá, arrastran sus cuerpos medio destrozados, los inválidos de las guerras de los siglos que han transcurrido desde Waterloo. Ambos son genios de Francia, los dos han hecho brillar el nombre de la nación gala y lo han grabado con caracteres imborrables en los fastos de la historia, pero el uno es más conocido y honrado por las gentes que ningún beneficio recibieron de él; mientras el otro permanece para muchos, desconocido u olvidado, no obstante deberle tal vez la vida y la salud.

Guardo para Luis Pasteur respeto y veneración, pues conozco su obra de consecuencias ilimitadas y que en sus proyecciones va abriendo un ángulo como un gran haz de luz que, mientras más se aleja de su foco de irradiación, más se ensancha y más abarca.

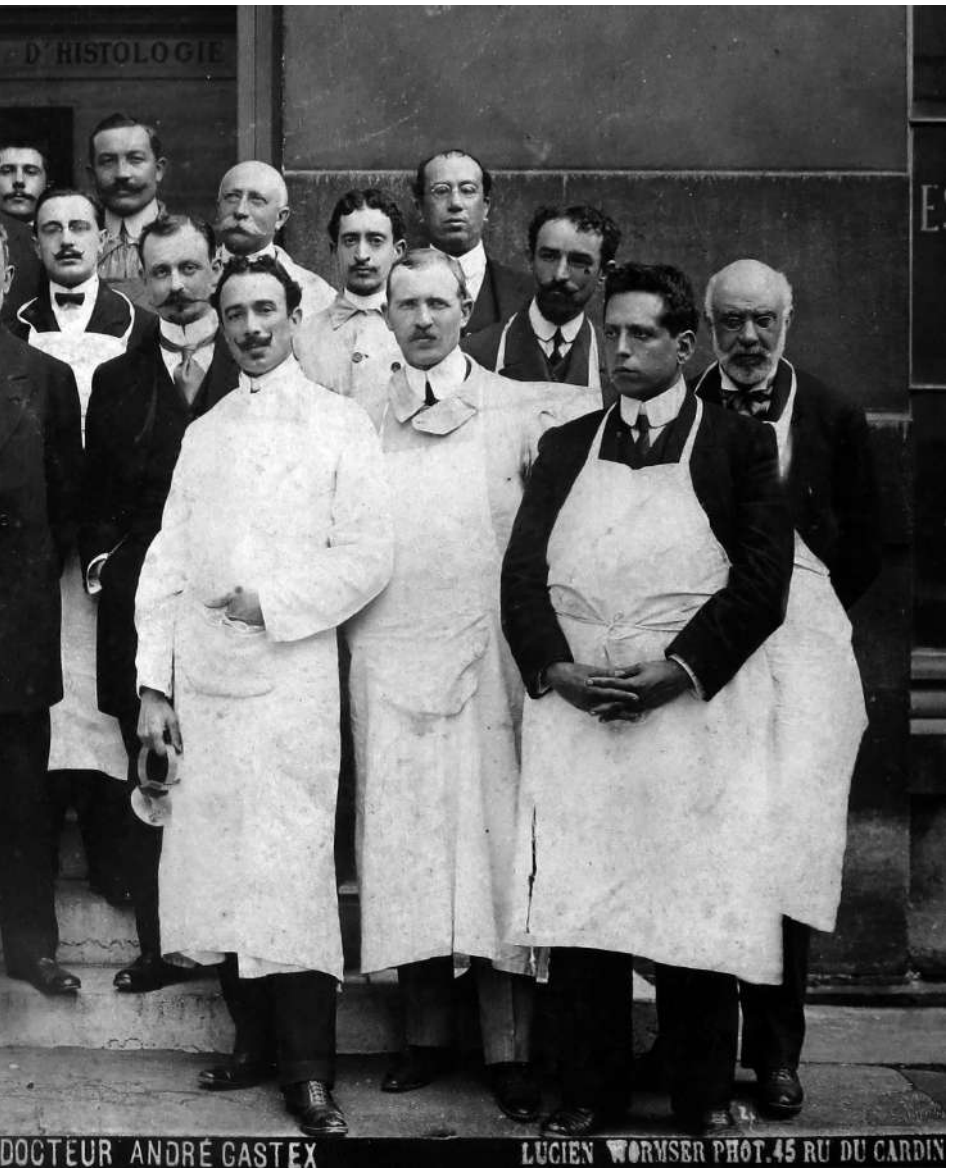
Dejo con pena este tema para pasar a otros; pero antes debo recordar que yo, al ingresar al Instituto Pasteur, llevé solo el deseo de conocer a fondo la microbiología como anexo indispensable para toda otra especialidad médica. No es concebible un cirujano que ignore la bacteriología. Mi principal objetivo, como ahora se dice, era la cirugía, mas, por ese innato y profundo anhelo de saber y saber, juzgué que el estudio de la ciencia microbiológica era para mí indispensable. Provisto del diploma respectivo, salí del Instituto Pasteur dejando en él mi admiración y mi agradecimiento, como se verá después, ese mismo entusias-

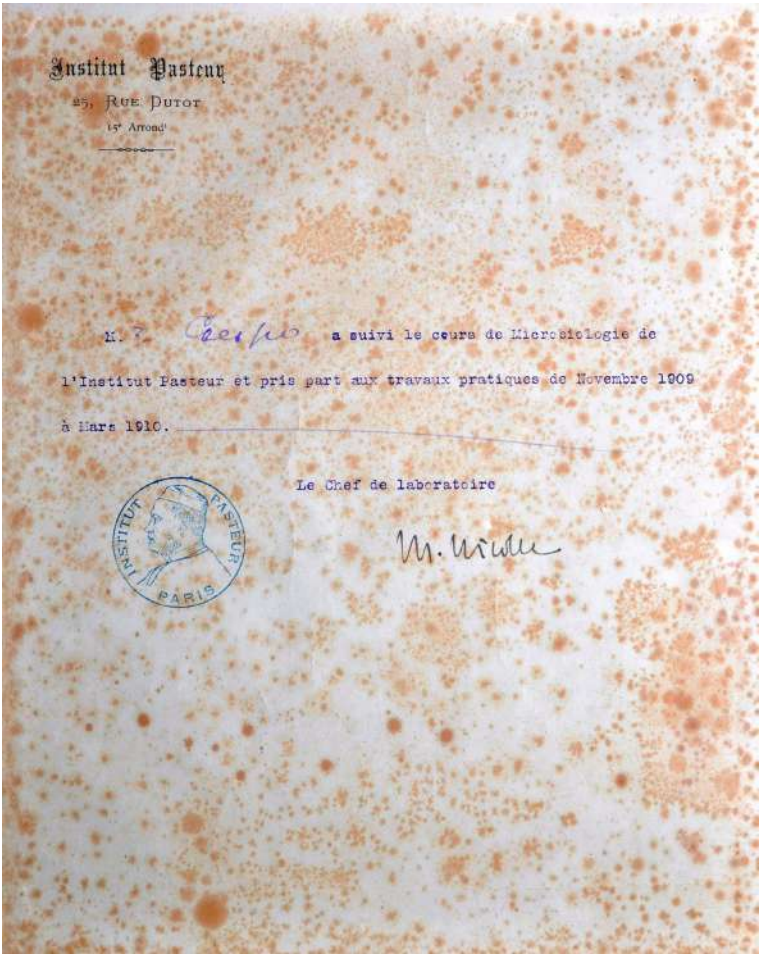
mo por las ciencias microscópicas me obligó a matricularme en el *Curso de Medicina Colonial,* en donde me encontré con otra pléyade de sabios.

Los estudios del laboratorio en los dos institutos me sirvieron mucho. En la Facultad de Medicina de Cuenca, tuve que ejercer como materia super numeraria, la cátedra de bacteriología y parasitología durante dos años y tuve la satisfacción de que allí salieron dos buenos bacteriólogos: Manuel Malo Crespo y Luis E. Jaramillo. El primero ya graduado de doctor en medicina, fue nombrado profesor de aquellas materias que las enseñó con lucimiento durante algunos años. La muerte cortó el hilo de esa tan fructífera existencia. Malo murió víctima de tifus exantemático, como mártir de la ciencia, pues fue contagiado mientras hacía investigaciones en enfermos de ese terrible mal. El laboratorio de bacteriología y microbiología de la Facultad de Ciencias Médicas de Cuenca lleva su nombre, como homenaje a su sacrificio y competencia. Siendo mi cátedra la de clínica quirúrgica, clínica urológica y ortopédica, fue solo mi trabajo suplementario el de la cátedra de parasitología y bacteriología. Sin embargo, allí y también en mi laboratorio particular, constaté por primera vez la existencia en el Azuay de varios parásitos intestinales hasta entonces no conocidos. Hablaré oportunamente de este punto.



Retrato grupal en la especialidad de Otorinolaringología, curso del afamado doctor André Castex en la Facultad de Medicina de la Universidad de París. El doctor Emiliano Crespo aparece segundo desde la izquierda. Foto de Lucien Wormser, junio de 1911. (Colección privada)


D' HISTOLOGIE
DOCTEUR ANDRÉ GASTEX
LUCIEN WORMSER PHOT. 45 RU DU CARDIN



Institut Pasteur

25, Rue Dutor

15e Arrond.

M. [illegible] Crespo a suivi le cours de Microbiologie de l'Institut Pasteur et pris part aux travaux pratiques de Novembre 1909 à Mars 1910.

Le Chef de laboratoire

M. Nicolle

INSTITUT PASTEUR PARIS

Certificado firmado por el doctor Nicole (futuro Premio Nobel de Medicina) del curso de Microbiología que siguió el doctor Crespo en el Instituto Pasteur y de los trabajos prácticos que realizó en su laboratorio de noviembre de 1909 a marzo de 1910

CAPÍTULO II

MIS ESTUDIOS DE ANATOMÍA TOPOGRÁFICA Y DISECCIÓN EN L'ÉCOLE PRATIQUE

El profesor Poirier y su ayudante Rouviere. —Trabajo de disección con mi compañero el doctor Ortega. —Deficiencias en la enseñanza de anatomía y disección en Cuenca por la mala conservación de los cadáveres. —Cursos de técnica operatoria con el profesor Lecene. —Los "casos" del abdomen o del tórax. — Un colega sefardita en nuestra práctica de disección. — Hacia la gran federación hispánica.

Cuando terminamos el curso del Instituto Pasteur, emprendí yo en el estudio de anatomía topográfica y disección, que son tan necesarias para la cirugía. Trabajé en los laboratorios de la Ecole Pratique; era profesor entonces Mr. Poirier y nuestro inmediato docente el profesor agregado Rouviers. Varias horas trabajamos en los cadáveres muy bien preparados mediante la infusión por la carótida de una solución de formaldehido y glicerina.

Los *"macabee"* como se designaba en el argot estudiantil a los cadáveres de nuestros prójimos que tanto más servían para nuestro perfecto conocimiento del organismo en que tendríamos que actuar "in vivo", estaban almacenados como simple mercancía en unos anaqueles con celdas individuales. Ellos se hallaban bien forrados de lienzo y su precio era muy pequeño: el *garçon* nos los expendía según nuestros pedidos: *homme, femme, enfant malle ou femelle.* Abría las costuras de su forro y les tendía en las mesas de disección, con tableros de pizarra.

En extensísimos salones se veían esas mesas con sus respectivos *"macabees"*. Simulaban un enorme cementerio cuyos mausoleos llevaban sobre sus piedras funerarias las estatuas yacentes de sus respectivos muertos.

Varias horas pasábamos dedicados a las prolijas disecciones.

Ordinariamente éramos cinco los que estudiábamos un cadáver: uno, cabeza, cara y cuello; dos se entendían cada uno con un miembro superior y la mitad del tórax y, los otros dos, con los miembros inferiores, abdomen y pelvis. Este orden de distribución no era, sin embargo, fijo, pues había casos en que un alumno necesitaba trabajar en una región completa, por ejemplo, el tórax, el abdomen y la pelvis.

Nosotros, los que creemos en la inmortalidad del alma, trabajábamos con respeto en esos despojos mortales de seres que nos veían desde el más allá y nunca hacíamos mofa de sus cuerpos inertes, que nos estaban sirviendo para la adquisición de la ciencia humanitaria. Los dos cuencanos, Ortega y yo, trabajábamos casi siempre en un mismo cadáver.

Nuestros conocimientos en anatomía humana habían sido puramente teóricos y adquiridos a través de la obra de Fort, que era el texto oficial en nuestra facultad de Cuenca. El motivo de esto era que no se empleaban entonces en Cuenca el formol y le glicerina para la preparación del cadáver. Se usaba un método para conservar absurdo: se comenzaba por hacer pasar por el sistema vascular del muerto una gran cantidad de agua pura bajo presión, con el objeto de lavar todo ese aparato cardiovascular; luego se inyectaba una solución de hipersulfato de sodio como conservador.

El resultado era obvio: el agua de la famosa "hidrotomía", impregnaba los tejidos e impedía que la solución conservadora llegara a ellos y los emparara. Además, el hiposulfato no tiene, que yo sepa, poder alguno conservador de tejidos. Resultado: que el cadáver mejor preparado estaba en putrefacción en dos o tres días y, por consiguiente, ninguna disección perfecta podía realizarse.

Nuestra anatomía adolecía de teórica. No obstante haber tenido excelente profesor que se sabía la anatomía de memoria, los conocimientos adquiridos por mí en la facultad de Cuenca fueron deficientes, en parte porque, cuando yo ingresé al estudio de medicina, hubo en ese año cuatro o cinco profesores de esa materia que se sucedieron en la cátedra; fue un tiempo de graves

trastornos políticos y se quería favorecer no al más competente, sino al más adicto y "palanqueador".

Solo desde el mes de abril de ese año tuvimos un buen profesor que fue el doctor Ignacio Malo, quien hizo todo lo que pudo para enseñarnos esa difícil ciencia. Era, pues, indispensable que yo estudiase detenidamente esa materia fundamental para una buena cirugía y así lo hice con gran empeño y detenimiento.

Una vez que hube satisfecho esa necesidad, seguí cursos de técnica operatoria en el cadáver, en los laboratorios o gabinetes de la materia de la Facultad de Medicina que se hallaba bajo la dirección del profesor Lecene, joven cirujano y autor de varios libros, entre otros uno de "Medicina operatoria general".[75]

Mas para seguir esos cursos compré los tomos de la colección que constaban de "Cirugía general y de urgencia", "Cirugía del miembro inferior", "Cirugía del tórax", "Cirugía de la cabeza y cuello", "Cirugía abdominal", "Cirugía urológica" y "Cirugía ginecológica".

Nuestro estudio práctico de técnica operatoria en el cadáver se prosiguió constante hasta agotar todas las regiones y, por consiguiente, todas las especialidades de la cirugía. Parece que ese trabajo en el muerto no tuviera gran importancia; sin embargo, mediante ese adiestramiento, se aprende mucho. En primer lugar, un correcto manejo de instrumental quirúrgico; en segundo, conocer (o mejor dicho recordar) todos los planos que el bisturí debe recorrer en el acto operatorio, la línea de disección que debe seguir la cuchilla para llegar del modo más seguro al órgano objetivo de ese acto y, sobre todo, para ver todos los órganos que se hallan cercanos al trayecto de nuestra intervención y que deben ser evitados cuidadosamente. Ejercicio sumamente útil y necesario es el de esa técnica quirúrgica en el cadáver. Yo me asombro al ver a ciertos operadores que jamás estudiaron disección, anatomía topográfica, técnica operatoria, aventurarse en el organismo

[75] P. Lecene, *Manual de Medicina Operatoria* (Barcelona, Salvat, 1901) *(N. del E.)*.

humano, con tanta arrogancia y despreocupación. Verdaderos cosacos del abdomen o del tórax, esos individuos solo por casualidad lograrán hacer buenas operaciones. Asimismo, es frecuente verles cometer terribles faltas, atacando a órganos o vísceras importantes que nada tenían que ver con la afección o lesión a tratar. Sección de un nervio de importancia vital como el recurrente en una operación de bocio; sección o hasta ablación de parte de la vejiga urinaria en el caso de una histerectomía abdominal, especialmente sección de un uréter en la histerectomía total, causando males irreparables o hasta la muerte del paciente.

En lo que respecta a la parte anatómica de una intervención quirúrgica, el trabajo en el cadáver tiene una importancia fundamental. Pero, en lo relativo al buen desempeño técnico de la intervención, es muy útil realizar ejercicios de medicina operatoria en animales, pues se puede ver el éxito por la supervivencia y el buen funcionamiento orgánico del animal que fue objeto de ella. Pero no hay mejor ejercicio, sin que se deba menospreciar a los enumerados, que el trabajo de ayudante junto a un buen cirujano, cuyas enseñanzas en el curso mismo del acto operatorio van insertándose, por decirlo así, en nuestra mente y cuyos pequeños trucos, resultado de su práctica, se adoptan. Feliz aquel joven aspirante o cirujano que logra ser aceptado como ayudante por algún eminente profesional, porque él será su sucesor en la ciencia y en una impecable técnica, así como en ese sentido clínico que es tal vez más fundamental que todos los demás.

He aquí algo que nada tiene que ver con la anatomía y técnica operatoria. Disecábamos un día un cadáver cinco estudiantes. Conversaba yo en español con mi colega paisano doctor Ortega. De improviso tomó parte en esa charla uno de los que disecaba junto con nosotros. Su español era correcto pero su vocabulario adolecía de arcaísmos frecuentes. Asombrados por esa intervención tan singular, interrogamos a ese nuevo interlocutor sobre su raza y procedencia. Entonces él nos relató que era judío sefardita, de aquellos que habitaban en Salónica. Sus remotos antepasados fueron expulsados de España por los Reyes Católicos Fernando

e Isabel. Se dispersaron por varios lugares de Europa y sus descendientes conservan religiosamente ese idioma tan amado, tanto por la afección profunda que por él tienen, porque lo guardan para hablar entre ellos, en el seno de la familia y en la sociedad de israelitas que habita en cada ciudad. Para nosotros tuvo gran interés esa revelación, pues es grato que nuestro caro lenguaje tan sonoro, tan rico y tan expresivo, no solo se hable en España, nuestra madre patria y en todas las naciones hispanoamericanas, desde México hasta el estrecho de Magallanes y en las islas del mar Caribe así como las Filipinas, sino también en otros lugares y ciudades del mundo, como la misma Salónica, Estambul (Constantinopla), etc.

Aquí cupiera otra digresión muy importante: estamos presenciando que muchas "grandes potencias", como Inglaterra, Francia, Alemania, etc., han descendido en el cuadro mundial ante el desarrollo de otras pocas que han llegado a ser "superpotencias" por poseer muchos centenares de millones de habitantes y enormes extensiones de territorio: tales, Estados Unidos de América, la Rusia soviética y la China comunista. Ya las otras no pesan en el balance de la gran política internacional. Lo vimos en el ataque de Francia y Gran Bretaña al Canal de Suez, en donde fueron lamentablemente desautorizadas por Estados Unidos y la misma ONU. Ante tan significativa como lamentable situación de inferioridad, Raymond Cartier[76] se interrogó: "¿ Qué nos queda por hacer? ¿Convencernos de nuestra pequeñez y atarnos tal vez al Comunismo? ¿Resignarnos a ser un nuevo juguete de esas grandes naciones aún con peligro de perder nuestra autonomía y nuestra personalidad de naciones civilizadas?" Y él mismo se dio la respuesta: "Tenemos que ir a la Unidad Europea, formando así una gran potencia que pueda enfrentarse con las otras".

Si esa fórmula se presenta como única salvadora de países que difieren entre sí por raza, idioma y religión, ¿no sería mucho más

[76] Raymond Cartier (1904-1975), escritor y periodista francés *(N. del E.)*.

factible y conveniente construir una Gran Federación Hispánica, con España y todas las hijas del otro lado del Atlántico? Sangre, religión e idioma son tres factores fundamentales que favorecen esa inmensa confederación. Y entonces una superpotencia con más de trescientos millones de habitantes, con extensísimos territorios y recursos naturales, surgiría fuerte y poderosa y podría enfrentarse con cualquiera otra de esas naciones gigantes. Pero esa fusión hispanoamericana debía ser inmediata, antes de que el comunismo haga presa de estos países jóvenes y los esclavice definitivamente.

Pero debo volver a mi relato.

CAPÍTULO III

ESTUDIOS EN EL HÔTEL DIEU, EL HOSPITAL DES ENFANTS MALADES, EL HOSPITAL SAINT ANTOINE Y LA CLINIQUE BAUDELOCQUE

El eminente profesor Paul Reclus y sus técnicas de anestesia. —Los cirujanos Kirmisson y Broca. — El doctor Sabanant. —El pediatra Marian. —El clínico Dieulafoy. —La lección inaugural del profesor Vidal. —El cirujano Hartmann. —El profesor Lejars. —El profesor Maltuev y su asistente Roux. —Trabajo de laboratorio con los doctores Taillandier y Goiffon.

Simultáneamente, yo dedicaba las mañanas en que no había trabajo en el Instituto Pasteur, a los hospitales, de los cuales hablaré "in extenso".

Antes de referir mis prácticas en el Hospital "Broca" y en el "Necker", que tendrán sus capítulos especiales, hablaré de otro establecimiento de igual índole al que concurrí también en busca de determinados conocimientos.

En el venerable "Hôtel Dieu", tenía un servicio el eminente profesor Paul Reclus.[77] Ese viejecito ilustre, además de su enorme labor quirúrgica en cirugía general, había puesto especial empeño en el empleo y difusión de la anestesia local. Yo concurrí a su servicio, para verle actuar, escuchar sus lecciones y adquirir su técnica en esa forma de anestesia. Sus enseñanzas eran tan precisas, que no puedo pasar sin relatarlas. Empleaba él una solución de la fórmula siguiente: suero fisiológico de Hayen 100,00,

[77] Jean-Jacques Paul Reclus (1847-1914), cirujano francés, doctorado en la Universidad de París en 1876 a la que entró como profesor adjunto en 1880 y ascendió a titular en 1895. Fue miembro de la Academia Francesa de Medicina. Dentro de su destacada actividad como cirujano, promulgó el uso de la anestesia local, para lo cual utilizó varios productos, entre ellos la cocaína *(N. del E.)*.

novocaína 0 grados 50 centígrados, solución de adrenalina al 1% 20 gotas. El profesor nos repetía para mejor fijarla en nuestra memoria: *cent, cinquente, vent, et cinque*. Esa solución al medio por ciento empleaba constantemente.

Su técnica de aplicación era muy prolija, pues comenzaba por hacer un botón intradérmico en uno de los extremos de la futura incisión, que era lo único que sentía el enfermo. De allí seguía infiltrando intradérmicamente todo el trayecto y cada nueva picadura de la aguja se hacía en el campo ya anestesiado. Después practicaba, asimismo una infiltración del tejido celular subcutáneo y luego un tercer plano aponeurótico y muscular. De ese modo, la operación se realizaba sin producir dolor al paciente. Esa técnica, lo repetimos, era estrictamente local en cuanto a la anestesia y en cuanto al corte. Para eso aconsejaba hacer la infiltración en una extensión mayor que la futura incisión.

Hay otro procedimiento de mayor y más eficaz aplicación y que consiste en limitar un área de anestesia; haciendo la infiltración de los lados de un polígono (rombo), cuadrado, hexágono, etc.), en cuyo interior se realizaba la intervención. En ese caso, está aconsejado practicar botones dérmicos en cada uno de los ángulos de ese polígono y por ellos introducir la aguja e infiltrar subcutáneamente cada uno de esos lados. No es el caso describir con detalle esa técnica, muy conocida ahora.

Solo haré notar que yo la he modificado en un solo punto y que consiste en hacer por un botón la infiltración subcutánea y sin sacar la aguja, impulsarle más bien como para salir por la piel y al llegar a la dermis practicar, de dentro a fuera, un buen botón dérmico. En ese botón se pinchará nuevamente desde afuera para continuar la limitación del polígono. Así el paciente solo experimenta el primer pinchazo de la aguja y no otro. Desde los lados y los vértices del polígono anestésico cutáneo así obtenido, se inyecta hacia la profundidad la solución en todos los puntos y así se obtiene un campo amplio y perfecto para realizar la operación.

El profesor Reclus nos enseñaba también ciertas técnicas de anestesia local que deben aplicarse a regiones especiales en

las que no es suficiente ese método general. No creo del caso indicar la forma de aplicación de la anestesia local a la región ano-rectal para intervenciones que requieren la dilatación previa del esfínter anal. Solo hablaré de sus excelentes resultados, que permiten evitar la anestesia general con sus reales peligros en casos semejantes. En efecto, como el esfínter se halla inervado por un riquísimo plexo nervioso, su dilatación, bajo una anestesie incompleta, resulta sumamente peligrosa; pues, en esas condiciones, la dilatación es el punto de partida de un reflejo frenador del corazón, produciéndose el síncope cardíaco más grave.

La anestesia general más completa era la de cloroformo, que es, indudablemente, la más peligrosa; por cuanto la dosis de relajación muscular se halla inmediatamente cercana a la dosis tóxica. Si la anestesia general es insuficiente para la relajación muscular, hay el peligro del síncope al practicar la dilatación forzada del esfínter.

Si, por el contrario, se quiere la completa relajación, hay el peligro de excederse y causar la muerte por intoxicación de los centros bulbares. Ninguno de esos inconvenientes se observa en la anestesia local, que, bien aplicada, permite practicar la dilatación forzada más completa. El paciente está tranquilo y perfectamente consciente. No experimenta el menor dolor ni la menor molestia. Yo he ordenado darle un periódico, para su lectura, y durante todo el acto quirúrgico, el enfermo lo ha leído muy tranquilamente.

Convencido de la inocuidad y de la eficacia de la anestesia local, yo he dado conferencias en algunos centros médicos de mi patria. Para cumplir con una disposición reglamentaria de la Sociedad Médico Quirúrgica del Guayas, presenté, sobre ese tema, mi trabajo inaugural. Así he encarecido el empleo de esa anestesia que, siendo tan eficaz y tan inocua, libra al paciente del síncope y de la muerte y al cirujano de un fracaso ruidoso, que puede repercutir de un modo funesto sobre su prestigio y ahuyentarle clientela. Esa anestesia está indicada en todas las afecciones cuyo tratamiento quirúrgico exige la dilatación previa del esfínter anal: fisuras anales, hemorroides, prolapsos rectales, fístulas ano-rectales, ciertos cuerpos extraños del recto. Esta gama bas-

tante extensa de lesiones presenta siempre casos para el cirujano y poseer la técnica de la anestesia local es tener en la mano un excelente coadyuvante para obtener siempre el éxito más completo. No creo del caso describir en este libro, que no se halla destinado a la docencia, el método de la anestesia local de esa región y remito a mis lectores médicos o estudiantes a mis trabajos publicados en la revista de la Facultad de Medicina de Cuenca.

Como hemos visto, la solución preconizada por el profesor Reclus era del medio por ciento. Esa concentración es suficiente para toda intervención, siempre que se la emplea con método y paciencia suficientes para esperar que llegue a su pleno efecto. Muchas veces la precipitación en comenzar a intervenir es causa de que el enfermo sienta todo el dolor que se quiere evitarle. Así, no debe escindirse la piel sino unos cinco minutos después de haber infiltrado todos los planos. Hay ocasiones en que, después de una intervención muy dolorosa, el enfermo empieza a sentir en los últimos puntos de sutura y es porque hemos procedido con demasiada precipitación.

Las soluciones más fuertes solo deben emplearse para bloquear nervios adherentes al campo operatorio y es la del dos por ciento en esos casos. Por eso pertenece ya a la anestesia regional.

Siento haber entrado en tantos detalles sobre la anestesia local, que me ha sugerido el recuerdo del ilustre maestro Reclus y creo del caso aclarar que este profesor fue en toda la cirugía un hombre cumbre. Por otra parte, debo recordar que ya lo conocíamos desde mucho tiempo atrás por la obra de "Patología externa" de los llamados entonces "Los Cuatro Agregados", que eran Reclus, Kirmisson, Peyrot y Boully.[78]

El hospital *Des Enfants Malades* fue también objeto de mi concurrencia en los servicios de cirugía infantil, ortopedia, etc. Allí conocí y escuché las lecciones de dos eminentes cirujanos:

---

[78] Paul Reclus, E. Kirmisson, G. Boully, J. J. Peyrot, *Tratado de patología externa: enfermedades de los tejidos y de los órganos,* Trad. Francisco Carbó y Palou (Barcelona, Salvat e hijo, sin fecha) *(N. del E.)*.

Mr. Kirmisson y Mr. Augusto Broca.[79] De ambos conservo recuerdos muy particulares. Broca era el hombre más simpático y agradable, pues en sus lecciones solía intercalar su humorismo encantador. Por ejemplo, cuando iba a dar una conferencia sobre la coxalgia salió cojeando con un miembro inferior en abducción, rotación externa y alargamiento aparente. Así recorrió varias veces el lugar en donde se hallaba la gran mesa destinada al conferenciante y después de tenernos asombrados a todos los concurrentes ante ese tan incomprensible paseo, nos dijo: *"Voilà, messieurs, c'est la primere actitude de la coxalgie"* y continuó su brillante exposición sobre la osteoartritis tuberculosa de la articulación coxofemoral.

Para la segunda actitud no tuvo empacho de subirse sobre la gran mesa y, poniendo su miembro inferior en aducción rotación interna y acortamiento aparente, nos dijo: *"Celleci est la seconde actitude de la coxalgie"*. Hombre de espíritu festivo muy francés, Augusto Broca nos hacía deliciosas sus clases, que seguíamos encantados y felices. En cambio, el profesor Kirmisson era un señor muy hosco e irascible.[80] ¡Ay del alumno que llegaba algunos minutos después de iniciadas sus conferencias! Era objeto de las peores amonestaciones.

Y por asociación de ideas, me voy a pasar a otro cirujano de niños, a quien seguí bastantes veces en sus conferencias y operaciones. Fue el doctor Sabanant que trabajaba en el hospital Trousseau, cerca del bosque de Vincennes. Hombre muy amable y simpático además de eminente maestro, era muy grande y hasta obeso. Sus clases, maravillosas.

---

[79] Auguste Broca (1859-1924), cirujano francés, quien desde 1890 ejercía en los hospitales de París. En 1913 fue designado profesor titular de Cirugía Operativa y Anatomía Topográfica de la Facultad de Medicina de la Universidad de París y en 1919 titular de la cátedra de Cirugía Infantil y Ortopedia *(N. del E.)*.

[80] Édouard Francis Kirmisson (1848-1927), cirujano francés, especialista en pediatría y cirugía ortopédica. Se graduó en 1879 y fue agregado desde 1883. Fue profesor de cirugía pediátrica y ortopédica en el Hôpital des Enfants-Malades desde 1901. En 1890 Kirmisson fundó la *Revue d'Orthopédie.* En 1903 ingresó a la Academia de Medicina de Francia *(N. del E.)*.

Recordaré solamente lo que nos decía respecto de los *nefarts* del purgante en la apendicitis. Después de enumerarles y describirlos detalladamente y ponderar la responsabilidad del médico que, por una mal diagnóstico, administraba un purgante al apendicular nos dijo: "Hoy ya no tenemos la oportunidad de ver sus efectos porque todo facultativo sabe cuán terribles son y se abstiene de prescribir un laxativo al apendicular".

Pocos días después, nos recibió entusiasmado y nos comunicó que había en la sala un caso en que podríamos palpar esos funestos efectos. Nos había dicho en una lección anterior que ahora ya no se puede ver las terribles consecuencias de esa administración criminal. Sin embargo, esta vez, agregó: "*felizmente* ha habido todavía un médico ignorante y criminal que nos va a permitir observar el resultado de semejante delito. A ese médico tenemos que condenarle y, ¿quién lo dijera? agradecerle por habernos provisto de un caso cuyo recuerdo no se borrará jamás de la memoria ...". Y nos hizo pasar a la sala de observaciones en donde yacía un bebé moribundo con todos los síntomas de una peritonitis hipertóxica; pulso incontable y apenas perceptible, hipotermia de 34,5°, vientre enormemente distendido, color cianótico y más signos de esa terrible peritonitis "¿Qué haremos con él?" preguntó el profesor. "Estamos seguros de que ese niño morirá; sin embargo. vamos a jugarnos la última carta y lo operamos porque es el único recurso que nos queda". Se realizó la intervención y el infante falleció.

Volviendo al "Enfants Malades", mencionaré al profesor Marian, eminente pediatra que ya ha sucedido a Utinel en la cátedra y en el servicio hospitalario. Concurrí a algunas de sus lecciones clínicas.

Esta es la oportunidad de hablar del gran clínico Dieulafoy quien, mejor que nadie, trató de la apendicitis, agotando la materia.[81] Sintomatología, etiología, patogenia y terapéutica. El for-

[81] Georges Paul Dieulafoy (1839-1911), médico patólogo francés, doctor en 1869 y agre-

muló un precepto: "No hay tratamiento clínico de la apendicitis". Y mandó operar más apendicitis que ningún otro médico en su tiempo. Emitió y defendió en la patogenia, la teoría de "la cavidad cerrada", llevando al apéndice lo del experimento de Klequy sobre un asa intestinal aislada y ocluida conservando su vascularización y su inervación. Esa cavidad cerrada hacía que las bacterias contenidas en ella exaltaran su virulencia y vertieran sus toxinas invadiendo la pared apendicular desde la mucosa hacia la serosa, regándose en la circulación (apendicitis tóxica), provocando a veces la gangrena del apéndice (anaerobias), etc.

Todos conocen la obra de Dieulafoy (o por lo menos todos la conocíamos en nuestros tiempos). Yo tuve la suerte de oír una conferencia de ese eminente sabio y asombrarme ante su elocuencia.

Falleció cuando estaba yo en París y fue sustituido en la cátedra por otro científico no menos eminente: el profesor Ferdinan Widal o Vidal,[82] el mismo de la reacción de Vidal, para el diagnóstico de la fiebre tifoidea. Concurrí a su lección inaugural: el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina estaba desbordante. No solo había allí médicos y estudiantes de ambos sexos, sino también damas y caballeros de la "elite" intelectual de París, porque esos profesionales no solo descollaban en la ciencia pura, sino que, poseedores de una gran cultura general, eran eminentes hablistas y consumados oradores.

Creemos, generalmente, que el médico debe ser exclusivamente médico y nada más. Entre esos sabios franceses había

---

gado en 1875, jefe de servicio en el hospital Saint-Antoine en 1881 y del hospital Necker en 1886, en ambos como suplente de Charcot en anatomía patológica. En 1886 fue nombrado profesor de patología médica (primera cátedra) en sustitución de Peter. Diez años más tarde, en 1896, siguió con la misma cátedra, pero en el Hôtel-Dieu. Se jubiló en 1909; dejó el Hôtel-Dieu, pero continuó ejerciendo en el dispensario Léon Bourgeois, que dirigió en el Hospital Laennec. Se le conoció sobre todo por su *Manuel de pathologie interne* (1880-1884), que alcanzó dieciséis ediciones hasta 1911, y por sus series de lecciones clínicas en la cátedra del Hôtel-Dieu *(N. del E.)*.

[82] Georges-Fernand-Isidor Widal (1862-1929), medico patólogo francés, nacido en Argelia *(N. del E.)*.

muchos que descollaban también por el arte. Unos eran músicos consumados; otros, manejaban el pincel con soltura y elegancia; algunos cincelaban el mármol y fundían el bronce, dejando obras de gran valor y duración imperecedera. Me informaron en París que la estatua que adorna la gran escalera de la Facultad de Medicina era obra de Pierre Delbet.[83]

En relación con la apendicitis, todo médico que es llamado a atender un paciente de cualquier edad que se queja de dolor del vientre, debe pensar en la apendicitis y buscar los signos y síntomas propios de ella. El dolor es ya difuso a todo el abdomen u ocupa la región periumbilical o el epigastrio. No se localiza desde el principio en la fosa ilíaca derecha. Entonces, el facultativo está obligado a definir la causa de ese dolor y lo que debe hacer es, pues, buscar prolijamente la famosa triada apendicular: dolor provocado en el punto de McBurney o sus vecindades inmediatas, hiperestesia cutánea o signo de Dieulafoy, y contractura muscular de defensa de la pared en esa misma región. Por más que el dolor espontáneo del abdomen se halle difuso o localizado en las regiones que he indicado, si la exploración metódica de la fosa ilíaca, mediante la presión suave de la pared, manifiesta un dolor, una defensa, debe pensarse inmediatamente en la apendicitis y abstenerse de cualquier terapéutica que pueda agravar la situación y hasta volverla trágica. Dos medicaciones son igualmente fatales: la administración de purgante o el empleo de terapéutica calmante por el opio o sus alcaloides. El purgante provoca la movilización del intestino que trae como consecuencia la difusión de la infección al peritoneo, la ruptura de un apéndice gangrenado o perforado, el mayor desastre, en fin. Si el cirujano es llevado a un apendicular que ha sido *purgado,* debe proceder a la intervención operatoria, para detener el proceso de difusión del mal a todo el abdomen. ¡Por eso y con gran razón, el profesor Sa-

[83] Pierre Delbet (1861-1957) médico cirujano francés. Obtuvo su doctorado en 1889 y en 1909 fue nombrado profesor de clínica quirúrgica de la Facultad de Medicina de París. En 1921 ingresó como miembro a la Academia de Medicina *(N. del E.).*

banant no tuvo escrúpulo de llamar "criminal" al médico a quien debíamos la "suerte" de ver ese caso tratado tan estúpidamente!

Ya que he citado la otra conducta reprochable frente a la apendicitis, creo del caso explicar en qué consiste su peligro. El opio, la morfina, la heroína, el láudano y hasta el elixir paregórico, producen una *calma engañosa* ("calme trâitresse" de Dieulafoy); inmovilizan el intestino y dan la impresión de una mejoría que no existe. Entre tanto, el proceso continúa bajo ese aparente bienestar. Así, el médico que prescribe opio o cualquiera de sus derivados, comete también un crimen que ya no debe verse en un tiempo en que la apendicitis ha sido estudiada tan a fondo. Por mi parte, debo citar el caso de un estudiante a quien operé en Cuenca con éxito, no obstante haberle encontrado el apéndice perforado y a pesar de la oposición sistemática de un colega que creía inconveniente el tratamiento quirúrgico.

"Le traitement medical de l'apendicite a vecu" es otra de las célebres frases del inmortal Dieulafoy. "No hay tratamiento médico de apendicitis" es la traducción en buen castellano de esa célebre frase. Esto merece una explicación; en las primeras veinticuatro horas y hasta en las cuarenta y ocho horas del comienzo es la operación lo único indicado. No se han formado aún adherencias definitivas. En otros términos, no hay el plastrón clásico que es la formación de una barrera protectora del peritoneo en la que toman parte las asas intestinales vecinas y el famoso centinela y defensor del abdomen, el epiplón, que acude a todo lugar atacado por la infección.

Pero han pasado estas cuarenta y ocho horas y la mano del cirujano debe abstenerse de toda intervención y, entonces, propender por el reposo del paciente, el hielo en el vientre, la dieta líquida, etc., a que el proceso inflamatorio se resuelva y, una vez que todo ha sucedido en orden, más o menos a los noventa días de apirexia, intervendrá para suprimir ese órgano que es un constante peligro para su portador... Pero hay, sobre todo, un criterio que, en mi concepto, debe primar: si antes de las cuarenta y ocho horas existe ya un plastrón, lo mejor es abstenerse de intervenir;

la naturaleza, o mejor dicho, el organismo ha establecido ya sus defensas y, por otra parte, entrar a romper adherencias para buscar un apéndice perdido en medio de ellas, es muy peligroso. El apéndice sale despojado de su túnica serosa, la peritonización es improbable, porque no hay serosa libre. En fin, tendremos muchas veces que drenar la herida.

Pero, si después de las cuarenta y ocho horas vemos y estamos seguros de que no hay plastrón, se puede y se debe operar y así libraremos al paciente de graves peligros. Además, encontraremos libre el acceso hasta el apéndice y nuestra intervención será de gran utilidad para el paciente.

En el hospital Vichat conocimos al profesor Hartmann.[84] Vigoroso y guapo anciano y eminente operador, así como magnífico clínico quirúrgico. No entraré a relatar las operaciones que le vi ejecutar con magistral destreza y suma velocidad. Un incidente sí debo referir, porque tiene un aspecto festivo. Operaba Hartmann un quiste del ovario. El volumen de ese quiste era muy grande y para no prolongar demasiado la incisión parietal, hizo uso del aparato respiratorio de Potain para extraer el contenido líquido y reducir así el tamaño de la pieza.

Mientras esperaba que se vaciara, nos hablaba de algo interesante, mirando en nuestra dirección. Cuando volvió la vista hacia el campo operatorio se encontró con que el quiste había tomado proporciones monstruosas. Después de asombrarse y dudar acerca de la causa de ese fenómeno, se dio cuenta de que en lugar de extraer el líquido se había insuflado aire e inmediatamente advirtió que se había cambiado el ajuste de la bomba de Potain, poniendo en lugar de aquel que lleva una A el que tiene una F; porque ese aparato sirve, según se desee para aspirar o para in-

[84] Henri Albert Hartmann (1860–1952), médico cirujano francés. Escribió numerosos estudios sobre una amplia variedad de temas médicos, desde heridas de guerra, pasando por dislocamientos del hombro hasta cáncer gastrointestinal. Se le conoce sobre todo por la "operación de Hartmann", una colectomía en dos tiempos que inventó para el cáncer de colon y la diverticulitis *(N. del E.)*.

yectar. Con el pico A se aspira y con el F, se inyecta o insufla ("fouler", insuflar). Entonces un acceso de ira, se apoderó del sabio cirujano y se descargó en forma terrible sobre el infeliz interno encargado de manejar el Potain. Le dijo imbécil y le aconsejó que, dejando los estudios de Medicina, se dedicara más bien a las labores del campo. Este error se ha repetido algunas veces; yo he sabido de uno igual que pasó en Cuenca y que lo relataré oportunamente. El profesor Hartmann fue autor de varias obras de patología externa y clínica quirúrgica, que forman parte de las sabias colecciones que de esas especialidades se publicaron en ese tiempo.

Hartmann era, como dije, todo un guapo anciano. De elevada estatura, de digna fisonomía, muy esbelto y de noble talante. Usaba una gran barba ya plateada por las canas y que le llegaba al pecho. Tenía todo el aspecto de un guerrero medieval. Inspiraba respeto y simpatía.

Conocí y vi operar en el Saint Antoine al profesor Lejars,[85] a quien admiraba yo por su obra "Chirurgie d'Urgence", magnífico libro muy estudiado y aplaudido en esa época.[86]

He mencionado al Hospital Saint Antoine y por más que no haya ilación de orden cronológico, quiero hablar algo respecto de lo que estudié en ese hospital. Dos notables clínicos trabajaban allí: el profesor Maltueu y su asistente, Mr. Roux, ambos espe-

---

[85] Félix Marie Louis Lejars (1863-1932), médico cirujano, fue jefe de cirugía del Hospital Saint-Antoine y catedrático de cirugía de la facultad de Medicina de París. Fue asistente de Farabeuf, Anger y Le Fort, con cuya hija se casó. Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1917), dedicó todo su tiempo al servicio de los heridos. Jefe del Departamento de Cirugía del Hospital Militar de Villemin, fue luego su director; allí permaneció durante casi cinco años. En 1917, asumió el papel de cirujano consultor de los ejércitos. Su experiencia la plasmó en la obra *Un hôpital militaire à Paris pendant la guerre* (1923). Su obra es prolífica. Escribió sobre todas las ramas del arte quirúrgico y publicó numerosos trabajos en congresos, revistas y publicaciones médicas *(N. del E.)*.

[86] Lejars, Félix, Tratado de Cirugía de Urgencia *(Traité de Chirurgie d'urgence)* (1901), de fama mundial; se hicieron, al menos, ocho ediciones en francés y se tradujo a numerosos idiomas (alemán, italiano, ruso, sueco, español, etc.). Su autor (ver nota anterior) colaboró en el Tratado de Cirugía de Duplay y Reclus. En 1923, apareció otra de sus conocidas obras *(Traité d'exploration clinique et diagnostic chirurgical) (N. del E.)*.

cializados en patología gastro-intestinal y autores de varios libros sobre esa materia. Juzgué necesario seguir con ellos un curso complementado con trabajos de laboratorio. Estos se hallaban a cargo del doctor Taillandier y del doctor Goiffon.

Hacíamos, pues, las vistas de las salas y de consulta con esos dos sabios y seguimos un curso de laboratorio sobre jugo gástrico con Taillandier y de heces fecales con Goiffon.[87]

En esa época se daba gran importancia al llamado "quimismo gástrico". Al paciente en ayunas se le administraba una comida de prueba como la de Edwal y Boas y una hora y media después se extraía con sonda gástrica el contenido del estómago. Sobre ese producto filtrado por papel neutro se hacía una serie de operaciones destinadas a analizar primeramente la acidez y en segundo lugar la presencia de ácidos clorhídricos: a) libre, b) en combinación orgánica y c) en combinación mineral.

(Cuando no se encontraba acidez, lo que demostraba aclorhidria, se investigaba al percloruro de hierro la presencia de ácido láctico cuya presencia es prueba de presunción de un neoplasma gástrico). Recuerdo perfectamente todos esos procedimientos, pero juzgo que sería absurdo describirlos en este libro.

El examen microscópico y químico de heces fecales lo realizábamos con el doctor Goiffon con gran prolijidad y éxito. Hace poco tuve el gusto de leer un librito de ese maestro cuyo título es "Cartas a un joven médico", en una edición española cuyo traductor era el gran clínico profesor Tanca Marengo. Confieso paladinamente que, al ver el título, imaginé un opúsculo relacionado con ética profesional o algún tópico de orden profesional importante. Grande fue mi sorpresa cuando comencé la lectura. Era una apología, ¡imagínate lector! del tacto rectal que jamás debe omitirse en cualquier examen médico, aún en las afecciones de órganos muy apartados del ano. Cuando hube leído todo

[87] René Goiffon fue un médico francés especialista y laboratorista, autor de varias obras, entre ellas el *Manuel de coprologie clinique,* con prefacio de J.-Ch. Roux, que alcanzó varias ediciones *(N. del E.)*.

el librito, hallé que mi antiguo maestro tenía mucha razón en recomendar con tanto empeño ese examen que revela muchas veces lesiones insospechadas del conducto ano-rectal. Solo en dos puntos no pude ponerme de acuerdo con el sabio autor: el título de la obra "Cartas a un joven médico" y la horrible recomendación de realizar, en ciertos casos, ese tacto con la mano, ¡sin guantes!, ¡sin dedera!, es decir, con la piel limpia. Ese examen es indispensable en muchísimas ocasiones. Yo, para hacer el tacto prostático, el tacto de las vesículas seminales, la investigación de un pólipo rectal, de fístulas ano-rectales supraesfinterianas, etc., etcétera, jamás hubiera podido resolverme a introducir mi dedo desenguantado en esa región en donde las heces fecales ensucian horriblemente el dedo explorador. Las dederas de caucho son de un material suficientemente delicado para transmitir al dedo toda irregularidad, todo cuerpo extraño, anomalía, etc.

En el empeño de atesorar todo lo posible de los adelantos de la ciencia médica y ante la consideración del grave atraso de nuestra ciudad natal; consternado además por la gravísima mortandad que produjo allí la infección puerperal en lo más noble y delicado de una sociedad, cual es la mujer en su sagrada misión de madre, resolví dedicar una parte del tiempo de mi permanencia en París al estudio teórico y práctico de la obstetricia. Para ese fin ingresé en "stage" en la Clínique Baudelocque, cuyo jefe de servicios era entonces el profesor Pinard[88] y su jefe de clínica el agregado Couvelaire.[89]

Antes había seguido tres meses en la *consultation* de la misma clínica, adquiriendo conocimientos y práctica en el diagnóstico del embarazo, su tiempo de evolución, el estudio de las presentaciones y posiciones del feto, etc., etc. Simultáneamente concurrí a las salas de partos, en donde presencié las diversas conductas

[88] Adolphe Pinard (1844-1934), médico obstetra francés. Es considerado el padre de la medicina perinatal moderna y del movimiento de la "Puericultura" (cuidado de lactantes) *(N. del E.)*.

[89] Alexandre Couvelaire (1873-1948), cirujano francés especializado en ginecología obs-

del tocólogo según se trate de un parto normal o distócico.

Allí me puse al corriente de las diversas maniobras obstétricas, como versiones por maniobras exteriores o internas, aplicaciones de fórceps en sus diversas modalidades, embriotomías varias, etc.

Escuchábamos atentos las magistrales lecciones de Pinard y Couvelaire y tomábamos apuntes de todo su contenido. Sin emplear la taquigrafía que, por desgracia, no había aprendido, llegué a escribir tan rápidamente que los libros de apuntes constituían verdaderos textos.

Tomé varios cursos pagados de técnica tocológica en los cuales adquiríamos los alumnos una práctica tan perfecta que solo se puede obtener mediante un ejercicio asiduo y bien dirigido por un sabio maestro.

Pinard era entonces, aun cuando ya viejecito, un hombre extraordinario por su ciencia y su actividad incomparables. Discípulo de eminentes tocólogos cuya fama ha transpuesto todos los horizontes, como Baudelocque, Tarnier, etc., él representaba la verdadera continuación en esa materia.

Yo seguí asiduamente las enseñanzas y la práctica de la Baudelocque; pero concurría también a la Clínica Tarnier, cuyo jefe era el Prof. Bard y su agregado el Prof. Bindeu.

Siempre ha existido cierta emulación entre esas dos clínicas y eso mismo ha contribuido para el mayor *desarrollo* y perfeccionamiento de la especialidad.

Como hecho singular citaré la existencia simultánea, en la Facultad de Medicina de París, de dos cátedras de Obstetricia; es decir de dos profesores principales en esa materia: los que re-

---

tétrica. Su nombre se asocia al útero de Couvelaire, también llamado apoplejía útero-placentaria, que él describió a inicios del siglo XX. El modelo de maternidad higiénica que puso en ejecución en Port-Royal y que se basaba en la profilaxis de todo el pabellón y la creación de un lactarium cuasi industrial fue imitado en todo Francia y el mundo entero *(N. del E.)*.

presentaban a la Escuela de Tarnier y los que hacían igual papel con la Escuela de Pinard.

En esa época las operaciones cesáreas se reservaban para casos de parto imposible por las vías naturales. Eran las deformidades pelvianas de cierto grado que no permitían un parto natural las indicaciones más frecuentes. La cesárea generalmente usada entonces era la alta o cesárea clásica, que solo se hallaba indicada cuando la bolsa amniótica se hallaba todavía intacta o recientemente rota. Esa cesárea se halla totalmente contraindicada cuando ha pasado algún tiempo desde la ruptura de la bolsa de las aguas y muy especialmente cuando ha habido tactos vaginales. El motivo de esa contraindicación es la peritonitis que sigue casi de modo fatal a esa intervención, pues a través de los puntos de sutura del útero cualquiera infección de la cavidad llega por capilaridad u otro mecanismo al peritoneo. Era tan terminante esa contraindicación que, cuando la bolsa de las aguas había sido rota mucho tiempo antes, había que terminar la intervención con la extirpación de útero mediante la terrible *operación de Porro,* que, si bien salvó muchas vidas de mujeres, era, tanto por el procedimiento mismo como por el tiempo que duraba el periodo postoperatorio, las molestias horribles que sufría la mujer durante el tiempo de eliminación del muñón uterino y, por fin, la enorme cicatriz que dejaba y, alguna vez, las eventraciones consecutivas, una intervención bárbara; un *pis aller* que, ante la obligación de salvar la vida de un feto, de un ser humano, sometía a la madre a todas esas torturas y le dejaba al fin incapacitada para la procreación.

La embriotomía sobre el niño vivo ya no era admitida. *"L'embriotomie sur l'enfant vivant a vecu"* decía nuestro ilustre maestro Pinard. Matar a un niño de un modo premeditado y harto alevoso abusando de nuestro poder y de su incapacidad de defensa, era, es y será algo repugnante a todo espíritu noble.

Por eso surgió, a mi entender, aquella operación de Porro, que dejaba un ser humano en la vida y una mujer medio inválida.

Había otro término en esa ecuación: esperar que el feto muera

para embriotomizarlo después, lo que, de un modo u otro, iba hacia la misma conclusión: "no te mato pero tampoco te hago vivir".

A todo este grave problema, dio la ciencia algún tiempo después una solución muy feliz: la *cesárea* baja o *cervical,* ya extraperitoneal ya *transperitoneal* bien *peritonizada.* Ella ha permitido extraer al feto vivo aún mucho tiempo después de rota la bolsa de las aguas. Esa técnica se ha generalizado y salvado muchas vidas. Pero también, como todo invento humano, puesto en manos desaprensivas, es ahora motivo de un abuso tan grave que todo parto que no se realiza pronto pone en peligro a la mujer de ser cesareada. Parece que los actuales obstetras ya han olvidado o nunca han sabido de las maniobras obstétricas tan sabias, tan inofensivas cuando eran practicadas correctamente. En una presentación anormal, por ejemplo, en lugar de hacer una versión *podálica* con un *Mauriceau final,* se hace una laparatomía, es decir una cesárea.

Tres meses de trabajo práctico en el Baudelocque, asistiendo partos *eutócicos y distócicos* además de concurrencia a la sala de operaciones obstétricas; tres meses de lecciones clínicas y maniobras obstétricas y tres meses de asistencia a la consulta, me parecieron suficientes para mi perfeccionamiento.

Nota: Las consecuencias de este aprendizaje se verán en la parte de estas Memorias correspondientes a mi vida profesional en Cuenca.

CAPÍTULO IV

CURSO DE HISTOLOGÍA NORMAL Y PATOLOGÍA EN EL INSTITUTO PASTEUR

El armenio doctor Manuelian profesor de Histología. —Técnicas histológicas. —Mi compañero, doctor Boloña, llega a ser ministro del doctor Ayora. —Aprendizaje con el anatomo-patólogo doctor Lateux. —Sus anécdotas. —"Mas si en mengua o escándalo resulta, más honra la verdad quien más la oculta". —Necesidad de las biopsias.

En nuestro anhelo de aprender, juzgamos mi paisano Ortega y yo necesario estudiar la técnica de la histología normal y patológica. Trabajaba en el Instituto Pasteur en laboratorio especial el doctor Manuelian, armenio y especialista en ese ramo. Tomamos un curso con él, Ortega, Boloña y yo. Su enseñanza, eminentemente práctica, la recibimos en unos tres meses. Allí aprendimos las técnicas más perfectas y entonces modernas, desde la manera de tomar los tejidos *(prelevement),* su fijación al formol al 4%, su deshidratación y sumersión en *xitol* o *tolueno* y su inclusión en bloque de parafina. Luego los *cortes* al microtorno de *Minot,* el montaje de éstos en portaobjetos, su desparafinización al xilol, alcohol e hidratación para someterlos luego a la acción de los colorantes *hematoxilina.* También nos enseñó el procedimiento al rojo *magenta* -P... índigo-carmín. Después al cobalto por xilul. bálsamo del Canadá y superposición de la laminilla. Igualmente nos enseñó otros *procedimientos* de gran importancia. Nuestros certificados fueron excelentes y especialmente el mío, pues otro de los alumnos que decía tener gran práctica antes de comenzar el curso, obtuvo calificación inferior.

Referiré de paso al doctor Francisco Boloña, muy inteligente y distinguido médico guayaquileño que concurrió con nosotros al curso de microbiología del Instituto Pasteur y al de histología normal y

patológica con Manuelian, después de algunos años de su regreso al Ecuador, llegó a ser ministro de Gobierno con el doctor Isidro Ayora después de la transformación política del 9 de julio de 1925. Desempeñaba ese cargo cuando le sorprendió la muerte en el curso de una reunión de Gabinete: cayó como fulminado por un rayo.

Como he indicado, nosotros aprendimos con Manuelian la técnica histológica con inclusión de las piezas en parafina y cortes de ellas con el microtorno de Minot. Después de algún tiempo quisimos también aprender la técnica de inclusión a la celoidina y para eso pedimos al doctor Lateux, anatomopatólogo del hospital Broca que nos diera sus lecciones. Accedió el simpático anciano a nuestro pedido y por una suma módica, nos enseñó esa técnica muy interesante. Esa inclusión se hace en colodión y no en parafina y los cortes se llevan a cabo en un microtorno de forma tubular dentro del cual se mueve, por mecanismos de tornillo micrométrico, una plataforma a la que se fija la pieza incluida. La cuchilla es una simple navaja de afeitar. A cada vuelta completa del tornillo, plataforma y pieza avanzan en una fracción de milímetro y la navaja, bien aplicada a los bordes del tubo, secciona una porción de medida fija por el micrómetro. Fue de mucho provecho para nosotros tanto el uno como el otro curso. Lateux era un profesor muy ingenioso y espiritual y matizaba sus lecciones con anécdotas llenas de chispa y comicidad. Allá va una: un anciano que se casó con una muchacha muy joven vino un día a su consulta. Se hallaba preocupado porque su esposa se hallaba encinta y como dudaba el viejecito de que ese estado fuese su obra, llevaba su líquido espermático para que el profesor lo examinara y le dijera si tenía o no zoosperma. El profesor le dijo que haría inmediatamente el examen microscópico de ese producto y le citó a otra hora para darle su respuesta. Él y sus alumnos de entonces hicieron numerosas preparaciones, entre lámina y laminilla y no encontraron un solo zoosperma, ¿Qué cabía hacer en este conflicto? Pues si le decían la verdad al viejito este irá a hacer un drama familiar y era posible hasta que victimara a su cónyuge. Así es que resolvieron decir al cliente que habían encontrado

muy pocos espermatozoides pero muy activos. "De ese modo", nos explicaba el ladino profesor "si iba a donde otro laboratorista y este le decía la verdad podía creer el interesado que sí había habido esos elementos vitales algún tiempo antes y que, si ahora faltaban, de ningún modo podía atribuirse a la esposa una villana traición". Para un profano en la materia esa explicación habría sido muy tranquilizadora, pero entre las condiciones que la ciencia determina para que haya fecundación una es la de que esos elementos sean muy numerosos. ¿Sería lícita esa mentira? Si seguimos la norma universal de que "el fin no justifica los medios", el profesor cometió una falta: mintió. Pero sí no hubiera mentido, ¿qué catástrofe hubiera provocado su veracidad? Mas la conducta observada también podía tener graves consecuencias, pues ese niño gozaría sin derecho de todas las prerrogativas jurídicas y sociales de un hijo legítimo, perjudicando acaso a personas con mayor derecho. Creo que el médico por ningún concepto puede alterar la verdad. Aunque, según nuestro insigne Olmedo:

mas si en mengua o escándalo resulte,
más honra la verdad quien más la oculte.

El examen anatomo-patológico de un tejido sospechoso mediante la biopsia es indispensable para definir si es maligno (cáncer) o no. En ese tiempo solo había los procedimientos de la inclusión, lo que causaba demora en el diagnóstico y en el tratamiento quirúrgico. Después se ha inventado el método de la congelación que endurece el tejido y permite realizar los cortes en poco tiempo. Así es como el cirujano que interviene puede enviar un fragmento del tejido sospechoso al laboratorio y recibir la respuesta pocos minutos después. Así puede, en caso de diagnóstico positivo, llevar a cabo inmediatamente la extirpación amplia y segura de todo el tumor y de los tejidos vecinos que están ya invadidos. Este método es, pues, excelente y ha introducido un positivo adelanto en la cirugía.

El cirujano que dudaba acerca de la benignidad o malignidad de un tumor no podía hacer una biopsia cuyo resultado llegara alguno o algunos días después. El mero hecho de penetrar en un tejido canceroso mediante incisión es suficiente para difundir el neoplasma. Por eso, ante ese gravísimo peligro, el diagnóstico tenía que ser puramente clínico y basado en ciertas nociones ya establecidas. Si, por ejemplo, en un tumor de la glándula mamaria la palpación cuidadosa demostraba que ese tumor se hallaba aislable o independiente de los paquetes glandulares; si la piel suprayacente no quedaba detenida sobre el plano del tumor y no formada al tratar de arrugarla el aspecto de cáscara de naranja (piel de naranja, según los malos traductores del francés); si, ordenando a la paciente que haga fuerte aducción del brazo contra el tórax mientras el médico intentaba poner el miembro en abducción, el tumor mamario no se inmovilizaba, podía diagnosticárselo como benigno. Cuando había los signos contrarios, ya juntos, ya alguno de ellos aisladamente, era segura la malignidad. Mediante el procedimiento de la congelación y la coloración en vivo se puede realizar sin temor la toma de tejidos neoplásticos, saber inmediatamente si se trata de algo benigno o algo maligno y, en el primer caso, limitarse a su ablación y, en el segundo, realizar una amplísima *exéresis* que, en el caso del tumor mamario, comprende toda la mama y la piel de por lo menos cinco centímetros por fuera del tumor y también los músculos pectorales mayor y menor y la disección meticulosa de la axila para extirpar todos los ganglios linfáticos.

Indudablemente ese método del microtorno de congelación merece el más caluroso encomio. Yo mismo, en mi práctica quirúrgica, he tenido varias oportunidades de aprovechar de él, siempre con el mejor resultado.

CAPÍTULO V

PASTEUR Y SU OBRA

Un pueblo víctima de la ira de los dioses. —Hechiceros y brujos. —Las epidemias. —Van Leeuvenhocch y Spalanzani. —Un genial intruso: Pasteur. —Medicina preventiva, medicina curativa, esterilización. —Lord Lister, discípulo de Pasteur. —La pasteurización. —Fin de la doctrina de la generación espontánea. —Los microbios o bacterias: las enfermedades infecciosas. —Pasteur, decano de la Universidad de Lille. —"La casualidad no favorece sino a los espíritus preparados".

Hubo un pueblo que, durante milenios, fue víctima de una misteriosa agresión. Hombres, mujeres y niños caían atacados de extraños males y perecían en enormes proporciones. Hallándose en plena salud, de repente se sentían mal. Proyectiles misteriosos e invisibles les herían de muerte, y nadie podía calcular de dónde provenían esos disparos, pues no se veían por parte alguna los agresores.

Ese pueblo misteriosamente atacado y que veía diezmarse su población hasta el extremo de que a veces sus viviendas quedaban vacías, sus campos desolados y transformados en verdaderos cementerios, tenía que huir de la comarca y muchas veces llevaba el mal a otros lugares, difundiéndolo así por naciones y hasta continentes. Ese pueblo, decíamos, sin hallar explicación para tan tremendos males, los atribuía a la ira de los dioses, a castigo del cielo, a envenenamiento de las aguas por enemigos, a miasmas deletéreos o a mil otras causas. Nadie conocía a los verdaderos agentes de tan mortíferas epidemias o monstruosas endemias.

Durante centurias y milenios permaneció así ese pueblo, abandonado a sus propios recursos. Los hechiceros o brujos del lugar creían encontrar los motivos del mal en maleficios diversos. Muchas veces individuos totalmente extraños a esos sucesos

eran considerados como autores y victimados por sus contemporáneos. Esos llamados médicos, verdaderos empíricos, inventaban medicamentos extravagantes que o no producían efecto alguno o más bien agravaban esas enfermedades. Sangrías que debilitaban al paciente, vejigatorios y cataplasmas sinápsidas que causaban dolores y otros padecimientos, pócimas más o menos repugnantes que debían ingerir los desgraciados pacientes.

El enemigo, siempre oculto, hacía verdaderas hecatombes. Unas veces parecía disminuir su saña, y aquel pueblo se sentía, en cierto modo, aliviado de tanto mal; pero otras, los dardos envenenados de ese agresor implacable llovían en forma furibunda y trágica. Y ese enemigo parecía emplear armas diversas, pues las dolencias que su agresión causaba eran diferentes.

De entre las personas que recibían el impacto de sus armas, algunas escapaban a la muerte y entonces, cosa notable, ya no volvían a ser agredidas en forma igual a la anterior. Quedaban preservadas, abroqueladas contra los ataques de la misma arma. También había algunos casos muy contados en que, sin saber por qué ni cómo, ciertos individuos no eran atacados por el mal. Eran estos casos excepcionales y los que no morían, no obstante haber caído enfermos, mantenían la existencia de ese pueblo que, de otra manera, se habría extinguido, desapareciendo esa raza del planeta.

Las gentes, no pudiendo descubrir a ese enemigo implacable, se hallaban, en cierto modo, conformes con esos males y, con estoicismo sorprendente, soportaban tales agresiones.

Nadie imaginaba que pudiera descubrirse un día al enemigo. Atribuyendo a hechizos o a miasmas pútridos y deletéreos, a emanaciones letales, no se interesaban en investigar las verdaderas causas de tanto mal. Nunca se imaginaron que podían encontrarse seres concretos, objetos determinados como causantes de los males que ese pueblo soportaba.

Sin embargo, ante los terribles destrozos que esas epidemias realizaban, la gente llegó muchas veces a atribuir a determinadas personas el crimen de envenenar las fuentes y entonces comen-

zaron a llevar a las llamas a esos desdichados de quienes sospechaban. Eso ocurría con los miembros de un pueblo y una religión quienes, en número de miles de millares fueron, en distintas partes, arrojados al fuego. Y llegó esto a tal punto, que muchos centenares de individuos de ese pueblo se arrojaban ellos mismos a las llamas antes de que los verdugos los conduzcan a ellas.

¿No es verdad que, si hubiese surgido de improviso un hombre que señalase ante el pueblo al enemigo y, desenmascarándolo, lograse también inventar armas poderosas contra él, hasta el punto de poder extinguirlo y, además, prevenir su acción funesta, ese hombre hubiera merecido la gratitud unánime de ese pueblo y sería admirado y consagrado, como un semidiós?

He hablado figuradamente de ese pueblo milagrosamente salvado de todos sus males mediante el descubrimiento de enemigos ocultos por un hombre genial y que merece la gratitud de toda la gente.

Enfermedades de marcha aguda o crónica diezmaban al hombre desde que él apareció sobre la tierra. Nadie logró hallar la causa verdadera de ellas. Nadie intentó siquiera señalar con el dedo al enemigo. Una multitud de hombres se dedicó a combatirlo, pero sus armas eran impotentes, puesto que no conocían al agresor, no se podía sospechar siquiera cuáles serían los medios eficaces para vencerlo.

Así transcurrieron milenios, decenas y centenas de milenios.

Esa humanidad vivía ciega respecto al terrible ejército de agresores que la diezmaban. Nada sabía de las causas de las infinitas enfermedades infecciosas que arrebataban a tantos seres humanos.

En suma, el hombre se hallaba abandonado a sus enemigos, inerme e impotente. Los actos fisiológicos más esenciales y elementales, como el de la reproducción de la especie, iban cortejados muchas veces por la muerte. Y lo más grave era que las mismas personas que estaban encomendadas por su profesión de combatir las enfermedades y precautelar la salud de sus pacientes eran habitualmente las portadoras e inoculadoras del mal. Las

maternidades, por ejemplo, eran antesalas del cementerio y había un inmenso porcentaje de mujeres madres que pagaban el más pesado tributo en su nobilísima y abnegada misión.

Epidemias terribles despoblaban continentes enteros, causando mayor mortandad que las más crueles guerras.

Y esos enemigos eran tanto más temibles, cuanto que eran invisibles. Emboscados en su propia pequeñez, herían a mansalva al rey de la creación, al *homo sapiens,* quien se veía impotente y sucumbía entre crueles dolores y torturas inenarrables.

Nadie, insisto, nadie hasta entonces había imaginado que esas enfermedades, esas epidemias tan mortíferas, esos males, en fin, que diezmaban a la humanidad fuesen causados por seres infinitamente pequeños, invisibles, inalcanzables a los ojos humanos, desprovistos de medios de aumento.

Algunos observadores, como Van Leeuwenhoek,[90] y el abate Spalanzani,[91] habían mirado a través del ocular y el objetivo del microscopio, innumerables y variadísimos seres vivientes diminutos, que medían pocos milésimos de milímetro. El primero fue, puede decirse, el inventor del microscopio y un investigador genial. El segundo demostró que esos seres no nacían de un modo espontáneo en los medios que los contenían y que necesitaban de progenitores; es decir que ya hubo sabio que negó la generación espontánea. Mas nadie demostró que muchos de esos seres pequeñísimos fuesen agentes productores de enfermedades, es decir patógenos (de *pathos,* dolencia, enfermedad, y *generare,* engendrar).

---

[90] Anton van Leeuwenhoek (1632-1723), conocido como "el padre de la microbiología", fue un comerciante de los Países Bajos, que fue el primero en realizar observaciones y descubrimientos con microscopios, cuya fabricación él mismo perfeccionó *(N. del E.)*.

[91] Lazzaro Spallanzani (1729-1799), sacerdote jesuita, que fue profesor de física y matemática de la universidad de Reggio Emilia, e investigó multitud de temas, como el origen de la vida, la generación espontánea, la respiración y otras funciones del ser humano, la ecolocalización de los murciélagos. De las numerosas universidades que le invitaron para que fuera profesor, aceptó la cátedra de historia natural de la universidad de Pavía, de cuyo museo de Historia Natural fue conservador, por lo que realizó numerosas expediciones para completar las colecciones botánicas, zoológicas y mineralógicas del museo *(N. del E.)*.

La humanidad ciega, ignorante de la existencia de esos enemigos, seguía su ruta con fatalismo y creía que un destino, un sino oculto, le prodigaba males sin cuento. Claro que algunos terapeutas y clínicos inventaron algunos métodos curativos más o menos eficaces por obra de la casualidad, como la quina para el paludismo y la ipecacuana para la disentería y el absceso hepático y, otras veces, tuvieron ideas más o menos lógicas, como combatir la fiebre por medio de baños fríos. Siempre, por otra parte, en esos métodos estaba ayudando el mismo organismo a sobreponerse a la infección, es decir procurando que las defensas orgánicas se desarrollaran y se opusieran a las causas del mal. La naturaleza sabia había puesto en el organismo ese poder admirable de reaccionar contra esa agresión y producir posteriormente lo que se ha llamado inmunidad activa, cuando ese organismo salía triunfante.

Sin esas defensas la humanidad toda hubiera desaparecido de la faz del planeta. Pero siempre el número de seres humanos que sucumbían era inmenso.

En medio de ese panorama tétrico, en medio de esa noche lóbrega, surge el genio, como radiante sol, e ilumina el horizonte. A su luz ve la humanidad a esos enemigos antes desconocidos y se da cuenta de las armas que ellos esgrimen y se abroquela contra ellas. El genial intruso, simple químico, tiene que luchar a brazo partido con los médicos que le niegan el derecho a irrumpir en su campo atrincherado o fortificado. Pero él combate valerosamente y va demostrando a los médicos por medio de experimentos inobjetables, la verdad de sus afirmaciones. No solo señala los enemigos, sino que enseña los modos más eficaces de combatirlos.

Y de esas enseñanzas de Pasteur surge una medicina nueva, una verdadera y eficaz medicina, que no solamente cura los males causados por la infección bacteriana, sino que sabe prevenir su invasión al organismo. Nacen, pues, la medicina preventiva y la medicina curativa.

Además, Pasteur, en sus diversos experimentos, demuestra que la mayoría de los agentes patógenos no soporta temperaturas elevadas y que muchos de ellos perecen a 110 o 120 grados. Otros no pueden vivir cuando el medio en que se encuentran sufre una serie de calentamientos a temperaturas (60°). De allí nace la esterilización que impulsa a la cirugía por campos hasta entonces vedados a ella. Pudiéramos decir que le vuelve una disciplina eficaz y segura y transforma al cirujano, de un verdadero aventurero, audaz y casi criminal, en un científico benéfico, cuyas posibilidades se amplían en forma extraordinaria, pudiendo decirse que no hay cavidad orgánica ni región alguna inaccesible a su actividad benéfica.

Esa esterilización del material que se emplea en las operaciones se realiza mediante el autoclave de Chamberland.[92] Este fue discípulo de Pasteur.

Lord Lister[93] fue el primer cirujano que introdujo en su práctica los conocimientos pasteurianos; pero él empleó la antisepsia, mediante el ácido fénico en solución, pulverizado en la sala de operaciones. Sin embargo, esa práctica dio ya excelentes resultados y ese sabio cirujano escocés se declaró modestamente discípulo de Pasteur.

La pasteurización que consiste en someter repetida y prolongadamente los líquidos alimenticios a un calor relativamente bajo (de unos 60 grados centígrados) ha salvado innumerables vidas infantiles, librándolas de la infección gastrointestinal por la leche. La mortalidad infantil bajó con su empleo del uno por ciento en el primer año de vida al cero por ciento. Ya se puede calcular cuánto beneficio trajo la doctrina pasteuriana en el

---

[92] Charles Chamberland (1851-1908), bacteriólogo francés, asistente de laboratorio de Louis Pasteur en la Escuela Normal Superior. Desarrolló el autoclave y el filtro que lleva su nombre. Fue codirector del Instituto Pasteur y recibió la Legión de Honor *(N. del E.)*.

[93] Joseph Lister (1827-1912), cirujano británico, desarrolló mediante calor técnicas de asepsia y antisepsia. Fue miembro de las academias de Ciencias y Medicina de varios países europeos y de EE. UU. y por su contribución a la ciencia se le otorgó el título de barón *(N. del E.)*.

mundo infantil. Antes había verdaderas hecatombes de infantes; hoy se salva a la mayor parte de ellos, gracias a ese simplísimo descubrimiento.

Este y otros mil ejemplos podemos citar en lo que se refiere a los procedimientos físicos que Pasteur nos legó.

Mas, ¿cuántos otros citaríamos de los procedimientos biológicos que ese mismo sabio descubrió y estableció?

Pasteur era un gran químico que había revolucionado esa ciencia con notables descubrimientos sobre la cristalografía. Después, sus estudios sobre las fermentaciones le condujeron a determinar que toda fermentación era debida a microrganismos específicos para cada una de ellas y echó por tierra, como consecuencia de sus estudios, la teoría o doctrina, hasta entonces incontrovertida, de la generación espontánea.

Por analogía con las fermentaciones llegó a deducir que las enfermedades infecciosas eran también el resultado de la agresión al organismo por seres infinitamente pequeños, estableciendo así el "rol" o papel patógeno de éstos, que denominó microbios o bacterias. Ya, por conocimiento de las levaduras normales o anormales, había logrado salvar la industria vinícola de Francia y del mundo, de la ruina, enseñando a destruir los fermentos anormales que estaban determinando enormes pérdidas en esa industria. Con las cervezas procedió en forma análoga. La industria de las sedas que, por una enfermedad especial del gusano productor, iba también al fracaso, apeló a sus conocimientos y un nuevo triunfo de su genio señaló ante el mundo industrial y científico al hombre genial, que fue por eso objeto de innúmeros honores, después de una lucha tenaz y llena de penalidades para él.

Pero cuando Pasteur irrumpió en el campo de la medicina, los *sabios galenos* de entonces, hombres imbuidos en teorías casi supersticiosas y absurdas, le declararon la guerra cruel y sin cuartel. ¿Cómo era posible que un simple químico, un profano a la sabia ciencia de Hipócrates, se atreviera a incursionar en los sagrados recintos de ella?

Pasteur había descubierto en el pus de un forúnculo de uno

de sus discípulos un corpúsculo microscópico que se agrupaba en forma de racimos, que se encuentra siempre en ese pus y que, sembrado en medios de cultivo que él mismo inventó e inoculado en la piel de los animales de prueba, producía forúnculos idénticos a aquellos de los cuales había extraído el pus. Asimismo, recogiendo en una sala de operaciones de un hospital un pus de osteomielitis, había vuelto a encontrar ese mismo microbio, con iguales caracteres infecciosos y había logrado producir osteomielitis en los animales de experimentación.

En las secreciones genitales de enfermas de fiebre puerperal el sabio intruso encontró otro microorganismo en forma también de cocus, pero que se agrupa en forma de rosario o cadenetas, al que denominó estreptococo, que logró cultivarlo e inocularlo a los animales, produciendo en ellos abscesos y lesiones análogas a las de la erisipela.

Así nació la teoría microbiana de las enfermedades infecciosas, que en nuevos y brillantes experimentos logró Pasteur elevar a doctrina eminentemente científica.

LA CASUALIDAD...

Algunos años antes, cuando recién creada la Facultad de Ciencias de Lille, y nombrado Pasteur decano de ella, pronunció un discurso magnífico, demostrando la utilidad de los estudios prácticos y experimentales; pero también hizo hincapié en la necesidad de los conocimientos teóricos. Se podría creer que la teoría no sirve para nada "mas, sin ella —dice Pasteur—, la práctica solo es una rutina dada por el hábito. La teoría solo puede hacer surgir el espíritu de invención"... "Vosotros conocéis la palabra encantadora de Franklin. Asistía a la primera demostración de un descubrimiento puramente científico. Alguien pregunta al autor de ese descubrimiento: "¿Pero para qué sirve?". Franklin responde: "¿Para qué sirve el niño que acaba de nacer? Sí, señores, ¿para qué sirve el hijo que acaba de nacer?" Y sin embargo a esta edad, la más tierna de la infancia, había en vosotros ya los

gérmenes desconocidos de los talentos que os distinguen. Hay en vuestros hijos que lactan, en esos pequeños seres que un soplo haría caer, los gérmenes desconocidos de magistrados, sabios, héroes, tan valientes como esos que a esta misma hora se cubren de gloria bajo los muros de Sebastopol. Asimismo, señores, el descubrimiento no tiene para él sino el mérito de la existencia. Despierta al espíritu y basta. Pero dejadlo cultivar, dejadlo crecer y veréis lo que él se volverá".

"¿Sabéis en qué época vio la luz por la primera vez el telégrafo eléctrico que es uno de los descubrimientos más maravillosos y la más admirable aplicación de las ciencias modernas? Fue en el memorable año de 1822. Oersted, físico danés, tenía en sus manos un alambre de cobre, unidos los dos extremos a una pila de Volta. Sobre su mesa se encontraba una aguja imantada, colocada sobre su pivote y él, de repente, por casualidad, diréis vosotros tal vez, pero acordaos que en los campos de la observación, la casualidad no favorece sino a los espíritus preparados, vio de repente moverse la aguja y tomar una posición muy diferente de aquella que le asignaba el magnetismo terrestre. Un hilo atravesado por una corriente eléctrica hace desviar de su posición una aguja imantada. He aquí el nacimiento del telégrafo eléctrico actual. Con cuanta mayor razón en esa época, viendo moverse una aguja, el interlocutor de Franklin no hubiese dicho "pero ¿para qué sirve eso?" y, sin embargo, solo habían pasado veinte años cuando dio lugar a esa aplicación, casi sobrenatural en sus efectos: el telégrafo eléctrico".

"La casualidad no favorece sino solo a los espíritus preparados". Esa es una frase tan verdadera, pues es aplicable al mismo Pasteur que, en el curso de su vida científica, supo aprovecharse de casos en que ningún otro hubiera encontrado, como encontró él, fuentes de maravillosos descubrimientos. Ya hablaremos del cólera de las gallinas y de cómo fue el origen, un hecho al parecer casual, de un descubrimiento de la vacunación preventiva contra las enfermedades infecciosas. Palabras de un gran sabio, Biot, cuando fue recibido como miembro de la Academia Francesa,

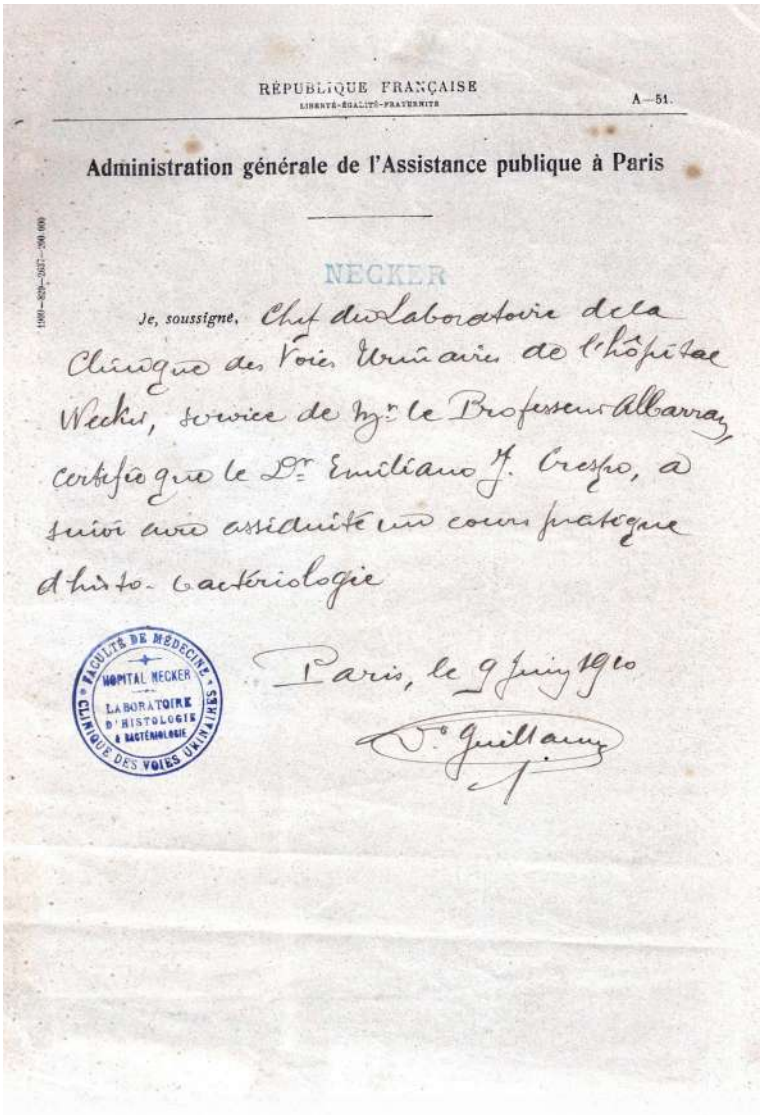
había pertenecido a la Academia de Ciencias desde cincuenta y cuatro años atrás, y lanzó este epigrama a los hombres de ciencia que desdeñan las letras: "Nunca ha habido lugar de notar que fuesen más sabios por ser menos letrados".

La casualidad ha abierto las puertas de todas las ciencias. Así mismo Pasteur, por casualidad, llegó a demostrar que las fermentaciones eran debidas a seres vivos y específicos para cada especie de fermentación. Logró aislarlos, cultivarlos y reproducir las fermentaciones por siembras de sus gérmenes.

Mas, la deducción de que las enfermedades infecciosas fuesen debidas, igualmente, a seres infinitamente pequeños comparables con los fermentos, ya no es obra de la casualidad, sino del genio de Pasteur. No se puede, pues, atribuir ese grandioso descubrimiento, que ha salvado a muchos millones de millares de seres humanos de la muerte por efecto de esas infecciones, de esas pandemias, que despoblaban antes continentes enteros, a la casualidad, sino a la magnífica previsión de Pasteur que, con ese descubrimiento y los medios que él mismo encontró para prevenir o curar esas infecciones, transformó radicalmente el panorama de la vida humana.

Las vacunas microbianas, los sueros antímicrobianos, han resuelto el terrible problema de la mortandad humana. Gracias a los descubrimientos de Pasteur el promedio de vida que antes era de cuarenta años ha llegado hoy a los setenta. Y esto está haciendo que en una generación, más o menos, se duplique la población terrestre, causando, según la opinión de muchos, un problema de superpoblación no acompañado de la superproducción necesaria. Problema que el neomaltusianismo ha planteado en forma verdaderamente trágica.

Sin embargo, para muchos economistas, los nuevos métodos de cultivo y más adelantos obtenidos en la agricultura, permitirán que la producción se multiplique de modo que ese problema no tendrá importancia en el futuro.



RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
LIBERTÉ-ÉGALITÉ-FRATERNITÉ

A—51.

Administration générale de l'Assistance publique à Paris

NECKER

Je, soussigné, Chef du Laboratoire de la Clinique des Voies Urinaires de l'Hôpital Necker, service de Mr le Professeur Albarran, certifie que le Dr Emiliano J. Crespo, a suivi avec assiduité un cours pratique d'histo-bactériologie

Paris, le 9 Juin 1910

V. Guillaume

FACULTÉ DE MÉDECINE
HOPITAL NECKER
LABORATOIRE D'HISTOLOGIE & BACTÉRIOLOGIE
CLINIQUE DES VOIES URINAIRES

Certificado del curso de Histobacteriología en el Laboratorio de Histología de la Clínica de Vías Urinarias del hospital Necker. Emitido en junio de 1910

CAPÍTULO VI

EL DECANO LANDOUZY Y EL PROFESOR HARTMANN DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARÍS

Landouzy testigo ocular de la obra de Pasteur. —Ultraje que le infiere un alumno. — Sugerencia del Prof. Hartmann para castigar al hechor. —Baño obligado en la Fontaine Médicis. — Necesidad del respeto a los profesores como base de la disciplina. — El funesto "derecho de tacha", una de las causas de la crisis de nuestra Universidad. — El mal de las huelgas estudiantiles. — El incrédulo profesor Rogers, decano sustituto. — Alexis Carrel, el sabio biólogo más notable del siglo XX.

Mr. Landouzy,[94] decano de la Facultad de Medicina de París durante parte de mi permanencia allí, era uno de los testigos oculares de las obras de Luis Pasteur y, aún estudiante, había ya reconocido su valor inmenso para la patología y la terapéutica. Muchos de

[94] Louis Théophile Joseph Landouzy (1845-1917), medico bacteriólogo francés. Graduado de médico en 1876, en 1880 obtuvo la agregación; en 1883 fue médico de los hospitales y encargado de curso auxiliar de patología interna. Después, en 1885, pasó a impartir higiene. Escribió numerosos estudios y realizó viajes por encargo del Ministerio de Instrucción pública a Medio Oriente, Europa y el norte de África para difundir la enseñanza y la práctica de la medicina, reorganizando las escuelas francesas de medicina. En 1890 fue médico del hospital Laennec y se encargó de la enseñanza de clínica general. Landouzy tuvo un extraordinario interés en la tuberculosis, no solo desde el punto de vista clínico y bacteriológico, sino también desde el preventivo y social; así lo atestiguan sus numerosas publicaciones sobre el tema. Se preocupó por la tuberculosis en la infancia y por los establecimientos para la cura de la enfermedad y posterior rehabilitación de los enfermos. Pensaba que era más útil la educación sanitaria de la población y la promoción de la salud pública para prevenirla que otro tipo de medidas. La higiene pública y la medicina social también fueron otros de sus campos, en especial lo que se refiere a la alimentación en la infancia, a los obreros y durante la vejez. El interés en las enfermedades infecciosas y su tratamiento se refleja muy bien en su libro *Les Sérothérapies, leçons de thérapeutique et matière médicale, professées à la Faculté de médecine de l'Université de Paris,* ejemplo de libro didáctico, puesto al día y riguroso. En 1901 fue nombrado catedrático de clínica médica (cuarta cátedra) asociada al Hospital Laennec. En el curso 1907-1908 fue elegido decano, cargo que ocupó hasta su muerte, diez años después *(N. del E.).*

mis profesores de entonces fueron como espectadores de esa obra monumental y ya, sobre el fundamento de ella, hicieron evolucionar la medicina y la cirugía hacia un campo más científico y apartado de empirismos, prejuicios y simples hipótesis.

El decano Landouzy, no obstante su inmenso valor científico y su alta posición en la facultad, fue un día ultrajado de palabra y de obra por un alumno.

Ya es de calcular los efectos de semejante atentado y cómo hubo una reacción general, tanto del profesorado como del alumnado.

Una enorme concurrencia de estudiantes se hallaba reunida y hasta intervino la policía para restablecer el orden. Esto trajo la protesta más indignada de los estudiantes, pues nunca la fuerza pública debe hollar el recinto del "templo de las ciencias".

Lo cierto es que había ese día una gran efervescencia en los pasillos de la Escuela Teórica, mientras se deliberaba sobre la conducta que debía emplearse respecto al alumno atrevido que llegó a tan grave actuación.

En esto apareció, en una tribuna llevada allí al efecto, el profesor Hartmann. Era un altísimo exponente de la cirugía y maestro respetadísimo.[95] Hasta su presencia física imponía simpatía y respeto. Una larga y encanecida barba pendía de su mentón y llegaba hasta la mitad del pecho. Su mirada era viva y casi fosforescente. Su apostura, marcial y altiva. Habló a esa multitud agrupada allí por el inusitado acontecimiento. Luego de exponer el caso con los tintes más vivos y ponderar la gravedad del hecho, preguntó: "¿Cuál debe ser la sanción para esta falta?". Y luego de enumerar todos los castigos que establecen los reglamentos de la institución, terminó diciendo: "Hace mucho tiempo, cuando yo era estudiante, ocurrió un hecho análogo. Hubo un malcriado que faltó gravemente a uno de los profesores más respetables y la sanción fue muy simple, pues antes de que fuese castigado por

[95] Ver nota al pie de página número 89 *(N. del E.)*.

las autoridades del plantel, nos reunimos todos los alumnos y sentenciárnosle a un baño en una fuente vecina. Yo sugiero, queridos alumnos, que procedan ustedes en la misma forma con el atrevido y que, luego de sancionarlo así, acudan a los superiores en demanda de piedad para el culpable".

Inmediatamente todos los jóvenes nos precipitamos sobre el delincuente y lo llevamos en vilo al Jardín del Luxembourg, y lo arrojamos en la Fontaine Médecis, manteniéndole sumergido largo rato allí, sacándole para que respire y volviéndole a hundir repetidas veces; por fin, empapado, le dejamos partir.

Para mí ese incidente fue poco edificante, porque una falta así se hubiera castigado en mi país, en ese tiempo por lo menos, con la expulsión del estudiante culpable y con la agravante de que no pudiera ingresar en ninguna universidad de la República.

Laudouzy, insigne terapeuta, autor de numerosas obras de medicina, profesor de la facultad y miembro de la Academia de Medicina, hombre ilustre, en fin, por todos sus méritos de científico; Landouzy, lleno de piedad para el delincuente, interpuso todo su valimento ante las demás autoridades de esa ilustre facultad, para que fuese indultado, considerando que el chapuzón recibido en la Fontaine Médicis era ya suficiente castigo.

Quedó, pues, el culpable bien lavado, *intus et extra,* por la benevolencia del rector y por las aguas de esa fuente célebre, respectivamente...

Las sanciones eran entonces, y lo son hasta ahora en Europa, de lo más severas. Gran disciplina hay en esos centros de alto valor científico. Gran respeto para los maestros a quienes denominan los alumnos con el respetuoso calificativo de "el patrón". Es de ver cómo eminentes sabios de fama mundial, cuando llega el jubilado maestro a sus clases o servicios hospitalarios, le reciben con el mayor respeto y le rinden todos los homenajes y deferencias.

Por una asociación de ideas singular me ha venido a la mente lo que sucede en nuestro país. Me había yo ausentado en 1948 del Ecuador para reparar mi salud algo quebrantada y, al regreso,

concurrí a una sesión solemne de inauguración de cursos, en la Facultad de Ciencias Médicas, como profesor que era. ¿Cuál sería mi sorpresa y, por qué no decirlo, mi indignación, cuando el secretario leyó un artículo del reglamento que establecía el "derecho de tacha" concedido a los alumnos para con sus profesores? Este famoso *"derecho"* facultaba a los estudiantes a tachar al profesor y, cuando el número de los firmantes en la solicitud dirigida al Consejo Universitario era del setenta y cinco por ciento o más, el profesor debía ser destituido.

En el acto pensé que este derecho iba a ser funesto para los buenos profesores y no para los malos e incompetentes. En efecto, el buen profesor es, por regla general, exigente para con los alumnos. Él no contemporiza con los estudiantes ineptos o descuidados. En cambio, el mal profesor trata de bienquistarse con los discípulos y jamás quedar mal con ellos. Él se da por entero a sus alumnos, no en el sentido de la buena enseñanza, sino en toda clase de concesiones y halagos. Así logra que se le considere, no por verdadero respeto, sino por un sentido de compasión y por ver asegurada su impunidad. Ese profesor permitirá que el más inepto gane el año siempre. Nunca se manifestará severo y exigente, pues su único anhelo será no desagradar a esos muchachos que pueden tacharlo.

Este concepto mío se ha justificado plenamente con el tiempo. Así hemos visto salir del magisterio a magníficos profesores. El primero en caer bajo esta inicua concesión al alumnado fue el mejor profesor de la Facultad de Ciencias Matemáticas de Cuenca, Sr. Ingeniero Tinoco. Tenía este notable científico unos ocho alumnos. De entre éstos, había dos muy competentes y aprovechados. A ellos les aseguraba el profesor que rendirían sus pruebas finales en el mes de julio y, a los demás, por no estar bien preparados, les decía que se prepararan durante los meses de vacaciones para poder presentarse a examen en el mes de octubre. Esto bastó para que los seis restantes —que constituían el setenta y cinco por ciento de ese alumnado— aprovecharan del famoso "derecho de tacha" contra el ilustre maestro.

Entró en estudio del Consejo Universitario el asunto y, entre tanto, el señor Tinoco consideró como ultrajante a su dignidad el procedimiento de los estudiantes y presentó su renuncia que, desgraciadamente, fue aceptada por dicho organismo director. Así perdió esa facultad a uno de sus mejores profesores que, indudablemente, nunca fue reemplazado debidamente.

Algún tiempo después ha sucedido lo mismo con otro magnífico profesor de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Barrera, quien, tachado por "demasiado severo", ha tenido que separarse, con grave detrimento para la enseñanza.

Seguirá ocurriendo lo mismo en adelante y así veremos después de algún tiempo desiertas las cátedras universitarias de profesores verdaderamente científicos. Ahora mismo conocemos algunos profesores ineptos que están perjudicando a la enseñanza; pero que, en su anhelo de no separarse de la cátedra, adulan a sus alumnos con grave perjuicio para ellos mismos, pues solo desean "pasar el año" y no saber. Es decir que lo único que les interesa es obtener un título que les permita hacer fortuna, ganar mucho dinero, sin considerar el tremendo peligro en que pondrán a la clientela que se confía a ellos. Y es de observar que son generalmente los que más dinero ganan esos que fueron pésimos estudiantes; mientras los mejores y más capacitados permanecen pobres o, por lo menos, en situaciones modestas bajo el concepto económico. Estos buscan en primer lugar hacer el bien de quienes se confían a sus cuidados, quedando en segundo lugar el precio de la remuneración justamente obtenida.

Otro terrible mal que aqueja a la enseñanza es aquello de la huelga de estudiantes. Ese derecho, que es reconocido aún por la Iglesia católica, es lógico en el caso de los obreros que trabajan para el beneficio de una empresa que, cuando se para el trabajo, sufre pérdidas más o menos considerables. Pero la huelga de estudiantes es absurda e ilógica. ¿Quiénes resultan perjudicados por ella, sino los estudiantes mismos? Pero las huelgas estudiantiles en nuestro país van acompañadas de toda clase de abusos y tropelías, destrozos materiales y hasta delitos. Esas huelgas no

deben ser permitidas y, si hubiera un Gobierno serio y respetuoso de su propia autoridad, debiera castigar y, aún mejor, impedir radicalmente su producción.

Para mí, es la escuela laica la culpable de la situación de indisciplina, de altanería, que llega a lo inaudito en los planteles de educación, desde la primaria hasta la superior. Niños y jóvenes educados sin normas ni preceptos y que no temen a nadie, o solamente al castigo policial, son el mejor elemento para la germinación del mal en todas y cada una de sus formas. Son, como ahora se dice con toda propiedad "el mejor medio de cultivo" para todas esas cepas de maldad ...

Después de esta digresión tan extensa quiero seguir hablando de otros personajes de la medicina francesa en aquellos tiempos. Le sucedió en el decanato de la Facultad de Medicina, provisto de una barba caprina muy recia y larga, este decano había sido, si mal no recuerdo, notable fisiólogo. Poco tengo que hablar de él, porque no lo traté durante mi permanencia en París. Solo referiré que algún tiempo después leí un libro suyo en que intentaba refutar la existencia de los milagros y en que, perurgido por la evidencia de algunos de ellos, apeló a la autosugestión para explicar los fenómenos maravillosos que se denominan tales. Decía, pues, ese sabio incrédulo, que era la fama de ciertos lugares considerados como milagrosos lo que producía esos efectos. Así, hablaba de que en el Epidauro, en Lourdes y en La Meca se producían aquellos fenómenos debidos solo a la convicción de los creyentes. Para mí esos sabios que niegan todo aquello que no pueden explicar, o que dan explicaciones como la presente, merecen ser considerados como seres obcecados e impermeables a toda noción de espiritualidad.

Y, a propósito, se me viene a la mente la gloriosa figura de Alexis Carrel, que es el sabio biólogo más notable de este siglo. Él fue el primero que logró cultivar tejidos vivos, como las células del embrión de pollo, que totalmente separadas del organismo en que vivían continúan aun viviendo y reproduciéndose, por decirlo así, indefinidamente.

Pues bien, este insigne sabio, no prevenido contra ningún concepto, presenció un milagro de Lourdes y escribió un bello librito en que reconocía su realidad.[96]

Esto le trajo, como consecuencia, que la Academia de Medicina de París le negara su acceso a ella; lo que causó profundo resentimiento a Carrel, quien se expatrió de Francia y aceptó un puesto en el Instituto Rockefeller de Estados Unidos, siguiendo allí la serie de sus prodigiosos descubrimientos.

Mas, en la noble alma de Carrel no podía morir el sentimiento de patriotismo y, cuando comenzó la última guerra mundial, regresó a Francia y ofreció su contingente para salvar la vida de sus hermanos que caían en los campos de batalla, entregándose íntegramente a su amada nación francesa.

Inventó, de acuerdo con Daikin, un método de tratamiento de las heridas de guerra en el que se tenía en constante irrigación, por el líquido o licor de Daikin, los tejidos de las paredes de la herida. Pero, además de esto, los servicios que prestó Carrel a la causa de Francia fueron imponderables.

Carrel ofrendó su vida a Francia y ya no retornó a sus laboratorios del Instituto Rockefeller. Murió a raíz de la última guerra mundial.

Su libro "La Incógnita del Hombre" o "El Hombre un Desconocido" y otros más, son magníficos monumentos que lo recomendarán durante muchos años a la admiración de la humanidad.

---

[96] Alexis Carrel (1873-1944), médico francés, Premio Nobel de Medicina 1912. En 1902, ya médico y asistente en el Departamento de Anatomía, publicó un trabajo en la revista científica *Lyon Medical.* Ese trabajo científico hizo historia. Dos semanas más tarde se encontró en el tren a Lourdes a Marie Bailly, una joven afectada de peritonitis tuberculosa en último estadio. Allí, Carrel fue testigo calificado de la curación extraordinaria de Bailly. Los hechos precisos se encuentran disponibles en el "Dossier 54" y se conocieron como el "Caso Bailly". Por otra parte, la experiencia espiritual que sacudió a Carrel en los siguientes cinco días fue descrita por él de manera novelada en *Le voyage de Lourdes,* que se publicó después de su muerte, en 1948, con el subtítulo S*uivi de fragments de journal et de méditations* (traducida luego a muchos idiomas). Carrel, aunque desconcertado y atónito, informó de forma precisa sus observaciones a la comunidad médica en Lyon. A continuación, fue atacado por el clero, que lo consideró demasiado escéptico, y por sus propios colegas médicos, que lo consideraron demasiado crédulo y "místico". Lourdes es uno de los destinos principales de peregrinación católica en el mundo *(N. del E.)*.

CAPÍTULO VII

RIVALIDADES ENTRE LAS FACULTADES O ESCUELAS FRANCESAS

El profesor Nicolás, de Nancy, elegido para suceder a Poirier. —Los estudiantes de París deciden boicotearle y tiene que renunciar. —La ciencia es ciudadana de todas las naciones. —Caso análogo con el profesor Doyen, que no puede dictar clases en la facultad. —Los alumnos extranjeros nos beneficiamos de las enseñanzas de este gran cirujano, de fama universal. —Su clínica en la Rue de Piccini. —Un brindis con champagne finalizaba sus operaciones. —Sus descalabros económicos por sus amoríos. —Doyen, héroe del bisturí y del florete.

Por vacancia de la cátedra de anatomía de la Universidad de París, a la muerte del profesor Poirier, fue designado para esa cátedra el profesor Nicolás, de Nancy.[97] Mas esta designación no satisfizo a los universitarios parisienses y se propusieron "boicotearlo".

El día de su lección inaugural en el gran anfiteatro, un enorme grupo de estudiantes llenó el recinto. Apenas se presentó el ilustre embriólogo y anatomista, de fama mundial, una salva de rechiflas estalló inmisericorde. Gritos injuriosos, epítetos denigrantes: era un tremendo *chahut.*

Conspuer Nicolás, conspuer Nicolás, conspuer; fue entonando a todo pecho por la multitud presente.[98] Y ese grito se repitió,

---

[97] Adolphe Nicolás (1861-1939), médico francés, estudió en la Facultad de Nancy y se orientó a las ciencias anatómicas en su universidad. Se graduó de doctor en 1883, jefe de trabajos anatómicos en 1885, agregado a los 25 años, y titular de la cátedra de Anatomía en 1893. Llamado por sus méritos a la Facultad de Medicina de París en 1907 para ocupar la cátedra vacante de su amigo y colaborador Poirier, viajó a la capital con el profesor Prenant, nombrado a la vez a la cátedra de Histología. Ingresó a la Academia de Medicina en 1918. También fue pionero en trabajos de histología y endocrinología *(N. del E.).*

[98] "Cállate Nicolás" o "Silencio Nicolás" *(N. del E.).*

implacable, acompañando a ese coro un sin número de proyectiles dirigidos contra el venerable sabio, allí expuesto a ese insulto de los estudiantes; y esos proyectiles eran legumbres y otros objetos arrojados sobre él.

No fue posible conjurar semejante demostración de desagrado de esa juventud francesa. Esto se repitió siempre que Nicolás trataba de iniciar sus cursos. Así es que tuvo, buenamente, que renunciar a su cátedra, por el solo hecho de no haber pertenecido al escalafón de la Universidad de París.

Con la agravante de que esas manifestaciones tan poco cultas no podían ser impedidas por la policía. El mero intento de penetrar la fuerza pública en el recinto de alguna de esas sabias facultades es aún considerado como un desacato monstruoso y una falta imperdonable.

Para nosotros, los extranjeros, ese proceder de los estudiantes nos pareció absurdo e insólito: la ciencia no tiene límites ni fronteras, mucho menos mezquinas limitaciones lugareñas, ella es ciudadana de todas las naciones; su patria es el planeta; sus dominios, todas las mentes humanas.

Una cosa análoga ocurrió cuando el gran cirujano Doyen[99] quiso dar unas lecciones de anatomía topográfica en el anfiteatro de la Escuela Práctica de Medicina. Se trataba de lo siguiente: Doyen había inventado un método de practicar enormes cortes del cuerpo humano que permitían, proyectados sobre una pantalla, estudiar maravillosamente la anatomía de la región. Los

[99] Eugène-Louis Doyen (1859-1916), cirujano francés, nacido en Reims. Estudió medicina en su ciudad natal y en París, donde abrió un instituto médico que atrajo a una clientela de personas ricas. Doyen fue un cirujano hábil y muy innovador que inventó varias técnicas e instrumentos quirúrgicos, algunos de los cuales llevan su nombre hasta el día de hoy, como dice más adelante en sus memorias el doctor Crespo. Fue pionero en el uso de la electrocirugía y de la electrocoagulación. Tuvo mucho interés en la fotografía y el cine y realizó experimentos pioneros en fotografía a color, microcinematografía y estereoscópica. Produjo numerosas películas de sus operaciones las que, aunque fueron muy populares en las conferencias médicas en el exterior, resultaron muy criticadas por sus contemporáneos en Francia, quienes pensaban que quedaba comprometida la integridad de la profesión *(N. del E.)*.

tejidos habían sido coloreados hermosamente con el colorido natural; de modo que una lección acompañada de esas proyecciones resultaba la mejor lección de anatomía topográfica, porque se conservaban maravillosamente todos los órganos con sus relaciones normales. Las arterias se mostraban como enormes conductos. La aorta, por ejemplo, tenía el volumen de una viga o de una gruesa cañería de agua potable. Los nervios, coloreados en ligero amarillo, eran cables gruesísimos. Así, el nervio ciático parecía un grueso cabestro, etcétera.

Pues bien, como Doyen no era de la Escuela de París, sino de Montpellier,[100] los estudiantes parisienses —inducidos indudablemente por los profesores de la facultad— se propusieron impedir el desarrollo de las conferencias ofrecidas por el insigne cirujano. Procedieron de un modo igual a lo hecho contra Nicolás. Los gritos de *conspuer Doyen, conspuer Doyen, conspuer,* entonados vigorosamente, resonaron en los ámbitos de ese anfiteatro que se hallaba repleto de manifestantes. Y cuando asomó el conferenciante cayeron sobre él rábanos y otras hortalizas y hasta huevos.

Un acompañante de Doyen, monsieur Bouchon, que era también su ayudante e interno en su clínica de la Rue de Piccini, protestó contra semejantes ultrajes y desafió al presidente de la asociación de estudiantes que se hallaba allí. Este no aceptó el reto, y Bouchon le arrojó a la cara su tarjeta de desafío; pero el estudiante no reaccionó como debía.

En resumen, la lección no pudo realizarse y después de varias tentativas tuvo Doyen que desistir de ella. Después consiguió ser aceptado en el Local des Societés Savantes. Allí, nosotros, los estudiantes extranjeros, libres de prejuicios y rivalidades tontas, pudimos seguir esa magnífica serie de proyecciones acompañadas de lecciones dadas por ese genio de la cirugía.

---

[100] Aquí hay una pequeña imprecisión del autor, pues era de Reims y no de Montpellier *(N. del E.)*.

Pero quiero hablar más extensamente de Doyen el gran cirujano.

Él no había seguido los cursos de la Facultad de París, sino que se había educado no recuerdo si en Lyon, Lille o Nancy.[101] No había pasado por la hilera que se debe seguir para llegar a profesor de la Facultad de Medicina o para jefe del Servicio Hospitalario. Él se había formado aparte, había llegado por sus propias facultades a ocupar un puesto distinguidísimo en la cirugía francesa.

La historia de Doyen es sumamente interesante y llena de curiosos episodios. Gran cirujano, su fama se extendió a todo el mundo, de modo que venían a pedirle atención de todos los lugares de la tierra. Creador de varios procedimientos operatorios, por ejemplo, en las histerectomías total y subtotal, hay varios métodos denominados de Doyen. Inventor de muchos instrumentos de cirugía como pinzas, tijeras, separadores, desenclavadores, trépanos, etc.

Operador rapidísimo y de una técnica impecable, él, en pocos minutos, realizaba operaciones que otros cirujanos hacían en un tiempo mucho mayor. Por ejemplo, en las laparotomías, a diferencia de la mayoría de operadores, no seccionaba plano por plano la pared abdominal, sino que de un solo corte atravesaba todos los planos excepto el peritoneo, tal era su práctica. Asimismo, en la histerectomía, hacía primeramente la sección del cuello uterino de atrás a delante y, luego, rasgando de atrás a delante el ligamento ancho, lo tomaba con unas pinzas y, de un corte, lo seccionaba, quedando tomados todos los vasos uterinos en las pinzas primeramente colocadas. Estos y varios otros trucos, volvían las intervenciones de Doyen sumamente rápidas. La ventaja de la rapidez era entonces de mucha importancia, sobre todo porque la anestesia al cloroformo y aun al éter no debía prolongarse por mucho tiempo, por el riesgo de producir graves fenómenos aún mortales.

Hoy la rapidez ha perdido mucho de su valor y es preferible operar con alguna lentitud antes que, por el deseo de hacerlo demasiado rápido, se corra el riesgo de olvidar la prolijidad que

[101] Reims, como se dijo en la nota anterior *(N. del E.)*.

debe reinar en todo acto quirúrgico. La anestesia ha tomado actualmente una perfección maravillosa gracias al empleo de aparatos que permiten usar varios anestésicos, como éter, ciclopropano, peróxido de nitrógeno, etc., asociados al oxígeno.

Decía antes que Doyen operaba con gran rapidez y precisión. Pero, además, era muy partidario de la ostentación. Cuando yo asistí a su famosa clínica de la Rue de Piccini, tuve que ponerme una especie de poncho de tela blanca muy largo que impedía el uso de las manos. Su objeto era el de evitar que el concurrente cometa alguna falta que comprometa la asepsia de la operación. Luego observé que durante toda la intervención funcionaban dos aparatos registradores: un cinemascopio para tomar todas las actitudes y movimientos del cirujano y un fonógrafo para grabar sus palabras. Y, por fin, otra práctica muy interesante era la de que, al fin de la jornada operatoria, el champagne era servido a toda la concurrencia en copas de Baccarat sumamente bellas. Todo esto volvía singular la cirugía del gran operador.

Pero si damos crédito a lo que se decía de la conducta privada del célebre Doyen, debemos relatar que él había tenido como querida *(petite amíe)* a una de las más destacadas bailarinas de la Opera de París. Que no obstante los pingües honorarios que cobraba por sus operaciones y más asistencias, había caído, por su prodigalidad, en quiebra *(fallite);* motivo por el cual sus acreedores habían hecho un concurso judicial y habían convenido entre ellos en explotarle del modo siguiente: darle un local provisto de todo lo necesario para que haga su clínica (Rue de Piccini) así como instrumental, mobiliario y más implementos. Ponerle un administrador que fije y que reciba los honorarios. De éstos, dar un buen sueldo a Doyen y, el resto, emplearlo en la amortización de sus deudas. Así es como Doyen salió del paso.

Era gran esgrimista: manejaba la espada con tanta habilidad como el bisturí y se referían muchos lances en que, saliendo victorioso, perdonaba la vida de su rival.

Esta es la biografía sumaria de ese insigne héroe del bisturí y del florete.

Doyen no era solamente un cirujano habilísimo sino también un buen diagnosticador. Hasta fue laboratorista, a juzgar por su descubrimiento del *micrococus neoformans.* Creyó, en efecto, haber descubierto el agente del cáncer y lanzó una clarinada que repercutió en todo el mundo médico. Desgraciadamente, su *micrococus neoformans* tan bellamente bautizado, no fue otra cosa que un defecto de preparación histológica que indujo a error a tan simpático hombre de ciencia.

¡Ah! si ese descubrimiento hubiera sido efectivo, de cuantos millones de decesos prematuros se hubiera librado la humanidad desde ese tiempo hasta hoy.

El cáncer sigue siendo el enigma más formidable que haya registrado la medicina y la biología. Sin embargo, parece que nos hallamos muy cercanos al despeje de esa incógnita, tan oscura, que es la única tal vez que no ha llegado a resolverse en siglos de siglos y que, aún en este tiempo, en que la técnica más perfeccionada va descubriendo a los enemigos de la especie humana, uno por uno, ese, el mayor, permanece aún inencontrable.

Cuando aún no regresaba yo a mi patria ya surgía en el ambiente de la cirugía francesa el doctor Gosset,[102] joven y distinguido operador que, al igual de otros, como Dujarier, iba ascendiendo en ese cielo de la ciencia. Gosset probablemente debía ser quien reemplazaría a Doyen, por su gran habilidad quirúrgica y la rapidez con que trabajaba.

[102] Antonin Gosset (1872-1944), médico cirujano francés, inventor de diferentes técnicas operatorias en cirugía digestiva. Fue elegido a la Academia de Medicina en 1928 y a la Academia de Ciencias en 1934. Operaba especialmente en el hospital de la Salpêtrière, uno de cuyos pabellones lleva su nombre *(N. del E.)*.

CAPÍTULO VIII

MICROBIOLOGÍA, PATOLOGÍA TROPICAL Y PARASITOLOGÍA. CURSO DE MEDICINA COLONIAL EN LA FACULTAD DE PARÍS

Los profesores Brumpt y Blanchard, Burz y Langeron. — Utilidad fundamental de mis estudios en París para el progreso de las ciencias médicas en el Azuay. — El anquilostoma duodenal, el necátor americano y otros parásitos. —Su descubrimiento en Cuenca a mi regreso de París. —Reacción de un prestigioso maestro. —Estudio del anquilostoma duodenal: su tratamiento. —La entamoeba histolytica de Schaudinn. —Una ameba cuencana descubierta en París. —Tratamientos de la amebiasis y del absceso hepático.

No obstante que en el curso del Instituto Pasteur, además de la Microbiología, estudiamos también la Parasitología, creímos conveniente, mi amigo Ortega y yo, seguir el curso de Medicina Colonial de la Facultad de París. Así se denominaba un extenso curso de Medicina Exótica anexo a la Facultad. Era el joven profesor Brumpt1[103] el jefe de ese instituto y le acompañaban en la enseñanza muchos otros sabios como Marchoux[104] y Geanselme.

Allí nos visitaba con frecuencia y nos hacía oír su elocuente verbo el profesor jubilado Mr. Blanchard. Sus conferencias, profundamente científicas, tenían además el mérito de ser expuestas

[103] Alexandre Joseph Émile Brumpt (1877-1951), médico parasitólogo francés. Estudió zoología y parasitología en París. Se graduó en 1906 y en 1919 sucedió a Raphaël Blanchard (1857-1919) como profesor titular de parasitología en la Facultad de Medicina de París, cargo que mantuvo hasta 1948. Gran parte de su carrera la dedicó a realizar investigaciones en África y América Latina *(N. del E.)*.

[104] Émile Marchoux (1862-1943, médico y biólogo francés. Se graduó de doctor en 1887 y trabajó tres años en Dahomey y tres en Vietnam, regresando a París en 1893 donde siguió cursos de microbiología en el Instituto Pasteur con Emile Roux (1853-1933). Luego

en un lenguaje brillante y florido.

Brumpt era igualmente sabio. A pesar de su juventud había llegado por sus propios méritos al profesorado principal de medicina exótica.

Y aquí conviene que haga una aclaración sobre la nomenclatura de esta rama especializada de la medicina. El nombre de "colonial" corresponde naturalmente en Francia a la medicina de sus colonias. Medicina Tropical, como otros la designan, tiene el inconveniente de circunscribir al trópico o zona tórrida el estudio y, de hecho, se elimina a enfermedades que existen en otros lugares no tropicales. Por fin, el nombre de medicina exótica indica el estudio de enfermedades propias de países distintos de una metrópoli.

Todos nuestros maestros en ese instituto habían viajado a lugares del planeta en donde existían tales o cuales endemias y epidemias no europeas. Habían realizado personalmente investigaciones profundas sobre ellas y en muchos casos habían descubierto agentes patógenos de orden biológico.

Otro profesor de ese curso era el doctor Burz, viejecito muy simpático y magnífico conferencista.

Recuerdo yo con especial afecto y admiración al doctor Langeron,[105] joven profesor y maravilloso técnico, que nos enseñaba

---

fue a Senegal, donde montó un laboratorio de microbiología y estudió la malaria, publicando un influyente artículo sobre ella en los *Annales de l'Institut Pasteur* (1897). Entre 1901 y 1905, Marchoux trabajó en Brasil con Paul-Louis Simond (1858-1947) y Alexandre Salimbeni (1867-1942), logrando los tres erradicar la epidemia de fiebre amarilla en Río de Janeiro. En 1905 fue nombrado jefe de "Microbiología Tropical" en el Instituto Pasteur y en 1908 fue cofundador de la Société de pathologie exotique con Alphonse Laveran (1845-1922) y Félix Mesnil (1868-1938). Se lo recuerda también como pionero en la profilaxis y el tratamiento humanitario de la lepra. En 1907 fue el coautor del tratado de *Hygiène coloniale,* incluido en el *Traité d'hygiène* of Paul Brouardel (1837-1906) y Ernest Mosny (1861-1918) *(N. del E.)*.

[105] Maurice Charles Pierre Langeron (1874-1950) médico, biólogo y micólogo francés; que trabajó además con fósiles vegetales. Estudió medicina en París. Investigó y publicó numerosas obras científicas, entre ellas *Précis de microscopie,* la cual tuvo siete ediciones (la última apareció en 1949). *(N. del E.)*.

la práctica de laboratorio con gran empeño, competencia máxima y dedicación absoluta. Fue además autor de un libro de *Técnica de laboratorio.*

Discurría entre nosotros de mesa en mesa, dándonos una indicación, observando nuestras preparaciones microscópicas, enmendando nuestras faltas de técnica. Tenía, por desgracia una grave tartamudez que, no obstante sus grandes méritos de hombre de ciencia, descubridor o inventor de procedimientos, etc., le impidió llegar al profesorado de la Facultad de Medicina.

Lo más importante para nosotros en ese curso fue el estudio profundo y perfecto de la parasitología. Allí conocimos y estudiamos a fondo todos los parásitos animales y vegetales que atacan al hombre.

Para mí tiene especial importancia la parasitología intestinal, por ser en ella en donde logré dar, después en Cuenca, lecciones prácticas muy importantes.

En efecto, los parásitos que hice conocer en Cuenca fueron los siguientes: entre los nemátodos: el *anquilostoma duodenal, el necátor americano y el tricocéfalo triquiuro;* entre los platelmintos: el *distoma hepático, la himenolepis nana;* entre los protozoos: la *entamoeba histolytica* de Schaudinn, las *trichomonas, leptomonas y lamblias,* así como el *balantidium coli,* el *balantidium minutum,* etc.

Ya he referido cómo, en una de las primeras lecciones dadas por el ilustre profesor Blanchard, cuando nos hablaba de ciertos caracteres raciales y nos decía que la raza mongólica, además de los caracteres faciales, tenía el de la mancha azul mongólica sacra, y el del huesecillo llamado *ostium japonicum,* situado entre la apófisis cigomática del temporal y el hueso malar; yo le manifesté que los indígenas americanos poseían la misma mancha azul mongólica, que se denominaba en mi país con el nombre de "medalla" y que era un carácter general en todos los niños indios. Esto manifestaría, dije yo, que esas dos razas son muy afines, quizás hermanas o procedente la una de la otra. Después he visto que en varios congresos etnológicos se ha dicho lo mismo. Pero

creo que yo fui el primero en hacer notar esa particularidad.

Respecto al parasitismo debo hacer la siguiente narración: Mi señor padre, distinguido médico que ejerció su profesión durante muchos años en el Litoral ecuatoriano: me decía en cierta ocasión: "Hay una forma de paludismo crónico que no cede a la quinina y para la cual lo único es enviar al enfermo a la Sierra y eso siempre que su estado de anemia no sea demasiado avanzado; porque cuando lo es, hay peligro de que muera en la cordillera".

Yo, en el Instituto de Medicina Colonial, al estudiar el anquilostoma y el necátor, me di cuenta en el acto de la causa de esa anemia profunda de los peones agrícolas de esas comarcas. La descripción de los signos y síntomas de esa enfermedad, con esa palidez de papel en sus tegumentos, la danza de las arterias del cuello, los soplos anorgánicos del corazón, ese aspecto inflado de sus semblantes, ese desaliento para el trabajo, la facilidad con que se ahogan en el menor esfuerzo; todo, en fin, coincidía exactamente con aquella sintomatología.

En el hospital San Vicente de Paúl de Cuenca, en donde realicé mi práctica, había visto muchos de esos enfermos que llegaban del Litoral, del valle de Yunguilla y del Oriente. Había visto tratarles con quina y quinina, sin resultado. Era, según un notable médico clínico del hospital, un paludismo muy singular, sin pigmentación melánica de los tegumentos, sin bazo muy hipertrófico, sin accesos clásicos de fiebre intermitente, etc. Muchos de los pobres interioranos, que salían a Naranjal, Balao, Tenguel, El Oro, Los Ríos, etc. que iban en busca de dinero para la subsistencia de sus familias, regresaban tan enfermos que apenas podían transmontar la cordillera y algunos dejaban sus pobres huesos en el páramo, pues, si el aire denso de la Costa permitía una hematosis suficiente para un mínimo de vida, la atmósfera enrarecida de las cumbres andinas no abastecía a los requerimientos de un metabolismo ínfimo vital.

Fijándose el oxígeno de un millón y medio o menos de glóbulos rojos por milímetro cúbico, no podía oxigenar las células de ese organismo. La muerte acechaba en el Cajas, en el Pucará,

en Soldados a esos infelices labriegos. Yo he visto blanquear sus huesos a la vera del camino. Muchas cruces rústicas señalan los lugares en que habían sido inhumados los despojos mortales de esos héroes del trabajo.

Pensé, pues, en esos parásitos y me propuse constatar su presencia en cuanto regresara al Ecuador. En efecto, pocos días después de mi llegada a Guayaquil, en el año 1912, vino a mi consultorio, situado en el parque "Bolívar" o "Seminario", un enfermo procedente de la zona de Bucay, a quien varios médicos habían calificado de palúdico y cuyo tratamiento había sido sin resultado. Al hacer un examen de su sangre coloreada por el método panóptico de Papen Hay, no encontré un solo *plasmodium* de Laveran y tampoco pigmentación alguna de sus leucocitos. En cambio, hallé numerosísimos leucocitos eosinófilos que son propios del parasitismo intestinal.

Pedí entonces al paciente que trajera sus heces fecales. Cuando volvió al día siguiente, encontré, al examen coprológico microscópico, numerosos huevos oblongos transparentes y que contenían cuatro blastómeros.

El diagnóstico estaba hecho: *había anquilostomo en el litoral ecuatoriano* y a él se debía esa anemia terrible que se observa en muchos peones agrícolas de esas zonas.

Administré luego al enfermo unos sellos de timol, con las precauciones que exige ese medicamento (todo muy frío y con hielo, abstención absoluta de alcohol y de grasas, administración de un purgante la víspera por la noche y de otro una media hora después del último sello, etc.) En las deposiciones que fueron efecto de esta medicación numerosísimas uncinarias aparecieron.

Tanto en ese caso como en muchos otros posteriores pude, al examen microscópico de los parásitos expulsados, constatar los caracteres peculiares del anquilostoma: dos pares de ganchos en la cápsula bucal, y el número de estas en la cápsula copulatoria del macho y debo hacer notar que, en la mayor parte de los enfermos, es el anquilostoma el que se encuentra.

En otros casos he constatado el necátor americano por el exa-

men de su cápsula bucal, provista de las láminas faríngeas y, en la cápsula copulatoria del macho las astas características de esa especie.

A menudo se encuentran ejemplares de ambos uncinarios en las heces de individuos parasitados. No es cierto que en América solo se encuentre el necátor y es hasta más frecuente el anquilostoma duodenal.

Cuando fui a Cuenca, fundé en el hospital San Vicente mis dos salas de cirugía de hombres y de mujeres y tuve oportunidad de visitar también las de clínica. En la sala en donde trabajaba el doctor M. F. hallé un día a un enfermo tan típico que lo diagnostiqué de visu anquilostomático. Comuniqué al buen maestro mi diagnóstico y no se convenció. Entonces, llevando mi microscopio a esa sala, hice un examen de sangre y otro de heces fecales de aquel paciente. Mostré al profesor los eosignófilos en abundancia, indicándole sus caracteres. Luego hice ver al asombrado galeno los huevos de uncinaria en la deposición. Para mayor abundamiento administré timol al enfermo y después hice ver en las heces numerosas uncinarias. Solo así logré convencer al maestro, quien en adelante ya diagnosticaba y trataba a esos pacientes en forma correcta y eficaz.

En las heces de varios anquilostomiáticos, tuve también la precaución de clasificar debidamente a esos parásitos, para lo cual examiné cuidadosamente la cápsula bucal de ambos sexos y la cápsula copulatriz de los machos y constató perfectamente bien que se encontraban ya el uno, ya el otro de estos dos parásitos tan afines y parecidos. Había casos, como dije más arriba, en que se hallaban los dos en el mismo sujeto.

Cosa notable: casi siempre el parasitismo por anquilostomo era más severo que el parasitismo por necátor. Y esto también lo reconocen los autores de parasitología.

Debo hacer notar que estas nociones, que son ahora tan triviales, entonces eran completamente nuevas, lo que da valor a este relato. Ahora el estudiante de medicina más incipiente conoce estas cosas y hasta es capaz de dar lecciones al mismo profesor.

Pero en ese tiempo todo esto era novísimo y muy digno de reconocimiento para quien lo daba a conocer.

Lo mismo puede decirse de todos los otros parásitos que yo hice ver por primera vez en Cuenca y que enumeraré y describiré en las páginas siguientes. Sin arrogancia debo decir que fui yo quien dio a conocer por primera vez en el Ecuador a las dos uncinarias.

Pero, por ahora, concretémonos al anquilostoma y al necátor americano. Así como a los trastornos que ellos producen en el organismo que parasitan.

No me parece extemporáneo relatar la vida de ellos, describir su morfología y narrar su biografía, a guisa de divulgación científica, y también porque algunos de mis lectores podrán ser un día legisladores y, por consiguiente, se hallarán en capacidad de dictar leyes sabias para lograr la definitiva erradicación de estos parásitos del medio ambiente de la Costa, la Región Oriental y los valles cálidos de la Sierra. Nuestra agricultura se encuentra muy azotada por estos parasitismos, que incapacitan a los labriegos para su trabajo y, por lo mismo, vuelven muy cara la producción y elevada la mano de obra.

(El autor incluyó aquí una minuciosa descripción del aspecto de estos parásitos, los caracteres morfológicos que permiten al laboratorista distinguir entre el anquilostoma del nécator americano, así como de los distintos estadios de su evolución, que hemos optado por no publicar en esta edición destinada al gran público)

He insistido en estas descripciones para manifestar que yo, mediante exámenes microscópicos muy prolijos, he demostrado la existencia, en los lugares cálidos del Ecuador, de ambas especies de uncinarias: tanto el anquilostomo como el necátor.

Hay personas que, inspirándose en el nombre de necátor americano, creen que solo esta variedad existe en el Ecuador. Así expresó hace algunos años un profesor de terapéutica, poco informado en estos asuntos.

Todavía hay algo más: y es que el denominado necátor ameri-

cano no es oriundo de América, sino importado de África por los negros traídos desde allí por los traficantes de esclavos. Después ese parásito se ha vuelto endémico en América.

El anquilostomo o *anquilostomum* ha sido traído a América, seguramente, en los tiempos coloniales, por sujetos que trabajaban en las minas de Europa, en donde abundaba ese parásito.

Antes se creía que estos parásitos extraían del intestino cantidades considerables de sangre y que esta era la causa de la profunda anemia que produce una infestación intensa; pero después se ha llegado a determinar que esa cantidad es insignificante y que estos uncinarios más bien se alimentan de la mucosa duodenal, como lo prueban las lesiones que se encuentran en las autopsias de individuos muertos accidentalmente. Lo que parece más fundado es que, tanto el uno como el otro parásito, eliminan sustancias emolíticas que destruyen los glóbulos rojos de la sangre. Desde luego se ha constatado que ellos producen una sustancia anticoagulante similar de la "irudina" que segregan las sanguijuelas. Posiblemente eso influye en la anemia que se encuentra en los parasitados por ellos. Lo cierto es que, de un modo o de otro, las uncinarias son fuertemente anemiantes, como se ve a diario en nuestra Costa y en nuestro Oriente y en los valles profundos de la serranía ecuatoriana. Hay, sin embargo, autores que creen que esa anemia solo se produce cuando el portador de estos parásitos se halla mal alimentado, pues se ha visto individuos intensamente parasitados que no manifiestan anemia y que se alimentan muy bien. Este punto es muy digno de estudio y sería de que lo emprendan los médicos ecuatorianos, de esas comarcas afectadas de uncinariosos.

La presencia de anquilostomas en pequeño número no afecta notablemente al portador de ellas. Tal vez un enorme porcentaje de habitantes de nuestro Litoral se halla en esas condiciones manteniendo en su duodeno el parásito sin mayores consecuencias. Esto es también una causa determinante de la difusión de este parasitismo, pues esos portadores sanos de uncinarias riegan por todas partes los huevos de sus huéspedes y contribuyen in-

mensamente a la propagación del parasitismo.

Cuando el número de parásitos aumenta uno de los síntomas que más a menudo ofrece el enfermo es el dolor de estómago o el malestar que siente en el epigastrio. Esto se calma por la ingesta de alimentos y puede dar lugar a un error confundiéndolo con síntomas de *ulcus gástrico.*

Hay ocasiones en que el portador de parásitos quiere aliviar esas molestias ingiriendo sustancias extrañas, como tierra, papel, creta en una verdadera malasia o pica. Yo he visto niños que devoraban bujías esteáricas con gran voracidad. Luego se presentan también trastornos dispépticos: vómitos acuosos, mucosos o biliosos, diarrea y lientería, etc.

Las heces fecales son de color obscuro por la sangre que fluye de las pequeñas heridas causadas por las mordeduras de los parásitos a nivel del duodeno y, cuando la infestación es muy grave, del yeyuno.

En un caso en que por otro motivo tuve que realizar un tubaje del estómago, encontré al microscopio muchos huevos de anquilostomo. Yo no creo que el parásito se haya hospedado en el estómago, sino que, por la fuerza del vómito provocado, hubo una regurgitación del contenido duodenal hacia el estómago.

Una fiebre irregular puede presentarse en el enfermo uncinariótico y puede a veces alterar con períodos de atermia o aún de hipotermia. Probablemente estos casos son los que indujeron a nuestros mayores en medicina a diagnosticar paludismo en caso de uncinariosis.

Poco a poco se va estableciendo una anemia que se agrava y que se agrega a los trastornos intestinales.

La anemia se manifiesta por decoloración de las mucosas: conjuntiva palpebral, mucosa bucal. Por color blanquizco de la piel, cara inflada, salto o danza de las arterias del cuello, soplos extracardíacos paraapexinos muy manifiestos, pulso rápido y saltón. Además, se observa en el borde de los párpados y continuando la implantación de las pestañas unas líneas oscuras que se han señalado por algunos autores guayaquileños como patognomóni-

cas de la anemia uncinariótica.

El recuento globular manifiesta cifras bajísimas de glóbulos rojos, como un millón y aún menos por mm cc. Desde luego, esto se observa en casos muy avanzados de anemia.

El paciente se halla desalentado y se fatiga por el menor esfuerzo. Cuando sube a la cordillera, la fatiga y la disnea se agravan terriblemente y ha habido muchos casos en que el peoncito serrano, que ha permanecido trabajando en la agricultura da la Costa y se siente enfermo, y retorna a su hogar del interior, al ascender a la cumbre del Cajas o del Azuay, ha muerto víctima del mal de las montañas, que en el anémico parasitado se manifiesta mucho más pronto y más gravemente que en sujetos sanos.

Esa anemia, sin embargo, cede muy fácilmente a un tratamiento apropiado. Basta también muchas veces con la expulsión de los parásitos para que el enfermo, en un clima sano y no expuesto a reinfestaciones, cure pronto y completamente; sobre todo cuando toma una alimentación rica en proteínas, como carne, leche, huevos, etcétera.

Numerosísimos casos tratados por mí con solo el vermífugo, han sanado completamente. Claro que si a esto se añade un tratamiento antianémico, como por el hierro, el hígado o el extracto hepático u otro, el restablecimiento es mucho más pronto.

Yo tenía tanta práctica en el diagnóstico de esta parasitosis, que muchas veces, pasando cerca de un enfermo, le calificaba a la simple vista de anquilostomiático. Siempre el examen de sangre y de heces fecales confirmaba ese diagnóstico de fortuna.

Para obtener la expulsión del parásito yo solía administrar timol. La víspera del tratamiento se le daba al enfermo un purgante salino disuelto en agua fría. Para esto la comida de la tarde era reducida a muy poca cosa. Por la mañana en ayunas el enfermo ingería cada media hora dos sellos de timol finamente pulverizado, hasta completar unos seis sellos de medio gramo cada uno. Debía administrarse esos sellos con agua muy fría y aún mejor junto con trozos de hielo. Una media hora después del último sello se administraba otro purgante salino, asimismo con agua

helada. Esa mañana el enfermo no tomaba alimento de ninguna clase y para calmar la sed tomaba trocitos de hielo. En resumen, todo debía ser muy frío, no probar el enfermo bebida alguna alcohólica ni grasa o aceite de ninguna clase. Después de varias horas podía ingerir un poco de agua de arroz helada.

En las deposiciones se encontraban numerosas uncinarias y para mejor examen era conveniente lavar las heces fecales sobre un cedazo o tamiz.

El doctor N.N., de quien hablé ya al principio de este capítulo, era un señor bastante reacio a toda innovación o adelanto. Cuando examinamos juntos al enfermo de la sala San Luis, no admitió mi diagnóstico y se aferró al de paludismo crónico.

Debo manifestar que, con ese diagnóstico, solían permanecer días de días en el hospital los pobres anquilostomiáticos, sometidos siempre al tratamiento químico, hasta que unos fallecían y otros se largaban del hospital, cansados ya de un tratamiento que no daba resultado alguno. Tuve, pues, bastante dificultad en convencer al respetable colega de que hiciéramos un examen de sangre y otro de materias fecales del paciente. Llevé mi microscopio al hospital, piqué el dedo del enfermo, hice un frote de sangre en una lámina portaobjeto, luego lo coloreé al Giemsa e hice mirar al incrédulo, cuanto respetable colega la preparación, indicándole cada elemento que se presentaba en el campo microscópico. Así le hice conocer todos los elementos de la sangre con gran paciencia. Luego le hice ver los leucocitos eosinófilos que eran muy abundantes.

En las materias fecales le hice ver los huevos ovales y provistos de blastómeros que comprobaban el parasitismo por uncinaria del enfermo. Por fin prescribí el tratamiento vermífugo de timol con las precauciones ya indicadas.

Al día siguiente en las heces fecales lavadas abundaban los anquilostomos; lo que, por fin, convenció al profesor.

En adelante siguió el buen maestro tratando a los uncinarióticos con timol, pero una vez no siguió las normas de ese tratamiento; es decir, que no se percató de indicar que todo debe ser

muy frío o helado y que no debe absorber grasa alguna ni alcohol ni aceite de ninguna clase; y el paciente sufrió de una gravísima nefritis tóxica que casi se lo lleva al otro mundo.

Un punto importante que iba olvidando es el siguiente: en los campos de la Costa y de los lugares bajos con temperatura tropical, es muy frecuente que los trabajadores del campo sufran de fuertes comezones en los pies; especialmente en las ranuras interdigitales. Yo he explicado esas comezones por la penetración de las larvas de anquilostoma a través de la piel.

Los autores relatan también la presencia de ciertos síntomas bronquiales, coincidiendo con el paso de las larvas por los alveolos pulmonares.

Una vez estudiadas la morfología y la biología de estos parásitos y conociendo sus hábitos, su hábitat, sus metamorfosis y sus condiciones de vida en el medio ambiente, vamos a plantear el problema que se presenta en el Ecuador, cuyos valles tropicales se hallan infestados por este parasitismo, que es sumamente perjudicial para la agricultura, por atacar a los trabajadores del campo y, una vez alterada su salud, impedir que éstos cumplan a satisfacción con sus tareas. En suma, la presencia de la uncinariosis en los diversos lugares productores de frutos tropicales es una grave circunstancia para la marcha del progreso en el Ecuador.

Profilaxis. —En primer lugar, se debe hacer un examen general de todos los campesinos y labriegos que viven en esas zonas, al punto de vista de sus heces fecales. Sabemos que no solamente los enfermos sino también personas sanas albergan en sus intestinos a las uncinarias. Estos especialmente son portadores de gérmenes muy peligrosos, pues dejan desparramados por el suelo los huevos de dichos parásitos, que evolucionarán a sus etapas de larvas estrongiloides enquistadas, que penetrarán en los organismos de los otros trabajadores. Por consiguiente, habría que comenzar por el examen microscópico de las heces fecales de todos los habitantes de la región y una vez que se haya constatado la presencia de huevos en dichas materias, someter a sus portadores a un tratamiento eficaz para hacer desaparecer los parásitos de sus intestinos.

En segundo lugar, habría que educar a esos campesinos para que no defequen en los campos, sino que excaven fosos profundos y sobre ellos construyan letrinas de manera que sus defecaciones se realicen en ellas. Además, de cuando en cuando, arrojen en esos fosos cal viva en suficiente cantidad, para cubrir los materiales allí acumulados. Así se impediría que las larvas se desarrollen y se las mataría a las que, no obstante esas medidas, pudieran evolucionar. En cada poblado campestre y mientras un sistema de drenaje moderno, mediante buen alcantarillado y alejamiento de los materiales no se establezca, habría que ordenar el establecimiento de fosos sépticos bien construidos según los preceptos de la higiene pública actual.

Los exámenes de heces fecales, para determinar la presencia o la ausencia de huevos de uncinaria, debieran repetirse metódicamente cada cierto tiempo, para tratar a los portadores de uncinarias como hemos dicho ya. Para este tratamiento debería establecerse, en cada hacienda, un laboratorio suficiente y una pequeña clínica en la que se pueda hospitalizar el individuo mientras se le somete al tratamiento por un vermífugo poderoso.

Así se llevaría a cabo un control suficiente de todos los peones de una hacienda y de sus familiares.

Indudablemente estas medidas serían muy costosas y necesitarían un personal numeroso y bien entrenado en esta clase de operaciones profilácticas; pero, una vez comprobada su eficacia, todos los hacendados las adoptarían con entusiasmo, por los beneficios que ellas acarrearán para la producción agrícola.

En uno de los congresos nacionales más recientes mi distinguido colega y amigo doctor Roberto Gilbert presentó un proyecto de ley para extirpar del Ecuador dos plagas: el bocio endémico que afecta de preferencia a las regiones montañosas de la Sierra y la uncinariosis, que es actualmente el peor flagelo de la Costa y de los valles cálidos de la región interandina. Ese proyecto, como pasa generalmente con los más importantes, se quedó archivado. Ni uno ni otro mal ha sido combatido eficazmente por los poderes públicos.

Respecto al primero no me parece difícil la campaña, pues con ilustrar a los pobladores acerca del origen del mal que son ciertas fuentes cuya agua de bebida no contiene yodo, inducirles a tomar aguas de otras procedencias no peligrosas y sobre todo proveerles de agua potable, se solucionaría el problema. Y para los casos ya existentes o como medida profiláctica para los aún no afectados, darles tabletas de yodo para ser disueltas en el agua de bebida, como se observó en el ejército americano cuando invadió algunas islas de la Oceanía en que el bocio es endémico.

Mas, ¿cuál sería el procedimiento para erradicar la uncinariosis? Sabemos que hay portadores de esos parásitos que no presentan síntomas pero que andan regando el mal por los lugares por donde pasan. Esos vectores sanos son los más peligrosos porque no acuden al médico y por consiguiente permanecen desconocidos.

Sabemos también que algunos animales domésticos, como el perro y. otros, salvajes, pueden ser parasitados. Tanto los afectados de uncinariosis, como los portadores sanos y los animales indicados dejan en los campos sus heces fecales que contienen huevos; de éstos saldrán las larvas que, después de varias mudas, llegarán a estrongiloides enquistados y buscarán un huésped humano para habitar en él.

¿Cuál debe, pues, ser nuestra campaña sanitaria para erradicar la uncinariosis? Ella debe comprender varias medidas; entre otras: sanear el terreno. Para ello sería necesario proveer a toda la zona agrícola de medios de drenaje de las inmundicias humanas. Enseñar a todos los pobladores a construir y utilizar letrinas sanitarlas y fosas sépticas suficientemente profundas y que deben ser colmadas con cal o siquiera con tierra después de utilizadas. Realizar el examen periódico obligatorio de heces de todos los habitantes del campo, enfermos o sanos, para tratarles debidamente si se hallan contaminados mediante la administración controlada de vermífugos, hasta librarles del parasitismo. Los veterinarios deberían, a su vez, realizar iguales investigaciones en las heces fecales de los animales domésticos.

En mi concepto es ésta una de las luchas más difíciles de la medicina sanitaria por cuanto hay que comenzar por educar a las masas, lo que, en nuestro medio, resulta un grave problema.

Otros parásitos intestinales, de cuyo conocimiento me beneficié yo e hice beneficiar posteriormente la medicina cuencana, tendrían una muy larga enumeración, pero no me creo en el caso de omitir siquiera los más importantes porque si los estudié en el curso de medicina tropical mediante mi propio esfuerzo, es justo que lo recuerde hoy al trazar estas memorias.

ENTAMOEBA HISTOLYTICA DE SCHAUDINN. DISENTERÍA AMEBIANA Y ABSCESO TROPICAL DEL HÍGADO

Es interesante la historia de la disentería amebiana y del absceso tropical del hígado en el Ecuador y especialmente en Cuenca. No sabemos si existían ya antes de la conquista o si fueron importados después. La disentería era muy frecuente en Cuenca y se la trataba con ipeca en diversas formas, pura o asociada al calomel; también al opio: "Polvos de Dover".

Yo mismo, de muy niño, tuve un ataque de disentería y recuerdo los graves momentos que me pasaba con esa enfermedad tan molesta. Fui tratado por un benemérito médico, el doctor Tomás Abad, con el método brasileño de administración de aquel producto.

El absceso hepático, denominado tropical, era tan frecuente que tal vez era la única enfermedad que se trataba quirúrgicamente en esa época.

Mi padre, que había ejercido durante uno o dos años en Cuenca —después tuvo que ausentarse al Litoral para ganarse la vida— y que ejerció en la Costa durante cuarenta años, me decía que en el corto tiempo de su trabajo médico en Cuenca, había visto mayor número de abscesos hepáticos que en la Costa.

Como dicen los autores de medicina tropical, el absceso hepático es más frecuente en los declives de las cordilleras que en la planicie baja de los países tropicales. Y atribuyen eso a los

cambios bruscos de temperatura de esos lugares. Sea de ello lo que fuese, el absceso amebiano del hígado era muy frecuente en Cuenca y la provincia del Azuay.

Desde luego, aunque los autores de medicina hablaban ya de su etiología amebiana, no se tomaba en cuenta esa noción.

Las amebas o amibas no eran conocidas allí hasta nuestro regreso de Europa. Y hay un hecho curioso: yo vi la ameba histolítica cuencana por primera vez no en Cuenca sino en París.

Vale la pena relatar este hecho. El doctor José Miguel Ortega Hinostroza que, como lo he dicho ya, llegó a París un mes después que yo y siguió cursos iguales allí, tuvo una ocasión un brote muy fuerte de disentería. El, cuando fue interno del hospital de Cuenca, contrajo una disentería sumamente grave y pertinaz. Mejoraba mediante la medicación, pero volvía de cuando en cuando a presentar nuevos brotes de la enfermedad. Lo cierto es que esa vez seguíamos cabalmente el curso de medicina tropical. En esas circunstancias creí lo más oportuno hacer un examen de heces fecales para ver cuál era el verdadero origen de esa disentería. Hice, pues, una preparación del esputo disentérico y, entre lámina y laminilla, lo examiné al microscopio. Numerosas amebas se presentaron a mi vista, en perfecto estado vegetativo con sus seudópodos y sus movimientos característicos.

Es interesante hablar del absceso hepático en el Azuay. Como he expresado ya, era una entidad morbosa bastante frecuente. Había un notable facultativo que se le consideraba como especialista en operaciones hepáticas. Pero el procedimiento suyo era el siguiente: cuando el enfermo se presentaba en un período inicial le aplicaba el famoso vejigatorio de Albespieres, que era una tela recubierta de una especie de barniz rubefaciente, a las cantáridas. En esa época se creía mucho en la acción benéfica de la revulsión y se suponía que mediante ella la inflamación profunda era derivada hacia la piel, como atraída por la acción del cáustico. A ese vejigatorio se lo mantenía allí un tiempo variable, según el efecto que se intentaba producir. Si se quería una simple rubefacción de la piel se lo quitaba después de pocos minutos. Si, por el

contrario, se deseaba una acción más enérgica y profunda; es decir causar vesicación, la permanencia del vejigatorio era mayor. Cuando se retiraba la hoja revulsiva y la vejiga se había formado, algunos médicos se contentaban con eso; pero otros, y entre éstos el médico de que estoy hablando, tomaban una tela fuerte y con ella frotaban la ampolla hasta romperla y luego también el fondo cruento del dermis irritado. Como complemento de todas estas operaciones se colocaba en la dolorosa herida una capa de *"ungüento amarillo"* y se tapaba el todo con un lienzo cualquiera.

¿Qué se pretendía con estas bárbaras maniobras? Pues, simplemente, atraer la inflamación del órgano afectado hacia la superficie o contrarrestar una inflamación con otra inflamación.

Pero claro, como no se conseguía nunca ese resultado, y seguía la evolución del absceso, se intentaba encauzar su marcha hacia la superficie, hacia la piel de la pared abdominal o torácica, según la evolución del absceso, y para ello se empleaba —asómbrate lector— el procedimiento siguiente denominado *"sedal"*. Una mecha torcida de tela o de hilo, enhebrada en una gruesa aguja de coser costales, era pasada a través de la base de un pliegue de piel más o menos espeso y dejada allí por varios días. Como quedaba a un lado un buen trozo de esa mecha torcida, se tiraba del otro lado, de tiempo en tiempo, untando previamente la parte que iba a penetrar con el famoso *"ungüento amarillo"*. Ya se puede calcular cuántos dolores y molestias causaban al infeliz paciente esas bárbaras maniobras y cómo se exponía su vida a la infección, porque ninguno de esos objetos era sometido a desinfección o antisepsia alguna.

Mientras se perdía el tiempo en estos métodos, el absceso evolucionaba en volumen y en trayecto. A veces se evacuaba por los bronquios en una vómica espectacular, otras se vaciaba en el peritoneo, en la pleura o el pericardio, con la consiguiente muerte del paciente, y otras, finalmente, se acercaba a la piel; lo que se manifestaba ya por la fluctuación, la tumefacción, el calor mayor y hasta la rubefacción de los tegumentos. Era el momento preciso de *operar*.

Sin esterilización alguna de los instrumentos, ni de los materiales —que consistían en hilas extraídas de trapitos viejos lavados—; sin desinfección alguna de las manos del operador —casi siempre sucias, sudorosas y con uñas bordeadas de medias lunas negras—; sin desinfección alguna de la piel de la región; sin anestesia y casi siempre sorpresivamente. Mientras el cirujano aparentaba palpar la región con la mano izquierda, la mano derecha portadora del bisturí medio oculto entre la manga del saco, hundía en la piel y los tejidos más profundos el instrumento de un solo golpe y sin dar tiempo al enfermo a huir. Brotaba el pus achocolatado en abundancia, regándose por la cama y el suelo. A veces, como en un caso que me relató un colega digno de crédito y que acompañó al cirujano cuando era aún estudiante, saltaba el enfermo y se ponía en fuga con el bisturí apretado entre dos costillas —cuando el absceso había evolucionado por el tórax— mientras el cirujano le perseguía para recuperar su instrumento ... Espectáculo de *tauromaquia.* ¿No es verdad?...

Hemos presentado un cuadro horripilante pero verdadero. No todos los venerables médicos de aquellos dichosos tiempos procedían en igual forma. Había algunos (no muchos), que inspirados en modernos autores que adquirían y leían con fruición, lograban asimilar las entonces nuevas nociones de asepsia y antisepsia y aplicarlas a la práctica en la medida de lo posible. Conocí uno, sobre todo, que abandonó el bello y vistoso bisturí con cacha de carey y que se doblaba para poder guardarlo en el no menos hermoso estuche de cuero de Rusia que se llevaba en el bolsillo interior de pecho de la americana. Ese galeno había adquirido instrumentos de acero niquelado y los esterilizaba por ebullición, con el asombro estrepitoso de sus colegas. "Pus mismo vamos a sacar", vociferaban escandalizados cuando, para abrir un absceso, veían a su colega proceder a la desinfección de esos instrumentos ...

Hago estos relatos no por un espíritu de crítica mordaz, sino por hacer ver cómo era la práctica quirúrgica en esos tiempos y para que las generaciones médicas actuales y del futuro puedan

hacer una comparación entre los métodos y procedimientos de entonces y los de hoy. "Culpa del tiempo fue, mas no de esos buenos maestros", diré parodiando a un poeta que al comentar ciertos procedimientos crueles de algún conquistador dijera: "Culpa del tiempo fue, mas no de España".

¿Y cómo podía ser de otro modo si aún no se conocía "de visu" y por medio de cultivos e inoculaciones a las bacterias, a esas enemigas de la especie humana ocultas o como hoy se dice "camufladas" en su propia pequeñez?

En otro lugar de estas *memorias* se habrá visto o se verá la inmensa sorpresa, el escándalo mismo que produjeron en el ambiente hospitalario de la ciudad natal nuestra indumentaria operatoria y nuestros procedimientos de desinfección de las manos y del campo operatorio del paciente. Muchos atribuían eso a un espíritu de explotación. Decían "hacen todo eso para dar mayor valor a sus trabajos, teatralizan el acto para impresionar a los familiares del paciente o poder obtener mejores honorarios". Y hubo —asómbrate e indígnate lector— alguien que procuró infectar exprofeso ciertos materiales de cura, no para causar daño al enfermo, sino para que se vea que *"no pasa nada"* y "que todos son puros aspavientos". Lo que consigno en este párrafo no lo vi yo, sino que me lo contó un amigo digno de todo crédito.

Hubo algún médico —y no de los malos— que para operar vestía con la ropa más vieja y sucia, porque no quería que sus buenos vestidos se mancharan con sangre, pus u otros líquidos orgánicos procedentes de las heridas.

Mas, creo que me he apartado del tema principal de este capítulo que era "La disentería amebiana y el absceso tropical del hígado". Pero ya que he cometido esa falta, voy a aprovechar de ella para relatar otro punto que —en materia diferente— también me ayudará a demostrar el grado de atraso en que se hallaba la ciencia médica en ese tiempo y aún algunos años después.

En el Primer Congreso Médico Ecuatoriano —por allí, en 1915 según creo— presenté yo un pequeñísimo trabajo sobre parasitismo intestinal en el país. Al hablar de la disentería ma-

nifestaba que en épocas pretéritas se creía que esa disentería era palúdica y que ese error ya había sido refutado, por cuanto el *plasmodium* no era histolytico. Entonces un eminente profesor de fama no solo nacional, ni continental, sino mundial, se puso en pie e indignado quiso refutar esa afirmación, manifestando que él "ha visto muchos casos de disentería de origen palúdico" y, como prueba de su aseveración, decía que "con el tratamiento quínico[106] había obtenido la curación de esa disentería". Mi respuesta fue que, probablemente, tratada la base fundamental del mal, el organismo reaccionaba mejor contra la disentería. El lector médico se asombraría si supiese quién fue esa notabilidad médica que sostuvo aquello de la disentería palúdica.

Ahora sí puedo entrar a estudiar detenidamente las dos enfermedades causadas por la *entamoeba histolytica de Schaudinn:* disentería y absceso tropical del hígado.

La ameba productora de la disentería y del absceso tropical del hígado se denomina también *"entamoeba histolytica de Schaudinn y ameba disenteriae".* Es un rizópodo o protozoario —organismo unicelular— que no tiene cubierta o cápsula, sino que es desnuda y es capaz de emitir de su superficie prolongamientos protoplásmicos denominados "seudópodos". Un solo orden, el de las amibas, interesa actualmente a los médicos.

Tiene la *ameba histolytica* los siguientes caracteres: Ectoplasma bien diferenciado y muy refringente. Endoplasma muy vacuolar y encerrando numerosos hematíes, bacterias, etc. Seudópodos muy movibles y que se forman rápidamente. Movilidad muy grande. Núcleo periférico y poco distinto al estado fresco, que se colorea mal y que solo tiene un nucléolo. Multiplicación por cisiparidad y mamelonamiento. Quistes pequeños, de 3 a 7 micras de diámetro y que parecen no presentar sino un núcleo. Acción patógena cierta, demostrada por la experimentación. (Todos estos caracteres la diferencian plenamente de la *ameba coli,* no patóge-

[106] Es decir, a través de la quinua *(N. del E.)*.

na y que se encuentra en el intestino y las heces fecales).[107]

Esta amiba vive en el intestino grueso humano, pero excepcionalmente puede colonizar en el hígado, en el cerebro o en el pulmón. Tiene su ciclo evolutivo que no describiré aquí. Solo hablaré de los quistes que son de sumo interés, por cuanto permitirán a la amiba resistir en el organismo humano durante mucho tiempo. También es la forma como las amibas permanecen vivas en el medio exterior y así son llevadas al intestino humano. Son de unas 7 a 12 micras. Aparecen en gran número en las heces de los enfermos en vías de curación o en las de diarreicos biliosos que preceden a la aparición de la disentería. De estos quistes salen amibas que encierran de 20 a 30 merozoitos. Reproducción muy intensa.

Es curioso como la amiba disentérica puede albergarse en el intestino de personas sanas; es decir que no presentan síntoma alguno de la enfermedad. Estos sujetos son peligrosos bajo el punto de la diseminación de la enfermedad, pues son verdaderos portadores de gérmenes, como pasa también con ciertas bacterias, tal el bacilo tífico.

No creo necesario describir la disentería amebiana porque es tan conocida que sería ocioso entrar a referir sus síntomas y su evolución. Sin embargo, haré una descripción ligera. Generalmente comienza la enfermedad con los síntomas banales de la enteritis: deposiciones diarreicas que van cambiando rápidamente de carácter. La deposición se vuelve sanguinolenta y desprovista de materias fecales. Son ellas mucosas, glerosas y con sangre, hasta el punto de tomar aspecto de un esputo sangriento. Su número es variable, pudiendo llegar a cifras asombrosas. Hay un tenesmo y un conato muy fuertes y continuos que obligan al paciente a ir muy a menudo al retrete. En general no hay fiebre; mas, cuando se complica con hepatitis, ésta aparece y toma los caracteres propios de esa enfermedad.

---

[107] Estos caracteres los tomo del libro *Precis de Parasitologie,* de mi profesor E. Brumpt *(Nota del autor).*

Las amebas producen ulceraciones en las paredes del intestino penetrando profundamente a través de la mucosa, llegando a veces hasta la submucosa y en casos más avanzados hasta la serona. Todo esto ha podido ser observado mediante la inoculación al gato tierno que es muy susceptible a esta infestación.

Ahora debo hablar de la medicación que ha sido empleada en la disentería amebiana. Ya manifesté antes como se curaba mediante la *ipecacuana.* Esta raíz, llamada también "raíz del Brasil", es uno de los regalos de América al mundo. Se denomina también de *cefelis ipecacuana.* Su raíz posee varias cualidades muy importantes y ha tenido en la terapéutica muchas indicaciones, además de las que le son específicas como antiamebiano.

La raíz solía administrarse ya en infusión, ya en maceración o cocimiento. En la forma denominada ‘‘ipeca a la brasileña" se procedía del modo siguiente: la dosis recetada se la ponía la primera noche en maceración en agua fría. Al día siguiente se escurría y se tomaba el líquido resultante por cucharadas o copitas cada media hora hasta obtener efecto nauseoso. A la noche siguiente la misma raíz se ponía a infundir en agua hirviente y, a la mañana siguiente, se escurría y el líquido resultante se lo tomaba en igual forma; por fin, la tercera noche, se hacía hervir en agua la misma raíz y se le dejaba enfriar hasta el día siguiente y, escurriendo el líquido, se lo tomaba en forma igual a la de los dos días anteriores.

También solía asociarse esa forma a cierta cantidad de sulfato de sodio; lo que tenía la ventaja de producir un efecto purgante, muy beneficioso, pues la disentería se complicaba con constipación y las descargas de bilis eran consideradas como muy benéficas para su tratamiento.

La ipeca era también empleada en polvos de la raíz ya solos, ya asociados con otros medicamentos, como el bismuto, el benzonaftol, etc. También había fórmulas magistrales muy usuales en que la ipeca tomaba parte muy importante, como los ‘‘polvos de Dover", etc. Asimismo, el extracto fluido de ipeca era muy usado en mezcla con otros medicamentos en pociones expecto-

rantes y descongestionantes del pulmón.

Pues bien, la ipecacuana tenía efecto muy benéfico en la disentería amebiana y se la administraba en diversas formas, pura o asociada a otros medicamentos como el calomel.

Mas fue un inmenso adelanto el aislamiento de su principio activo: la emetina, en forma de sal, especialmente el clorhidrato de emetina que ha hecho un inmenso servicio y a la que atribuyo la casi extinción de la amebiasis en los tiempos actuales. La emetina fue un descubrimiento importantísimo por su poder específico sobre la ameba histolytica, al extremo de que con su empleo casi han desaparecido tanto la disentería como el absceso hepático amebianos. Absceso hepático denominado, como ya he dicho, "absceso tropical del hígado".

Largo tiempo se habló de la asepsia del pus hepático. Era pues un pus amicrobiano. Se había realizado con él muchos exámenes, muchos cultivos, y no se había logrado constatar en él alguna bacteria. Mas un día se demostró que el agente de esas supuraciones hepáticas no era un microbio, en el sentido que se da a ese nombre, sino un protozoario, una amiba; eso se comprobó por la inoculación del pus hepático a animales jóvenes, especialmente el gato tierno. Para llegar al hígado la amiba halla un camino muy fácil, pues como ulcera la pared del intestino, especialmente del colon, llega con facilidad a una de las vémulas tributarlas de una de las ramas cólicas de la vena porta y, por ésta, al hígado.

Hay ciertas nociones respecto a la localización, el número de focos del absceso amebiano en el hígado. Generalmente es uno solo y raramente dos o más. Tiene especial preferencia por la localización en el lóbulo derecho y en la fase convexa del órgano. Para explicar estas localizaciones Ledantec ha dado los siguientes datos. La frecuencia en el lóbulo derecho la explica por la localización más común de las amebas en la región del ciego y colon ascendente. La porta guardaría en su corto trayecto cierta independencia de la corriente sanguínea de sus ramas, tal como ocurre con un río que es resultado de la unión de otros dos en cuyas aguas se mantiene esa independencia durante un conside-

rable trayecto. Para hacer más clara esta explicación tomemos dos ríos, el uno de aguas muy limpias y el otro de aguas turbias. Supongamos que el primero está en la izquierda y el segundo a la derecha. Si se toma agua del río resultante en la margen izquierda, esas aguas serán limpias y sí se toma aguas en la margen derecha ellas serán turbias. La vena mesentérica superior procedente de la mitad derecha del colon —lugar de localización preferente de las amebas— llega a la porta y su corriente se mantiene independiente durante el corto trayecto de la porta; por consiguiente, sigue la rama derecha de esta vena que se distribuye en el lóbulo derecho. Las amebas que han tenido localización preferente en el colon derecho serán arrastradas así hacia el lóbulo derecho del hígado. En cuanto a su localización preferente en la fase convexa, la explicación sería la siguiente: las venas procedentes de la porta se dividen en dos o tres ramas que marchan hacia arriba sin dicotomizarse hasta llegar cerca de la fase convexa en donde se bifurcan. En su trayecto se ven orificios que son unas ramas que salen en ángulo recto de la vena mayor. Esta disposición hace que las amebas sigan la corriente, sin penetrar en las vénulas laterales, y penetren en una de las dos ramas de la bifurcación y se establezcan allí. Esta disposición anatómica de las venas intrahepáticas procedentes de la porta se ve mejor siguiendo con una de las ramas de unas tijeras el trayecto, seccionando las paredes con la otra rama. Así se nota perfectamente bien esa disposición en que los vasos salen por inoculación en ángulo recto y no por bifurcación. Ambas explicaciones son muy ingeniosas y tienen todas las probabilidades de ser exactas.

No debemos creer que ellas sean solamente producto de la fantasía sino hechos perfectamente comprobados. Sérégé ha visto en 16 autopsias de sujetos muertos de disentería y absceso hepático que, cuando las ulceraciones disentéricas se hallaban situadas en el ciego, el absceso hepático estaba en el lóbulo derecho; y cuando, por el contrario, esas ulceraciones ocupaban la ese ilíaca o el colon descendente, los abscesos se encontraban en el lóbulo izquierdo.

No entraré a estudiar la sintomatología del absceso amebiano del hígado que es muy interesante; sin embargo, como esta no es una lección clínica, sino solamente unos apuntes de mi vida, remito a mis lectores a los tratados de patología tropical. Mas sí creo necesario hablar un poco del tratamiento de ellos.

Cuando se ha diagnosticado un absceso hepático formado ya, lo único que debe hacerse es operarlo, es decir evacuar su contenido de pus. El antiguo aforismo de *"ubi pus ibi evacuat"* está vigente siempre. Hay que evacuar esa colección lo más pronto. Antiguamente se empleaban procedimientos lentos que intentaban proteger a la cavidad peritoneal contra la irrupción del pus. Para esto usaba Recamier[108] la pasta de Canquoin, en forma de flechas que iba introduciendo poco a poco en la pared, lo que producía una escara que se iba incidiendo y cuando se llegaba al peritoneo parietal un golpe de bisturí abría el foco. Algo semejante se proponían nuestros mayores en medicina, como lo he referido ya; de modo que no hay que criticarlos mucho, porque aún grandes médicos y cirujanos europeos habían practicado iguales métodos.

Quedan, pues, solo los medios rápidos; es decir, las operaciones quirúrgicas bien regladas que solo varían en las vías baja o alta de acceso al hígado y, luego, a la incisión de este órgano que se denomina hepatotomía. En estos métodos se consideran tres casos, según los métodos operatorios de Bertrán y Fontan. Estos tres casos son los siguientes: 1º el absceso debe ser abierto por debajo de las costillas sin que haya signos de adherencias peritoneales; 2° el absceso debe ser abierto debajo de las costillas o sea entre las costillas habiendo signos de adherencias peritoneales y 3° el absceso debe ser abierto por el tórax sin que haya signos de adherencias pleurales.[109]

Los primitivos métodos de punción y evacuación al trocar del

---

[108] Joseph Claude Anthelme Récamier (1774-1852), cirujano francés, pionero en la cirugía abdominal y ginecológica *(N. del E.)*.

[109] Para todos estos casos remitimos al lector a la obra de Le Dantec, Aristide, *Precis de pathologie exotique: maladies des pays chauds et des pays froids* (1900) *(Nota del autor)*.

pus hepático, abandonados ya hace mucho tiempo, han tenido una nueva aplicación después del descubrimiento de la emetina. El método de Rogers de Calcuta que consiste en punción del hígado y evacuación del pus mediante aspiración, seguidas de la inyección en la cavidad vacía del absceso, de cien centímetros cúbicos de suero fisiológico de Hayem, conteniendo en solución diez o doce centigramos de clorhidrato de emetina, ha dado excelentes resultados. Yo, que he hecho muchísimas hepatotomías por absceso amebiano del hígado y he palpado lo largo del postoperatorio y lo complicado del tratamiento, cuando llegó la noticia del método de Rogers de Calcuta, lo apliqué inmediatamente y tuve, en la mayoría de los casos, los más bellos resultados. Mas, cuando después de dos o tres punciones no conseguía la curación completa, procedía a la intervención quirúrgica propiamente dicha (hepatotomía) y entonces encontraba gran facilidad para la operación y el tiempo de curación postoperatoria se reducía inmensamente. Por otra parte, ese método permitía una recuperación del estado general del enfermo; lo que era una gran ventaja. En uno de los congresos médicos ecuatorianos presenté yo un relato sobre este método de Rogers, al cual había que añadir el tratamiento ulterior a la punción con inyecciones subcutáneas de clorhidrato de emetina. El doctor Mario de la Torre, en el mismo Congreso, presentó un trabajo en el cual indicaba un método suyo consistente en hacer punciones y evacuaciones del pus y complementar el tratamiento por inyecciones de emetina subcutáneas. Difería del mío solamente en que él no inyectaba emetina en el foco del absceso, y alegaba que él procedía así porque estaba convencido de que las paredes medio necróticas de esa cavidad no podían absorber el medicamento. Sea de ello lo que fuese, lo cierto es que el método de Rogers de Calcuta constituyó realmente una valiosa conquista en el tratamiento del absceso tropical o absceso amebiano del hígado.

Yo no sé si es solamente una observación mía la de que tanto la disentería amebiana como el absceso tropical han tenido desde la invención de la emetina y su empleo una enorme rebaja de fre-

cuencia. En cambio, parece que las formas quísticas de la *ameba histolytica* se han vuelto mucho más numerosas que antes.

Pero no puedo terminar este capítulo relativo a la amebiasis hepática, sin hablar de las vías de evacuación que el absceso tropical adoptaba cuando la evacuación quirúrgica o por punción no se hacía oportunamente. Por su simple enumeración se verá cuán peligroso es ese absceso para la vida misma del paciente.

a) Vía cutánea, en que el absceso se fragua al través de la pared un trayecto y viene a hacer tumefacción, edema de la piel, fluctuación de esa tumefacción, frotamiento a la palpación, etc. A veces emigra de tal modo que se puede notar la fluctuación y más signos a bastante distancia de la región hepática, como un caso personal en que presentaba tumefacción y fluctuación en el triángulo de Jean Louis Petit. A la punción se obtuvo un pus achocolatado, netamente hepático y entonces procedí a la apertura del absceso. El pus se había fraguado un trayecto larguísimo a través de las capas musculares de la región lumbar.

b) Se ha visto también casos en que el pus hepático se ha labrado trayectos inesperados, llegando ya a la axila derecha, ya al triángulo de Escarpa en la raíz del muslo, ya en la región inguinal, etc. El absceso hepático puede dirigirse hacia arriba y buscar salida por la pleura, el pulmón, el pericardio. La evacuación de la pleura exige una pleurotomía inmediata. Para llegar al pulmón deben formarse primero adherencias de la pleura diafragmática con la pleura pulmonar.

Hablando del volumen de un absceso del hígado, yo puedo señalar casos de mi clientela verdaderamente increíbles. Por ejemplo, Adolfo Parra, sacristán del templo del Santo Cenáculo, que llegó al hospital en estado muy grave, presentaba un enorme abdomen y había en él signos seguros de ascitis, lo que se confirmó a la punción exploradora; pero, ante los síntomas típicos de absceso hepático que presentaba, juzgué del caso practicar también una punción hepática que dio pus achocolatado característico del absceso del hígado. Otro facultativo, muy experimentado en esta enfermedad manifestó que no podía ser absceso hepático porque

en esta afección no hay jamás ascitis. Yo le respondí que eran, en efecto, muy raros los casos de absceso hepático con ascitis, pero que esta sí se presentaba en aquellos casos que, junto al absceso, había una tromboflebitis de la vena porta. Procedí a la investigación por vía abdominal: al abrir el peritoneo se evacuó una cantidad fantástica de líquido ascítico —más de unos cuatro litros—. Una vez evacuado ese líquido y procurando establecer una barrera mediante sutura del peritoneo parietal del borde inferior de la herida con la cápsula de Glison, practiqué la hepatotomía. Tuve la precaución de medir el pus que iba saliendo, recogiéndolo en un recipiente estéril. Fueron unos cinco litros. Terminé la operación como de ordinario. Es decir, dejando en la cavidad del absceso dos gruesos drenes que fueron fijados a los bordes de la herida parietal. Luego, un gran apósito de gasa y abundante algodón y, por fin, fue trasladado el enfermo al lecho. Al día siguiente, cuando fui a cambiar el apósito, encontré empapado el lecho y una gran cantidad de pus regada en el suelo de la pieza.

El enfermo tuvo una convalecencia buena pero algo larga y salió perfectamente curado algo más de un mes después de la operación. Yo me preguntaba ¿cómo podía vivir un hombre que había perdido la mayor parte de su hígado por histólisis del tejido hepático?[110]

Otra observación interesante. —Respecto a la asepsia del pus hepático debemos hacer una observación: ese pus, según la opinión autorizada de algunos autores no es un verdadero pus sino una especie de puré de tejido hepático producido por la acción directa de las amebas sobre las células del hígado. Si solo éstas actuaran no habría necesidad de bacterias. Por eso, según estadísticas de algunos médicos coloniales, habría abscesos estériles

[110] Creo conveniente anotar que, una vez evacuado el absceso por hepatotomía, algunos autores y yo practicamos un curetaje, con cureta roma, de todas las paredes de la cavidad, con mano delicada pero decidida, a fin de extirpar todos los tejidos hepáticos invadidos ya por las amebas y todos los tejidos descargados y en colgajos que quedan en dichas paredes. Parece que así se logra acortar mucho el tiempo de convalecencia *(Nota del autor).*

del hígado. Para otros el proceso sería el siguiente: las amebas al llegar al hígado por vía vascular, llevarían también bacterias, mas éstas serían destruidas por fagocitosis de las mismas amebas u otras. Por eso, al examen microscópico, muchas veces no se encuentran microbios en el pus hepático. Por eso también, cuando se practicaba la hepatotomía por el método de Stromeyer Litle —llamado también "la puñalada de Shangay"— en que, de una estocada, se abría tanto la pared como el hígado, se regaba necesariamente algo de pus en el peritoneo; no se producía, en la mayoría de casos, la peritonitis tan temida.

Tercera observación. —El método de Rogers de Calcuta, de que he hablado ya, tenía la ventaja de evitar al enfermo el dolor de las curaciones, al médico el trabajo diario de éstas y hasta el gasto del material que se empleaba en los apósitos. Muchas veces el paciente se debilitaba en el largo tiempo de tratamiento postoperatorio. Desgraciadamente, no siempre quedaba curado el enfermo con la primera aplicación del método de Rogers de Calcuta y, si en una segunda punción con evacuación e inyección intercavitaria de 12 centigramos de clorhidrato de emetina en 100 centímetros cúbicos de suero de Hayem, no se lograba la curación, había que proceder a la hepatotomía, que generalmente se hacía mucho más fácil por las adherencias que las punciones establecían y con un postoperatorio más corto. En todo caso yo he formado un concepto muy favorable del método de Rogers y lo considero un verdadero adelanto en la terapéutica quirúrgica del absceso tropical del hígado.

Otro punto de gran interés. — Algunos autores, como Le Dantec, señalan casos de curación espontánea de abscesos hepáticos. En autopsias de antiguos coloniales se han encontrado grandes focos de caseificación con un aspecto de mástic, así como cicatrices extensas en pleno tejido hepático que demuestran una curación espontánea. Voy a presentar un caso interesante de mi práctica profesional: un enfermo, en quien constaté a la punción del hígado, la existencia de pus hepático característico y a quien no le hice la inyección de la solución de clorhidrato de emeti-

na en suero fisiológico, se ausentó del lugar intempestivamente. Volvió al cabo de muchos meses para continuar el tratamiento y, al practicar nuevas y repetidas punciones, no encontré pus: el absceso se había curado con solo la punción.

En los primeros tiempos de mi ejercicio profesional y hospitalario, el número y el volumen de los abscesos del hígado amebianos eran muy considerables. Mas, desde que llegó el clorhidrato de emetina, vi con cierto asombro, que esa entidad morbosa había disminuido en tal forma que casi había desaparecido. El tratamiento de la disentería por ese medicamento había producido un efecto maravilloso, tanto como profiláctico de la hepatitis supurada en el individuo, cuanto como medio de profilaxis social, porque, curado el enfermo, esterilizado para las amebas, no había ya quién derramase en el medio ambiente los quistes que infectaran a otros individuos.

Quiero relatar un caso que pude ver poco tiempo después de llegado a Cuenca. Se trataba de un campesino que había tenido una vómica de pus hepático y que, de tiempo en tiempo, la repetía, arrojando grandes cantidades de pus. Este buen hombre se puso a mi tratamiento (y hasta me nombró padrino de un hijito suyo). Yo intenté curarlo mediante la administración de ipeca a la brasileña. Cada vez que se sometía a ese tratamiento, mejoraba en su estado y terminaba su vómica, para, pasado algún tiempo, volverle. Su absceso evacuaba por los bronquios y la tráquea y, para eso, tenía el pus que atravesar el diafragma y la pleura diafragmática y pulmonar. Cuando llegó la emetina, se le administró en la forma indicada y por ciclos y esto dio el resultado apetecido sanando el paciente de un modo definitivo.

También debo recordar otro caso sumamente interesante, tanto por la gravedad de la enfermedad, cuanto por haber sido el enfermo un distinguido hombre público de Cuenca y, además, padre de un querido colega mío, quien contrajo una disentería sumamente grave. El número de deposiciones llegó a una cifra inaudita, pues pasaban de ciento cincuenta en las veinticuatro horas. Todo tratamiento resultaba ineficaz y el pronóstico se hacía

cada vez más grave. El estado general del paciente iba decayendo rápidamente. Se llegó a temer por la vida tan preciosa del insigne enfermo. Como excelente católico recibió todos los auxilios religiosos. Hizo también su testamento y, al dictarlo, parecía hallarse en su cabal juicio. Ante la inminencia de muerte, se habían tomado todas las medidas del caso, contratando los funerales y mandando hacer el ataúd. La emetina, que sabíamos había sido ya aislada, no llegaba aún a Cuenca y fue preciso pedirla a Guayaquil. Pero, para administrarla, tuvimos muchas dudas y adoptamos grandes precauciones, temiendo por la acción depresiva del medicamento; sin embargo, nos resolvimos, al fin, a emplearla, comenzando por dosis muy pequeñas y llegando luego a dosis mayores. Fue, indudablemente, ese medicamento el factor de su curación. Sanó, pues, pero habiendo bajado a su cuarto sin anuncio previo, encontró, el mueble más repugnante que puede uno hallar: el ataúd, arrinconado por allí. Solo entonces se dio cuenta el excelente señor del peligro de muerte en que se había hallado.

Tal vez el lugar en que he hecho este relato no es adecuado, porque debía haberlo realizado cuando hablaba de la disentería amebiana y no del absceso hepático. Pero, en fin, la amebiasis es una sola cosa y solo difiere de los síntomas y tratamiento, por el órgano que atacan: ya el colon, ya el hígado.

El *balantidium* coli fue otro protozoario (verdadero infusorio) que conocí en el Instituto de Medicina Colonial y me cupo la suerte de constatarlo en nuestro medio en 1913. En una ocasión, cuando mi discípulo Manuel Malo Crespo desempeñaba la cátedra de bacteriología y parasitología, me encontraba pasando visita en mi sala de mujeres "Juana Valdivieso", me causó sorpresa ver llegar al apreciadísimo colega que traía un microscopio en cuya platina colocó una preparación entre lámina y laminilla y me dijo: "Doctor Crespo: aquí le traigo esta preparación para que usted me diga qué son esos parásitos tan grandes y activos que corren por ella y asemejan a un grupo de tanques de guerra". Apliqué mi ojo al ocular y luego de enfocar respondí: "Esos son, doctor Malito, los *balantidiums* que ya le hice ver en otras oca-

siones". La comparación con tanques de guerra tiene tanto mayor realidad, cuanto que las cillas que rodean al cuerpo medio ovoideo del parásito semejan en su conjunto y en su movimiento a las orugas que mueven a esos monstruos de la guerra moderna. Las *lamblias* o *giardias* y las tricomonas también les di a conocer yo en el medio azuayo. Cosa igual debo anotar respecto a los huevos de nemátodos como tricocéfalos, oxiuros vermiculares, ascárides lumbricoides y cestodos, como t*enia nanatenla saginata,* y de *himonelepis nana.*

Este último cestodo merece una mención aparte. Yo lo constaté en Guayaquil, en el tiempo en que me detuve allí a mi regreso de Europa y luego en Cuenca muchísimas veces. Como todos sabemos, es un plathelminto muy pequeño y que, a diferencia de los otros, no necesita de huésped intermediario para reproducirse, puesto que su estado larvario lo pasa en el espesor de una vellocidad intestinal de su propio habitáculo. Eso permite una multiplicación abundantísima. Yo lo he encontrado en adultos y en niños, provocando en estos fenómenos reflejos intensos. Cuando me dedicaba con empeño al estudio de estos parásitos, los medí, conté sus anillos o eslabones y llegué a la conclusión de que había una variedad azuaya algo diferente de la descrita por los autores de patología y para ello me fundé en su longitud y en el número de aquellos. Desgraciadamente, después dejé de lado las investigaciones, dedicándome exclusivamente al ejercicio de mi cirugía.

Los parásitos *sanguícolas* también los estudiamos muy detenidamente: tripanosomas humanos (T. Gambiense) causantes de la enfermedad del sueño; (T. Cruzy) la triponomiasis americana; espiroquetosis y espirilosis, etc., etcétera. Para mí fue de gran ventaja el estudio y las técnicas de coloración de sangre en las tres clases de *plasmodium* del paludismo cuya constatación en el Ecuador pude hacer innumerables veces (*p. malariae, p. vivax y p. falcipaum*).

Entre los numerosos *tremátodos* que conocimos allí, pudiera enumerar algunos como el *skistosomun Mansoni* y el *skistosomun japónicum.*

Mas sería absurdo que quisiera relatar todo lo que se nos enseñó en el sabio instituto.

Como una curiosidad citaré la *duba* o *fascioma* hepática que alguna vez parasita al hombre pero que en nuestro medio agrícola y pecuario es muy conocida porque es un parásito muy común en el ganado bovino y ovino. Es la vulgar coscoja que constituye una plaga de nuestros campos en que abunda la humedad. Este parásito rara vez ataca al hombre: yo no he constatado un solo caso humano en mi larga práctica profesional.

La *tenia equinococo* cuyas larvas constituyen los quistes hidatídicos la estudiamos muy bien. Es una tenia que habita en el intestino del perro cuyas deyecciones ensucian los pastos y sus embrióforos son digeridos por el *carnero* y otros herbívoros que después presentan el quiste hidatídico. Yo poseo preparaciones magníficas realizadas gracias a las técnicas aprendidas en ese Instituto.

La enseñanza en él fue completa porque en parasitología lo aprendimos todo lo que hasta esa época se había estudiado o descubierto.

La patología exótica propiamente dicha nos fue asimismo enseñada mediante magníficas conferencias de los más sabios especialistas y en el hospital de *Dames Francaises* se habían reunido enfermos de las afecciones que estudiábamos.

Indudablemente los lectores profanos a la medicina encontrarán muy soso y pesado este capítulo de mis memorias; sin embargo, he creído necesario relatar el encuentro de estos parásitos intestinales en el Ecuador y especialmente en el Azuay, pues estas memorias no tendrían objeto si solo me limitase a relatar aspectos de mi vida no relacionados con mi actividad científica. Si alguna importancia se atribuiría a ellas, sería, cabalmente, por haber sido yo quien trajo estas innovaciones, estas constataciones, a nuestro medio. De otra manera yo no me creyera autorizado a relatar mi vida que ninguna importancia encerraría. Soy modesto por naturaleza y por educación y no me creo un ser excepcional, un ser digno de hacer su autobiografía. Quede eso para personajes de

gran valía o que se creen tales. Yo no soy de ese número. El único motivo por el cual me he dedicado a hacer este memorándum de mi vida, es porque —nadie puede negarlo— introduje numerosas reformas en la ciencia médica y quirúrgica de mi país natal. Tampoco considero como un gran mérito esa actividad que, si no la hubiera ejecutado yo, no hubiese faltado quien la haga.

Hechas estas salvedades, voy a concluir con el somero estudio de otros parásitos intestinales que yo hice conocer por primera vez en Cuenca.

Himenolepis nana. — Es un cestode muy pequeño que parasita el intestino humano. Difiere de los otros cestodes en que verifica su ciclo evolutivo en el mismo organismo y no busca, como los otros, uno distinto para realizar en él su estadio de larva. Este deposita su embrióforo en una vellosidad intestinal y allí hace su desarrollo hasta llegar al estadio adulto. Esta circunstancia hace que su número sea enorme en el mismo sujeto.

CAPÍTULO IX

MIS ESTUDIOS DE OBSTETRICIA

La Obstetricia, tabú para los estudiantes de Cuenca. —Doña Manuelita Mogrovejo, benemérita comadrona del Azuay. —Las escuelas parisienses de obstetricia de los doctores Baudelocque y Tarnier. —Los profesores Pinard y Bard y sus agregados doctores Couvelaire y Brindeau. —Innecesaria tendencia moderna a la operación cesárea. —Prácticas antiéticas en la tocología. —Ilicitud del aborto. —Años después encuentro al doctor Couvelaire Pinard, hijo y nieto de los famosos profesores.

Juzgué muy necesario dedicar algunos meses de mi estadía en París al estudio de obstetricia.

Esa materia se hallaba muy atrasada en Cuenca. Además, era tabú para los estudiantes, y los casos que se atendían en el hospital "San Vicente de Paúl", jamás fueron, no digamos atendidos, ni siquiera vistos por los alumnos de medicina que a ese hospital concurríamos. El venerable y anciano médico del hospital se encerraba con la comadrona y la paciente en una reducida salita que había sido destinada al objeto. Así es que nosotros ni conocíamos los órganos de la maternidad porque era vedado mirarlos siquiera.

En esas condiciones era indispensable que yo estudiara esa materia, tan necesaria, tanto por el interés de la madre, como por el del feto.

A consecuencia de eso el año de 1906 hubo en Cuenca una terrible epidemia de fiebre puerperal, que arrebató la vida de muchas señoras de lo más distinguido de la sociedad. Eso coincidió con la llegada de un médico militar francés, que quiso enseñar la asepsia y que no fue comprendido por las comadronas, quienes al realizar lavados vaginales y otras maniobras, infectaban a la infeliz mujer en el sagrado oficio de la maternidad. Una herma-

na mía, joven madre de tres niños, murió víctima de la terrible infección puerperal, dejando un viudo desolado y tres infantes huérfanos.

Por un sentimiento exagerado de pudor, la mujer en trance de parto no era descubierta. La comadrona subía a la cama y se colocaba frente a la parturienta. No se levantaban los cobertores del lecho y la partera procedía a ciegas en la atención. La desinfección de las manos era desconocida. En fin, se ignoraba todos los procedimientos de asepsia y antisepsia y aún la técnica manual era de lo más defectuosa.

En estas condiciones era admirable que no hubiese más defunciones en las mujeres que daban a luz. Había aún una comadrona benemérita que había atendido millares de partos y jamás había visto una sola infección puerperal. En sus manos llegamos al mundo decenas de millares de cuencanos. Esa señora se llamaba doña Manuelita Mogrovejo, mujer ejemplar que consagró su vida al beneficio de las mujeres madres, con el mayor desinterés y una decisión absoluta. Quiero que este capítulo de mis memorias sea para ella un cálido homenaje de gratitud y la interpretación de los sentimientos de gran número de cuencanas y cuencanos, que a ella debemos la vida propia y la de innúmeros seres queridos.

Es realmente inexplicable como aquella mujer excelente jamás infectó a las pacientes que atendía. Es probable que ella se haya limitado a recibir al niño; sin intervención interna alguna. Pero hemos sabido que tuvo que hacer muchas veces versiones manuales internas y sin embargo, ya lo hemos dicho, jamás tuvo que lamentar infecciones puerperales en sus atendidas.

La epidemia de que he hablado y que dejó lamentables recuerdos en toda la ciudadanía morlaca, se presentó cuando esa buena señora había ya muerto. Eran otras las comadronas a quienes les sobrevino semejante mala suerte.

Se comprende, ahora sí, el motivo de mi decisión por el aprendizaje de la tocología.

En esa época había en París dos escuelas tradicionales de obstetricia: la de la clínica Baudelocque y la de la clínica Tarnier,

como consecuencia de los dos insignes tocólogos que las fundaron. Era jefe de la Baudelocque el profesor Pinard, siendo su profesor agregado el doctor Couvelaire.[111] En la clínica Tarnier era el profesor Bard el jefe y, su agregado, el doctor Brindeau.

Para realizar mi estaje (*stage*)[112] preferí la Baudelocque, pero asistía también a la Tarnier. De ese modo recibía las mejores enseñanzas de ambas clínicas. Durante tres meses permanecí día y noche en la primera, en donde, además de las lecciones teóricas que recibíamos, realizábamos una práctica intensa atendiendo a muchas parturientas. Las maniobras obstétricas nos eran enseñadas primeramente en excelentes maniquíes que permitían un entrenamiento tan perfecto, que, al atender a las enfermas, resultaba igualmente bueno. Cuando nos iniciábamos en alguna mujer en esas maniobras, eran los médicos asistentes o los profesores mismos quienes nos guiaban. Así, llegamos a ponernos prácticos no solo en las atenciones de partos normales sino también en los casos diversos de distocias. Así aprendimos las versiones por maniobras externas y las versiones por maniobras internas y combinadas; las numerosas aplicaciones del "fórceps" de Tarnier; el estudio de las distocias de origen materno o de origen fetal, etc., lo realizábamos de un modo perfecto, así como las maniobras que se aplican para atender a ellas.

La cirugía obstétrica fue también objeto de nuestros estudios. En ese tiempo estaba todavía en boga la sinfisiotomía, la famosa operación de Porro, que solo se aplicaba excepcionalmente por lo cruenta y por lo largo del tratamiento postoperatorio y la mutilación uterina que ocasionaba. En cambio, la operación cesárea clásica se hallaba en plena boga; pero tenía indicaciones muy precisas y solo se aplicaba cuando el caso lo exigía. Quedamos, pues, muy peritos en todas las maniobras indicadas y otras.

Hoy vemos que los tocólogos, en general, son demasiado adictos a la operación cesárea; de modo que la prodigan a dies-

---

[111] Las referencias de estos médicos están en las notas 93 y 94 *(N. del E.)*.
[112] Internado *(N. del E.)*.

tra y siniestra. Veo que los modernos parteros son más cirujanos que clínicos. Aprovechan de la menor oportunidad para realizar cesáreas y cesáreas, sin intentar siquiera maniobras obstétricas que son salvadoras y seguras para la vida de la madre y del feto.

Por ejemplo, yo sé que, cuando hay una presentación transversa, en lugar de hacer una versión podálica seguida de un Morisau-Pinar, se procede acto continuo a la cesárea.

Muchas veces por prolongarse el parto ya se lleva a la enferma a la mesa de operaciones y se le practica una cesárea. ¿Será inocua la cesárea? No lo creo. Deja siempre una cicatriz en la parte uterina y cuando se repite varias veces puede ocasionar, en un nuevo parto o antes —cuando el útero se halla muy distendido en los últimos meses—, la ruptura de la matriz con todas sus graves consecuencias. Por eso, la cesárea debe ser reservada solamente para los casos de distocia insalvable por otros medios. Una mujer bien conformada y con los diámetros pelvianos normales debe ser atendida por los medios obstétricos propiamente dichos y no por medios quirúrgicos. Sin embargo, como no hay reglas absolutas en ésta, como en todas las materias, hay circunstancias en que la cesárea se impone. Hasta en partos que se presentan bajo las mejores condiciones, puede ocurrir una distocia el momento menos pensado, distocia que exija una cesárea, sea para salvar al feto o para salvar a la madre. En esto no hay regla absoluta.

Un caso práctico. — Una mujer primípara, después de haberse iniciado los dolores de un modo normal, pierde las contracciones uterinas y se demora el parto varias horas. El tocólogo indica: "Si hasta tal hora no se reinician los dolores, procederemos a la cesárea". Alarmadas las personas de familia que se hallan presentes en la clínica, acuden a mí. Voy a ver a la paciente. El médico que la atiende es muy gentil y me lleva a la sala de partos en donde yace la enferma. Le practico varios exámenes externos y veo que todo es normal y tal vez se esboza una inercia uterina. Entonces digo al colega: "¿No le parece, doctor, que aquí lo que cabe es hacer una inyección de timofisina? Es un ocitócico que puede administrarse en cualquier etapa del parto". El colega

accede y le aplica esa inyección; antes de un cuarto de hora, la enferma comienza a quejarse de dolores, los que siguen y siguen de un modo normal y el parto se realiza de la mejor manera.

Caen en esto tocólogos honorabilísimos, en los que tal vez hay un anhelo de intervenir quirúrgicamente, por un sentimiento deportivo. Es mucho más airoso hacer una cesárea que atender un parto normal por las vías naturales. Tal vez en otros profesionales hay una idea menos inocente y es la que sigue: los honorarios de un parto normal son relativamente pequeños —aunque hoy son muchísimo más elevados que los que cobrábamos antes—; mientras que los de una cesárea son pingües, entonces ¿qué nos impide operar? Este razonamiento resulta ya más culpable y más en desacuerdo con una sana conciencia profesional. Pero hay otro aspecto que ya toma netamente el carácter de delictuoso y es el siguiente: hay una mujer que ha concebido y dado a luz normalmente unos cuantos hijos. Ella no quiere llenarse de familia por mil motivos egoístas. Habla de eso al médico que va a atenderle en el embarazo presente. El tocólogo poco o nada aprensivo le dice: "bueno, señora, esta vez no desembarazará usted en la forma ordinaria. Vamos a hacerle una cesárea y, después de extraído el feto, vamos a esterilizarla definitivamente". La mujer, de ordinario poco creyente, poco ilustrada en materia de moral cristiana, acepta gustosa esa propuesta y he allí intervenida quirúrgicamente, no obstante anunciarse el parto de lo más normal.

Yo presencié un caso igual. —Eran dos mujeres, dos hermanas, que se hallaban encinta de meses avanzados. Ambas habían ingresado a una clínica. El padre de ellas estaba presente, y yo le pregunté por qué habían sido destinadas a la cesárea. ¿Sus dos o tres partos anteriores habían exigido alguna intervención grave? Me contestó el padre: "No, doctor, ellas han tenido sus niños del modo más normal". "¿Entonces por qué, dije yo, van a ser operadas?". "Pues porque ya no quieren tener más niños y el doctor les ofrece acceder a su deseo".

Esto ya es criminalidad pura y simple. Esto se sale ya del cuadro de lo médico honorable.

Otra ocasión estuve presente en una sala de operaciones mientras el tocólogo practicaba una cesárea. Ya había terminado el acto operatorio propiamente dicho; el niño había sido entregado a la enfermera en perfecto estado de salud. Ya la sutura del útero había sido realizada perfectamente; pero el operador no se apresuraba a practicar la sutura de la pared abdominal. Yo, viendo que el caso no tenía ya interés alguno, felicité al operador y me despedí de él. Por la tarde de ese día vino a verme el ayudante de esa operación y me dijo: "Doctor, no sabe en qué conflictos le puso al tocólogo con su demora en la sala y cuando salió usted de ella el operador respiró. Su presencia le estaba impidiendo proceder a la ligadura de las trompas y a su sección ...". Desgraciadamente estas prácticas, así como los abortos provocados, se van generalizando. Van quedando pocos médicos que jamás se prestan a tan infames procedimientos.

Hoy es moneda corriente provocar abortos, esterilizar mujeres, y *esta especialidad es la más lucrativa,* pues una muchacha que ha caído, un enamorado que ha dejado encinta a una chica, un padre que llega a saber que su hija está embarazada siendo soltera, aún un marido que no quiere que su mujer se agote con tantos embarazos, etc., si no están perfectamente instruidos en los preceptos de moral cristiana, piden o autorizan semejantes crímenes de lesa humanidad.

¿No te parece, amable lector, que una de las causas de la multiplicación de estos hechos delictuosos es la falta de instrucción cristiana? No crees que la enseñanza laica, profundamente agnóstica, netamente ignorante en materia de ética, es una de las causas más responsables de estos crímenes hoy tan frecuentes?

Yo he sostenido siempre que aún el aborto denominado "terapéutico" es ilícito. Pero este criterio no lo tienen muchos de los médicos católicos, no suficientemente ilustrados en moral. Así es que hoy muchos de ellos no se abstienen de practicarlo. Yo he tenido ocasión de combatir ese criterio anticristiano. Una señora casada y con varios hijos se halla en los primeros meses de su preñez. En ese estado se le presentan terribles ataques de

eclampsia. El esposo, que es mi cliente, me llama. Yo presencio las horribles convulsiones de la pobre paciente. Miro sus ojos que se vuelven estrábicos, escucho su respiración convulsiva, y me apresto a combatir por medios terapéuticos ese estado. Mi medicación es la clásica. En esto llega una tarjeta de otro médico, en la que consta más o menos, lo siguiente: "Señor N. N. Sabemos que su señora está con eclampsia. El doctor Crespo que le atiende es demasiado católico y no va a emplear el aborto que es lo único que puede salvarle. Yo y mi colega fulano, estamos listos a servirle para salvar a su esposa"..., etcétera. El pobre marido me da la carta y me dice: "Emiliano: yo confío en ti absolutamente. Tú verás lo que conviene hacer con mi pobre mujer. Mira el panorama de mi hogar si ella se muere. Haz lo que tú creas más eficaz para salvarla". Yo le contesté: "No practicaré el aborto, porque, además de no ser una solución, es un crimen. Si tú quieres que siga yo atendiendo a tu esposa, dímelo; pero sabe que yo no practicaré el aborto. Haz, pues, lo que tú quieras. Busca al médico en quien más confíes".

El esposo se arrodilló delante de mí y me dijo: "En ti confío y espero que tú harás lo más conducente a salvarla".

En efecto, continuando con la medicación que había instaurado, logré que los accesos de eclampsia fueran espaciándose y que, por último, desaparecieran completamente. Esa señora se salvó. El producto de la concepción se desarrolló perfectamente y, al cabo de algunos meses, nació una criatura bellísima; tal vez la mejor de las hijas de ese buen señor, que gozaron de fama de hermosísimas.

De estos casos tengo unos seis en los que, de un modo análogo a lo relatado, he salvado a las mujeres eclámpticas confiadas a mis cuidados sin hacerles abortar. Y no me queda en la conciencia un solo asesinato de un ser que se incuba tranquilamente en el claustro materno y que tiene derecho a la vida, como tú o yo, amigo lector.

La cesárea clásica que yo aprendí en las clínicas Baudelocque y Tarnier no podía practicarse sino con bolsa de las aguas intacta

o recién rota, porque cuando esa ruptura había precedido con mucho tiempo a la intervención, había el peligro casi seguro de peritonitis. Posteriormente se inventó la cesárea cervical o cesárea baja, así como la cesárea extraperitoneal, que son completamente inofensivas contra el peritoneo; lo que ha ampliado muchísimo sus indicaciones.

Todo lo dicho no es para criticar la cesárea que es un maravilloso recurso en muchas circunstancias y que permite salvar al feto y a la madre infinitas veces. Es contra el abuso de ella que nos pronunciamos y, sobre todo, del mal uso que se hace de ella como medio de llegar, mediante la ligadura de las trompas de Falopio, a la esterilización de la mujer.

Volviendo a hablar de los profesores Pinard y Couvelaire debo anotar que el segundo había sido yerno del primero; que, cuando se separó de la cátedra de obstetricia el profesor Pinard, le sucedió Couvelaire y, por último, algo para mí muy interesante: el año de 1960, viajando por Europa con mi mujer y teniendo necesidad de consultar con un buen especialista respecto a ciertas molestias miccionales que me habían llamado la atención por temor de una hipertrofia de la próstata, lo que también se denomina adenoma prostético, busqué al profesor de urología de la Facultad de Medicina de París y, cuando llegué a él tuve la agradable sorpresa de encontrarme con un doctor Couvelaire, quien desempeñaba la cátedra de vías urinarias. Él me informó que era hijo del uno y nieto del otro. Era, pues, Couvelaire Pinard. Es decir, que llevaba dos apellidos ilustres en la medicina francesa.

En el curso de estas memorias hablaré, cuando llegue a su tiempo, de este magnífico recorrido que hicimos mi esposa y yo por varias naciones de Europa, cuando fuimos allá para acompañar a nuestro hijo Jaime en su ordenación sacerdotal que tuvo lugar en Granada (España).

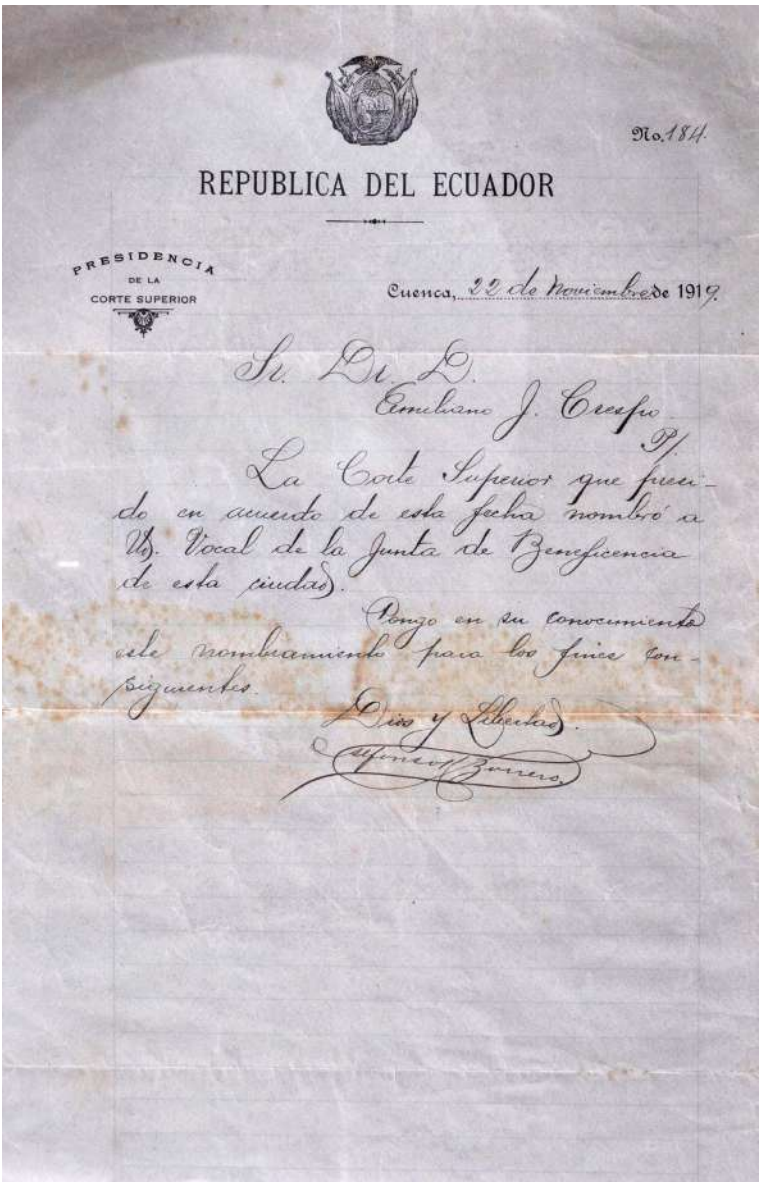
Ahora, para terminar este capítulo, recordaré que el sabio Pinard fue quien primero formuló el siguiente aforismo o precepto: *Tembriotomíe sur l'enfant vivant a vecu;* lo que significa que jamás se debe practicar la embriotomía sobre feto vivo. En

tiempos remotos parece que los tocólogos, ante un parto imposible por distocia, llegaban hasta a practicar la embritomía sobre niños vivos, con el objeto de salvar a la madre. Pinard, con un alto sentido humanitario, lanzó esa fórmula que, cuando no era posible salvar al feto, se esperara que muriera y, solo entonces, se procedía a destrozarlo.

Hoy, felizmente, la obstetricia ha llegado a un altísimo grado de perfección y, cuando se presenta un caso en que el parto por las vías naturales es imposible, se apela a la cesárea, ya alta o clásica, ya baja o cervical, y se obtiene siempre el anhelado éxito de salvar a feto y madre.

Lo que yo he querido recalcar en este capítulo es que la operación cesárea es excelente, pero que solo debe aplicarse cuando es estrictamente necesaria.

Para terminar con un rasgo jocoso, relataré la siguiente anécdota: A un tocólogo de esos muy partidarios de la cesárea, le relataba que una señora a quien un partero le había hecho muchas cesáreas, cuando quiso practicarle otra, le dijo: "Doctor, puesto que usted cree necesario seguir haciéndome esa operación ¿por qué no me pone en el vientre un cierre relámpago? Así no tendrá necesidad de cortarme y cortarme; sino que abrirá ese cierre, sacará a la *guagua* y volverá a cerrarme. ¿Qué le parece? ..."



No. 184.

REPUBLICA DEL ECUADOR

PRESIDENCIA
DE LA
CORTE SUPERIOR

Cuenca, 22 de Noviembre de 1919.

Sr. Dr. D.
Emiliano J. Crespo.
P.

La Corte Superior que presido en acuerdo de esta fecha nombró a Ud. Vocal de la Junta de Beneficencia de esta ciudad.

Pongo en su conocimiento este nombramiento para los fines consiguientes.

Dios y Libertad.

Nombramiento de vocal de la Junta de Beneficencia de Cuenca, entidad antecesora de la Asistencia Pública y que administraba todo el sistema de salud, Cuenca, noviembre de 1919. (Archivo del doctor Emiliano Crespo A.)

CAPÍTULO X

TIEMPOS DE PARÍS

Lister y la cirugía antiséptica. —Bergmann y la asepsia. —Normas de asepsia y antisepsia que se usaban en París hacia 1909. —Guantes de caucho de Chaput. —Autoclave de Chamberlan. —Procedimientos a seguir para una operación aséptica. —Experimento en la piel rasurada de un conejo. —Una falta grave: tomar objetos sépticos luego de haberse desinfectado. —La salud del paciente es la suprema ley del médico. —"Más vale basura hervida que agua cernida".

Desde los experimentos científicos con que el "genial intruso" —como se llamaba al eminente químico Pasteur— demostró la existencia de microorganismos, virus y bacterias, etc., y los tremendos males que causaban a la humanidad, igual que a los animales, los vegetales y varías industrias, así como las medidas preventivas de combatirlos, y de curar las enfermedades que originaban; la medicina mundial y especialmente la francesa, habían dado pasos gigantescos.

La cirugía había adoptado medidas potentísimas para evitar la infección y, por consiguiente, había permitido, esa adopción, para que el cirujano pueda, sin peligro, penetrar en el interior mismo de las cavidades del cuerpo humano, como el abdomen, el tórax y el cráneo; así como realizar todo género de intervenciones cruentas, como amputaciones, resecciones y otras, sin el terrible peligro de infección, de esa infección que era la regla y que causaba verdaderas hecatombes entre los heridos de guerra y en todo caso de las operaciones que cortaban los tejidos.

Un gran cirujano inglés, Lister, inspirándose en los descubrimientos de Pasteur, había instituido la cirugía antiséptica y, para ello, empleaba el ácido fénico o carbólico que, en soluciones, lo hacía pulverizar en el aire durante la intervención y que después

lo empleaba en impregnar los apósitos sobre la herida, sin embargo von Bergmann sustituyó el método antiséptico por el aséptico, que consiste en eliminar de todo objeto que se halle en contacto con los tejidos —instrumentos, materiales de cura y apósitos, y la piel vecina, y hasta las manos del cirujano ya por medio de guantes o de lavado estricto— las bacterias que se hallan normalmente repartidas en todo el medio ambiente. Todo eso se obtiene por medio de la esterilización al calor, ya seco (estufa de Poupinel, flambaje); ya húmedo sin presión-ebullición— o bajo altas presiones (autoclave de Chamberlan).

Se procede así bajo la noción de que todo lo que no ha sido exprofesamente esterilizado, debe rechazarse como seguramente séptico, porque las bacterias pululan en todas partes y, cuando se hace una incisión en la piel y los tejidos más profundos, esas bacterias penetran allí y provocan graves infecciones.

Cuando, en mil novecientos nueve, llegué a París, ya en todos los hospitales y en todas las clínicas se utilizaban esos medios de desinfección: los instrumentos metálicos se desinfectaban a la estufa de Poupinel o a la ebullición, los campos operatorios al autoclave bajo presión de dos y media atmósferas, así como los guantes de caucho, sondas de Nelaton y otros objetos de caucho que no se alteran por ese procedimiento, los cepillos destinados al lavado de las manos del cirujano se esterilizaban, asimismo al autoclave o a la ebullición, las blusas y delantales al autoclave.

Las manos del cirujano y de sus ayudantes e instrumentistas, no pudiendo ser esterilizadas por el calor, debían ser lavadas escrupulosamente por cepillado con jabón, durante por lo menos un cuarto de hora, luego inmersión en una solución antiséptica, como de oxicianuro de mercurio al uno por mil, o de permanganato de potasio igualmente al uno por mil, y, por fin, por inmersión en alcohol de noventa grados. Pero, aun así, era práctica muy usual el empleo de guantes de caucho esterilizado al autoclave. En esa época los guantes que se empleaban en Francia eran los de Chaput, de lámina muy gruesa y de dedos muy cortos que no se adherían estrechamente a los dedos; sino que los dejaban

muy flojos. Parecía, a primera vista, que esos guantes deberían causar una falta de tacto perjudicial; pero eso no era así, sino que, con la práctica, se adquiría mucha facilidad de manipulación y se llevaban a cabo delicadas fases de la intervención, como suturas intestinales, con agujas muy finas. Sin embargo, para ellas se acostumbraba emplear agujas especiales, como las de Reverdin, en las que se abría o cerraba el ojo por medio de una pieza movible provista de un botón o palanca.

Es sabido que el agua hierve, a nivel del mar, a cien grados centígrados y que eso se debe a la presión atmosférica que es normal a ese nivel. La presión que se ejerce sobre el líquido regula en cierto modo, la temperatura de este cuando se lo calienta. Así, en un recipiente destapado, el agua caliente no pasará de determinada temperatura aunque se prolongue mucho la calefacción. Sabemos también que el agua hierve a menor temperatura en lugares elevados sobre el nivel del mar. En Cuenca hierve a 91,5°.

Cuando, en un recipiente herméticamente cerrado, se calienta el agua se puede hacer subir la temperatura de ésta a más de cien grados, porque los vapores que salen del agua caliente hacen, en ese recinto cerrado, una presión sobre el agua; lo que determina un alza de temperatura. En eso se funda la marmita de Papin y lo que llamamos olla de presión. Naturalmente esa alza de presión y de temperatura determina una cocción más rápida y perfecta de los alimentos.

Chamberlan, discípulo de Pasteur, hizo la aplicación de esos principios a su autoclave, en el que se cumplen las condiciones precisas para obtener una alta temperatura bajo una considerable presión, la que se mide por medio de un manómetro aneroide que marca dichas presiones y posee una válvula de seguridad para los casos de peligro, regulando automáticamente el mantenimiento de la temperatura deseada. No creo del caso describir el autoclave de Chamberlan, que actualmente es de todos conocido; pero que en aquel tiempo era en el Ecuador una novedad, como se verá luego.

Describiré someramente el procedimiento que se debe seguir

para realizar una operación aséptica. Suponiendo que todo el material que va a emplearse en ella estuviese listo y a mano, el cirujano y su primer ayudante, se han despojado de sus vestidos exteriores, como saco, chaleco y, en los países tropicales, hasta de la camisa, poniéndose entonces un delantal o mandil y con los antebrazos y codos desnudos, comienza el lavado de las manos. Un primer lavado se hace con jabón y se llenan los surcos subungueales con jabón que será retirado con un limpia uñas metálico. Luego empieza la desinfección propiamente dicha. Con cepillo y jabón, se lavan las manos bajo un chorrito fino de agua. Se tiene especial cuidado en lavarse los surcos peri y subungueales, mediante un concienzudo cepillado. Se lavan los dedos cepillando su fase dorsal, su fase palmar, sus bordes laterales. Se lavan las junturas interdigitales por el dorso y por la palma. Las palmas de las manos y sus fases dorsales. Se lavan también las muñecas, por sus fases y sus bordes, los antebrazos, hasta los codos inclusive y la parte inferior del brazo. En este lavado que debe ser de lo más prolijo, se emplearán unos quince minutos. Se debe tener cuidado de que el agua que ha lavado manos y antebrazos corra hacia los codos y caiga por éstos, yendo de lo más limpio hacia lo menos limpio. Una vez que se ha hecho gotear toda el agua por los codos, se inmergirán las manos y los antebrazos en una solución antiséptica, como de oxicianuro de mercurio al uno por mil o de sublimado al uno por mil también. Y, por fin, se inmergen manos y antebrazos en alcohol o se recibirá un chorro de alcohol a 90 grados (decimos nosotros a 40 grados). Hecho esto se secará con una servilleta o paño esterilizado yendo, así mismo, desde los dedos hacia las palmas, luego muñecas, antebrazos y codos.

En este estado están ya listas las manos para operar y, cosa notable, algunos cirujanos franceses operaban así con sus manos sin guantes. Pero es mejor operar siempre con guantes, tanto por su perfecta asepsia, cuanto para mantener sus manos libres de contaminación en el curso de operaciones que pueden llevar a lugares sépticos del organismo del paciente.

La mascarilla y la gorra puede el cirujano haberse colocado

antes de lavarse las manos. Si se prefiere colocárselas después, esto se debe hacer con toda precaución y revistiendo los dedos con el borde de la misma gorra aséptica, invertidos hacia afuera o entregando los extremos de los cordones o tiras de la mascarilla aséptica a un ayudante, que los tomará cuidando no tocar los dedos o manos del cirujano.

Si todo esto se ha hecho con las manos no enguantadas se toman uno a uno los guantes, el primero tomándolo por su interior y se introduce la otra mano en él. Luego, ya con esa mano enguantada, se toma el otro guante por fuera y se introduce la otra mano en ese guante.

Está pues listo el operador y lo mismo su ayudante para intervenir en el paciente.

Con unas pinzas, a ello destinadas, se toma una porción de gasa estéril y empapándola en un antiséptico —tintura de yodo, mertiolate, mercurocromo, etc.—, se desinfecta con ellos toda la piel de la región en donde tendrá lugar la operación, sobrepasando extensamente esa región, de modo que las toallas estériles, llamadas también campos, se apliquen sobre zona estéril, circunscribiendo con cuatro de ellas el espacio en que tendrá lugar la incisión.

Se supone en esta descripción que esa zona de la piel se habrá lavado y desinfectado la víspera o algunas horas antes de la operación. Pero en casos urgentes ese lavado previo no es necesario, por emplear soluciones antisépticas alcohólicas (tintura de yodo, mertiolate o alcohólica de mercurocromo).

A este respecto recordaré un experimento hecho por un cirujano sobre la piel rasurada de conejos. Cuando se lavaba esa piel con jabón y se embadurnaba después con tintura de yodo y se hacía un corte para el estudio histológico de esa piel y en otro conejo en piel rasurada y seca se embadurnaba con tintura de yodo, sin lavado previo, la histología demostraba que el yodo había penetrado mejor y más profundamente en el segundo caso que en el primero. La explicación es que cuando se lava la piel, el agua penetra e hidrata los espacios intercelulares y no permite

la difusión de la tintura de yodo tan bien como cuando se emplea esta tintura sin lavado previo. También la grasa natural o sebum de la piel, que es soluble en el alcohol, permite la penetración mejor de la tintura de yodo. En resumen, es preferible desinfectar con tintura de yodo una piel no lavada previamente poco antes de la operación.

Mas cuando se dispone de tiempo se puede hacer el lavado cuidadoso de la piel la víspera de la operación, limpiar con alguna solución antiséptica y poner luego un apósito estéril sobre toda la región. Al día siguiente, e inmediatamente antes de la intervención, desinfectar con tintura de yodo o cualquier otra de las soluciones antisépticas empleadas actualmente en cirugía.

Sin entrar en más detalles pasaré a hablar de un punto que muy a menudo olvidan, no solamente los operadores y enfermeros estudiantes noveles, sino aún otras personas ya prácticas en cirugía. Una vez desinfectado todo, inclusive las manos del operador y ayudantes, ninguno de ellos debe tocar objetos sépticos.

Yo he visto, con mis propios ojos, cómo cirujanos no solo peritos sino afamados, han cometido la falta de tomar objetos no asépticos después de hallarse ya listos, vestidos para el acto operatorio, o apoyarse, sin notarlo, en cualquier mueble.

Esta falta suelen cometer más frecuentemente los estudiantes que comienzan su práctica de ayudantes de operaciones.

En algunos hospitales y clínicas hay enfermeras cuyo único papel es vigilar constantemente todos los actos y movimientos de los que intervienen en equipo en operaciones asépticas y darles la voz de alarma cuando, sin advertencia, han cometido una de esas faltas. Si uno de ellos ha tocado algo no estéril, a la advertencia de esa vigilante, cambiará el guante de la mano que ha cometido esa falta. Nadie se halla libre de ser advertido cuando ha faltado así a la asepsia y aún el mismo jefe cirujano recibe, alguna vez, esa advertencia sin disgustarse por ella.

La salud del paciente es la suprema ley del médico o del cirujano.

Pero estas normas no son solamente de regla en cirugía, sino

también en obstetricia y no solamente durante el parto, sino también después de él.

En otro lugar de estas memorias hemos referido cómo una verdadera epidemia de fiebre puerperal se desató en Cuenca en 1906; en la que perecieron muchas señoras de la aristocracia y muchísimas mujercitas del pueblo. Recomiendo también leer las narraciones de los autores en que se consignan las verdaderas hecatombes de parturientas que tenían lugar en los hospitales europeos, cuando los médicos que manejaban cadáveres realizando necropsias atendían también los partos y alumbramientos de las pobres mujeres hospitalizadas en esos locales. La infección puerperal era casi fatal y toda mujer que ingresaba para ser atendida de parto llevaba más de un 50% de probabilidades de ir a parar en el cementerio. Se observaba ya que las mujeres que daban a luz en sus casas o en cualquier otro local tenían menores peligros que las hospitalizadas y las atendidas por obstetrices tenían más probabilidades de salir con vida.

Las autopsias y necropsias en general se practicaban con las manos no enguantadas, y después, sin un lavado prolijo de ellas, iban los médicos a atender a las mujeres en trabajo de parto. ¿Cuántas veces en los surcos sub y periungueales no quedaban residuos de líquidos o partes sólidas de los cadáveres, de los cuales el facultativo no se percataba siquiera?

La sublime misión de la maternidad iba acompañada de la terrible condena de muerte, cuando aún no se conocía el papel de las bacterias o cuando habiéndose ya publicado mucho al respecto, había médicos y obstetras que no les daban crédito o que se burlaban de las precauciones que otros médicos u obstetras tomaban para llevar a cabo esas asistencias. Esas manos sucias, terribles portadoras de microbios, penetraban en la hilera genital de las infelices mujeres y dejaban allí una siembra de gérmenes. La cavidad uterina, mejor dicho sus paredes, quedan desnudas de mucosa. Son una inmensa llaga que tiene toda la aptitud para absorber esas bacterias y sus toxinas; de allí que la infección puerperal es una de las más graves y funestas que se conocen y

por eso ha arrebatado millones de vidas y seguirá arrebatándolas si por ignorancia o por una estúpida incredulidad no se ponen en práctica todas las medidas de asepsia y antisepsia prescritas ya por la ciencia moderna.

Cuando se va a practicar una operación quirúrgica en regiones cuya piel está cubierta de pelos, lo primero es rasurarlas, antes de proceder a su limpieza y desinfección. En obstetricia es también muy conveniente llevar a cabo esa rasura del pelo y de los labios mayores y sus vecindades. No es una medida indispensable —y muchos obstetras no la practican— pero sí muy conveniente. Por otra parte, no tienen motivos de ser objetada porque pronto se restablecerán los pelos que han sido rasurados.

Un lavado con agua hervida y jabón y luego con una solución antiséptica, prolijo, es necesario. O bien una embrocación de la vulva y partes vecinas con una solución de mercurocromo o con mertiolate, sobre todo cuando el caso es urgente y el parto se manifiesta inmediato.

Luego, como en las operaciones quirúrgicas, con un gran campo o sábana de lienzo esterilizado, que lleva una perforación central se limitará la zona; lo que aísla totalmente aún de la blusa estéril del tocólogo.

El tocólogo u obstetra se hallará desinfectado en la misma forma y con iguales requisitos que un cirujano operador.

El uso de guantes esterilizados —varios pares— es muy conveniente para la asistencia de un parto. Esos guantes serán cambiados cada vez que sea necesario.

No debo relatar todo lo que se desarrolla en el curso de parto y alumbramiento, porque no trato de hacer una clase o lección de ellos. Solo he querido insistir sobre la esencia que debe presidir y acompañar ese acto en que se juega la vida de una mujer y que implica inmensas responsabilidades para quien lo asiste.

Pero esa asepsia no solo debe guardarse en ese momento, sino que debe continuarse durante la asistencia ulterior a la parturienta. El cambio de apósito y el apósito deben ser, asimismo, asépticos y hasta el bidet debe esterilizarse por flambaje cada vez que

va a ser usado, tanto por su interior como por su respaldo.

Causa indignación ver cómo una mujer que se denomina enfermera, y que nada tiene de tal, asienta en el suelo el bidet y luego lo toma y lo coloca bajo la paciente, sin ninguna precaución de asepsia. El polvo de ese suelo que lleva el bidet queda en la sábana de fondo y, si hay algunas erosiones, escoriaciones o heridas en la zona genital o perigenital, eso constituye una puerta de entrada para los gérmenes. De allí que algún autor habla de "la infección puerperal por el bidet".

Cuando tenía yo que asistir un parto en la casa de la paciente, cuántas prolijidades y precauciones tenía que explicar a los miembros de familia respecto al agua esterilizada. Debían tenerse preparados dos depósitos: el uno de agua hervida fría ya y el otro de agua hervida caliente, para, mezclándolas, tenerlas a un temple soportable, tanto para lavado externo de la mujer y el lavado interno, y también para el lavado de mis manos. ¿Quién lo creyera? Era esto algo sumamente difícil de hacer comprender a esa gente. Muy a menudo para constatar la temperatura de esa agua estéril ya, una persona acuciosa introducía en ella un dedo y todo quedaba arruinado. Había, entonces, que mandar hervir de nuevo ese líquido.

Recuerdo que, cuando era una obstetriz quien atendía el parto, era común "precaución" filtrar el agua, ya hervida, por un paño no esterilizado. Tuve que hacer un pareado para que recuerden esas gentes lo importante. "Más vale —decía— basura hervida que agua cernida". Esto sucedía cuando era yo estudiante y no atendía personalmente el parto. Pero aún después, cuando confiaba la preparación del agua destinada al lavado —externo e interno— de una mujer en trabajo de parto a alguna persona de la familia, tenía que darle explicaciones muy detalladas sobre ese somerísimo procedimiento de tener agua para el efecto, dando detalles en apariencia insignificantes pero que tenían inmensa significación para evitar terribles consecuencias para la mujer.



Retrato del doctor Emiliano J. Crespo en la galería de decanos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca, actualmente en el auditorio de dicha facultad. Le representa sosteniendo su toga de decano y su maletín de médico. (Archivo fotográfico de Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO XI

ENFERMEDADES VENÉREAS

El autor introduce en Cuenca, a su regreso de Francia, el uso de inyecciones endovenosas. —También introduce el neosalvarsán como tratamiento contra la sífilis. —Un sifilítico no debe casarse mientras no esté curado. — El método Janet para tratar la blenorragia que aprendí en el Hospital Necker. —El gran descubrimiento de la penicilina por Fleming no logra vencer el mal venéreo. — La sífilis "decapitada". —La promiscuidad sexual. —Triste avance de las enfermedades venéreas entre la juventud. —Las "damas de paso" vectores del mal. —Necesidad de volver a la educación cristiana. —Aforismo de Ricard.

Cuando yo estaba en Europa el tratamiento de las enfermedades venéreas había tomado un notable adelanto.

Por lo que respecta a la sífilis, además de los antiguos tratamientos, como el mercurio, el yoduro de potasio, o los bismúticos, habíase emprendido en el tratamiento por los arsenicales como el atoxil —que pronto cayó en desuso por los inconvenientes que presentaba; sobre todo, accidentes oculares— y el salvarsán descubierto por Herlich,[113] quien llamaba a este medicamento *terapia esterilizans magna.*

Era un medicamento muy eficaz; pero de mucha dificultad para su empleo. No entraré a describir la serie de procedimientos que había que emplear en él. Pero a esa droga, pronto sucedió el neosalvarsán, que los franceses llamaron neoarsenobenzop como denominaban arsenobenzol al salvarsán.

Fue indudablemente un gran adelanto en el tratamiento de la avariosis; pero no como se creyó al principio que con unas pocas

[113] Paul Herlich (1854-1915), médico y microbiólogo alemán *(N. del E.).*

inyecciones se dejaba totalmente sano al paciente. Sin embargo, ese medicamento dio un gran paso sobre todo para impedir la difusión del mal, puesto que con pocas inyecciones —generalmente seis— se limpiaba al enfermo de sus lesiones infectantes, como las famosas *placas mucosas,* y otras sifílides que propagaban muy fácilmente la enfermedad.

Yo introduje en Cuenca el neosalvarsán y enseñé su modo de aplicación. Había que proceder con algunas precauciones indispensables para evitar accidentes. El enfermo debía hallarse en ayunas antes de la inyección. Esta debía ponerse siempre intravenosa y muy lentamente. Había también la necesidad de hallarse prevenido para combatir la crisis nitritiode que sobrevenía cuando menos se pensaba.

Sea esta la oportunidad para referir que fui yo quien inició en Cuenca el uso de las inyecciones endo o intravenosas, que antes no se conocían.

Mas esas precauciones que yo tomaba nunca llegaron a la exageración que un exalumno de medicina, que ni siquiera llegó a ser mi discípulo, publicó en un folleto indicando que el médico se vestía con todos los atuendos quirúrgicos, como blusa, guantes estériles y mascarilla para llevar a cabo una de esas inyecciones intravenosas de neosalvarsán.

La avariosis en Cuenca era bastante rara; pero sí existía y muchas veces pasaba desapercibida y solo se mostraba cuando invadía algún órgano importante, cuyas funciones alteraba. Un ejemplo servirá para demostrarlo. Llegó a mi consultorio un joven atacado de afonía. Hice en él un examen detenido de su faringe y de la laringe —laringoscopia— y encontré toda la mucosa cubierta de placas mucosas cuyo carácter sifilítico es indudable.

Prescribí el tratamiento por el neosalvarsán y comencé las inyecciones endovenosas de ese medicamento. Fue grande mí sorpresa cuando el paciente me pidió que le curara pronto, porque tenía que casarse. Yo le manifesté que él no podía hacerlo mientras no se demuestre clínica y biológicamente que estaba curado. Le ordené que se hiciera hacer una prueba serológica de

Khan y le insistí en que no podía casarse mientras no pasen tres años y en el curso de los cuales se realicen pruebas serológicas repetidas que se muestren negativas. Mientras continuaba yo las inyecciones de neosalvarsán seguía amonestándole que no pensase en casarse y que diera cualquier pretexto a su novia para ir retrasando la fecha del matrimonio. Al parecer esas recomendaciones mías estaban dando su efecto. Mas, cuál fue mi sorpresa y mi desengaño cuando días después encontré en la calle a mi excliente y me dijo: "Señor doctor. Me caso pasado mañana. Todo está listo ya". Y cuando le manifesté la enorme responsabilidad que asumía, por el peligro de contaminar a su mujer y engendrar hijos heredosifilíticos y transmitir a varias generaciones, ya la misma enfermedad, ya degeneraciones diversas; repetirle, en fin, todos los peligros que él arriesgaba casándose sin estar seguro de su completa curación, él no se mostró preocupado.

En efecto, dos o tres días después de esta entrevista supe que se había realizado el matrimonio eclesiástico con pompa inusitada.

Antes de eso ardía yo en deseos de hacer saber a la novia que no debía casarse e impedir de ese modo el matrimonio; pero el famoso *secreto médico* me ponía un candado en la boca y miré con estéril indignación que se cometía un terrible crimen por la irresponsabilidad del paciente a quien había yo amonestado repetidas veces.

No he tenido oportunidad de conocer a los hijos de ese matrimonio. No he sabido siquiera si han nacido niños deformes o tarados. Ojalá haya fallado esa vez la ley de la herencia. O tal vez mi expaciente se hizo seguir tratando con algún otro facultativo.

En cuanto a la blenorragia masculina yo la trataba con el método llamado de Janet y lo aprendí en la sala de la terraza del hospital Necker. Consistía en grandes lavados uretrovesicales de permanganato de potasa a dosis progresivamente concentradas y que se continuaban durante diez días. Entonces se volvía a hacer un examen microscópico de la secreción coloreada con azul de metileno y si había desaparecido totalmente el gonococo,

continuaba con dos o tres lavados más. Mas, si había todavía el diplococo de Neisser se repetía durante otros diez días los mismos lavados uretrovesicales a concentraciones progresivas. Generalmente, cuando no había complicaciones o la blenorragia era reciente, este tratamiento daba buen resultado, siempre que se controle con exámenes microscópicos frecuentes la presencia o ausencia del gonococo en la secreción.

Ese era el tratamiento más usado y eficaz de la blenorragia aguda y no complicada. Mas, cuando era crónica, había que investigar cuidadosamente la causa de esa cronicidad: ya se trate de alguna disposición anatómica anormal que permitía una localización de la infección, ya de una complicación de las muchas que podían acarrear esa prolongación y tratar esas causas locales o, en fin, generales que, debilitando al organismo, permitían se establezca esa cronicidad.

No entraré en detalles, que son aún extraños a la índole de estas memorias.

Cuando se descubrió por Fleming[114] la penicilina y se vieron los resultados verdaderamente espectaculares de su empleo en la blenorragia, aquel tratamiento por los lavados uretrovesicales quedó abandonado y con justa razón. Cosa análoga ocurrió también con la sífilis, en la cual la penicilina hacía también verdaderos milagros.

Una medicación tan fácil como eficaz derrota generalmente las anteriores y, mucho más, si éstas requieren largo tiempo y mucho trabajo para ser eficaces.

Así andaban las cosas cuando el año de 1945, al final de la última guerra, las más altas autoridades médicas habían declarado que, "a condición de ser empleada en una escala suficientemente amplia la penicilina alejará para siempre el espectro de las enfermedades venéreas".

---

[114] Alexander Fleming (1881- 1955), médico y científico británico, descubrió la penicilina al observar de forma casual sus efectos antibióticos sobre un cultivo bacteriano. Estudió y fue profesor (de bacteriología) de la Universidad de Londres. En 1945 obtuvo el Premio Nobel de Medicina *(N. del E.)*.

Nada más halagador para toda la especie humana que iba a verse libre del terrible azote de las venéreas, en especial de la sífilis y de la blenorragia, de las cuales si la primera causa la degeneración de la prole y muchas consecuencias gravísimas en la persona atacada, la segunda tampoco es despreciable, pues en un gran porcentaje determina ya en el hombre, ya en la mujer, lesiones de los órganos reproductores que muchas veces ocasionan la esterilidad y pueden también atacar a los ojos determinando la ceguera, como ocurre en el niño recién nacido, que se infecta las conjuntivas al atravesar la hilera genital materna; lo que se denomina impropiamente ceguera de nacimiento. Asimismo, puede la blenorragia atacar a ciertas serosas como las articulares y hasta el endocardio.

Tanto en el ambiente médico como en el social el exterminio de esas venéreas era de un valor imponderable. Así, pues, todos celebramos aquel descubrimiento y estábamos esperando el total saneamiento del mundo en ese sentido.

El empleo de la penicilina para tratar las venéreas produjo, en efecto, buenos resultados hasta 1955. Mas, desde ese año el número de casos de infecciones sifilíticas y blenorrágicas aumentó considerablemente, alcanzando en EE. UU. de 10 000 a 220 000 por año respectivamente, sobrepasando así las cifras de antes de la guerra. Y en esas cifras no se hallaban comprendidos los casos tratados reservadamente o no tratados por descuido, así como los casos tratados personalmente por los mismos enfermos. Y por eso el jefe de Servicio de Sanidad Americano exponía las probables cifras de 60.000 casos de sífilis y dos millones de blenorragias anuales, ¡pudiendo compararse esos números con los de las grandes epidemias de sarampión o de varicela!

En el espacio de cinco años el peligro venéreo, considerado como yugulado en todos los países que disponen de servicios sanitarios organizados y de cantidades suficientes de antibióticos, se ha vuelto una de las más importantes y primeras preocupaciones de la Organización Mundial de la Salud. Según la monumental encuesta que acaba de publicar, sobre veintidós países

estudiados, todos registran un aumento notable de la sífilis. Para quince de entre ellos el crecimiento de la blenorragia es del 10 al 100% con relación al nivel más bajo que está situado hacia 1955.

En Francia la recrudescencia de la blenorragia parece haber sido más lenta en estallar. Pero el índice de sífilis recientemente adquiridas declaradas en los 600 dispensarios venéreos, ha pasado de 0,27 para 10.000 habitantes en 1955, a 0,53 en 1960. Esto es más que en 1951. Los esfuerzos de nueve años de lucha antisifilítica se encuentran así anulados. De modo que las conclusiones de los mejores sifilógrafos franceses concuerdan con las de la Organización Mundial de la Salud. ¡Y ya es tiempo de tocar la alarma a la nueva ola de los peligros venéreos ...!

Hay casos en que, en un solo contacto infectante, el sujeto ha captado blenorragia y sífilis. Los síntomas más precoces son los de la blenorragia y entonces al paciente se hace tratar con penicilina, la que impide se presenten las manifestaciones sifilíticas iniciales primaria y secundaria-chancro y roseola. Pero esa sífilis *"decapitada"* no deja de evolucionar ocultamente y, después de años y hasta décadas, produce sorpresas terciarias temibles: aortitis, trastornos cardíacos, ataques al sistema nervioso central...

Pero más que sus consecuencias de orden médico es la rapidez fulminante de la propagación de las enfermedades venéreas lo que preocupa a los especialistas del mundo entero, quienes dicen que este problema sobrepasa de lejos el dominio médico. Es en el desarrollo espantoso de la promiscuidad sexual, particularmente en los jóvenes, que se debe investigar la causa del flagelo.

Las cifras hablan: es a la nueva ola de juventud en su conjunto que ataca la nueva ola de enfermedades venéreas, que eran antes tributo de los trasnochadores y las mujeres descalificadas —de vida airada—. En EE. UU. más del 50% de los casos señalados conciernen a personas de menos de 25 años y 25% de las víctimas tiene menos de 18 años. Los destrozos han tomado tales proporciones, que el doctor David Macé, presidente de la todopoderosa Asociación Americana de Consejeros de Matrimonios acaba de proponer solamente a los padres de familia la prohibición para

los menores de 15 años de la práctica del *dating,* esas reuniones de aprendices de amorosos que nadie puede creer inocentes.

En Suecia e Inglaterra el desarrollo de las blenorragias es dos veces más acusado en los jóvenes de menos de 21 años que en los adultos. Y todas las categorías sociales son atacadas, mientras en los dispensarios londinenses, en 1936 contaban para un tercio de pacientes y su porcentaje no excedía del 10% en 1960; al presente los empleados de oficinas son los más atacados.

Según el informe de la American Willcos a la OMS en los países llamados subdesarrollados, las prostitutas constituyen todavía el principal reservorio de gonorreas y sífilis. Los tres cuartos de los occidentales son contaminados por aquellas que nuestros especialistas llaman "amigas de paso" no remuneradas, mujeres casadas o no que se dan de buen agrado. Es en las calles, los *dancings* y los restaurantes que se anuda el 80% de encuentros que acaban por infecciones. El matrimonio no disminuye la frecuencia de estos encuentros. En los períodos de *weekends* o de vacaciones, después del tiempo de incubación necesario, los dispensarios antivenéreos son tomados por asalto.[115]

En Francia los observadores mejor situados, como los médicos de Saint-Lazaard o de Saint Luis, estiman que las prostitutas no intervienen sino en un caso de entre cinco o seis de infección masculina. Las amigas de paso en todas las clases sociales son responsables del 40% de blenorragias. Sus participantes las creen inofensivas; tanto más cuanto que ellas son desinteresadas. Por otra parte, ellas mismas no tienen ninguna razón de creerse infectadas. La blenorragia en la mujer permanece muda en un 90% de

---

[115] La sífilis no ha desaparecido. Al contrario, según un informe de la Organización Panamericana de la Salud del 22 de mayo de 2024, los países de América registran la mayor incidencia mundial de sífilis, con 3,37 millones de casos, o 6,5 infectados por cada mil personas. "Pese a que la sífilis es un padecimiento bacteriano de transmisión sexual prevenible y curable, los casos mundiales aumentaron en más de un millón en 2022, alcanzando un total de ocho millones, es decir, el continente americano alberga el 42% de las nuevas infecciones". La OPS reportó que entre 2020 y 2022, los nuevos casos de sífilis entre adultos de 15 a 49 años se incrementaron un 30% en América *(N. del E.)*.

casos y su diagnóstico médico no progresa casi en medio siglo. En resumidas cuentas, no es solo a los conscriptos que debería darse el mínimum de educación antivenérea, sino a todas las jóvenes personas ávidas de placer y aún a las más jóvenes ...

No queremos entrar a hablar del papel de terribles transmisores de los males venéreos que desempeñan ciertos sujetos degenerados sexuales, por no herir al pudor de nuestros lectores. Esos sujetos son responsables del 25% de contaminaciones masculinas en ciertos países... Por desgracia esta degeneración va propagándose en forma alarmante en todas partes...

Además de la promiscuidad lamentable, que es la primera causa de la propagación funesta de las enfermedades venéreas, hay muchos otros factores, como la tranquilidad que inspiran las declaraciones exageradas de que la sífilis y la blenorragia desaparecerán del mundo, hechas, en mala hora, y que antes eran un freno para las relaciones sexuales, pues muchos convencidos dicen: "ahora esas enfermedades son cosa de juego, pues con un poco de penicilina se curan radicalmente". Antes el temor de la sífilis y de la blenorragia constituían una barrera saludable, que detenía a los jóvenes de ambos sexos en la satisfacción de sus impulsos sexuales. Otro factor es también funesto y es que los médicos perdieron el hábito de investigar en sus pacientes la posibilidad de una infección venérea, considerando que había desaparecido el peligro de contaminación, gracias a la omnipotente penicilina.

Ante ese cuadro horripilante, nosotros, partidarios de la educación de otros tiempos, nos sentimos tentados a atribuir la propagación extraordinaria de las venéreas a las actuales costumbres que dejan a la adolescencia y a la juventud entregadas a una absoluta libertad, que degenera en libertinaje. Las niñas, que antes eran objeto de esmeradísimos cuidados, y se hallaban sujetas siempre al control paterno o materno, tienen hoy tantas libertades, que se hallan entregadas a todos los peligros morales y físicos imaginables. Además, la coeducación que pone a niños y niñas, muchachos y muchachas en íntimo contacto, es

también una causa indudable de actos sexuales y de ocasiones de contaminación venérea. Por eso hoy ya no es la prostituta el reservarlo de blenorragia y sífilis sino "las amiguitas de paso, no retribuidas". La vieja *educación cristiana,* con sus sanciones de orden moral y ultraterreno y que no descuidaba tampoco poner en aviso a los educandos sobre los peligros de la vida sexual no controlada, está haciendo falta fundamental en liceos, escuelas y colegios... Por eso jóvenes y niñas, sin noción alguna de religión, vegetan en escuelas sin Dios y constituyen una profunda lacra en la vida ciudadana. Ateísmo práctico escolar que deja a una juventud desorientada vagar por los caminos del vicio que corroe las almas y destruye los cuerpos.

Acude a mi memoria un grato recuerdo: en el Colegio Seminario Conciliar de Cuenca, su ilustre rector, reverendísimo canónigo doctor Joaquín Martínez Tamariz, a los alumnos que llegaban al 4° o 5° año, les obsequiaba un folletito muy interesante titulado: *Para nuestros hijos cuando tengan diez y ocho años,* por el gran venerólogo doctor Alfredo Fournier. Ese folleto ilustraba a la juventud sobre los peligros venéreos y, por consiguiente, era una prevención muy oportuna y que precautelaba a los jóvenes contra esas enfermedades, librándoles, al mismo tiempo de la corrupción sexual. En ese tiempo se recordaba la máxima o aforismo del gran sifilógrafo Ricard: *Timor sífilis est principium sapientia.* El temor de la sífilis es el principio de la prudencia (porque sayesse es tanto sabiduría como prudencia en francés). Esta frase era una paráfrasis de lo que dice el libro de la Sabiduría. El temor a Dios es el principio de la sabiduría.



Emiliano Crespo con parte de su familia en su quinta de la Ordóñez Lasso, ca. 1944. En la grada superior, desde la izq., Hernán Crespo Toral, Emiliano Crespo, Teresa Crespo Toral, Lola Toral Vega de Crespo y Raquel Crespo Toral de Ledergerber. En la segunda grada, María Luisa Ledergerber, María Clara Crespo Toral, Raquel y José Alberto Ledergerber. En la tercera grada, Lola Ledergerber. En la grada inferior, Jaime Crespo Toral. (Colección privada)

CAPÍTULO XII

EL HIPNOTISMO. CURSO EN LA PITIÉ

El doctor Babinski, neurólogo y psiquiatra. —El hipnotismo un fenómeno natural. —Algunos casos de mi práctica terapéutica: un hermano salesiano, un empleado del Tambo, un ministro de la Corte de Justicia, una señora. —Anestesia por hipnotismo. —Devuelvo la paz a un hogar, luego de la pena por la muerte de un hijo. —Un joven licenciado temeroso de su grado de doctor. —Otro caso de un doctor en Derecho.

Un discípulo de Charcot[116] iba a dar en la Pitié un curso de hipnotismo. Era preciso aprovecharlo: me inscribí, pues, en él. Se trataba del doctor Babinski, notable neurólogo y psiquiatra, jefe de servicio en el hospital indicado.[117] Nos dio varias conferencias y también hizo algunas demostraciones prácticas. Vimos allí todas las formas de hipnotismo: letargia, catalepsia y sonambulismo. Aprendimos a hipnotizar.

Es sabido que Charcot, en la Salpêtrière, hizo prodigios con el hipnotismo y cómo, si algunos le aplaudían y le imitaban, otros le atribuían grandes males hasta llegar a decir que Charcot hizo con su hipnotismo más histéricas de las que curó. El hipnotismo ha inspirado siempre cierto temor, pues se ha visto en él algo de sobrenatural y hasta se ha creído, por las gentes timoratas, que tenía mucho de diabólico. Por eso, hasta estos últimos tiempos, ha habido cierto recelo en emplearlo. Mas, se ha visto que es un

---

[116] Jean-Martin Charcot (1825-1893), médico neorólogo francés. Fue director del departamento de neurología del hospital de la Salpêtrière, el primero en su género y en el seno del cual aunó su criterio anatomoclínico con los nuevos supuestos de la medicina de laboratorio *(N. del E.)*.

[117] Joseph Jules François Félix Babinski (1857-1932), neurólogo franco-polaco. Es reconocido mundialmente por el signo de Babinski, un reflejo plantar patológico indicativo de daño en la vía corticoespinal, que describió en 1896 *(N. del E.)*.

fenómeno puramente natural y de utilidad para enmendar ciertos estados psíquicos y para curar muchas enfermedades funcionales, pues tiene un gran poder. Se han emitido, asimismo, muchas teorías respecto a la naturaleza de este fenómeno. Algunos han creído que era un fluido especial que poseía el hipnotizador y que pasaba al hipnotizado. Yo creo que es, sobre todo, obra de una autosugestión. El paciente cree en el poder superior del hipnotizador y se deja dominar por este. En cuanto a la naturaleza misma del hipnotismo, creo que no se ha llegado a explicarla de un modo claro y perfecto. Se sabe que, en Inglaterra, el hipnotismo ha entrado ya en la práctica médica corriente.

Yo he usado el hipnotismo algunas veces y me precio de haber obtenido buenos resultados. Veamos algunos ejemplos. El Hno. N. N., salesiano, fue conducido a mi consultorio de Cuenca por otro hermano, quien me indicó que el primero había pasado unos quince días en un estado de sobreexcitación nerviosa considerable. No había comido ni dormido durante todo ese tiempo, víctima de una agitación terrible.

Indiqué al enfermo que subiera a la mesa de exámenes y, con gran sorpresa mía, logré hacerle dormir rápidamente. Le sugerí, entonces, unas normas de vida, comenzando por ordenarle que, en cuanto llegue al convento, se acueste y duerma durante cuatro horas, luego asista a las prácticas religiosas de la comunidad; en seguida vaya al refectorio y cene en comunidad con los demás religiosos. Le ordené que se acostara por la noche a la hora habitual del convento; que, a la mañana siguiente, se levantara a las 5 a.m. y concurriera a misa y más ejercicios religiosos; que, luego, jugara durante una hora a las bochas (entonces juego predilecto de los salesianos), etc. Partieron, pues, los dos hermanos para su convento y, al día siguiente por la tarde volvieron a mi consultorio. Fue grande mi sorpresa cuando el hermano que condujo al enfermo me dijo: "Señor doctor N. N. ha cumplido al pie de la letra todas sus sugerencias y estamos asombrados todos en la comunidad de un resultado tan admirable de su poder hipnótico". Ordené, entonces, a N. N. que subiera otra vez a la mesa de exá-

menes y, volviendo a hipnotizarlo, le hice otras tantas sugerencias para el futuro.

Ya no volvió el enfermo a mi consultorio. Yo temía que mi tratamiento hipnótico hubiese fracasado. Unos quince días después me encontré con uno de los padres salesianos y le pregunté por N. N. y entonces me respondió: "Pues, desde el día en que usted le hizo ese tratamiento hipnótico, N. N. quedó bueno y sano; de modo que ya lo mandamos a la parroquia de El Pan, en donde está cumpliendo perfectamente bien con sus deberes".

Un enfermo había ingresado a la sala "Manuel Farfán" del Hospital Civil de San Vicente de Paúl de Cuenca con un síndrome muy raro. Cada diez minutos se le presentaba una serie de gesticulaciones, con movimientos de los ojos y pérdida momentánea del conocimiento. Era un empleado de un señor de El Tambo. Su patrono se empeñó en que examinara yo a ese agente suyo; mas, como se hallaba en una sala cuyo jefe no era yo, me excusé de atenderlo. Sin embargo, era tal la exigencia de aquel, que tuve que ver al enfermo. Por la regularidad con que se presentaba ese síndrome, pensé yo que tenía que ser una neurosis la que tal cosa producía y resolví emplear con el enfermo un tratamiento por el hipnotismo. Pedí pues al patrono que hiciera salir al enfermo a una casa particular para atenderlo allí. Aceptó esa indicación y comencé desde esa misma tarde las sesiones de hipnotismo. Pude dormirlo con relativa facilidad. Una vez en sueño hipnótico el paciente, le sugerí que se hallaba muy bien y que no volvería a tener esas contracciones y más síntomas; lo que sugerí repetidas veces y con gran autoridad, haciendo repetir al paciente muchas veces: "yo estoy sano, yo no tengo enfermedad alguna, no volveré a tener espasmos de la cara; no volveré a perder el conocimiento", etcétera. De esas sesiones repetí unas seis u ocho en días sucesivos.

Logré que desaparecieran completamente las manifestaciones que, en mi concepto, eran crisis frustradas de epilepsia. Dejé de ver al enfermo y hasta me había olvidado de él, cuando un día me encontró en la calle su patrono y me dijo:

—¡Quiero pagarle sus honorarios!

—¿Qué honorarios?, le pregunté, porque no recordaba nada.

—Los honorarios por la curación de mi agente, me respondió. Está bueno y sano y hace días que lo mandé que partiera para El Tambo a seguir trabajando en su empleo.

Me pagó, pues, esos honorarios que casi no quise aceptar, porque, habituado yo a mi cirugía, imaginaba que, en otros procedimientos curativos, no debía recibir remuneración alguna.

A veces el sujeto hipnotizado no acepta haberse hallado dormido y es conveniente cuando se desea convencerle emplear algún procedimiento que le obligue a confesar que dormía. El caso siguiente es muy demostrativo. El señor doctor A. H., notable abogado y ministro de una de las Cortes Superiores de Justicia del país, se presentó en mi consultorio muy preocupado porque creía hallarse gravemente enfermo del corazón. Ciertas palpitaciones o extrasístoles, cierta fatiga al subir las escaleras, cierta necesidad de dormir sobre una almohada muy alta le tenían convencido de su cardiopatía. Yo le había examinado repetidas veces y hasta había acudido al radiólogo y al electrocardiogramista para mayor información. Todo era normal. Sin embargo, el doctor A. H. no se convencía de hallarse sano y bueno y un día me pidió que, ya que no creía en su afección, le hipnotizase y le convenciese a él de su buen estado de salud.

Acepté su pedido y un día en mi consultorio, le dije: "Quítate el saco y el chaleco y déjalos sobre esa silla. Pon el paraguas en esa esquina junto con tu sombrero". Una vez que hubo hecho eso, le indiqué que subiese a la mesa de exámenes y procedí a hipnotizarle. Luego que hubo dormido le sugerí que su corazón se hallaba perfectamente bien, y poniéndole en estado sonambúlico le hice repetir muchas veces: "Estoy sano". "Me siento muy bien". "No tengo nada en el corazón". "Soy un hombre sanísimo". "Soy un hombre robusto y alegre". "No volveré a preocuparme por mi corazón". "Soy muy feliz". "Soy muy dichoso". "Haré la alegría de mi familia". "Nunca repetiré que sufro del corazón". Prolongué bastante la sesión de hipnotismo y después le ordené: "Sin

despertarte: abre los ojos. Siéntate. Baja de la mesa de exámenes. Ponte el chaleco. Ponte el saco. Ponte el sombrero. Toma el paraguas y sube a la mesa". Una vez que estuvo acostado en la mesa de exámenes, le ordené que abriese el paraguas y, entonces, le desperté, mediante una orden y soplándole sobre los párpados. Ya puede imaginarse el asombro del doctor H. al hallarse acostado en la mesa y con el paraguas abierto. Entonces le increpé yo:

—Pero hombre, ¿cómo haces eso de hallarte acostado en una mesa de exámenes del consultorio de un médico, abierto el paraguas como si pudiese llover dentro de casa, bajo techo y cielo raso?

Entonces el doctor H., lleno de indignación me respondió:

—Pero a ti te consta que he dejado el paraguas y el sombrero en aquella esquina y el saco y el chaleco en esa silla...

En ese momento aproveché yo para decirle:

—Luego a ti también debe constarte que has estado dormido cuando, para eso, descendiste de la mesa, tomaste el chaleco y saco y te vestiste con ellos y, por fin, te pusiste el sombrero, subiste nuevamente a la mesa y abriste el paraguas.

Y adopté ese procedimiento con el doctor H. porque ya había tenido casos en que el sujeto a quien había hipnotizado, no quería admitir que se había dormido.

El mejor ejemplo de esto es el siguiente: una señora de mi familia, muy buena y distinguida, sufrió una fractura del cuello del fémur. Le tratamos por extensión continua y, después de unos dos o tres meses, se hallaba ya curada. Muchas ocasiones yo le había insinuado que comenzara a andar, siquiera unos pocos pasitos; pero ella tenía tanto temor, que no se atrevía a ensayar siquiera la deambulación. Una vez nos hallábamos en una quinta de la familia y la señora estaba sentada en una cómoda butaca; pero no aceptaba el levantarse, no obstante que le ofrecíamos el apoyo de nuestras manos. Entonces una de sus hijas me dijo:

—Doctor, ¿por qué no la hipnotiza?

Me pareció muy oportuna esa insinuación e inmediatamente me dediqué a provocar el sueño hipnótico en la señora ... Pronto quedó profundamente dormida. Entonces le ordené que, *sin des-*

pertarse, abriera los ojos, se levantara de su asiento y anduviese por la pieza, lo que realizó perfectamente. Luego le ordené que volviese a su asiento y se sentase. Por fin la desperté. Cuando estuvo perfectamente consciente le pregunté:

—Señora, ¿cómo le ha ido? —y ella me contestó:

—Muy bien, sí no me he dormido. Usted me decía: duérmase, duérmase, pero yo estaba completamente despierta.

Entonces yo le dije:

—Pregunte a sus hijas.

Y las hijas le dijeron:

—Mamacita, usted ha venido desde su silla hasta aquí" —y le señalaron el lugar hasta donde avanzó andando. Esto le produjo a la señora una gran sorpresa y me dijo:

—No volverá a dormirme más.

Otro caso es interesante por cuanto demuestra que la anestesia hipnótica es suficiente para realizar, bajo ella, operaciones quirúrgicas: un muchacho de Cuenca, en una de esas fiestas religiosas en que se hace derroche de pirotécnica, había cogido un cohete que no había explosionado. El cohete había estado encendido y, en el momento menos pensado, hizo su explosión, llevándose algunos dedos de la mano derecha del niño y dejando a los otros medios destruidos. Era necesario suprimir algunas partes de tejidos destrozados y regularizar la amputación de los otros. Yo indiqué al estudiante que debía anestesiarlo, que no le administrara el éter sino cuando yo se lo ordenara, y procedí a adormecer al paciente por medio del hipnotismo. El muchachito se durmió pronto y realicé la intervención. Logré amputarle una o dos falanges, eliminar los tejidos muertos y suturar sin que el muchacho se despertara. Por consiguiente, no fue necesaria la anestesia al éter que yo había prevenido.

Creo del caso referir lo que he visto hacer a un médico amigo y algo pariente mío en materia de hipnotismo. Residía este facultativo en la provincia de Manabí, que atravesaba entonces por una crisis económica muy grave; de modo que casi todos los médicos se quejaban de la falta de clientela en ese tiempo.

Sin embargo, a mi pariente no le faltaban clientes. Eran los que necesitaban de extracciones dentarias y que acudían a él para someterse a ellas bajo anestesia hipnótica. Yo le vi realizar esas avulsiones con maestría y siempre bajo hipnotismo, sin que este fallara nunca.

Ese mismo médico me hizo ver una vez su sistema de hacer tomar a los niños medicamentos de sabor desagradable. Se trataba de un hijito de otro colega, que se hallaba atacado de paludismo. Para el médico de que hablo no había mejor medicamento antipalúdico que el sulfato de quinina. Hipnotizó al niño y preparó una solución de esa sal en medio vaso de agua pura. Entonces sugirió al niño lo siguiente: "Vas a tomar un jarabe delicioso. Tan rico, que lo saborearás feliz y lo tomarás por bocaditos para sentirlo mejor". Entregó entonces el vaso con la solución al muchachito y este, llevando el vaso a los labios, fue tomando la pócima poquito a poco y saboreando feliz el amarguísimo contenido del recipiente ...

Este mismo facultativo atendía a su señora en los partos, sometiéndola a la anestesia hipnótica. Ella, feliz, jamás sintió los dolores de la maternidad; no obstante haber tenido muchos hijos.

Pero volviendo a mis propias experiencias debo referir un caso sumamente interesante y que puede ser imitado en circunstancias análogas con gran beneficio. En mi matrimonio hemos tenido catorce hijos. Tan solo uno de ellos falleció. Era un niñito de año y medio, precioso, muy inteligente y muy bonito. Tenía ojos negros y cabello rubio. Era un verdadero angelito. Desgraciadamente, contrajo una meningitis, probablemente tuberculosa. Agoté los recursos terapéuticos. Me acompañaron varios excelentes colegas y sin embargo falleció. Este fue un terrible golpe para mi mujer. Sufrió de un modo inaudito y su pena llegó al extremo de no comer ni dormir durante muchos días. El caso era desesperante. Entonces resolví ensayar el hipnotismo para tranquilizarla. En efecto una noche procedí a sugestionarle que se durmiera. Simultáneamente le hacía pases por la cabeza, la frente y las mejillas. Logré ponerla en estado de letargia y le

sugerí que sufriera con menor intensidad, recordándole sus otros hijos. La hice repetir conmigo: "No sufriré tanto". "Me dominaré". "Me siento más tranquila". Le ordené que no despertara hasta el día siguiente por la mañana. En fin hice uso de todos los medios habituales en el hipnotismo para lograr su tranquilidad. Durmió, en efecto, hasta el día siguiente. Y al despertar era otro su estado, pues se hallaba más tranquila, menos angustiada y más dócil para tomar los alimentos. En suma, desde ese día mejoró inmensamente, es decir volvió a la normalidad, y su pena, si bien siempre muy intensa, mucho más normal y sin los excesos de amargura de los primeros días. Creo yo haberla librado mediante esa medida terapéutica de primer orden de una situación muy grave y tal vez irremediable, y haber devuelto a mi hogar la paz, la tranquilidad y hasta la dicha.

Hay muchas personas que desean ser hipnotizadas. Yo no me he prestado a satisfacer sus deseos y solo he empleado el hipnotismo cuando lo he juzgado indispensable para servir al enfermo, al angustiado o al tarado que tiene por ejemplo un tic y necesita ser librado de él. Es un excelente medio para lograr el enderezamiento de los niños tarados psíquicamente; para educarlos y encaminarlos por la buena senda de la vida.

En los pocos casos de hipnotismo que he realizado por simple distracción he obtenido siempre llegar al sueño y hacer pasar por procedimientos sencillos al sujeto por las diversas fases que pueden observarse en este estado: catalepsia, letargia y sonambulismo.

Estaba olvidando relatar un caso muy interesante de mi práctica del hipnotismo. Se trataba de un joven estudiante universitario que era, al mismo tiempo, profesor de enseñanza secundaria. El manifestaba:

—Yo creo saber muy bien las materias de mis estudios y aquellas que dicto en el colegio; mas, en el momento de exponerlas, me siento tan cohibido, que las recuerdo muy poco y entonces resulta que, siendo competente estudiante y maestro, respectivamente, no me presento como tal. Ahora mismo me hallo en

vísperas de rendir mis grados finales de licencia y de doctor en jurisprudencia y tengo que tomar los exámenes de mis alumnos de secundaria y me encuentro sumamente preocupado por aquel defecto de que le hablo. Cómo agradecería a usted sí me sacara de este estado de timidez, que tantos daños me ha hecho y me hace. Yo tengo conciencia perfecta de mi saber, pero en el momento oportuno de exponer esos conocimientos, los olvido y caigo en un verdadero colapso psíquico.

A este joven me lo presentó uno de mis hijos que era condiscípulo de él. Emprendí, pues, en la tarea de sacarlo de ese estado de timidez y de abulia. Logré con relativa facilidad hacerle dormir hipnóticamente y le sugerí ideas de valor, de entereza, de entusiasmo. Le obligué a decir: "Yo sé mucho; yo soy muy inteligente. No temeré dar mis exámenes. Seré un abogado muy sabio; trabajaré con gran éxito. No temo a nadie. Mis exámenes serán excelentes. Obtendré la mejor calificación. Mis profesores me aprobarán por aclamación".

Esto tenía lugar a mediados de junio. Los exámenes debían comenzar el primero de julio. El amigo fue a su casa lleno ya de valor. Después de algún tiempo, recibí un espléndido regalo enviado por él que ostentaba ya el título de doctor. Había obtenido, en efecto, la votación sobresaliente. Después he sabido que este dichoso mortal ejercía su profesión en Guayaquil y que se había abierto campo con gran éxito profesional. Hasta se me refirió que había ido al extremo opuesto y que tenía fama de demasiado audaz en el foro del puerto principal de la República...

A medida que escribo estas páginas voy recordando más casos de hipnosis realizados por mí. El que voy a relatar tiene un valor muy considerable por su efecto terapéutico de un estado psicótico muy serio y avanzado. Se trataba de un doctor en Jurisprudencia que se encontraba en un complejo de culpa. Se imaginaba que su señora madre había muerto por culpa suya. Un carcinoma había terminado con la vida de esa señora y él creía que, si hubiese llevado a Bogotá a la señora, hubiera sanado de su afección mediante la aplicación de rayos X en un instituto de

roengenoterapia allí existente. Estaba profundamente convencido de su culpabilidad. Alguien le había informado de que yo era un buen hipnotizador y él resolvió confiarse a mi tratamiento. En efecto, procedí varias veces a hipnotizarlo, consiguiendo en todas ellas dormirlo profundamente, aunque él no creía haberse dormido. Mis sugestiones lograron, al fin, arrancar esas ideas de su mente y convencerlo de su inocencia en la muerte de su adorada madre. Sanó, pues, completamente y es ahora y desde hace varios años un elemento muy útil y valioso de la sociedad, ejerciendo un alto cargo de un importante organismo con la mayor eficiencia y pulcritud.

No hay duda que es un inmenso consuelo poder liberar a un alma atormentada por ideas de responsabilidad infundadas, pero profundamente implantadas en el psiquismo, de los motivos de esa tortura anímica insoportable. En esos casos el médico que posee una rama tan poderosa como inofensiva, se siente dichoso de liberar a otro ser humano de tormentos insoportables, sugiriéndole nuevos y confortantes conceptos que desarraigan esas ideas parásitas que determinan una tortura indefinida. A veces el hipnotismo desempeña también el papel de un verdadero psicoanálisis semejante al que Freud nos enseñó.

CAPÍTULO XIII

RECUERDOS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

El rector, doctor Honorato Vásquez, me entrega el nombramiento de catedrático de la Facultad de Medicina. —Méritos de ese insigne patriota. —Su amor a la Virgen. —El expresidente Luis Cordero. —El rector doctor José Peralta. —El Deber contra La Razón. —El nuevo rector ordena retirar todas las imágenes, pero consiente en mantener la de la Virgen de la Universidad. —Conferencias heterodoxas de Peralta sobre la Biblia. —Sin embargo, respeta mis creencias. —El Rector Remigio Crespo Toral. —Sus inmensos merecimientos. —"La muerte de los genios".

Entre los primeros visitantes a mi regreso a Cuenca desde París, tuve al señor doctor Honorato Vásquez, rector entonces de la Universidad, quien me traía el nombramiento de catedrático de la Facultad de Medicina de esa ilustre Universidad. Espontáneamente y sin ningún intento de mi parte, el doctor Vásquez, que había tenido informes de mis estudios y trabajos en Europa, había conseguido que esa corporación me designara profesor.

La Universidad de Cuenca, desde su fundación, tuvo como rectores a los más altos exponentes de la intelectualidad azuaya. Honorato Vásquez[118] fue uno de ellos y rigió al instituto de enseñanza superior durante muchos años. Cuando yo ingresé, como alumno, al primer año de medicina ya era Honorato Vásquez rector. Insigne literato, poeta muy inspirado, diplomático de primer orden, político de alto vuelo, Vásquez honró no solo a su ciudad natal sino a todo el país. Pero, además de esos méritos, Vásquez tuvo el de ser gran católico y creyente. Sus cantos a la Morenica del Rosario en que alternaba con Miguel Moreno en las ala-

[118] Honorato Vásquez Ochoa (1855-1933), abogado, diplomático, escritor y poeta cuencano. Fue rector de la Universidad de Cuenca *(N. del E.)*.

banzas a la Madre de Dios lo demuestran plenamente. Pero otro rasgo confirma igualmente su piedad cristiana y su amor a la Madre del Crucificado. En las ruinas del templo de la Compañía de Jesús yacía una imagen muy bella de la Santísima Virgen María. Vásquez la libró del abandono y la hizo retocar completamente. Luego, en la mitad del patio de la antigua Universidad, hizo erigir un pedestal que mandó terminar con un círculo de mármol en el cual hizo pintar una media luna. Sobre ese pedestal mandó colocar la preciosa imagen llevando en el pedestal la advocación *Sedes sapientiae*. Allí, entre plantas y flores de belleza y de perfume exquisitos, María se levantaba como una soberana de amor y un trono de sabiduría. Ella era allí objeto del homenaje de todos los alumnos de esa universidad. Y, en los meses de mayo, era allí en donde recibía el tributo de amor de maestros y discípulos, mediante animadas y sencillas fiestas, con flores, música y poesías, llenas de fervor y de inspiración. Llevada en hombros de alumnos, al templo vecino de Santo Domingo, era honrada con una misa muy solemne y, luego, de regreso a la casona universitaria, recibía el tributo intelectual más emotivo, en una sesión literaria realizada en su honor, en la que poesías y prosas, originales de profesores y de alumnos, se recitaban, alternando con selectas piezas musicales.

Además, se había establecido un concurso de ofrendas florales maravilloso, en el cual recibía un premio de oro la mejor. Igualmente era premiado el autor de la mejor poesía y el de la mejor obra en prosa que se enviaban a ese concurso mariano.

Es de notar que, en Cuenca, la ciudad intelectual y romántica por excelencia, la poesía mariana ha tenido un cultivo verdaderamente asombroso. Probablemente ningún poeta azuayo habrá negado a la dulce Madre de Jesús el homenaje de su intelecto y de su lira. De allí que, aún muchos de los cuencanos que después de su juventud han abandonado las filas del catolicismo, hayan dedicado en sus mocedades cantos a María. Y esto es, con el decurrir del tiempo un arma poderosa que se exhibe contra ellos en las discusiones políticas. La fiesta del último sábado de mayo

a la santísima Virgen de la Universidad es muy celebrada. Ella y "la Fiesta de la Lira", con el septenario en honor del Santísimo Sacramento, son características de la ciudad tomebambina.

Honorato Vásquez ejercía el rectorado de la Universidad de Cuenca cuando fue nombrado embajador ante el rey de España mientras este monarca desempeñaba el cargo de árbitro en nuestro litigio fronterizo con el Perú. El ilustre doctor Luis Cordero Crespo, expresidente de la República,[119] fue designado para rector de aquel instituto. En esa época yo me hallaba ya ausente del país, durante mi permanencia en Francia y dedicado al perfeccionamiento de mis estudios de medicina, cirugía, bacteriología, etc.

Mas, se me ha informado que tan ilustre hombre público fue un rector insuperable y puso a la Universidad en una situación magnífica, tanto en disciplina como en docencia. Allí demostró Luis Cordero cuanto valía como dirigente. Y ese hombre, que dimitió el mando de la República por un sentimiento de honor y de delicadeza llevado al extremo, trayendo involuntariamente para el Ecuador tantos males que, hoy, después de más de media centuria, aún gravitan sobre nuestra patria, y que dijo para renunciar a la presidencia: "No quiero ser causa de que se derrame sangre en el país por oposición a mí"; ese hombre, digo, demostró en el rectorado sus excelentes dotes de mandatario, obteniendo el respeto y el afecto de todos sus subordinados, tanto profesores como alumnos.

Mas, Honorato Vásquez de regreso al país, una vez terminada su labor diplomática en España, fue nuevamente nombrado rector de la universidad azuaya. El doctor Luis Cordero había fallecido en 1912,[120] dejando un recuerdo imperecedero en la sociedad cuencana.

---

[119] Luis Dolores Cordero Crespo (Déleg, 1833-Cuenca, 1912), abogado, lingüista, botánico, escritor y poeta ecuatoriano, fue presidente de la República del Ecuador (1892-1895) y rector de la Universidad de Cuenca (1911-1912), habiendo muerto en el ejercicio de este cargo *(N. del E.)*.

[120] Hemos corregido este gazapo, pues en la primera edición dice 1911 *(N. del E.)*.

Así fue como, cuando llegué yo a mi ciudad natal, en 1913, se hallaba nuevamente en el rectorado el ilustre Honorato Vásquez. Ese hombre que, a sus elevadísimos méritos intelectuales y morales, añadía una modestia admirable, una delicadeza incomparable, confirmando aquella frase tan conocida de "solo los grandes hombres son así". Su permanencia en España fue también para él muy provechosa y, a sus grandes conocimientos en todos los ramos de la literatura y de la filosofía, había añadido el más profundo conocimiento del lenguaje, tanto moderno como antiguo, y, así, daba magníficas y amenas conferencias sobre esa interesantísima materia. Así, respecto a ciertos vocablos usuales en nuestras comarcas azuayas, él nos hacía conocer su etimología, su origen en el castellano antiguo, etc. Por ejemplo, esa palabra tan usual entre personas poco cultas, "quierde", y que significa más o menos *¿en dónde está?,* él nos explicaba que venía de esta frase: "¿qué es de ...?", en que se habría transformado la s por r, cosa algo frecuente aún en España. Y, así. otros ejemplos en que demostraba cómo nuestro lenguaje corriente había conservado muchos vocablos o modismos del castellano antiguo que habían desaparecido ya en España.

Las universidades ecuatorianas son autónomas, es decir que no dependen, ni en su estructura ni en sus métodos, de ningún otro organismo o autoridad. Los rectores, profesores y más empleados deben ser elegidos cada cuatro años en el seno del mismo organismo. Por eso, un día, al realizarse la elección, tuvimos la sorpresa de ver caer a nuestro insigne rector Vásquez y ser sustituido por otro hombre notable, el doctor José Peralta.[121] Con hábil astucia y sin par sigilo, sus partidarios habían estado preparando esa elección. Para mí fue una verdadera sorpresa.

El doctor José Peralta era un hombre muy valioso, muy inteligente, buen escritor, buen polemista, muy ilustrado. Había sido

[121] José Peralta (Gualleturo, Cañar, 1855-Quito, 1937), político y periodista liberal, fue asambleísta, ministro de Relaciones Exteriores, rector de la Universidad de Cuenca y senador *(N. del E.)*.

periodista valiente y audaz. No intentaré siquiera hacer su biografía. Lo único que anotaré es que, mientras todos o casi todos los rectores de la Universidad de Cuenca fueron hombres católicos fervientes, figurando entre ellos hasta sacerdotes y obispos, José Peralta fue un disidente, pues, aunque en su remota juventud había sido muy cristiano y devoto y hasta había hecho poesías a la Virgen, después se manifestó completamente incrédulo. En días lejanos había sido el director y redactor de un periódico titulado *El Deber,* pero muchos años después y ya cuando Alfaro se apoderó del mando de la nación, publicaba *La Razón,* que era totalmente opuesta en doctrinas y normas a esa otra revista. Así es como un grupo de estudiantes católicos que redactaba *El Diablo,* en esas interesantes épocas del 5 de julio y del 23 de agosto de 1896-1897, publicó una serie de artículos intitulados "Peralta contra Peralta o sea El Deber contra La Razón".

El doctor Peralta fue uno de los corifeos del Liberalismo en la transformación política del 95 y en los años que la siguieron. Desempeñó elevados cargos en la administración pública y en la diplomacia ecuatorianas.

Su elección para rector fue gestionada en su mayor parte por el doctor Luis Jaramillo, distinguido profesor de Patología Interna en la Facultad de Ciencias Médicas.

El doctor Peralta, consecuente con sus ideas avanzadas, pocos días después de haber tomado posesión del rectorado, hizo un recorrido por todas las aulas de la Universidad y ordenó que todas las imágenes religiosas que había en ellas (especialmente eran de la Virgen María) fuesen recogidas y guardadas en un solo local, para hacer con ellas una especie de museo. Fueron, pues, retiradas todas esas imágenes. Mas un día tuvo forzosamente que enfrentarse el nuevo rector con la imagen de la Virgen del patio principal de la casona. Todos estábamos pendientes de las palabras del rector y fue grande nuestra sorpresa cuando le oímos decir: "Esta imagen puede permanecer aquí porque es una bella obra de arte". Así se quedó en su trono de piedra la bellísima estatua de la Madre de Dios, que, en los años posteriores, ha se-

guido sorteando, con admirable actitud, mil peligros y aún hoy se mantiene airosa en el nuevo local de la llamada "ciudadela universitaria". Ya tendremos oportunidad de seguir relatando las peligrosas vicisitudes por las que ha pasado esa imagen.

Casi todos los rectores de la Universidad de Cuenca han solido dictar alguna materia, además de ejercer la autoridad suprema del establecimiento. El doctor Peralta eligió para sus lecciones o conferencias un tema bastante desafortunado, por decir lo menos. Un día se anunció que el señor Rector iba a dictar unas lecciones sobre la Biblia.

Concurrimos a la primera conferencia y quedamos muy gratamente sorprendidos al escuchar hablar con sumo respeto y hasta verdadera inspiración de Dios creador. Yo me sentí feliz de que el más grande incrédulo de Cuenca hablase en esa forma del Hacedor Supremo y hasta creí que se había operado en el doctor Peralta una gran transformación espiritual.

Así fue como, para la segunda conferencia, fui uno de los primeros de entre los profesores universitarios que acudió al paraninfo a escuchar, feliz, las palabras del insigne orador. Mas fue terrible mi desilusión porque el doctor Peralta comenzó a refutar al Pentateuco; es decir, a Moisés, al gran legislador hebreo, y, para ello, se valía de los más manoseados argumentos; es decir, de razonamientos tan triviales que ya no tenían ninguna novedad y que habían sido refutados, a su vez, por muchos tratadistas cristianos. Ya se puede imaginar cuál sería mi desengaño ante tan decepcionante situación.

Yo era entonces subdecano de la Facultad de Medicina y recibí para la tercera conferencia orden del vicerrector de la universidad y decano de Medicina de convocar a profesores y alumnos de nuestra Facultad para dicha conferencia. Contesté con un oficio en que manifestaba que yo no me haría responsable de semejante cosa, porque ni mis creencias ni mis conocimientos científicos me autorizaban para ello y que, si el señor vicerrector deseaba esa concurrencia, podía muy bien hacer él mismo esa convocatoria. Fui gratamente sorprendido cuando supe después que el

señor rector, al saber mi respuesta, había dicho al vicerrector "Tenemos que respetar la opinión del doctor Crespo y no volver a intentar obligarle a proceder contra sus convicciones".

Debo reconocer que el doctor Peralta se manifestó siempre muy atento y deferente para conmigo y en todas circunstancias se mostró así. Y yo no sé si tal vez interpreto mal su comportamiento, pero creo que, más bien, con sus correligionarios fue más severo que con los de nuestro bando.

Así a un profesor que hacía siempre gala de ateísmo y que, al iniciar sus clases en los primeros días del año escolar, advertía a sus discípulos con la frase de "yo no creo en Dios, señores", el doctor José Peralta le llamó varias veces al orden en forma fuerte y enérgica.

Debo advertir que, cuando yo estaba aún en París, llegaron a esa ciudad el doctor Peralta con varias de las señoritas sus hijas. Como era natural, fuimos a visitarles, como a compatriotas, en el elegante hotel en que se alojaron y allí hice yo conocimiento personal con el notable hombre público ecuatoriano y sus bellas y distinguidas hijas. Fue cuando, caído don Eloy Alfaro, se ausentó hacia Centro América y fueron perseguidos sus partidarios que habían ejercido altas funciones en su Gobierno.

Cuando llegó la noticia de que Alfaro había sido llamado nuevamente al Ecuador por el general Montero, el doctor Peralta y sus niñas emprendieron el viaje de regreso a la patria. Mas parece que, a su llegada a Panamá, recibieron la información del asesinato y arrastre de Alfaro y sus generales, deteniéndose allí algún tiempo hasta que terminaran esos acontecimientos y se tranquilizaran los ánimos.

Si Peralta hubiese llegado al país unos pocos días antes, tal vez hubiera sido víctima, como tantos otros amigos y compañeros de don Eloy Alfaro, que fueron sacrificados junto con él en esos aciagos tiempos. Pero el doctor Peralta vivió muchos años más. No murió en Cuenca sino en Quito.

La memoria de José Peralta es, para sus correligionarios, sagrada, y todavía se ve cómo se da a colegios y escuelas ecuato-

rianos y de otros países hispanoamericanos su nombre. Últimamente, en Argentina ha sucedido eso. Probablemente, ha sido un homenaje a su nieto el canciller ecuatoriano Benjamín Peralta Páez.

Parece que los partidarios del célebre intelectual José Peralta no mantuvieron su devoción por él, puesto que, cuando terminó su período rectoral, no fue reelegido; sino que la elección recayó sobre otro de los hombres ilustres —el más ilustre tal vez del Azuay; el gran Remigio Crespo Toral,[122] el patricio que no solo ha honrado a Cuenca en grado máximo, sino que ha personificado a su ciudad natal. Hombre archilustre; hombre enciclopédico, gran literato, orador insigne, prosista y ensayista incomparable, poeta coronado, historiador magnífico e imparcial, hombre múltiple, en fin, y que ilustró más de medio siglo de la vida cuencana, siendo respetado y laureado por todo el Ecuador y la América Hispana. Mas, como todos los hombres geniales de Cuenca, él también se hallaba dotado de una sencillez y una modestia verdaderamente asombrosa. Nunca un rasgo de soberbia se pintó en su rostro de patricio. En su amenísima conversación mantenía a sus oyentes o interlocutores verdaderamente embelesados. Tal era la sal ática que fluía a torrentes de sus labios. Y qué erudición tan inmensa poseía. Qué memoria tan fiel para recordar los más pequeños detalles de la historia. Podría decirse, sin exageración, que era omnisciente. Nada escapaba a su gran conocimiento ni a su gran percepción. Y, así, como un gran acaudalado del saber, como un gran poseedor de la ciencia, paseaba tranquilo y modesto su gran respetabilidad por las calles de la ciudad y por entre sus conciudadanos que, al verle, le admiraban y le homenajeaban como si pasara por las calles algún santo.

Sus poesías verdaderamente áticas le merecieron siempre galardones en forma de condecoraciones, pergaminos, designacio-

[122] Remigio Crespo Toral (1860-1939), destacado escritor y hombre público cuencano. Fue diputado por el Azuay (1883, 1890, 1899, 1903, 1904 y 1915) y rector de la Universidad de Cuenca (1925-1939); desempeñó, además, varias funciones diplomáticas *(N. del E.)*.

nes de miembro de academias nacionales y extranjeras. Pertenecía a la Real Academia de Madrid y a muchas otras de la lengua y de la historia. Sus conciudadanos le coronaron en solemnísimos festejos nacionales y aún internacionales. Pero él miraba todo eso como algo muy natural y pequeño. No por creerse digno de mayores homenajes; sino por lo transitorio y falaz de los honores del mundo. Así, él depositó al pie de la Virgen del Rosario —la "Morenica" célebre de Cuenca— su áurea corona de laureles para que, del oro de ella, se construyera la corona real que debía gravitar sobre las sienes de la hermosa imagen de la santa madre de Cristo.

Yo, como profesor de la Universidad de Cuenca, tuve mil oportunidades de tratar con el más ilustre de los cuencanos. Siempre le encontré amable, acogedor, cariñoso. Hallarse cerca de él, era como encontrarse a la sombra de un árbol robusto y frondoso.

Remigio Crespo Toral, poeta coronado por sus cantos, en mi concepto, era aún mejor prosador y orador que poeta. Sus discursos extasiaban a su auditorio y, cuando después de dos o tres horas, terminaban, uno se sentía aún pesaroso de esa terminación.

Designado para llevar la palabra en la puerta de la catedral de Cuenca, a la salida de los restos de Remigio Crespo Toral, leí, el siguiente poema que compuse para esa ocasión:

LA MUERTE DE LOS GENIOS
(Ante el cadáver de Remigio Crespo Toral)

I
Sobre el mortuorio lecho tendido está el gigante:
Su rostro es camafeo de argento y de marfil,
Escultura de un genio su pálido semblante,
De un semidiós heleno su clásico perfil.

Monarca de la idea, augusto es su talante:
La muerte ha respetado su faz noble y viril.

Si de su gloria el peso llevó como un atlante
Para su gloria hoy tiene su rictus más sutil.

Señor del pensamiento, monarca de la idea,
Su verbo fue armonía, perfume, claridad,
Murmullo del arroyo que canta y serpentea,

Rugido de torrente, tronar de tempestad.
Como él por Dios y Patria libró noble pelea,
Sus puertas de oro hoy día le abren la Eternidad ...

II

Nada alteró la muerte sobre su faz tranquila
Cuando cesó en su pecho su ritmo el corazón,
Apagóse la lumbre del genio en su pupila
Congelada en su frente quedó la inspiración ...

Ni él escapó a la muerte que todo lo aniquila
E inexorable cumple su obra de destrucción;
Pero desde ultratumba su espíritu vigila
Señalando los rumbos de otra generación.

Hay astros que apagaron remotos cataclismos,
Mas cuya luz, salvando del Cosmos los abismos,
Aun llega hasta nosotros de la honda inmensidad.

Magnos soles que apaga la muerte son los genios
Pero su luz, salvando centurias y milenios,
Por rumbos inmortales guía a la Humanidad...



El doctor Emiliano J. Crespo aparece en esta fotografía con su esposa Lola Toral Vega, y su hija Lola Crespo Toral, ca. 1937. Foto: Luis Alfonso Ortiz Bilbao

CAPÍTULO XIV

EL PROBLEMA ECONOMICO
RETORNO AL ECUADOR

Mi primer consultorio en Guayaquil. —Recuerdo de mis amigos doctores Teófilo Fuentes Robles, Miguel H. Alcívar y Abel Gilbert. —Mi regreso a Cuenca: el amor a las "dos madres". —Ejerzo el profesorado y la medicina durante cuarenta y dos años en Cuenca. —Mi valor para la cirugía y mi timidez para cobrar honorarios. —El fracaso económico se compensa con la satisfacción moral.

Permítaseme que haga un paréntesis en esta larga y fastidiosa narración. Quiero hablar de un asunto que ha sido algo como una obsesión en el curso de mi vida. Lo que he llamado siempre "el problema económico". De regreso de París, en donde me perfeccioné en muchas ramas de la medicina y de la cirugía, ambicionando aportar a mi país y especialmente a mi ciudad natal, el máximum de adquisiciones en la humanitaria ciencia, creí que debía establecerme, no en Guayaquil, que desde mucho tiempo atrás era el centro económico más importante del Ecuador, su metrópoli comercial y en donde los médicos y especialmente los cirujanos, labraban fortunas considerables; sino en Cuenca, mi ciudad natal, nuestra Arcadia, idealista, poética y romántica, recluida en esa cuenca florida de los Andes y de la cual dijera yo mucho tiempo antes:

Cuenca del Ecuador, ciudad procera
Capital de la ilustre morlaquía,
Como una flor se abrió la serranía
Para acunarte en frondas y en praderas.

Cuatro ríos, que esmaltan sus riberas
Con flores, con aromas y armonías
Te brindan sus robustas salmodias
En tu vivir de eternas primaveras…

Una vez que hube llegado a Guayaquil, e instado por parientes y amigos allí residentes, ensayé trabajar en el puerto y abrí un consultorio en la plaza Bolívar, llamada también "Parque Seminario".

Pasé algunos meses en ese ensayo y, no obstante haber tenido muy buen éxito en mi ejercicio profesional tanto quirúrgico como clínico y muy buena acogida de mis colegas, como el doctor Teófilo Fuentes Robles, notabilísimo cirujano general y ginecólogo, quien puso a mi disposición su servicio de Hospital General y también del doctor Miguel H. Alcívar, otro as de la cirugía fluminense y de haberme relacionado con los internos de ese hospital, como Abel Gilbert, quien trabajó conmigo como ayudante y desde entonces trabó una amistad imperecedera; como fuera llamado repetidísimas veces por mi madre adorada y no pudiendo manifestarme reacio a sus llamadas, partí para Cuenca. Allí fui recibido como un héroe o personaje ilustre, pues hubo más de unos sesenta u ochenta caballeros —tanto por su dignidad como por cabalgar en sendos corceles—, cada uno mejor que otro, que salieron a encontrarme. Esta llegada mía a Cuenca tendrá una narración más amplia en otro lugar. Hoy quiero limitarme a la famosa cuestión económica.

Apenas eché pie a tierra del coche, que por deferencia de los míos había salido también a recibirme, y apenas había subido al salón y, después de abrazos y besos cariñosos a mi mamá y a mi hermana, así como a mis sobrinitos, me encontré con el ilustre hombre público, diplomático e insigne poeta y literato doctor Honorato Vásquez, quien, como un obsequio de bienvenida, puso en mis manos, como ya mencioné, el nombramiento de profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay. Vásquez, cuando fue a París, en la época en que fue embajador en España para obtener del Rey Alfonso XIII el laudo arbitral en nuestro

eterno litigio fronterizo con el Perú, nos conoció a los cuencanos residentes en la capital de Francia y obtuvo certificaciones respecto a nuestra eficiencia e ilustración médica y, desde entonces, había resuelto hacernos nombrar profesores de la Universidad de Cuenca que él presidía como Rector.

El amor a las dos madres —la dulce madre por la naturaleza y la madre ciudad natal— me indujo a aceptar el honor y la carga del profesorado. Además, yo he tenido siempre gran afección por la docencia y con ese nombramiento veía satisfechas mis aspiraciones idealistas y de beneficio social.

Pero analizaré mejor estas diversas impresiones mías. Mi madre, la santa mujer que me llevó en su seno y me nutrió a sus pechos y, luego, en toda mi vida de hijo de familia, se prodigó en afectos y ternuras, se hallaba entonces privada de amor. Una hermana mía, la única hija que le quedaba ya no la acompañaba por hallarse dedicada íntegramente a su propio hogar.

Anciana ya mi madrecita, necesitaba de un apoyo moral, el de un hijo cariñoso que le sirviera de consuelo en sus adversidades. Yo vi como un deber ineludible —y desde luego muy grato— el quedarme junto a ella.

Ya he manifestado muchas veces en el curso de este relato, cómo estimaba yo un deber imperioso llevar a mi ciudad natal los conocimientos que había adquirido en Europa, en las diversas disciplinas científicas anexas a la medicina y especialmente a la cirugía. Salir de Cuenca después de una corta visita hubiera sido, en mi concepto, casi una traición a ella.

Hoy, después de haber ejercido el profesorado durante más de cuarenta y dos años, es decir en el transcurso de la edad de vigor físico y mental más poderosos, siento, a veces, un profundo desencanto de haber observado esa conducta, si bien muy satisfactoria bajo el punto de vista idealista y romántico, llena de consecuencias de orden económico, que pesan sobre mí como una montaña. Cuenca, la ciudad de la poesía, de la belleza, del vivir espiritual, no fue para mí lo más conveniente bajo el otro aspecto, el práctico, el monetario.

Si, como me decía después el gran amigo e insigne colega doctor Abel Gilbert, me hubiera quedado en Guayaquil, a donde llegué lleno de prestigio y donde tuve varias oportunidades de demostrar mis conocimientos, entonces flamantes y novedosos, hoy estaría rico; poseería varios millones de sucres y mi vida de retirado del trabajo sería opulenta.

En Cuenca, ciudad mediterránea, ciudad aislada entre espléndidas montañas de la serranía, ciudad entonces sin comercio ni industrias de valor, los honorarios que yo pedía y que eran de lo más módico, se miraban con asombro por exorbitantes. La operación quirúrgica más importante, más audaz y arriesgada no podía jamás ser remunerada en proporción. Además, necesario es decirlo, yo mismo no tuve jamás la audacia de exigir un honorario adecuado. Como lo he manifestado muchas veces a mis amigos y parientes, yo he tenido siempre mayor valor y entereza para llevar a cabo intervenciones quirúrgicas de altísima importancia que para cobrar honorarios. Así he malbaratado la profesión que tanto sacrificio, trabajo y sudor me costó adquirir.

Yo debía, una vez que adquirí experiencia respecto a lo módico y a lo miserable de esas remuneraciones de mi querida Cuenca, salir de allí y trasladarme oportunamente a Guayaquil u otra ciudad del continente, en donde se supiera reconocer el valor, la importancia de mi trabajo profesional.

La módica renta o sueldo de la cátedra; la falta absoluta de remuneración del trabajo hospitalario que yo mismo consideré siempre como un anexo a la enseñanza universitaria; añadido esto a la escasa remuneración del ejercicio libre de la medicina, la cirugía, la obstetricia y la ginecología han sido los factores de mi pobreza. Trabajé durante varias décadas, las más floridas de mi vida. Casado pocos meses después de mi arribo a Cuenca, formé un hogar lleno de encantos, pues la belleza moral y material de mi esposa, sus grandes virtudes hogareñas; la robustez, hermosura e inteligencia de mis hijos, si bien han compensado con creces mis sacrificios, han determinado también mi situación económica poco halagadora. Catorce hijos que son una ideal

corona, un premio magnífico de mi labor, han exigido también enormes esfuerzos y me han impedido el triunfo económico.

Claro que si comparo entre los dos bienes: el material con la riqueza, el confort, el lujo, los placeres que el dinero prodiga, y el bien moral: una familia bien educada, honorable, virtuosa y llena de decoro; unos hijos, fuertes y saludables, honrados, aptos para la lucha por la vida, buenos profesionales ya muchos de ellos y formando, a su vez, hogares dignos y decorosos; unas hijas que son modelos de esposas y de madres cristianas y que transmiten, a su vez, a sus descendientes esos méritos y cualidades morales en el más alto grado; si comparo, digo, esos dos bienes, claro que siento una profunda satisfacción, un gran consuelo porque ¿para qué se desea el dinero sino para educar bien a los hijos que nos ha dado Dios?

Esa es la reflexión que, en medio de las inquietudes del vivir estrecho, viene a echar en el espíritu una dulce consolación.

¿De qué me valiera hoy estar inundado de riquezas y comodidades? ¿De qué poseer palacios, joyas, enormes propiedades rurales, viajar por todos los continentes, pasar días felices en la Costa Azul, Trouville, Ostende o Biarritz? ¿De qué rodar en suntuosos vehículos, en giras fantásticas por el mundo? ¿De qué, en fin, si viera a mis hijos viciosos, haraganes o llenos de lacras morales que pesaran sobre mí como una roca gigantesca?

Sobre todo, ¡qué consuelo el haber servido a mi ciudad, a mis paisanos y el haber formado generaciones de médicos! Venga. pues, sea bien venida la modesta medianía y no la opulencia cargada de sentimientos de humillación y remordimientos. Bendito sea Dios que todavía me mira con ojos de piedad y no me ha sumido en la miseria.



Casa de Emiliano J. Crespo, planificada y construida por él, declarada patrimonio de la ciudad de Cuenca, actualmente parte del colegio de las marianitas, situada en las calles Benigno Malo y Sangurima. En esta bella edificación tuvo su residencia y su clínica. (Archivo fotográfico de Gustavo Landívar, Cuenca)

CAPÍTULO XV[123]

UNA VÍA AL ORIENTE (1946-1947)

La carretera Paute-Méndez-Morona, mi preocupación como presidente del Consejo Provincial del Azuay y como diputado a la Asamblea Constituyente. —La vía proyectada por el coronel Víctor Proaño. —Labor del padre Albino del Curto. —Importancia de la vía interoceánica. —Conveniencia de alcanzar el Morona con una vía carrozable. —Oposición a mi proyecto de decreto en pro de la vía Paute-Méndez-Morona. —Cómo logré que se apruebe el proyecto. —Con el presidente Velasco Ibarra visitamos la vía en construcción. —El presidente pone el "ejecútese" al proyecto. —Maniobras para desvirtuarlo y demorar la construcción de la carretera. —Los mezquinos intereses personales predominan sobre lo nacional.

El año de 1946 era yo presidente del Consejo Provincial del Azuay. Muy preocupado siempre por el abandono en que los gobiernos ecuatorianos habían tenido a nuestra región oriental y valorando la enorme importancia que tiene aquella región para el progreso y la economía del país; conociendo, asimismo, la posibilidad que existe en hacer del Ecuador una nación con salida a los dos océanos (Pacífico y Atlántico) mediante la navegación de uno de los ríos, afluentes del Amazonas que, naciendo en nuestro territorio, tienen calado suficiente y más condiciones para la navegación; por otra parte, habiendo tenido conocimiento de que el IV Departamento del Ejército, encargado de las construcciones viales orientales, había abandonado la carretera Paute-Méndez y con todos los equipos que allí poseía, se había trasladado a

[123] En esta edición se han suprimido los capítulos XV y XVI del segundo tomo de la primera edición que no constituyen propiamente memorias del autor sino ensayos sobre temas específicos *(N. del E.)*.

la construcción de la carretera Gualaceo-Limón, con todos esos datos, digo, formulé un proyecto de construcción vial de esa carretera a la cual le añadí el nombre de Morona, único río navegable que nos quedaba en nuestro Oriente entre los afluentes del Amazonas.

Este proyecto que presenté al Ilustre Consejo Provincial de mi presidencia entró al estudio de uno de mis colegas, pero no fue informado ni devuelto a la presidencia. Entonces fui electo diputado por el Azuay a la Asamblea Constituyente de 1946-1947 y resolví presentar mi proyecto en ella. En ese proyecto se encargaba al Consejo Provincial del Azuay la construcción de dicha carretera, que también fue denominada Vía Interoceánica de acuerdo con la denominación que había dado el coronel Víctor Proaño a una vía que él proyectó después de que hubo descubierto el río Morona y reconocido como navegable en toda su extensión no solo para piraguas indígenas sino también para barcos de alto calado. Proaño tuvo la magnífica inspiración de una vía que partiendo desde uno de los afluentes navegables del río Guayas y pasando por la provincia del Chimborazo saliera al Oriente por la hoya del Pastaza y buscara a uno de los afluentes del Morona, navegables también, como el río Miazal o el Macuma. La vía proyectada por Proaño era una línea férrea. Indudablemente fue una verdadera inspiración la de aquel hombre de genio, tan patriota como emprendedor. Mas era muy larga y muy tortuosa. Además solo debía llegar a un afluente del Morona y no al río mismo. Eso hubiera obligado a emplear tal vez dos clases de naves; unas de poco calado para el afluente y otras mayores para el río mismo.

Sea de ello lo que fuese, la carretera Paute-Méndez ya en construcción, mediante el empeño patriótico del padre Albino del Curto y otros salesianos, prolongada hacia el Oriente, desde Méndez, llegaría al Morona en su pleno desarrollo y no en un afluente. Tenía además la ventaja de que como vía interoceánica se hallaba construida en su mayor parte; porque tomando como punto de partida ya a Guayaquil, ya a Puerto Bolívar, las carreteras Durán-Tambo o Girón-Pasaje respectivamente, un tramo de

la Panamericana, la carretera Cuenca-Paute y, por fin, la carretera Paute-EI Pan-Sevilla de Oro usadas, daban una longitud mucho mayor que la de Sevilla de Oro-Méndez-Morona.

Otro móvil patriótico me indujo a formular ese proyecto y era pensar que la Vía Interoceánica pasaría por Cuenca o por sus cercanías y formaría con la Carretera Panamericana una maravillosa cruz vial que daría en pocos años a mi querida ciudad natal una importancia considerabilísima bien merecida por esa urbe tan gloriosa.

Pero aun prescindiendo del aspecto interoceánico de esa vía es preciso insistir en la inmensa importancia que para la provincia llamada entonces Santiago-Zamora y que hoy se denomina Morona-Santiago desde su desmembración realizada en el Congreso de 1950, tiene la porción de la carretera Paute-Méndez.

Cuando en 1916 llegó al Ecuador un obispo ilustre, monseñor Constamagna, le dijo al padre Albino del Curto "Mira, yo he sido designado Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. A Gualaquiza la conozco, pero no sé en donde está Méndez. Vete y búscala tú". Partió el insigne Del Curto por Gualaquiza. Llegó a una región llamada Indanza y más al norte hasta unas dos o tres casitas que se denominaba Méndez, el Méndez ansiado. Era propiedad del señor Eudófilo Álvarez. Tenía también el padre Albino la misión de encontrar una zona apta para la construcción de un camino hacia ese Oriente. Y fue una odisea digna de la Epopeya la que siguió el padre, a través de bosques impenetrables, sierras empinadísimas e inhóspitas, tremedales de toda índole y hasta se enfrentó con fieras peligrosísimas en ese trayecto. Finalmente, después de muchos días logró llegar a la región interandina, en tan mal predicamento que no se imaginaban los que le veían que era un sacerdote, sino que le creían un atorrante, un aventurero. Mas en la parroquia de El Pan fue recibido por el cura párroco con amabilidad, hospitalidad y respeto, proveyéndole de vestido, alojamiento y alimentos. Pero esa aventura fue origen y germen de un progreso inimaginable. El padre Albino, dirigiendo personalmente los trabajos, logró construir una vía: el camino

Pan-Méndez que, no obstante su natural imperfección y el deterioro que sufre de cuando en cuando, ha servido para la colonización de esa enorme zona, fundándose en ella más de unas 16 o 18 poblaciones florecientes entre las cuales se cuentan varios cantones como el Santiago, cuya cabecera es Méndez, el de Limón y el de Sucúa. Porque los cantones de Macas y de Gualaquiza existían ya anteriormente. Pero es verdaderamente asombrosa esa obra salesiana, hasta el punto de que se pudiera decir que toda la provincia de Morona-Santiago ha sido creada por obra salesiana. Ya tendré oportunidad de enumerar en otro lugar.

Pues bien, Macas, capital de esa Provincia, permanecía aislada y casi inalcanzable antes de que se construyera esa vía del padre Albino del Curto y después de sea construcción se encontró que el camino más expedito para llegar a Macas era el de Paute-Méndez prolongado hacia el norte. Y gracias a ese camino, no solamente se ha establecido una comunicación fácil y diaria sino que en el trayecto de él se han fundado poblaciones tan importantes como Sucúa, hoy cantón, según lo he manifestado ya.

Ahora puede deducirse: si un camino de herradura imperfecto y deleznable, que sufre destrucciones frecuentes y necesita una constante reparación, ha permitido la intensa colonización hoy existente y la fundación de tantas poblaciones provistas de adelantos estupendos, ¿cómo sería el incremento del progreso de esa región cuando una buena carretera le conecte con la región interandina, la Costa y el mar? ¿Y cuál sería su desarrollo cuando, por intermedio del navegable Morona y el inmenso Amazonas, pudiera establecer comercio con cinco naciones que tienen afluentes navegables con el Río-Mar? ¿Y, en fin, cuando el océano Atlántico le dé acceso al mundo entero para su comercio y su industria?

Todas esas reflexiones me entusiasmaron para tomar a pechos esa idea de la construcción de una carretera que cruzando todo lo que nos queda del Oriente, después de la depredación causada por el Perú, llegue hasta ese río Morona que, siendo aparentemente tan insignificante es, sin embargo, la única vía fluvial que

nos permitirá llegar al más grande y caudaloso de los ríos del mundo y que por su importancia es comparado con el mar Mediterráneo, tanto es lo que se espera de esa arteria mediterránea de América del Sur.

En efecto, el Amazonas corre primero por los territorios del Brasil y del Perú, recibe ríos colombianos como el Putumayo, el Caquetá, ríos bolivianos, como el Madera, y hay algo más notable y es que el Amazonas comunica con el río Orinoco de un modo verdaderamente excepcional. El río Negro, gran afluente del Amazonas, tiene un afluente llamado Casiquiare que también comunica con el Orinoco.

Hace mucho tiempo, en la época de la colonia de España, unos exploradores navegaban por el Orinoco y el Casiquiare. De repente vieron con gran sorpresa bajar por ese mismo río una barca con tripulantes civilizados y cuando pudieron ponerse al habla notaron que esos desconocidos hablaban otro idioma que el suyo. Eran portugueses del Brasil, que viajando por el Amazonas y entrando por el río Negro, habían seguido por el Casiquiare.

Así es que nosotros cuando hayamos construido la carretera Paute-Méndez-Morona, podremos viajar a esos países por el Amazonas y por sus afluentes. ¿No es admirable el panorama que se ofrece a nuestras miradas tan solo por el hecho de construir unos pocos kilómetros de carretera que nos lleve hasta el Morona?

Por otra parte, sabemos que hay ya numerosos colonos interioranos que han ido a establecerse en la provincia Morona-Santiago y que mantienen en ellas nuestra soberanía mediante grandes sacrificios, son más de unos veinte mil azuayos y cañarenses que, dejando los lares paternos, han transmontado la cordillera Oriental y se han establecido en esas tierras de Oriente, que han cultivado y han hecho producir abundantemente. Mas, por desgracia, la falta de buenas vías de comunicación no les permite hacer grandes cultivos y obtener más abundantes productos, porque ¿de qué les serviría obtenerlos si no pudieran sacarlos a centros comerciales más importantes? Para mí ese considerando

es uno de los más valiosos, pues no podemos dejar a esos hermanos valerosos del Oriente en su actual aislamiento. No podemos permitir que su valiente patriotismo quede sin premio ni remuneración alguna.

Los padres salesianos, que conocen palmo a palmo toda esa región, ellos que han colonizado esas comarcas, ellos que han vivido allí años de años y que siguen fundando pueblos y parroquias, ellos que han explorado lugares a donde no llega aún su obra civilizadora, ellos digo, me informaron de la importancia de la vía Paute-Méndez-Morona. Pero el más entusiasta en esa obra fue el padre Albino del Curto, a quien, como ya lo hemos expresado, se debe el camino que ha permitido esa colonización, ese progreso de que disfrutan todos los pueblos de esa zona. Ese padre Albino fue el gran propulsor de la carretera Paute-Méndez-Morona. En esa vía puso él todo su empeño hasta los últimos días de su preciosa existencia y no obstante haber tenido que abandonar esa región a causa de su mala salud, él continuaba siempre empeñándose con autoridades y corporaciones en esa obra. Ninguna otra carretera le interesaba como esa, y al hablar de la vía Gualaceo-Limón decía: "esa vía no es propiamente de penetración al Oriente, pues llega solo a una estribación de la cordillera Oriental". "No conduce a un río navegable afluente del Amazonas, sino solamente al Yaupi y por este, al Santiago. Pero el Santiago llega al Amazonas antes del Pongo de Manseriche y por consiguiente no permite la navegación de todo el Amazonas, ni la salida al Océano Atlántico. En cambio, el Morona, río a donde conduciría la carretera Paute-Méndez-Morona, desemboca después de ese pongo y desde allí al Amazonas es navegable en toda su extensión", y continuaba: "Llegar a Limón es solo llegar a un limón, porque ese pueblo está aislado de los demás de la Provincia; mientras que Méndez es un centro importante, rodeado de muchas poblaciones y llegar a él es, por consiguiente, dirigirse a cualquiera de ellas, incluso a Macas, capital de la Provincia".

Fundado en todos esos antecedentes, yo tomé a pecho la defensa de la carretera Paute-Méndez-Morona y le puse tanto em-

peño que hasta me ha parecido una obsesión.

Voy, pues, a narrar mi campaña por obtener la realización total de esa vía. En los primeros días de agosto de 1946 procuré hablar con algunos de mis colegas diputados sobre esta importante vía. Mas, una ocasión en que pedí a un notable legislador de mi propia provincia que me apoyara en la Asamblea cuando yo presentase la moción relativa a la construcción de esa vía, tuve la sorpresa de recibir el más franco rechazo. "Carretera no", me dijo, "más bien aviones, servicio aéreo". Yo le observé que los aviones solo permitirían el transporte del correo y de una cantidad limitada de productos; pero jamás podían reemplazar los servicios que presta una carretera tanto en el concepto agrícola, como pecuario, industrial, etc. Mi interlocutor no cejó en sus negativas y con tanto énfasis, que yo no pude explicarme su actitud. No obstante eso yo formulé mi proyecto que, en resumen, comprendía los puntos siguientes: entregar la obra de construcción de la carretera Paute-Méndez-Morona al Honorable Consejo Provincial del Azuay. Financiar esa construcción mediante un impuesto al aguardiente que se vendiera en las provincias del Azuay, Cañar y Santiago-Zamora —ese impuesto era de un sucre al litro de aguardiente, pero después juzgué conveniente subirlo a dos sucres, porque la provincia de Cañar, por sus representantes, no quiso contribuir a la obra.

Esas fueron las principales cláusulas del proyecto. Yo había pedido a la Contraloría un informe sobre lo que se había gastado hasta entonces en la construcción de los kilómetros de carretera desde Paute hasta el lugar en donde se encontraban los trabajos y por eso conocía cuanto podía calcularse por kilómetro en la obra futura. Aquel impuesto podía calcularse en un millón y medio de sucres anuales y, según cálculos de personas competentes, podía pensarse que no tardaría muchos años para llegar la terminación de la vía siquiera hasta Méndez.

Presenté, pues, mi proyecto en los primeros días del mes de agosto de 1946 y entró en primera discusión. Nunca esperé una oposición más firme, más tenaz y hasta agresiva de parte de

aquel colega que desde antes de inaugurarse las sesiones de la Asamblea Nacional me había manifestado su inconformidad con el proyecto. No entraré en detalles sobre las diversas fases de esa oposición. Felizmente logré que en primera discusión pasara aprobado; no obstante tal conducta de aquel notable e importante diputado.

Pasaron meses y meses sin que se pusiera en segunda discusión por más que yo me empeñaba ante el señor presidente de la Asamblea o, cuando este no concurría, ante el vicepresidente.

Un día de fines de octubre ese señor diputado viajó a Cuenca para concurrir a las festividades del Tres de Noviembre, magna efeméride de la independencia de Cuenca. Pensé entonces aprovechar de la ausencia de mi opositor para ver si lograba se apruebe en segunda y definitiva discusión. Me acerqué pues al vicepresidente, quien iba a presidir y le rogué que pusiera mi proyecto sobre la vía Paute-Méndez-Morona en discusión. Entonces el funcionario me dijo: "No pondré ese proyecto en estudio mientras no regrese de Cuenca el doctor N.N.", es decir mi contendor en ese asunto. Repuse yo, "Señor vicepresidente: puede el doctor N. N. ser mucho más valioso que yo en cualquier esfera; pero es tan diputado como lo soy yo y no permitiré que se hagan preferencias. Voy a acusar a usted ante la Asamblea por este acto de arbitrariedad que está cometiendo". Un diputado amigo me dijo: "No conviene, doctor, que usted acuse así al vicepresidente, que es de nuestro mismo credo político. Mejor válgase de algún otro medio más discreto para obtener el fin que se propone".

Se me ocurrió entonces una idea. Era diputado por la provincia de Bolívar el doctor Hugo Carvajal, joven profesional que había realizado sus estudios de jurisprudencia en la Universidad de Cuenca y que guardaba por esa ciudad un profundo agradecimiento. Me acerqué, pues, a él y le pregunté al oído: "¿Aprecia usted a Cuenca, señor doctor?". Él me contestó entusiasmado: "Claro, señor doctor, que la amo inmensamente, porque allí me eduqué y recibí en su Universidad mis conocimientos jurídicos, además estimo mucho a la sociedad de Cuenca que es tan amable

y hospitalaria". Entonces le pedí que hiciera en ese momento la moción siguiente: "Que en homenaje a Cuenca en su gloriosa efeméride se pusiera en segunda discusión y se aprobara el proyecto de decreto de la carretera Paute-Méndez-Morona".

Hugo Carvajal, previa una maravillosa apología de Cuenca, como ciudad ilustre, capital de la intelectualidad ecuatoriana, verdadera Atenas del Ecuador, maravillosa Arcadia rodeada de vergeles y cantada por sus cuatro ríos de aguas puras y cristalinas, va a celebrar su magna efemérides del tres de noviembre y la Asamblea Nacional Constituyente quiere rendirle su homenaje, mediante la aprobación del proyecto de decreto de la construcción de la carretera Paute-Méndez-Morona que la pondrá en contacto con la ubérrima región Oriental, etc., etcétera.

Puesto en discusión el proyecto, fue aprobado por una inmensa mayoría. Solo dos votos hubo en contra. Y así logré coronar mi empeño puramente patriótico y tan combatido por un eminente hombre público, cuya actitud no encuentra para mí explicación satisfactoria.

Provisto ya de copia de esa aprobación, partí para Cuenca, deseoso de hacer conocer al Consejo Provincial del Azuay este éxito.

Invitado por el Concejo Municipal de Cuenca, el señor presidente doctor José María Velasco Ibarra estuvo también presente en las fiestas del tres de noviembre. Le invitamos a conocer la parte construida de esa carretera. Con un sol esplendente y una gran comitiva, en la que me contaba yo, partió pues a realizar ese recorrido. Al llegar al pueblo llamado Guachapala nos invitaron a descansar y nos ofrecieron un vaso de cerveza. Entonces el presidente me preguntó:

—Doctor, ¿en dónde tiene usted su hacienda?

Le contesté:

—Ni una pulgada de terreno de la vía o de sus vecindades, ni una hoja de los innumerables árboles de la inmensa región Oriental me pertenecen, señor presidente. Mi empeño es puramente patriótico, porque veo los enormes beneficios que resultarían para estas provincias y para el Ecuador.

El doctor Velasco me felicitó por ese sentido patriótico y dijo:

—Esta actitud es muy rara, señor doctor, porque casi siempre quien se empeña en la construcción de un camino es por beneficiar a alguna hacienda que tiene por allí. Cada uno lleva el agua a su molino.

En esa oportunidad le hablé para que se dignara poner pronto el "ejecútese" al proyecto de la carretera Paute-Méndez-Morona. El 10 de noviembre de 1946 quedó sancionado y como ley de la República ese anhelado empeño mío y yo me sentí feliz.

Pero, amable lector, no me acompañes en ese júbilo, porque no se podía cantar victoria: la oposición del ilustre diputado no podía terminar y yo me di inmediatamente cuenta de que se trataría de destruir esa ley o, por lo menos, de desvirtuarla. Y para eso nada mejor que desfinanciarla destinando los fondos procedentes de la venta de aguardiente a otros objetos en su mayor parte y dejando una suma verdaderamente ridícula para esa vía. El diputado opositor era, por sus grandes dotes de economista y financiero, presidente de la Comisión de Economía de la Asamblea Nacional y, viéndose burlado, no quiso permitir que gane un simple mortal, un hombre completamente alejado de esas cuestiones de alta finanza y se propuso destruir todo lo hecho. Para esto se estaba gestando una ley sobre el precio del aguardiente, y allí había que golpear al proyecto aprobado. Yo estaba preocupado por la demora con que se tramitaba el estudio de ese asunto relativo al precio del aguardiente, pues presentía que algo se maquinaba contra la vía Paute-Méndez-Morona. Premeditadamente se demoraba para hacer que se apruebe al fin [al de las reuniones] de la Asamblea y cuando ya no hubiese tiempo de oponerse a él. Por otra parte creo que se hizo un trabajo intenso para conseguir votos. Así fue como de repente apareció el decreto relativo al precio del aguardiente en el que al Consejo Provincial del Azuay se le asignaba el veinte por ciento del valor del litro de aguardiente, y de ese veinte por ciento se le hacía redistribuir, en la forma siguiente, a los Municipios del Azuay el 10%; 5% al Municipio de Cuenca para que construya la cárcel municipal, y 1% a cada una

de las cinco municipalidades rurales que son: Gualaceo, Paute, El Sígsig, Girón y Santa Isabel.

Del diez por ciento restante se financiaba al Consejo Provincial para sus gastos, como presupuesto anual, obras que emprendiere, etc., dejando para la carretera Paute-Méndez-Morona una ridícula suma que, en el año no llega a más de doscientos mil sucres. Sin embargo, si fueron tan hábiles para arruinar así el decreto en su parte económica no lo fueron en su parte dispositiva, y quedó la construcción de la vía en manos del Consejo Provincial del Azuay. Esto constituye un motivo de gran satisfacción para mí puesto que tan honorable, ilustre y patriótica Corporación cumplirá con entusiasmo este mandato, como lo está haciendo realmente.

Años después, cuando fue presidente el doctor Carlos Julio Arosemena Tola y ministro de Gobierno el doctor Tanca Marengo, se creó la Cédula Orientalista, dando a la vía Paute-Méndez-Morona el 30% de su producto. Así es como se financia esa obra de tanto interés para la patria, pero siempre la cantidad de que dispone, con la mísera asignación de producto del aguardiente que se vende en la provincia del Azuay, más el 30% de lo que arroja la venta de la Cédula Orientalista, no es lo que permitirá una pronta terminación de esa vía con los maravillosos resultados de orden económico, etnológico y sociológico, nacional en fin que emanarán de ella.

Debo añadir algo muy importante y es la colaboración pecuniaria que está dando el Centro de Reconversión Económica del Azuay, Cañar y Santiago-Morona, que es muy considerable y que pasa de un millón de sucres anuales.

Cuando presenté mi proyecto en la Asamblea Nacional de 1946 mi contendor dijo: "con la cantidad que producirá ese impuesto al aguardiente, la construcción de esa carretera durará más de un siglo". Después, cuando mediante ese decreto sobre el precio de dicho producto desfinanció totalmente a esa obra, estaba procurando cumplir su pronóstico o profecía. Y si no hubiese habido después la participación en la Cédula Orientalista,

indudablemente que ese funesto augurio se hubiera cumplido al pie de la letra.

Como complemento de su pronóstico el H. opositor a esa vía, dijo: "La construcción durará más de cien años y antes de terminarse ya la bomba atómica habrá destruido el mundo". —Esta parte de su anuncio puede cumplirse de un momento a otro, pues nos hallamos al borde de una tercera guerra mundial, según se ve por los acontecimientos que presenciamos. La participación de América del Sur en la subversión comunista la veíamos tan remota que nos creíamos perfectamente seguros. Pero ahora vemos que el comunismo ruso y chino han puesto sus plantas en el corazón de América Hispana mediante la conquista de Cuba. Así es que el pronóstico puede cumplirse de un momento a otro...

La discusión sobre ese proyecto llegó a extremos increíbles, pues no se escatimó calificativo alguno. Me pregunto yo ¿cuál fue el motivo de una oposición tan tenaz de ese hombre público tan importante contra la vía Paute-Méndez-Morona?

¿Y quién pudiera afirmar que la prolongación inmotivada que se ha dado a esa vía, haciéndola arrancar desde un punto llamado Ñuñu-Urco, dejando abandonados quince kilómetros ya construidos y en servicio, dándole un rumbo totalmente distinto y prolongándola más de cien kilómetros, no tenga igual origen?

Mientras yo fui presidente del Consejo Provincial del Azuay, la construcción de la vía continuaba según el primitivo plan, con el trazado que había realizado el ejército y que, según se sabía, era obra de un ingeniero Sobber. Se intentaba según ese trazado, después de pasar por la población de Sevilla de Oro de reciente fundación, seguir ascendiendo por la cordillera. Se iban venciendo grandes dificultades como un largo trecho de rocas y se hallaba ya la vía cerca de dominar la cordillera en un punto denominado Bola-Rumi, desde el cual se comenzaría a descender ya hacia el pleno Oriente y la población de El Copal y luego Méndez. Faltaban solamente unos cuarenta kilómetros para llegar a esa cabecera de cantón. Se decía, eso sí, que la obra sería muy difícil por el número de ríos afluentes del río Negro y se dudaba de ha-

cer la vía ya por la margen derecha, ya por la margen izquierda de ese río y hasta se había resuelto, fundándose en los informes de los ingenieros del Consejo Provincial señores Rosales y Sotomayor, llevarla por la margen izquierda, menos fragosa y con menos ríos por atravesar.

En ese estado se hallaba, pues, la construcción cuando yo me separé del Consejo Provincial. Supe algún tiempo después que un miembro de esa entidad, de nueva elección, había presentado un proyecto totalmente revolucionario, según el cual debía cambiarse la dirección de la vía y llevarla por las haciendas de la Asistencia Pública y por una ruta paralela al curso del río Paute para entrar al Oriente por un lugar denominado Amaluza. Yo no imaginé siquiera que esa moción, en mi concepto absurda, hubiera sido aprobada, porque en primer lugar se abandonaba una gran parte de la vía ya construida desde el lugar llamado Ñuñu-Urco hasta más allá de Sevilla de Oro en un trecho de quince kilómetros. En segundo lugar, porque desde Ñuñu-Urco hay un descenso muy fuerte hasta la parroquia de Palmas, por donde pasa el nuevo trazado; lo que será de graves consecuencias para el transporte de carga pesada proveniente del Oriente. En tercer lugar, porque se ha agregado más de unos cien kilómetros a la ruta para llegar a Méndez, pues ahora describe una enorme curva que se prolonga hacia el nordeste, para volver hacia el sudeste, para alcanzar Méndez. Parece que ese alejamiento de la ruta primitiva que debía seguir la carretera es tan considerable, que ahora los trabajos de esa vía se hallan frente a la parroquia cañarense de Zhoray (o sea Rivera); de modo que está cortando el trayecto que debe seguir la carretera proyectada por los habitantes de la provincia del Cañar y denominada Azogues-Zhoray-Sucúa.

Me parece a mí que si uno de los considerandos que obligaron al Consejo Provincial del Azuay fue la dificultad de realizar la obra por Bola-Rumi, con el enorme aumento de kilómetros que se le ha dado al adoptar esta nueva ruta se ha compensado y superado inmensamente el gasto y el tiempo en que debiera terminarse la obra hasta Méndez.

A mí me pareció, al saber de la moción del consejero Alejandro Malo Torres, que nunca el Consejo Provincial del Azuay hubiera podido adoptar semejante propuesta; porque aquello de beneficiar a las haciendas de la Asistencia Pública, llevando por ellas la vía, constituía simplemente una "malversación", desde el hecho de que el decreto por mí presentado a la Asamblea, aprobado y sancionado legalmente, como lo he demostrado, fue relativo a una vía de penetración al Oriente, a la vez que una vía *interoceanica,* destinada a llegar a un río navegable, afluente del Amazonas. Hacerla retroceder, prolongarla inmensamente para el fin de explotar mejor las haciendas de la Asistencia Pública era desvirtuar su finalidad, dilapidar los dineros sagrados de la vialidad oriental y hasta poner en peligro la realización misma de esa obra redentora.

Y a pesar de que en esa determinación de H. Consejo Provincial obró también el interés mezquino de algún rico propietario de Palmas ¡que quería que a todo trance pasara la carretera por esa población! En efecto un día, cuando aún era yo presidente del Consejo Provincial, llegó una solicitud de Palmas pidiendo que prestáramos uno de los tractores de que disponía la obra de la carretera Paute-Méndez-Morona para abrir *"un caminito"* desde un lugar de esta vía hacia el pueblo de Palmas. El Consejo Provincial resolvió acceder a esa petición por un sentimiento de civismo, pues no era justo que una parroquia tan cercana a una vía pública de importancia se quedara sin poder aprovecharla. Pues bien, ese caminito por la resolución del Consejo Provincial, realizada después de mi salida por renuncia, se convirtió en la carretera principal y fue el motivo para desviar toda la obra desde ese punto de Ñuñu-Urco hacia Méndez.

Además, dos parroquias importantes han quedado marginadas de esa carretera y son las de El Pan y la de Sevilla de Oro; pues ahora nadie que desee ir al Oriente pasará por ellas. Sin embargo, el tramo de vía abandonado sirve siempre para esas dos beneméritas parroquias que son de las más productivas de cereales del Azuay. El padre Albino fue quien inspiró el trazado de la carrete-

ra Paute-Méndez-Morona por esa vía hoy en parte abandonada y la razón de esto fue porque por esos lugares salió el insigne misionero en su viaje explorador de un lugar por donde podía construirse una vía practicable desde Méndez hasta el Azuay. Testigo de esa gran epopeya del padre Albino son esas dos beneméritas poblaciones: la una por haberle recibido al término de un éxodo incomparable y la otra por haber sido fundada posteriormente por inspiración del mismo misionero. En el pueblo de El Pan se levanta una bella estatua de Albino del Curto con la mirada fija en el Oriente, en esa región que tanto le debe y cuanto él amaba. Fue erigida por el doctor Humberto Zalamea, que era entonces párroco de dicha población. Hoy El Pan y el padre Albino han quedado abandonados por esa resolución del Consejo Provincial, tan poco meditada, por decir lo menos.

Pero creo indispensable añadir a esta información otra sumamente importante y que demuestra cómo se tratan asuntos fundamentales en nuestra pobre tierra.

Volviendo, pues, al principio de esta narración debo referir que desde el comienzo de mi gestión en la Asamblea Nacional del 46 pedí a varios ministerios se sirvan informarme sobre su opinión respecto a la importancia de la carretera Paute-Méndez-Morona y que recibí de todos ellos una opinión muy favorable. Mas solo el Ministerio de Defensa Nacional había informado en contra. Un día mi ilustre contendor pidió sesión secreta. Yo no imaginaba cual era el objeto de semejante pedido. El diputado citó el informe en el que se daba preferencia a la carretera Gualaceo-Limón y se ponía todo inconveniente a la Paute-Méndez-Morona. No deseo hoy enumerar todos los puntos de defensa a la de Gualaceo-Limón que yo logré refutar victoriosamente. Solo quiero referir lo que unos diez y seis años después llegué a conocer cuando menos lo pensaba.

Un día, conversando amigablemente con el señor coronel Abarca sobre esas vías orientales, él me dijo: “No sabe, doctor, como logré yo defender a la carretera Gualaceo-Limón. Era yo entonces oficial empleado en el Ministerio de Defensa. El coro-

nel Mancheno era el ministro del ramo y él era muy partidario de la vía Paute-Méndez-Morona. Pero yo escribí un informe totalmente contrario a su opinión". Solo entonces pude conocer que también algunos señores oficiales eran dueños de tierras en la zona de Limón, por haberse formado allí una cooperativa.

CAPÍTULO XVI

UN VUELO HACIA EL ORIENTE (1950)

Oposición del ministro de Educación al colegio fiscomisional de Macas. —El ministro de Defensa apoya un viaje de inspección al Oriente. —Maravilloso vuelo en un avión piloteado por el coronel Edmundo Carvajal. —Vista aérea del Oriente. —Aterrizaje en Sucúa. —Viaje a caballo de Sucúa a Macas. —Riqueza de aquella zona. —Contemplo una erupción del Sangay. —Macas y Sucúa. —Difícil retorno por una vía aérea no usual. —Aterrizaje en Riobamba. —Panorama aéreo del callejón interandino. —Entrevista con el presidente Galo Plaza. —Inauguración del Colegio Salesiano en Macas. —Tributo de admiración al coronel Edmundo Carvajal.

Era el año de 1950. En el gobierno presidencial figuraba un reputado socialista. Concurría yo al Congreso como diputado por el Azuay. Un día el procurador general de las misiones salesianas me dijo lo siguiente:

—Doctor, tenemos en la población de Macas, capital de la provincia Morona Santiago, todo preparado para un colegio fiscomisional normal orientalista. Mas no podemos inaugurarlo porque el señor ministro de Educación, doctor N. N. se opone. ¿Cómo pudiéramos obtener la autorización oficial para llevar a cabo esa inauguración? Tenemos listo un magnífico local; todo el material escolar de ley; poseemos, además, cuatro talleres de artesanías: carpintería, herrería, sastrería y litografía. Poseemos igualmente siete hectáreas de terrenos para ensayos agrícolas. Y hasta los alumnos necesarios, pues veintidós adolescentes, que han terminado la educación primaria, están esperando esa secundaría para ingresar en ella. ¿Qué podemos hacer?

—Déjeme a mí tentar una solución —respondí al religioso.

En efecto, en la sesión de ese mismo día de la Cámara de Di-

putados, pedí al señor presidente que, por secretaría, se solicite al señor ministro de Educación nos informe sobre los motivos que tiene para oponerse a la inauguración del normal orientalista de Macas, que tenía listo los misioneros salesianos.

Pocos días después, el ministro contestaba. "El Gobierno tiene intención de fundar en Macas un colegio normal rural y sería absurdo que, en una población tan pequeña, haya dos colegios de igual naturaleza".

Entonces, nuevamente, pedí al señor presidente que, por secretaría, se solicite, al ministro sí ya tiene el Gobierno todo listo para establecer ese colegio.

A esto contestó el ministro que pronto lo tendrá.

Yo insistí en mis peticiones al presidente de la Cámara para hacer presente al Ministerio que los padres salesianos tenían un contrato con el Gobierno, mediante el cual esos misioneros pueden fundar escuelas y colegios fiscomisionales en la provincia oriental de Morona Santiago (en ese tiempo Santiago Zamora).

A eso respondió el ministro: "He oficiado al gobernador de Macas, pidiéndole me informe sobre si ese colegio ha cumplido con todos los requisitos que exige la Ley de Educación Pública para ese género de establecimientos educacionales".

En el acto se me ocurrió la idea de viajar a Macas para conocer de cerca el problema e informarme de la respuesta del gobernador al Ministerio.

Fui al de Defensa Nacional y hablé con el señor ministro don Manuel Díaz Granados, excelente caballero y notabilísimo hombre público. Le manifesté el problema suscitado por la oposición de la cartera de Educación respecto a ese colegio normal rural y me permití pedirle que me diera los medios para viajar a Macas.

Con su amabilidad característica, el Sr. Díaz Granados me dio todas las facilidades para realizar ese viaje. Hizo llamar al gran aviador coronel Edmundo Carvajal, entonces en servicio activo de las FF. AA. EE. y le ordenó preparar un viaje en avión para Sucúa.

Cumplió el distinguido militar aviador con su cometido y pudimos realizar un vuelo pocos días después de esa orden.

En una mañana rutilante partimos en un avión de la Fuerza Aérea, conducido por la diestra mano del insigne aviador Carvajal, hacia el Oriente. Yo viajaba en compañía de mi hijo Eduardo que entonces tenía diez y seis años. Iban, además, muchas otras personas: los padres salesianos, Jacomini y Sagasti; un senador por el Oriente, Sr. Granja Cevallos y algunos otros.

Maravilloso fue ese vuelo: el avión, bajo las manos seguras y habilísimas de Carvajal, parecía mecerse blandamente en los aires. Un panorama espléndido se desarrollaba ante nuestros ojos. Veíamos los colosos andinos, coronados de nieve cómo se venían hacia nosotros y luego parecían inclinarse bajo nuestros pies. Recordamos entonces los magníficos versos de José Joaquín Olmedo:

Rey de los Andes, la ardua frente inclina
Que pasa el Vencedor.

Pero allí los vencedores éramos nosotros. Al viajar en la cabina de un avión, la contemplación del panorama es infinitamente superior a la que observa un pasajero que va sentado en una de esas butacas. Nosotros, mi hijo y yo, íbamos en la cabina, junto al piloto y gozábamos, por consiguiente, del paisaje en toda su plenitud. Así vimos, entre los más notables, el Cotopaxi, los Ilinizas, etc.

Mirando hacia abajo, veíamos pasar las poblaciones del sur de la provincia del Pichincha y luego las del Cotopaxi y Tungurahua, como Pelileo, Píllaro, etc. Después por sobre el curso del río Pastaza y salimos por allí al Oriente.

Entonces se desarrolló ante nosotros la espléndida naturaleza tropical de esa región. Vimos algunas poblaciones como Baños, Puyo, Shell Mera. Vimos también, después, el río Palora de las descripciones de Juan León Mera en su novela Cumandá. Después se nos presentó Macas, con la población de Sevilla Don Bosco, que nos señaló el coronel Carvajal, quien me dijo:

—Doctor, a usted que tanto se empeña por la construcción de la carretera Paute-Méndez-Morona, quiero hacerle conocer ese río, vamos por allí.

Y condujo el avión sobre una inmensa región poblada de bosques, que, por ella sola, pudiera dar cabida a toda la población del Ecuador; región comprendida entre la cordillera del Cutucú y el Morona. Desde esa altura pude contemplar, no sin profunda emoción, aquel río navegable que pudiera, una vez llegada a su margen derecha la carretera Paute-Méndez-Morona, permitirnos flotar sobre el rey de los ríos del mundo, el soberbio *Amazonas*. Se mostraba a nuestros ojos como una cintilla sinuosa y fina. Al verlo así no se pensaría que es la única arteria verdaderamente navegable que posee el Ecuador, como afluente del "río mar".

Después condujo el coronel Carvajal la nave aérea hacia otra zona interesante para la vialidad, en donde se piensa construir la carretera Zhoray-Sucúa que tanto interesa a las autoridades de la provincia de Cañar. Penetramos en una estrecha garganta formada por dos estribaciones de la cordillera Oriental. Desde allí vimos los lugares por donde se piensa construir esa vía. A mí me pareció sumamente empinada la cuchilla por donde debe bajar esa carretera y que solamente haciéndola describir muchas curvas y zigzags, se lograría llevar a cabo tal obra.

Por fin, con una maniobra muy audaz que nos permitió salir de esa estrecha garganta, una especie de *looping the loop,* llegamos sobre el campo de Sucúa, en donde aterrizó nuestro avión maravillosamente.

El primero en presentarse en el aeródromo fue un ministro protestante de una misión evangelista de los alrededores, quien vino, seguramente, a informarse de la causa del arribo de un avión fuera de rutina. Después llegaron varios padres salesianos que nos condujeron a la misión. Allí nos prodigaron atenciones y nos invitaron a un exquisito almuerzo acompañado, a guisa de pan, con esa yuca magnífica que se produce en esa región y que supera a toda otra por su blancura y sabor incomparable.

De Sucúa a Macas era preciso viajar a caballo y como el ob-

jeto fundamental de mi viaje era la capital de la provincia, tenía forzosamente que utilizar ese único medio de locomoción. Se me manifestaron mil inconvenientes para que yo realizara ese viaje, entre otros el que había que vadear tres ríos, de entre los cuales el Blanco era muy caudaloso. Muchos de los presentes me manifestaban que, a mi edad, era muy peligroso montar a caballo. En fin, todos se oponían a mi traslado a Macas; pero yo no desistía de él. Así fue como me aproveché de la partida de todos hacia el lugar a donde debía llegar la carretera Zhoray-Sucúa, para inaugurar allí también los trabajos de esa vía, para montar y partir rápidamente junto con los padres Jacomini y Sagasti. Íbamos a todo galope aprovechando del buen camino, que, con pequeñas reformas, hubiera podido valer para pista de automóviles.

En el curso de ese viaje pude apreciar y admirar la gran fecundidad de esas tierras prodigiosas que forman las márgenes del río Upano. Vi, además, un ganado de gran talla o alzada y de magnífica robustez. Procedía seguramente de aquel que llevaron al Oriente los colonos españoles, que fundaron algunas ciudades allí. Se le denomina ganado criollo y tiene gran prestigio por la abundancia y la calidad de su carne. De trecho en trecho se ven, asomando por encima de los pastizales, sus cabezas. Yo creía que eran bueyes por lo enorme de su talla; pero, al verlos de más cerca, constaté que eran vacas y terneros muy crecidos. Me informaron que en esos lugares no hay tupe ni garrapata y así el ganado es muy sano y sus pieles tienen grande aprecio por hallarse libres de perforaciones y cicatrices. El viaje a caballo se realizó sin el menor inconveniente. En el paso del río Blanco hubo momento en que el caballo nadaba; pero yo supe mantenerme bien sobre la silla y levantando los pies sobre la cruz del animal pude librarme hasta de mojarme. Llegamos bastante tarde a Macas. Yo me sentí molido por la cabalgata, pero eso no obstó para que, a pedido de los marquenses o macabeos, como también se les llama, hablara varias veces en público, obteniendo los aplausos de esas buenas gentes, cuyo único anhelo es disponer de una buena vialidad carrozable que les permita llegar con facilidad a la región interan-

dina. Por falta de ella los habitantes del Oriente se hallan como confinados en la zona trasandina y es de admirar que, no obstante ese gravísimo inconveniente, vivan todavía allí, privados de tantas comodidades como disponemos los que poblamos el Litoral o el Altiplano.

Solo pueden cultivar pequeñas porciones de tierra, porque así obtienen lo suficiente para su alimentación y el pequeño comercio de víveres que hay en esas poblaciones aún poco habitadas. Más, el día en que una buena carretera llegara allá podrían exportar los productos a otras zonas. Es, pues, de admirar el patriotismo de aquellos colonos que mantienen nuestra soberanía en esos remotos lugares.

Me visitaron el gobernador de Macas, el presidente del Consejo Provincial y el del Municipio y, además de otras autoridades, gran número de ciudadanos. Todos ellos escucharon mis discursos relativos a la carretera Paute-Méndez-Morona que sería la redención de toda esa comarca, además de procurar al Ecuador una vía interoceánica de incalculable importancia.

Al gobernador le solicité se digne darme una copia de la respuesta que debía enviar al ministro de Educación. Junto con ellos visité el magnífico local que se destinaba al normal rural orientalista, constatando la veracidad de todo lo que me había dicho el procurador de la misión salesiana. Material escolar abundantísimo, cartas geográficas, astronómicas, cosmográficas etc., pizarrones, libros de texto, todo en abundancia y tanto que, en cualquier colegio secundario del país, no se hallaría en tanta y tan variada colección. Visitamos también los talleres y los encontramos provistos de todo el equipo necesario como herramientas, bancos de trabajo y, en el de tipografía, modernísimas prensas y equipos de linotipo.

Había en el aula tantos pupitres individuales como alumnos iba a tener el colegio. En fin, nada faltaba para llevar a cabo una excelente educación de los alumnos.

Faltaba decir que llegamos y nos alojamos en el local de la misión salesiana y fuimos objeto de las más solícitas y delicadas

atenciones por parte de la comunidad.

Por la noche, y desde uno de los corredores de ese local, pudimos disfrutar del espectáculo más impresionante: el Sangay en erupción permanente. Enormes haces de fuego brotaban desde su cúspide majestuosa.

A la mañana siguiente, después de tomar un abundante y exquisito desayuno y dar una vuelta por la ciudad, partimos de regreso hacia Sucúa. Traía yo la copia auténtica del informe que elevaba el gobernador de Macas al ministro de Educación y que confirmaba plenamente lo aseverado por el procurador general de la misión salesiana.

El camino de regreso hacia Sucúa no tuvo otro incidente que una de esas lluvias torrenciales propias de esas zonas tropicales. Llegamos, pues, a Sucúa en medio de un fuerte aguacero y fuimos recibidos con grandes manifestaciones de afecto por los compañeros de viaje, de quienes no nos habíamos despedido por las razones expuestas ya, especialmente porque no convenía que supieran que partíamos, dadas las muestras de cariño que me prodigaban y con las que intentaban impedir nuestro viaje hacia Macas.

Macas, la capital de la provincia oriental de Morona-Santiago, es una de las ciudades fundadas por los españoles pero que se libró de la destrucción que hicieron los jíbaros mediante, según los relatos de sus habitantes, la intercesión de una imagen de la Virgen María muy milagrosa, que sacaron a las afueras los habitantes consternados y que detuvo el avance de los salvajes que venían por el bosque a incendiar la población.

Macas me pareció un villorrio bastante antiguo. Hay la tradición de que después del asalto de los indígenas y la destrucción de las ciudades del Oriente, permaneció aislada e ignorada durante mucho tiempo. Los actuales habitantes de Macas serían descendientes de los españoles que la poblaron en tiempo de la colonia.

Parece que los macabeos solo en la ciudad visten con traje europeo y que, cuando salen al campo, toman la misma indumen-

taria de los jíbaros para mejor dedicarse a las faenas agrícolas.

La villa de Sucúa es una de las muchas poblaciones fundadas en el Oriente por los padres salesianos. Es tal vez la más adelantada y una verdadera joya del trópico. Posee un buen aeropuerto. Sus casas son modernas y provistas de todos los adelantos posibles. Tiene un templo de cemento armado. En avión fueron llevados los bloques desde la Sierra. Hay una estación de radio-telégrafo y teléfono. Un dispensario bien servido y provisto de los medicamentos más usuales. Es, en fin, un pueblo digno de conocerse para admirar la obra de esos misioneros infatigables y llenos de iniciativas.

El coronel Carvajal nos dijo:

—No podremos partir mientras siga la lluvia; pero, en cuanto esta termine, volaremos hacia Quito.

Mas o menos a las cuatro de la tarde consideró Carvajal que se podía ya volar. Todavía el campo estaba bastante húmedo; pero no consideró eso un obstáculo para partir. Una vez instalados en el avión puso en marcha los motores hasta su máxima velocidad y fuerza y soltando los frenos lanzó al aparato a toda velocidad. El decolaje se hizo sin inconveniente y ascendimos sin esfuerzo. Pasamos nuevamente sobre Sevilla Don Bosco y Macas. Vimos nuevamente el río Palora y nos perdimos en una nube. Al poco rato, con gran sorpresa mía volvimos a ver el Palora, Macas y el mismo Sucúa. Pregunté al coronel Carvajal qué sucedía y me contestó:

—La vía está muy nublada y no podemos intentar la entrada a la Sierra por la hoya del Pastaza porque no hay visibilidad; así es que he resuelto regresar.

Pregúntole:

—¿Por qué no aterrizamos en Sucúa? —y él me dijo:

—Si hiciéramos eso tendríamos que esperar una semana, hasta que nos remitan gasolina porque la que llevamos no sería suficiente. Así es que vamos a buscar alguna entrada que esté despejada".

Después de pocos minutos salíamos de la nube y con gran sorpresa y horror vimos frente a nosotros y a poquísima distancia al

hermoso nevado de El Altar. Si la nube se hubiera extendido algo más hubiéramos chocado indefectiblemente contra ese monte, no por bello menos peligroso.

Cambió el coronel Carvajal la dirección del aparato para esquivarse del choque contra esa montaña y entonces le dije yo:

—Coronel, vea allá lejos y hacia el suroeste hay una pequeña rayita azul. ¿No le parece que por allí pudiéramos pasar hacia la Sierra?

—Así es, me contestó, y puso el aparato en esa dirección.

Poco después salíamos por ese claro y cuál fue nuestra sorpresa cuando el coronel nos preguntó:

—¿En dónde creen que nos hallamos?, y, ante nuestra respuesta de ignorarlo, nos dijo:

—Estamos sobre El Tambo de Cañar, o sea sobre la parroquia Baquerizo Moreno" y desde allí nos hizo ver el campo de aterrizaje de Cuenca.

Nos hallábamos a tal altura que, en un panorama amplísimo, veíamos desde allí Cuenca y otras poblaciones más.

Nos preguntó entonces si quisiéramos ir a aterrizar en Cuenca; mas, habiendo contestado afirmativamente, nos dijo:

—Soy militar y mi disciplina me obliga a regresar a Quito, conforme a las órdenes que se me han impartido; así es que lo que haré es tomar por el callejón interandino, rumbo hacia la capital; mas, si veo que no me alcanza la gasolina, aterrizaré en la población más cercana en donde haya un aeropuerto.

Así fue, y, ya sin gasolina, descendimos, planeando, al aeródromo de Riobamba. Poco rato después llegaron a recibirnos varios padres de la comunidad salesiana y nos condujeron a su colegio, en donde nos hicieron la más gentil y cariñosa recepción.

A la mañana siguiente, ya reabastecido el avión de combustible, partimos hacia Quito.

¿Cómo describir el magnífico panorama que ofrece al viajero aéreo el callejón interandino?

Mientras los dos murallones de las cordilleras Oriental y Occidental muestran, de trecho en trecho, como gigantescas alme-

nas, sus blancos y plateados nevados, que parecen haberse apostado para formar calle de honor al hombre dueño del espacio, al pie de ellos se extiende, como una alfombra esmaltada de mil colores, la inmensa campiña del altiplano, y, en medio de esa policromía, se alzan ciudades y pueblecitos pintorescos, en los que se destacan las agujas de sus templos como flechas lanzadas al espacio. Abundosos ríos describen sus curvas y sinuosidades en medio de las praderas y sembrados de múltiples colores: ya el verde esmeralda de las llanuras; ya el oro ondulado de sus trigales en sazón. Y, sobre todo esto, como magnífico dosel, el azul purísimo del cielo ecuatorial, digna bóveda o techumbre de semejante cuadro maravilloso.

Nunca he sido hábil para descripciones[124] y eso me causa pena, porque no puedo transmitir a mis lectores las impresiones de sublimidad que siento ante cuadros tan bellos, tan emocionantes como los que se desarrollaron ante mis ojos en esa mañana inolvidable.

Al día siguiente de mi llegada a Quito obtuve una audiencia del señor presidente de la República don Galo Plaza,[125] a quien expuse todo el asunto relativo al normal rural orientalista, manifestándole la oposición de su ministro a la apertura de ese plantel; refiriéndole todo lo que había visto yo, con mis propios ojos, respecto a la excelente preparación de él y la abundante provisión de todos los elementos que se requieren para establecer un colegio secundario normalista. El señor presidente no se asombró de todo eso y me dijo:

—Creo, doctor Crespo, todo lo que usted me informa; conozco yo personalmente a los padres salesianos, pues fui discípulo de ellos y sé cómo son de eficientes para la enseñanza.

Yo le había manifestado también que ese colegio poseía ele-

---

[124] Esta debe ser la infravaloración más notable del libro, pues dice que no es hábil para las descripciones a continuación de haber hecho una bellísima descripción *(N. del E.)*.

[125] Galo Plaza Lasso (1906-1987), político, diplomático y empresario agrícola ecuatoriano, fue presidente de la República (1948-1952), antes, embajador del Ecuador en EE. UU. (1944-1946) y después, secretario general de la OEA (1968-75) *(N. del E.)*.

mentos más selectos y abundantes que cualquier otro de esa misma índole en la República. Le presentó la copia auténtica del informe elevado por el gobernador de Macas respecto a ese plantel. Él lo leyó íntegramente y cuando le pedí que ordenara la apertura o inauguración, me lo ofreció cordialmente.

En efecto, unos cuantos días después de esa entrevista, supe que se había inaugurado el colegio normal rural orientalista de Macas y me sentí muy complacido de servir así a la benemérita comunidad salesiana y también a la instrucción de esa porción para mí predilecta de la patria.

He sabido después que ese colegio ha subido de categoría y que en sus aulas ya han cursado muchos hijos de ese suelo, siendo actualmente elementos muy útiles para ese Oriente que tanto necesita de apoyo y protección.

Quiero ahora rendir un emocionado tributo póstumo de admiración para el insigne aviador don Edmundo Carvajal, quien fue por mucho tiempo el as de la aviación militar ecuatoriana, por su gran pericia, su valor extraordinario que rayaba en audacia y permitía, en cualquier momento, dar solución a los más graves problemas que tan a menudo se presenta en esa benemérita cuanto peligrosa profesión. Quiero rendir un homenaje ferviente de gratitud al héroe nacional que, llevándonos por el espacio en un día brumoso y oscuro, en que era imposible franquear la barrera de nubes que se oponía a nuestro reingreso a la región interandina, pudo, mediante su gran pericia y su incontrastable valor, salvar nuestras vidas en aquellas circunstancias tan precarias que a cualquier otro le hubieran causado temor y desconcierto.

El país debe a Edmundo Carvajal el homenaje de la estatua como a un símbolo de intrepidez y de ciencia en la difícil lucha contra los elementos, como dominador del espacio.

Cómo se horroriza nuestro ánimo al conocer que nunca llegó en su último vuelo desde el Oriente y que nadie encuentre los despojos mortales de quien dominó el espacio atmosférico y pasó infinitas veces sobre las nubes del cielo, van perdidos su avión y sus restos en los bosques patrios, de esa región Oriental a la cual

dedicó sus mejores actividades y sus mejores años.

Fue Carvajal un hombre de bien, un patriota ferviente, un modelo, en fin, para las nuevas generaciones.

Que su alma generosa descanse en paz...



El doctor Emiliano J. Crespo practicando una cirugía de apéndice a su hijo José, rodeado de sus tres hijos médicos: Emiliano, con un bleris de anestesia respiratoria por cloroformo; Daniel y Rodrigo. La enfermera es Maruja Russo, esposa de Emiliano Crespo Toral. Clínica Crespo, Guayaquil, ca. 1955



CAPÍTULO XVII

UNA GIRA MARAVILLOSA POR SUDAMERICA: PERU Y CHILE

Once alumnos del séptimo año de medicina me piden presidirles en un viaje de estudio hasta Buenos Aires. —En avión a Guayaquil y por barco a Puerto Bolívar y Hualtaco. —Importancia de Puerto Bolívar. —Huaquillas y Tumbes. —Aridez de la costa peruana. —Lima: visita a los hospitales Obrero (servicio de neurocirugía) y Arzobispo Loaiza. —El Museo Antropológico. —Mí primera visita a Lima en 1930. —El Callao. —Vuelo a Tacna. —Arica. —Viaje por tierra. —Mi exalumno doctor Zúñiga, personaje destacado en Antofagasta. —Vuelo a Santiago. —Una ciudad de tipo europeo con excelentes vinos. —El Instituto de Neurocirugía. —El doctor Asenjo y sus operaciones.

La Universidad de Cuenca había establecido la costumbre de permitir a los alumnos egresados la realización de una gira al exterior presididos por uno o más profesores.

El año de 1950 mis alumnos de séptimo año me pidieron que yo presidiera esa tournée, para lo cual habían hablado con el señor rector y más miembros del Consejo Universitario. Nuestra idea era, para entonces, indudablemente, un poco audaz: viajar a Buenos Aires.

La suma que la Universidad daba para el objeto de esas giras era bastante pequeña; de modo que nunca hubiera alcanzado para un viaje tan largo. Los alumnos que deseaban realizar esa gira pensaron erogar de su propio peculio el dinero necesario para completar lo que se requería. Así lo hicieron. Para mí el Consejo Universitario donó unos diez mil sucres.

No podían faltar intereses creados para oponerse a nuestro viaje. Algunos alumnos que no podían o no querían erogar de sus bolsillos la cantidad complementaria se opusieron y querían

que del fondo asignado por el Consejo Universitario se les diera a ellos una cantidad igual a la que tocaba a los que viajaran. En eso hubo discusión, pero, al fin, esos alumnos se convencieron y generosamente renunciaron ante el Consejo ese dinero.

Fue un escándalo pensar que el doctor Crespo y sus alumnos imaginasen llegar hasta Buenos Aires y hubo quien, haciendo broma, dijera que yo y mis discípulos pensábamos viajar a la Luna.

Lo cierto es que unos once alumnos y yo preparamos viaje y, en uno de los primeros días de abril de 1950 lo emprendimos, saliendo en avión hasta Guayaquil.

Era necesario viajar por barco hasta Puerto Bolívar y de allí hasta el puerto ecuatoriano de Hualtaco, en una lanchita. El barco que íbamos a ocupar era uno de esos motoveleros que hacen su travesía regular entre Guayaquil y Puerto Bolívar y que, por una razón desconocida para mí, viajan siempre de noche.

La nave, que regularmente podía llevar unos cien pasajeros, fue ocupada por más de ciento cincuenta. Escoraba de un modo peligroso hacia babor y yo me hallaba bastante preocupado por ese detalle. Pocos días antes había zozobrado otro motovelero cerca de Jambelí. Así es que no estuve tranquilo durante toda la travesía. Para mayor abundamiento de preocupación, uno de los marineros, con gran deferencia, me trajo y colocó a mi lado un salvavidas o boya, diciéndome:

—Nunca es malo llevar esto, por si se hunda el barco —lo que agravó mi inquietud.

Los camarotes, que habían sido reservados desde Cuenca, los habían ocupado otros pasajeros y tuve que pasar la noche en el puente, semirrecostado en una de esas sillas de tijera que tanto se usan en nuestros barquitos fluviales. Fue una noche verdaderamente incómoda, pues eran tan numerosos los pasajeros sentados en esas sillas, que no había casi por dónde escapar de esa situación.

A la madrugada siguiente llegamos, por fin, a Puerto Bolívar, en donde desembarcamos y pudimos desayunar en un restaurancito de aquellos que decimos "de mala muerte".

Puerto Bolívar, el mejor puerto natural del Ecuador por su si-

tuación sobre el canal de Jambelí, que queda entre las islas denominadas de Jambelí y la costa, tiene magnífico calado para todos los barcos y, además, es muy tranquilo, porque esas islas, situadas al frente, hacen papel de rompeolas. Por eso no llega hasta ese puerto el oleaje del Pacífico. Es, en mi concepto, el futuro puerto de entrada y salida de la mercadería para las provincias australes: Cañar, Azuay, Morona-Santiago, Loja y Zamora. La mercadería que entra o sale de esas provincias no necesita sufrir transbordos como la que va por la vía ordinariamente empleada de Guayaquil. Hasta hace poco se descargaba del barco trasatlántico en Puná, a las lanchas o lanchones, los cuales descargaban en el muelle fiscal de Guayaquil y pasaban a las bodegas de la Aduana. De éstas salían para el muelle de los barcos que hacen su travesía hacia Durán; descargaban allí e iban a las bodegas del ferrocarril para ser trasladadas hasta Sibambe: en donde había nuevo transbordo a las bodegas del ferrocarril Sibambe-Cuenca, para ser transportadas por dicho ferrocarril hasta Azogues, en donde se guardaban nuevamente en las bodegas; para ser, por fin, transportadas a Cuenca por camión y puestas en las bodegas de esta ciudad.

Puerto Bolívar, por lo contrario, recibirá la mercadería traída por los barcos desde EE. UU. o Europa, la guardará en sus bodegas y, luego, la despachará para Cuenca u otra población interandina en camiones. Así solo sufrirá esa mercadería dos transbordos; lo que la librará de deterioros y peligros de pérdida, que por la otra vía son numerosísimos.

En suma, Puerto Bolívar es el puerto propio de, por lo menos, tres provincias interandinas y dos trasandinas: Cañar, Azuay, Loja, Morona-Santiago y Zamora-Chinchipe, amén de la provincia de El Oro, a la cual ya sirve actualmente, tanto para importación como para exportación.

Pero hay otro punto interesantísimo que dará a Puerto Bolívar una importancia extraordinaria y es el siguiente: una vez que la *vía interoceánica* Paute-Méndez-Morona haya llegado a Puerto Proaño sobre el río Morona, Puerto Bolívar será la cabecera

pacífica de esa vía, por hallarse mucho más cerca de Cuenca y Paute que la de Guayaquil. Así constituirá un puente especialmente destinado al tráfico interoceánico; lo que reserva para él un porvenir de primer orden entre los puertos nacionales.

Para mí la designación de "puerto libre" que se dio al de San Lorenzo fue un error: primero, porque eso obligó a construir una carretera larguísima hacia el Putumayo; segundo, porque ese río es en parte mínima ecuatoriano y nuestras naves viajarán por territorios ajenos en inmenso trecho; estaremos sujetos a los caprichos de los dos estados ribereños, Colombia y el Perú; tercero, porque, adoptando el Putumayo como la vía navegable hacia el Amazonas queda gran parte de este fuera del tránsito de nuestras futuras naves; porque el Putumayo desemboca muy lejos en esa gran arteria amazónica. En cambio, el Morona se abre en el Amazonas poco trecho después del Pongo de Manseriche; es decir, que, al viajar por él se tomaría toda la parte navegable del Río Mar. En efecto, el Amazonas es navegable para barcos de todo calado desde ese pongo en adelante hasta el océano Atlántico; trecho en que recibe muchísimos afluentes de gran importancia y pasa por puertos asimismo importantes como Iquitos. No se puede adoptar otro río anterior para nuestros fines de navegación amazónica, porque se desembocaría antes del pongo; es decir que, como ese obstáculo no puede ser salvado por la navegación sin antes rebasarlo, llegar al Amazonas por el Chinchipe, por el Santiago o por el Cenepa, solo permitiría el comercio con pequeñas poblaciones ribereñas y nunca con el inmenso campo comercial que el Amazonas abre en su trayecto. Infinitas veces he hablado y publicado algo sobre la importancia de la vía Paute-Méndez-Morona y a esas publicaciones remito a mis lectores, retornando a la narración del viaje de fin de cursos que realicé en compañía de mis alumnos de medicina.

Ahora no quisiera rememorar algo sobre el estado de atraso y abandono en que se encontraba entonces Puerto Bolívar no obstante su gran importancia. Hoy, felizmente, se ha procedido a darle un buen muelle de espigón que permite el acoderamiento

de barcos de todo calado. Siendo un puerto tan vecino a la costa del Perú, merecía ser objeto de la mejor presentación, tanto en lo urbanístico, como en lo portuario. En esa época ambas cosas se hallaban tan descuidadas que causaba vergüenza. Y lo mismo se podía decir de todas las otras poblaciones fronterizas. Solo la naturaleza se empeñaba en presentarnos en forma honrosa y bella, pues, como veremos luego, mientras nuestras costas son exposición de fertilidad y magnificencia, con bosques tropicales maravillosos, la costa peruana es un desierto de aridez peor que el Sahara.

Ese mismo día continuamos nuestro viaje hacia el sur. Embarcados en una lancha de motor fuera de borda, navegamos por el canal de Jambelí. Teníamos a la izquierda la costa ecuatoriana y a la derecha las bellísimas islas de Jambelí, que se mostraban llenas de verdor espléndido; unas, con palmeras esbeltas y altísimas coronadas por penachos de plumosas hojas que el viento mecía con elegantes movimientos; otras, con extensas y esmaltadas sabanas en las que pacían vacadas de hermoso aspecto, algo cebú, por cuanto los ganaderos del litoral han visto que esa mezcla resulta ideal para el clima tropical de nuestra región anteandina.

Las aguas del canal de Jambelí eran azules y de una limpidez extraordinaria. A trechos se veía en el fondo de ellas numerosos y corpulentos peces y cetáceos. A éstos los marinos denominan "bufeos". Son delfines que suelen cortejar a las naves a cierta distancia de ellas y tienen la fama de defender a los náufragos de los tiburones, atacando a éstos con sin igual osadía.

No es preciso anotar cómo mis compañeros de viaje —todos ellos llenos de entusiasmo juvenil—, volvían gratísimos los momentos y las horas y hacían no solo soportables ciertas incomodidades sino aún agradabilísimas. Tenían, algunos de ellos, magníficas voces y formaban coros inimitables. Sobre todo las canciones ecuatorianas las ejecutaban con primor, y, en el curso de nuestra jira, daban a conocer en otros países el espíritu de nuestra patria, tan querida.

Esa travesía por el canal de Jambelí fue corta y pronto llega-

mos al puerto ecuatoriano de Hualtaco.

Desde allí hasta la frontera viajamos en "un mixto", nombre que se da a unos camiones casi sin cubierta y que se usan mucho en nuestro litoral para transporte de carga y pasajeros. Ese feo vehículo nos llevó hasta la frontera ecuatoriano-peruana.

Huaquillas es la población ecuatoriana fronteriza con el Perú. El puente internacional está allí. La aduana peruana se portó muy bien y no fue exigente. A mí, por ejemplo, sabiendo que era profesor y director de la gira, ni siquiera me obligaron a abrir la maleta.

Con mucha pena notamos que desde la frontera se ve mucho adelanto comparado con el atraso de las poblacioncillas ecuatorianas.

Y sea esta la oportunidad para hacer una aclaración: yo no creo que al alabar el adelanto o la belleza de un lugar, ciudad, paisaje del Perú esté cometiendo una falta contra el patriotismo. Para mí lo primero es la verdad y si reconozco que hay en el Perú cosas mejores que en el Ecuador, eso no es por falta de afecto a mi adorada patria; sino que más bien lo relato como estímulo, para que procuremos superar nosotros, en nuestras ciudades, los adelantos que hay en la tierra de nuestros eternos enemigos.[126]

Con esta salvedad continúo el relato. Una vez cumplida las formalidades de aduana, tomamos un vehículo que nos condujo a Tumbes. Allí nos detuvimos a pasar la noche. Nos alojamos en el hotel Turista de esa ciudad.

Tumbes, es una pequeña población en medio de un arenal sin vegetación alguna. En la plaza principal se ve un jardín o parquecito poco atractivo. Sin embargo, el hotel Turista de Tumbes es muy bueno y ofrece al pasajero toda comodidad tanto en alojamiento como en comida. Su precio es baratísimo. La primera vez que viajé al Perú y me alojé en ese hotel la permanencia y la

[126] Este párrafo refleja vívidamente el espíritu de la época, un conflicto que se vivió con choques bélicos y altibajos en las relaciones en las décadas siguientes y que solo se superó con la firma de la paz con el Perú en 1998 *(N. del E.)*.

comida solo valían unos treinta sucres diarios. He allí una cosa digna de imitarse. En cada población hay un *hotel turista* que ofrece todas las comodidades al viajero y cuyo precio es módico. Así el Perú ha solucionado en gran parte el problema turístico. El extranjero que desea visitar el Perú ya sabe en donde debe alojarse en cada parada que haga. Ese sistema de hoteles turistas es obra de una empresa mixta entre el gobierno y particulares. Por eso el turismo allí es cosa tan importante y las utilidades que deja al país son magníficas. Ojalá en el Ecuador se estableciera un sistema idéntico. Así los que nos visitan tuvieran toda oportunidad para sus giras y también un gratísimo recuerdo de sus viajes.

Nada hay para el viajero más halagador y confortante como un buen hotel y más si este es de un precio módico, no obstante las comodidades que ofrece. En eso el Perú ha procedido con sinigual acierto. Todo cuanto deje de percibir en esos establecimientos y mucho más, lo recupera en el número de turistas que visitan su suelo.

El Ecuador, poseyendo parajes bellísimos, panorama maravilloso, nevados y campiñas incomparables, solo por carecer de un buen sistema de hoteles, pierde, a no dudarlo, gran parte del turismo que pudiera tener.

Hay muchos hoteles pero son generalmente caros y sin normas permanentes; eso constituye un motivo de retraimiento para los viajeros. Ojalá el gobierno piense en establecer un sistema real y eficaz de hoteles turísticos. En el curso de esta narración volveremos a tratar de este asunto tan importante y esencial para el conocimiento de nuestro bello país por los extranjeros que aman recorrer mundo.

Después de una noche de perfecto descanso, de tomar un baño caliente, de un desayuno excelente, volvimos a viajar. Esta vez lo hicimos en un colectivo que los jóvenes compañeros habían contratado en la localidad y que debía llevarnos en una sola jornada hasta Lima, sin otras paradas que las indispensables para tomar el almuerzo y la comida en algunas de las muchas poblaciones escalonadas en el trayecto.

En Talara nos detuvieron los policías peruanos y nos obligaron a presentarnos a la autoridad. Allí permanecimos varias horas en espera de que recibieran órdenes desde Piura, capital del departamento. Después de larga espera recibimos, por fin, la autorización para continuar nuestro camino.

Debo también recordar cómo un estimable señor, se adjuntó a nuestra comitiva y no nos desamparó hasta Lima. Era sumamente atento y servicial y yo no pude convencerme de que no era un agente del gobierno para espiar todos nuestros movimientos. Y, sea la oportunidad para apuntar de una vez, que, al regreso nuestro y al entrar por el sur al Perú, se nos unió, asimismo, otro señorcito, igualmente atento y acucioso, que nos decía poder servirnos de guía en el Cusco y que, hallándonos ya en esa ciudad, se encontró con un amigo suyo y confesó no haber estado nunca ahí.

El Perú es sumamente celoso de su resguardo; exige muchas pruebas y documentos a quienes visitan su territorio. No sucede lo mismo con nuestra nación, en la cual se pasean de norte a sur y de este a oeste los extranjeros con solo poseer una "tarjeta de turismo" adquirida al ingreso. Así es como el espionaje peruano ha logrado conocer muchas veces hasta lo que se trata en una sesión secreta de nuestro H. Congreso Nacional.

De paso por muchas pequeñas ciudades del Norte del Perú, pudimos observar su grado de desarrollo. Algunas como Piura, Trujillo, Lambayeque, tienen importancia; las demás son villorrios insignificantes. Lo notable en todas ellas es siempre el hotel Turista que no falta en ninguna. Así el viajero puede pernoctar en cualquier lugarejo y encontrará en él toda comodidad; lo que significa un indudable adelanto en el fomento de esa industria que puede, por ella sola, en muchos países, constituir la mejor fuente de ingresos y de notable adelanto.

El Ecuador debe pensar seriamente en introducir esa saludable reforma en su territorio.

Habiéndonos detenido en uno o dos lugares del tránsito para tomar algún refrigerio, llegamos a Lima al comenzar la noche.

Yo que había estado ya unas dos veces en la capital del Perú

pude ser un guía o "cicerone" de mis discípulos. Me alojé junto con ellos en un hotel de mediana importancia, pues creía de mi deber.

Visitamos en primer lugar el gran Hospital Obrero de Lima, modelo de hospitales de ese género, que daba alojamiento a ochocientos enfermos.[127] Poseía toda clase de equipos modernos, no solamente en la técnica médica y quirúrgica, sino aún en los servicios que pudiéramos llamar de "restaurante", como las famosas cocina, despensa y distribución mecanizada de alimentos, etc. Hay en ese hospital una central de esterilización que reparte vapor a presión a todos los servicios quirúrgicos y de especialidades de ese ramo. En fin, sería algo fuera de sitio enumerar y describir todos esos elementos de que dispone aquel hospital.

Con mis alumnos visitamos el servicio de neurocirugía, cuyo director es el doctor Esteban Rocca; así como el de cirugía torácica. El notable neurocirujano y excelente amigo —a quien conocía yo desde el año de 1948—[128] nos presentó numerosos casos de operados por él, con magnífico éxito y presenciamos una intervención por tumor cerebral, que para mis alumnos era cosa aún no vista. Sorprende, en primer lugar, que no se anestesia al enfermo con anestesia general, sino solamente con anestesia local de los tegumentos del cráneo. La operación dura generalmente largas horas y el enfermo se mantiene así sin la menor molestia. Pero hay un equipo numeroso de observadores que llevan el récord más completo de todas las funciones del paciente y dan cronométricamente cuenta al cirujano.

También pudieron presenciar operaciones torácicas realizadas

---

[127] Llamado hoy Hospital Guillermo Almenara fue, en su momento, uno de los hospitales más grandes de Sudamérica, creado por la Seguridad Social peruana en 1936 *(N. del E.)*.

[128] Esteban Daniel Rocca Costa (1913-2013), médico neurocirujano y político peruano, senador de la República (1985-1990). Estudió medicina en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de la que luego fue profesor. Se especializó en Chile en el Instituto de Neurocirugía con Alfonso Asenjo Gómez, y también hizo internados en EE. UU. y Europa. Fundó y dirigió durante 28 años (entre 1947 y 1975) el servicio de neurocirugía en el Hospital Obrero, actualmente llamado Hospital Nacional Guillermo Almenara. Escribió más de 360 trabajos sobre su especialidad. Fue coautor con Francisco Graña Reyes del libro clásico sobre trepanaciones incaicas y preincaicas *(N. del E.)*.

por otro cirujano en el mismo hospital y en las que se trabaja con toda tranquilidad, mediante la anestesia general aplicada en circuito cerrado, lo que permite, una vez extirpado el mal, devolver al pulmón su volumen primitivo, por aumento de presión interna y así suprimir todo espacio entre las pleuras y visceral y parietal, al realizar la reconstrucción de la pared y el cierre de la incisión.

Mis alumnos conocieron también otro hospital muy afamado de Lima, el Arzobispo Loaiza, que, a diferencia del Obrero, que es vertical, se halla constituido por numerosos pabellones.

Algunos de mis alumnos me acompañaron a visitar no ya algo médico sino el famoso Museo Antropológico de Lima, que merece ser conocido íntegramente y en donde se reúnen piezas precolombinas, incásicas, y también preincaicas de inmenso valor. Allí se hallan colecciones riquísimas de cerámica, orfebrería y hasta de indumentaria variadísima. Especialmente interesante fue para mí la colección de vestidos "Paracas", que guarda incólumes sus coloraciones primitivas de un brillo y un esplendor inigualables. Se conservan también muchas sillas de piedra iguales —si no son las mismas— a las del Cerrito de Hoja de Manabí; lo que demostraría que esas civilizaciones han sido contemporáneas o hasta las mismas. Como cosas bellas de la ciudad de Lima podemos enumerar la hermosa Plaza San Martín, con su estatua ecuestre del prócer del mismo nombre. Es de observar que los peruanos hacen especial ostentación de su culto por el héroe argentino, no obstante haberse consumado su independencia mediante la obra de Bolívar, Sucre, Lamar y otros próceres de la independencia de la Gran Colombia. Esa estatua de San Martín es mucho más bella y ostentosa que la de Bolívar, la que casi pasa desapercibida junto al palacio del Senado.

Lima es ahora una gran ciudad. Su expansión rápida ha llegado a hacer que se incorporen a su urbanización los *"balnearios"* de Miraflores, Chorrillos, El Barranco, y hasta casi el mismo Callao. Esos balnearios son muy bellos y le dan a Lima lo mejor de su hermosura. Miraflores, en una tarde clara, permite admirar, desde su malecón, una puesta de sol incomparable.

La mejor avenida limeña es la Arequipa. Cuando yo, en 1930, llegué a la capital peruana, esa avenida estaba concluyéndose en su construcción. Se llamaba "Avenida Leguía" por el presidente que dominaba entonces. Yo llegué en aquella ocasión a Lima en el mismo día en que caía dicho presidente, por revolución comenzada en Arequipa por Sánchez Cerro, un militar. Presencié cómo quemaron, en el palacio, los muebles y la biblioteca de Leguía y, desde el hotel en que me alojaba, vi caer muerto a un hombre en la misma calle, víctima de un tiro propinado por un revolucionario. Presencié también la llegada de Sánchez Cerro, en avión, escoltado por unos ocho o diez aviones más.

La avenida Leguía pasó a ser avenida Sánchez Cerro. Cuando estuvimos como transeúntes en Lima con mis discípulos llevaba esa denominación. No hay duda de que es una bellísima avenida llena de colorido, porque lleva parterres de hermosas flores o de magníficos árboles en toda su extensión. Desde Lima hasta Miraflores, es una vía digna de toda admiración.

También fuimos yo y mis alumnos al Callao y, navegando en una lanchita de motor, recorrimos toda la bahía o dársena y pudimos mirar los barcos de guerra de nuestro vecino belicoso, especialmente el "Almirante Grau" y algunos submarinos. El puerto del Callao, que yo conocí en 1930 como un puerto inhóspito, había cambiado totalmente de aspecto. Dos grandes rompeolas, como dos brazos gigantescos, habían abrazado una considerable extensión de mar, dando así magníficas condiciones para el anclaje de barcos, libres de las acometidas de las tempestades del Pacífico. Enormes espigones penetraban en esa rada permitiendo el acoderaje de barcos de alto calado.

Sobre los rompeolas, muchedumbre de alcatraces reposaba tranquilamente y cuando nuestro barquito se acercaba a tiro de piedra y aún más cerca de ellos, no siquiera una manifestación de inquietud, menos de alarma se mostraba sobre sus enormes cuellos y desmesurados picos.

Al volver a tierra, pude ver cómo las aves marinas, especialmente las gaviotas, habían condecorado profundamente la esta-

tua del almirante Grau con sus blancos escupitajos que no habían sido lavados por los fervorosos admiradores del héroe legendario del Perú. Algunos pajarracos marinos posaban tranquilamente en el brazo y hasta en la cabeza del famoso y único héroe peruano.

Cerca del Callao está La Punta. Allí, en un restaurante edificado sobre una especie de muelle, tomamos un almuerzo mirando a través del agua cristalina numerosos y grandes cantos rodados que vuelven, naturalmente, esa playa poco apropiada para un balneario.

Para continuar nuestro viaje hacia el sur, deseábamos conseguir pasaje en un avión. Cierto funcionarlo se ofreció para averiguar si había o no alguno que pudiera darnos los doce pasajes que se necesitaban.

Hizo venir a un sujeto que decía ser ecuatoriano y le encargó hiciera esa gestión. Nosotros, por nuestra parte, también fuimos a la compañía "Faucett", peruana, de aviación civil y allí logramos fácilmente los pasajes y todavía con la ventaja de que, por los doce pasajeros, nos cobró solamente once pasajes. Cuando volvimos a ver al funcionario y le referimos que ya habíamos obtenido esos pasajes, se manifestó muy extrañoso y dijo: "Bueno, ustedes han encomendado a ese señor que les busque pasajes y tienen que pagarle sus gestiones". No hubo qué hacer y uno de los alumnos, que hacía de tesorero de la expedición, pagó por esa gestión que no tuvo resultado.

Debo recordar que esa vez quien mejor se portó con nosotros fue el coronel —hoy general— Izquierdo, agregado militar a la embajada, que nos sirvió muy oportunamente y muy bien.

Partimos, pues, desde Lima hacia Tacna, ciudad fronteriza peruana con Chile. El vuelo fue muy bueno. Casi al terminarlo vimos, desde la altura, Arequipa, que nos pareció una ciudad muy importante. Todos sus edificios son blancos. Por eso se la llama también "la ciudad blanca". Asimismo, pudimos ver desde el avión al hermoso volcán Misti que se halla situado a la cabecera de Arequipa.

Tacna es una ciudad de poca importancia. Se halla situada casi en la frontera peruano-chilena. La atravesamos en automóvil

y llegamos así en Arica que es ahora chilena pues, en la llamada "Guerra del Pacífico", Chile ocupó tanto Tacna como Arica. Muy posteriormente, los dos países entraron en tratados y Tacna fue devuelta al Perú, mientras Arica quedó con Chile.

No encontramos en Arica un avión que pudiera conducirnos en adelante. Pasamos esa tarde y la noche en esa ciudad, visitando sus lugares más importantes. El hospital fue, desde luego, lo primero. Lo encontramos bastante bueno y bien equipado. Recorrimos la ciudad en un coche tirado por dos caballos: lo que constituía una novedad para mis alumnos, que jamás habían usado un vehículo de esa especie. Ellos pertenecían todos a la época de los transportes mecanizados.

Un médico ecuatoriano, cuyo nombre, por desgracia no recuerdo, nos atendió en el hospital muy finamente.

No habiendo en ese día transporte aéreo, resolvimos continuar nuestro viaje por tierra, en un colectivo de esos que hacen sus recorridos entre las ciudades de la costa chilena. Fue, asimismo, un raid velocísimo, porque recorrimos, en unas catorce horas, toda la distancia entre Arica y Antofagasta, deteniéndonos solo por breves instantes indispensables para tomar, en las villas de tránsito, algún refrigerio.

No se ve en el trayecto una nota de verdura. La costa chilena es tanto o más inhóspita que la peruana. De trecho en trecho, veíamos unas grandes columnas de humo negro que subían al cielo y se desparramaban en amplios penachos. Su aspecto era de lo más desagradable y lúgubre. Alguna vez que el camino se acercaba mucho al mar sentíamos un gozo extraordinario, por el contraste de las azules linfas del océano con las grises arenas del desierto que estábamos recorriendo.

Llegamos a Antofagasta por la noche. Yo me esperaba ver una ciudad muy importante, puesto que es uno de los puertos más grandes de Chile. La impresión que experimenté fue contraria a eso.

Allí residía desde muchos años atrás un médico cuencano que fue discípulo mío: el doctor Zúñiga. Salió de Cuenca a raíz de su graduación y se estableció en Antofagasta para ejercer su pro-

fesión. Por muchos años fue cónsul ad-honorem del Ecuador, pero cuando nosotros llegamos a Antofagasta era cónsul de Colombia.

Era el personaje más destacado de la ciudad. Nos recibió muy cariñoso y nos prestó su poderosa ayuda para todo lo que necesitábamos. Su casa era la única que poseía un jardín, porque el agua era tan escasa y tan cara, que solo las personas muy acaudaladas podían darse ese lujo. Tenía, pues, un precioso jardincito, lleno de bellas plantas florales.

Nos obsequió con la mayor generosidad y se empeñó en que permaneciéramos algunos días en esa ciudad, como huéspedes suyos; pero eso era imposible: teníamos mucha premura para completar nuestra jira; así es que, con mucha pena, tuvimos que rehusar a tan grata permanencia.

Conseguir doce pasajes de avión para Santiago era muy difícil y esa situación era la nuestra; mas, como el doctor Zúñiga tomó a su cargo el obtenérnoslos, lo logró fácilmente y, gracias a él, pudimos volar al día siguiente en un avión de LAN (Línea Aérea Nacional), compañía militar, hacia Santiago.

El vuelo fue magnífico y relativamente corto: en pocas horas sobrevolábamos la campiña de Santiago. La vista de esa campiña llena de verdor fue un alivio para nuestros ojos, ofendidos por la monotonía hiriente del desierto de las costas peruana y chilena.

Santiago es una importante capital que se yergue a orillas del Mapocho. No presenta el aspecto florido de Lima. Sus edificios son de un estilo severo. Es una ciudad más europea y menos risueña.

La conocimos, realizando varios paseos y *tournées.* Había comenzado ya el invierno allí y, cuando fuimos a misa en uno de sus templos, vimos ya a los santiaguinos con trajes invernales. Cosa curiosa, porque apenas estábamos en abril y cuando llegamos a Buenos Aires, algunos días después, allí hacía aún calor de unos veinte y dos grados centígrados, pero nosotros sentíamos mucho, seguramente por la humedad de la atmósfera de la capital argentina.

Me alojé en el hotel Helvig, en el que encontré toda comodidad y aún confort.

Un cuencano residente en Santiago, señor doctor Enrique Ortega Guzmán, nos visitó muy afectuoso. Él trabajaba en la clínica del doctor Mella Velozo, distinguido facultativo a quien me presentó. Pocos días después, el doctor Mella Velozo, el doctor Ortega y otros médicos me invitaron a una comida en el mejor hotel de Santiago, el Carrera.

Durante los pocos días de permanencia en la capital chilena pudimos saborear y apreciar los exquisitos vinos que en ese país se producen y que en nada desmerecen de sus similares de España y Francia, siendo también baratísimos. Yo no dejé una sola comida sin regarla con un poco de esos deliciosos vinos.

Las uvas de varias especies y calidades son, asimismo, excelentes y baratísimas. Saboreamos de ellas con fruición, en un paseo a uno de los parques de la ciudad.

Lo culminante de la permanencia nuestra en Santiago fue indudablemente la concurrencia al Instituto de Neurocirugía cuyo jefe es el gran especialista doctor Asenjo,[129] que rivaliza con los ases de ese ramo de la cirugía que ha tomado tanto avance en estas décadas. Cuando fuimos a su servicio, nos recibió con gran amabilidad y gentileza y él o algunos de sus asistentes nos hicieron visitar todas las dependencias y anexos de tan importante instituto. Por primera vez veían mis alumnos el encefalógrafo y otros aparatos similares. La radiografía encefálica había llegado a su máximum de perfección; así como la angiorradiografía y otras disciplinas en las cuales debía hallarse perfectamente preparado el aspirante a neurocirujano.

---

[129] Alfonso Asenjo Gómez (1906-1980), médico neurocirujano e investigador chileno. Se graduó en la Universidad de Chile en Santiago y se especializó en Berlín. Desde allí solicitó a Salvador Allende, ministro de Salubridad del presidente Pedro Aguirre Cerda, crear un Instituto de Neuropatología y Neurocirugía, a consecuencia de lo cual nació el Servicio de Neurocirugía del Hospital de El Salvador en 1939. En 1950, por decreto, se crea el Instituto de Neurocirugía, deslindándolo del hospital. En 1973 la dictadura de Pinochet lo expulsa del instituto, después de lo cual huye de Chile y se exilia en Panamá. Retorna en 1978, para morir un año y medio después. Fue autor de más de 200 publicaciones. El instituto que creó, y donde se especializaron muchos neurocirujanos de toda América Latina, lleva hoy su nombre *(N. del E.)*.

El profesor Asenjo me dijo: "Doctor Crespo, envíeme uno o dos jóvenes cirujanos del Ecuador para adiestrarlos aquí en la Neurocirugía general. Con tres años de aprendizaje aquí, los devolveré perfectamente preparados al Ecuador". Yo sabía eso, porque, en Lima, conocí algunos años antes al doctor Rocca, de quien he hablado ya en estas memorias y que es un magnífico especialista en tan importante disciplina.

Invitados a presenciar algunas operaciones y equipados perfectamente para ingresar en el quirófano —desde la bata, la gorra, la mascarilla, los guantes, hasta el calzado especial, le vimos trabajar a ese as de la neurocirugía. La primera operación fue de un tumor cerebral meningrama. Francamente, tuvimos una sorpresa al verle operar anestesiando al paciente solo por medio de inyecciones en las partes blandas del pericráneo. No usaba absolutamente anestesia general. Ni las meninges, ni los centros nerviosos intracraneales tienen sensibilidad dolorosa. Basta, pues, con una buena infiltración pericraneana para llevar a cabo la más grave y extensa operación. También le vimos operar en el raquis y en la médula espinal, en fin, para no cansar a nuestros lectores, terminaremos diciendo que esa neurocirugía fue para nosotros absolutamente nueva.

Un equipo de ayudantes asépticos y otro de ayudantes no asépticos para exámenes especiales, complementaban el acto operatorio. Desde la colocación respectiva del enfermo y de los cirujanos fue para nosotros algo completamente inusitado. Asimismo, la hemostasia y la instrumentación.

El paciente se halla colocado en la mesa especial de modo que queda a un extremo su cabeza, completamente aislada, por campos operatorios que la envuelven y rodean el resto del cuerpo. El cirujano está sentado o en pie detrás de la cabeza y los ayudantes a sus lados. La hemostasis momentánea se realiza mediante tiras o lanieras especiales empapadas en suero fisiológico. Y la definitiva con puntos de suturas, reabsorbibles que, pasando por la masa cerebral muy cerca del vaso, lo agarran en el nudo que se hace. Hay también materiales hemostáticos que pueden ser dejados en con-

tacto con el cerebro y cerebelo y que se reabsorben ulteriormente.

No creo conveniente ni necesario dar aquí una extensa y completa descripción de la trepanación craneal, que es innecesaria, ni de los demás tiempos de la técnica operatoria de esas intervenciones tan importantes; lo curioso es que se realizan con una lentitud impresionante, pues duran generalmente varias horas.

Mientras se efectúan esas intervenciones los ayudantes llevan el récord completo de todo lo que en su curso se constata. Tensión arterial, pulso, respiraciones, reflejos de varias índoles, etc. Así es como el operador sabe, en todo momento, la situación en que se halla el paciente y da las instrucciones del caso en cuanto algo no normal se presenta al examen de los ayudantes no asépticos.

El profesor Acenjo tuvo la gentileza de obsequiarme varios volúmenes de las actas del instituto y de los trabajos científicos de todos y cada uno de los miembros de su equipo.

Él nos ilustró respecto a la organización y funcionamiento del instituto. Es independiente y autónomo. Tanto el director cirujano como sus ayudantes inmediatos —que son ya personajes en la especialidad—, trabajan a tiempo completo. Ganan un sueldo que les permite dedicar todo su tiempo y sus energías solo a esa labor.

Generalmente en América Latina el profesor gana un sueldo que no le permite subvenir a sus necesidades personales y familiares. Eso causa consecuencias malísimas para la docencia. Mas, en el sistema de tiempo completo, el profesor no necesita preocuparse de otra cosa que de la enseñanza. Así, se dedica exclusivamente a ella y al trabajo de investigación, con excelentes resultados para la ciencia. El Instituto de Neurocirugía de Santiago es un centro de gran utilidad para toda América, pues en él se han especializado muchísimos neurocirujanos eminentes.

Cuando visitamos Santiago, en 1950, todavía el instituto no tenía un local propio y ocupaba una dependencia del hospital de "El Salvador". Sé que hoy ocupa ya un local propio, lleno de comodidades y de equipos excelentes.

La ciudad de Santiago tiene edificios magníficos, palacios administrativos excelentes y suntuosos. El aspecto general de la

ciudad es netamente europeo; tal vez, con más exactitud, alemán.

Unos dos bellos cerritos amenizan hermosamente la ciudad. Son el de Santa Lucía y el de San Cristóbal. En este el ascenso hacia la cumbre se efectúa mediante un funicular. En la mitad del ascenso hay un parque zoológico bastante provisto. En la cumbre hay un restaurante muy decente. Habíamos llegado allá y algunos de mis alumnos se habían adelantado un poco. Volvieron hacia mí y me dijeron que continuase la subida, porque iba a tener una grata sorpresa. En efecto, al llegar allá vi con gratísimo asombro una bellísima estatua o imagen de la Santísima Virgen María, sobre un gran pedestal. Todo el monumento tenía unos veinticinco o treinta metros de altura.

Entonces pensé que en Quito, nuestra hermosa capital, hay también un cerrito o colina bellamente dispuesto para gozar desde él del panorama de toda la ciudad y que debiera ser engalanado con un parque en cuya cumbre se erigiera, como en la mayor parte de las ciudades capitales de América Latina, una imagen religiosa, ya de Cristo, ya de la Santísima Virgen María.[130]

Muy posteriormente, un ilustre azuayo, el doctor Andrés F. Córdova, lanzó a la publicidad esa misma idea, es decir de hacer en el Panecillo un bello parque. Desgraciadamente, esa iniciativa no ha tenido hasta hoy ejecución. El Ilustre Municipio de Quito debiera tomar a pechos esa obra de impostergable necesidad, que daría a la urbe un atractivo mayor, en lo posible, del que tiene ahora. Respecto a la estatua que debe coronar ese hermoso cerrito hay algunas discrepancias. Unos, los católicos, quieren que sea la imagen de María. Otros, los anticatólicos, se oponen a ello. Y es curioso que uno de los más enconados opositores al

---

[130] El monumento de la Virgen del Panecillo se erigió —impulsado por la congregación de los padres oblatos—, en la primera mitad de la década de 1970 y se inauguró en marzo de 1975, con un proyecto del español Agustín de la Herrán Matorras. Tiene 41 m de alto, si se suma la base de hormigón. La escultura propiamente dicha está hecha en aluminio y dice inspirarse en la Virgen de Quito tallada por Bernardo de Legarda (siglo XVIII), una representación de la Virgen del Apocalipsis que adorna el nicho central del altar mayor de la iglesia de San Francisco. La Virgen del Panecillo no hace honor a ese hermoso modelo *(N. del E.)*.

Monumento a María es un señor "Santa María". ¡Qué sarcasmo!

Yo con mi costumbre de hacer décimas risueñas a todo, hice la siguiente cuando mi querido amigo doctor Córdova lanzó su proyecto. Se debe recordar que tiene unas cacarañadas en la cara, como resultado de una viruela atrevida que lo atacó cuando era muy niño. Allá va la décima:

Muy hermoso el proyectillo
del letrado, Don Andrés
Que nos propone esta vez
Hacer parque al Panecillo'

Y pague el chagra sencillo
de la colina el valor.
¡Yo propongo en mi fervor
se erija allí, en premio justo,
en piedra pómez el busto
del ilustre promotor…



Miembros de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca. De pie: Manuel Antonio Corral J., secretario; Francisco Cisneros B., Miguel A. Toral León, Ricardo Márquez Tapia, Juan Idrovo Aguilar. Sentados: Leopoldo Dávila Córdova, Miguel Heredia Crespo, Honorato Loyola García, Emiliano J. Crespo Astudillo (decano), José Mogrovejo Carrión, Agustín Cuesta Vintimilla, David Diaz Cueva. Fotografía: Manuel Jesús Serrano, ca. 1925. (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Fondo fotografía patrimonial, Fondo fotográfico doctor Miguel Díaz Cueva, código 13967)

CAPÍTULO XVIII

CONTINUACION DE LA GIRA: ARGENTINA Y BOLIVIA

De Santiago a Buenos Aires en tren. —Visión del Aconcagua. — La pampa argentina. —La gran manifestación obrera del 1° de mayo en Buenos Aires. —San Martín y "San Perón". —Mejoras para los obreros. —El doctor Ivanissevich ministro de Educación. — Parrillada en El Tigre. — Parques y monumentos de Buenos Aires. —Nuestro embajador doctor Alberto Puig Arosemena. —A La Paz por tren. —El castellano de Jujuy y Azuay. —El habla española en el sur y el norte del Ecuador. — La Paz a 4.000 metros de altura. —Nuestro embajador don Hugo Moncayo. — Tiahuanaco. —La clínica oftalmológica del doctor Landa. — El presidente Urriolagoitia. —El lago Titicaca. —Puno. —El Cuzco. —Ollantaytambo, Sacsayhuamán, Machu Pichu. — El terremoto del Cuzco. — Con mis discípulos ofrecemos nuestros servicios profesionales a las autoridades y asistimos a los heridos. — Retorno a Lima y Quito.

Unos diez o doce días permanecimos en Santiago de Chile y luego emprendimos viaje hacia Buenos Aires.

Para ello tuve que vencer amigablemente ciertas resistencias de algunos de mis discípulos, quienes deseaban ya retomar a sus hogares. Había entre ellos algunos casados, que deseaban invertir el dinero que les quedaba en regalos para sus esposas e hijos. Había también otros solteros pero que estaban enamorados o comprometidos y querían, asimismo, llevar regalos para sus novias o enamoradas. Yo tuve para todos ellos un argumento que resultó eficaz.

—Señores, le dije: sus esposas, sus novias ¿son o no son inteligentes?

Todos me contestaron que eran inteligentes.

—Entonces, continué, si ustedes se vuelven desde Santiago,

habiendo tenido la resolución de llegar a Buenos Aires, esas damas les preguntarán: "¿Por qué no avanzaron hasta Buenos Aires que era la meta y la aspiración de ustedes?". Y cuando les digan porque el dinero se nos iba agotando y quisimos traerles algunos regalitos, ellas dirán: "Pues han cometido el peor de los errores, porque volver a Buenos Aíres será poco menos que imposible para ustedes. Más, nos agradaría saber que han llegado todos ustedes a esa gran ciudad y han estudiado su adelanto material y científico, que ponernos un vestido nuevo y muy bonito. Buenos Aires solo una vez. Vestidos cuantas veces queramos".

Esto bastó para que mis excelentes alumnos resolvieran seguir adelante. Por otra parte, nosotros habíamos anunciado que iríamos a la capital argentina y al saber que no habíamos podido llegar allá, las gentes hubieran reído de nuestra arrogancia en anunciar tan grande gira y de nuestra "derrota" al saber que no llegamos a realizarla.

Para ir de Santiago a Buenos Aires preferimos el tren. Sabíamos de lo buenos que son los trenes chilenos y argentinos y quisimos conocerlos. Para mí, que había viajado muchos años antes a Europa, no me sorprendieron; pero a mis discípulos que solo conocen nuestro desdichado ferrocarril, tenían los de esos países que sorprenderles muy gratamente, porque son iguales, en todo, a los europeos. Partimos, pues, en el ferrocarril trasandino. Yo tomé pasaje para un vagón lecho, y así fue el viaje muy cómodo.

Aún en el territorio chileno pasamos por junto a la estación de deportes invernales llamada El Portillo. Vimos también el "Puente del Inca", formación natural que llama la atención del viajero por su aspecto tan semejante al de cualquier puente construido por el hombre; pero que es una obra de la naturaleza.

Para ascender a la cumbre de la cordillera andina, el tren cambia de locomotora y se transforma en tren de cremallera. Así la ascensión se vuelve más fácil, porque locomotora y vagones poseen en su parte inferior unas ruedas dentadas y en la vía hay, entre los dos rieles, es decir en el centro, una cremallera en que se encajan esos dientes, facilitando inmensamente el esfuerzo.

También cambió el ritmo del sonido que produce un tren en marcha, de modo que podíamos saber cuánto duraba ese nuevo sistema de ascenso, que, habiendo permanecido gran parte de la noche, terminó a la madrugada.

El Aconcagua. —En el curso de ese viaje, fue algo que causó curiosidad general la vista del nevado más elevado de América: el Aconcagua, cuya altura es de 6.950 m sobre el nivel del mar.

Su vista nos dio aviso de que penetrábamos ya en el territorio de la República Argentina. Su aspecto es, sin embargo, menos imponente que nuestro Chimborazo, su hermano andino del norte de Suramérica.

En los dos o tres días que siguieron pudimos admirar la magnífica *pampa argentina.* Yo, no obstante haber leído muchas descripciones de ella, nunca imaginé lo extenso, lo inmenso de esa planicie. Así como en el océano, lejos de toda playa, solo se ve cielo y agua; asimismo sucede en la pampa argentina: cielo y llanura. Ni una eminencia, ni un cerrito, nada. En esa inmensa extensión se producen también grandes espejismos. Uno se siente como en una isla y parece que esté rodeado de agua, sobre todo cuando el sol brilla en un cielo sin nubes.

Un momento de esos vinieron mis alumnos hacia mí y me dijeron: "Doctor, vea esas llamas o guanacos que pacen allá". Pero yo reconocí a esos seres, que eran ñandúes o avestruces americanos. Muy semejantes son a los africanos, pero de talla mucho más pequeña. Sus largos cuellos habían causado la equivocación de mis discípulos.

En esa inmensa pradera cubierta de una hierbecilla de poca altura se veían, de trecho en trecho, arbolitos aislados, que habían sido plantados para hacer sombra al ganado que allí pacía y preservarlo de los rayos ardientes del sol.

Muy rara vez se veían casas de hacienda en medio de la inmensidad de la pampa.

Arribamos a Buenos Aires por la noche. En la estación nos esperaban varios ecuatorianos, especialmente los becarios, jóvenes llenos de entusiasmo y muy contentos de recibir a los compatrio-

tas que llegaban de turismo a esa gran ciudad.

Buenos Aires es la segunda capital latina, después de París, que es la primera. Buenos Aires es la tercera ciudad americana por su población, siendo la primera y la segunda New York y Chicago. Buenos Aires es la primera ciudad hispánica, porque está sobre Madrid y Barcelona. Buenos Aires es la ciudad y capital más populosa de América Latina, puesto que posee actualmente unos cinco millones y medio de habitantes ... Ella ha ido creciendo y creciendo y extendiéndose o, mejor dicho, expandiéndose y englobando a todas las pequeñas poblaciones que se hallaban cercanas a ella, como sucede generalmente con todas las grandes ciudades.

Llegamos a esa ciudad el 30 de abril de 1950. Al día siguiente, primero de mayo, tuvo lugar una gran manifestación obrera. Se hallaba Perón presidiendo el gobierno argentino. Centenares de miles de obreros aclamaban a Perón y a su mujer Evita. Pasaban por la Avenida de Mayo inmensos retratos, llevados por automóviles, de Perón y de San Martín —porque era el Año Sanmartiniano— y llegaba a tal grado el entusiasmo por el caudillo que se aclamaba simultáneamente a San Martín y a "San Perón". Se cantaba, asimismo, por todas partes un himno a Perón, que en mi prosaico concepto tenía mucho parecido en la música al "Chulla Quiteño".

Ese mismo día pudimos contemplar una manifestación gigantesca, en la que participaban tal vez unos doscientos o trescientos mil obreros. En la fachada de la Casa Rosada, que es el palacio de gobierno de la Argentina se exhibía dos enormes retratos: el de San Martín y el de "San Perón".

Desde los balcones de esa casa hablaron el presidente Perón y Evita. A mí me pareció que el discurso de ésta era muy bueno; pero un amigo argentino me dijo que ese mismo discurso había pronunciado Evita tres años consecutivos.

Mirando esa manifestación y oyendo los "vivas" que pronunciaban en honor de Perón y los cánticos de su himno, me parecía que Buenos Aires había llegado a una especie de idolatría muy

semejante a la que el pueblo romano tributaba a sus césares, pues el *panem et circenses* de los latinos se hallaba reemplazado por los inmensos beneficios que los obreros y menestrales argentinos recibían de ese "césar" indígena.

Desde el primer momento comprendimos el grado de soberbia a que habían llegado los obreros y menestrales, porque en los hoteles no eran los pajes los que saludaban a los pasajeros, sino éstos o aquellos: "Buenos días, mozo" se escuchaba por todas partes y el mozo contestaba con mucha dignidad "buenos días".

Almorzaba yo en el restaurante del hotel en que me alojé. En todas las mesas del amplio local había muchos comensales. El mozo que me servía me preguntó si comería "chauchas". Yo no sabía qué eran esos "chauchas" y pregunté al mozo. Entonces este me dijo:

—¿Qué, es usted extranjero o qué, que no sabe lo que es "chauchas"? —y después de un rato me trajo un plato de fréjoles y me lo puso delante diciéndome:

—Estos son "chauchas", apréndalo.

Yo me indigné de tanta osadía y atrevimiento y le dije:

—Nosotros los ecuatorianos hablamos el idioma castellano con mucha perfección y llamamos fréjoles o judías a esos granos. ustedes., que han deformado horriblemente la lengua de Cervantes, denominan "chauchas" a estos vulgarísimos granos y son, además, muy mal educados y muy soberbios que tratan a los pasajeros con tanto atrevimiento.

Mientras hablaba yo así notó que todos los comensales de otras mesas me miraban asombrados. Seguramente consideraban mi actitud como algo desusado y asombroso. Mas, cuando el paje se fue adentro, muchos de ellos me manifestaban su aprobación apretándose las manos una contra otra.

Perón, realmente elevó a la clase obrera a un nivel asombroso y se veía en los balnearios, junto a grandes capitalistas, a esos artesanos, agricultores pequeños, etc. Eso creía Perón que había solucionado el problema social y decía: "En la República Argentina no hay comunismo, desde que yo elevé el *standard* de vida

de la clase obrera".

En cambio, la clase media, como los profesionales, no se encontraba satisfecha. Eso pude notarlo entre mis colegas médicos, quienes se expresaban muy mal de Perón y de Evita.

Un día solicitamos al ministro de Educación, doctor Ivanissevich, audiencia. Nos recibió con toda amabilidad. Era profesor de clínica quirúrgica en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Fue para nosotros una grata sorpresa verlo vestido en su despacho del Ministerio con la clásica blusa de trabajo del cirujano. Después del saludo y de las presentaciones de estilo, nos invitó al sacramental mate.

Hablamos largamente de nuestra profesión y de nuestro trabajo quirúrgico y hasta nos refirió algunas anécdotas médicas, de aquellas vividas que no faltan en el ejercicio profesional. Nos invitó a concurrir a su servicio del hospital para presenciar algunas intervenciones operatorias.

Nos ofreció también facilitarnos una gira por las principales ciudades de la República Argentina, dándonos un avión expreso para ese objeto. Desgraciadamente, no pudimos aceptar tan bello ofrecimiento, dada la escasez del tiempo que disponíamos, y sobre todo el ansia de regresar que tenían mis discípulos.

También puso a nuestra disposición una lancha a motor para un paseo fluvial al río Tigre, en el que nuestros compatriotas residentes en Buenos Aires nos habían preparado una famosa parrillada. A ella concurrimos unos días después, en compañía de los ecuatorianos y ecuatorianas, en un hermosísimo paseo, inolvidable por sus felices recuerdos. Sobre una gran parrilla portátil se coloca la pieza de carne que se va a asar. Por debajo está el fuego. Sobre la carne van echando agua, sal y otros condimentos. Resulta una carne exquisita como no he comido otra en mi vida. Pero hay que tener en cuenta al ganado especial que, para carne, se cría en la Argentina. Recuerdo que la primera vez que comí en el hotel en que llegué, me sirvieron una enorme porción de carne, que yo creí no podría comer: me imaginaba que esa cantidad podría ser para cuatro personas. Comencé a servirme y me pareció

tan sabrosa que no solo la había consumido totalmente, sino que deseaba que se me sirviera otra porción. La industria pecuaria es una de las mayores de la Argentina y constituye tal vez su principal riqueza.

Visitamos los más importantes hospitales de Buenos Aires, admirando en algunos de ellos sus magníficas instalaciones y observando los métodos y procedimientos quirúrgicos más empleados por sus grandes cirujanos. Por regla general, no encontramos algo muy diferente de nuestros métodos y procedimientos, así como en asepsia y anestesia.

Visitamos también los grandiosos edificios de la Facultad de Ciencias Médicas y admiramos sus laboratorios, aulas y gabinetes. En el pabellón de anatomía y disección vimos con bastante sorpresa piezas anatómicas perfectamente preparadas e incluidas en bloques de plástico muy transparente que permitían observar los últimos y más finos detalles de los órganos: preciosa manera de conservar órganos enteros y regiones completas del cuerpo humano. Otra de las sorpresas fue el método de disección del sistema vascular, mediante la inyección de celuloide líquido en los vasos —generalmente el celuloide está coloreado; por ejemplo, el de las arterias en rojo y el destinado a las venas, en azul—. Una vez que se ha solidificado ese celuloide, se introduce todo el miembro o región en un depósito conteniendo una solución concentrada de ácido sulfúrico que destruye todos los tejidos orgánicos, pero no ataca al celuloide. Entonces, queda intacto el contenido de los vasos destruidos por el ácido guardando el molde perfecto de esos vasos, formando así una arborescencia perfecta de todo el sistema vascular del miembro, órgano o reglón.

Confieso, francamente, que no sabía yo de ninguno de los dos procedimientos y espero que alguno de mis discípulos que llegue a dictar anatomía los emplee, dando así un enorme adelanto al estudio de esa importantísima ciencia. Esas piezas anatómicas que se conservarán indefinidamente incluidas en plástico transparente serán la mejor lección objetiva. Asimismo, esos sistemas vasculares de todo un órgano, región o segmento de miembro

permitirán al alumno una orientación previa muy útil para proceder, luego, a la disección de esos tejidos.

Buenos Aires es una ciudad maravillosa. Posee numerosos parques y monumentos. El mejor y comparable con el "Bois de Boulogne" de París, es el de Palermo que, por su belleza y extensión, es magnífico. Lo visité en compañía de un joven guayaquileño muy amable y atento, Alfonso Roldós.

Entre los monumentos, yo citaría, en primer lugar, el de Cristóbal Colón que se levanta frente al río de la Plata y que puede compararse al que en Barcelona se levanta frente al puerto y queda junto al malecón, del cual comienza el rompeolas. Y hasta me parece en todo igual a aquel.

La calle Florida merece también especial mención porque es el centro comercial más importante. Por ella no circulan automóviles ni otros vehículos.

La Avenida de Mayo es una de las más anchas y bellas del mundo.

Otra cosa que merece mención es la Ciudad del Niño que había sido mandada edificar por Evita Perón. Asimismo, merece recuerdo la casa u hotel de la Muchacha Inmigrante —obra igualmente de Eva Perón— que tenía por objeto salvaguardar a las provincianas o campesinas que llegan buscando trabajo a Buenos Aires y que muchísimas veces son víctimas de los canallas que comercian en la trata de blancas, extraviándolas hacia casas de perdición o a lugares remotos con el mismo objeto de dedicarlas a la mala vida. En esa Casa de la Inmigrante la muchacha recibe buen trato y alimentación y hospedaje durante un mes. Mientras tanto se le busca un empleo honorable que le permita vivir decentemente. En suma, es una morada de preservación y de protección para esas muchachitas que llegan a una gran ciudad y no saben orientarse, cayendo infinitas veces en las peores seducciones y viéndose destinadas a la más degradante prostitución.

Desde la terraza de la Facultad de Ciencias Médicas pudimos observar lo inmenso de la ciudad de Buenos Aires. Así como se dice, al navegar lejos de la costa, que solo se ve cielo y agua;

asimismo se puede decir de Buenos Aires, visto desde una altura céntrica, que solo se ve cielo y ciudad. No hay duda de que esa capital sudamericana es un orgullo para los hispanoamericanos.

El señor embajador de nuestro País en Buenos Aires, don Alberto Puig Arosemena, tuvo la gentileza de hacer en honor nuestro, una gran recepción en la embajada. Había invitado a algunos de los ministros de Estado. Por la mañana, después de que depositamos una ofrenda floral ante la tumba del general San Martín, en la catedral de Buenos Aires, a lo que nos acompañó el Embajador, nos recibió en su embajada.

Doce días escasos, para contemplar tanta grandeza y tanto progreso, permanecimos en Buenos Aires. Hubiera sido muy bueno pasar a Montevideo, capital del Uruguay y que queda a la otra orilla del río de la Plata. El viaje es muy cómodo e inclusive no se emplea gran tiempo en visitar a aquella importante ciudad, porque se navega por la noche, se visita la ciudad durante el día y se regresa a Buenos Aires, asimismo, a la noche siguiente.

Yo deseaba vivamente hacer ese paseo; pero mis discípulos anhelaban regresar pronto a la patria y hubo que prescindir de ese gusto.

Logré por lo menos convencerles de que debíamos regresar al Ecuador por otra vía. Yo tenía gran interés en visitar las célebres ruinas del Tiahuanaco en Bolivia y del Machu Picchu en el Perú. Había leído, muchos años antes, las descripciones de tan importantes monumentos incaicos y preincaicos y, hallándonos tan cerca, hubiera sido imperdonable no pasar por ellos.

El ferrocarril que une a Buenos Aires con La Paz —capital de Bolivia—, tiene dos tramos: el primero de vía ancha llega hasta la frontera argentino-boliviana. El segundo, desde la frontera hasta La Paz, es de vía angosta. Se hace el cambio en dicha frontera. Pero cabe anotar que, tanto el uno como el otro, son muy buenos y el de Bolivia, no obstante ser de vía angosta, es infinitamente superior a nuestro "afamado" ferrocarril Guayaquil-Quito-Ibarra.

Tomamos, pues, nuestros pasajes en la estación y, al día si-

guiente, emprendimos viaje hacia La Paz. El trayecto es largo. Dura unos tres días. Yo tomé, en mi pasaje, derecho a vagón cama para mayor comodidad.

Ningún incidente se produjo en ese viaje, que fue muy agradable y con panoramas y paisajes maravillosos, mirando los cerros y las colinas de colores bellísimos y hasta inverosímiles. En las paradas, bellas poblacioncitas se mostraban a menudo.

Muy cerca de la frontera una noche, a la madrugada, me desperté oyendo hablar exactamente al modo de nuestra tierra cuencana. Al principio no pude explicarme como sucedía eso; mas, preguntando a uno de los conductores del tren, me informé de que habíamos parado en una población llamada Jujuy. Eso confirma que en la provincia de Córdoba (Argentina) se habla un castellano igual al nuestro. ¿Cómo explicarlo? ¿Serían acaso los españoles que colonizaron esos dos parajes procedentes de la misma provincia de la península? ¿Se hablará, tal vez, el quichua o quechua de un modo igual en ambas regiones? Esta segunda hipótesis es muy verosímil porque nuestros abuelos, por la necesidad de entenderse con los indios, aprendían ese idioma y lo hablaban muy correctamente. Tal vez ese modo de acentuar el quichua lo trasladaban al castellano y de allí, lo incorrecto de nuestra acentuación. La verdad es que en Jujuy se habla la lengua de Cervantes de un modo muy parecido al nuestro.

Y sea esta la oportunidad de hacer algunas anotaciones sobre la materia. En Quito nos tachan de "cantores" y dicen que "cuando habla un cuencano hay que sacar pañuelo" ...

Indudablemente nosotros acentuamos, con acento prosódico, las palabras. Tendemos al esdrújulo. Pero los habitantes del norte del Ecuador pecan por el lado opuesto: ellos tienden a hacer agudas todas las palabras. Por eso, aun cuando hablamos correctamente creen que cantamos, porque ellos están acostumbrados a su manera de hablar. Pero, aparte del defecto que reconozco, nuestro lenguaje es mucho más correcto que el suyo. En primer lugar, nosotros pronunciamos bien la *ll.* Ellos la pronuncian como la *ji* francesa que pudiéramos imitar mediante una *sh;* dicen, así,

"gasho" o "gashina," "shamar", etc. En segundo lugar, ellos dicen "compañía" en lugar de "compañía". "Siéntensen", en lugar de "siéntense". "Antoño" en lugar de "Antonio", "Aurello" en lugar de "Aurelio", etc., "Vení", en lugar de "ven". "Esperate" en lugar de "espérate". Y cometen una infinidad más de errores, de los cuales no se dan cuenta.

Pero sí notan los defectos ajenos y no guardan la educación consiguiente; sino que, sin empacho, remedan en público a los cuencanos. Eso que a ellos les parece inofensivo e inocuo, es para quien hace de víctima sumamente desagradable.

Pero, dejando esto, voy a continuar la narración de la gira. Se llega por el tren a una altura sobre La Paz. Desde allí, para llegar a la ciudad, es necesario viajar aún unos 18 kilómetros, dando vueltas para poder descender con una gradiente suave.

La ciudad de La Paz es una de las más elevadas del mundo. Se halla a casi cuatro mil metros de altitud. Se parece bastante a Quito por su topografía y lo que pudiéramos llamar su orografía, porque es, asimismo, muy llena de subidas y bajadas muy pendientes y hasta su panorama se asemeja al de Quito, porque se ven montañas y nevados importantes en sus alrededores. El monte más eminente es el Illimani, que se parece al Chimborazo o al Cotopaxi, siendo su forma menos bella que la de nuestras montañas.

Nos decían que la ciudad tenía trescientos mil habitantes, pero a mí no me parecía exacto y hasta la creía más pequeña que nuestra capital. El único barrio residencial es muy pequeño y se denomina El Obraje. La avenida más importante es la avenida Camacho que tiene muchos edificios de varios pisos.

El hotel en que nos alojamos —el mejor de La Paz— se denomina Presidente. El presidente de Bolivia, que era entonces don Mamerto Urriolagoitia, vivía en ese mismo hotel que nosotros.

Nuestro Embajador en Bolivia era entonces el señor Hugo Moncayo, que había adquirido gran influencia en la capital boliviana. Había logrado imponerse en todos los círculos políticos y sociales de esa capital que antes había dado inmensa importancia a la embajada peruana; de modo que ese fue un triunfo obtenido

para el Ecuador por tan inteligente y hábil diplomático nuestro.

El señor Moncayo y su dignísima y distinguida esposa fueron para nosotros sumamente gentiles. Nos invitaron varias veces a su mansión. Un almuerzo ofrecido en nuestro honor fue también concurrido por el ministro de Salubridad Pública, el rector de la Universidad y otros funcionarios de gran importancia, así como de médicos notables, por ejemplo: doctor Mendoza Catacora, gran cirujano, quien después nos invitó a visitar su servicio hospitalario, dándonos importantes datos acerca de la patología quirúrgica del altiplano andino, como sobre la rareza de las fracturas en los indígenas aimaras de esa región.

El señor Moncayo nos consiguió un vehículo y un guía para visitar Tiahuanaco. Nunca podré ponderar la serie de atenciones grandes y pequeñas que nos prodigaron él y su gentil familia en los días de permanencia en La Paz.

En un vehículo proporcionado por el Ministerio de Salubridad al excelente amigo señor Hugo Moncayo, partimos en una mañana clara y soleada para Tiahuanaco. La mayor parte del camino se realizó por la inmensa meseta que se halla situada a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Planicie enorme y con un horizonte sin límites, como si fuera, en realidad, el techo de los Andes, porque no se ven montañas u otras elevaciones que corten la línea del horizonte. En mi concepto esa región sí que debe llamarse "el altiplano". Altiplanicie comparable, en cierto modo, por su extensión, con la pampa argentina; con la diferencia de que ésta se halla casi a nivel del mar; mientras que el altiplano está a la gran altitud que hemos indicado ya. Yo me imagino —y no sé si tenga alguna razón— que esas planicies se hallan escalonadas desde las márgenes del Atlántico hasta las cumbres de los Andes en diferentes pisos o *étages,* porque en el trayecto del ferrocarril observé muchas otras.

A gran velocidad recorríamos esa región reverberante. Más o menos a medio camino llegamos a un lugarcito denominado Las Lajas, precioso por una iglesita muy bella, posiblemente erigida

en los tiempos coloniales. En la plazoleta que la precede se levanta una columna que sostiene un reloj de sol muy interesante. También una piedra grande, con la superficie superior plana, se mostraba allí y la hicimos servir de mesa para nuestro almuerzo campestre, tomando los alimentos que habíamos comprado en las tiendas de La Paz, generalmente fiambres que nos parecieron exquisitos.

Llegamos pronto a Tiahuanaco y antes a una pequeña población del mismo nombre, muy semejante a las que en el Ecuador se encuentran en cualquier lugar de los Andes; población de techos pajizos y callejuelas estrechas; sin embargo, ya llega hasta allá la civilización en grandes buses atestados de campesinos, vistiendo trajes muy análogos a los de nuestros indígenas. Pronto nos encontramos frente a la casa parroquial. El señor cura del lugar se hizo presente. Trabamos con él amistad y tuvo la gentileza de acompañarnos hacia las ruinas, que tanto deseábamos recorrer. También se nos presentó un guardián de esas ruinas que era bastante documentado en las tradiciones más o menos auténticas del lugar.

Delante de la iglesia del pueblo y ante la reja que la separaba vimos a los dos primeros monolitos antropomorfos de los que había muchos entre las ruinas de Tiahuanaco.

El señor cura nos condujo hacia un monolito que llevaba grabada o esculpida la figura de una serpiente de forma sinuosa en su cara anterior. Eso me dio la idea de que la serpiente emplumada o no, había sido objeto de adoración, desde Centro América por los mayas, hasta Tiahuanaco en el sur. ¿Quién sabe los nexos que hayan existido en el remoto pasado entre los pobladores de lugares tan alejados geográficamente? Había también otros monolitos antropomorfos con grandes cabezas cubiertas con gorros análogos a los que hoy usan los aimaras y tienen dos prolongaciones laterales, que sirven para cubrir las orejas y preservarlas del frío y del viento de esos inhóspitos lugares altos.

A veces me parecía que esas prolongaciones eran más bien gigantescos lóbulos de las orejas de esos primitivos que tenían a lujo deformar esos apéndices hasta darles una longitud enorme.

Como sabemos, entre los incas había también una clase privilegiada, la de los orejones, por tener esa deformidad conformada desde la infancia por procedimientos especiales.

Había también muchas piedras talladas en forma de "H" cuya finalidad nos es desconocida otras igualmente rectangulares en una de cuyas caras había dos excavaciones perfectamente limitadas y de forma semilunar, mirándose la una a la otra por las cuerdas del arco. Así mismo nuestra mente se quedó sumida en una interrogación sin respuesta respecto de esos monolitos.

Pero aún algo más sorprendente eran esas enormes piedras de seis u ocho metros de largo, por tres más o menos de ancho y uno y medio o dos de espesor, en una de cuyas caras se veían unas tallas que parecían ser sitiales o algo así y que se hallaban por todas partes. Parece que todas las tallas que hay en ésas y en otras piedras son de un perfecto acabado y obra de insignes lapidarios.

Recuerdo que había también una gran superficie rectangular de unos 128,75 m de largo por unos 118,20 m de ancho y orientada de este a oeste por su lado mayor, limitada por su lado mayor por grandes monolitos colocados de trecho en trecho, cada 4,8 m.

¿Quiénes fueron los arquitectos de esos monumentos? ¿Quiénes esos sabios ignotos que elevaron semejantes y colosales obras que aún llaman la atención del turista y del arqueólogo?

Pero olvidaba de describir algo muy interesante. Unas piedras grandes y bastante toscas, colocadas en el suelo, paralelamente unas a otras, y en cuya cara superior está excavado algo como un molde de una persona. Se llaman las piedras de los suplicios. Parece que al condenado se le colocaba en esa cavidad, dejando solo la cabeza y parte del cuello afuera y, encima se ponía otra piedra, más o menos igual; de modo que el sujeto quedaba completamente inmovilizado entre esas dos enormes piedras y sin poder escapar.

Ahora conviene una reflexión: la cantera de donde se han extraído todas las piedras que hemos descrito se halla situada a cuarenta o cincuenta kilómetros de Tiahuanaco.

¿Cómo trajeron esas enormes piedras, sobre todo aquellas de

muchos metros de largo, espesor y altura? ¿De qué medios se valieron los artífices para hacer llegar hasta ese lugar esos gigantescos monolitos que veíamos tendidos delante de nosotros? Se ha querido dar una explicación algo ingeniosa para eludir el asunto y se ha dicho que esas enormes piedras no han sido traídas hasta ese lugar; sino que han sido construidas allí mismo moldeando, en grandes moldes, la lava de un volcancito cercano. Hipótesis absurda desde todo punto de vista, porque no es lava consolidada o solidificada, sino granito el material de todos esos objetos.

Iba a olvidarme de algo lo más importante. La Puerta del Sol. Es un arco muy grande labrado en una sola piedra. Tiene en la parte central una puerta baja. A los lados hay unos nichos que atraviesan de parte a parte y se hallan situados abajo. Arriba, como friso, hay también en esa cara, al lado derecho, dos nichos con figura humana en relieve al centro, a los lados, muchas otras figuras pequeñas, asimismo en relieve.

Pero, volviendo a ese recinto, que he descrito brevemente antes, debo manifestar que, en el concepto de muchos arqueólogos, es y ha sido un verdadero observatorio solar que servía para determinar los solsticios y el equinoccio de un modo bastante perfecto. Probablemente, eso ha sido hecho con fines agrícolas, para determinar las fechas de la siembra, la cosecha, etc.

Posnansky, basándose en ciertas medidas de ese recinto —que se denomina "Kalasasaya" en idioma aimara—. ha deducido que ha sido construido hace más de diez mil años. Sin embargo J. Imbelloni lo refuta enérgicamente. Lo que parece cierto es que Tiahuanaco ha tenido tres períodos de existencia: el primero unos mil años antes de J. C., el segundo un milenio después de J. C. y el otro poco tiempo antes de la conquista española. La verdad es que Tiahuanaco ha sido algo como un centro de irradiación de esa civilización preincaica que se ha extendido hasta el actual Ecuador y Colombia por el norte, y hasta Chile y la Argentina, por el sur.

Lo que no se ha podido refutar a Posnansky es lo relativo al carácter astronómico de la Kalasasaya. Por medio de ella los sa-

bios o sacerdotes de esa región podían mirar al sol exactamente a su orto en el solsticio de verano o de invierno desde la mitad del lado menor oeste hacia los ángulos extremos del lado menor este. Y el sol salía en el equinoccio casi exactamente en la mitad del lado menor este, es decir en la mitad, más o menos, de la escalinata monolítica que hay en él. Ha habido, pues, verdaderos astrónomos en Tiahuanaco; lo que no es de extrañar como no se extraña el que los haya habido entre los caldeos y babilonios.

Su objeto o finalidad no puede ser otra que la observación solar, en la marcha del astro por la eclíptica, determinando especialmente los solsticios y el equinoccio.

Es, en suma, una especie de observatorio y probablemente también un santuario destinado a la adoración del sol.

Casi todos los pueblos primitivos han sido adoradores del astro rey y le han seguido, con toda atención, en su recorrido oscilatorio del trópico de cáncer hacia el trópico de capricornio y viceversa. Por eso, habiendo reconocido al sol como un ser benéfico, lo han deificado y muchísimos pueblos, tanto del antiguo como del nuevo continente, fueron heliólatras. Es acaso la única idolatría explicable, ¿no es verdad?

Retornamos a La Paz y llegamos por la noche. Al día siguiente visitamos los hospitales públicos y allí nos relacionamos con varios colegas, especialmente con el doctor Mendoza Catacora, de quien ya hemos hablado anteriormente. Asimismo, visitamos la Clínica Oftalmológica del doctor Landa Lión, gentilísimo y simpático colega, quien nos agasajó con un magnífico coctel en su propia clínica. Allí vimos una excelente instalación o equipo, con los más modernos y mejores instrumentos, destinados al diagnóstico de las afecciones oculares.

En la amena conversación que con él tuvimos me preguntó por un doctor Astudillo Ortega, médico y notable poeta, cuyos poemas alababa y conocía perfectamente. Fue indudablemente una coincidencia muy curiosa, puesto que entre mis discípulos allí presentes se hallaba el señor Rubén Astudillo, estudiante egresado y hoy distinguido cirujano, hijo del médico y poeta de

quien nos hablaba el doctor Landa Lión con tanto entusiasmo y alabanza, y a quien tuve el gusto de presentar nuevamente al colega boliviano, con gran satisfacción para este.

Pasamos gratísimos momentos con el espiritual *causseur* y destacado especialista en oftalmología, de quien guardo un recuerdo imperecedero.

El señor Hugo Moncayo nos había ofrecido presentar al señor presidente de la República. Mas en los días de nuestra permanencia en La Paz no había habido oportunidad para ello. Así es que en la mañana de nuestra salida nos dijo que teníamos que ir a la mansión del presidente. Llegamos, pues, allá y el primer magistrado se hallaba todavía en cama, por haber tenido sesión de gabinete muy larga y que había terminado en la madrugada. Sin embargo, el señor Moncayo pidió se dignara darnos audiencia y logró que en efecto nos la diera. Se había levantado del lecho tan solo para satisfacer el deseo del Embajador del Ecuador y se presentó en el salón para recibirnos muy cordialmente.

Mamerto Urriolagoitia, hombre de alta estatura, semblante muy inteligente e imponente, carecía de unos cuantos dedos de una de las manos que los perdió en un incidente de caza de fieras en el África.

Su actitud para con nosotros fue de los más atenta y gentil. Pocos meses después de nuestro regreso supimos de la caída del gobierno de Urriolagoitia, víctima de una de tantas revoluciones que han convulsionado a ese país hermano.

Ese mismo día partimos por tren hacia Guaqui, puerto boliviano en la costa del lago Titicaca. Nuestro gentil embajador y su dignísima esposa vinieron a despedirnos antes de tomar el tren en la estación. Nos habían traído algunos licores muy finos y vituallas para el viaje.

Siempre había alimentado la esperanza de conocer el lago Titicaca, el más alto del mundo. La ilusión que tenía no quedó defraudada. Ese lago que pertenece por una parte al Perú y por otra a Bolivia, se halla situado a unos cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Llegamos a Guaqui por la tarde en el tren expre-

so. Esa misma tarde nos embarcamos en uno de los excelentes barcos que hacen el servicio del lago. Hay una flotilla de cinco barcos: dos de pasajeros y tres de carga. Todos ellos pertenecen al Perú. Ninguno a Bolivia. Aquel en que viajamos nosotros no era menos importante que cualquiera de los buques de mediano tonelaje que hacen la travesía de la costa pacífica sudamericana. Tenía salas de reunión, magníficos comedores y camarotes muy cómodos para los pasajeros. Esos barcos lacustres habían sido fabricados en astilleros ingleses y transportados en piezas por mar, por el tren de Arequipa a Puno y armados en el lago en que prestaban sus magníficos servicios.

Nos embarcamos a las cinco p.m. y viajamos toda la noche, llegando a Puno —puerto peruano— a la madrugada. Mientras era de día pudimos ver las canoítas de totora en que navegaban los indígenas cuyo casco era hecho con haces muy apretadas de ese vegetal y cuyas velas eran igualmente, construidas con totora y sostenidas en mástiles de maguey.

La navegación fue sin incidente alguno y duró el mismo tiempo que el que hicimos desde Guayaquil a Puerto Bolívar; lo que da una remota idea de la magnitud de ese lago andino.

Navegar a cuatro mil metros de altura y no en avión, sino en barco, parece algo utópico o fantástico.

A la madrugada llegamos, como he dicho ya, a Puno, situado al norte del Titicaca. En el curso del viaje nos mostraron de lejos una península denominada Copacabana, sitio de un santuario muy afamado, erigido a la Santísima Virgen y que, según me explicaron, había dado también su nombre a un barrio muy importante de Río de Janeiro. Parece que una dama muy acaudalada, obtuvo en Copacabana del lago Titicaca algún favor o milagro de la Virgen Santísima y, cuando volvió al Brasil, dio ese nombre al lugar en que ella vivía y que, con el tiempo, llegó a poblarse intensamente, conservando esa misma denominación.

El lago Titicaca, según la tradición o la leyenda fue en donde se inició la dinastía de los incas del Perú. Fue en una isla de ese lago que aparecieron Manco-Cápac y Mama Ocllo, pareja origi-

nada de esa célebre dinastía.

Puno, puerto y estación ferroviaria importante, a nosotros nos bastaría indicar esos atributos de él, si no fuera porque allí tuvimos un incidente digno de recuerdo. Una vez que tomamos los pasajes recibiendo los boletos para el tren que debía conducirnos hacia el Cuzco, se nos indicó el tren que debíamos ocupar. Subimos a un vagón y ya estábamos perfectamente acomodados, cuando de improviso se nos dijo que no era ese el tren que partiría para el Cuzco sino otro que se hallaba también en la estación. Y aquel que habíamos tomado debía partir para Arequipa. Fue un momento lleno de inquietud y emoción, porque teníamos que salir apresuradamente de un tren y subir inmediatamente a otro. Uno de mis discípulos se olvidó de su maleta en el tren de Arequipa y pasó muy malos ratos pensando que la iba a perder. Felizmente desde Puno mismo hicimos un telegrama a la estación ferroviaria de Arequipa indicando lo sucedido y pidiendo que esa maleta sea despachada a Lima, en donde la recogeríamos nosotros.

Así es como viajamos hacia el Cuzco, "la capital arqueológica de América", según la expresión de algún sabio que conservan muy felices los habitantes de esa ciudad antiquísima.

Llegados a ella, me instalé en el Cuzco, gran hotel turista que, por su amplitud y sus comodidades, es uno de los más importantes hoteles de este género. La pensión diaria era entonces de cuarenta soles, incluyendo la alimentación. Ocupé un departamento del tercer piso. Esto tiene importancia anotar para fines ulteriores, como se verá más allá.

Llegamos al Cuzco en un día miércoles por la tarde y dedicamos los días siguientes a visitar la ciudad y sobre todo los monumentos de los alrededores. Así conocimos Ollantaytambo, la colosal fortaleza de Sacsayhuamán que es, según opinión de arqueólogos célebres, más importante que cualquiera de las pirámides de Egipto. Sus gigantescos muros se hallan como replegados sobre sí mismo en ángulos entrantes y salientes. Como construcción única, es probablemente la obra más importante de las

que se hallan cerca del Cuzco. En uno de esos castillos o palacios incaicos aún fluye el agua pura y cristalina que los incas captaron y condujeron en canales de piedra desde lugares muy distantes y yo tuve la dicha de beber de esa agua deliciosa, a grandes sorbos, en esa excursión. Pero lo más importante fue nuestra visita a Machu-Picchu que por sí solo vale la pena de haber viajado al Cuzco.

Es una verdadera ciudad edificada sobre un monte de unos trescientos metros de altura sobre el nivel de un río que corre a sus pies, el Urubamba. Es un conjunto de casas, templos, fortalezas, todas de piedras labradas en forma generalmente paralelipípida, perfectamente a escuadra, en bloques de diversos tamaños, algunos de muchas toneladas y que se hallan colocadas unas junto a otras, unas sobre otras y sin argamasa o mortero que las una. Son de una perfección verdaderamente admirable por la talla perfecta y las superficies lisas y uniformes.

Como esos edificios se hallan situados en general en pendientes, puesto que ocupan la cima de la montaña, innumerables escalinatas de piedras perfectamente labradas los comunican unos con otros: hay pequeñas escalinatas de tres, cuatro o seis peldaños; a veces labradas en un solo bloque de piedra; pero hay también otras inmensas de hasta ciento cincuenta peldaños.

Mas, debiera yo haber comenzado este capítulo relatando el viaje que nos condujo hasta esa gran obra supermonumental del arte primitivo.

Para viajar a Machu-Picchu se emplea ahora una muy buena línea férrea que vuelve el camino muy grato. Es de imaginar cómo sería dirigirse hacia el lugar cuando no había caminos por haberse destruido todos los que existían en tiempos de los incas. Hay, según recuerdo, unos ochenta kilómetros de distancia entre el Cuzco y esa ciudad. En el trayecto la vía va junto al río Urubamba en considerable extensión. Notamos en los cerros vecinos al camino, series de terrazas construidas por los aborígenes para evitar la erosión, con fines agrícolas. Eso manifestaba que ellos conocían ese sistema quizá antes de que se lo emplease en Europa.

Además, se nos hizo notar que el río Urubamba había sido canalizado en grandes extensiones por esos mismos aborígenes que tenían una civilización insospechada por nosotros.

Hoy, como ya lo dije, una línea férrea facilita enormemente la llegada de los turistas hasta el pie del cerrito en cuya cumbre está edificada Machu-Picchu. Cuando hay monumentos de importancia, paisajes bellos o cualquier otro atractivo para el turismo, es magnífica inversión aquella que se hace para facilitar su acceso. El Perú ha comprendido eso hace mucho tiempo, y el turismo es uno de los renglones de ingreso más importantes para la economía nacional.

Descendimos del tren al pie de esa colina o cerrito en cuya cúspide se yergue Machu-Picchu, o sea la ciudad perdida de los aborígenes, que permaneció desconocida durante más de tres siglos y solo fue descubierta el año de 1911, por una comisión de la Universidad de Harvard. Nadie sabía de su existencia y probablemente fue el lugar en donde se refugiaron los incas sucesores de Huáscar y Atahualpa durante mucho tiempo.

Asimismo, se me refirió una tradición de que, a raíz de la toma de Cajamarca por Pizarro y sus soldados, se vio un día, huyendo por las cumbres de las montañas a unas doncellas que desaparecieron así del Cuzco. Se cree que se fueron al Machu-Picchu y se establecieron allí, porque eran las vírgenes del sol que escapaban a la salacidad de los conquistadores y buscaban ese refugio inexpugnable para los soldados iberos.

Se decía también que, cuando se descubrió Machu-Picchu y se limpió de malezas y arbolado ese lugar, se hallaron, al hacer excavaciones en busca de oro y de objetos arqueológicos, noventa y nueve cadáveres de mujeres, pues eran ciento, y las que iban muriendo eran inhumadas por las vivientes y que la última enterró a la penúltima; mas que, como para ella no hubo quien la sepulte, su cadáver quedaría perdido en algún lugar desconocido.

Machu-Picchu es un misterio para arqueólogos e historiadores; una incógnita cuyo despeje será tal vez imposible. Nada se sabe del tiempo en que fue construido, quién la construyó, ni

cómo fue construida, porque sus edificios están hechos de piedras graníticas perfectamente labradas a escuadra. Sus enormes bloques de decenas y centenas de toneladas de peso, que generalmente se hallan situadas en la parte inferior de los muros de sus edificios; uno se pregunta: ¿cómo lograron subirlos hasta esas cumbres, a trescientos o más metros de altura sobre el nivel del río Urubamba?

Cuando llegamos al pie de ese montículo que también habían llegado unos excursionistas peruanos: hombres y mujeres. Para ascender a la cumbre habían traído caballos, porque el trayecto es largo y la pendiente muy empinada. Mis discípulos, muy atentos, me ofrecieron un caballo para que yo lo utilizara, pero yo, viendo que había señoras que no tenían cabalgaduras, dije "mientras haya una mujer a pie, no puede haber un hombre a caballo", por consiguiente, rehusé la amable oferta y subí a pie, junto con mis alumnos y algunos de los turistas peruanos, hasta la misma ciudad pétrea de Machu-Picchu. La que recorrimos íntegramente, sin dejar un solo edificio sin visitar.

Esa ciudad, misteriosamente levantada sobre un cerro que domina una encañada muy estrecha y la única puerta hacia la región oriental del Perú allí situada, ciudad protegida por su inaccesibilidad o por muros también de piedra y verticales que constituían baluartes infranqueables, era indudablemente, al mismo tiempo que ciudad habitada por los incas y su nobleza y ejército, una fortaleza inconquistable para sus enemigos, que tampoco poseyeron armas modernas y de precisión, sino solo cerbatanas, flechas, hondas. Así es que su construcción había sido sabia y estratégicamente dirigida y ejecutada.

Para mí debió ser obra de una civilización más adelantada que la de los incas. Posiblemente fue una raza distinta que la construyó y que después desapareció de un modo inexplicable.

Esas construcciones ciclópeas que existen como jalones dispersos por el planeta, de civilizaciones poderosísimas, han dado origen, seguramente, a esas leyendas de los cíclopes y de los gigantes.

No hay manera de explicar cómo y por qué medios lograron

trasladar enormes bloques de piedra desde grandes distancias y, como en este caso, hacerlas subir a considerables alturas y colocarlos unos sobre otros, formando muros de perfecta construcción y bella apariencia. El solo pulimento de esas piedras graníticas es tan asombroso que no se puede introducir entre las junturas que las separan unas de otras, la lámina de un cuchillo o una hoja de papel. Yo leí hace tiempo que la civilización cretense había construido edificios semejantes en que las piedras se hallaban unidas solo por sus superficies, sin argamasa o mortero de ninguna clase. Eso mismo sucede con los edificios de Machu-Picchu y de todos los otros monumentos vecinos al Cuzco. Hay en Machu-Picchu una torre semicircular en donde parece que los artífices han querido extremar su habilidad y prolijidad, porque es de un granito blanco hermosísimo, el pulimento es perfecto y los bloques de piedra se hallan hechos de modo que su superficie exterior sigue exactamente la curva general. Según algunos autores, esa torre semicircular habría servido de modelo para el templo del sol del Cuzco.

La arquitectura de esos edificios es tan bella que se la considera como superior a la de los mejores edificios de los países civilizados. Sus muros de una piedra blanca —granito blanco— perfectamente pulimentadas y cortadas en formas regulares y simétricas. Los bloques que los forman que, comenzando en el suelo por enormes moles de doce, veinte o treinta toneladas, van siendo continuados por otros progresivamente menores, dan a esa arquitectura una bellísima apariencia. Es justificado el asombro que produjo su vista imprevista al gran descubridor de esas maravillas, el sabio Hiram Bingham en 1911.

Sería imposible para mí describir uno por uno esos edificios magníficos. Por eso me limitaré a citar solamente tres de ellos.

El Templo Semicircular que es de bellísima apariencia, porque sus bloques han sido tallados dándoles la forma que correspondía a cada uno de ellos en la conformación de ese torreón. Ya hemos dicho que parece, que el templo del sol del Cuzco fue edificado tomando como modelo a ese bellísimo edificio de granito

blanco que alguien ha descrito como si fuera de mármol. Pero hay que recordar que no hay mármol en esas regiones.

La "Casa de las Tres Ventanas". Los historiadores, o mejor dicho los prehistoriadores, del imperio de los incas dicen que Manco-Cápac el padre y progenitor de todos los incas, nació en una casa de tres ventanas. Ahora hay que recordar que en las construcciones incaicas del Cusco y otros lugares del altiplano, las ventanas casi no existían. Para mí, esto significaría que esa ciudad de Machu-Picchu fue anterior al imperio de los incas y que éstos vinieron a habitar esas ciudades construidas por un pueblo mucho más adelantado y poderoso que ellos, desaparecido de un modo misterioso.

¿Cómo explicar, en efecto, la perfecta talla y conducción de aquellos enormes bloques? ¿Cómo explicar que hayan sido levantados en eminencias de trescientos o cuatrocientos metros de altura, sobre el plano en que fueron tallados, como sucede en Machu-Picchu? ¿Cómo explicar todavía la colocación tan perfecta de esos bloques unos sobre otros, en la construcción misma si carecían de máquinas que hoy resuelven tan fácilmente esos problemas?

Esa "Casa de las Tres Ventanas" es otro prodigio de belleza arquitectónica, que se ofrece a la admiración del turista y del arqueólogo.

Por fin, otra construcción que merece ser citada es el Intihuatana, monumento hecho en una sola grande piedra y que termina, en la parte superior por un pilar en el cual decían los magos o sacerdotes del dios Sol que ataban al astro para que no se fuera definitivamente, en el día del solsticio de invierno, hacia el norte. Los indígenas creían de muy buena fe, que, si no se hacía esa ceremonia anual y en ese día fijo, el astro rey, su divinidad máxima, no volvería más a brindarles su luz y su calor, que hacen crecer y florecer las mieses y dan vida a todo ser, tanto animal como vegetal.

Machu-Pichu es, sin duda alguna, la ciudad de Vilcabamba que, según los historiadores, sirvió de refugio a cuatro incas

después de la toma del Cusco por los españoles. Allí se asilaron Manco II, Sayri-Tupac, Titu-Cusi y Tupac Amaru, cuatro últimos incas.

Allí se guarecieron, junto con el soberano los grandes del reino, los soldados, las vírgenes del sol, etc. Ese recinto era inexpugnable, pues las paredes de roca que lo limitaban eran muy grandes y lisas; de modo que no había asidero en ellas para ningún enemigo. Y, en las partes en que faltaban esos precipicios, se habían construido inmensos muros también inexpugnables.

Oculta esa ciudad imperial en un lugar hacia donde nadie que no la conociera podía llegar, en medio de montañas empinadísimas, profundas quiebras y ríos caudalosos que solo se salvaban por medio de puentes colgantes de lianas, que podían ser cortados en un momento dado, eso explica también que Machu-Picchu —antes Vilcabamba— no fuera descubierto sino el año de 1911; es decir, tres siglos después de la muerte del último inca soberano.

Con profunda admiración nos detuvimos a contemplar tan admirable centro que los españoles, aun sin conocerlo, denominaban la capital de la idolatría y del demonio.

Mas hoy podemos regocijarnos de que ellos no lo hayan visto, porque, de otra manera ya no existirían esos monumentos maravillosos de un arte insuperable. Sabemos que los españoles deseaban fervientemente destruir todo lo que significaba idolatría y que bajo ese impulso y su ambición del oro, derribaban también esos grandiosos monumentos de una civilización admirable.

No nos cansábamos de admirar esas obras tanto más interesantes cuanto más incógnitos eran su origen, su edad, su significado íntimo. Mas ya era hora de regresar hacia el Cusco. El tren se hallaba en la estación vecina y era preciso emprender el camino de vuelta.

Pronto llegamos a la estación ferroviaria y tomamos asiento en el cómodo vagón.

Me olvidaba referir cómo aún en esa región tan abrupta la previsión del Gobierno había construido un restaurante muy bien acondicionado y atendido para los turistas.

Los días siguientes invertimos en visitar otros monumentos de aquellos que se hallaban situados en las inmediaciones del Cuzco, como en la misma ciudad.

Visitamos no solamente lo incaico y preincaico, sino también lo colonial como los magníficos templos edificados algunos de ellos sobre las ruinas de los del Sol y de la Luna. Las colecciones de arte pictórica tan elogiadas, pero que a nosotros —especialmente a mí— no nos causaron mucha impresión habiendo conocido y admirado el arte quiteño que sin rival en América.

También admiramos la celda de un monje que había vivido recluido en ella durante toda su vida y que era un asceta perfecto y cuya causa de beatificación se hallaba en curso.

Los días jueves, viernes y sábado de aquella semana habíamos dedicado a conocer todo lo más importante en materia de monumentos. Así es que el día domingo mis alumnos se prepararon para celebrar una velada literario-musical en honor de la sociedad cusqueña. Por la mañana de ese día ensayaron en el gran salón del hotel Cusco todos los números del programa que debía efectuarse esa noche. Muchos habitantes del Cusco aparecieron allí y aplaudieron las canciones de mis alumnos, llenas de sentimiento y de espíritu regional ecuatoriano. Yo pensaba llevar la palabra en un discurso de introducción y tal vez en un recital poético de mis propios versos y los de otros poetas cuencanos, que tenía presentes en mi memoria.

Después de esos ensayos nos retiramos. Fuimos a oír misa de precepto en la catedral y allí vimos como en el altar mayor se exhibían las banderas del Perú y de la Iglesia. También nos sorprendió gratamente la concurrencia de un batallón del ejército peruano y el hermoso toque de generala de la banda de guerra de ese batallón cuando la elevación del Santísimo Sacramento.

Después del almuerzo me retiré yo a mi pieza y me puse a escribir una carta a mi mujer. Me hallaba abstraído en el relato de lo que había visto. Era la una y media de la tarde, cuando sentí un enorme movimiento oscilatorio que me arrojó sobre el lecho que estaba cerca. Ese movimiento era tan fuerte que no podía yo mantenerme

en pie. Comprendí entonces que se trataba de un terremoto y quise salir de mi pieza. Cuando intenté abrir la puerta me encontré con una imposibilidad terrible. Me parecía que alguien había echado llave y suponía que fuese alguno de los pajes del hotel que creyera que no había nadie dentro. Fueron, pues, minutos de terrible angustia, mientras al piso y todos los objetos de la cámara danzaban desordenadamente. En el cuarto inmediato de mi departamento cayeron con gran estruendo las maletas y más objetos allí guardados. Por fin, recordé que la cerradura de esa puerta había sido colocada al revés; de modo que para abrirla, había que hacer el movimiento destinado en cualquiera otra a cerrar. Así logré salir de la pieza, correr por el pasadizo y descender por las gradas, mientras continuaba el movimiento terráqueo más y más fuerte.

Cuando llegué al exterior del hotel y a la plaza contigua observé que la estatua del Inca Manco Cápac, que adornaba esa plaza, había sido rota por la cintura: los pies y miembros inferiores y parte del vientre permanecían sobre su pedestal, pero la cabeza, brazos y tórax rodaban por el suelo. También noté que una nube enorme de polvo se levantaba de toda la ciudad, porque la mayor parte de las casas, que eran de adobe, se habían ido al suelo.

Mis discípulos, que se alojaban en un hotelito vecino, llegaron angustiados a ver si yo no había perecido en el sismo. Me refirieron que, al salir corriendo del hotel, un segundo después se desplomó la pared fronteriza de ese local. Así salvaron de un terrible e inminente peligro.

Yo nunca había presenciado un terremoto. Recordaba sí que, cuando era muy niño, hubo en Cuenca, mi ciudad natal, un fuerte temblor que decapitó la torre de la iglesia de San Sebastián.

Pero nunca pudo ser de igual intensidad que el terremoto que acababa de presenciar en el Cuzco.

La mortalidad no fue muy grande gracias a la circunstancia de que la mayor parte de la gente se hallaba en el estadio presenciando un evento de fútbol muy interesante.

Mis discípulos y yo tuvimos simultáneamente una inspiración: debíamos ofrecer nuestros servicios profesionales a las au-

toridades sanitarias del lugar para la atención a los numerosos heridos que había dejado el sismo.

El subprefecto, a quien encontramos en su oficina, no miró con mucho agrado nuestro ofrecimiento. Pero el señor prefecto, que llegó luego, se manifestó muy entusiasta y agradecido. Nos proporcionó un automóvil y una camioneta para el traslado nuestro hacia el hospital local y fuimos hacia allá. Mas tuvimos que detenernos en la calle que conducía al hospital, porque una profunda zanja se había abierto allí, tan ancha como profunda, pues tenía más de dos metros.

El *chaufeur* tuvo que dar una vuelta por otras calles para llegar al hospital. Encontramos el edificio muy cuarteado. Las cañerías de agua potable se habían roto y los alambres conductores de la electricidad se habían arrancado. Había, pues, una grave deficiencia en todos los medios. Dos colegas médicos trabajaban allí incansablemente y al vernos llegar y oírnos ofrecer nuestra colaboración nos manifestaron su gratitud. El doctor Esteban Rocca, eminente neuro cirujano, estuvo también allí presente. A él le habíamos encontrado el mismo día de nuestra llegada al Cuzco. Había ido acompañado por un fotógrafo profesional para tomar fotos de todos los maravillosos monumentos de allí. Él se hizo cargo de los traumatizados craneales y raquídeos. Jamás pudieron hallarse en mejores manos.

Trabajamos, pues, intensamente. Mis alumnos eran ya muy peritos, puesto que habían terminado sus cursos y eran egresados. Les faltaban solamente sus últimos grados; pero, en técnica, se hallaban ya muy competentes. Así es que trabajaron con mucho empeño y perfección en operaciones quirúrgicas, reducciones de fracturas y aparatos improvisados de contención. Yo hice también un trabajo eficiente en muchos heridos, como lo constataron los colegas peruanos del hospital.

La noticia del terremoto se había difundido a todo el continente. Mi mujer se hallaba en Cuenca en un estado de gran sufrimiento pensando en mí y en lo que podía haberme pasado con el terremoto. No había radio ni telégrafo ni teléfono, porque ya dije

que no había electricidad. Sin embargo, a todo evento, un radioaficionado, el señor Miguel Malo González había difundido sus llamadas. Fue contestado por el radio de un avión que se hallaba en el aeropuerto del Cusco y así llegó a Cuenca la buena noticia de que nosotros los viajeros no habíamos sufrido consecuencia alguna del terrible sismo y que estábamos más bien tratando a los heridos en el hospital del Cusco.

Al siguiente día, tomamos pasaje en un gran avión de la Faucett que debía hacer su vuelo hacia Lima. Transmontamos la altísima cordillera andina, cuyos cerros estaban coronados de nieve con un aspecto bello y majestuoso a la vez.

Se nos dio unas boquillas para aspirar oxígeno. Un momento de esos me había quedado dormido y mi alumno señor Salgado me despertó insinuándome tomara la boquilla porque estaba cianótico. Todo fue normal en ese viaje. Llegamos a Lima y yo me alojé esta vez en el hotel "Bolívar" que era el mejor de entonces. Allí recibí la visita muy atenta del señor Embajador del Ecuador señor Arturo Borrero, quien me invitó también a tomar el almuerzo en la embajada.

Al día siguiente concurrí allí. Fui presentado a la señora de Borrero. Disfruté de encantadores momentos, en ese almuerzo exquisito.

También el señor doctor Trelles, antiguo y gentil amigo mío, me hizo una invitación a almorzar en su residencia. Momentos gratísimos pasé en aquella ocasión con el colega y su familia.

Después retorné a la patria y ya esto no necesita continuarse relatando. Mis alumnos viajaron de Lima al Ecuador unos dos días antes que yo.



Los hermanos Crespo Toral en la presentación del tercer tomo de *Memorias de un cirujano* (Abya Yala, 2001). Desde la izquierda: Hernán, María Clara, José, Eduardo, Teresita, Arturo, Lola, Rodrigo, Jorge y Jaime Crespo Toral.



Portada de la primera edición del segundo volumen de *Memorias de un cirujano,* publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca, 1982

A MANERA DE EPÍLOGO

PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA PARTE DE *MEMORIAS DE UN CIRUJANO*[*]

Efraín Jara Idrovo

La filosofía existencial legó al hombre del siglo XX un corpus de certidumbres amargas, cuya sombra todavía se proyecta persistente y desoladora en el ámbito del arte y de la literatura. En efecto, a ella debemos entre otros aportes estimables, la consideración del hombre como criatura abocada al cumplimiento de su ser en tanto, con conciencia lúcida y desgarrada, se extingue y aniquila. El hombre es el único animal que sabe angustiosamente que consumarse equivale a consumirse. Y esto, no únicamente en tanto estructura biológica sujeta a caducidad y agotamiento en un determinado transcurso temporal, sino, lo que importa más, en cuanto realidad ontológica para la cual el tiempo asume rango de ingrediente entitativo fundamental. Frente a los otros especímenes de la serie zoológica, el hombre se singulariza por ser, radicalmente, consciente de su duración.

Ahora bien, desde Bergson sabemos que el tiempo asume dos modalidades. Por un lado, el tiempo externo, objetivo, que afecta por igual a todos los seres del universo, y susceptible de segmentación y mesura. Se lo llama también tiempo cósmico y en él, en su despliegue ciego o indolente, la pluralidad inagotable del

[*] Texto leído por Efraín Jara Idrovo en la presentación del libro publicado en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay (Cuenca, 1982). Escrito inédito, mecanografiado, encontrado entre los papeles del E. J. I., que se publica aquí por primera vez gracias a la generosa autorización de su hijo Johnny Jara Jaramillo

universo experimenta modificaciones lentas, casi imperceptibles, o mutaciones violentas. Es el tiempo en el cual cumplen su ser el mineral, el vegetal y el animal, incluso el hombre tomado como simple ente biológico. Por otro lado, el tiempo subjetivo, psicológico, reacio a toda medida, y restrictivo del hombre; tiempo variable para cada criatura humana y que, en virtud de su elasticidad, se retrae o expande, se empoza o acelera de acuerdo con la expectativa de la conciencia. Precisamente, por esta razón, se lo denomina tiempo conciencial o duración. Quizá un ejemplo consienta establecer mejor sus diferencias que cualquier empeño teórico y, por lo mismo, abstracto. Entre las segmentaciones del tiempo cósmico, sujetas a medida, está la hora. Una hora consta de sesenta minutos y su transcurso puede medirse indirectamente, mediante el desplazamiento de las agujas por la esfera del reloj. Este tiempo es absolutamente igual para la totalidad de los hombres, por cuanto exhibe idénticos límites cronométricos. Cosa muy distinta acontece con el tiempo conciencial o *duración.* Resultan absolutamente distintas la hora de la espera de quien aguarda impaciente la iniciación de una función de cine y la hora de la cual disponen dos enamorados, abandonados a los intensos requerimientos del amor. En el primer caso el tiempo se obstina en la demora, fluye con lentitud exasperante; en el segundo, durante la hora de que disponen los amantes, el tiempo se acelera, "vuela", como gráficamente lo expresa el lenguaje coloquial, parece que las manecillas del reloj se empecinaran en atormentar a los enamorados con su desplazamiento vertiginoso.

Sucede, entonces, que el tiempo psicológico o duración transcurre de acuerdo con la conciencia abocada a enfrentar una expectativa que se evidencia en forma de situación próxima a iniciarse o dar término. Si lo primero, el tiempo es sentido como tensión que se prolonga; si lo segundo, como decurso precipitado generador de un sentimiento de lacerante impotencia. Esto último ocurre con el hecho de vivir. El hombre concibe la vida a manera de plazo por cumplirse, aunque ignore la fecha de vencimiento. Saber que la existencia humana comporta un plazo iniciado el

momento mismo del nacimiento y cuyo término nos atenaza por desconocido, contribuye a la aceleración del tiempo conciencial. La vida será experimentada siempre por el hombre como instancia veloz y fugitiva, revestida de inseguridad y pavor.

Pero el hombre es un animal rebelde frente a su destino: a límite y perecimiento, opone trascendencia y perduración. Y aquí se dispara una sorprendente paradoja. Entre las formas posibles de superar la temporalidad y su consecuencia siniestra, la muerte, el hombre fía sobremanera de la menos consistente, de la más deleznable y fugaz: la palabra. *Verba volant* decían los latinos. La palabra vuela, se volatiliza recién escapada de los labios. Y sin embargo ella, a pesar de su inestabilidad, instaura una de las más efectivas maneras de cruzar las fronteras de la muerte y sobrevivir. Por eso los hombres han acudido con decisión al uso del lenguaje para asegurar su perseverancia. Una cantera inagotable de literatura memorialista de testimonio de esta esforzada tentativa. El hombre se sabe criatura de paso y, por lo mismo, se emperra en permanecer; quiere persistir más allá de la aniquilación biológica, aunque no sea sino en la memoria de los demás. La palabra representa eventualidad idónea para forzar los valladares de la muerte.

Empero una paradoja desencadena otras paradojas. "El hombre es un ser para la muerte", dictamina funestamente Heidegger. Si vivir entraña perecer, estamos descendiendo de continuo por el embudo de la muerte, recordar implica reintercalar lo vivido en el flujo de la temporalidad para someterlo a nueva muerte. El autor de memorias muere doblemente. Muere porque vive y vuelve a morir en lo revivido por el recuerdo. Quizá esta convicción llevó a Ramón Gómez de la Serna a titular las páginas del registro de su vida, no "autobiografía" sino "automoribundía". En todo caso, si vivir equivale a morir, morir por segunda vez en lo revivido por el recuerdo y fijado mediante la palabra equivale a matar a la muerte, a persistir redimido de la erosión implacable del tiempo.

Afinamiento y fidelidad de la memoria y confianza depositada en la palabra han hecho practicable la presencia en espíritu del doctor Emiliano J. Crespo, a dos décadas de su ausencia física

definitiva. Repárese bien en la utilización del vocablo *presencia.* Presencia significa asistencia personal o comparecencia del individuo en un ámbito delante de otros. Por lo mismo, presencia significa actualidad. Hace algunos años, el reconocimiento de un deber de gratitud para quien otorgó talento y desvelos al cuidado y mejoramiento de la vida de sus conciudadanos, llevó a la comunidad cuencana a erigir un monumento al doctor Emiliano J. Crespo en los accesos del Hospital Regional de su ciudad nativa. El doctor Crespo, sin embargo, no está presente en ese monumento, sino tan sólo representado. Mas lo que no pudo la solidez del bronce ni la magia del artista, lo alcanzó la huidiza resonancia de la palabra: la perennidad viva actuante del espíritu. En las páginas de *Memorias de un cirujano* sentimos palpitar la presencia de Emiliano J. Crespo. Inextinguiblemente encarnado en la palabra participamos, porque vivimos con él, su tránsito por los centros hospitalarios y científicos de Francia, los más avanzados del orbe en aquel entonces; su retorno al Ecuador y a la ciudad natal, beneficiarios de su rigurosa formación científica; su ingente labor en la cátedra de la Universidad del Azuay, cumplida a lo largo de cuarenta años, y sus viajes por distintos parajes de la patria y de nuestro continente.

En todo buen memorialista alienta un estupendo narrador. Lo confirman los veinte capítulos de *Memorias de un cirujano.* Con prosa limpia, tersa, elegante, el doctor Crespo relata en los doce capítulos iniciales su permanencia en París, metrópoli por la cual pasaba el meridiano de la cultura en los primeros años de este siglo. Refiere su deslumbramiento ante los avances prodigiosos de las ciencias médicas, los institutos de estudios y de investigación, las figuras cimeras de la medicina francesa y universal que residían en París y otras ciudades de Francia. Y aquí conviene formular una consideración. El libro de memorias, aunque escrito por un especialista en cierto campo, no se confina estrictamente dentro de los recintos de la especialidad. El autor de memorias aspira a consignar los rasgos relevantes de su vida. Por eso, así sea esta la del cultor de determinada área de actividad, es la vida

misma en su copiosa y múltiple riqueza la que acabará por desbordarse, reclamando un público más vasto que el absorbido por un tipo concreto de preocupaciones. Consciente de y consecuente con esta evidencia, Emiliano J. Crespo no escribe sus páginas autobiográficas para proyectarse con exclusividad hacia un público reducido de profesionales de la Medicina, el cual sabrá valorar mejor los méritos científicos del libro y sus aportes que se interesan en el perfilamiento de una existencia paradigmática, forjada con exigencia y severidad a fin de dedicarla al servicio de la existencia de los demás. Por eso el diestro relator que es el doctor Crespo, despliega atinados recursos narrativos para solicitar la atención del lector. Sabe cuándo, por razones de exposición, el texto reviste carácter excesivamente técnico, pudiendo fatigar al lector, y lo matiza entonces con una digresión oportuna, una anécdota ilustrativa, un retrato certero bocetado con exactitud a pesar de su economía verbal, una conclusión didáctica o enseñanza moral, con las cuales no siempre nos solidarizamos por divergencias ideológicas irreductibles.

Los ocho capítulos restantes los destina al recuento de su actividad después del retorno al Ecuador: las dubitaciones entre las aspiraciones humanas, demasiado humanas, de procurarse prestancia profesional y rendimiento económico en un medio promisorio, como parecía serlo la ciudad de Guayaquil, y el sentido del deber y del servicio a Cuenca, así ésta no ofreciera los halagos a los que debía aspirar con justicia un joven profesional munido de conocimientos sobresalientes; la ingente labor educativa de cuatro décadas en la Universidad del Azuay, prodigando el saber médico entre los discípulos y aplicándolo generosamente a la curación de sus conciudadanos de todos los estratos sociales; los desvelos del hombre elevado a funciones públicas señeras, para estimular el progreso de la comarca natal, al margen de consideraciones de orden partidista; los viajes por algunos países de América del Sur, atento a la magnificencia de los paisajes, a los problemas económicos y sociales y a los adelantos de la medicina de otras latitudes.

Pero revelaría insensibilidad en el lector de estas memorias, no detenerse a degustar íntegramente el capítulo V, intitulado "Pasteur y su obra". Capítulo magistral, óptimo por su resplandor estético, dedicado a la relación de las calamidades desencadenadas a lo largo de la historia por los agentes infecciosos, los microbios, "escondidos en su propia pequeñez", al decir exacto y expresivo del doctor Crespo. Páginas relevantes desde el punto de vista formal, donde lo poético y lo científico se fusionan poderosamente para remontar a niveles épico-dramáticos, que nos recuerdan ciertos momentos relampagueantes de los libros de los Profetas de la Biblia. Esas páginas, notables por la austera desnudez y el vigor evocativo, deberían recogerse obligadamente en las antologías de prosa ecuatoriana.

A dos décadas de la muerte del doctor Emiliano J. Crespo, la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo del Azuay, entrega al público de Cuenca y del Ecuador el segundo volumen de *Memorias de un cirujano*. Anhela con ello contribuir –y perdónesenos la ruindad del léxico que nos vemos obligados a usar, como tributo a la ordinariez crematística del tiempo en que nos ha tocado vivir–, quiere con ello contribuir, decimos, si no a la cancelación, lo cual resulta impracticable, a la amortización siquiera de una deuda de gratitud contraída por Cuenca para con uno de sus contados hombres de ciencia; de ciencia entendida como ordenación teórica y praxis encaminada al mejoramiento de la sociedad. La ciencia únicamente deviene fértil si se la concibe como medio para alcanzar la plenitud de lo humano. Pero en este designio, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay no debe mantenerse aislada. Estas instituciones están obligadas a coadyuvar en el cometido. Especialmente la Universidad de Cuenca, a la cual el doctor Crespo entregó vocación y talento. Ella debe asumir la edición del voluminoso cuerpo de escritos médicos, pues parte de esto proviene de la investigación de cátedra del doctor Crespo y representa capítulo insoslayable de la Historia de la Medicina del Azuay.

En el empecinamiento por perseverar en su ser, por trascender la muralla más que china de la temporalidad, el hombre de finales de la Edad Media y comienzos del Renacimiento creyó columbrar en la fama compensación a la brevedad de la vida. "Muere el hombre, pero queda el nombre", sentenció reconfortantemente. Al nombre fijado en la memoria colectiva, llamó renombre. El renombre colmaba el ansia desesperada de perpetuidad. Empero el hombre del s. XX delátase más ambicioso, cuando pretende mantenerse presente, manifestarse actuante más allá de la muerte. Una cabal conciencia del lenguaje le ha impelido a reconocer en este el vehículo más eficaz de la trascendencia. Sabe que el espíritu encarna en el lenguaje y ahí se queda, más allá del tiempo en espera del lector o auditor que vuela a vivificarlo, como el joven príncipe del cuento a la Bella Durmiente. Lo incorporado al lenguaje prevalece definitivamente, redimido de la duración. El lenguaje es tiempo que niega al tiempo y abre la puerta de la trascendencia al impedir la aniquilación de la criatura humana. Tiempo vivido por el emisor de la palabra y revivido de manera inagotable por los infinitos receptores posibles. Gracias al lenguaje, en *Memorias de un cirujano* percibimos alentar el espíritu del autor, tal si estuviera frente a nosotros. En sus páginas, el doctor Crespo está presente y actuante.

Conforme avanzamos por la red de senderos del texto, sorprendemos la calidez de su respiración que se aquieta o apresura, sus dubitaciones y firmezas, sus convicciones y rechazos, los móviles de su ternura o las causas de su indignación, su avidez por agotar las fuentes del conocimiento y su celo para precautelar la vida y los derechos del pueblo azuayo. Rescatado del curso insidioso del tiempo, su espíritu permanecerá entre nosotros y después de nosotros, mientras el verbo, la palabra, aletee en el mundo. ¡Loado sea este prodigio del lenguaje!



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en abril de 2025 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador, con un tiraje de 300 ejemplares.
Para su composición se utilizaron tipografías
de la familia Times New Roman





OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN “HOMO”

James Pilco Luzuriaga. *El aprendizaje humano en la salud* (Arte, Cine, Literatura, Bioética)

Andrés F. Ugalde Vásquez. *Lo que queda por decir* (Artículos de prensa)

Ramiro Laso Bayas. *El fin como perspectiva de humanidad* (Ensayo)

Magdalena Abad Rodas. *De santos, vírgenes y demonios* (Testimonio)

Doris Sarmiento Altamirano. *El corazón de una cirujana* (Testimonio)

Gonzalo Ortiz Crespo. *Manuel Antonio Muñoz Borrero: los años desconocidos* (Historia)

Luce Matailo y Pedro Martínez. *El arte del cuidado: ¿cómo cuidar a las personas con discapacidad y a sus cuidadores?* (Medicina)

Andrea Espinoza, Rocío Samper, Viviana Barros y Marcela Ochoa. *De mujer a mujer. Guía básica para embarazo y el parto* (Medicina)

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora

El doctor Emiliano J. Crespo (1885-1971), figura clave de la historia de la medicina de Cuenca al introducir la asepsia, la antisepsia y la cirugía moderna, escribió un interesante recuento de su vida titulado *Memorias de un cirujano,* publicado en tres volúmenes.

En 1982, el poeta Efraín Jara Idrovo, durante la presentación de la segunda parte (texto recogido en la presente edición a modo de epílogo) escribió: "en las páginas de *Memorias de un cirujano* sentimos palpitar la presencia de Emiliano J. Crespo. Inextinguiblemente encarnado en la palabra participamos, porque vivimos con él, su tránsito por los centros hospitalarios y científicos de Francia, los más avanzados del orbe en aquel entonces; su retorno al Ecuador y a la ciudad natal, beneficiarios de su rigurosa formación científica; su ingente labor en la cátedra de la Universidad de Cuenca —cumplida a lo largo de cuarenta años— y sus viajes por distintos parajes de la patria y de nuestro continente (…). En todo buen memorialista alienta un estupendo narrador. Por eso el diestro relator que es el doctor Crespo, despliega atinados recursos narrativos para solicitar la atención del lector."

Esta publicación de la Casa Editora de la Universidad del Azuay reedita los dos primeros volúmenes en una edición corregida y profusamente ilustrada a cargo de Gonzalo Ortiz Crespo, reconocido escritor e historiador, nieto de Emiliano J. Crespo, con la colaboración de su hermano, el arquitecto e investigador Alfonso Ortiz Crespo.

ISBN: 978-9942-670-91-5

